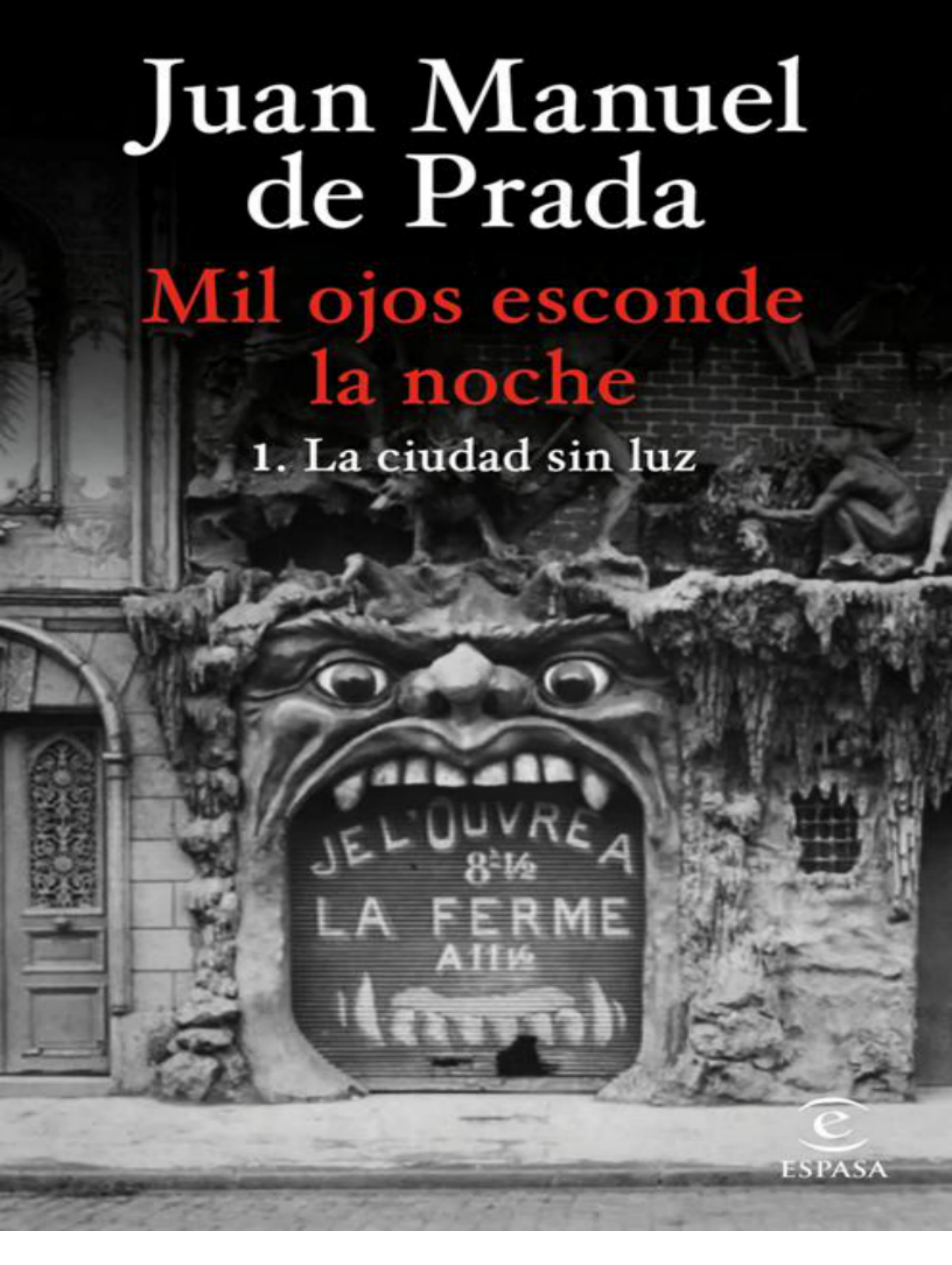

Juan Manuel de Prada
Mil ojos esconde la noche
1. La ciudad sin luz
JE L'OUVRE A
8 1/2
LA FERME
A 11 1/2
ESPASA

Índice





You
Tube

in

Sinopsis

Juan Manuel de Prada une su descomunal talento para la narrativa con el conocimiento en profundidad del panorama intelectual, artístico y, sobre todo, literario de la España de la primera mitad del siglo XX. El resultado es un proyecto literario memorable de extraordinaria calidad en la gran tradición barroca y esperpéntica española: Quevedo, Valle-Inclán o Ramón Gómez de la Serna.

El autor se centra en la comunidad de artistas españoles que tras la Guerra Civil recaló en el París ocupado por los alemanes, donde las condiciones de vida eran especialmente difíciles y donde debieron de utilizar cualquier recurso a su alcance para sobrevivir, aunque ello les pusiera frente a unos dilemas morales de muy difícil resolución.

El protagonista Fernando Navales, personaje ya en las páginas de Las máscaras del Héroe, es un escritor buscavidas tan dotado de talento para la manipulación como carente del más mínimo escrúpulo, un antihéroe pluscuamperfecto, movido por el resentimiento, la más oscura, pertinaz y alevosa de las debilidades humanas.

El temible comisario Urraca, agregado policial en la embajada de España en París, encomienda a Navales una perturbadora misión que le va como anillo al dedo: conseguir que los artistas españoles en el París ocupado se alineen con los postulados falangistas. Por las páginas de esta novela desfilan personalidades tan conocidas como Picasso, César González Ruano o Gregorio Marañón, junto a otros secundarios interesantísimos como Serrano Suñer, Ana de Pombo o María Casares. Todos ellos componen un elenco cuya peripecia oscila entre la tragedia, el retrato del natural de los abismos más hondos de la abyección y la más pura novela picaresca.

Mil ojos esconde la noche

1. La ciudad sin luz

Juan Manuel de Prada



Ésta es una obra de ficción: incluso los personajes históricos que aparecen en ella están tratados de forma ficticia.

A mi madre, siempre con mil ojos para mí,
todos los días y todas las noches de mi vida.

Prólogo

[*Carta de Pedro Urraca Rendueles, agregado policial en la Embajada de España en París, a José Finat y Escrivá de Romaní, Conde de Mayalde y Director General de Seguridad, fechada en París el 5 de junio de 1940. El documento, escrito de puño y letra por Urraca, con una caligrafía redonda y perfectamente legible, sin apenas tachaduras, está marcado en su encabezamiento con un letrero estampillado que reza: «Muy reservado»*]

Querido camarada jefe:

Espero que, al recibo de la presente, te encuentres bien y que las reformas que te propones impulsar al frente de esa Dirección marchen viento en popa. Ya sabes que puedes contar conmigo si necesitas que te informe sobre algunos miembros del Cuerpo que, a mi juicio, deberían ser relegados o investigados. En este envío te acompaño crónica detallada sobre las actividades de los rojillos en Francia, que como te puedes imaginar son desesperadas, desde que el Ministro del Interior, Georges Mandel, ordenara el cierre de todos sus locales. No quiere esto decir que haya dado el «cerrojazo», pero las medidas tomadas han sido más enérgicas de lo esperado; aunque, desde luego, mucho menos que las medidas que los alemanes implantarán, en cuanto tomen el control de Francia. La gente está impaciente por ver en qué termina la ofensiva lanzada por Hitler, pero comprende que es la cosecha inevitable tras la siembra de soflamas políticas de la Tercera República. Entretanto, desde la Embajada seguimos reclamando al Gobierno francés medidas contra los rojillos que incluyan la incautación del dinero que nos han robado; pero antes de que las autoridades francesas lo recuperen ocurrirán sin duda acontecimientos decisivos.

Todo el interés actual se halla, como es natural, concentrado en la guerra, cada día más dura. Consumado el desastre de Dunquerque,

se ha iniciado la ofensiva sobre el Somme y el Aisne del ejército alemán. Quizá pueda llamarse a lo que empieza hoy el principio del fin; pues, si los franceses no quieren ser devorados definitivamente, habrán de oponer una resistencia más fuerte que la anterior en los campos de Flandes. Mi opinión, desde luego, es que dentro de pocos días los alemanes estarán a las puertas de París, a pesar del valor que los franceses puedan desplegar *in extremis*; que, a mi juicio, será escaso, pues el espíritu militar de este pueblo, que le brindó la victoria en la guerra anterior, brilla ahora por su ausencia, reblandecido por la molicie y envenenado por la frivolidad política. El Frente Popular ha sido aquí todavía más nefasto que en España, pues allí tuvimos una guerra civil; aquí no la quisieron y ahora tendrán que pagar más de lo que nosotros pagamos.

Los carros alemanes avanzan como bólidos, sembrando los campos de cadáveres, y su aviación se revela enorme en número y calidad. Se espera que los alemanes lleguen a París en cuestión de días, para obligar a una paz rápida y posiblemente terrible para los aliados (especialmente para Inglaterra) que se duda sea aceptada, por lo que la lucha continuará implacable durante un tiempo difícil de predecir. Todavía no se sabe seguro si el Gobierno francés abandonará París, pero por todos los datos disponibles se puede aventurar que así será, pues a esta hora infinidad de servicios, como Ministerios y Banca de Francia, han sido ya trasladados a Bayona y cercanías de Burdeos. Y si el Gobierno se marcha, con él se irán las embajadas, si antes de todo eso no se firma una paz relámpago, que no habría que descartar; porque pensar que el avance alemán sea cortado en seco es pensar en lo excusado. No te niego que me gusta ver los toros desde la barrera, lo más cerca posible, pues son estos momentos, aunque peligrosos, los más emocionantes de mi vida. Se vive a una rapidez inusitada y cada día nos trae una emoción difícil de igualar, con sus altas y sus bajas; cosas que por el día parecen cuentos de hadas se ven impresas sobre el papel al llegar la noche. El otro día, sin ir más lejos, sufrieron bombardeos considerables la fábrica de Citroën, así como los aeródromos de Orly, Villacoublay, Issy-les-Moulineaux y Puteaux, en los que fueron inevitablemente alcanzadas viviendas que nada tenían que ver con los objetivos militares; algunos trozos de metralla cayeron incluso cerca de mi casa, en el jardín. Pero, qué le vamos a hacer, es la ley de la guerra.

Parte del personal de nuestra Embajada se ha instalado en San Juan de Luz. Pero nosotros nos quedamos aquí hasta el último momento, al pie del cañón como corresponde, con el embajador José Félix de Lequerica al frente, que está más contento que unas castañuelas desde que recibiera el nombramiento de Jefe de Falange para Francia. Ya sabes que el embajador Lequerica es un coñón infatigable a quien gusta repetir que no es franquista, ni falangista, ni tradicionalista ni ningún otro «ista» que valga, salvo «carguista»; así que se pirra por el nuevo cargo. Y añade que, viniendo el nombramiento del camarada Ricardo Giménez-Arnau, Delegado Nacional del Servicio Exterior de Falange, la suerte es mayor, pues al parecer se ha echado de novia a la actriz Conchita Montenegro (confidencia que a todos nos ha puesto los dientes largos), y hacer buenas migas con un hombre que se lleva de calle a semejante mujer de bandera siempre permite pillar algo, aunque sólo sea una banderola o gallardete. En fin, ya conoces al embajador Lequerica, que como no ha podido dedicarse a la literatura se muere por soltar ocurrencias literarias. En el banquete de homenaje que le hicimos por su nombramiento, nos dijo también, a la hora de los brindis, que siendo ahora Jefe de Falange en Francia, podrá darse el gustazo de encargar al sastre algún uniforme de fantasía que le haga parecer elegante, como hacen otros jefes nuestros, empezando por nuestro Presidente de la Junta Política y Ministro de la Gobernación, camarada Ramón Serrano Súñer. La broma no fue del gusto de todos los presentes, por irreverente y osada; pero el embajador Lequerica es como es y, además, es de Bilbao, como él mismo gusta de repetir. No hace falta que te añada que, a los postres, estuvo contando chistes que a casi todos nos hicieron reír a mandíbula batiente; algunos muy arriesgados, con el Führer de protagonista. El más celebrado fue uno que contó más o menos así: Hitler anda buscando el modo de invadir Inglaterra y se cita con el rabino de Berlín, a quien pregunta cómo consiguió Moisés abrir las aguas del mar Rojo; y le promete que, si le suministra esta información, acabará su campaña de hostigamiento a los judíos. El rabino le contesta: «Deme una semana para averiguarlo, Canciller». Y una semana después, el rabino se presenta en la cancillería anunciando que trae una buena noticia y una mala. Impaciente, Hitler insiste: «Pero, ¿me trae usted la respuesta a la pregunta que le hice o no?». A lo que el rabino responde: «La traigo,

señor. Moisés logró partir las aguas del mar Rojo gracias a su báculo, que tenía el poder de abrir caminos marítimos». Hitler se relame, anticipando el momento en que tenga en sus manos ese báculo que le permitirá cruzar a pie enjuto el estrecho de Calais. «¿Y dónde se halla el báculo?», pregunta ansioso. «Ahora viene la mala noticia —le responde el rabino—. Se halla en una vitrina del Museo Británico».

Para que no se diga que en la Falange no nos gustan las cuchufletas. Pero yo estoy seguro de que, además de hacernos reír con sus chistes, el embajador Lequerica pondrá todo su esfuerzo al servicio de la Falange, para formar generaciones de españoles leales al Caudillo. Mucho más en este momento álgido, en el que tantas posibilidades nuevas se nos abren. En cuanto los alemanes se hagan con el mando, se acabará la protección que a los rojillos dispensaban los prefectos y comisarios de su cuerda. Los emisarios alemanes con quienes mantengo relación me aseguran que podremos contar con la ayuda de la nueva autoridad, que todas las asociaciones rojillas serán desmanteladas y sus publicaciones prohibidas y, en fin, que en un periquete localizarán a los jefes rojillos que todavía residan en Francia para efectuar las detenciones pertinentes, en coordinación conmigo, naturalmente, y conforme a las directrices que me lleguen desde Madrid. Espero que así sea; y, sobre todo, que sea pronto, porque entretanto los jefes rojillos, al sentirse acosados por la proximidad de los alemanes, están volviendo la vista a América y organizando su evasión por vía marítima, aun sin contar con el báculo de Moisés (pero contando, en cambio, con visados de la embajada mexicana en esta capital). Barcos rumbo a América han estado saliendo de los puertos franceses durante las últimas semanas, llevándose a muchos rojillos, algunos de los cuales están cambiando de nacionalidad, para que no se les pueda extraditar tan fácilmente. Pero todavía quedan por aquí algunos elementos de cuidado, entre los que figuran varios ministros de la depuesta República, desde el «centrista» Portela Valladares al anarquista Juan Peiró, pasando por el socialista Julián Zugazagoitia. También el ex-Presidente catalán Companys, a quien las autoridades francesas obligaron a abandonar París, para residenciarlo en La Baule-les-Pins, playa bien conocida, de donde supuestamente no le permiten moverse. Y también en París está refugiada, o debe de estarlo, la que fuera Directora General de Prisiones y diputada, Victoria Kent. Digo que debe de estarlo porque ni sus mismos amigos

(ya ves que tengo mis informantes también entre los rojillos) saben dónde se encuentra la pájara y hay quien aventura que podría haberse suicidado (poco importa a estas malas bestias la salvación de sus almas, que por lo demás pocos visos tienen de salvarse). Si finalmente la desdichada Kent no se hubiese quitado la vida, no estaría de más hacerle visitar alguna de nuestras cárceles, ya que tanto le gustaba visitarlas mientras ejerció su cargo. A lo mejor las juzga más humanitarias que las cárceles rojas; y podremos llevarle a Celia Gámez para que le cante aquel chotis famoso: «Anda y que te ondulen / con la *permanén*, / y *pa* suavizarte / que te den *col-crem*. / Se lo puedes pedir a Victoria Kent, *que lo que es a mí,* no ha nacido quién».

Sólo de pensar en la posibilidad de darles para el pelo a todos estos rojillos y dejarlos bien rapaditos se me hace la boca agua. Pero no vendamos la piel del oso antes de cazarlo. Ya me contarás cuál debe ser el procedimiento que debo seguir cuando se produzcan las detenciones, si debo mandarlos a España o dejarlos aquí; pues cuento con que los alemanes nos permitirán hacer ambas cosas. Mi mayor temor, si finalmente obligan a marchar de París a todo el personal de la Embajada (pero yo me resistiré con uñas y dientes), es que los trámites queden en manos del consulado, donde hay una pandilla de monárquicos apalancados en sus puestos, muy poco de fiar, por mucho que presuman de lealtad al Caudillo. El cónsul Bernardo Rolland, de familia de banqueros, es hijo de un diputado del Partido Conservador y tan fiel a Alfonso XIII que hasta fue designado en su día Mayordomo de Semana. Además, es asquerosamente anglófilo y educado en Bristol, donde tuvo el mal gusto de aprender los rudimentos del golf y de la abstrusa lengua autóctona. Aunque ha prestado su adhesión al Movimiento Nacional (fue conductor de ambulancias en el frente de Vizcaya) y un hermano suyo fue fusilado en la Dehesa de la Villa, es declaradamente antifalangista. Eso en lo que respecta al jefe; porque los demás empleados del consulado son todos unas calamidades y unos aprovechateguis —así los llama Lequerica, con su gracia vascona—, que si hace falta hasta se ponen a proteger a los judíos, viendo que allí hay negocio. Y el cónsul Rolland ni siquiera por el negocio, sino por puro humanitarismo. ¡Para hacer aspavientos humanitarios estamos nosotros!

En fin, que el personal del consulado es una vergüenza completa; allí no hay ni por asomo reflejo de la Nueva España, ni formalidad, ni

moral, ni organización. Y no las habrá hasta que se nombre cónsul a un falangista puro, que haga una limpieza a fondo y ponga orden en el caos. No hay que pensar que se podría arreglar con medias tintas, ni que bastaría con amonestar a los actuales funcionarios; hay que cortar por lo sano y quitar a quien no sirve (empezando por el cónsul Rolland), pues de sobra se pueden encontrar en nuestras filas gentes fieles para reemplazar a toda esta patulea. Así se lo digo de continuo a nuestro flamante Jefe de Falange para Francia, pero ya sabes que el embajador Lequerica es partidario del *laissez faire, laissez passer*, no sé si por frivolidad o porque cree sinceramente que la mejor manera de solucionar los problemas es dejarlos que se pudran. Pero los problemas, cuando se pudren, dejan muy mal olor.

Claro que, para olores fétidos, ninguno —si me lo permites— como el que desprende la Delegación de Falange Exterior en París. También esto lo sabe Lequerica; y también lo deja estar, tan pichi. Frecuento poco la sede de la avenida Marceau, porque no quiero que se diga que interfiero desde mi puesto en la embajada; pero tengo allí dentro un informante de mi máxima confianza y aprecio, de quien luego te hablaré. Al frente de la Delegación se halla —imagino que lo conoces bien— Federico Velilla, hombre atrabiliario, de mentalidad canija y fenicia (no en vano era comerciante, antes de que le cayera esta bicoca), sin dotes diplomáticas y con ocurrencias propias del que asó la manteca. Es un drama que nuestra Falange entregue puestos de responsabilidad a viejos reservones como este Velilla, temerosos de que la verdadera propaganda falangista, recia y sin titubeos, los ponga en el disparadero o los malquiste con los decrépitos mandamases franceses, que por lo demás tienen los días contados. Además, tiene el agravante de no admitir consejo de quienes con mucho gusto podríamos dárselo, y no le gusta consultar sus decisiones con los mandos de Alcalá 44. Ha lanzado, por ejemplo, un periodiquito semanal muy insulso, con el nombre de *El Hogar Español*, que no es más que un boletín parroquial sin vuelo ni altura ni aliciente alguno —dicho sea con el respeto debido a nuestras parroquias, donde se lanzan tantas prédicas benéficas—, hecho con recortes de la prensa nacional, que sólo sirve para consultar los horarios del culto en la iglesia española de la calle Pompe y para anunciar las actuaciones de los artistas españoles que desfilan por la Sala Pleyel (no todos ellos, por cierto, adictos al Movimiento). En la pésima confección del

semanario, Velilla se apoya en un gacetillero llamado Luis Felipe Solms, que en el patronímico ya pregona su ascendencia judía (Solms es contracción del apellido paterno, Salomón), muy remejedor y culebrilla, que además de mangonear la Delegación anda metido en manejos propios de arribista, pretendiendo una corresponsalía en la prensa del Movimiento; pretensión en la que Velilla lo avala, ignorante de que Solms, por la espalda, lo pone a escurrir ante Lequerica y ante quien haga falta, diciendo que, aunque su buena voluntad está fuera de duda, es hombre sin iniciativa, sólo preocupado de mantener su puesto (en lo que el judiazo lleva razón). No hace falta que te subraye la inconveniencia de tener, en un trance como el que vivimos, a un sujeto a quien sólo preocupa mantener el puesto al frente de la jefatura de nuestra Delegación en París; y que, puesto a elegir un hombre de confianza, elige a uno de la raza maldita.

Así se explica que, del medio millón de españoles que en estos momentos viven en Francia, sólo quinientos se hayan afiliado a la Falange. Este simple dato resume la gravedad de la situación; pues fuera de los rojillos irredentos, hay en París muchos compatriotas, viviendo en hogares miserables y sin escuelas donde se enseñe español a sus hijos, que serían perfectamente reconducibles. Pero las normas de afiliación a la Falange son demasiado rígidas; y convendría, para animarlos a afiliarse, crear la categoría intermedia de «simpatizante», pues al principio, para engolosinar al incauto, es mejor meterle la puntita nada más (y tú ya me entiendes). Una vez nombrados «simpatizantes», y tras unos meses de prueba, se podría engatusar a estos españoles más fácilmente, y endiñarles la cuota que los convierta en afiliados. Pero Velilla, erre que erre, no quiere que se haga proselitismo, temeroso de provocar disgusto a los franceses. Los delegados de la barriada obrera de Saint-Denis, donde se agrupa la mayoría de la colonia española, se quejan de que Velilla no les deja hacer su trabajo y les pide que soporten estoicamente las vejaciones de los cabecillas rojos. «Vosotros poned la otra mejilla, como nos aconseja Nuestro Señor», les dice, el muy calzonazos. ¡Pues aviados estaríamos si hubiésemos hecho lo mismo en nuestra Cruzada!

Yo, querido camarada jefe, no tengo interés alguno en causar daño a nadie. Me limito a cumplir las indicaciones que se me hicieron en Madrid y a trasladar las observaciones de mi informante, que trabaja a las órdenes de Velilla y me merece el mayor de los créditos.

El propio Lequerica reconoce que Velilla es un hombre sin altura y sin mundo, sin otra virtud que ser algo «jesuita» (si esto puede considerarse virtud, pero Lequerica así lo cree, tal vez porque los jesuitas proceden del tronco vasco, y él barre siempre para casa). «¿Qué le vas a pedir a un pobre diablo —me dice con recochineo, pues el embajador presume de gustos gastronómicos muy refinados— que te confiesa que, con un choricico y un pedazo de pan, es el hombre más feliz del mundo?». Pero yo creo que tener a un hombre así precisamente en París, que es la capital del *charme* y la sofisticación, es un completo dislate. Con semejante paleto, al que tantos años de comerciante en París no han quitado el pelo de la dehesa, estamos haciendo un papelón. Y lo peor de todo es que vive encerrado en su despachito de la avenida Marceau, no ve a nadie ni habla con nadie (salvo con el mencionado Solms), porque está por completo negado para el trato social y teme hacer el ridículo y mostrar sus carencias (el francés, sin ir más lejos, lo chapurrea muy deficientemente). A quienes desean aportar y destacan en su oficio, como es el caso de mi informante, los tiene cohibidos y no los deja ni chistar. No permite que le lleven la contraria, ni siquiera que le repliquen; y es hosco y hasta mal educado con las visitas, incluso con las mujeres (quién sabe si no será un invertido solapado). Durante nuestra Cruzada, nada se supo de él, pues jamás asistió a ninguna de las peñas que desde aquí nos prestaron su apoyo. Pero, ¡ah!, se hizo amigo del camarada Eduardo Aunós, quien fuera Jefe de Falange para Francia, que lo recomendó para el puesto cuando, al final de la Cruzada, el Caudillo lo nombró embajador en Bélgica. Supongo que, por venir recomendado por Aunós, que es ministrable, Lequerica no se atreve a destituirlo; por eso y porque no va con su carácter de manga ancha. Pero me consta que no quiere ni recibirlo, de la grima que le da; y cuando se lo encuentra en algún acto oficial o convite, todo lo que Velilla le cuenta le entra por un oído y le sale por el otro, sin rozarle siquiera el cacumen ni tampoco el cerumen, y le da la razón como a un tonto. «¿Qué vas a hacer con un hombre que se conforma con su choricico? —me aplaca Lequerica, cuando le voy con alguna queja—. Dentro de sus escasas capacidades, lo hace lo mejor que puede». A mí esta condescendencia o magnanimidad de Lequerica (que a veces parece más bien socarronería) se me antoja excesiva; pero comprendo que un embajador de España necesita tener mucha mano izquierda, y

me reporto. Contigo, querido camarada jefe, tengo más confianza, porque me la has concedido inmerecidamente, así que te revelaré, como dato curioso y expresivo de la pusilanimidad de Velilla, que no le gusta que se toque el himno de la Falange en las fiestas y galas que se organizan en la avenida Marceau, para no espantar —dice él— a los invitados menos entusiastas de nuestro glorioso Movimiento.

Así que Falange está muerta en París por falta de arrojo y porque al frente de su oficina se halla un hombre cuyo principal mérito fue regentar una ferretería (y que ni siquiera aprovechó para ponerse herrajes). Cuando la oficina de París tendría que ser la más importante de Europa, considerando el número de españoles que aquí hay; sin contar con el notable número de franceses que se prestarían a una ayuda desinteresada y efectiva (y no digamos los alemanes que tenemos a las puertas). Y así, mientras Velilla sigue en su puesto, se pierden para nuestra Causa muchos españoles que tuvieron que resignarse al exilio cuando las tropas rojas en desbandada los obligaron a abandonar sus hogares, pero que no profesan ningún tipo de lealtad a la derrotada República. Es verdad que gran parte de estos españoles se hallan todavía internos en los campos de concentración que los franceses, paladines pomposos de los Derechos Humanos, les brindaron a modo de hospedaje, y que no pueden trabajar ni volver a sus hogares, aunque el embajador Lequerica se esfuerza por abreviar sus penalidades (no todo lo deja pudrir, a la postre). Pero también hay un número más reducido de españoles que pudieron evitar el campo de concentración, o que lograron abandonarlo después de haber entrado, que deberían ser objeto de nuestro apostolado.

Casi todos ellos se concentran en París; y abunda entre ellos el elemento intelectual y artístico. Aunque no faltan los que viven con una mano delante y otra detrás, en la más negra miseria, casi todos tienen algún dinero, ya porque lo trajeron consigo, ya porque lo reciben de las organizaciones republicanas que se llevaron el oro de España, ya porque viven gracias a la generosidad más o menos desinteresada de algunas legaciones extranjeras, en especial la mexicana. A todos ellos se les ve reunidos en los cafés de Montparnasse, evocando la patria con lagrimones en los ojos. No pueden volver a ella porque han dejado allá cuentas pendientes, o bien porque siguen rindiendo tributo a ideologías perniciosas de las que no quieren renegar o no se atreven a hacerlo, por temor a las

represalias de las sociedades masónicas o de la internacional comunista. Pero, a medida que pasan los meses, su situación se vuelve más débil; y esa debilidad se hará todavía mayor cuando por fin lleguen los alemanes. Uno reiría de buena gana, escuchando sus lamentaciones en la derrota, si no fuera por lo angustiosamente dramático de su situación. Y, puesto que no debemos reírnos de su situación, sino tratar de remediarla, me atrevo a sugerir que al menos tratemos de sacar algún provecho. Permíteme, querido camarada jefe, que te explique lo que se me ha ocurrido; espero que lo juzgues pertinente y me des permiso para actuar.

Es verdad que entre estos hombres a los que me refiero, artistillas y plumíferos, hay algunos que no tienen perdón (al menos perdón humano) y que sobre ellos debe caer todo el peso de la Justicia, que tan admirablemente administra nuestro Caudillo; sólo de este modo lograremos que mueran los gérmenes procreadores del odio, la envidia y el rencor. Pero la mayor parte de los que andan por las calles de París sólo reprimen el deseo de ponerse a nuestro servicio porque la propaganda roja lo combate con saña furibunda, en un afán absurdo por aniquilar lo que queda en ellos de sensatez y fecundo patriotismo. También es verdad que muchos de estos artistillas y plumíferos están entrañablemente enamorados de esta ciudad de París, tan sensible y generosa con las vocaciones artísticas e intelectuales, en la que han podido sobrevivir meses y hasta años, a pesar de no haber publicado un libro o vendido un cuadro. Y no faltan algunos pocos —pienso, en especial, en ese Picasso que se ha hecho de oro pintando toros descuartizados y mujeres seccionadas en cubos— que aquí se han hecho ricos y cuentan con medios suficientes para afrontar la terrible crisis actual y la todavía peor que se avecina. Son, en fin, muchos los artistillas y plumíferos españoles, de todo pelaje y condición, residentes en París, unos pocos con un buen y hasta opíparo pasar, otros con un pasar medianejo, la mayoría auténticos piernas que sobreviven de puro milagro y haciendo equilibrios en el alambre de la bohemia; y casi todos ellos adversos a nuestra Causa, algunos por convicción fanática pero en su mayoría por pura inercia o miedo a ser, en medio de muchos titubeos y vacilaciones, señalados y estigmatizados. Meterlos a todos en el mismo saco y catalogarlos a todos de irredentos sería una postura poco inteligente; pues lo que nos interesa es ganarlos para nuestra Causa y convertirlos en prueba

viviente ante el mundo de que la Nueva España acoge también a los descarriados. Mis confidentes alemanes, por ejemplo, me aseguran que, cuando se enseñoreen de París, no piensan tocar un pelo al mencionado Picasso, aunque sea el representante máximo del arte degenerado, pues de este modo podrán combatir la propaganda enemiga que trata de presentarlos como censores furiosos. Por el contrario, pretenden que Picasso siga pintando sus birrias —convenientemente vigilado, claro está, para evitar que se desmande— y hasta hacerle alguna carantoña, con tal de que se quede calladito y renuncie a veleidades proselitistas.

He aquí, a mi modesto juicio, el modelo que debemos seguir. Nada de hostigamientos y persecuciones, nada de anatemas; adoptemos como lema ese *laisser faire* que predica el embajador Lequerica con ineptos como Velilla. Pero que sea un *laisser faire* con contraprestaciones en provecho nuestro; no un *laisser faire* de manga ancha y a fondo perdido, como pretende nuestro vasco de Neguri. Se trataría de utilizar con los rojillos la técnica del palo y la zanahoria, ofreciéndoles golosinas que hagan tambalear sus principios (si es que los tienen) y finalmente traicionarlos; o que simplemente los inclinen a abandonar esas inercias que tanto favorecen a la propaganda roja. Se trataría de engatusarlos con el soborno del halago y la limosna —una exposicioncita por aquí, un articulito encomiástico por allá—, de tal modo que se vayan ablandando. Se trataría, en fin, de dejarles saborear las ventajas de una vida más plácida, o siquiera menos pesarosa, si se avienen a colaborar con nuestro glorioso Movimiento; y también, por supuesto, de hacerles comprender muy sibilinamente que, si no se dejan querer, les aguardan muchas descalabraduras y sinsabores. De este modo, lograremos que piquen el anzuelo; y, una vez que lo hayan picado, podremos soltar carrete, o tirar del hilo, según nos convenga. Y para entonces a ellos no les quedará otro remedio que dejarse llevar y traer a nuestro capricho, porque descubrirán que, una vez que se han dejado querer, ya no hay marcha atrás posible, ya no hay forma de borrar la mancha indeleble que han arrojado en su ejecutoria; y terminarán convenciéndose de que esa mancha no es tal, sino timbre de gloria (como efectivamente lo es, pues no hay misión más honrosa en la vida que colaborar en la construcción de la Nueva España). Y, una vez convencidos, no les quedará más salida que entregarse de hoz y coz (y dejando el martillo

comunista olvidado para siempre); pues, si se les ocurriera volver a las andadas, podríamos pregonar a los cuatro vientos sus deslices del pasado, revelando que fueron unos chaqueteros indignos. Los tendríamos a nuestra merced, agarrados por los cojoncillos; y, además, la propaganda roja, que tiene muy buena y rencorosa memoria, jamás les permitiría entonar la palinodia e irse de rositas, como si tal cosa.

No será, sin embargo, una tarea sencilla embaucarlos y atraparlos en nuestras redes; pues hay en ellos, encerradas en los retretes más hediondos de su conciencia, mil ponzoñosas consignas que los obligan a ver cuanto les rodea con el color rojo más subido, sin dejarlos respirar. No será una tarea sencilla, ciertamente; se requerirá, para llevarla a cabo, mucho cálculo, mucho tiento, mucha mano izquierda que sepa pulsar las teclas del orgullo y la vanidad, que en estas gentecillas dedicadas a las artes son sin embargo las teclas más abultadas y resonantes. Y, desde luego, no puede ser una tarea que se desarrolle a través de las vías oficiales; no podemos permitirnos dejar constancia de nuestras aproximaciones, de tal modo que luego los artistillas y plumíferos que no sucumban a nuestros cantos de sirena puedan exhibirlas ante los rojos, para congraciarse con ellos mostrando su rechazo. Mucho menos debemos encomendarla a palurdos como ese Velilla, que actuarían con la patosería característica del tendero, provocando la inmediata desconfianza de artistillas y plumíferos. Para llevar a cabo esta misión con éxito necesitamos a una persona que no provoque rechazo en el medio artístico, que se desenvuelva en él con naturalidad, que conozca las debilidades y secretos anhelos de toda esta jarca, por haber convivido previamente con ella (y porque, en cierta medida, las debilidades y secretos anhelos de la jarca sean los suyos propios); alguien, en fin, en quien artistillas y plumíferos perciban —como diría el diabólico Baudelaire— *mon semblable, mon frère*. Necesitamos a una persona, en fin, que pertenezca al gremio, o que al menos se sienta parte de él, aunque no haya obtenido el reconocimiento debido (o el reconocimiento que siente que se le debe) y que, precisamente por no haberlo obtenido, respire por la herida supurante del resentimiento y contemple a quienes todavía pugnan por obtenerlo con esa mezcla de inquina y celo amargo con que siempre contemplamos a quienes perseveran en aquello en que nosotros no hemos tenido el valor de perseverar; de tal forma que contribuir a su fracaso o a su perjuicio

sea un miserable lenitivo y consuelo para su dolor. Y necesitamos, en fin, que esa persona tenga, además, un espíritu insidioso e hipócrita, muy sibilinamente capcioso, para que no se noten sus verdaderas intenciones; un espíritu a la vez cínico y tesonero, zalamero e intrigante, que sepa rondar y cortejar a la presa y llevarla hasta nuestro redil, fingiendo complicidad con ella mientras se relame con su claudicación.

Pues bien, resulta que conozco a la persona idónea para tan delicada empresa. Es la misma —te ruego la máxima discreción— que me informa sobre las ineptitudes de Velilla y la situación lamentable de nuestra Delegación de Falange en París. Se llama Fernando Navales y trabaja a las órdenes de Velilla en el insulso semanario *El Hogar Español*; aunque, en realidad, apenas trabaja, porque Velilla no le da bolilla —secuestrado como está por el judío Solms— y sólo le encomienda labores subalternas y rutinarias, principalmente seleccionar las noticias de la prensa del Movimiento que se reproducen en el semanario. De ahí que, al menos, esas noticias sean siempre escogidas con un criterio irreprochable, frente al criterio tontorrón que guía el resto de la publicación, que sólo reúne patochadas y cursilerías; de ahí que Fernando Navales se tire la mayor parte de la jornada vagueando y merodeando los cafés del barrio de Montparnasse, residencia de la mayoría de artistillas españoles residentes en París y donde el mismo Navales reside también, en una buhardilla cochambrosa, porque el sueldo que le paga Velilla no da para más. Así se ha ganado la confianza de estas gentes, que lo ven casi como uno de los suyos; y como, además, Navales no se recata de lanzar todo tipo de improperios en público contra el pazguato de Velilla y de chotearse de sus ocurrencias de mequetrefe, los artistillas de Montparnasse lo tienen por un infiltrado en las filas de la Falange, ignorantes de su pasado.

Pues no te creas que este Fernando Navales es un vulgar soplón al que recurro para enterarme de las interioridades desastrosas de la avenida Marceau; no te creas que es un vulgar plumilla de los que bordonean por los comederos de la Falange, en busca de tajada para matar el hambre y disfrazar las faltas del pasado, como en cambio hace ese judío Solms a quien Velilla ha convertido en su capataz. Navales es falangista de pata negra, de los pocos que a estas alturas pueden presumir de camisa vieja, con carné de afiliación firmado por

el mismísimo Ausente; sólo que, por circunstancias especialísimas que ahora te expondré, tuvo que mantener oculta su militancia durante los años de la Cruzada, y su nombre no figuró nunca en los archivos incautados por los rojillos al estallar la guerra. Pero en Alcalá 44 habrá camisas viejas que lo recuerden perfectamente; y es posible que tú mismo, camarada jefe, hayas oído hablar de él, pues su nombre estuvo en otro tiempo en todas las comidillas.

Fernando Navales, huérfano desde niño, vástago de una familia que se arruinó con el desastre de Cuba, se ha movido siempre en círculos literarios. Con apenas diez u once años asistió al velatorio de Alejandro Sawa, aquel bohemio famoso que luego inspiraría la pluma del tristemente difunto Valle-Inclán y también la del venturosamente vivo don Pío Baroja, vejete gruñón y cascarrabias a quien debemos una formidable diatriba contra comunistas, judíos y demás ralea, brillantemente espigada por el camarada Ernesto Giménez Caballero. A Valle-Inclán y a don Pío los trató Navales en su juventud bohemia; y, como a ellos, a otros muchos santones caducos de aquella época, como el judiazo Rafael Cansinos Assens, que todavía debe de andar por Madrid, traduciendo mamotretos para Aguilar, o el zangolotino Ramón Gómez de la Serna, que anda perdido en Buenos Aires. A todos estos y a otros muchos capitostes de las letras trató Navales en aquellos años; y de todos atesora anécdotas jugosísimas, a veces sonrojantes, que ensucian su honra (y nadie sabe ensuciar honras con más donaire y gracejo que Navales) y deberían utilizarse para apretarles las tuercas, en caso de que flaqueen en su adhesión al glorioso Movimiento, o se llamen a andana. Pero, sobre todo, Navales hizo migas con lo que Emilio Carrere —otro a quien Navales conoce como si lo hubiese parido— llamó «la cofradía de la pirueta», todos esos galloferos y frotaesquinas que se fueron a Madrid, a la conquista de la gloria, y acabaron en los despeñaderos de la más negra golfemia, llenando las tripas horras con un café y media tostada, cuando no con gallinejas podridas. De todos estos trapalandranes, algunos ya carne de cementerio y otros inquilinos de los cementerios todavía más poblados del olvido, Navales se sabe la vida y milagros, que son en verdad pasmosos y pintorescos; y muy en especial de uno temible —o al menos Navales así lo pinta, y mientras lo hace todavía se estremece — llamado Pedro Luis de Gálvez, infamemente famoso por pasear el cadáver de su hijo recién nacido en una caja de zapatos por todos los

cafés de Madrid, en busca de limosna para poder enterrarlo, o para emborracharse y así olvidarse de su enterramiento. Este Pedro Luis de Gálvez tuvo luego, por cierto, una participación muy poco honrosa durante nuestra Cruzada, tan poco honrosa que a la conclusión de la misma se le abrió un proceso sumarísimo de urgencia, acusado del asesinato del ínclito Pedro Muñoz Seca, autor de *La venganza de don Mendo*, que ha terminado con el fusilamiento del susodicho Gálvez en las tapias del cementerio de la Almudena, hace apenas un mes. Lo sé con certeza porque Navales me pedía a cada poco, con mucho énfasis y ansiedad, noticias del caso, que yo le suministraba con mucho gusto; y no respiró aliviado hasta que al maldito Gálvez le dieron pasaporte. Ahora Navales anda más contento que unas castañuelas, señal de que le hemos quitado un peso de encima; pero todavía a veces le entra la sospecha de que el mencionado Gálvez no esté muerto, y me ha pedido que le consiga un certificado de su ajusticiamiento. Petición que, por supuesto, me he apresurado a cursar.

Fernando Navales se muestra cada vez más dispuesto a realizar las tareas que le encomiendo; y todas las ejecuta que es un primor, con una minuciosidad y un detalle que ya sólo me falta conocer la talla de calzoncillos que usa Velilla, y si se los cambia asiduamente o se los vuelve a poner sucios. Navales, en fin, está en la mejor disposición para afrontar esta misión de captar y atraer hasta nuestras redes a los artistillas y plumíferos españoles que deambulan como ánimas en pena por las calles de París, sin un mendrugo que llevarse a la boca, o comiendo las migajas que les tiende la garra roja. Por lo demás, Navales está habituado a tenérselas tiesas con los rojillos, pues ya se las tuvo en los años infaustos de la República, desde filas de vanguardia. José Antonio lo honró con su amistad antes incluso de la providencial fundación de la Falange, cuando todavía andaba empeñado en restaurar la fama de su padre, a la sazón exiliado en París y hostigado por la diabetes; y participó asiduamente en la tertulia «La Ballena Alegre», que el Ausente organizó en los sótanos del café Lyon d’Or, llegando a formar parte de su guardia pretoriana o cohorte literaria, al lado de nombres tan ilustres como Agustín de Foxá o Rafael Sánchez Mazas, que podrán corroborar cuanto digo; aunque tal vez no derrochen muchas salvas en el elogio de Navales, pues ya se sabe que entre gentes de letras las malquerencias y envidias andan a la orden del día, y al parecer Navales tuvo sus dimes y diretes

con todos ellos, por disputarse el favoritismo del Ausente. Pero fue el propio Navales, que a la sazón trabajaba como secretario en el Teatro de la Comedia, quien consiguió que cedieran a José Antonio este lugar, para que en él pronunciara el mitin fundacional de la Falange, que a veces Navales me recita como si fuese el Credo, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta (y logrando que yo me contagie de la misma emoción). Y cuando la República mandó cerrar la sede primera de la Falange, en la madrileña calle del Marqués de Riscal; cuando los primeros camaradas empezaron a caer, enfrentados en tiroteos con las juventudes socialistas y comunistas; cuando al Ausente empezaron a motejarlo burlonamente de Juan Simón el Enterrador, por no decidirse a tomar represalias contra quienes diezmaban nuestras filas; cuando se produjeron las primeras defecciones y apenas quedaban valientes que honrasen a los caídos, Fernando Navales fue de los primeros en dar un paso al frente y pasar a la acción, vaciando su pistola en la cabeza de un chíbiri y ahuyentando a otros que pretendían atentar contra el Ausente, mientras rezaba ante la tumba de un hermano de sangre. Tal fue el arrojo mostrado en aquella ocasión por Navales, que José Antonio lo eligió para organizar las «falanges de la sangre» encargadas de escarmentar a nuestros enemigos; «falanges de la sangre» cuya existencia se mantuvo en secreto, para que no apareciesen en los archivos de Marqués de Riscal los nombres y la afiliación de sus miembros, tampoco las directrices que desde la jefatura recibían. Ésta es la razón por la que el nombre de Fernando Navales fue borrado de los anales heroicos de la Falange; pero no se ha borrado de la memoria de quienes entonces compartieron la privanza del Ausente.

En estas «falanges de la sangre» Fernando Navales desempeñó servicios impagables. Desde despejar el terreno a los heroicos vendedores del semanario *FE* en las barriadas más peligrosas, o escarmentar a los obstructores de su venta con una buena tunda, hasta boicotear espectáculos contrarios al espíritu de la Falange —cines donde se proyectaban películas bolcheviques, conferencias volterianas de ateneístas y demás chusma intelectualoide, etcétera—, sin desdeñar el recurso del plomo cuando la ocasión lo requería. Muchos de aquellos hombres que aceptaron arriesgar su vida sin obtener ninguna recompensa (salvo la de la gloria eterna que sin duda les ha sido reservada) cayeron bajo las balas del enemigo; y el propio Navales,

que sobrevivió de chiripa a alguna emboscada, tuvo sin embargo que llorar la muerte de una novia, abatida por las balas de un *paco* que disparó desde un tejado contra los camaradas que participaban en un desfile pacífico, tras la celebración del primer congreso de la Falange. Y cuando la caza indiscriminada del falangista se desató, tras las elecciones de febrero del 36, Navales tuvo que resignarse a quemar todos los vestigios que delataban su adscripción —¡hasta las cartas del bienamado Ausente!— y afiliarse al Sindicato de Espectáculos, como le correspondía por ser secretario del Teatro de la Comedia, donde tuvo que permitir que se representaran asquerosísimos dramas proletarios, como entonces era obligatorio. Pero de poco le sirvió, pues en los meses primeros de la guerra, cuando Madrid se había convertido en una inmensa checa donde todas las furias del odio y de la sangre campaban a sus anchas, su nombre apareció citado en las «listas de desafectos» que diariamente publicaba el diario *El liberal*, para entonces incautado por las hordas rojas, con la acusación de haber favorecido la representación de «obras retrógradas»; y antes de que pudiera abandonar la capital, fue apresado —al parecer por aquel temible Gálvez al que antes me referí— e internado en la cárcel de San Antón, donde coincidió con un atribulado Muñoz Seca, antes de que lo despacharan sin juicio a la Dehesa de la Villa, para ser ejecutado.

Pero Navales, por intervención de la Providencia —que tal vez utilizase a ese Gálvez como instrumento—, logró sobrevivir milagrosamente a su ejecución y recorrer la distancia que lo separaba del frente, sin pisar ninguna mina y sin que los centinelas rojos lo advirtieran. Las vicisitudes de aquella huida no las conozco bien, pues Navales no gusta de referirse a ellas; pero sin duda debieron de ser angustiosas y erizadas de peligros, aunque Dios quiso que esa noche cayeran chuzos de punta que sin duda le ayudaron a pasar inadvertido. Una vez alcanzadas nuestras trincheras, Navales fue convenientemente interrogado por nuestros oficiales y pudo acreditar su identidad y su lealtad a la Cruzada, merced al testimonio de algún camarada que también había pertenecido a las «falanges de la sangre»; y así pudo alcanzar la ciudad de Salamanca, donde se empleó en la Dirección de Prensa, al mando del invicto general Millán Astray, desempeñando labores de censura al lado del camarada Ernesto Giménez Caballero, quien quedó muy satisfecho de su trabajo y podrá

brindarte los mejores informes sobre él. Acabada la contienda, Navales no pudo disfrutar de la Victoria como hubiese merecido, porque entretanto —*horresco referens*— en la Falange afloraron rencillas y malquerencias dormidas; y no faltaron tampoco quienes lo acusaron de amistad con gentes poco adictas al Movimiento, mayormente los bohemios a quienes tanto había frecuentado en sus años mozos, algunos de los cuales arrastraban, junto a los harapos de su mísera vida, algunas fechorías imperdonables durante los años de la Cruzada, con sus flecos y cenefitas de sangre. Y como su condición de camisa vieja era para entonces dudosa, por no existir pruebas que la documentasen, antes que ser bandera encontrada en el seno de la Falange, Navales prefirió quitarse sacrificadamente de en medio y marchar de España, pidiendo tan sólo a cambio que se le diese alguna carta de recomendación, para trabajar como gacetillero raso en algún periodiquito de Falange Exterior.

Así es como terminó en París, a las órdenes de Velilla, quien sin duda debe de contarse entre sus detractores, o al menos haberles prestado oídos, a juzgar por el puesto subalterno que le ha asignado. Pero todas las humillaciones y vejaciones de este ceporro las sufre Navales por lealtad a la Causa que juró defender, aunque tantas veces haya tenido que defenderla en posiciones de riesgo, o en el triste anonimato, teniendo además que soportar las calumnias de los enemigos internos, algunos de los cuales no han hecho otra cosa sino beneficiarse de prebendas y privilegios, mientras él soportaba baldones y peligros. Y entre los baldones que últimamente ha tenido que soportar se cuenta un bulo ignominioso que han propalado sus enemigos en los mentideros madrileños, después de que viniera a París. Puesto que su firma ha dejado de aparecer en la prensa, proponen chafarderamente estos villanos que Navales se habría saltado la tapa de los sesos de un tiro, perseguido por los remordimientos de un pasado poco honroso. Más les valdría a tales murmuradores y metemuertos atarse una piedra de molino al cuello y arrojarse al mar. Pero está de Dios que a todos estos malsines acabemos purgándolos, para que sus vilezas no contaminen a la Falange.

Aunque también es verdad que, por ensuciar la fama de Navales, sólo han conseguido avivar sus deseos de probarnos su fidelidad y su disposición a arrostrar las misiones más arduas y peliagudas, como sin

duda sería la que te he propuesto más arriba. También han contribuido a azuzar su resentimiento, que —aun siendo una pasión innoble— nos puede venir de perillas para nuestro propósito. Un hombre que padece una injusticia sin reparación no deja de sangrar por la herida del resentimiento; y esa herida se va irradiando concéntricamente en su alma, hasta anegarla por completo. Fernando Navales está, en efecto, muy resentido, después de coleccionar tantos fracasos y preterisiones; pero está también acostumbrado a rumiar su resentimiento y encauzarlo convenientemente hacia donde pueda hallar más placentera satisfacción. Si nosotros le concedemos ahora la oportunidad de desviarlo hacia estos artistillas y plumíferos que se resisten a arrimar el ascua a nuestra sardina, estoy seguro de que obtendremos unos magníficos resultados. Por supuesto, habría a cambio que mejorar un poco sus emolumentos, para que al menos pueda convidar a los pichones que nos proponemos cazar y llevar una vida algo más rumbosa que le permita sufrir de mejor grado los desaires y ofensas de Velilla (a quien, por supuesto, nada diré de nuestra combinación, pues el muy panoli podría entorpecerla). Si me concedes tu plácet, querido camarada jefe, la misión de Navales permanecería incógnita para todos, salvo para nosotros dos y para el embajador Lequerica, quien —estoy seguro de ello— facilitaría de mil amores los movimientos de Navales; pues lo suyo es el *laisser faire*. Y, por supuesto, lo comentaría también con mis enlaces alemanes, para que Navales cuente con apoyos entre quienes pronto tendrán mando en esta plaza, a poco que aceleren en su avance.

En fin, no quiero darte más la lata. Sólo te pido que la respuesta me la hagas llegar por el mismo conducto por el que te llega mi proposición, para que ningún ojo indiscreto pueda estar al tanto de nuestras intenciones. Con mis mejores deseos para todos los tuyos y un saludo brazo en alto se despide de ti tu subordinado y amigo.

Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista.

1940

I

Todavía, en sueños, vuelvo a caminar entre tomillos y jarales por la Dehesa de la Villa, hasta el terraplén donde se amontonaban los cadáveres de los fusilados en diversos grados de descomposición, comidos de gusanos y pecados mortales que no habían podido confesar. Todavía, en sueños, vuelvo a vivir la noche de mi ejecución, rasgada de relámpagos como cicatrices que envolvían la ciudad en lontananza con un sudario fosforescente. Vuelve la lluvia, tupida y dolorosa como metralla, a empaparme la camisa; vuelvo a ponerme de rodillas para suplicar clemencia; vuelvo a respirar el aliento de coñac de Pedro Luis de Gálvez, que se acerca al gurruño de carne que yo entonces era y se saca de la canana una bala que me introduce entre los dientes. Vuelvo a escuchar su voz lúcida y beoda, como un rugido entre los truenos, mientras escupe por el hueco del colmillo; vuelvo a morder la bala, para amortiguar el castañeteo de los dientes; vuelvo a probar su sabor de pólvora y de sangre antigua, mientras escucho una y otra vez, mil millones de veces, sus palabras desabridas:

—No tenéis cojones para morir. La muerte es un castigo para hombres decentes. Los cobardes no merecéis que otros os eviten el trabajo de mataros.

Y vuelven a sonar los truenos, como si Dios se estuviese jugando mi vida a los bolos. Entonces despierto y descubro que mi camisa no la empapa la lluvia, sino mi propio sudor, como un río desmandado; descubro que los tomillos y jarales de la Dehesa de la Villa se vuelven las sábanas rasposas de mi cama; descubro que la noche ardiente de junio ya claudica en el ventanuco de mi buhardilla de la calle Froidevaux y que los truenos son en realidad el cañoneo de los alemanes, que ya están a las puertas, que ya saludan alborozados a la ciudad en fuga.

Desde el ventanuco de mi buhardilla contemplé el cielo de París, que se había vuelto de repente una ciudad sin luz, encapotada por una nube espesa de humo que de vez en cuando cruzaban golondrinas

alocadas, como flechas que hubiesen extraviado su rumbo. No tardé en comprender que eran humos artificiales lanzados por los gabachos, que así aturdían el vuelo de los aviones alemanes y aseguraban la evacuación de la capital. Me lo contó un rato después la portera, reviradilla y legañosa de orzuelos, que estaba liando sus bártulos en el chiscón del portal y de vez en cuando se pegaba un lingotazo de calvados:

—Los boches están al caer, *monsieur* Navales. Los boches nos van a degollar a todos, como no nos apresuremos. ¿Usted no se marcha todavía?

—Todavía no. Tal vez mañana.

Aprendí en los meses de supervivencia en el Madrid rojo que nunca hay que fiarse de los porteros, y mucho menos de las porteras, que son cuzas y eruditísimas en delaciones, porque nada ambicionan más que mudarse del chiscón del portal al piso principal donde vive el señorito, después de darle pasaporte a la checa. Yo no vivía en el piso principal de aquel edificio, sino en un cubil de miseria, pero igualmente me callaba o le mentía a la portera, que parecía dispuesta a abandonar el edificio antes que los inquilinos. Los porteros, aparte de chivatos y fisgones, son el colmo de la pretenciosidad y se creen directamente amenazados por la Gestapo.

—Pues como no se dé prisa van a ficharlo los boches, *monsieur* —me advirtió, en el fondo deseosa de que me arrastrasen a la mazmorra, o tal vez al paredón—. Esa gente no se anda con chiquitas.

—Los boches tendrán cosas más importantes que hacer. Además, los españoles estamos a partir un piñón con ellos —dije, con una sonrisita aviesa que la estremeció—. *Au revoir, madame.*

Y la dejé en el chiscón, repentinamente temblorosa y más resuelta que nunca a marchar de París, no fuera que el español de la buhardilla la acusara ante los boches y la deportasen a Berlín, para obligarla a trabajar en alguna fábrica de armamento. Todas las mañanas me hacía a pie el camino hasta el número 11 de la avenida Marceau donde se había instalado la Delegación de Falange, en el palacio donde antaño los separatistas vascos habían tenido su cuartel general, con fondos sustraídos del erario público. Aquellos euscaldunes estaban más apegados a las voluptuosidades del arancel y el privilegio foral que a las sugestiones poéticas regionales; pero, desde que lo incautase la Falange, el palacio se había convertido en

una mezcla de local parroquial y escuela de coros y danzas, de la mano del palurdo de Federico Velilla, que tenía alma de tendero. Caminar desde mi buhardilla en la calle Froidevaux, oreada por el perfume de los cadáveres que se pudrían en el vecino cementerio de Montparnasse, hasta la avenida Marceau, al otro lado del Sena, a mitad de camino entre la plaza de la Concordia y el Arco del Triunfo, me llevaba aproximadamente una hora, que yo además alargaba parándome a desayunar en algún café, por llegar un poco tarde al trabajo y así enervar a Velilla. Montparnasse era por entonces un barrio encomendado al milagro, hormigueante de bohemios y cucañistas (muchos de ellos españoles) que vivían a salto de mata, estafando a los turistas y también a los indígenas, porque los gabachos, aunque se las dan de vivos y desconfiados, tienen mucho de pipiolos; y, si el que los estafa es español, apoquinan sin quejarse siquiera, porque temen que el español los raje y se haga con sus tripas una corbata, como cuando la francesada. Montparnasse tenía cielos de Modigliani, góticos y desvaídos, antes de que los alemanes tomaran posesión del barrio y sus cielos se volvieran de feroces cobaltos, como un pintarrajo picassiano. Y sus gentes, siempre ociosas, siempre dedicadas al trapicheo y a la holganza, vivían en una suerte de miseria cómoda o inconsciencia feliz, pasando el rato de café en café, como piojos en costura. Pero aquella mañana Montparnasse parecía desierto, tras el éxodo de los últimos días, y apenas quedaban casas que tuvieran alguna ventana abierta. París se desangraba por los cuatro costados, por las carreteras y las estaciones de ferrocarril; y toda la multitud que había desertado de las calles se hacinaba en el metro, que circulaba siempre lleno desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, apretado de gentes cargadas de maletas y paquetes y cochecitos de niño. Los autobuses y los taxis habían desaparecido como por arte de ensalmo; y los automóviles que circulaban, procurando no hacer ruido, llevaban el techo recubierto de colchones y de mantas (los ingenuos gabachos pensaban que así se protegían contra las ametralladoras y los cascos de las bombas). París se cagaba de miedo, ante los alemanes que venían a arrollar, saquear y destruir, según se contaba en los mil episodios inventados por la prensa antifascista. Y yo contemplaba la cagalera con indescifrable placer, porque al fin la democracia erigida en dogma se iba al vertedero de la Historia (perdón por la mayúscula), por fin los soldados de Hitler,

rubios y apolíneos, llegaban arrasando el legado de Rousseau y Montesquieu, toda esa morralla de parlamentos y separación de poderes y demás paridas para mentecatos que meriendan nardos. La guerra es la única higiene del mundo; y las democracias europeas tenían una capa de roña que ya sólo se podía quitar a bombazos.

—¿Y cómo es que huye la gente? —le pregunté al camarero de La Coupole, donde esa mañana paré a desayunar.

La Coupole era el café más elegante del barrio, con bar americano, un restaurante bastante acreditado donde se descorchaba champán y unas piculinas de cierta categoría que se arrimaban como miuras, para tragarse la espuma en estampida directamente del gollete. Pero aquella mañana no había piculinas que se arrimasen, mucho menos champán.

—Toda la mañana llevan pasando coches y camiones sin cesar —me respondió escamón el camarero, que me miraba como si yo fuese un marciano—. Aquí no se queda ni Dios.

Pero Dios, que sabe los nombres y los separa en las nubes, ya había dejado de su mano a los gabachos mucho tiempo atrás, para que se pudrieran entre los miasmas de su republiquita. Pasaba un camión por delante de La Coupole, abarrotado de bultos y de viajeros, con los niños y ancianos sentados y los demás escrutando el cielo ahumado. Pero los aviones alemanes brillaban por su ausencia, poniendo puente de plata a la cobardía gabacha.

—¿Y el Gobierno no piensa hacer nada? —le pregunté todavía al camarero, haciéndome el longui.

—Si tuviéramos un auténtico gobierno del pueblo, se iban a enterar esos malditos boches —me respondió, con la típica fanfarronería retórica del napoleoncito en ciernes—. ¿O lo pone usted en duda?

—Yo dudo por método —le dije, displicente—. Ande, tráigame un café con leche y un *brioche* con su mantequilla.

—Tendrá que ser un café solo. La leche ya no llega a París. Se han cortado las comunicaciones con Normandía —me reconoció compungido el camarero.

—Vaya por Dios —suspiré—. Pues un café solo entonces. Pero un auténtico gobierno del pueblo le habría regalado una vaca a cada francés, para que él mismo ordeñara sus ubres.

Al camarero lo encabronaron mis chanzas, pero finalmente miró

al soslayo, fuese y no hubo nada. Si en Francia hubieran tenido un auténtico gobierno del pueblo, como anhelaba aquel polluelo, se habrían jiñado todavía más y, al primer gruñido de Hitler, habrían disuelto el ejército y mandado al mundo un mensaje de paz universal. El ingenio prestaba al ansia de fuga gabacha recursos infinitos, echando mano de todo aquello que tenía ruedas: a falta de automóvil, los *montparnos* menos pudientes recurrían a carretillas inverosímilmente cargadas de muebles que trepaban al cielo como obeliscos descangallados (a los franchutes les gustan los obeliscos porque se creen que son símbolos fálicos, o por delirio de masonazos irredentos), también a bicicletas con remolque incorporado (sin saberlo, estaban inventando el velo-taxi, que tanta fortuna iba a correr en los años sucesivos) y hasta cochecitos de niños sin niño (las cigüeñas de París se habían quedado sin trabajo desde que los gabachos le cogieran gusto al condón), en modelos antañones, muy anchos y voluminosos, donde cabía casi tanto equipaje como en los vagones de los grandes expresos europeos. En algunos carritos iban gramófonos y caniches, que son los dos sucedáneos de niño predilectos de los franchutes de postín.

—¿Y usted no piensa marcharse? —me preguntó todavía el cretino del camarero, mientras me cobraba, sin dejarme siquiera terminar el *brioche*. Se veía que tenía ganas de poner pies en polvorosa.

—Yo es que soy agente alemán y estoy preparando la bienvenida a los míos —le solté, para hacerlo temblar y que dejara de darme la murga.

Y marché sin dejarle propina. Por la ribera del Sena, todos los quioscos estaban cerrados, pues desde el día anterior habían dejado de publicarse los periódicos, por falta de tinta o de soflamas patrióticas. Por la Puerta de la Villette habían prendido fuego a los depósitos de gasolina, desde los que subían nubes de humo que se retorcían y serpenteaban en el aire, como las tripas de una vaca a la que le rasgan el redaño serpentean y se retuercen en el suelo; y soldados de algún frente perdido —tal vez desertores— caminaban como sonámbulos, con la barba crecida y el semblante demacrado, pidiendo por caridad que los cogieran en algún camión. Pero ya no quedaban en París trazas de caridad, ni siquiera de fraternidad, que es la versión filantrópica de la caridad cristiana que se habían inventado en

Francia, para ponerse ciegos a guillotinar curas. Llegué a la sede de Falange exultante tras la visión de la debacle gabacha, como inundado de una luz teológica.

—Velilla quiere verte de inmediato, Navales. Ha recibido una llamada que lo ha puesto un poco nervioso.

También lo estaba Luis Felipe Solms, de cuyo rostro de rana bizca había desertado la sonrisita habitual. Solms era canijo y ganchudo de nariz y de manecitas, con las uñas negras de remejer en la linotipia o de rascarse las almorranas y la mirada como atufada por el humo del candelabro de siete brazos que, a buen seguro, escondía en casa. Solms era el correveidile y valido de Velilla, que siempre elegía como personas de confianza a personajillos con pinta de pandereteros de la tuna. Solms era el capataz del periodiquito birrioso *El Hogar Español*, boletín semanal de información que confeccionábamos en la avenida Marceau, bajo el lema ridículo de «Por la patria, el pan y la justicia»; por supuesto, Solms se reservaba las crónicas y reportajes de relumbrón, dejándome a mí la revista de prensa y las gacetillas sin firma. Solms era un tipejo repugnante al que me hubiese gustado pisar, porque las ranas aplastadas quedan la mar de decorativas; pero ya habría tiempo y ocasión para hacerlo.

—¿Y quién le ha hecho la llamada? —pregunté, con la secreta esperanza de que fuese algún mandamás que quisiera darle boleta.

—No ha querido contármelo. A lo mejor a ti te lo cuenta.

Pero a mí Velilla no me contaba ni las flechas bordadas en la camisa azul mahón, entre otras razones porque no solía ponérmela casi nunca, por pereza del folclore. Velilla me odiaba a su manera; pero siendo un ferretero de poca monta y un hombrín de dar pena, su odio resultaba apenas pedáneo, insignificante. Yo, en cambio, odiaba a Velilla minuciosamente, como sólo sabemos odiar quienes estamos infectados por el resentimiento, que según lo define Gregorio Marañón —por entonces estaba leyendo su *Tiberio,* para ver si lo pillaba en algún descuido que delatase lealtades republicanas— es una pasión que queda presa en el fondo de la conciencia, donde incuba y fermenta su acritud, para infiltrarse en todo nuestro ser y acabar siendo la pasión rectora de nuestra conducta. Pero al menos los resentidos tenemos una pasión rectora en la vida, no como los infraseres al estilo de Velilla, que tenía su despacho en la planta noble del palacio, donde se comía a hurtadillas su choricico con un trozo de

pan, cuando le entraba el hambre. El palacio incautado a los separatistas vascos era un inmueble vasto y lujoso, aunque bastante desmantelado, pues los jodidos euscaldunes arramplaron con lo que pillaron, antes de que los desalojara el Gobierno de la Tercera República, que había perdido el culo por reconocer a Franco, antes incluso de que terminara nuestra guerra. Tenía el palacio tres pisos, amén de las buhardillas y los sótanos, guarnecidos con artesonados y arañas de cristal tallado, que los vascos no se llevaron porque ya no les cabían en la furgoneta, también espejos de luna con el azogue algo picado donde siempre me miraba de refilón al pasar, para comprobar que la barriga no se me había desmandado. En la planta principal, además del despacho de Velilla, se había montado un servicio de repatriación que devolvía por la frontera de Irún a los payeses que habían abandonado sus masías temerosos de que Yagüe les cortase la lengua, por hablar en catalán; y también la biblioteca, que sólo tenía los libros de aluvión que nos mandaban de Alcalá 44 —los libros descartados por la patulea de literatos ociosos que allí sesteaban—, con mucho acopio de catecismos y las obras completas de José Antonio repetidas treinta o cuarenta veces. En aquella biblioteca me tiraba yo las horas muertas, leyendo los periódicos españoles atrasados, para hacer el popurrí con el que luego empapelaba nuestro semanario ful. Toqué la puerta del despacho de Velilla con un repiqueteo jovial, como hacía siempre, por evitarle al zoquete la vergüenza de pillarlo comiéndose el choricico o cascándose una gayola.

—Adelante, Navales, adelante. Contigo quería yo hablar.

—Pues soy todo orejas, jefe. ¿Qué es lo que gustas?

Decía orejas en lugar de oídos para mortificar a Velilla, que tenía unos orejones como hojas de lechuga mustia, con el lóbulo pendulón y el cartílago superior haciendo toldo. Como, además, era calvorota, no tenía modo de simularlo; y el cuadro se completaba con una nariz frustrada, como de boxeador descartado antes de su primer combate. Por supuesto, ni me molesté en saludarlo brazo en alto.

—Hace un rato llamó Urraca, preguntando por ti.

—¿Y qué es lo que quiere?

—No quiso decírmelo, estaba muy misterioso —dijo Velilla, escrutándome con su mirada sin misterio, parapetado detrás del escritorio—. Quiere verte sin demora. Me dijo que mañana, a eso de

las ocho, te espera en el cabaré del Infierno. Menudo sitio ha elegido el gachó.

El cabaré del Infierno se había levantado en tiempos de Maricastaña o de la *belle époque*, y para entonces estaba dando las boqueadas, porque a los masonazos que lo frecuentaban, hartos de comerse niños crudos en sus tenidas, ya no les impresionaba su fachada macabra, y mucho menos sus atracciones de barraca de feria, con bailarinas jamonas que enseñaban un coño de labios ajadísimos. Pero Perico Urraca tenía estas ocurrencias, de un humorismo entre esotérico y fantasmal, para cultivar una fama de hombre siniestro que le venía de perlas para intimidar a los rojillos exiliados en París. A mí, en cambio, Urraca me parecía más bueno que el pan, aunque fuese un poco mendrugo; y sólo me intimidaba encontrarme con Pedro Luis de Gálvez en sueños. Pero Urraca me aseguraba que a Gálvez ya lo habían apiolado; y yo, más incrédulo que Santo Tomás, le había pedido el certificado de fusilamiento.

—Pues no tengo ni puñetera idea de qué querrá —mentí.

—Algo importante será, para no decírmelo a mí.

Había dicho ese «a mí» redundante, con mucho boato, como creyéndose el representante del Ausente en la Tierra, o por lo menos en París. Los chupatintas siempre han sido muy propensos a los delirios de grandeza.

—Querrá presumir por anticipado de los rojos que va a pillar, cuando lleguen los alemanes —aventuré, sin esforzarme en inventar alguna historia más verosímil—. Pero podríamos aprovechar para hacerle una entrevista, donde nos revele su lista de candidatos al paredón. Conseguiríamos agotar la edición del semanario, porque lo comprarían hasta los propios rojos, por la curiosidad malsana de verse en letras de molde. Y así, al fin, podría firmar una pieza...

Velilla puso cara de susto, pero de susto mojigato y monjil, y me reconvino con una dignidad como de úlcera de estómago:

—No me gustan las bromas macabras, Navales. Recuerda las palabras del Ausente: «¡Ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!». Tú tienes un gran talento literario; pero te empeñas en emplearlo para destruir, porque eres un saco de pus. —Hasta cuando insultaba lo hacía sin ofender, con una oratoria conventual, como si tuviera fimosis—. En *El Hogar Español* nos dedicamos a levantar la poesía que promete. No es nuestra misión

aterrorizar a los rojos, sino, por el contrario, atraerlos...

—Pues a ver si los atraemos tanto que nos terminan dando por culo —murmuré.

Pero Velilla hizo caso omiso y siguió con su prédica, poniéndose además de pie, o de puntillas, como si estuviera en el púlpito:

—Nuestra nación, regida por el glorioso Caudillo, está abierta a todos los españoles sobre cuya conciencia no pese el crimen. Todos ellos serán acogidos con clemencia. No podemos alimentar la leyenda negra de la represión. Por el contrario, debemos explicar con cuánta benevolencia administra la justicia Franco, con cuánta escrupulosa apreciación de las razones complejas que llevaron a muchos españoles a abandonar su patria. A esos españoles de conciencia limpia y pasado honroso la España Una, Grande y Libre les abre sus puertas. Allí tienen un puesto para trabajar en la empresa común de hacerla mejor y reparar sus males. —Se estaba emocionando sinceramente, aunque a buen seguro recitaba de memoria algún refrito de lugares comunes elaborado en Alcalá 44, para trincar a los rojillos ingenuos—. El día en que te decidas a emplear tu talento en la poesía que promete te daré páginas enteras para ti solo, y con tu firma en letras bien gordas.

Pero yo prefería emplear mi talento, o sus pecios, en la poesía que destruye; prefería que toda esa grisalla humana que había huido de España hallase su merecido; prefería que cada uno de aquellos rojillos irredentos recibiese su recado de plomo, hasta formar un río de sangre que lavase sus culpas e inundase alegre las calles, aquilatando la victoria obtenida en los campos de batalla, ahogando con su ímpetu a la gente pusilánime o estólida que nunca se moja, y a sacristanes sobrevenidos como Velilla, que nos estaban convirtiendo la Falange en una sucursal pánfila de la democracia cristiana. Velilla, cuando peroraba, sacaba mucho pecho, abombando el yugo y las flechas que llevaba bordados en la guerrera negra. Aunque vistiera el uniforme reglamentario de la Falange, seguía pareciendo un sacristanejo con balandrán.

—No hace falta que me sueltes esas milongas para neófitos, camarada jefe —le dije—. Yo sólo quería aprovechar ese encuentro con Urraca en beneficio de nuestro semanario.

—Por el momento nos conviene hacer un periodismo amable y contemporizador. Ya habrá tiempo de sacar el colmillo si las circunstancias lo aconsejan —refunfuñó Velilla, que tras los

derramamientos retóricos pretendía disfrazar su lenidad de pragmatismo—. Lo que no estaría nada mal es que, aprovechando la parranda cabaretera, trates de sonsacarlo. Nos conviene mucho conocer los planes de Urraca, una vez que los alemanes se instalen en París. ¿Te ves con la suficiente confianza como para camelarlo?

No sabía, el pobre imbécil, que llevaba meses malmetiendo a Urraca contra él, con la secreta esperanza de que luego Urraca lo desacreditase ante el embajador Lequerica y ante sus superiores en la Dirección General de Seguridad.

—Me temo que no, camarada jefe —mentí—. Te confieso que Urraca es un hombre que me da un poco de repelús.

Velilla esbozó un mohín benevolente y comprensivo:

—Es natural que así sea, Navales. A quienes tenemos las manos limpias de sangre nos embaraza tratar con quienes las tienen sucias. Pero cada uno cumplimos una misión, somos piezas en un tablero de ajedrez que domina nuestro Caudillo. —El mohín benevolente se le había tornado arrobo beatífico—. Tendrás que hacer de tripas corazón y camelarlo, porque nos interesa llevarnos bien con él. Aparte de que es un camarada de cierto rango, tiene vara alta ante el Conde de Mayalde. Y el embajador Lequerica, nuestro flamante Jefe de Falange para el territorio francés, le deja hacer lo que quiere, por descargarse un poco de trabajo...

—Lo que pasa es que Lequerica no da un palo al agua, camarada jefe —lo interrumpí—. Es lo que tiene ser un señorito de Neguri.

Mi franqueza abrupta desconcertó por completo a Velilla, que no sabía si reprenderme o reírme la gracia (en los infraseres son frecuentes estos cortocircuitos neuronales). Para sacarlo del brete vino en su socorro el misacantano o aprendiz de sinagoga Solms, mínimo y torcido como una lagartija. Entró sin llamar y culebreó hasta el escritorio de Velilla, a quien tampoco saludó brazo en alto (pero en su caso por familiaridad, no por desgana).

—Ya llegaron las cajas de libros de Madrid. He pedido que las suban a la biblioteca.

De la Delegación Nacional del Servicio Exterior nos enviaban todos los meses unas remesas de libros completamente ineptos, las escurrajas de las bibliotecas que se había incautado la Falange al acabar la guerra, por defunción o espantada del dueño. Por supuesto, los pocos libros potables de estas bibliotecas se los quedaban los

gerifaltes de Alcalá 44, tras un donoso escrutinio, y a nosotros nos enviaban un cargamento mensual de purrela.

—Estupendo, Solms —dijo Velilla, exultante—. Así Navales puede ponerse ahora mismo a catalogarlos y ordenarlos.

Siempre que podía me encomendaba Velilla este tipo de tareas subalternas o infamantes, para que se notara que yo pintaba menos que una mona de Pascua en la avenida Marceau.

—Pero antes habrá que echarles un vistazo —me resistí—. No me parece de recibo ponerlos a disposición del público sin comprobar que son lecturas apropiadas.

Solms saltó como un resorte, o más bien como la lengua protráctil de un camaleón:

—Hombre, Navales, no estarás dudando del criterio de nuestro Delegado Nacional…

—Ni se me ocurriría semejante cosa. Pero el Delegado es un hombre muy ocupado en requebrar a Conchita Montenegro y podría haber encargado la selección de títulos a alguna secretaria casquivana.

—En Falange no tenemos secretarias casquivanas, Navales —sentenció Velilla, untuoso y santurrón, como si se estuviera refiriendo a las once mil vírgenes de Santa Úrsula—. Te recuerdo que todas pasan por un proceso de selección que supervisa la mismísima Pilar Primo de Rivera.

Y Solms, enseñando las uñas (y la mugre de las uñas), remachó:

—Tal vez el camarada Navales está sugiriendo que la hermana del Ausente es también casquivana…

Aquella pareja de mequetrefes no podía ni siquiera imaginarse que yo había tratado a Pilar Primo de Rivera en la sede de Marqués de Riscal (recordaba muy vívidamente su estampa de virgen feudal y revenida, con los tobillos gordos), cuando ellos no se habían todavía destetado (y, además, por entonces la Falange no era una teta de la que manase la leche que tanto gusta a los arribistas). Me puse enfático, para desarbolarlos:

—A mí la hermana del Ausente, como al camarada Giménez Caballero, me parece la mujer idónea para fundar con el Führer una nueva estirpe que restaure la gloria imperial de Carlos I. Así que no me toquéis más los cojones. Pero… *aliquando bonus dormitat Homerus*.

Por supuesto, Velilla no entendió el latinajo, pues no tenía facilidad para los idiomas (hablaba el francés *comme une vache*

espagnole, pese a sus veinte años de ferretero en París, demostrando que en verdad era un animal rumiante). Y Solms, de conocer alguna lengua clásica, seguro que sería semítica. La biblioteca de la avenida Marceau estaba más desangelada que la de don Quijote, después de que la expurgaran el cura y el barbero, con estanterías ralas y unas sillas muy fatigadas que guardaban el molde de los culos fondones que habían soportado en otro tiempo (culos euscaldunes, para más inri, que se tiran pedos más sonados que un concierto de chalaparta). Me puse a desliar con gran brío las cajas con los libros enviados desde Madrid, mientras los alfeñiques de Solms y Velilla se quedaban mirando, complacidos de verme de hinojos. Enseguida descubrí que, en efecto, las cajas contenían mercancía averiada, verbigracia un ejemplar de *Canción de cuna*, el dramita melifluo de Gregorio Martínez Sierra que tanto gustaba a las beatillas merengosas de ambos sexos.

—Aquí tenéis una prueba de que no me equivocaba —dije, blandiendo el ejemplar—. Ya podéis ir preparando una hoguera para quemar esta bazofia.

Solms se choteó:

—No jodas, Navales, pero si *Canción de cuna* está lleno de monjas…

—Ya, pero detrás de la cruz está el diablo. Esta obra, aunque firmada por Gregorio Martínez Sierra, que es un cursi y un relamido redomado al que conocí en mis años mozos, está en realidad escrita por María de la O Lejárraga, su mujer, a quien el cabrón de Martínez Sierra tenía trabajando de negra. Y la Lejárraga fue diputada socialista por Granada durante la República, aparte de una feminista insoportable —informé a los dos panolis, que se habían demudado—. Ahora debe de andar exiliada por la Provenza, si no me equivoco. Seguro que Urraca la tiene perfectamente localizada.

Velilla buscó con la mirada desenfocada a su acólito Solms, que también parecía aturdido. Le temblaba la voz al hablar, como al sacristán a quien pillan bebiéndose el vino de las vinajeras:

—No… no lo entiendo —balbució—. Si es el propio… el propio Delegado quien los manda.

Me alcé del suelo y me acerqué a él, para que comprobara que le sacaba media cabeza. Procuré que, al hablar, le salpicara algún perdigón de saliva:

—Tal vez el Delegado lo haya hecho adrede. Tal vez quiera

comprobar si no dices ni pío o, por el contrario, le adviertes del desliz. Tal vez ande queriendo destituirte y te ha puesto ese libro, y algún otro de la misma índole que he visto en las cajas, como cebo para perderte.

Velilla ya no podía controlar el temblor, que se había extendido por todo su cuerpo. La voz le brotaba chuchurrida, apenas audible:

—Pero si yo soy un perro fiel…

Pulgoso y de raza plebeya, y fiel sobre todo a sus intereses, pero perro sin duda alguna. Lo tomé de los hombros fraternalmente (pero con una fraternidad al estilo gabacho, que esconde siempre la guillotina), y lo consolé:

—Tú guíate de mi juicio, camarada jefe, que de esto algo sé. No olvides que estuve trabajando en Salamanca, durante la Cruzada. A mí no se me escapa ni una coma.

Velilla asintió, dócil y contrito, mientras Solms me miraba reviradamente y crispaba los puños, consciente de mi malicia. Ambos se marcharon y me dejaron solo en la biblioteca, donde anduve zanganeando durante todo el día, mientras caía el oro vencido de la tarde, haciendo calas y catas en aquellos libracos que nos habían mandado desde Madrid, casi todos ellos de juzgado de guardia. Finalmente me entretuve leyendo uno de los pocos que se salvaban, *Seis meses con los nazis*, una recopilación de crónicas de César González-Ruano, mi dilecto Ruanito, compañero de farras y trapisondas en los años de bohemia heroica y de quien nada había vuelto a saber, desde que en vísperas de nuestra guerra, me anunciase que había aceptado la corresponsalía en Roma que le habían ofrecido en el *ABC*, harto de aquel ambiente irrespirable de Madrid, donde cualquier mujeruca desgreñada te citaba a Marx, si es que no mandaba llamar a su chulo, para que te apiolase. Gracias a esta corresponsalía providencial, Ruanito había podido largarse de Madrid en vísperas de la hecatombe y, tras pegarse la vidorra padre en un *tour* por Marsella, Cannes y Niza, había instalado sus reales a orillas del Tíber, donde según las malas lenguas había llevado una vida dedicada a la crápula y el sablazo, antes de pasarse a Berlín, dejando detrás un montón de pufos y marrullerías que habían llegado a escamar a la policía italiana. Desde Berlín, Ruanito seguía escribiendo para el *ABC* unas crónicas jubilosas, muy cocidas en su propia salsa, que era una salsa nazi sin rebozo, una salsa muy especiosa donde la exaltación de

la Europa rubia y nueva que preconizaba el Tercer Reich alcanzaba cotas lujuriosas, de tan encendidamente líricas. Ruanito siempre se pasaba de rosca con el lirismo, hasta despeñarse por los precipicios de la cursilería; y lo mismo le ocurría en aquel libro de crónicas selectas, donde su costumbrismo matritense se adaptaba a la música de Wagner, y aun a la charanga militar, mientras repartía estopa a los judíos y probaba el ditirambo superferolítico de Hitler, en pasajes que sólo podían haber sido escritos bajo los efectos del priapismo, cuando toda la sangre se agolpa en el bálano: «Pienso en Hitler, surgido entre el cielo y la tierra, con una palabra de primavera prendida en los labios, cuando Alemania levanta los ojos desde la realidad socialdemócrata al cielo, en la necesidad de creer y de crear, en el angustiado afán de salvarse. Entonces surge este hombre, simple y genial, encarnación exacta de nuestro tiempo, como un ángel con gabardina y bigote que se coge las alas todos los días en las puertas de las cervecerías de Múnich y que ha vuelto de la guerra, donde fue uno de tantos, aunque ya le salía por debajo del casco de hierro ese mechón de pelo, penacho lacio de altos sueños, que hacía de él el recluta cinematográfico de los altos e inesperados destinos».

A mí el «penacho lacio de altos sueños» que se gastaba Hitler, lejos de empalmarme como a Ruanito, me daba un poco de grima; pero en cuestión de gustos personales todo es opinable. Con la lectura del libro de Ruanito y la visión de ese Hitler como un «ángel con gabardina y bigote» me entraron unas ganas de cagar formidables. Y como para entonces era ya casi de noche y el personal de la sede se había marchado a sus casas (también Velilla y Solms, que no se habían despedido de mí, tal vez incubando alguna venganza por haberles metido el miedo en el cuerpo), aproveché para cagar en el baño que Velilla tenía junto a su despacho, que reservaba para las visitas de ringorrango y vedaba a los empleados, porque era el único donde te podías limpiar con papel de estraza, en lugar de las consabidas páginas del periódico cortadas a tamaño cuartilla y ensartadas en un gancho que dejaban el culo embadurnado de tinta (así agotábamos los remanentes de nuestro semanario).

Cagué como un marajá, cerciorándome de que se quedaban algunas zurrapas adheridas a la loza de la taza, para fastidiar a Velilla, y salí a la noche parisina, que tenía algo de sepelio o ayuno de negros, todavía con perfiles confusos de gentes azoradas que transportaban

bultos y maletas en los carricoches más inverosímiles. Los cafés de Montparnasse se habían puesto de acuerdo todos para echar el cierre, dejando que sus camareros partidarios de un auténtico gobierno del pueblo se sumasen a la desbandada, como también se estaban sumando ya —la indecencia gabacha siempre se supera, hasta cuando parece que ya no puede caer más bajo— los gendarmes de París en sus bicicletas y los oficiales del ejército en sus motos con sidecar (donde a veces llevaban a la barragana), tomando las rutas de Fontainebleau y Montargis, cagaditos de miedo. Si se les estropeaban los vehículos estrafalarios elegidos en la huida, los dejaban —tal era su canguelo— arrojados en la calle, sin conceder ni siquiera un minuto para arreglarlos, y abandonaban el equipaje de cualquier manera, que luego otros vehículos destripaban al pasar por encima, dejando por las calles un rosario de objetos estrambóticos, un bazar incongruente de la derrota en el que se alternaban cuberterías de plata y orinales, jaulas de pajaritos con forma de pagoda (y con el pajarito dentro, ya desplumado y fiambre de tanto golpeteo) y sábanas blancas que se iban tiñendo de una suciedad irremisible. Aquellas sábanas que se arrastraban por las calles como despojos eran la mortaja en la que se envolvía el cadáver de Francia.

Pero pronto un ángel con gabardina y bigote vendría a resucitarla, dándole un empujoncito animoso con su penacho lacio de altos sueños.

II

Tanto presumir de laicismo, tanto dar masculillo a los curas y rapiñarles las propiedades, tanto prohibir terminantemente la formación religiosa en las escuelas, pero en la hora de la desesperación los gabachos se encomendaron a las jerarquías celestiales y organizaron una misa votiva en la catedral de Notre Dame, a la que asistieron todos los carcamales de la moribunda Tercera República. Yo, aunque no soy mucho de misas, también asistí por el gustazo de ver a toda aquella patulea prosternada en sus reclinatorios, sin atreverse a alzar la vista al sagrario, no se les fuera a ulcerar el alma leprosa. Cubierta de sacos terreros, Notre Dame era un baluarte a punto de rendirse; pues, como nos enseña Víctor Hugo en la novela celebérrima que dedicó a esta catedral, «toda civilización empieza por la teocracia y termina por la democracia». Y aquella tarde, con los hinojos artrósicos clavados en el terciopelo de los reclinatorios y rogando a un Dios que creían haber matado, estaban las escurrajas hediondas y claudicantes de la democracia, entonando su patético gorigori. El arcediano, al acabar la misa, recitó la letanía secular de Francia que aquellos alfeñiques habían querido enterrar prematuramente, en la que se invocaba a San Miguel Arcángel y a la Doncella de Orleans, rogándoles la victoria en el combate (como si los gabachos todavía lo estuviesen librando); pero todos los santos y arcángeles, todos los coros celestiales se habían desentendido de Francia, dejando que se alimentase con las algarrobas de los puercos.

Por lo demás, aun suponiendo que los coros celestiales se hubiesen dignado atender las plegarias de aquella patulea, la derrota ya estaba consumada. En los cines que todavía permanecían abiertos se proyectaban noticieros sobre los estragos causados por la aviación alemana en la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt, en la periferia parisina, que la Luftwaffe había elegido a modo de chivo expiatorio, después de pasar de largo sobre el centro de la ciudad, sin molestarse en arrasar el Elíseo ni el Quai d’Orsay ni ningún otro edificio público.

El ángel con gabardina y bigote cantado por Ruanito seguía velando por la ciudad que los gabachos abandonaban a su suerte, porque quería darse el gustazo de pasearse por sus calles intactas, como los reyes se daban antaño el gustazo de profanar vírgenes en el tálamo. Y mientras se aguardaba la llegada del ángel con gabardina y bigote, las últimas multitudes se largaban de París, sin necesidad de que se lo indicara ninguna espada flamígera. Ya todos los vehículos particulares habían abandonado la ciudad; y a los rezagados sólo les restaba la posibilidad última de hacerlo en los trenes que salían de las estaciones de Austerlitz y Lyon. Allí acampaban —lo mismo en andenes que en vestíbulos atestados— multitudes como enjambres de gitanos pálidos, entre fardos de ropa mugrienta, cestas con viandas podres, maletones atados con cuerdas y una prole llorona y gemebunda; pero todos se aferraban patéticamente a sus sombreros de pluma y perifollo, a sus vestiditos de organdí y a sus trajes de chaqué. Como los trenes no salían con puntualidad —y a cada día que pasaba salían menos trenes, porque los alemanes estaban cortando todas las vías férreas— las multitudes se exasperaban y organizaban comités de protesta mentecatos, que iban de ventanilla en ventanilla exigiendo el libro de reclamaciones. Había que reconocer que los rojos nuestros, cuando la caída de Cataluña, con sus trajes de pana raída y sus pañolones a la cabeza, habían tenido mucha más dignidad en el éxodo que aquel pueblo de petimetres.

—Coño, Perico, cómo me alegro de verte. Estás hecho un pincel.

Tendí la mano a Urraca, que me aguardaba a la puerta del cabaré del Infierno, uno de los últimos establecimientos «recreativos» que todavía no había echado el cerrojo en París; pero Urraca prefirió darme un abrazo efusivo con mucho palmeteo en los omóplatos, demasiado efusivo incluso para el trato que nos unía, que básicamente era el que une a un policía con su soplón. Con su pelo engominado y su boca de alfil —como una hendidura cruzándole el rostro—, con su chaqueta de rayadillo y sus zapatitos lustrosos, como si el limpiabotas se los acabase de lamer, parecía un pimpollo con veinte años menos, rezumante de brío y felicidad.

—Esta noche dormimos en el Bosque de Bolonia, Fernandito —me anunció, con un plural inclusivo que no dejaba resquicios a la duda sobre su posición en el conflicto bélico—. La fruta está a punto de caer del árbol.

Sólo hacía falta que cayese de una puñetera vez; como hacía falta que cayese la lluvia para ahuyentar el espantoso bochorno de junio que aplastaba aquel París desierto, en donde los humos de los incendios de combustible habían contribuido a formar una calima que tenía consistencia de hollín, como si viviésemos en algún aledaño del tártaro. De este modo, el cabaré del Infierno, que quedaba como una reliquia anacrónica en el París de la época, recuperaba una imprevista vigencia.

—Chico, no sabía que fueras aficionado a este antro —le dije, un poco intimidado ante su fachada horripilante.

Urraca soltó una risotada que era casi un graznido, a juego con su apellido:

—Es que ya apenas quedan locales abiertos. El cabaré del Infierno no ha cerrado porque está regentado por momias que no se enteran de lo que ocurre en el mundo de los vivos.

El cabaré del Infierno se erguía en el bulevar de Clichy, junto a la plaza Pigalle, en el corazón mohoso de Montmartre, allá donde el hampa de la prostitución y la estafa había instalado sus reales, como un viejo galeón que no se hunde porque se ha quedado encallado en los bajíos. Toda su fachada estaba cubierta con relieves de mayólica —para entonces por completo deslucidos y desportillados— que representaban diversos motivos infernales con gran bullicio de figuras, al estilo de los cuadros de El Bosco; y la puerta de entrada representaba a un demonio malencarado, de boca voraz abierta hasta el descoyuntamiento de la mandíbula —como Leviatán devorando a los réprobos—, que se tragaba a los clientes del cabaré que entraban como si lo hicieran en una caverna o en una checa. Como me daba repelús ir palpando a oscuras las paredes, no fuera a toparme con vísceras sangrantes o vómitos todavía tiernos, me agarré del brazo de Urraca, que conocía bien el antro y me guiaba como Virgilio a Dante.

—No te puedes imaginar las noticias estupendísimas que te traigo, Fernandito.

—A ver, desembucha. ¿Me has conseguido el certificado del fusilamiento de Gálvez?

—Y algo más que el certificado. Espera y verás —jugó a intrigarme, estirando su boca en una sonrisa batracia.

En la sala principal del cabaré del Infierno, sobresalían de las paredes y el techo una turbamulta de bichejos modelados con yeso y

arpillera, endriagos y vestiglos, hidras y serpientes, que tenían más mugre que las uñas de Solms y estaban chamuscados por las llamaradas que iban arrojando por la boca un par de tragafuegos disfrazados de diablejos que hacían las veces de camareros. En otro tiempo el antro había logrado reunir una clientela populosa, empachada de satanismo de garrafón y lecturas turulatas del ocultista Papus; pero aquella noche Urraca y yo éramos los únicos clientes del cabaré, cuyo escenario se iluminó de repente con luces de acetileno, como si aguardasen nuestra llegada para comenzar la función.

—Ya sólo podemos ofrecerles absenta. Los suministros han quedado interrumpidos —nos dijo uno de los tragafuegos o camareros.

—¡Pues vengan un par de absentas! —exclamó alborozado Urraca, que hablaba un francés exquisito—. Además, seguro que es una absenta añeja de cojones, viendo el panorama del cabaré.

Y volvió a reír como si crascitara.

—La verdad es que hablas un francés que ni Racine, Perico. Menuda envidia me das.

—Me ayuda mucho cuando viajo —me dijo, halagado—. Piensa que me he tirado la mitad de mi vida dando tumbos por el mundo. Pero siempre digo que uno no debe fiarse de una lengua en la que una palabra que se escribe «e-a-u» se pronuncia «o».

Me reí yo también, porque los gabachos me habían parecido siempre liantes y fementidos. Al escenario había salido, bajo una luz azulenca, una jamona muy entrada en años y en arrobas que, inverosímilmente, empezó a hacer una danza de los siete velos con una gracilidad paquiderma. Los velos reproducían los colores del arco iris y estaban distribuidos con escasa lógica indumentaria: dos cubrían sus cabellos y su rostro; otros dos, prendidos de los hombros y extendidos sobre los brazos, le servían a modo de capa vaporosa en sus evoluciones por el escenario; uno más escondía sus senos desvencijados; los dos últimos componían una suerte de taparrabos que caía hasta los tobillos, por delante y por detrás. La jamona hacía ondular sus brazos como una reencarnación rolliza de la diosa Kali y hacía vibrar obscenamente las lorzas de grasa que se le amontonaban en la tripa, como una bacante en pleno rapto dionisíaco. Urraca la contemplaba engolosinado y sin pestañear:

—Lleva repitiendo el mismo número desde hace veinte años por lo menos —me informó, con un brillo salaz o admirativo en la mirada

—. Verás, verás lo que hace.

Urraca había empleado su juventud en la marina mercante, atracando en los puertos africanos y asiáticos más recónditos, y tal vez de aquella época le viniese el gusto por la extravagancia, la truculencia y la sordidez. Luego había ingresado, en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, en la Escuela de Policía de Madrid, donde se había especializado en dactiloscopia, para incorporarse al Ministerio de Asuntos Exteriores, como experto en control de pasaportes. Durante nuestra guerra, además de afiliarse oportunamente a la Falange, se había probado un lince en la persecución del contrabando de divisas; y mientras lo perseguía se había pegado la vidorra padre, viajando por toda Europa, al estilo de Ruanito, mientras los pringados andábamos disparando o recibiendo tiros. Al acabar la guerra, Urraca había ganado un concurso con más de ochenta candidatos a la plaza de agregado policial de la Embajada de España en París, donde había probado ser un sabueso formidable, de una tenacidad, paciencia y perfidia superlativas. Se había casado con una francesita bastante coqueta y apetecible (al menos en apariencia, porque luego, en la intimidad, todas las gabachas son reacias al jabón); y con ella tenía montado algún negociete indescifrable que le permitía vivir muy rumbosamente, mucho más de lo que permitían los sueldos funcionariales. Menos apetecible que su mujercita, la jamona del escenario se iba quitando velos sin gracia ni sicalipsis, mostrando unas tetas como albardas flojas, un culo como un mapamundi lunar (con todos sus cráteres y desbordamientos pulposos) y un coño con una pelambre que dejaba chiquito ese «penacho lacio de altos sueños» que tan cachondo ponía a Ruanito. Pensé que con esa pelambre se habrían podido confeccionar al menos un par de bisoñés para Velilla, y todavía hubiese sobrado para añadirle un bigotillo postizo, a la moda hitleriana.

—Vaya cachalote de tía, Perico —me quejé, un poco harto del numerito.

—Espera, espera, que ahora viene lo bueno —susurró Urraca, expectante.

Y como si la jamona estuviese aguardando que Urraca musitase estas palabras, se empezó a sacar de la vagina, o del útero, o de las trompas de Falopio, unos bichejos viscosos y ondulantes, no sé si anguilas o culebras de agua o sanguijuelas recrecidas de sangre, una y

otra y otra, hasta diez o doce, para entusiasmo de Urraca, que aplaudía a rabiar, mientras yo combatía el asco y la lipotimia trasegando la absenta que nos acababa de dejar sobre el velador uno de los tragafuegos.

—No entiendo cómo te puede gustar semejante cochinada, Perico —dije, reprimiendo una náusea—. Te pregunté antes si me habías conseguido el certificado de defunción de Pedro Luis de Gálvez.

La jamona había abandonado el escenario, aplaudida frenéticamente por Urraca, pero las faunas ofidias o anélidas que se había sacado del coño andaban culebreando por el cabaré, huérfanas de una guarida calentita.

—Aquí tienes tu certificado, hombre de poca fe.

Y se sacó del bolsillo superior de la chaqueta, donde asomaba muy pintón el moquero, un folio doblado en cuatro, en el que se aseguraba que, en cumplimiento de la sentencia del Consejo de Guerra Permanente, el condenado Pedro Luis de Gálvez había sido fusilado en las tapias del cementerio de la Almudena, a las seis y media de la mañana del 30 de abril de 1940, apenas mes y medio atrás. Noté que las culebras o sanguijuelas liberadas por la jamona se habían refugiado debajo de nuestro velador, buscando nuestros tobillos, para envolverlos con su gelatina fría. A Urraca se le iluminaba de gozo la cara de salamandra.

—¿Por fin te has quedado tranquilo? —me preguntó.

Asentí con un escalofrío, mientras me sacudía las perneras del pantalón, por evitar que aquellos bichos nefandos me subiesen por las pantorrillas. Sorprendí en Urraca un estremecimiento de placer, mientras en su derredor se congregaban los bichos, trepando por sus piernas como enredaderas.

—Dejad que los bichitos se acerquen a mí —rió con una risa repelente—. Y, aparte del certificado de defunción, te he conseguido copia mecanografiada de una carta que Gálvez dejó encargado que te entregaran, antes de su fusilamiento.

Los tragafuegos disfrazados de diablejos recorrían la sala, lanzando sus llamaradas sobre los bichos liberados por la jamona, que anguileaban y se retorcían furiosos cuando el fuego los alcanzaba, esparciendo un hedor de barbacoa execrable. Urraca me tendió la carta postrera de Gálvez, que algún chupatintas castrense había transcrito añadiéndole anacolutos y faltas de ortografía. De un vistazo

somero deduje que era una suerte de testamento regado de amenazas y maldiciones, en el estilo tremebundo del bohemio. En algún pasaje especialmente lúcido deslizaba una observación que podría haber adoptado yo mismo como lema vital: «De nada me arrepiento, ni a nadie pido perdón por el mal que haya podido causar, pues otros me lo causaron a mí, multiplicado por cien, y el mal, como el rencor, es una enfermedad que se repercute involuntariamente sobre quienes nos rodean». Sólo disentía de Gálvez en el adverbio; pues en la repercusión voluntaria y premeditada del mal que otros nos han infligido se cifra el secreto fatal —y también el disfrute sibarítico— del resentimiento. Hacia el final de la carta, Gálvez me lanzaba un anatema feroz:

> En el cielo, o en el infierno, o en la pura nada te espero, para que me rindas cuentas. No creas que vas a librarte de mí tan fácilmente: vete haciendo el equipaje, que yo te iré buscando alojamiento en alguna vivienda contigua a la que yo habite. Seguiremos siendo vecinos en ultratumba, y quizá por fin podamos dirimir nuestras diferencias.
>
> Sigue mi ejemplo y muérete pronto. Hasta que eso ocurra, no te mires demasiado en los espejos, pues descubrirás el cáncer que corroe tu alma.

Pero ese cáncer ya lo tenía sobradamente descubierto y diseccionado; y, como Gálvez, no me arrepentía ni pedía perdón por repercutirlo *voluntariamente* sobre quienes me rodeaban. Un tragafuegos pasó a nuestra vera, después de achicharrar las culebrillas de la jamona, para intimidarnos con su aliento de llama, y aproveché para acercarle a la boca la carta de Gálvez, haciéndome el displicente. La carta prendió al instante, como si estuviese espolvoreada de azufre (y tal vez lo estuviese, delatando el negociado de ultratumba donde Gálvez me esperaba). Sus pavesas cayeron blandamente al suelo.

—Chico, vaya cuajo tienes —se admiró Urraca—. La carta supuraba rabia.

—La rabia de un muerto se muere con el muerto —zanjé la cuestión—. Para eso hicimos una guerra, ¿no?

Urraca aplaudió zalamero mis palabras y se acodó sobre el velador, como si se aprestara a declararme su amor:

—Ése es mi Fernandito Navales. Te mereces un premio en condiciones, después de haber padecido tantas zozobras por culpa de ese Gálvez —dijo—: ¿Qué te parece una entrevista exclusiva con el embajador Lequerica?

Los tragafuegos seguían lanzando llamaradas por la sala, ahora dirigiéndolas hacia el techo, chamuscando los endriagos y vestiglos de yeso y arpillera que lo recubrían. Entre sus repliegues y anfractuosidades anidaban murciélagos que chillaban sobresaltados en su sueño y salían volando con las alas prendidas, como fuegos fatuos. Seguí fingiendo impasibilidad, para impresionar a Urraca:

—Velilla ni siquiera me deja firmar las piezas que escribo —murmuré—. Mucho menos me dejará publicar una entrevista de tanto lucimiento. Aunque tampoco creo que *El Hogar Español* la merezca.

—Olvídate del capullo de Velilla y de su hoja parroquial —dijo Urraca, tajante—. Estoy hablándote de algo mucho más grande. Esa entrevista la publicarías en el *Arriba*. Y te aseguro que será un bombazo. Me consta que Lequerica está mediando entre franceses y alemanes, por petición del mariscal Pétain al Caudillo, para que se firme cuanto antes el armisticio. Cuando se culminen las negociaciones, Lequerica te concederá la entrevista. Y será la única que conceda.

Me resistí al cortejo, convencido de que detrás de la golosina se ocultaba alguna contraprestación onerosa:

—¿Estás seguro? Lequerica es hombre vanidoso, seguro que querrá pavonearse en todos los periódicos.

—Tienes razón en lo de que es vanidoso —concedió Urraca, con una sonrisita que curvó la ranura de hucha de su boca—. Pero también es un vago de campeonato y un frescales muy simpático. No le gusta conceder entrevistas. La tuya será la única, te lo prometo.

Recién nombrado embajador, Lequerica ya se había apuntado un éxito resonante, logrando la recuperación de muchos tesoros del patrimonio artístico nacional que los rojillos habían sacado de España, para salvaguardarlos de las bombas o disfrutar de su usufructo. Si encima conseguía mediar fructíferamente en el armisticio, iba a hincharse como un pavo real; y no un pavo cualquiera, porque contaba en su prosapia con catorce apellidos vascos.

—Lequerica no quiere tratos con periodistas, temeroso de que anden hurgando en su intimidad. Acaba de casarse, ya cincuentón, con su novia de toda la vida, que también tiene sus añitos y apodan la Burrera —me informó Urraca, maledicente.

—¿La Burrera? ¿Y eso por qué? ¿Se arrima a los más burros o pone burros a los que se le arriman?

Urraca rió estrepitosamente, alborotando todavía más a los murciélagos, que ya alcanzaban densidad de enjambre.

—¡Eres la caraba, Fernandito! —celebró—. Resulta que la familia de la mujer de Lequerica regenta, desde hace varias generaciones, un apostadero de caballerizas cerca de la plaza de Zabálburu, en Bilbao. No creo que ponga burro ni siquiera a Lequerica, pero un caballero vascongado no deja atrás a su novia de toda la vida.

Lequerica, según me explicó Urraca, se había tirado los años de la República exiliado en Londres, después de militar en las filas monárquicas y de ocupar un escaño en Cortes por el partido maurista. Así, entregándolo a alfonsinos y mauristas, estábamos desbaratando el legado de José Antonio.

—A Alfonso XIII le supuraban las orejas porque padecía sífilis —afirmé, con el encono que todo falangista de pata negra debe destinar a los borbones—. Estamos construyendo una Nueva España con las supuraciones de un sifilítico. Así no vamos a ninguna parte.

Urraca manoteó alborozado, para espantar la nube de murciélagos con las alas chamuscadas, como si espantara moscas:

—No me seas maximalista, Fernandito. Lo que hay que hacer es ponerse en la fila para chupar del bote —dijo, con risueño pragmatismo—. Esa entrevista va a ser tu consagración; después de que la publiques todos los periódicos se van a disputar tu firma, ya lo verás. Por no hablar de la humillación que va a sufrir Velilla. Nadie entenderá que tenga preterido a un escritor de tu categoría, a quien se conceden entrevistas en exclusiva.

Lo miré, de hito en hito. Urraca nunca hacía los favores *gratis et amore*, siempre quería llevarse a cambio alguna joya o baratija que relumbrase en su nido.

—¿Y qué quieres a cambio? —le pregunté—. Los chollos siempre esconden letra pequeña. Y mucho más los que tú repartes.

—Lo que quiero a cambio no hará más que agrandar tu gloria —dijo, relamiéndose los labios largos y blandulones—. Si la entrevista a

Lequerica va a consagrarte en la prensa nacional, el negocio que te voy a proponer te consagrará ante las altas instancias.

—Ya será menos. Seguro que llamas altas instancias a cualquier pelagatos de la Falange.

Urraca se irritó, o fingió irritarse:

—¿El Conde de Mayalde te parece un pelagatos?

El Conde de Mayalde me parecía una beata gilroblista, por muy amiguito que fuera de Serrano Súñer y por mucho que hubiese visitado al Ausente en la cárcel de Alicante, antes de que lo fusilaran. Pero también era Director General de Seguridad, así que convenía andarse con tiento. Me puse la venda antes de la herida:

—Si lo que quieres es que reparta plomo entre los políticos rojos que se refugian en París, te advierto que me he jubilado de esas labores...

—Qué cosas tienes, Fernando —se carcajeó Urraca—. Esas acciones tan drásticas las hemos dejado atrás... De los políticos rojos ya me encargaré yo cuando llegue el momento... que esperemos que sea pronto, porque entretanto se nos están escapando en barco. —Urraca hizo rechinar los dientes, exasperado por no poder intervenir, mientras los alemanes no entraran en París—. A la mayoría los tengo localizados, pero de alguno no conozco todavía el paradero, como el de la famosa Victoria Kent. Por supuesto, cualquier soplo me vendrá de perlas. Pero no es esto lo que quiero pedirte.

Calló y volvió a relamerse, escrutándome entre el aleteo de los murciélagos, por ver si me vencían la ansiedad o la repugnancia.

—La Kent se habrá escondido escapando de las sufragistas. No le perdonan la campaña que hizo en contra del voto femenino, aunque sea de las suyas —bromeé sin inmutarme—. Si descubren dónde para, ellas mismas te darán el soplo.

En el escenario del cabaré del Infierno habían dispuesto una güija con un vaso desportillado; y un espiritista cadavérico y medio transparente, con pinta de alimentarse de sangre anémica, anunció con mucha prosopopeya que se disponía a invocar al espíritu de Napoleón, para que nos asesorase sobre el modo de vencer a los boches. Puso una mano que era todo carpos y metacarpos sobre el culo del vaso y lo empujó sobre el tablero de la güija, trazando alfabetos imaginarios.

—Un momento —anunció el espiritista, campanudo—. El espíritu

de Napoleón no quiere corporeizarse, porque dice que por este lugar sobrevuela el espíritu de Fouché.

Urraca aplaudió complacido, muy seguro de que lo estaban aludiendo:

—Pues que no se inquiete el espíritu de Napoleón, que enseguida nos vamos. Mi amigo, además, está a disgusto en este antro.

Se levantó con mucho estrépito, fingiéndose indignado y pegando patadas al aire, como si se las propinase en el culo al espíritu de Napoleón.

—Por mí no lo hagas, Perico —traté de detenerlo—. Si a ti el antro te gusta, a mí también.

Pero Urraca ya se dirigía hacia la salida, dejándome apenas apurar la absenta, que me raspó el esófago como una lengua de fuego. Caminando a su zaga, me tocó esta vez salir palpando las paredes, que en efecto tenían un tacto como de víscera sangrante o vómito todavía tierno, y me golpeé la cabeza contra uno de los colmillos del Leviatán de cartón piedra que abría su bocaza, a la puerta del cabaré. Aunque todavía no era de noche, el cielo era de una negrura espesa, por efecto de la humareda de los depósitos de combustible incendiados. Había empezado a llover, para alivio del bochorno, pero el agua caía sucia de carbonilla, manchándonos cuaresmalmente el traje.

—No convenía que se enterase nadie de lo que tengo que decirte —se justificó Urraca.

Me llevó por callejuelas de una soledad metafísica, como cuadros de Chirico, dilatando la revelación y mareando la perdiz con mil nimiedades, como si quisiera aburrir al espíritu de Napoleón, en prevención de que nos anduviera siguiendo. Porque, desde luego, por aquellas calles vaciadas de vecinos y *flaneurs* no se paseaba ni un alma, todas habían huido del avance alemán.

—Tú tienes mucha amistad con los artistillas y plumíferos españoles de Montparnasse, según tengo entendido... —comenzó al fin.

—Hombre, no es que seamos uña y carne, pues a fin de cuentas saben que trabajo en la avenida Marceau. Pero con muchos tengo buen trato. ¿Por qué?

Habíamos terminado desembocando, tras mil revueltas, en los Campos Elíseos, cuando ya parecíamos una pareja de deshollinadores bajo la lluvia negra. También los Campos Elíseos estaban tiznados y

solitarios, como vestidos de luto para recibir al ejército invasor. Desde el Arco del Triunfo hasta la plaza de la Concordia sólo conté media docena de personas, correteando como piojos despavoridos. Aquella avenida, tan hermosa cuando la llenaban las multitudes, tenía de repente un aire de poblachón expoliado.

—Porque necesito a alguien que sepa camelarlos. Tengo entendido que la mayoría son rojillos, y muchos de ellos polacos, para más inri. —Volvió a reír o a crascitar—. Polacos de Cataluña, quiero decir, no de Polonia, que a esos ya les hemos dado para el pelo.

—Muchos son polaquitos, en efecto —le confirmé—. Entre ellos hacen camarilla y hablan en su lengua, pero conmigo hablan en cristiano, como Dios manda.

El Arco del Triunfo, con crespones de carbonilla, parecía la ruina de una civilización caduca, la civilización del trilema revolucionario y la farfolla de los Derechos Humanos. Nos acercamos a la llama del soldado desconocido, tan exangüe como los ánimos gabachos, donde una mujeruca se había arrodillado, inmóvil y llorosa, tras depositar sobre la tumba un ramo de hortensias marchitas, como repescadas de algún cementerio submarino. Urraca me expuso su propuesta con voz cándida o insidiosa, dorándome mucho la píldora, convencido de que yo era el hombre idóneo que podría pastorear a todos aquellos artistillas y plumíferos hasta el redil de la colaboración con la Falange y la adhesión a la Nueva España, para que después quedase en su ejecutoria, como el tizne de la lluvia que ennegrecía nuestros trajes, una mancha de la que no podrían desprenderse nunca, porque no habría tintorería que la lavase. Asentí, excitado por la maldad alevosa de su propuesta:

—Puedes contar conmigo, Perico. Pero con la condición de que luego no te atribuyas mis éxitos ante el Conde de Mayalde.

Urraca hizo un aspaviento de dignidad:

—¿Por quién me tomas, Fernandito? Tus éxitos serán sólo tuyos. Ya te avisaré cuando llegue el momento de entrevistar a Lequerica. Haré una llamada a la avenida Marceau y le dejaré el recado a Velilla, para que se chinche. Y, por supuesto, le haré notar que, desde hoy, tú te encargarás de la dirección cultural de la Delegación.

Su risotada asustó a la mujeruca que rezaba ante la tumba del soldado desconocido, que se alejó, temerosa de que Urraca se la fuese a tragar con su bocaza, más grande que la del Leviatán. Sonaba

fúnebre a lo lejos la campana de una iglesia, mezclada con el ruido de un cañoneo procedente del sur que hacía todavía más vasta y retumbante la soledad tiznada de los Campos Elíseos. Dice Marañón en su *Tiberio* que el resentimiento es pasión de grandes ciudades, sobre todo a medida que la civilización avanza y se hace más áspera la candidatura al triunfo. Mi resentimiento se desplegaba sobre los Campos Elíseos, bajo la lluvia de carbón, ofreciendo su candidatura imbatible.

—Sabía que no me defraudarías, Fernandito. Tendrás que abrir mil ojos para llevar a todos esos artistillas y plumíferos al redil que nos interesa. Por supuesto, los gastos que te surjan corren de mi cuenta; quiero decir, de la cuenta del fondo de reptiles —precisó Urraca, con lengua viperina—. Puedes empezar por pasarme el recibo de la tintorería, que el traje te va a quedar hecho un pingajo.

En la despedida, al palmearle sus omóplatos, me pareció que le culebreaba alguna sanguijuela gorda como una morcilla por debajo de la chaqueta. De vuelta a mi buhardilla de la calle Froidevaux, prendí la radio, donde se anunciaba que París acababa de ser declarada ciudad abierta. La fruta, por fin, se caía del árbol. Aquella noche me crecieron mil ojos, estremecido de halagüeñas inminencias.

III

Apenas el sol naciente empezaba a clarear el cielo cuando por la calle Froidevaux se escuchó el petardeo de una motocicleta. Me asomé al ventanuco de la buhardilla y acerté todavía a ver a un motorista alemán, envuelto en un capote gris-verdoso (el hermoso *feldgrau* del uniforme de campaña de la Wehrmacht), con casco redondo que descendía hasta el cogote y fusil en bandolera. Un minuto después, pasó un auto DKW con cuatro oficiales, abriendo paso a una columna motorizada, con una ametralladora montada en cada coche. Los soldados eran rubios y apolíneos, todos ellos primorosamente afeitados y relimpios; y sus oficiales no desviaban la mirada hacia las aceras, ajenos a la consternación de los escasos gabachos que presenciaban su avance, como si París fuese suyo desde el comienzo de los tiempos y hasta el final del Reich milenario, que no llegaría nunca. Aquélla era la estampa gallarda de la Nueva Europa, y no la estampa tripona de Franco, que nos iba a llenar la Falange de monárquicos y beatas de ambos sexos, para restaurar la odiosa España pancista que José Antonio había querido clausurar para siempre. En aquellos soldados alemanes podía restablecerse el culto al héroe que había quedado abolido, con la marcha del Ausente.

Se habían disipado las humaredas de días anteriores, y el cielo resplandecía como en un cuadro de El Veronés. Calculé que los vehículos de la Wehrmacht confluirían en la plaza de la Estrella y corrí al metro, que apenas llevaba viajeros, todos silenciosos y con el semblante pálido, sin atreverse a hacer un comentario, formular una queja o emitir una protesta, como estafermos paralizados por el estupor. Salí en la plaza de la República y comprobé que las tropas invasoras bajaban por los bulevares de Voltaire y Beaumarchais en apretadas columnas, ante una galería ininterrumpida de ventanas y balcones cerrados. Volví al metro y salí a la plaza de la Concordia, donde los alemanes tomaban posesión del Hotel Crillon y del Ministerio de la Marina, izando la bandera de la cruz gamada, como

una marea de sangre restallando al viento para alegría de mis ojos, que dejaron escapar una furtiva lágrima de emoción. También vi izar la bandera en la cúpula dorada de los Inválidos, donde se cobija el sepulcro de Napoleón, que andaría revolviéndose en el ataúd, después de que su espíritu sonámbulo no hubiese podido detener el avance de los invasores. Tanques en reata, algunos con huellas notorias de haber entrado en combate, desfilaban por las calles, apuntando los cañones hacia la iglesia de la Magdalena, que podrían haber derribado alegremente, como todas las demás iglesias de París, donde Dios brillaba por su ausencia, prófugo de un pueblo apóstata. Pero el ángel con gabardina y bigote había dado órdenes de respetar todos los edificios de París, como muestra de magnanimidad.

—Craso error —le dije a un oficial alemán que dirigía las operaciones—. A los débiles hay que machacarlos, para que no se te suban a la chepa.

Pero el oficial, tan apolíneo y rasurado como todos, no entendía el francés, mucho menos el español. Los vehículos y las tropas se detenían ante el Arco del Triunfo, que se había sacudido la ceniza cuaresmal para celebrar la pascua nazi. Oficiales y soldados echaban pie a tierra y, sin aspavientos ni alharacas, con una curiosidad tranquilamente turística, se arracimaban ante la tumba del Soldado Desconocido, donde se pudrían las hortensias mustias de aquella mujeruca que se había asustado de la risa de Urraca la noche anterior. Se habían cuadrado, respetuosos, ante la placa de bronce que reza: «Aquí descansa un soldado muerto por la Patria»; pero una patria de chichinabo que no recuerda el nombre de sus muertos no merece ningún respeto, mucho menos de sus conquistadores. Poco a poco las divisiones se congregaban en derredor del Arco del Triunfo; las componían hombres tan pulcros y bien equipados —hasta de prismáticos y cámaras fotográficas— que los curiosos murmuraban:

—Estos no son soldados. Son una compañía de actores de cine.

Pensé que, si Ruanito anduviese por allí, habría podido escribir más páginas empalmadísimas como las que le había leído en su libro de crónicas alemanas. Y entonces (con disciplina admirable, pero con la delicadeza excesiva de no hacerlo por debajo del Arco del Triunfo, por no humillar a los gabachos) desfilaron las divisiones por las avenidas de la Gran Armada y de Kléber, siguiendo exactamente el mismo itinerario que veintiún años atrás habían cubierto las

triunfantes tropas francesas, al mando del mariscal Joffre. Al ángel con gabardina y bigote no se le escapaba el efecto propagandístico y desmoralizador que aquel desfile iba a tener entre sus enemigos, después de que lo divulgase la prensa mundial, y había reservado a sus regimientos más apuestos para una exhibición de fuerza que a muchos iba a convencer de la invulnerabilidad del Tercer Reich. Los soldados desfilaban impasible el ademán (mucho más impasible de lo que se canta en el *Cara al sol*), en perfecta formación, sin permitirse un traspiés o un titubeo que alterase la cadencia marcial de su paso, como ejecutantes infalibles de una coreografía mil veces ensayada. Sus guerreras de campaña no mostraban ni una mancha de aceite o de sangre, ni siquiera la más leve tazadura en las bocamangas o en los codos; las botas lustrosas, que hacían entrechocar en los talones a cada paso, crujían como si todavía no se hubiesen ahormado del todo a sus pies; refulgían los fusiles bien engrasados, los cascos bruñidos en los que se estrellaba el sol, las hebillas de los correajes, los galones y entorchados y demás divisas que acribillaban sus uniformes. Eran todos rubicundos, eran todos efébicos y erguidos como juncos, eran todos apolíneos, como si los hubiese soñado Nietzsche para consolarse en sus noches de insomnio y gayolas en el manicomio; y eran, sobre todo, incontables como las arenas del mar, muchos más que la descendencia de los israelitas, miles, decenas de miles, cientos de miles de soldados desfilando con idéntico brío, con idéntica disciplina, con idéntica hambre de horizontes, a pie o a caballo, en automóvil, en motocicleta, en carro blindado, en ambulancia, en los camiones de intendencia con sus cargamentos de paja para las caballerías y de víveres para la tropa. Desfilaban y no terminaban nunca de desfilar, como si se hubiesen montado en un tiovivo, mareantes de belleza y compostura, hasta agotar al mismísimo sol, que hubo de ocultarse finalmente, ensombrecido por las divisiones de la Wehrmacht, que entonaban con una sola garganta las notas de *Deutschland über alles*, más eufónicas que el trino de los pájaros. Y con los gabachos cabizbajos en las aceras, empequeñecidos como despojos o cucarachas despachurradas.

—¡A la mierda con los boches! —gritó alguien en un español beodo y desgañitado que sólo yo acerté a distinguir entre el estruendo del cántico alemán—. ¡Que se vuelvan a su puta casa!

—¡Eso, eso! —se sumó otra voz española, más aplatanada e

igualmente beoda—. ¡Que se vayan y nos dejen dormir la mona!

—¡Pero que nos dejen un poco de mantequilla antes de irse, que ellos ya están muy bien alimentados! —terció otra voz más, también borracha pero más apagada y cavernosa, como de galápago que grita desde dentro del caparazón—. ¡Que se marchen con viento fresco y nos dejen para nosotros a las francesitas!

Encaramados en una acacia florecida de la avenida Kléber, como si estuviesen en el gallinero de la Ópera, tres españoles increpaban con la mala sombra característica de la raza a los soldados alemanes; pero los soldados no los entendían, o pensaban que los estaban aclamando. Tardé un poco en distinguirlos entre el ramaje (se columpiaban como monos que han perdido el equilibrio), pero enseguida los reconocí. El más agrio era el pintor murciano Pedro Flores, pequeñín y con la cabeza dantoniana, como un australopiteco socarrado por las insolaciones, con algo de torerillo o gitano de feria, que era el tipo más abundante de sus cuadros goyescos. A su lado, tratando de atrapar una rama con la horcajadura, por temor a caerse de la acacia, se hallaba el canario Óscar Domínguez, pintor de paisajes y paisanajes surrealistas, con su cabezón enorme de sacamantecas o elefante con dolor de muelas (le faltaba el mostrador de un bar, que era donde le gustaba apoyarlo, para no tener que soportar su peso). Y completaba el trío el escultor Honorio García Condoy, baturro y cazurro, rubiasco y de ojos garzos, más vago que la chaqueta de un guardia (de asalto), que todo lo hacía a ritmo de tortuga, también sus esculturas de mujeres desnudas, que modelaba metiendo a cada poco mano a las modelos, para ablandarlas hasta hacerlas de mantequilla (tenía la obsesión de este alimento, pues estaba siempre bajo los efectos de una carpanta feroz). Allí se me presentaban mis primeras tres presas, mientras los soldados alemanes seguían desfilando entre cánticos. Sacudí el tronco de la acacia y los reconvine amablemente:

—¿Qué pasa, salaos? ¿Estamos de cachondeo? Menuda cogorza lleváis encima.

—Bebemos para matar las penas, Navales —contestó Domínguez, con pesadumbre paquiderma—. Esos cabrones nos han llevado a la ruina.

—Toda nuestra clientela ha emigrado de París —remachó Condoy, lastimero—. A ver ahora con qué llenamos el buche.

Pero él, por el momento, lo llenaba arrancando de la copa de la

acacia sus racimos de flores, los blancos y dulzones gatillos, que se embaulaba eucarísticamente.

—Los franchutes volverán pronto, podéis estar bien seguros —los tranquilicé—. Se marcharon pitando, porque son unos gallinas y no quieren luchar. Pero en unos pocos días los tendréis de vuelta, con el rabo entre las piernas.

—Pero volverán sin alegría —refunfuñó el panocho Flores, con voz de tabaco y enojo—. Y sin alegría no se compran cuadros.

Seguían desfilando cantarinas las tropas alemanas, como un río de acero y uniformes *feldgrau*, monarcas absolutos del acorde.

—¿Os parece poca alegría la de los alemanes? También ellos comprarán vuestros cuadros. Y ya veis que son muchos.

—No jodas, Navales —murmuró Domínguez, con voz soñolienta —. Nosotros hacemos arte de vanguardia, lo que ellos llaman arte degenerado. No nos vamos a comer un rosco con esos fascistas.

Mientras Condoy se zampaba los racimos de gatillos, Domínguez los recolectaba y trenzaba para hacerse una guirnalda, que se encasquetó en la cabeza. Parecía un fauno de las Hespérides.

—¿Quién os ha dicho semejante parida?

—Lo hemos visto en los noticieros del cinematógrafo —masculló Flores, cada vez más soliviantado—. Esos putos nazis hicieron en Múnich una exposición reuniendo cuadros y esculturas que se desviaban del canon de belleza clásica.

—Y los retiraron de la circulación —añadió Condoy, llorón—. Toda nuestra obra será también arrojada a la pira.

—Y a nosotros nos llevarán al patíbulo, o por lo menos a un campo de concentración —remachó Flores, mareado por el perfume de los gatillos.

—Déjate de monsergas, Flores. A ti quienes te metieron en un campo de concentración, cuando cruzaste los Pirineos, fueron los gabachos. Contra ellos deberías indignarte, no contra los alemanes, que por el momento nada te han hecho.

La propaganda roja les había martilleado los cerebros, hasta hacérselos puré. Y el bebercio tampoco ayudaba.

—¡Pero Francia nos ha permitido crear en libertad! —se expansionó Domínguez, sosteniéndose la cabeza como si estuviese colocando un busto sobre una repisa.

—Y también os lo permitirá Alemania —insistí—. Tal vez tengáis

que hacer alguna concesión, no lo niego, pero serán cuatro cosillas insignificantes. Tú, por ejemplo, tendrás que dejar de imitar a Dalí. Flores deberá dejar de pintar torerillos agitanados y probar de vez en cuando con algún torerillo ario. Y tú, Condoy, tendrás que esforzarte por modelar figuras algo más matronales, exaltando la maternidad.

A Condoy, que mascaba a dos carrillos las flores de la acacia, no le disgustó mi sugerencia:

—¡Y con tetas ubérrimas, como las Venus prehistóricas! —exclamó arrobado—. ¿Me conseguirás tú a las modelos, Navales?

Se le hacía la boca agua, pensando en volver a la lactancia. Óscar Domínguez, pensativo sin pensamientos, se resistió:

—Pero yo soy surrealista como tú eres falangista, Navales. Lo mío es pintar sueños. Y los sueños siempre son algo degenerados.

—Podrás seguir pintando sueños, no te preocupes. Yo me encargaré de protegerte, si surgiese algún problema.

Flores se encrespó; y al encresparse se bababa:

—¡A nosotros ya nos protege Picasso! ¡Somos amigos de Picasso!

Pensaba, con el candor característico del exaltado, que Picasso era un mártir del antifascismo.

—Me parece excelente, Flores. Ya verás cómo a Picasso los alemanes lo dejarán seguir pintando lo que le apetezca. Como a ti, si no te pones burro.

Condoy se había erguido sobre una rama robusta, a riesgo de perder el equilibrio, y se desabotonaba la bragueta, para cambiarle el agua al canario. Me preguntó, desconfiado:

—¿Y cómo es que tienes ahora, de repente, poder para protegernos? Pensábamos que a ti nadie te hacía caso en la Falange.

—Agua pasada no mueve molino —me pavoneé, pero me estaba colgando medallas quiméricas—. Los alemanes saben que Velilla es un merluzo y quieren apoyarse en alguien que entienda las necesidades de los artistas españoles. Os aseguro que en mí vais a tener un valedor constante.

—¿Y podremos exponer? —preguntó Flores, algo más engolosinado—. ¿O tendremos que conformarnos con ser pintores de incógnito?

—Yo mismo me encargaré de organizar exposiciones. Se viene una edad de oro para vosotros.

Por el momento, Condoy se descargó del oro pestífero que

guardaba en la vejiga, regando a los desprevenidos Domínguez y Flores. Yo ya me había apartado del alcorque, nada más verle el falo tuberoso y cárdeno. Domínguez se había quedado tan campante, pensando tal vez que llovía:

—Después de todo —dijo, cachazudo—, si los nazis son tan degenerados como los pintan, ¿qué arte iba a gustarles más que el nuestro?

—Por tu boca ha hablado la sabiduría, Óscar —lo adulé—. Ya hablaremos con más calma, pero por el momento no flaqueéis ni os pongáis a soltar machadas contra los alemanes, que vienen años de vacas gordas. Pronto tendréis noticias mías.

A Flores, después de recibir la meada de Condoy, le habían entrado ganas de imitarlo, y pugnaba sin éxito por sacarse la chorra, pequeña como una bellota y mucho más arrugada. Pero el chorro le brotaba recio como meada de caballo, y golpeaba el alcorque con un repique de tambor.

—¡Dios te oiga! —gritó—. ¡*Heil*, Navales!

Al levantar el brazo para saludar (pero sospecho que iba a hacerlo con el puño cerrado), Flores perdió las agarraderas y cayó al suelo, como un pájaro abatido por los perdigones, quedando medio descalabrado y con un ojo a la virulé, como una de esas tías feas que pintaba su protector Picasso. Yo le pasé un poco la mano por el lomo, fingiendo que me preocupaba su estado; pero viendo que la brecha de la ceja era superficial, me escabullí en cuanto pude, dejándolo gemebundo y con el ojo velado bajo un cortinón de sangre tintorra (en esto se veía que sus venas llevaban muchas azumbres de vino peleón). Había por fin terminado el desfile de las tropas alemanas por los Campos Elíseos y los soldados, una vez rotas las filas, se dejaban pastorear por sus oficiales, que les indicaban el hotel o cuartel donde debían alojarse con carteles de colores, como los que usan los jefes de estación; y los soldados obedecían, moviéndose al paso de la oca. La bandera con la cruz gamada ya ondeaba también, rozagante y fastuosa, sobre el Arco del Triunfo, provocando la consternación y la llorera de algunos gabachos (que lloran tanto como las gabachas), pero también la secreta satisfacción de otros, deseosos de ponerse a colaborar de inmediato con el invasor. Por el *faubourg* de San Honorio los soldados alemanes comían de las tarteras que llevaban en bandolera, bien nutridas de viandas en conserva, para perplejidad de

los vecinos, que habían leído en los panfletos oficiales que pasaban mucha hambre y tenían que alimentarse con los padrastros de las uñas. Algunos se atrevían a comprar en los puestos callejeros un poco de fruta, que pagaban todavía con marcos alemanes (los tenderos los aceptaban sin remilgos, aprovechando para cobrarles por elevación); otros hacían cola ante una lencería, donde se hinchaban a comprar medias de seda, como si en Alemania las medias fuesen de esparto (pero tal vez lo fueran, porque la mujer alemana es un poco sargento). Algunas gabachillas, viéndolos tan manirrotos y aprovisionados de medias, empezaban a lanzarles guiños y dengues, con la esperanza de que se olvidaran de la novia sargento que habían dejado en Sajonia o Pomerania, esperándolos con el corazón en un puño. Por supuesto, mientras las gabachillas guapas se arrimaban, las feas pasaban de largo con un odio mal disimulado, sabiendo que les aguardaba un invierno sin medias y con sabañones en las piernas.

En general, los viejos se mostraban más doloridos y desmoralizados con la llegada de los alemanes que los jóvenes, en los que el deslumbramiento ante la sana robustez de los invasores podía más que el patriotismo. También los niños estaban encantados, como si Papá Noel hubiese adelantado por una vez su visita y cambiado el trineo de los renos por una reata de tanques; y trepando por las orugas llegaban hasta las torretas, donde los soldados les repartían caramelos y bombones derretidos (o tal vez los hubiesen chuperreteado antes, y se los endilgaban bien rebozaditos de microbios nazis, para que crecieran tan sanos y apolíneos como ellos). En general, viendo que los alemanes eran inofensivos, o que sólo pasaban a la ofensiva si avistaban alguna mujer guapa, los parisinos se habían decidido a salir a la calle, deteniéndose a contemplar los camiones estacionados en los bulevares, con esa palurdez propia de los habitantes de las grandes ciudades, nostálgicos en el fondo del pelo de la dehesa (pero sin tener ni puñetera idea de lo que es una dehesa y mucho menos de los toros que en ella pastan). Al principio se acercaban con mucha prevención a los camiones y tanques, como la paloma se acerca a la mano tendida que le ofrece grano; pero, poco a poco, al comprobar que los soldados no les repartían culatazos, ni les apuntaban con los fusiles, ni siquiera les dirigían una palabra gruesa o una mirada hostil, iban cobrando confianza y empezaban a palmear la chapa de los vehículos, o a tantear con la punta del zapato los neumáticos para comprobar su

dureza, como tratantes en una feria de ganado. Incluso acercaban la oreja a los capós, para dejarse acunar por el ronroneo de los motores, ante la mirada complaciente de los alemanes, que incluso los invitaban a entrar en la cabina. De esta guisa, palpando la reciedumbre del acero alemán, me tropecé con Federico Beltrán Massés, el pintor predilecto de la aristocracia, cubano de nacimiento y catalán de crianza, que cinco o seis lustros atrás había levantado gran polvareda con sus cuadros de marquesas en pelota picada, sin más aderezo indumentario que la peineta y la mantilla (pero este aderezo las desnudaba todavía más, o volvía su desnudez más premeditada y perversa), y si acaso un abanico en ristre, para airearse el coño. Beltrán, currutaco y algo empinadillo de mandíbula, era un pintor genial que se había echado a perder por hacer girar demasiado el manubrio de la producción en cadena, atendiendo los encargos de su empingorotada clientela. A la sazón cincuentón corrido, Beltrán se había apartado apenas veinteañero de la tradición pesimista y grave de la pintura española para deleitarse en la sensualidad de los cuerpos desnudos, o enjoyados de gasas y de rubíes, para cuajar una pintura que era a la vez muy castiza y muy cosmopolita, con mujeres lánguidas y viciosas que tomaban la luna para ponerse pálidas —igual que las paletas toman el sol para ponerse morenas—, envueltas por cielos de una magia veneciana. Así había encandilado, en sus años de apoteosis, a Alfonso XIII (que siempre le compraba algún cuadro si exponía en Madrid), al marajá de Kapurtala, al magnate William Randolph Hearst y a todas las estrellitas y asteroides de Hollywood. Pero todas aquellas glorias pretéritas iban quedando atrás; y Beltrán, que vivía a todo trapo en una mansión de Passy, había aparcado por agotamiento el genio y tiraba de oficio para engatusar a los ricachones y hacerles unos retratos cada vez más convencionales, cada vez más desvaídos y cegatosos (la diabetes estaba dejándolo sin vista), que desmerecían mucho de sus lienzos de antaño.

—¡Cómo me alegra encontrarme con usted, Beltrán! —lo saludé muy efusivamente—. Y más en un día tan gozoso...

Beltrán tardó en reaccionar, tal vez porque no me había reconocido, tal vez porque no compartiese el gozo que a mí me desbordaba. Vestía un traje muy liviano de alpaca, un poco atirantado en la barriga (que también tenía empinada, como la mandíbula), con una insignia de comendador de alguna orden real o apócrifa en el ojal;

y llevaba del brazo a su esposa, doña Irene Narezo, petisa y callada (pero también se puede ser pelma siendo callada), que había sido asimismo pintora en la juventud, pero había abandonado los pinceles por devoción a su marido, para apoyarlo con mayor intensidad en su carrera ascendente. Aunque, a cambio de apoyarlo tantísimo, lo había uncido al yugo del tedio conyugal, matando su gusto malsano y sibarítico por todas esas mujeres felinas de su pintura, de tetas escarpadas y muslos en ofertorio, que uno no sabía si eran señoras muy decentes posando como lumias de postín o viceversa. En cambio, uno sabía enseguida lo que era doña Irene Narezo.

—Pues no sé yo qué decirle, Navales —me dijo Beltrán al fin—. Precisamente le estaba comentando a mi señora que estos alemanes me perturban un poco…

Y miró a doña Irene Narezo con ojos mansotes, como de Sansón rapado al cero que ni siquiera tiene el consuelo de una Dalila que le haga crecer algo que no sea el pelo. Beltrán se había quedado para entonces calvorota perdido, y sin poder echar una cana al aire; y, como tantos calvos, se resarcía con un bigote que se pretendía muy viril y pujante, pero con los años se le había desflecado un poco y lo había empezado a teñir. Doña Irene Narezo, por su parte, se hacía la permanente con bigudíes, quedándole cierto aspecto de escarola mustia. Cogidos de la mano, parecían una pareja de meninos en busca de un rey que los adoptase. Pero en la era de los totalitarismos corrían el riesgo de quedarse huérfanos de por vida.

—¿Y por qué le perturban, Beltrán? Ya ve lo educados que son con todo el mundo —dije.

Siempre había sospechado que Beltrán, aunque sobre todo pintaba mujeres, escondía un ramalazo sodomita, porque eran mujeres efébicas de culos muy prietos y tetas muy corzas; pero, por supuesto, me guardaba estas sospechas en el magín.

—Pues porque me han dejado sin trabajo, pardiez. Y eso que yo, aunque monárquico a machamartillo, prefiero mil veces un cirujano de hierro como Hitler a una república. Pero el caso es… que la media docena de retratos que estaba haciendo se han quedado sin modelo. ¡Todas mis clientas han volado de París!

Beltrán había pintado, más o menos desnudas, a las pindongas de todos los ministros que habían dirigido (hacia el abismo) los destinos de Francia durante los últimos veinte años, muchas de las cuales

habían llegado luego a ser ministras consortes (y en ese caso las había pintado otra vez, más o menos vestidas). Todas las *mesdames* de Maintenon de Francia habían pasado por el estudio de Beltrán, convirtiéndose en su principal fuente de ingresos, hasta llegar al último gabinete presidido por el bellaco de Paul Reynaud, donde todos los ministros —con la excepción del venerable Pétain, a quien no se le levantaba ni con poleas— mantenían varias furcias con el fondo de reptiles, como hacen siempre los ministros demócratas.

—Ya volverán todas, Beltrán. Y si no vuelven, no se preocupe, que las mujeres de los oficiales alemanes también querrán que las retrate un pintor tan afamado como usted.

Miré a doña Irene Narezo, buscando su aquiescencia, pero la muy repipi arrugó el morro; no porque dudase de la fama de su marido, sino más bien porque dudaba que aquellos retratos truncos se llegasen a cobrar. Con criterio tan pragmático como cierto, consideraba que Reynaud y su patulea se habrían pulido el dinero del fondo de reptiles, antes de entregar el poder.

—Sin ir más lejos, estaba retratando a una condesa polaca que, al parecer, le hacía unas mamadas a Reynaud en el despacho que eran de quitar el hipo —me bisbiseó Beltrán al oído, aprovechando que su mujer se había puesto a palpar la chapa de un tanque—. Pero la condesa ha hecho mutis por el foro, y Reynaud ha dimitido y dicen que lo van a arrestar. ¿A quién le reclamo yo ahora el dinero que se me debe?

—Mejor sería que a Reynaud lo decapitasen y santas pascuas —dije con franca aspereza, antes de ponerme admonitorio—: Y usted, Beltrán, si sigue mi consejo, lo que debe hacer es deshacerse de ese cuadro. Pinte encima una Salomé, o una Reina de Saba, o una maja maldita; o bien échelo al fuego cuanto antes.

Doña Irene Narezo había vuelto a colgarse del brazo de Beltrán, o a subírsele a la chepa. Su sentido fenicio de la profesión del marido no le permitía concebir tal cosa:

—¿Y eso por qué? —me preguntó, un poco hostil—. Los cuadros de mi marido son demasiado valiosos como para despacharlos así.

—Pues por la sencilla razón de que Reynaud tiene ascendencia judía, señora —me enfadé, sin abandonar la ironía—. Por sumisión a los judíos devaluó el franco, sin importarle hundir a Francia. Y ahora ya hemos visto con cuánto ardor la ha defendido. No hay mayor

baldón para su marido en este momento que tener relación con ese filibustero.

Beltrán había renunciado a la inicial altivez y comía de mi mano, cual desprevenida paloma:

—¡Tiene usted toda la razón, Navales! Ese Reynaud es un filibustero. Vergüenza me da haber accedido a retratar a sus pindongas —dijo. Y añadió, suplicante—: ¿Me guardará el secreto, verdad?

—Por supuestísimo, Beltrán, por supuestísimo. Sobre todo porque la mayor parte de sus pindongas también son judías —dije, magnánimo y ominoso—. Y mucho me temo que a Sión se le ha acabado el chollo.

Doña Irene Narezo se llevó las manos a la cabeza, agobiada por el porvenir y los rizos de la permanente:

—¡Ay, Dios mío, las cosas que veremos!

—Nada más que la entronización de la cordura y de la fuerza, señora mía —dije, implacable, antes de dar coba a Beltrán—: Y, por supuesto, el fin del arte degenerado y el ascenso del arte heroico que preconiza el Tercer Reich. Pero esto a su marido le beneficia, con tal de que deje de pintar pindongas de ministros. Créame, Beltrán, va a tener usted más trabajo que nunca.

Y Beltrán me miraba perplejo, pues no sabía si estaba hablando en serio o me choteaba. Había un temblorcillo pusilánime al fondo de su voz:

—¿Y usted no cree que mis majas malditas, con esos tules que muestran más que tapan, se podrían considerar arte degenerado?

—En absoluto, Beltrán —lo serené—. Son arte insinuante, sensual, sicalíptico, si usted quiere. Pero están todas para mojar pan, y algunas en concreto para mojar otras cosas. ¿Usted cree que los alemanes no tienen gusto y sensibilidad para apreciar sus majas malditas? A ellos lo que les repugna son los movimientos de vanguardia promovidos desde las logias, con ese Picasso a la cabeza.

Sabía que había pulsado la tecla correcta para ganarme la simpatía de Beltrán. Cada hijo de vecino tiene, oculto entre las entretelas de la conciencia, un núcleo delirante; y basta activarlo para manejarlo a nuestro antojo. El núcleo delirante de Beltrán Massés era el malagueño Picasso, que había irrumpido en la pintura cual Panzer en perfumería francesa, desbaratando todas las jerarquías establecidas,

justo cuando Beltrán empuñaba el cetro de la pintura española en París. Desde entonces, Picasso no había hecho sino acrecentar su fama, mientras se jibarizaba la de Beltrán, que para entonces era percibido entre los *connaisseurs* como una estantigua.

—¡No me hable de ese tiparraco despreciable! —bramó Beltrán—. Picasso, como todos los desdichados que lo imitan, sólo pretende colarnos sus rencores de impotente, su sectarismo rabioso y, por supuesto, la fermentación revolucionaria. ¡Todo ello con la coartada estética!

Puse a Beltrán las manos sobre los hombros, como si lo estuviese nombrando caballero del Santo Sepulcro o de alguna otra orden por la que él suspirase. Y, mirándolo a los ojos —que eran como de jilguero, tan pequeños y vivaces que entraban ganas de pincharlos con un alfiler—, me puse campanudo:

—Pues a Picasso y a sus secuaces se les ha acabado el chollo, Beltrán. Se les acabó primero en España y desde hoy se les ha acabado también en Francia.

Los ojillos de jilguero de Beltrán se esmaltaban, ante la inminencia de las lágrimas:

—Cuánto me consuela oírlo, Navales. Usted sabe bien que yo soy un entusiasta del orden y la fuerza. Y esos malditos pintores de vanguardia son unos vulgares agentes de la masonería y el comunismo internacional. ¡Espero que se acaben pronto sus trapicheos, para que el arte auténtico vuelva a ser apreciado! Tenga en cuenta, además, que muchos de esos vanguardistas son agentes del crimen contra España.

Beltrán se encocoraba cada vez más, como si ya anticipase el momento en que le fuese devuelto el cetro de la pintura española, que le había birlado Picasso con tan sólo entrar en un burdel cochambroso y pintar a sus putillas, poniéndoles una jeta horrenda de máscara africana. Beltrán no había entendido que, para triunfar en el arte contemporáneo, había que refocilarse en el légamo y halagar los gustos más plebeyos; o sea, los gustos de quienes no tienen gusto, que así se sienten importantes (algo de esto ya lo había explicado el cursi de Ortega en *La rebelión de las masas*).

—Bien sé que son agentes del crimen, querido amigo —dije—. Conozco bien sus manejos. Pero eso se va a acabar por la vía rápida. Desde la avenida Marceau queremos potenciar el arte genuino; y no hace falta añadir que deseamos que usted sea el portaestandarte de

este designio nuestro.

Beltrán empezó a salivar ante la expectativa de colgarse una nueva medalla. Contaba con decenas o cientos, y cuando vestía de gala le gustaba disfrazarse de escaparate numismático.

—¿Se lo ha dicho Velilla? —me preguntó.

—Velilla está completamente de acuerdo conmigo —respondí con desparpajo—. Pero digamos que la voz cantante en los asuntos culturales y artísticos la llevo yo ahora en la avenida Marceau. Y me gustaría ponerlo a usted en el sitio que merece.

Parecía mentira que el hombre que había encandilado a Charles Chaplin, a Rodolfo Valentino, a Joan Crawford, a Gloria Swanson y tantas otras estrellitas y asteroides de Hollywood perdiera el culo por un homenaje o sinecura en la avenida Marceau. Pero así de paradójica es la vida.

—¿Y usted cree que debo vestir la camisa azul mahón, Navales? —me preguntó.

—Pues no a diario, Beltrán, que tampoco conviene abusar ni ir de meapilas de la Falange —le contesté—. Pero en los actos oficiales que organicemos no le vendría nada mal. Además, lo bueno de la camisa azul es que puede conjuntar con cualquier uniforme de fantasía que usted se invente, como hacen nuestros jefes.

Beltrán levantó la mandíbula, orgulloso hasta el prognatismo (tal vez quisiera parecer borbón). Después de todo, si Franco estaba infestando la Falange de monárquicos, Beltrán no iba a desentonar en absoluto. Doña Irene Narezo, entretanto, seguía a lo suyo, con ese pragmatismo tan a ras de tierra que siempre desarrollan las mujeres de los artistas:

—¿Y usted entonces cree que conviene cortejar a los alemanes, para ir haciendo una nueva clientela? ¿Y para hacer negocio con ellos debemos aprender alemán?

Doña Irene Narezo, que había nacido en San Luis Potosí, tenía la obsesión de arañar un dinerico aquí y otro dinerico allá, hasta juntar otro potosí antes de morirse; para lo que necesitaba que la pintura de su marido se siguiese cotizando entre quienes ostentaran el mando, ya fueran los franceses, los alemanes, los birmanos o los indios comanches (ella no tenía favoritismos ni preferencias). Procuré que no se me notara la exasperación:

—Los negocios, desde luego, los van a manejar desde ahora los

alemanes —respondí—. Aprender un poco de alemán, sin pasarse de rosca (como le acabo de recomendar a su marido con la camisa azul mahón), les vendría muy requetebién.

Aunque yo, desde luego, no hablaba ni palabra de alemán ni pensaba aprenderlo, pues me parecía una lengua inextricable y metalúrgica. Pero para entenderme con los alemanes en caso de necesidad, ya tenía a Perico Urraca, que era políglota, o aspirante a serlo. Doña Irene Narezo empezaba a ponerse pelma o marisabidilla:

—¡Pues vaya faena! —se quejó—. Yo no creo que me acostumbre a hablar con los alemanes. Donde esté la finura de los franceses...

—Tampoco yo me acostumbraba a los judíos que gobernaban Francia, señora mía, y me ha tocado joderme hasta hoy mismo —me desbordé—. ¿No se acostumbró a tener judíos en los ministerios, cada uno con su recua de pindongas? Pues acostúmbrese ahora a los alemanes, que son más guapos.

Doña Irene Narezo se había quedado tiritando, mientras Beltrán se desvivía por serenarme:

—Por supuesto que nos acostumbraremos, Navales. Ya sabe que las mujeres siempre andan con pejigueras, y la mía no es una excepción. ¿También contaré con su ayuda para darme a conocer en los círculos alemanes?

Y se inclinaba, lamerón, como si yo acabara de ser nombrado delegado plenipotenciario del Tercer Reich y pudiera disponer a mi antojo en el fomento y patrocinio de un nuevo arte que arramblase con las vanguardias degeneradas. Me despedí de los dos meninos, que siguieron pasando revista a los tanques y camiones alemanes como visitantes curiosos de una exposición de maquinaria agrícola, y volví a mi buhardilla en la calle Froidevaux, investido imaginariamente de los poderes de un delegado plenipotenciario. Contra la inmundicia de las democracias europeas, contra la chabacanería del parlamentarismo, contra el arte gangrenado de las vanguardias, el ángel con gabardina y bigote traía el perfume macho de la pólvora y el látigo de la dictadura totalitaria, con la visión preclara de una Alemania mitológica que infundía milagrosamente su vigor a Europa, convertida en un cuerpo místico, en una nueva iglesia militarista donde ya no tendrían cabida las delicuescencias liberales ni el contubernio de las logias. El ángel con gabardina y bigote había venido a rejuvenecer la Humanidad (perdón por la mayúscula), injertando la sangre germánica, pura y

violenta, en las venas esclerotizadas de los pueblos latinos. El cirujano de hierro que habían preconizado aquellos pelmazos de Costa y Ganivet, en versión carpetovetónica y como de secano, se había hecho versión ecuménica, regadío de gozosa sangre, en la figura del ángel con gabardina y bigote cantado por Ruanito. Me apenaba no poder compartir con él aquellos momentos en los que la Historia (perdón por la mayúscula) era un sauce llorón a merced de un cirujano de hierro armado de podadera. ¡Qué gran duelo de prosas empalmadísimas habríamos podido entablar Ruanito y yo, celebrando la marcha victoriosa de los alemanes sobre París!

Aunque era apenas viernes, París se había llenado de una luz de domingo, eucarística y exultante. En el cielo, las nubes entablaban batalla naval, supliendo la pusilanimidad de los gabachos. A Francia sólo le restaban dos posibilidades: armisticio o aniquilación.

IV

Y Francia, domesticada y genuflexa, eligió naturalmente el armisticio. Tres días más tarde, a las doce del mediodía, el octogenario mariscal Pétain —en nombre del Gobierno en fuga— lo anunciaba con voz trémula, como si las guías de su venerable bigote le cosquilleasen las comisuras de los labios al hablar. Velilla había reunido a todo el personal de la avenida Marceau en su despacho, incluidas las chicas —algunas muy añejas— del Auxilio Social, incluidos los chupatintas del servicio de repatriación, incluidos hasta los bedeles y ordenanzas, que se adunaban ante la radio de rejilla del despacho, como ante un catafalco que iba desgranando psicofonías a medida que Velilla hacía girar el dial. Pétain hablaba con la autoridad que le concedía la victoria de Verdún y también una vida conyugal sana con una mujer de pata quebrada, frente a los otros perdularios del Gobierno, cargados de pindongas y gonorreas:

—Estuve con vosotros en los días gloriosos —dijo Pétain, evocando sus medallas en la Gran Guerra—. Y ahora comparto y compartiré con vosotros los días desgraciados.

Velilla arrimaba la oreja de lechuga mustia a la rejilla de la radio, como si le buscase el asma a los pulmones del Mariscal, e intercambiaba con Solms miraditas compungidas, como de feligresas a quienes el párroco anuncia la cancelación de una novena. A mí la adopción de aquella retórica de martirologio por parte de Pétain, cuando el desastre ya se había consumado, me parecía un poco hueca; pero a los gabachos les gustan los pronunciamientos pomposos, y también llorar sobre la leche derramada. Al menos Pétain tenía la bizarría de reconocer la causa última del desastre:

—Después de la victoria de 1918, el espíritu de abandono fácil triunfó sobre el de sacrificio —afirmó, en un tono más resignado que recriminatorio.

En efecto, Francia había dilapidado los frutos de aquella victoria militar en frivolidades y francachelas democráticas, mostrándose

indigna del sacrificio de sus soldados. La caída de Francia era fértil en enseñanzas políticas; y la frase del anciano Pétain tenía anverso y reverso, como una medalla: precisamente por no entregarse al abandono fácil y asumir el sacrificio Alemania había podido triunfar. Pétain, con voz cada vez más desmoronada y vacilante (o tal vez Velilla no hubiese sintonizado bien la emisión), anunció su disposición a negociar con los alemanes un armisticio, que era la designación eufemística elegida para soslayar el término más infamante de rendición. Pronunció entonces una frase que habría podido cincelarse en mármol, si en los años sucesivos no le hubiese tocado apurar hasta las heces el cáliz del deshonor:

—Hago donación a Francia de mi persona.

Pero la donación de Francia, en cualquier caso, tendría que hacérsela a los vencedores, que harían valer su supremacía en las negociaciones. Pétain asumía de este modo, de forma tácita, la liquidación de la Tercera República. Y parecía que también, en sustitución del filibustero Reynaud, la presidencia de un Consejo tránsfuga en donde aumentaban las deserciones, hasta dejar al Mariscal solo ante el peligro y con plenos poderes para atar y desatar las ligaduras de la rendición. Acabado el discurso, Velilla se volvió hacia el personal, con cara de perrillo apaleado; el aliento le olía a bolitas de alcanfor y cagarruta de oveja cuando habló:

—Qué desgracia tan grande es la guerra, queridos camaradas... Seguramente la derrota de Francia no se habría producido si hubiese tenido mejores amigos; pero esa derrota no es una buena noticia para quienes nos sentimos cristianos y europeos...

Me encorajinaban sus baboserías de monja rasa, ni siquiera monja alférez. Y me sentía sobradamente respaldado por Urraca después de la visita al cabaré del Infierno, me sentía recorrido por los mismos bichejos culebreantes —sanguijuelas gordas como morcillas, más alguna viborilla susurrándome al oído— que se le habían metido aquella noche a Urraca por debajo del traje:

—¿Acaso no son cristianos y europeos los germanos? —pregunté sin remilgos—. Si Francia no tiene más amigos, camarada jefe, es porque su política exterior ha estado al servicio de las logias, que hacían y deshacían a su antojo. Mientras el mundo evolucionaba y ondeaban nuevas banderas en Alemania, en Italia, y en España, Francia se permitía el lujo de desdeñarlas, cuando no de odiarlas.

Demasiada clemencia está encontrando ahora, para tanto desdén y tanto odio.

Se hizo un silencio tenso, en el que sólo se oía la relojería precipitada de los corazones, mientras el personal de la avenida Marceau aguardaba borreguil a que Velilla explotase colérico y me aplicara un severo correctivo. Pero Velilla agachaba la cabeza y callaba, como si asumiera que las tornas habían cambiado, desde que el temido Urraca me había señalado con su predilección:

—Dios dirá lo que ocurrirá en el futuro —resolvió, hecho migas —. Nosotros, pase lo que pase, seguiremos trabajando por Él, por España y por la Revolución Nacional-Sindicalista. Pueden volver a sus puestos, camaradas.

Mientras lo hacían, algunos (y también algunas, pues la mujer tiene más felinamente avivado el detector de cambios atmosféricos y sabe identificar al instante al macho dominante en la manada) me felicitaban con un parpadeo de asentimiento, con un mohín complacido, incluso me estrechaban la mano briosamente. Sólo Solms desfiló sin mirarme siquiera, sigiloso y talmúdico, cada vez más pequeñajo, cada vez más gusarapo, cada vez más escolopendra. Me quedé al fin a solas ante Velilla, que seguía llevando el uniforme de la Falange como si vistiese un balandrán.

—Me llamó Urraca para decirme que a partir de ahora atienda todas tus sugerencias y propuestas, si no quiero que se conviertan en órdenes llegadas por otro cauce —murmuró, abochornado—. Sobre todo en lo que se refiera a iniciativa cultural.

—Quedo muy agradecido, camarada jefe. Pero no te preocupes: mi yugo será suave y mi carga, ligera —bromeé, insolente—. Quiero decir que no voy a hacer demasiado uso de las prerrogativas que Urraca tan generosamente me concede. En cuestiones de intendencia y acción social, de repatriación y celebraciones no pienso meter el cazo, así que podrás seguir funcionando a tu libre albedrío. Ni siquiera pienso cambiar el rumbo del semanario, que ya sabes que me parece una mierda pinchada en un palo, pero allá tú y tu adlátere Solms, con vuestro pan os lo comáis... Aunque la revista de prensa la tendrá que hacer a partir de ahora Solms, o quien tú dispongas, porque el menda ya no está para labores subalternas. Y, desde luego, si me digno publicar algo en ese periodicucho, llevará mi firma en letras bien gordas.

Velilla permanecía sumido en un silencio penitente, como si no quisiera que se le notase la voz temblona, a diferencia del anciano Pétain. Comprobé que la humillación se le manifestaba como una afonía:

—Ya me dijo también Urraca que vas a publicar una entrevista al embajador Lequerica en el *Arriba* —murmuró, mientras yo asentía complacido—. Y esta mañana ha llamado el corresponsal del *ABC* en Berlín, César González-Ruano, diciendo que está de paso por París y que le gustaría verse contigo esta tarde en La Rotonde. Se nota que ahora sólo tratas con gente importante.

La visita de Ruanito era una completa sorpresa para mí, pero también un signo halagüeño de que estaba enrachado. Era como si la Providencia (perdón por la mayúscula) hubiese decidido que todos mis deseos se cumplieran al dedillo.

—Me preguntó muy jovialmente si seguías sembrando odios por doquier, según el consejo que te dio no sé quién —me comentó Velilla, entreverando un poco de malicia en su desánimo—. Yo le respondí que no entendía a qué se refería, pero que, desde luego, eres un virtuoso sembrando odios.

—Pues espérate a que llegue el tiempo de la cosecha, camarada jefe —lo corté, antes de que se creciera.

A Ruanito lo había conocido, allá en la adolescencia borracha de malditismo, en casa de José María Vargas Vila, un escritor colombiano muy tremendista, entonces en boga, de quien ya no se acordaba nadie. Vargas Vila vivía en un pisito frente al Retiro, junto a un sobrino ciego, su joven amante (tanto del sobrino ciego como de Vargas Vila, en un *ménage à trois* bastante complicado) y una iguana amaestrada que ponía huevos con facilidad tropical entre los muslos de la amante, que tenían un calor de panificadora. Luego Vargas Vila sofaldaba a la muchacha y sacaba siempre huevos de cáscara moteada, que taladraba con la uña del dedo meñique y sorbía con fruición, porque le servían para mantener la erección durante horas. Vargas Vila, entre huevo y huevo, entre erección y erección, me había aconsejado que, para coger fama, tenía que lograr que mis difamadores creasen en mi derredor una leyenda monstruosa. Nunca había olvidado las palabras exactas de Vargas Vila, pronunciadas con una voz como de reptil fósil: «Hágase fuerte en sus vicios y exalte sus defectos. Es el modo de triunfar. Y, sobre todo, siembre odios por doquier. El odio da vida al

que es odiado». Yo había procurado seguir siempre a rajatabla aquel consejo protervo, que sin embargo no me había servido para triunfar; pero era ya muy viejo para cambiar y, después de todo, el fracaso también tiene sus ventajas y voluptuosidades (sobre todo cuando llega la hora de la pólvora y la sangre).

—El odio da vida al que es odiado, camarada jefe —dije, abstraído en aquellos recuerdos de juventud que permanecían nítidos en mi memoria—. Tu odio y el de tu adlátere Solms, por ejemplo, han servido para revivirme, cuando ya parecía que estaba para el arrastre.

—Nosotros nunca te hemos odiado —plañió Velilla, servil o contemporizador—. El odio no es más que carencia de imaginación.

—Pues por eso me habéis odiado tanto. ¿A qué hora te dijo Ruanito que me esperaba en La Rotonde?

—Me dijo que almorzaría allí y escribiría un par de artículos en la sobremesa.

Siempre tan grafómano Ruanito, siempre deseoso de abarrotar el mundo de papeles garrapateados con su prosa, aunque el mundo que nutría su prosa fuese pequeñoburgués y cursi, como de salita abarrotada de *bibelots* cretinos y de sillas tapizadas con una cretona que huele en exceso a culo. Pero Ruanito había triunfado con su escritura fluente, con su lirismo de bisutería sentimental, con su mundo interior canijo en donde no había más que media docena de lecturas y un cierto regusto por el coleccionismo de bohemias trasnochadas. A Ruanito, de joven, le gustaba coleccionar todo tipo de quincallas, empezando por el vello púbico de sus amantes, de sus novias formales, de sus criadas, de sus niñeras y de sus putas de ocasión. Y, a medida que se había ido haciendo mayor, había empezado a coleccionar antigüedades, a la vez que cambiaba el fetichismo del vello púbico por el fetichismo del «penacho lacio de altos sueños», que coronaba la testa del «ángel con gabardina y bigote». De Ruanito se contaba que la embajada alemana en Madrid le pagaba unas propinas suculentas, cada vez que colocaba en el *ABC* un artículo alabancioso del Tercer Reich; y ahora que andaba otra vez por Berlín —ya había sido corresponsal cuando Hitler conquistó el poder— las propinas parecían haberse vuelto sobresueldo recurrente, a juzgar por el entusiasmo empalmadísimo que ponía en sus crónicas. Tendría que haber envidiado y aborrecido al genialoide y fértil Ruanito, que había triunfado en el periodismo y la literatura mientras

yo me consumía en labores foliculariais subalternas; pero no podía dejar de quererlo, porque era el truhán que a mí me habría gustado ser, el golfo con pujos nobiliarios y prosa fácil que había cambiado el oro de la gloria por la calderilla de la fama. Yo, al menos por el momento, no tenía ni el oro ni la calderilla.

—¡Ruanito, cuánto te he echado de menos!

Se lo dije a gritos, antes de llegar al cruce del bulevar Montparnasse con el bulevar Raspail, donde se hallaba La Rotonde. Había cruzado un París momentáneamente de luto tras la alocución radiofónica del mariscal Pétain, un París de semblantes graves y sombríos; pues los gabachos son muy propensos a estas pamemas, antes de entregarse otra vez a los festejos. En todos los edificios oficiales y en los hoteles ocupados por los mandos alemanes se había izado la bandera nazi, como una bofetada de trapo en el rostro de cada francés, tiñendo de un rojo vináceo el cielo vespertino. Ruanito no me oía, absorto en la escritura de un artículo en la terraza de La Rotonde, que estaba solitaria y medio desmantelada. Se sujetaba con la mano izquierda la muñeca de la derecha, con la que trazaba letras aisladas y rápidas, como si le temblara el pulso; enseguida deduje que habría pasado la noche de farra en el Hotel Scribe, donde el Ministerio de Propaganda alemán había alojado a la caravana de corresponsales en Berlín. El doctor Goebbels (que hacía todo a lo grande, con colosalismo típicamente wagneriano) los había traído, invitados a cuerpo de rey, para que pudieran narrar encomiásticamente la caída de París y el trato exquisito que los alemanes prodigaban a los derrotados. Y, además de alojarlos en el lujoso Hotel Scribe, el doctor Goebbels habría puesto a su disposición un cargamento de putas teutónicas y champán francés, para que los corresponsales dedicaran al ángel con gabardina y bigote epítetos más encendidos.

—Ruanito, coño, que pareces en trance. ¿Es que no te alegras de ver a tu amigo?

El sudor que le brillaba en la frente era frío y burbujeante, secuela infalible de una cogorza de champán o de una fiebre mal curada. Al fin alzó la mirada del velador y, al reconocerme, saltó de la silla y corrió a abrazarme con sus brazos como varillas de paraguas:

—¡Fernandito querido! ¡Hay que joderse, las ganas que tenía de verte!

Seguía con su delgadez asquerosa de siempre, demacrado y

cesarísimo, con la misma frente femenina y las mismas facciones afiladas de la juventud, de las que no había desertado el bigotillo mosquetero, ahora algo más recortadito y hitleriano. Sólo se le notaban los años en las ojeras, que le habían criado hojaldre después de tantas noches perfumadas de kif y absenta, así como en los pómulos, que se le habían reblandecido y descolgado. Pero peor estaba yo, que me estaba saliendo barriga, habiendo sido siempre —como Ruanito— un flaco profesional.

—Supe que estuviste en Salamanca durante la guerra, a las órdenes del locoide de Giménez Caballero —me dijo Ruanito, exultante, arrimándome una silla al velador—. Luego te perdí la pista. Algún tipejo de mal fario hasta me dijo que te habías pegado un tiro, porque no soportabas que Pedro Luis de Gálvez te hubiese perdonado la vida, allá en la Dehesa de la Villa.

La terraza de La Rotonde nadie la atendía. Hasta unos pocos días antes, tal vez el tiro en la sien hubiese sido una salida no desdeñable; pero la victoria alemana me había devuelto las ganas de vivir y exorcizado el fantasma de Gálvez, que se iba a cansar de esperarme en el infierno.

—Pues aquí me tienes, vivito y coleando —me burlé—. Bueno, coleando seguro que mucho menos que tú, porque las gabachas son muy sucias y me dan repelús.

—Pues las boches son unas vacas lecheras que reparten ostias como panes —se rió Ruanito.

Y la risa le degeneró en una tos que le venía de lo hondo, de los yacimientos de nicotina y crápula que explotaba desde que tenía uso de razón. Pero a Ruanito, al menos al Ruanito juvenil, le gustaba el masoquismo, con su parafernalia de férulas y de abrigos de visón, así que unas vacas lecheras repartiendo ostias como panes debían de ser para su torcida sexualidad como una visión del Paraíso. Aunque la tos no remitía, Ruanito abrió una pitillera de oro con las armas del apócrifo marquesado de Cagigal grabadas en la tapa y se llevó a los labios un cigarrillo hecho de negra picadura infame.

—Por Madrid pulula mucho rastacueros maledicente, ya te lo puedes imaginar —volví a ponerme serio—. Quieren convertir la Falange en un balneario, y a los camisas viejas nos pretenden eliminar como sea. Si no pueden matarnos, propalan que nos hemos pegado un tiro.

Nada le dije de mi preterición y sus razones, nada de mi condena al ostracismo en París, nada de las vejaciones de Velilla, ahora que gracias a Urraca estaba otra vez en el machito.

—Pues ha sido Perico Urraca el que me dijo que parabas por la avenida Marceau —proseguía Ruanito, después de encender el pitillo artesano con una chupada larga y repelente—. Anoche vino a visitarnos al Hotel Scribe y se sumó enseguida a la jarana. La verdad es que el doctor Goebbels es un tipo espléndido, no ha escatimado medios para alegrarnos el viaje.

Reparé en su labio inferior, que se había vuelto pendulón, casi genital, como si lo hubiese dedicado compulsivamente a mojar sellos o a comer coños. Por el bulevar Raspail desfilaban camiones cargados de soldados franceses prisioneros, a los que aguardaba un viaje hacia las cárceles militares de Alemania en el que tal vez se escatimasen más medios que en la visita a París de los corresponsales berlineses. Eran soldados que se habían rendido o habían sido copados en las landas y pronto iban a ser utilizados por el Tercer Reich como moneda de cambio, para que Pétain enviase obreros a las fábricas alemanas de armamento. Se trataba del reverso oscuro o trastienda lúgubre de la estampa victoriosa que los alemanes habían logrado difundir por todo el mundo, gracias a cronistas de prosa empalmadísima como Ruanito. Miré sin parpadear a los soldados derrotados, que se acurrucaban sobre petates míseros en los remolques de los camiones, harapientos y escuálidos, avergonzados de su suerte, despreciados hasta por sus compatriotas, que les achacaban la culpa de la derrota, mientras todavía les duraba la jaqueca de la última cogorza. Para los civiles gabachos, el abandono fácil denunciado por Pétain; para aquellos soldados, el sacrificio de los chivos expiatorios.

—A ésos les van a dar una vida de perros en Alemania —dijo Ruanito, con aquella risueña impiedad tan característica suya—. Pero seguro que se lo tienen bien merecido.

—Pues yo creo que son los que menos se lo merecen —lo contradije—. La vida de perros habría que dársela a todos los cerdos burgueses de la Tercera República, que son los que metieron el virus del vicio en Francia, siguiendo las directrices judías.

—A esas sombras de perfil ganchudo, trotamundos y mangantes las han extirpado de raíz en Alemania —sentenció Ruanito, que hasta para los insultos antisemitas se ponía literario—. Hitler ha purificado

la sangre de su pueblo, prohibiendo los matrimonios con los judíos, y hasta las coyundas extramatrimoniales. Esto último me parece demasiado riguroso, porque hay judías que están de rechupete, y siempre se las puede hacer abortar.

Ruanito volvió a reírse o a toser, indiscriminadamente y en revoltijo, y escribió un par de frases que le quedaban para rematar el artículo que luego tendría que dictar por teléfono, para que el *ABC* brillase al día siguiente con su verbo enjoyado y antisemita.

—Cuéntame qué ha sido de tu vida durante todos estos años —lo animé.

Ruanito tiró la estilográfica sobre el velador y dobló las cuartillas enjardinadas con su caligrafía redonda y pueril. El humo de la picadura se hacía espeso y barroco como una alegoría.

—Bueno, ya sabes que me largué en vísperas del Alzamiento, aprovechando que Luca de Tena me ofreció la corresponsalía en Roma —empezó Ruanito—, aunque antes de aceptarla me pasé algún tiempo aquí, en Francia, invitado por Raquel Meller en su casa en la parte alta de Villefranche. Menuda vidorra me pegué en Villefranche, entre mimosas y palmeras, mientras los rojos me buscaban en Madrid con la poco elegante misión de matarme…

Con su voz cavernosa y pulcrísima, su regocijo se me hacía todavía más frívolo, porque por aquellos mismos días que evocaba yo había andado oteando las esquinas por Madrid, en previsión de que alguien dispuesto a descerrajarme un tiro estuviese agazapado al otro lado. Quise aguarle el regocijo:

—No sabía que fueses amiguito de ese vejestorio de la Raquel Meller. Espero que al menos no tuvieras que acostarte con ella, porque anduvo con el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que era el tío más asqueroso de España y América.

Ruanito se toqueteó el bigote, como alabeándolo, y empezó a jugar con su pitillera de oro, a juego con los anillos que historiaban sus dedos cadavéricos:

—A ti lo que te pasa es que Gómez Carrillo te birló una novia cuando eras casi niño y todavía se la tienes jurada. ¡Y eso que se murió hace años!

Aquella novia, algunos años más tarde, había muerto entre borbotones de sangre, abatida a tiros por un *paco*, por los mismos días en que Ruanito andaba, entre mimosas y palmeras, dorándole la

menopausia a la cupletista Meller. Atajé por las bravas la deriva de la conversación:

—Gómez Carrillo no me birló a ninguna novia. Tan sólo le gustaba alardear de donjuán con las niñas, así que tuve que darle para el pelo —me encrespé—. Pero hablábamos de que te escaqueaste de combatir en nuestra guerra. Fue muy comentada en Madrid tu marcha, sobre todo porque dejaste abandonada a tu mujer, Esperanza Ruiz-Crespo, y a tu hija Charito, que tuvieron que sufrir los registros de los milicianos. Durante tres años estuvieron alimentándose de algarrobas y cáscaras de melón cocidas, mientras tú vivías como un marajá. —El ensañamiento me trepaba por la garganta, como la lava de un volcán—: ¿Sabes cómo se ganaba la vida tu mujer, en el Madrid rojo? Donaba sangre para los soldados del frente; y por cada donación recibía veinte duros y un bote de leche condensada, o media docena de huevos y una barra de pan. No podía donar mucha sangre, porque apenas comía. Guardaba todas estas viandas para vuestra hija, Charito, así que completaba el jornal haciendo labores de punto, también para los soldados del frente. Muchos rojos no se murieron de frío o de hemorragia gracias a la mujer que dejaste tirada en Madrid.

Ruanito me miraba atónito, como si mi virulencia, más que asustarlo o indignarlo, lo desconcertase:

—¡Vaya, chico, pues sí que te has tomado al pie de la letra el consejo que te dio Vargas Vila! Para tu información, debes saber que estaba separado legalmente de Esperanza y viviendo en casa de mi madre antes de viajar a Italia —se explicó, sin asomo de compunción —. Y así y todo, antes de marchar, la telefoneé, por si quería acompañarme. En cuanto a mi hija Charito, nunca dejé de escribirle; y le he mandado toda suerte de regalos. —Hizo una pausa y se puso melancólico, aunque fuese a su modo canallesco—: En cuanto acabó la guerra, le hice llegar una caja de bombones a través de un amigo, que me dijo que se los comió vorazmente y al instante, acompañándolos con pan... ¡Pobrecilla mía!

Y esbozó un puchero muy pinturero, como ensayado ante el espejo.

—No te hagas trampas al solitario, Ruanito —dije, desdeñando sus poses—. Franco ha declarado nulos los divorcios y separaciones de la República, así que, a efectos legales, sigues casado. En cuanto a tu hija Charito... Allá tú y tu conciencia.

Pero confrontarlo con su conciencia era tanto como invitarlo a un soliloquio, porque Ruanito se había liberado de esos lastres (tal vez como yo mismo):

—¿La conciencia, dices? ¿Y qué es la conciencia, sino el instinto del alma? —me preguntó, poniéndose filosófico, o más estrictamente roussoniano. Pero sus filosofías de pacotilla dieron enseguida paso a la cruda verdad—: Yo, por aquellas mismas fechas, conocí a la mujercita de mi vida. Se llama Mary de Navascués. Tendrías que verla, con su carita un poco felina, sus ojos oblicuos, sus labios gruesos, su figura fina un poco más formada que la de un muchacho y un poco menos formada que la de una mujer... Nunca nadie había logrado encalabrinarme tanto.

Utilizó este verbo, «encalabrinar», que añadía connotaciones turbadoras a su amor, si es que las pulsiones eróticas de Ruanito podían acogerse bajo esta rúbrica. Recordé nuestras andanzas noctívagas de juventud, cuando alquilábamos a unas putas morfinómanas llamadas Carmen y Lola, hermanas de sangre o que se hacían pasar por tales, para que nos hicieran numeritos lésbicos en el asiento trasero de mi coche, mientras Ruanito se la meneaba. A veces, después del numerito, teníamos que llevarlas a una casa de socorro, para que las reavivaran con éter y un filete de lomo, porque no se les pasaba el letargo de la morfina. Mientras recordaba aquellos pasadizos compartidos de nuestra biografía, Ruanito me cantaba las excelencias de su amante y las vicisitudes vodevilescas de sus orígenes: hija ilegítima de una modistilla de Tetuán (no quiso especificarme si mora) y del hijo calavera de un generalote, había terminado siendo prohijada por el abuelo, de tal modo que su padre había acabado fingiéndose su hermano ante el mundo. También era hermana apócrifa suya (o sea, tía carnal) la actriz Carmen de Navascués, una nena preciosa que había llegado a aparecer en una película de Maurice Chevalier y había dado una hija bastarda (otra más) a Alfonso XIII, antes de que tuviera que irse con sus orejas supurantes de sífilis al exilio. Tal vez esta particularidad contribuyese al encalabrinamiento de Ruanito, conociendo su monarquismo heráldico y pasado de rosca:

—¿Te das cuenta del regalo precioso que me ha hecho Mary de Navascués? —se excitaba—. ¡Gracias a ella, soy tío de una hija del Rey! ¡Por fin he logrado entroncar con la familia real!

—A ver, Ruanito, no exageres —le bajé los humos—. En primer

lugar, no eres tío carnal de esa niña, sino en todo caso tío segundo; y en realidad no eres tío de ninguna manera, puesto que Mary de Navascués no es más que tu amante. Y, además, la niña es hija bastarda del Orejas, así que no hay entronque que valga.

—¡No te refieras en mi presencia al Rey Alfonso de un modo tan irrespetuoso! —se sulfuró, poniendo cara de mayordomo real, o camarlengo, o como se diga—. En Roma Su Majestad y yo hicimos muy buenas migas, y prometió concederme el marquesado de Cagigal, en recompensa por mis servicios.

—¿Y cuáles fueron esos servicios?

Ruanito se puso muy digno y engarabitado:

—Me pedía que adquiriera regalos para diversas mujeres con las que tenía trato y que se los llevara personalmente a sus domicilios. Ya sabes: flores, bolsos, perfumes... Y el Rey me recompensaba luego con algunas fruslerías... —Y enarboló la pitillera de oro donde guardaba sus asquerosos cigarrillos de picadura—. Como te puedes imaginar, su principal valor no es el metal precioso, sino su prosapia.

—Así que fuiste el macarra o alcahuete del Orejas en Roma —resumí—. ¿Y te quedabas en la alcoba real, detrás de un biombo, para encalabrinarte viendo cómo se trajinaba a las mujeres que le conseguías? Espero, por tu bien, que al menos no te encamaras con ellos, para no contagiarte de sífilis.

Su gesto de enojo impostado no bastó para tapar su sonrisita cínica:

—Hay que ver qué grosero te has vuelto, Fernandito —se puso finolis, además de críptico—. Si reanudamos el trato, tal vez te cuente todos mis secretos amorosos.

Pero debían de ser secretos bastante nefandos y nefarios, así que mejor no saberlos. Ruanito había pasado los mejores años de su vida en Italia, dedicado al *dolce far niente*, pues las crónicas del *ABC* se las escribía la policía mussoliniana, y además le pagaban por ello, teniendo Ruanito tan sólo que espolvorear la prosa mazorral de los polizontes con metáforas de relumbrón y otras baratijas verbales. Pero cuando ya se había instalado con Mary de Navascués en Positano, un idílico pueblo de la costa amalfitana, el *ABC* decidió enviarlo a Berlín, coincidiendo con el estallido de la guerra europea. En Berlín Ruanito no era feliz, porque los sobornos nazis eran menos rumbosos que los mussolinianos, pero sobre todo porque —según me contó,

apesadumbrado— los alemanes eran más aburridos que las homilías del cardenal Gomá; y toda su gastronomía se le antojaba intragable (así estaba Ruanito tan birrioso y asténico). De todo aquel *trust* del tedio, la disciplina y las vacas lecheras que repartían ostias como panes sólo salvaba Ruanito al ángel con gabardina y bigote; y no tanto por convicción ideológica como por asco de la greña jacobina. Como yo lo miraba con creciente encono, Ruanito se atemperó un poco:

—Pero, claro, mejor la disciplina nazi que las libertades democráticas, que sólo sirven para echar de vez en cuando una papeleta en una urna.

Por el bulevar Raspail bajaba un coche con altavoces, difundiendo en alemán y francés el preámbulo de las condiciones para el armisticio. La tarde había empezado a caer, embozada de sepelio; pero cuanto más evidente se hacía la agonía de Francia más vigoroso y vivaracho me sentía yo:

—Ya ves en lo que acaban las libertades democráticas… —dije—. En una rendición deshonrosa.

—Anoche nos dijo Perico Urraca que Hitler quiere firmar el armisticio en Compiègne, en el famoso vagón donde Weygand leyó en 1918 las condiciones de la rendición a los plenipotenciarios alemanes —me informó Ruanito—. Luego quieren llevarse el vagón a Berlín y destruir la placa en la que se recuerda que allí «sucumbió el criminal orgullo alemán».

Me agradó aquel acto simbólico de resarcimiento o desquite para aplastar el orgullo gabacho, mucho más criminal que el alemán (por inane e histriónico). Detrás del coche con megafonía aparecieron unos oficiales alemanes en uniforme de paseo, muy esbeltos y olímpicos, que parecían ir demarcando el territorio, como terratenientes que recorren su finca.

—Dicen que el embajador Lequerica está actuando de mediador en el armisticio —solté, sin mencionar la entrevista en exclusiva que Urraca me había prometido.

—¡Qué gran tipo, José Félix de Lequerica! —se exaltó—. Yo lo traté bastante en el Bilbao de la *belle époque*, donde nos reuníamos en un café elegante y muy naviero, en plena Gran Vía, llamado el Lyon d’Or, en torno a la reivindicación del clasicismo y el vituperio de las vanguardias… —Su evocación me pareció un poco impostada, pues Ruanito, que funcionaba a vela y a vapor, se había apuntado también

a las vanguardias, llegando a escribir muchos poemas ultraístas—. Algunos de los integrantes de aquella tertulia fueron luego asesinados en el caos rojo. Otros hasta han llegado a ministros, aunque sea sin cartera, como Rafael Sánchez Mazas. Yo no creo que haya habido nunca en España una riqueza de individualidades como la que había en el Bilbao de los años veintitantos…

—Ya, ya… —le corté la divagación, antes de que le diera por bailarme un aurresku—. Pero, ¿cómo es ese Lequerica? Para mí que le gusta el *dolce far niente*, como a ti.

—¡Porque es un tipo listo, nos ha jodido! —exclamó Ruanito, con solidario alborozo—. Lequerica era un conversador prodigioso, una criatura brillante con doble vocación política y literaria; y también un nadador formidable que se cruzaba a nado la bahía de Bilbao, para impresionar a su novia. Pero eran galanteos platónicos, porque él tenía vocación de solterón.

—Pues se acaba de casar con esa novia, a quien al parecer apodan la Burrera. Se ve que se le pasó la vocación de solterón con los años.

—No lo creo, hay vocaciones para toda la vida —dijo Ruanito, con un mohín escéptico—. Lo que pasa es que para prosperar en la carrera diplomática conviene presumir de vida ordenada, y mucho más con el nacionalseminarismo que tenemos ahora en España.

Ruanito me lanzó una mirada entre traviesa y compungida, calculando los efectos de su irreverencia. Pero el término «nacionalseminarismo» me pareció muy adecuado para describir a los covachuelistas que medraban en la Falange, con especímenes tan repelentes como el sacristán Velilla y el misacantano Solms.

—Y este Lequerica, ¿no es un poco meapilas? Porque, siendo monárquico y maurista, ya es lo que nos faltaba…

—Nada, nada meapilas —me tranquilizó Ruanito—. Y maurista porque era entonces lo que tocaba, como ahora toca ser falangista. Lequerica es únicamente un «carguista» con mucho talento y algo de corazón. A mí me invitaba a almorzar, y también a desayunar (porque de todas las comidas del día hace un acontecimiento, para ponerse como el Quico), en su casa del muelle de Las Arenas, frente a la vista del Abra y los Altos Hornos de Sestao, y en otra que tenía en la calle Berástegui. Te aseguro que era una de las casas de Europa en las que mejor se comía. En esto se notaba que, además de más listo que el

hambre, era un *bon vivant*. Ahora, de embajador en Francia, tiene que estar en su salsa gastronómica.

Desde luego, a las comidas de la embajada española quería asistir todo el mundo parisino, de Pétain abajo, incluidas las *demi-mondaines* y hasta los inmundos chupatintas de la avenida Marceau; pero a ninguna de ellas me había invitado nunca Lequerica, considerándome tal vez un mindundi. Miré a Ruanito un poco ceñudo y escamón:

—Mucho me parece a mí que te gusta Francia, mamoncete. Con lo que daría yo por estar en Alemania…

Ruanito se encendió otro pitillo de picadura, esta vez poniéndole una boquilla dorada (quizá también regalo del Orejas), con ese dandismo tan suyo, entre D'Artagnan y cualquier robaperas de barrio. Aunque todo lo rebozaba con su levedad y veleidad características, parecía hablar muy en serio:

—Dejémonos de leches, Fernandito. Los franceses serán todo lo blandos, todo lo viciosos y pomposos que tú quieras, pero suya es la gran literatura, la gran pintura, la gran cocina… Todo lo que tenga que ver, en fin, con la sensibilidad y la cultura. Y quienes más fascinación sienten por Francia son los alemanes. Por eso no han arrasado París, que para ellos es el templo mayor de la cultura que ellos no tienen. Los alemanes, desengáñate, siempre han padecido un atroz complejo de inferioridad hacia los franceses. Siempre los bárbaros vivieron envidiando aquello que amenazaban destruir; y los bárbaros del Norte, invadidos de nieblas, siempre envidiaron a los pueblos latinos: el refinamiento italiano, la bravura española, pero sobre todo la cultura y sensibilidad francesas. Tienen ansias de aprobación cultural, aspiran a que se les reconozca; y sólo pueden ser aprobados y reconocidos por la vencida Francia. Te aseguro, Fernandito, que este complejo de inferioridad de Alemania será su perdición. No han arrasado Francia, como tendrían que haber hecho, y ahora el mundo entero conoce su debilidad.

Me quedé mohíno, sin palabras de fuste que oponer, porque el discurso de Ruanito escondía un meollo de trágica verdad. Alemania tendría que haber arrasado aquella chamarilería de la cultura que era Francia, para que de verdad su triunfo hubiese resultado higiénico y catártico, como se exige en una guerra como Dios manda; lo otro no son más que parches y chapuzas que a nada conducen. La Tercera República había dejado de existir; pero subsistía como una mala

hierba de raíces muy hondas la Francia del prestigio cultural, que los brutos alemanes ambicionaban y querían apropiarse, sin entender que antes Francia se apropiaría de ellos, contagiándolos con el virus de la molicie y el narcisismo. Ruanito se volvía ya al Hotel Scribe, antes de que se le hiciera tarde, porque tenía que partir con los demás corresponsales españoles en el vuelo de Lufthansa que les había programado el doctor Goebbels; y todavía tenía que dictar sus artículos ditirámbicos del Tercer Reich a las dactilógrafas del *ABC*. Antes de despedirnos, medio de chacota, medio en serio, me dijo:

—Oye, si quieres les propongo a tus jefes de la Falange que te envíen a Berlín y yo me vengo en tu lugar a París. Así quedamos los dos contentos.

—No me toques los huevos, Ruanito, que no soy yo el que se pone cachondo con el penacho lacio de altos sueños.

Me miró por un segundo sin comprender, antes de estallar en una tos carcajeante que me regó de estreptococos, y quién sabe si también de los treponemas y espiroquetas alfonsinos. Ruanito volvió a abrazarme con sus brazos de cadáver ambulante y se despidió:

—Espero que nos veamos pronto otra vez. Y te juro que para entonces te cuento lo que me encalabrina tanto de Mary de Navascués.

A mí lo que de verdad me encalabrinaba era ver París convertido en un vertedero que algún gamberro hubiese regado de basuras y desperdicios. De regreso a la buhardilla de la calle Froidevaux, el hedor de pescaderías, fruterías y carnicerías recalentadas por el sol impío de la victoria alemana resultaba insoportable; pues se estaban pudriendo todas sus existencias, tras varios días de cierre obligado. Caminar en medio de aquella fetidez, entre edificios invadidos de sombra y silencio, era como vivir una alucinación siniestra, o como pasearse por paisajes de ultratumba.

Aquella misma tarde, tras días enteros bajo la lluvia, padeciendo fríos y vientos, siempre a la intemperie, empezaron a regresar a París —en sus carromatos inverosímiles, en sus bicicletas abolladas, o caminando simplemente con sus fardos a cuestas— todos los papanatas que se habían marchado apresuradamente, pensando que los alemanes los iban a comer crudos. Cuando los alemanes, en el fondo, lo único que ansiaban era disfrutar de la gastronomía francesa.

V

Se firmó, tal como habían anunciado aquellos coches con altavoces, el Armisticio en el bosque de Compiègne, en el famoso vagón donde había sucumbido —pasajeramente— el orgullo alemán, ahora ufano y recrecido. No se mencionaban reivindicaciones territoriales —fuera del retorno de Alsacia y Lorena a Alemania—, pero se establecía una línea de demarcación que separaba la Francia «ocupada», con toda la zona norte y la costa atlántica, de la Francia «libre», cedida nominalmente a un Gobierno títere que establecería su sede en la ciudad-balneario de Vichy, para que Pétain pudiera cuidarse los juanetes con pediluvios. Por supuesto, París se convertía en capital de la zona «ocupada», que tácitamente se sumaba a las provincias anexionadas al Tercer Reich; y Francia accedía al desarme total y acataba una serie de pejigueras y humillaciones (mucho menos gravosas, en cualquier caso, que las que Francia había impuesto a Alemania en Versalles). En los noticieros del cinematógrafo salía el ángel con gabardina y bigote brincando pueril y maliciosamente en los escaloncitos del vagón de marras, para chinchar a los gabachos, y también dando un paseo por la capital conquistada, como Pedro por su casa, acompañado de sus artistas áulicos, el arquitecto Albert Speer y el escultor Arno Breker. En el gesto entre anonadado y bobalicón del ángel con gabardina y bigote, mientras contemplaba el esplendor arquitectónico parisino, se percibía diáfanamente el complejo de inferioridad alemán que me había descrito Ruanito. Tan pronto como se hicieron públicas las condiciones del Armisticio, Urraca telefoneó a la avenida Marceau, donde esta vez me pilló más o menos ocioso, revisando la prensa atrasada española, por ver si aludían a la mediación de Lequerica:

—El embajador te espera mañana, a la hora del almuerzo, en el consulado español en Burdeos —me dijo Urraca, mucho más protocolario que en el cabaré del Infierno—. La entrevista versará únicamente sobre la mediación española en el Armisticio. El texto

resultante me lo das y yo me encargaré de que pase la censura. Lo publicará el *Arriba* y toda la prensa del Movimiento. Y será la única entrevista que conceda Lequerica, tal como te prometí.

Lequerica se había instalado en Burdeos, siguiendo al prófugo Gobierno francés, que no había tenido redaños para quedarse en París, como tampoco nuestro Gobierno rojo los habían tenido para quedarse en el Madrid del «No pasarán». No fue nada fácil alcanzar Burdeos, en aquellas condiciones de desbarajuste y trenes dimitidos del reloj, pero lo logré pasando toda la noche en un trasiego de apeaderos sonámbulos y mal retechados, donde la lluvia torrencial causaba estragos. Al consulado de España en Burdeos, en la calle Mandron, llegué molido y destemplado, con el traqueteo del tren metido en las tripas y los jugos gástricos más mareados que una salsa de pilpil. Era un edificio muy modesto, o más bien pobretón, elegido en tiempos de paz para las rutinas provincianas y los trámites ordinarios, que a todas luces se quedaba raquítico y como desarbolado ante los grandes ajetreos y negociaciones que había acogido durante los últimos días; y todo en el lugar andaba manga por hombro, con gentes variopintas entrando y saliendo, en un tráfago aturdidor. Un ordenanza me hizo pasar, tan pronto como me identifiqué, al despacho del cónsul, que en aquellos días había colonizado Lequerica, con un sofá muy mullido al lado del bufete que a todas luces había sido utilizado para dormir. Los cojines se amontonaban, a guisa de almohada, a un extremo del sofá; y se notaba el hondón de un culo gastronómico justo en medio, delatando la huella de un cuerpo en posición decúbito supino. Sobre los muebles se amontonaban legajos con balduque y otros desperdigados y hechos trizas, como una escombrera de papel. Y no faltaba en la pared del fondo el retrato reglamentario del Caudillo (un poco ladeado, como si Lequerica hubiese querido realzarle la tripita contenida por el fajín); tampoco, en una pared lateral, un panorama del Alcázar de Toledo (Lequerica había sido diputado maurista por esta circunscripción) en lo más crudo del asedio. Después de hacerme esperar un rato, suficiente para que se me asentase el pilpil que traía en el estómago, entró en el despacho José Félix de Lequerica, embajador de España y Jefe de Falange en territorio francés, con venia para cruzar la línea de demarcación cuando le saliera del cipote. Me cuadré y lo saludé brazo en alto, consciente de que tal vez estuviese haciendo el ridículo.

—Déjese los saludos romanos para los actos oficiales, Navales —me dijo, con irónica desgana y prescindiendo del tuteo falangista—. Donde esté nuestro tradicional apretón de manos, que se quiten todos los saludos extranjeros.

Tenía la voz algo chillona, entre el clarín y el clarinete, y el perfil ornitológico (por no decir que tenía la nariz ganchuda); y aunque estaba entrado en carnes conservaba la apostura del nadador recalcitrante, con unas espaldas muy anchas que también le permitían echarse al hombro las preocupaciones y una altura de atalaya para verlas venir tranquilamente desde lejos. Lequerica iba vestido con un abrigo de fantasía, entre el capote militar y la casaca diplomática, con solapas como orejones y doble botonadura dorada.

—Parece mentira que en verano tenga uno que ponerse abrigo todavía —se excusó—. ¡Ni que estuviésemos en Siberia!

Las lluvias habían refrescado mucho el ambiente, pero desde luego embutirse en un abrigo resultaba algo excesivo. Supuse que Lequerica habría aprovechado su nombramiento como Jefe de Falange en Francia para dar rienda suelta a sus caprichos indumentarios, como hacían los lechuguinos de Alcalá 44. Lequerica tenía maneras de gran señor, más cínico que untuoso, con ese punto de indolencia festiva que caracteriza al frescales de pedigrí.

—Ya me perdonará que lo reciba en este despacho cochambroso. Pero es lo mejor que tenemos en el edificio —siguió excusándose, avergonzado de tanta menesterosidad—. Luego, una vez que me haya hecho la entrevista, puedo invitarle a almorzar en la residencia que me han improvisado en el Castillo de Grenade, a treinta kilómetros de aquí. ¿Le gustan a usted las cocochas al pilpil?

—Me vuelven loco, Excelencia —respondí, apocado—. Pero no soy yo quién para compartir mantel...

—No me sea borono, Navales —me reprendió eutrapélicamente —. Para mí no hay mayor placer que convidar a mi mesa. La gracia de las cocochas está en el pilpil, que hay que saber ligar con un meneo cadencioso. Nada de batidoras ni de coladores ni de artilugios de este tipo. Lo que se precisa para ligar el pilpil es una cocinera mollar, tirando a ballenato, que sepa mantener un traqueteo como de tren. Arrima la cocinera la cazuela al cuerpo, empieza a bambolear sus carnes y el pilpil sabe a gloria bendita. —Como yo lo miraba un poco estupefacto, me interpeló—: ¿No se lo cree? Pues ya verá qué pilpil

tan suculento hace mi cocinera.

A mí el traqueteo del tren me había dejado para el arrastre, pero seguro que la cocinera de Lequerica tenía mejores mañas para ligar salsas. Lequerica tendría vocación (frustrada) de solterón, pero se notaba que había sido siempre solterón con derecho de pernada sobre cocineras y criadas, preferiblemente mollares. También era un brillante charlista (acaso un poco saltimbanqui e imprevisible en la elección de temas) que ensartaba anécdotas a troche y moche, logrando que cualquier sinsorgada sonase amena y hasta trascendental. Hablaba francés sin ningún acento, cosa rara entre españoles, y pasaba del francés al español y viceversa sin avisar; aunque acabé deduciendo que lo hacía para que los secretarios que constantemente nos interrumpían —anunciando llamadas de algún ministro rumano, del jefe de gabinete de Pétain o del nuncio de Su Santidad— no se enteraran de lo que hablábamos.

—¡Qué ganas tengo de dejar este chiscón y volver a París! —suspiró, nostálgico de las expansiones epicúreas de la capital—. Burdeos, por mucha mitología goyesca que le pongamos, es un soberano coñazo. Que los liberales decimonónicos lo eligieran para sus exilios nos demuestra que eran gentes pretenciosas y provincianas.

Me atreví a recordarle las estipulaciones de Compiègne:

—¿Dice Su Excelencia que desea volver a París? Tengo entendido que el Gobierno francés va a instalarse en Vichy. Y supongo que las representaciones diplomáticas tendrán que acompañarlo…

Lequerica se golpeó la frente, contrariado:

—¡Y me quejo yo de Burdeos! ¡A Vichy, a Vichy nos tocará ir, tiene usted razón! —clamó, escandalizado—. ¿Dónde se ha visto disparate semejante? Es como si nosotros, en España, mandáramos a los embajadores al balneario de Cestona, o a Mondariz. ¡Ni siquiera a La Toja! Porque en La Toja, al menos, te puedes bañar en el mar, o tomarte percebes en la playa, o aunque sea unos bígaros. Pero, ¿qué diablos haces en Vichy, salvo cotorrear con las viejas que van allí a curarse los alifafes? Eso es lo que le gusta al Mariscal, cotorrear con las viejas y darse pediluvios en los juanetes. —Suspiró resignado—. En fin, intentaré retrasar la marcha como sea. Voy a liar la madeja cuanto pueda con el alquiler del edificio, con la mudanza, incluso con la excusa de encargar papel de cartas con nuevos membretes… A ver si encomiendo estos trabajos a inútiles integrales que lo embrollen todo,

y así puedo seguir en París, siquiera por unos meses.

No tuve dudas de que lo lograría. Lequerica se quitó el abrigo de fantasía muy aparatosamente, como si estuviese ensayando una verónica. Se le notaba de vuelta de todo, pero sin hastío ni amargura, con una delicadeza de gran señor, templada y levemente cáustica:

—Pues dispare cuando quiera —dijo, parapetándose detrás del escritorio y consultando el reloj—. Si queremos que el pilpil esté en su punto, tampoco nos convine que mi cocinera abuse del traqueteo.

Tomé aire, como si me dispusiera a zambullirme en alguna poza incógnita:

—Ante todo, Excelencia, permítame felicitarle, en nombre propio y en el de todos los españoles, por su mediación en...

—Nada, nada, no hay nada por lo que felicitarme —me interrumpió, atusándose el bigote, que no se recortaba según la moda hitleriana del momento y le daba un aire bonachón—. A quien debemos felicitar es a nuestro Caudillo, que franceses y alemanes percibieron como el hombre providencial que podía arbitrar un entendimiento entre ambas partes, emulando el papel del Duce en Múnich —dijo, recitando la doctrina oficial, para enseguida acotar, picaruelo—: A Mussolini lo descartaron esta vez como mediador, pues estaba demasiado comprometido con una de las partes. Pero le ruego que no lo ponga en la entrevista, pues ya sabe que los italianos enseguida se engallan y empiezan a llamar a consultas y todas esas zarandajas.

Toda la entrevista transcurrió de igual modo, alternando la farfolla oficial y las jugosas glosas confidenciales, que Lequerica enseguida me señalaba, para que no las incluyese en la entrevista (pero, aunque las hubiera incluido, la censura se habría encargado de tacharlas). Así supe, por ejemplo, que también el Papa Pío XII había sido considerado como mediador, pero el ángel con gabardina y bigote lo había descartado, por somormujo y encastillado en sus palomares espirituales; y sobre todo porque le había chinchado demasiado durante su etapa de nuncio en Alemania, defendiendo la encíclica contra el nazismo de su predecesor.

—Sólo nuestro Caudillo podía desempeñar un papel decisivo para evitar la guerra y, a la vez, frenar la bolchevización de Europa —proseguía Lequerica, volviendo a la farfolla oficial—. Varios ministros franceses me lo hicieron saber, empezando por el propio Mariscal, en

las cenas que les he ofrecido en el Castillo de Grenade durante las últimas semanas. —Y acotó con malicia—: Viendo comer a la gente se aprende mucho. Los ministros franceses se mostraban desganados, pero a la vez no dejaban nada en el plato, ni siquiera ese resto de cortesía que el hombre de mundo aparta, para significar que está bien alimentado. Los ministros franceses, pese al desánimo y la postración, rebañaban el plato hasta hacerlo relucir como una patena, prueba inequívoca de que temían que los suministros se cortasen en cualquier momento, dejándoles descomulgadas las tripas. Ciertamente, mi cocinera tiene, además de unas mollas insuperables, una mano para la cocina que no se la salta un gitano. Pero aquella «voracidad desganada» de mis invitados se me antojaba excesiva. Concluí que Francia no tenía nada que hacer desde el punto de vista militar y así se lo hice saber a nuestro ministro Beigbeder, para que estuviese al quite.

Aunque no deslizó ni un solo comentario displicente o quejoso hacia el Ministro de Asuntos Exteriores, se notaba que Lequerica lo despreciaba, por militarote y africanista, como no podía ser de otro modo en un hombre oreado por la brisa del Cantábrico que había estado dudando durante años entre la carrera literaria y la política, mientras se ponía tibio de cocochas (tanto que, por asimilación, también a él le habían brotado unas protuberancias carnosas bajo la mandíbula, que sin embargo no llegaban a papada).

—Descríbame sus actuaciones desde ese momento, Excelencia —lo aguijé.

Lequerica ensartó entonces una narración muy azacaneada y colorista, enaltecida de una épica más galaica que euscalduna (por la sorna entreverada), en donde las visitas a la sede de la Presidencia de la República se alternaban con viajes azarosos hasta San Juan de Luz (se acababan de cortar las comunicaciones telefónicas y telegráficas con España), en automóviles que debían circular con los faros apagados, como cíclopes ciegos embistiendo la noche. Lequerica ponía intriga y sobresalto a la narración de sus viajes a San Juan de Luz (apenas doscientos kilómetros, que en sus labios eran como veinte mil leguas de viaje submarino), sarcasmo y cuquería en sus tejemanejes de cancillería, gracia aleve —con su pizquita de astracán y esperpento— en su semblanza de los ministros gabachos. Pero al poco borraba todas las trazas de su ingenio para ponerse otra vez solemne:

—El Mariscal sabía que se hallaba en condiciones de inferioridad militar evidentes, ante un enemigo superior en número —recitó—. Pero me advirtió que no podría aceptar condiciones contrarias a su dignidad y a su honor. Nos despedimos con el sentimiento de pesar compartido por la lamentable situación en que se hallaba Francia y corrí de nuevo a San Juan de Luz, para transmitir por teléfono al Caudillo que Francia solicitaba a Alemania el cese de hostilidades.

Al triponcete de Franco el mensaje de Pétain le había llegado cuando ya dormía el sueño casto de los hombres sin cargos de conciencia, roncando como una locomotora y abrazado al brazo incorrupto de Santa Teresa (pero de los ronquidos y de la reliquia nada dijo Lequerica, que se limitó a sugerirlo con un esbozo mímico). Franco, todavía pitañoso, aceptó el papel de mediador que le suplicaba Pétain; y esperó, antes de telefonear al ángel con gabardina y bigote, hasta el conticinio, para cerciorarse de que así le quebraba el sueño más profundo y le estropeaba el humor para lo que restaba de día. Lequerica me confió que el ángel con gabardina y bigote se había pillado un cabreo descomunal con la llamada intempestiva; y que sus improperios habían despertado a doña Carmen Polo, que dormía al otro extremo de palacio, para garantizar la privacidad (o la castidad) de su marido. Tras la expansión burlesca, el embajador adoptó de nuevo un tono campanudo:

—De este modo, la figura de nuestro Caudillo aquilata todavía más su prestigio en el concierto de las naciones, mostrándose de nuevo como un faro inspirador de confianza y artífice de paz y concordia.

Asentí, retóricamente. Me pareció que las tripas de Lequerica amagaban un concierto de borborigmos, ávidas de cocochas. Había que lanzarle, sin embargo, alguna pregunta mínimamente incómoda, para que el incienso no cantase demasiado:

—Sin embargo, no han faltado juicios poco benignos del Armisticio firmado en Compiègne. Hay quienes afirman que las condiciones impuestas a Francia son humillantes y draconianas.

—Eso ya, como usted comprenderá, es una materia que no me compete —dijo Lequerica, encogiéndose de hombros y haciendo un buchito con los labios, muy expresivo de su desdén—. Si yo hubiese formado parte de la legación francesa, lo primero que habría hecho, desde luego, es ablandar a los alemanes con una comilona de las de

chuparse los dedos. A los alemanes se les conquista por el estómago; y más con la *cuisine française*, que los deja bizcochables y a punto de caramelo. —Era la misma tesis del complejo de inferioridad que me había expuesto Ruanito, aunque Lequerica recurriese a la retranca del experto gastrónomo—. Pero yo no formaba parte de esa legación, así que… —Extendió las palmas de sus manos, como si se las hubiese lavado en la jofaina de Pilatos—. En fin, el Armisticio garantiza que no se reanude la lucha y crea las condiciones para que Alemania pueda centrarse en Inglaterra. Todo lo demás que se diga es propaganda… —Titubeó por un instante, receloso de mostrarse en exceso confianzudo conmigo, pero los ojillos picarones delataban sus ganas de chanza—: Y, hablando de propaganda, ¿conoce usted el chiste de Goebbels y San Pedro?

—No tengo el gusto, Excelencia —dije—. Pero algún amigo común me ha confesado que los cuenta usted con un gracejo sin igual.

Lequerica agitó la mano, con vanidosa humildad, espantando los halagos. Su voz chillona ya no clarineaba tanto, haciéndose la inocente:

—Pues resulta que Goebbels llega al cielo, donde San Pedro sale a recibirlo, con su aureola y sus llaves a cuestas, y lo hace entrar en un ascensor que empieza a descender. La primera parada es el Paraíso, el más hermoso y ameno paisaje que se pueda soñar, las mujeres más adorables y molletudas, los hombres más atléticos y espléndidos… Pero, tras permitir a Goebbels un vistazo somero al lugar, San Pedro pulsa el botón del ascensor, que desciende otro piso más, hasta la segunda estación, el Purgatorio: el clima allí es cálido, tal vez un poco sofocante, pero sólo lo justo para que las almas suden la gota gorda, purificándose de sus pecados y de paso de las grasas excedentes. Tampoco disgusta este panorama a Goebbels, pero antes de que pueda pronunciar palabra, San Pedro vuelve a pulsar el botón del ascensor, que desciende otro piso, desde el que se avista un lago de fuego y azufre donde los réprobos chapotean desesperados, deformes y llagados, con una apariencia que ya no es ni siquiera humana. Es el Infierno, el temible Infierno, que Goebbels, por supuesto, no tiene ningún deseo de conocer de cerca. Pero San Pedro abre la puerta del ascensor, ignorando sus protestas. Goebbels pide entonces subir a los pisos superiores, que le han parecido mucho más gratos y acogedores. Y San Pedro, con un guiño pícaro, le responde: «Lamentablemente,

tiene que quedarse aquí. Los pisos superiores son... la propaganda».

Lequerica rió traviesamente; y, al comprobar que yo me carcajeaba sin recato, abandonó todas las prevenciones que hasta entonces había mantenido conmigo. Descubrí un fondo de pesadumbre en su voz:

—La realidad, Navales, es que la guerra será larga y dura, a pesar de esta paz que he ayudado a conseguir. La propaganda puede prometer paraísos gozosos, o purgatorios llevaderos, pero sobre Europa se abaten los designios más oscuros. Esta guerra será un infierno que lo cambiará todo, de arriba abajo. Lo que no sabemos es si ese cambio conllevará la destrucción del mundo o, por el contrario, un horizonte nuevo de progreso. Sólo Dios lo sabe. Nosotros, entretanto, debemos navegar entre dos aguas, sin comprometernos demasiado.

Era el *laisser passer*, entre remolón y astuto, que Perico Urraca me había descrito, como rasgo de carácter más sobresaliente de Lequerica, que se tenía en pie en la procelosa política del momento dejando socarronamente que los problemas se pudriesen; y que de un par de viajes a San Juan de Luz en coche hacía una epopeya para consumo de panolis (pero yo había sido elegido para ser su evangelista). Lequerica, monárquico platónico y franquista aristotélico, era, en fin, un jeta; pero un jeta simpático, ingenioso y culto. Y esas prendas, en medio de la grisalla nacionalseminarista, eran muy de agradecer.

—Ya me ha contado Perico Urraca que va usted a encargarse de atraer a los intelectuales y artistas rojos a nuestra Causa —me soltó Lequerica inopinadamente, cuando ya pensaba que daba por concluido nuestro encuentro—. Será una labor que requiera mucha astucia y mano izquierda. ¿Tiene pensado por dónde va a empezar?

—No demasiado, Excelencia —reconocí, compungido—. Es una tarea titánica la que Urraca me ha asignado. Creo que, además de engatusar a los rojillos recalcitrantes, habría también que poner a prueba la lealtad de esos liberales que apoyaron a la República y ahora quieren congraciarse con la Nueva España. Obligarlos a comprometerse más, para comprobar si su adhesión es sincera o hipócrita. Pienso, por ejemplo, en alguien como el doctor Marañón.

Lequerica pegó un respingo, asustado de mi celo y suspicacia, que a un partidario del *laisser passer* debían de antojársele rasgo de fanatismo.

—¿El doctor Marañón? —repitió, con extrañeza—. En diversas conferencias y entrevistas se ha mostrado favorable a la causa nacional. Y ha denunciado públicamente el error de los liberales que acabaron aliados con los comunistas, por no aliarse con Franco. Personalmente, puedo decirle que, cuando llegué a París, recién nombrado embajador, Marañón se presentó en la estación y luego en la embajada para expresarme sus respetos y su adhesión sin fisuras a nuestro Jefe de Estado —soltó una risita burlona que le hizo temblar las cocochas—. Le confieso que aquellos gestos me parecieron un poco sobreactuados, típicos del converso. Por lo demás, el doctor Marañón y su familia asisten siempre a cuantas ceremonias religiosas y fiestas patrióticas organizamos desde la embajada, con ocasión de los grandes aniversarios nacionales. No se pierde una, el tío... —Se levantó del escritorio y se palpó los bolsillos de la chaqueta, para cerciorarse de que no olvidaba nada, antes de partir al castillo donde la cocinera habría empezado su traqueteo o bamboleo, para ligar el pilpil—. ¿Usted por qué desconfía de Marañón?

—Su Excelencia lo ha dicho hace un momento: hay en él algo sobreactuado muy propio del converso —apunté, malignamente—. Recuerde que muchos conversos judaizaban en secreto... Por otro lado, me escaman mucho los temas que escoge para sus libros. He estado leyendo su *Tiberio*, que es un estudio sobre el resentimiento; y me pregunto si no estará utilizando como excusa a este emperador romano para sugerir que nuestro glorioso Generalísimo obra movido por esa pasión. Ahora anda investigando sobre los «emigrados españoles» (así los llama él, al estilo gabacho, con clara intención solapada): que si Juan Luis Vives, que si Antonio Pérez... Me pregunto si su interés por estos personajes no encubre alguna aviesa solidaridad con los rojillos exiliados...

Lequerica, que apenas había fijado la vista en mí hasta ese momento, me escrutaba cauteloso. Soltó un bufido abrumado, antes de decirme con retintín:

—Es usted muy suspicaz, Navales. Y también un poco temerario. Imagine que llegase a oídos del doctor Marañón lo que piensa usted de él...

—Pues imagínese si llegasen a ciertas orejas castas las bromas que Su Excelencia ha hecho durante la entrevista —repliqué felinamente, antes de que pudiera respirar siquiera.

Lequerica volvió a escrutarme, ahora con algo de aprensión o reparo. Pero yo le sonreí tiernamente, para tranquilizarlo.

—Yo el consejo que le doy, Navales, es que para engatusar y corromper a los rojos (y también para enredar a los conversos, si usted lo considera preciso) vaya usted uno por uno. Que cada uno de ellos vea los ofrecimientos que usted le haga como privilegios exclusivos. Que piense que queremos distinguirlo específicamente a él, sólo a él. Así, excitará usted su vanidad y se ganará mejor su complicidad —dijo, probando que Maquiavelo no guardaba secretos para él—. Hágales usted sus propuestas por separado, en la mayor confidencialidad, con la petición de que le guarden el secreto. Se creerán de este modo elegidos entre mil y estarán a su merced.

—O sea, bizcochables —resumí, acogiéndome a su magisterio.

—Bizcochables y a punto de caramelo —clarineó, mientras se ponía por gaoneras el abrigo de fantasía—. Vamos ahora a por esas cocochas al pilpil, que tampoco quiero que a mi cocinera acabe dándole un telele, con tanto meneo de la cazuela.

VI

—La entrevista ha sido un éxito apoteósico, Fernandito —me consoló Urraca, zalamero—. Lequerica no ha parado de recibir parabienes durante varios días. En las altas esferas están encantadísimos con tu trabajo. Y en el *Arriba* quieren seguir contando con tu firma.

Pero ninguno de estos signos halagüeños podía consolarme de la puñalada trapera recibida el mismo día en que se publicaba mi entrevista a José Félix de Lequerica. La cadena de periódicos del Movimiento anunciaba que Luis Felipe Solms se incorporaba como corresponsal en París, «para enriquecer las informaciones que nos llegan desde la capital francesa, que ha pasado a serlo de la zona ocupada por la autoridad alemana». Sabía que el misacantano Solms llevaba algún tiempo intrigando por conseguir ese puesto, con la ayuda pertinaz como la carcoma de Velilla, su mentor, pero mi cambio de suerte de las últimas semanas me había obnubilado, haciéndome olvidar por completo que mis enemigos seguían, entretanto, dorando la píldora a sus valedores madrileños. Guardé un mutismo estentóreo, mientras Urraca se esforzaba en vano por consolarme; y en mi mutismo se revolvían, como un nido de áspides, una rabia viscosa y fría que me sabía a orines de sapo y un resentimiento incendiario, deseoso de derramarse por el ancho atlas. Por fin estallé:

—Déjate de mamarrachadas, Perico. El plan era publicar esa entrevista y que me nombraran a continuación corresponsal. El nombramiento de Solms me deja a dos velas.

—Salvo que mañana se lo carguen —insistía en su vano consuelo Urraca—. Puede que haga mal su trabajo, que sus crónicas sean una birria...

Le lancé una mirada carnívora, para que dejara de ensartar simplezas:

—Venga, Perico, no me trates como a un imbécil. Solms es un ablandabrevas, pero sabes tan bien como yo que el hijo de la grandísima Sión no va a desaprovechar la ocasión que se le ofrece,

como no la desaprovecharía yo en su lugar.

Por ablandabrevas que Solms fuera, la experiencia me demostraba que, en el reino de la cucaña, quien se hace con la piñata ya no la suelta, por mucho que lo froten con solimán y piedra azufre. La corresponsalía en París de la prensa del Movimiento era un puesto muy goloso que me habría permitido independizarme por completo de Velilla, o construirme una empalizada en la avenida Marceau, haciendo caso omiso de sus órdenes.

—Esperemos que le fallen las agarraderas… —masculló Urraca—. Pero ahora, por desgracia, hay una facción en auge dentro de la Falange que ha promocionado su candidatura…

—El nacionalseminarismo, los tengo fichados de sobra —dije, sarcástico.

—¿Cómo? —se sorprendió Urraca, que no parecía familiarizado con la acuñación de Ruanito—. Pero es una facción que podría desmoronarse en cualquier momento, y Solms se quedaría con el culo al aire. Entretanto, podrás seguir publicando entrevistas y reportajes en el *Arriba* que, además, nos pueden beneficiar en nuestro trabajo. Puedes hacer, por ejemplo, una serie dedicada a los escritores y artistas españoles residentes en París: esos rojillos, en cuanto se vieran ensalzados en el *Arriba*, se correrían de gusto. —Me zarandeó, como si quisiera infundirme ánimos o enseñarme a ligar el pilpil—. Y esta noche vas a conocer a gente de veras importante.

Urraca me había citado en un restaurante *montmartrois* a tiro de piedra del cabaré del Infierno (se le notaba la querencia por el hampa que merodeaba la plaza Pigalle), en la confluencia de las calles Lepic y Tholozè, llamado Chez Pomme, en honor a su dueña, una antigua cabaretera a quien todos llamaban la Pomme (aunque para entonces estuviese pocha y agusanada). Retirada ya de los cabarés donde se había hartado a enseñar sus muslos como delfines gemelos, hacía también de animadora de su restaurante; pero para entonces sus muslos parecían manatíes fofos, aunque a ella no le importase demasiado, porque se empeñaba en exhibirlos mientras se paseaba entre las escasas seis mesas que llenaban el restaurante, largo y estrecho como un pasillo, saludando a los clientes. La Pomme se maquillaba tanto para ocultar sus años de Matusalén, que parecía que se hubiese dado un revoque en el rostro.

—¿En serio? ¿Tan importante te parece el vejestorio de la

Pomme? —pregunté, con la acidez del fracasado—. ¿Más importante aún que la jamona que se sacaba las culebras del coño en el cabaré del Infierno?

—No te he traído aquí para conocer a la Pomme, listillo —se amoscó Urraca—. Pero deberías entender que en Francia no interesa la edad que tiene una mujer, ni siquiera la que representa, sino la que ejerce. Y una mujer que te enseña los muslos o te hace la danza de los siete velos ejerce de chavala y tiene, por lo tanto, todo el mundo por delante. En Francia, interesan los hombres con futuro y las mujeres con historia, Fernandito.

Y me miraba con esos ojos de piedra líquida que podían mineralizar a quien se le antojase, como los de la Gorgona.

—Tú sí que eres un hombre con futuro, Perico —lo lisonjeé—. Perdóname el berrinche, pero con el nombramiento de Solms he sufrido una decepción muy fuerte.

—Se te va a pasar la decepción por la vía rápida —dijo, y se levantó como un resorte—. Mira, por ahí vienen nuestros compañeros de mesa.

Aunque ambos vestían de paisano, con trajes muy atildadamente cruzados, se notaba a la legua que eran policías de incógnito. El primero, rubiasco y algo tirillas, tenía mirada de hurón, avezada en husmear estraperlos, lenocinios, contubernios y otras flores de cloaca; el segundo, alto y claro de tez, con sonrosaduras algo siniestras en buena parte del rostro, parecía más ducho en sonsacar y apretar las tuercas a quienes se resistieran a la mirada inquisitiva de su compañero.

—Te presento al capitán Ernst Alisch y al agente Radomir Smerka, de la policía alemana —dijo Urraca, con su sonrisa de hucha a punto de desbordarle la cara—. Rado, Ernst, os presento al amigo del que os hablé, Fernando Navales.

Ambos saludaron reverenciosos: el capitán Alisch con cierta cimbreante mundanidad —mustélido, al fin—; el agente Rado, con un envaramiento que pretendía ser de escuela prusiana pero delataba su condición advenediza. Ambos, cada uno a su manera, cultivaban esa amabilidad lánguida característica de los hombres peligrosos.

—Hemos leído su entrevista al embajador Lequerica. Excelente de principio a fin —dijo Alisch en un español ferruginoso y sin música.

—Pero seguro que don Fernando habló cosas con él todavía más

apasionantes que no quedaron registradas —añadió el agente Rado.

Y esbozó una sonrisa amable que se le volvía mueca dolorosa en la parte del rostro que tenía achicharrada. Me pareció que desde esta parte del rostro me miraba sin verme, desde la fijeza de un ojo de cristal. Alisch cruzó un gesto de entendimiento y resignación con Urraca.

—Por desgracia —dijo Alisch—, son tiempos en los que no se puede decir todo lo que uno piensa. La Nueva Europa que construimos nos demanda discreción. —Y, como si quisiera asegurarse de que mis posibles indiscreciones estuviesen más exhaustivamente vigiladas, me preguntó—: ¿Se ha afiliado ya a nuestro Sindicato de la Prensa Extranjera? Hemos abierto su sede en la Propagandastaffel, avenida de los Campos Elíseos, número 52.

Naturalmente, se trataba de una oficina creada para apacentar a los corresponsales extranjeros y someter a escrutinio censor todos sus textos. A ese escrutinio se añadía luego, en el caso español, la censura de la Delegación Nacional de Prensa, en la que yo había trabajado años atrás, en su fase embrionaria.

—Los afiliados disfrutarán de grandes ventajas —continuó Rado, mucho más suelto en español—. Podrán comprar alimentos en nuestros economatos, por ejemplo. Y la Propagandastaffel va a adjudicar a los periodistas de mayor confianza pisos y casas que han sido abandonados por sus dueños…

Se refería a inmuebles de judíos que no habían regresado del éxodo con freno y marcha atrás del mes de junio, más celosos de su vida que de sus propiedades, que los alemanes se disponían a confiscar. Aquel ofrecimiento resultaba, desde luego, muy tentador para alguien que vivía de alquiler en una buhardilla angosta y florecida de humedades como yo.

—Les agradezco muchísimo el ofrecimiento —dije, un poco cobista—. Y me honra todavía más que hayan dedicado su tiempo a leer mi entrevista al embajador Lequerica.

—¡Es parte de nuestro trabajo, carece de mérito! —se apresuró a aclarar el agente Smerka—. Como encargados de la Sección Española, tenemos que seguir al dedillo la prensa de Madrid. Yo soy el encargado de leerla cada día; al capitán Alisch sólo le paso las piezas más destacadas, como su entrevista a Lequerica.

Me exploraba con su ojo de cristal, que tenía irisaciones y

opalescencias hipnóticas. La Pomme se había acercado a nuestra mesa, con el consabido contoneo de manatí y los primeros botones de la blusa desabrochados, para que disfrutásemos de su canalillo disuasorio. Se encargó Urraca de hacer la comanda para los cuatro, comprobando que algunas viandas empezaban a escasear y sus precios se habían disparado. La Pomme, quejumbrosa, aseguraba que, pese a subir cada semana los precios del menú, no alcanzaba a cubrir gastos. «¡Y todo por culpa de un bigotito!», remató, con un retintín maligno, para incomodidad de Alisch y Rado. Se abrió un silencio rugoso.

—¿Así que son ustedes de la Gestapo? —pregunté, para romperlo.

Alisch y Rado se miraron, al principio consternados, después jocundos, estallando en una carcajada unísona, a la que también se sumó con su graznido Urraca.

—Nuestros amigos se ríen porque, cuando se presentan como policías, todo el mundo los identifica con la Gestapo —me aclaró Urraca—. Pero en Alemania, como en cualquier otro país, hay diversos cuerpos de policía.

Alisch y Smerka pertenecían al Sicherheitsdienst, conocido abreviadamente por las siglas SD, que era el servicio de inteligencia de las SS (dependiente, por lo tanto, del partido nazi), frente a la Gestapo, que era la policía secreta estatal (aunque, a la postre, también subordinada a las SS, que se estaban comiendo a bocados el Estado). Pero, aunque fuesen organizaciones hermanas, se profesaban una desconfianza mutua, con sus ribetes de ojeriza y animadversión, que sólo remitían cuando ambas organizaciones se aliaban contra la Abwehr, el servicio de inteligencia militar, que había logrado —hasta la fecha— zafarse del control de las SS. Pero, cuando no tenían que aliarse para zancadillear a la Abwehr, Gestapo y SD se entregaban gozosamente a sus rencillas intestinas: mientras los agentes del SD eran reclutados exclusivamente entre militantes de las SS, por lo común fanáticos y todavía jóvenes (tanto Alisch como Rado apenas frisaban la treintena), en la Gestapo subsistían, incrustados en sus estructuras añejas, muchos carcamales de otra época, funcionarios blindados de trienios y antiguos militantes de partidos demócratas que habría que ir jubilando o fumigando poco a poco o de golpe y porrazo, según conviniera a los intereses del Reich.

—Digamos que lo nuestro es más… vocacional —concluyó Rado, con su ironía algo siniestra, o tal vez la hiciese siniestra su piel rosácea

y como en ebullición, con protuberancias como burbujas—. Y, como somos más idealistas, aprovechan para pagarnos peor.

Tal vez fuesen las diferencias salariales, a la postre, las que explicaban la animosidad que ambos mostraban a la Gestapo y a sus agentes, a los que caracterizaban de flojos y desganados. Su división interna también se evidenciaba en las sedes respectivas: mientras la Gestapo ocupaba el antiguo emplazamiento de la Sûreté Nationale, en la calle de los Saucedales, el SD había instalado sus dependencias en la avenida Foch, en un señorial edificio de seis plantas, muy cerca de la Puerta Dauphine, lindante con el Bosque de Bolonia.

—Allí nos tiene a su disposición para lo que necesite —proseguía Smerka, mientras Alisch asentía mudo y comía a dos carrillos—. El capitán Alisch está al frente de la Sección Española, en las oficinas de la segunda planta. Yo hago más trabajo de campo, aunque también puede encontrarme en la planta tercera, donde tenemos las salas de interrogatorios; y a veces, incluso, en los altillos del edificio. —Ahora su sonrisa se había vuelto mueca toda entera, una mueca ominosa que se le quedó congelada en los labios—. Allí se encuentran los baños y... bueno, usted ya me entiende.

No lo entendía, a decir verdad (todavía, con las jornadas jubilosas de la victoria tan próximas, me costaba concebir las geografías del horror), pero fingí entenderlo, viendo que Urraca también curvaba la boca de hucha, imitando solidariamente la mueca de Smerka, por no quedar desplazado del círculo de entendimientos tácitos. Aunque procuraba emplear con mi plato el mismo denuedo que Alisch, lo cierto es que después de las cocochas de Lequerica todo se me antojaban comistrajos.

—Lo que me sorprende, señor Smerka —dije, recuperando la iniciativa—, es lo bien que habla usted español.

—Fui piloto en la guerra de España. Pero puede llamarme Rado, por favor.

—¿En la Legión Cóndor?

—No, en la aviación roja —respondió, antes de pasarse la servilleta por los labios, borrando su mueca sardónica—. Combatí con las Brigadas Internacionales. Cuando abatieron mi avión, me abrasaron esta parte de la cabeza. —Al pasarse la mano por el rostro, las protuberancias de su piel parecían burbujear—. Hasta tuvieron que hacerme alguna prótesis de platino para el cráneo. Terminé

entrevistando prisioneros… de la Legión Cóndor.

Ya no pude disimular mi estupefacción, que desató la hilaridad de Alisch y Urraca. Smerka —o Rado, como quería campechanamente que se le llamase— no era alemán, sino checo de Praga, de una familia comunista a machamartillo (un hermano suyo había llegado a suicidarse, cuando Alemania se anexionó los Sudetes), unos antecedentes no demasiado insólitos entre los elementos reclutados por la policía alemana, lo mismo por la Gestapo que por el SD. Rado, de hecho, había comenzado su andadura en la Gestapo, especializándose en interrogar a revoltosos y subversivos, para lo que enseguida demostró unas mañas fuera de lo común (aprendidas, en parte, mientras interrogaba a los prisioneros de la Legión Cóndor). También su aspecto intimidante lo ayudaba en esta labor, permitiéndole con frecuencia renunciar a la violencia, que era el recurso más socorrido entre sus compañeros; pues los presos, al reparar en las desfiguraciones de su rostro, se rilaban, dando por sentado que se disponía a desfigurar los suyos, aunque sólo fuera por sentirse más acompañado en su desgracia. Se notaba que Rado era hombre de tipo sádico, que disfrutaba sibaríticamente inspirando espanto, más incluso que infligiendo torturas. O quizá disfrutase de ambas cosas, cada una a su tiempo y en el orden preciso; pero no podía negarse que trataba de resolverlo todo de forma civilizada.

—Así que ya puede imaginar que conozco a los comunistas como si los hubiese parido —dijo, guiñando fantasmalmente su ojo de cristal —. Los veo venir a la legua. Conozco sus métodos de proselitismo, sus recursos de propaganda, sus lenguajes encriptados… todo, en fin. Como es un movimiento colectivista, el comunismo acaba moldeando hombres cortados por el mismo patrón, que actúan miméticamente, no importa de dónde sean.

—Rado abandonó a sus antiguos camaradas porque le gusta tener… ¿Cómo se dice? —intervino Alisch—. Personalidad propia. El nazismo fomenta la solidaridad humana, pero no reprime los rasgos distintivos del individuo, sino que los potencia.

Y Rado asentía, con fervor de converso, y su ojo de cristal —que era, a la postre, el que tenía auténtica expresión humana— se humedecía con la inminencia de las lágrimas. El capitán Alisch, después de las expansiones de Rado, se animó a contarme también su biografía, menos descollante que la del checo: vástago de una estirpe

hamburguesa de joyeros, había desarrollado desde joven curiosidad por el mundo del hampa, para conocer mejor los hábitos de peristas y ladrones de joyas y poder así combatir sus argucias y anticiparse a sus golpes. Captado por la policía, se había especializado en falsificación de divisas y documentos, en lo que Urraca era también autoridad reconocida; ambos habían participado en alguna misión conjunta durante los años de nuestra guerra —Urraca desde Burgos, Alisch desde Berlín—, y así su encuentro en París, con Alisch encargado de la vigilancia de los republicanos españoles y Urraca deseoso de hincarles el diente, había fructificado en amistad, seguramente interesada; pero la amistad entre espíritus puros sólo se da en ultratumba.

—Perico nos ha puesto al tanto de la misión que le ha asignado —reveló Rado—. Nosotros tenemos informes de casi todos los refugiados españoles. Los archivos de la policía francesa, que ahora se hallan en nuestro poder, son muy minuciosos. Y el SD tiene mil informantes que nos suministran nuevos datos y revelaciones sobre cualquier persona que juzgamos sospechosa. También esa información está a su disposición, si la necesita.

—Y, a la vez, lo animamos a que usted se convierta en nuestro informante —añadió Alisch, que ya rebañaba su plato, con esa voracidad concienzuda de los flacos—. Su amigo Perico ya lo es; bajo seudónimo, naturalmente, pues no queremos que esos informes, si caen en malas manos, delaten a nuestros colaboradores.

Urraca se reía con mucho alboroto, como sintiéndose invulnerable. La ranura de su boca se agrandaba hasta casi desquijararse:

—Yo firmo los informes como «Unamuno», que siempre me pareció un bocazas —confesó sin rebozo. Y añadió con guasa—: Tú podrías firmarlos como «Azorín», que, si no me equivoco, es un escritor que te repatea.

—En ese caso preferiría firmar «Solms» —zanjé la broma, antes de dirigirme a Alisch—: Pero, ¿de qué tendría que informarles? ¿De las reuniones que organizan los españoles? En ellas, básicamente, se dedican a despotricar contra Franco.

—Sus despotriques contra Franco no son de nuestro negociado —saltó enseguida Rado, más expeditivo que su superior—. Sobre esos asuntos debe usted entenderse con Perico. A nosotros nos interesa otro tipo de actividades: publicación de revistas subversivas, falsificación

de documentos y obras de arte, escarceos en el mercado negro… Los artistas, cuando pasan necesidad, recurren a todo tipo de trapicheos.

Convine que siempre que detectase este tipo de actividades entre los artistas españoles se lo haría saber, por escrito o verbalmente, a Rado. Y nada más convenirlo me marchitó el desaliento, al constatar que mi faceta de soplón era la que más interesaba a tirios y troyanos, por mucho que me engolosinasen con promociones y regalías o alabasen mis dotes literarias. También en las otras mesas del exiguo Chez Pomme estaban los comensales terminando de cenar; formaban un público más bien amorfo y mezclado de tenderos melancólicos, apaches de vieja escuela y aventureros de nueva hornada, deseosos de aprovechar el alza de los precios para enriquecerse. Entre tales gentes destacaba una pareja muy llamativamente descompensada, formada por un cuarentón muy pocho, de aspecto como de orate o *clochard*, pero de mirada penetrante y sulfúrea, y una muchacha casi adolescente, no demasiado guapa, pero de una sensualidad extraña y ardiente (que, sin embargo, no era carnal). Formaban un cuadro desconcertante, porque el cuarentón, mugriento de madrugadas o de madrugones, apenas hacía caso de la muchacha, que trataba de halagarlo con un tropel de palabras encendidas en las que se distinguía cierto deje gallego.

—¿No es ése el escritor Céline? —me preguntó Urraca, achinando los ojos, hasta convertirlos también en ranuras satélites de su boca.

Se trataba, en efecto, de Louis-Ferdinand Céline, el escritor de prosa convulsa que había ametrallado de epítetos infamantes a judíos y bolcheviques, zambulléndose en las letrinas del argot más chocarrero, en ese légamo de palabras sórdidas que los franceses llaman «lengua verde». Céline había recogido esas palabras de la calle y de la clínica para obreros de Clichy, donde operaba a deshoras, adentrándose con el bisturí en los infiernos gélidos de la degeneración física y el trastorno mental. Esta intimidad visceral con la humanidad del andrajo y de la tara había embadurnado su escritura de una agresividad (por lo demás, intraducible) que, en comparación, convertía a nuestros escritores tremendistas en la hermana San Sulpicio.

—¿Habéis leído sus *Bagatelles pour un massacre*? —lanzó Urraca a toda la mesa—. Nunca había leído tantas burradas juntas. Y eso que yo no soy sospechoso de filosemita…

—¿Quién no las ha leído todavía? Deben de andar ya en pliegos de cordel —exageré, pero tampoco demasiado, pues en efecto los panfletos de Céline circulaban por las vías más insospechadas, como si fueran estampas pornográficas—. Yo tampoco soy sospechoso de filosemita, pero me parecen un poco frenéticas esas bagatelas. Como escritas por un loco furioso.

Contrastaba, de hecho, su estilo arrogante, apopléjico de vigor, con el aspecto desastrado y enfermizo de su autor. Los panfletos de Céline eran diatribas sin diques ni filtros, una pura erupción de coprolalia en volandas de una escritura urgente y violentísima, pero de una violencia alegre como un organillo de Montmartre (Céline vivía en aquel barrio) que rezumaba por cada punto y por cada coma. Había algo jadeante en aquella escritura, algo muy sórdido y desquiciado, como si Céline se masturbara mientras escribía; y como si el ritmo cada vez más frenético de la masturbación se comunicase a su escritura, que finalmente estallaba en un orgasmo purulento que salpicaba cuanto pillaba a su paso, empezando por el lector, naturalmente. Yo, que siempre me había preciado de ser un canalla redomado en mis lecturas, llegué a desazonarme leyendo aquel cúmulo de podredumbre paroxística (y tampoco ayudaban las obsesiones sodomíticas y escatológicas del autor).

—A ver si ahora nos has salido un puritano, Fernandito —se cachondeó Urraca.

Rado salió al quite:

—Yo también leí las *Bagatelles*. No quiero dármelas de experto en literatura, pero a mí toda aquella vomitona de palabras me pareció un galimatías peor que la poesía de los surrealistas —dijo—. Y, en el fondo, nacido de la frustración del autor, al que parece que le habría gustado que los judíos le hubiesen explorado los esfínteres.

Alisch celebró el descarnado juicio de Rado con una risilla de comadreja. En realidad, los panfletos de Céline, denuestos aparte, eran una fiesta —un aquelarre, más bien— donde se despatarraba el lenguaje, hasta descoyuntarle los goznes, hasta ultrajarlo en sus normas más íntimas y básicas, hasta convertirlo en una piltrafa y en un tabernáculo, sin solución de continuidad. Tal vez mi rechazo a la escritura de Céline no fuese otra cosa sino odio al escritor superdotado, odio a su genialidad enferma, a sus desafueros de bestia herida y taciturna.

—Dejando aparte las consideraciones literarias —observé—, el problema de ese hombre es su obsesiva búsqueda de una soledad salvaje. No reconoce maestros, no quiere discípulos, no desea parecerse a nadie. Arremete inmisericordemente contra los judíos y los bolcheviques, denigra con las invectivas más acres la democracia; pero cuando Alemania triunfa sobre toda esa cochambre, en lugar de celebrarlo entusiasmado, adopta una posición distante y melancólica. De veras que no lo entiendo.

Alisch cabeceaba, aquiescente. Perezoso de expresar un pensamiento complejo en una lengua que no dominaba, prefirió comentarle algo a Rado, que fue quien nos tradujo:

—El capitán sostiene que Céline es víctima de la trampa que se empleaba antaño para cazar armiños. No desea manchar su blanco pelaje, no admite que le salpique el barro, así que se niega a pisar los charcos, incluso cuando se ve rodeado. El capitán Alisch considera que Céline acabará cayendo en una emboscada, si no acepta ensuciarse de barro, como hacemos nosotros.

Y, mientras hablaba, dirigía la mirada cinegética de su ojo de cristal hacia la mesa donde Céline permanecía hierático y altivo como un armiño, encastillado robinsonianamente en su isla, mientras la muchacha de acento gallego que lo acompañaba trataba en vano de alegrarle la velada. El capitán Alisch había fijado su atención en la acompañante, hastiado ya de dilucidar la personalidad esquizoide de Céline; y su perfil de cuchillo se iba afilando, sus ojillos de hurón se aguzaban como alfileres:

—¿Saben ustedes quién es la joven que se sienta con él? —preguntó—. No parece ser una cualquiera; y sospecho que podría tener ascendencia española.

Urraca se volvió sin disimulo, para tratar de identificarla; pero no figuraba en los archivos enciclopédicos de su memoria. Dejé que el misterio de la muchacha los envolviera y subyugara, como envolvía y subyugaba a todos los hombres (menos al arrogante Céline), desde su llegada a París. Tenía ese tipo de atractivo de la mujer que no es bella, un atractivo mucho más poderoso que la belleza, porque la belleza no lo distrae. Tenía ojos de gato, nariz de pato y una boca brusca y llena de risas; tenía el pelo partido en crenchas y recogido en la nuca, pero de repente se lo soltó, al sentirse escrutada desde nuestra mesa, para que nos golpease su brillo de azabache.

—Es María Casares, la hija de Santiago Casares Quiroga, el que era presidente del Consejo de Ministros en España, cuando estalló el Alzamiento —los informé—. El zoquete que dijo: «Si los militares se quieren levantar, yo me voy a acostar».

Urraca abrió los ojos hasta casi desorbitarlos, mientras su boca de hucha se apretaba y fruncía, retorciéndose de ansiedad:

—¿Y por qué no lo has dicho antes? ¿Esperabas a que se nos escapase, como se nos ha escapado el cabrón de su padre?

Casares Quiroga formaba parte, en efecto, de la pléyade o patulea de políticos republicanos que se habían escabullido, aprovechando las jornadas de confusión y desbandada que precedieron a la caída de Francia. Para entonces, según se rumoreaba, se había instalado cerca de Londres, en plena campiña, en una casa alquilada por Juan Negrín con el oro del Banco de España.

—¿Vas a hacerme a mí responsable de que Casares Quiroga haya tomado las de Villadiego, como tantos otros? —me chanceé—. De todas maneras, no era una pieza de caza mayor: su incompetencia en los días del Alzamiento lo había desacreditado entre los rojos de pedigrí. Es lo que tienen los gallegos, que se las dan de astutos porque no se sabe si suben o bajan las escaleras. Pero lo suyo no es astucia, es indecisión y falta de compromiso.

—Al menos tenemos a la hija —murmuró Urraca—. Podemos utilizarla como rehén o moneda de cambio, para cazar al padre.

Alisch seguía embebido en la contemplación de María Casares, con fervor lindante en el arrobo:

—Si esa joven no ha hecho nada malo, no veo que pueda utilizarse como moneda de cambio de nada —se permitió afirmar, con una pizquita de irritación—. Alemania no va a ser cómplice de semejante atropello.

Hablaba, desde luego, a título personal, porque la galleguiña lo había encalabrinado por completo, pero proyectaba sus sentimientos sobre Alemania, en una sinécdoque por completo ternurista; pues las guerras se libran, precisamente, para cometer atropellos. Observé detenidamente al capitán Alisch, que había jubilado la mirada de hurón, para sustituirla por otra de ternero enamorado.

—María Casares no ha hecho nada malo, desde luego —dije, para fortalecer a Alisch en su defensa de la galleguiña—. Ni siquiera ha cumplido dieciocho años. Y se gana la vida como actriz, de momento

con dificultades. Pero acabará triunfando, tiene mucho talento.

—Muchos talentos —precisó Alisch, embelesado—. Es una musa, una diosa del Olimpo.

Y era verdad que María Casares tenía algo de tanagra griega, un atractivo neto, sin merengosidades ni aderezos, sin más argumento que la calavera.

—Pues entonces la rapaciña entra dentro de tu jurisdicción —me dijo Urraca, resignado—. A ver si consigues que trabaje para nosotros.

—O para ellos —dije, escrutando al embelesado Alisch—. Alemania tiene más medios para conquistar a una actriz ansiosa de triunfo que nosotros.

Alisch esbozó una sonrisa de connivencia. Hacia las diez, en la sobremesa de los licores, Chez Pomme se convertía en un teatrillo *montmartrois*, donde era tradición que la dueña o algún comensal contase algún cuento de terror, escenificándolo con la suficiente truculencia como para asustar a la clientela. Aquella noche la narración del cuento corría a cargo de María Casares, que la cetácea Pomme presentó con mucho ringorrango y alharaca, como si estuviera más bien presentando un espectáculo circense. María Casares se levantó de la mesa donde había estado haciendo compañía o dorando la píldora al estafermo Céline y empezó a recorrer el local estrecho y largo de Chez Pomme, con pasos tímidos y aquietados que eran la antítesis de un espectáculo circense. Alisch la miraba caminar con unción religiosa, como si desease adorar aquellas pantorrillas recias y aldeanas, todavía no desvirtuadas por los zapatos de tacón.

—En una casa aislada en el campo —comenzó María Casares con una voz ensimismada—, en una noche tormentosa, una mujer pobre y paralítica da a su hijita, con la que vive en soledad, una escasa cantidad de dinero para ir a comprar a un pueblo lejano una libra de carne, haciéndole mil recomendaciones de prudencia, ya que la noche está a punto de caer, y confiándole para su defensa un cuchillo. María, que así se llama la niña —dijo, asumiendo tácitamente el protagonismo de la historia y mostrando a la concurrencia un cuchillo que había tomado de la mesa de Céline y que en sus manos parecía de plata—, llega a duras penas al pueblo, no sin caerse varias veces a lo largo del camino, empujada por el viento, resbalando en un charco, presa de las múltiples trampas de aquella hora siniestra entre dos luces. Pero al llegar al pueblo descubre con espanto que ha extraviado

el dinero. Desesperada, se da la vuelta, luchando contra la tormenta desencadenada que sacude las tinieblas…

María Casares había comenzado a representar la acción que describía en su cuento, con una mímica cimbreante que reproducía las dificultades de una niña desvalida para avanzar frente a un ventarrón y una cortina de lluvia. Y a medida que avanzaba la narración, María Casares dejaba que su francés se dulcificase de resonancias galaicas, provocando un raro contraste con la macabrería de la historia:

—De repente, a medio camino —prosiguió su escenificación con un sobresalto—, un relámpago ilumina la carretera que bordea el pequeño cementerio al pie de la colina. Se detiene, reflexiona, se asegura de que lleva el cuchillo y, sin dudarlo, avanza entre las tumbas, palpando sus formas hasta que encuentra una que guarda un cadáver enterrado aquel mismo día. —María Casares se había arrojado al suelo y pugnaba esforzadamente por apartar a puñados la tierra de una tumba imaginaria que, sin embargo, los comensales de Chez Pomme creían estar viendo, sugestionados—. La tierra está todavía blanda, recién removida, hecha barro por la lluvia. Ignorando en su impaciencia el agua, el viento, el rayo, los fuegos fatuos que bailan a su alrededor, María se afana con las manos primero, con el cuchillo después, hasta que acaba por conseguir lo que busca, una libra de carne de la corva del cadáver reciente.

Se oyó algún grito de horror o de pasmo en Chez Pomme, ante la expresión triunfante de María Casares, que parecía en verdad dispuesta a un festín necrófago, antes de proseguir:

—Entonces María regresa a su casa, envuelve corriendo el filete en un trozo de papel de estraza y lo entrega a su madre. Ambas cenan esa noche la carne del muerto y se van a dormir a sus camas gemelas; y apenas se han acostado cuando se oyen tres golpes siniestros en el portalón de entrada… —María Casares golpeó con los nudillos la mesa de los comensales más próximos, que retembló como si la hubiese golpeado un gigante, provocando un silencio sobrecogido entre la concurrencia. María Casares habló entonces con una voz cavernosa y ululante, en un español muy simple que toda la concurrencia espeluznada entendió a la perfección—: «¡Maríaaaa… Dame la pata que es mía!». Y María, aterrorizada, se pregunta: «¡Ay, mamaíta mía! ¿Quién será?». Y su mamá le dice: «Déjalo, hijita mía, que ya se irá». —Cambiaba el tono de la voz, según hablase uno u otro personaje,

hasta recuperar la voz lóbrega del cadáver que volvía a recuperar su libra de carne—: «No me voy, noooo… Que abriendo la puerta estoy».

Y cuando asumía la voz del cadáver, María Casares se abalanzaba sobre cualquiera de las mesas de Chez Pomme, para sobresaltar a los tenderos melancólicos, a los apaches de vieja escuela y los aventureros de nueva hornada que las ocupaban, mientras sus mujeres o queridas chillaban al borde del patatús.

—Entonces se oyó un ruido extraño, como los pasos de un cojo que subiese por la escalera —continuó María Casares, trasladándose a otra mesa—, y otra vez la voz retumbante: «Maríaaaa… Dame la pata, que es mía». Y María: «¡Ay, mamaíta mía! ¿Quién será?». Y su mamá: «Déjalo, hijita mía, que ya se irá». —Y volvía a hablar por la boca del cadáver, haciendo visajes cada vez más horrendos—: «No me voy, noooo… Que llegando a tu habitación estoy».

Se multiplicaban los grititos histéricos porque la Pomme había apagado repentinamente las luces del restaurante, y cuando por fin callaron los gritos sólo se oyó la respiración acezante y acongojada de María Casares, que se movía entre las mesas, levantando a su paso una brisa irreal que hacía estremecer a los comensales. Cuando volvió a hablar, en un hilo de voz trémulo, resultaba por completo imposible localizar dónde se hallaba, fundida con la oscuridad:

—«¡Ay, mamaíta mía! ¿Quién será?» —susurró, lagrimosa, y enseguida desentendida—: «Déjalo, hijita mía, que ya se irá».

Esta vez el silencio se prolongó indefinidamente, más inquietante y turbador. Y entonces sonó la voz atronadora del cadáver, justo un segundo antes de que la Pomme volviera a encender las luces del restaurante:

—«¡No me voy, noooo… Que agarrando tu pata estoy!».

Y, al encenderse las luces, vimos que María Casares, acurrucada junto a nuestra mesa, había lanzado su mano ágil, convertida casi en zarpa, sobre el muslo del capitán Alisch, que dio un respingo que lo hizo caer de la silla. Los comensales aplaudieron a rabiar y se rieron con ganas de la caída de Alisch, para descargar la tensión. María Casares, con su voz más dulce, agradeció al público la atención, inclinando la cabeza ante los aplausos y los vítores, y enseguida se preocupó de Alisch, a quien ayudó a levantarse:

—¿Me disculpará, señor? —preguntó, compungida y avergonzada —. No quise hacerle daño…

Pero Alisch, si se había hecho daño, lo agradecía fervientemente, y besaba las manos de María Casares, besaba eruditamente cada uno de sus dedos y aspiraba su fragancia, como si fuesen flores de azahar. María Casares confesó, deslizando sus ojos escrutadores sobre los cuatro:

—Antes, mientras conversaba con el señor Céline, los oí hablar en español y me entró la morriña.

Urraca se presentó como agregado de la embajada y presentó a Alisch y a Rado como mayoristas alemanes de bisutería y perlas artificiales que deseaban expandir su negocio a España. A mí no necesitó presentarme, pues en alguna ocasión había saludado a María Casares en los cafés de Montparnasse, donde recitaba poemas clásicos franceses o monólogos teatrales (y le habría hecho de buen grado una entrevista, si Velilla no me lo hubiese prohibido).

—¿Y con qué se hacen las perlas artificiales? —preguntó María Casares, que era inocente pero también inquisitiva.

—Con escamas de pescado —respondió Rado, muy convincente —. Pescado de mar, para aprovechar los relumbres de la sal.

—Pero usted merece perlas naturales, María. Collares y collares de perlas cultivadas que rindan pleitesía a su belleza —dijo Alisch, rescatando sus reservas de español añejo—. Usted, María, merece todas las perlas que se crían en los mares de Oriente.

Parecía náufrago en un arrobo que lo humanizaba y rejuvenecía, hasta hacerlo casi adolescente, como María Casares.

—Muchas gracias, señor Alisch —dijo ella, con una risa fresca que no era frescachona—. Pueden llamarme Vitoliña, que es como me llaman en casa. También me llamaba mi padre «Patito feo», pero es un mote que no siempre se entiende.

—Todos los que hemos leído el cuento de Andersen lo entendemos al instante —afirmó Alisch, haciéndole un sitio a su lado en la mesa—. Es usted un cisne esplendoroso, Vitoliña, un cisne que el mundo acabará reconociendo, como yo lo reconozco ahora.

María Casares se mordió el labio inferior, un poco consternada o con remordimientos:

—Pero para que eso ocurra tengo primero que perfeccionar mi francés. Si quiero triunfar en el teatro, no se me puede notar el acento gallego.

La mezcla de candor y tozudez acababa de rendir a Alisch; y

también a los demás, que sin embargo cedíamos la exclusiva del cortejo al capitán, para no contrariarlo.

—Su acento es delicioso —dijo Alisch—. No entiendo a qué tipo de...

—Mastuerzo —apunté yo, alcahueteando a favor del capitán.

—Eso, mastuerzo. No entiendo a qué tipo de mastuerzo puede molestarle su acento.

—Si no es que moleste, pero con el acento nunca me darían los papeles protagonistas a los que aspiro —aclaró María Casares, sin falsa modestia—. Quiero ser la primera actriz de Francia.

Lo había afirmado sin petulancia, con una risa estrepitosa que agrandaba todavía más su sensualidad ardiente. Urraca había pedido otro vaso para ella, que enseguida Alisch colmó de un vino impetuoso y púrpura como su pasión. Eran ya las once menos cuarto; y los clientes de Chez Pomme iban desfilando, con Céline a la cabeza, renqueante y cirrótico perdido, preocupados por alcanzar el último metro. La autoridad alemana había establecido el toque de queda («cubrefuego», lo llamaban los gabachos) a las once de la noche, por el momento de forma flexible; pero, aunque hubiese noctámbulos que disfrutaran todavía de media hora prohibida, o incluso se quedaran encerrados toda la noche en algún antro clandestino, los negocios tenían que bajar la persiana a las once en punto.

—Habrá que irse pitando —se resignó María Casares—. Tengo que tomar el metro para llegar a casa de mi madre. Y a ustedes les conviene marcharse también, no se vayan a perder en la ciudad a oscuras.

París, en efecto, se convertía cada noche en una ciudad sin luz, para desmentir el tópico. Pero había mil ojos acechando la noche, prestos a seguir los pasos de cualquier sospechoso.

—Yo preferiría verme perdido que dejarla a usted, Vitoliña —dijo Alisch, amartelado sin remedio—. ¿Qué se puede hacer a estas horas en París?

Urraca saltó como un resorte, nostálgico de las sanguijuelas y las babosas con aromas uterinos:

—Podríamos encerrarnos en el cabaré del Infierno, que está a tiro de piedra de aquí y es un lugar entrañable —dijo, mirándome irónico—. Podríamos disfrutar de sus atracciones hasta las cinco de la mañana, cuando se levanta el toque de queda.

—Meternos ahora en un cabaré me parece muy provinciano —se opuso María Casares, con su desarmante desenvoltura—. Además, en un cabaré no podríamos hablar, con el ruido de la música.

—Si es por hablar, yo puedo invitarla a mi apartamento con mucho gusto, Vitoliña —se lanzó Alisch—. Está cerca del Trocadero, en la calle del General Langlois. Podríamos tomar allí una copa, usted y yo solos.

La Pomme nos pidió, atribulada, que desalojásemos el restaurante, antes de que la policía viniese a multarla por infringir el toque de queda. Alisch rió a placer como si le hubiesen contado un chiste; y su dentadura volvía a ser de hurón o comadreja:

—Nos iremos de inmediato, señora Pomme —dijo, en un francés también ferruginoso, pero menos mellado que su español—. Pero le aseguro que la policía no le pondría una multa. Ni esta noche ni ninguna otra, mientras yo viva en París, que espero que sea por mucho tiempo.

Salimos celebrando la broma de Alisch a la noche, vacía y cruel como una cuaresma improvisada. En el cielo sin nubes las estrellas titilaban como escupitajos de Dios. Se acercó sigiloso el coche con chófer de Alisch, cuya chapa relumbraba obscenamente en la ciudad que se había quedado sin automóviles, por orden de la Kommandantur (todo el combustible tenía que dedicarse a la maquinaria de guerra).

—¿Se dignará acompañarme, Vitoliña? —imploró Alisch.

María Casares nos miró a los otros tres, tierna y deseable como una hogaza de pan recién sacada del horno. La picardía le asomaba en la punta de la lengua:

—¿Tendré que quedarme en su casa hasta las cinco? —preguntó, con un melindre cohibido.

—Podrá quedarse hasta que usted quiera —aseguró Alisch—. Mi coche estará disponible durante toda la noche, para devolverla con su madre cuando usted lo desee.

Aunque se esforzaba por resultar galante, apuntaba la comadreja entre dientes. María Casares frunció el ceño al comprobar que el chófer vestía uniforme policial, pero el frunce duró apenas una décima de segundo, borrado por su melena agreste:

—En ese caso, vamos a tomar esa copa.

Y palmeó el muslo de Alisch («¡Dame la pata, que es mía!») al entrar en el coche, mientras él le sostenía la portezuela, orgulloso de

su triunfo. Antes de que la cerrara, María Casares me miró con ojos intensos, lúbrica sin deseo, como una actriz muy metida en su papel, o como una mujer sabia y niña que suelta y recoge carrete, que se ofrece y se retrae entregada y ausente, según el viento de cada día, para obtener lo que desea. El coche se adentró en la noche, como un catafalco nupcial.

—Pobre capitán Alisch —dije a Rado y a Urraca, que los veían partir, envidiosos—. Vitoliña lo va a volver tarumba. Y no le va a dar ni una libra de carne.

VII

De Gregorio Marañón, aureolado de leyendas y hagiografía laica, se decía que todos los días se levantaba a las seis de la mañana, para acudir a los hospitales de París e interesarse tanto por la salud corporal de los enfermos como por su alegría de espíritu, que trataba de restaurar dándoles palique (pero esta precisión me hacía desconfiar de la leyenda, porque la conversación del doctor Marañón no era tan chispeante como para obrar este milagro). También se decía que estas visitas a los hospitales las hacía sin recibir dinero a cambio, como quien hace una obra de caridad (o tal vez fuese filantropía); y que los médicos franceses peregrinaban hasta su casa para pedirle consejo, a veces a horas intempestivas, hallando siempre una sonrisa acogedora y una respuesta humilde en el doctor Marañón, que así se ganaba el panteón de los hombres ilustres, que es el sucedáneo del cielo instaurado por la República. Pero también me constaba que Marañón acudía siempre a las cenas para chuparse los dedos que organizaba Lequerica en la embajada, que con los licores y los chistes del embajador se prolongaban hasta la madrugada (antes de que los alemanes instauraran el toque de queda, quiero decir), y también a otros banquetes de alto copete, o a conciliábulos intelectuales de diverso jaez (desde congresos científicos a tertulias de sabihondillos), así que no acababa de tragarme su hagiografía laica, o al menos no todas sus vicisitudes. Me había hecho a la idea —por pura corazonada o predisposición aviesa— de que Gregorio Marañón era un tartufo, que fingía cuando manifestaba su adhesión a Franco (para que le devolviera la cátedra de Endocrinología que le habían merendado, por su previa adhesión a la República), y que fingía también cuando se desvivía en mil caridades o filantropías (para ganarse la canonización laica). Tal vez todo fuesen paranoias mías, pero para salir de dudas pedí a Marañón una entrevista, aprovechando que en el *Arriba* me traían en palmitas (aunque no tanto como a Solms, que ya había empezado a publicar sus crónicas como corresponsal) y que tenía

reciente la lectura de su *Tiberio*. Le solicité cita a las nueve, para intentar pillarlo todavía desayunando y así desmontar la patraña de sus visitas mañaneras a los hospitales de París.

—Buenos días, venía a entrevistar al doctor Marañón —me presenté a la mujer que me abrió la puerta.

—Buenos días, caballero —me respondió ella—. Usted debe de ser don Fernando Navales, el periodista. Yo soy Lola Moya, la esposa del doctor Marañón. Adelante, le ruego que pase.

Marañón vivía, desde la primavera del 38, en la calle Georges Ville, a mitad de camino entre la Puerta Dauphine y el Arco del Triunfo, en un piso muy amplio y peripuesto, amurallado de libros desde el suelo hasta el techo, y con muchos tesoros discretos de anticuario, elegidos todos ellos con gusto y más dinero del que puede permitirse un exiliado del montón.

—Yo conocí a su padre de niño, doña Lola —dije, para ganarme su simpatía tartufescamente—. Don Miguel Moya acudía con cierta frecuencia a la tertulia que organizaba Carmen de Burgos, Colombine. A Carmen de Burgos mi familia le había alquilado el piso alto de nuestro caserón, en la calle Serrano —expliqué, para que entendiera que yo no era un gacetillero proveniente del arroyo—. Don Miguel Moya llegaba siempre tarde a las reuniones, porque tenía que dejar cerrada la edición de *El liberal*.

Doña Lola Moya me había llevado hasta el despacho de su marido, que presidía el retrato de un deán o canónigo pintado por El Greco, con ojos más desorbitados que el ojo de cristal de Rado y la calavera estrecha, a juego con la barbita puntiaguda, como de judío infiltrado en el cabildo catedralicio. Quizá Marañón fuese también un infiltrado en el cabildeo franquista que se fingía converso; y para tratar de disimularlo (o para hacerse perdonar su militancia liberal) tenía también en el despacho un retrato del Cura Merino, que por temperamento y significación podía considerarse un antípoda suyo.

—Pero eso que me cuenta debió de ser en tiempos de Maricastaña —dijo doña Lola Moya, haciéndose la jovencita—. Yo ni siquiera sabía que mi padre asistiese a tertulias literarias.

—Yo debía de tener diez u once años, así que usted andaría cerca de los veinte —precisé, implacable—. Lo recuerdo perfectamente porque, por aquellas fechas, su padre montó una campaña en *El liberal*, pidiendo la libertad de un bohemio llamado Gálvez que había

escarnecido a Alfonso XIII, acusándolo de padecer sífilis. Luego este bohemio se dedicó a *pasear* inocentes, durante la Cruzada. Es lo que tiene pecar de demasiado liberales. Pero, por lo demás, recuerdo que su padre era un tipo estupendo, con una barba espesa entre la que a veces le asomaban los fideos de la cena. ¡Qué tiempos aquellos! —Y pregunté con retintín, señalando los cuadros del despacho—: ¿Los heredó de su padre, que en paz descanse?

Doña Lola Moya me miraba con desconcierto y turbación, como si yo hubiese llegado a su casa con la misma intención con la que llegaban las brigadas del amanecer en el Madrid rojo. Era una cincuentona todavía terne, entre la perfecta casada de fray Luis y las pedagogas institucionistas que se iban a los cigarrales de Toledo a ponerse tibias de pichones y morapio bendecido por Giner de los Ríos.

—Se los regaló a mi marido el Marqués de la Vega-Inclán, que es gran amigo suyo —musitó.

—¡Otro ilustre liberal! —bromeé—. Así da gusto, doña Lola. Bueno, pues anúncieme a su marido.

—Todavía no ha regresado de su visita al hospital, pero debe de estar a punto de hacerlo —farfulló, cada vez más nerviosa—. ¿Quiere tomar algo, mientras lo espera?

Decliné la invitación, aunque ella todavía volvió al despacho, para poner un ramo de flores lozanas en un florero sobre el escritorio de su marido y vaciar un par de ceniceros de plata, rebosantes de colillas babadas y ceniza de murmuración. Supuse que el doctor Marañón se habría quedado de noche departiendo con algún colega o confidente. Pero, entonces, ¿cuándo dormía aquel hombre?

—¿Su marido no duerme nunca, doña Lola? —pregunté—. Es que no me explico de dónde saca tiempo para hacer tantas cosas…

Doña Lola Moya me miró escamona, después de los vapuleos que acababa de infligirle. Abrió la ventana del despacho, para que se ventilara de los humos y secreteos del conciliábulo nocturno. Sentí supersticiosamente que con esos secretos aventados se me escapaba alguna doblez o sinuosidad del laborioso doctor Marañón.

—Duerme las horas debidas —dijo ella, procurando no pisarme ningún callo—. Los días le cunden mucho, porque es muy disciplinado y constante. Despacito y buena letra es su lema. Y, por supuesto, yo le ayudo todo lo que puedo.

Me habían contado que doña Lola Moya andaba peregrinando

por todos los archivos de París, en busca de vestigios documentales de los personajes a quienes luego el doctor Marañón dedicaba sus biografías. Doña Lola Moya le hacía la criba al marido, le ponía el toro en suerte, para que después él se luciera, extrayendo el jugo a los hallazgos de la mujer, que sabía fijar en una prosa dilucidadora. En los libros de Marañón siempre me encontraba con esas apreciaciones que habría querido hacer yo, plasmadas en el papel con la sucinta concreción de una receta. No hace falta decir que esta perspicacia de Marañón lastimaba mi vanidad; y quizá por ello le tuviese más tirria. Doña Lola Moya me había dejado definitivamente solo en el despacho, en cuyas paredes, junto a los retratos del Cura Merino y el canónigo o deán pintado por El Greco, se alineaba una cantidad mareante de títulos y diplomas, algunos de gran importancia académica y otros en cambio con menos valor que una etiqueta de Anís del Mono. Pero en muchos hombres ilustres, como en la urraca, se da esta manía de acaparar baratijas en el nido.

—Perdone que le haya hecho esperar, Navales —se excusó el doctor Marañón, entrando en tromba en el despacho—. Espero que con Lola todo marchase sobre ruedas.

Se le notaba entre receloso y alarmado, después de que su mujer se hubiese quejado de mis insolencias; pero bastó que yo esbozase un gesto bobalicón de extrañeza para que se apaciguara. Era un cincuentón fornido y viril, con una prestancia que la mayor parte de los hombres pierden antes de llegar a los cuarenta, sin barriga ni papada, con un perfil aquilino y embestidor que transmitía seguridad. Sin embargo, Marañón era hombre más bien tímido; y esa especie de timidez segura, en combinación con su personalidad física atrayente, daba confianza y a la vez no la permitía.

—He tenido que esperar muy poco, don Gregorio —dije, fingiendo una risueña conformidad—. A su admirable esposa le conté alguna anécdota sobre su ilustre progenitor, a quien conocí siendo niño, y tal vez la ofendiese mi desenfado. Les presento a ambos mis excusas.

—Nada, nada, no se preocupe —resolvió Marañón, echando pelillos a la mar—. Veo que ha prosperado usted mucho, Navales. En varias cenas a las que he asistido últimamente se ha comentado su espléndida entrevista al embajador Lequerica. ¿Y qué tal marchan las cosas en la avenida Marceau?

—Marchan renqueantes, don Gregorio. Pero desde ahora voy a meter yo mano ahí también, para que marchen pistonudamente. —Y adopté un tono menos lacayuno, más perentorio—: Una nueva era se ha iniciado, con el triunfo alemán.

Marañón vestía terno, como la generación de la antigua era, pero lo hacía con una elegancia casi adusta, con una sobriedad en la que parecían resbalar mis insidias. Así que, para empezar la entrevista, lo adulé inmoderadamente, alabando su *Tiberio* como si fuese la obra del siglo; y sin aludir demasiado a los dos asuntos medulares del libro que más me habían molestado: su teoría del resentimiento (porque me sentía aludido) y sus reflexiones sobre el dolor de la expatriación (porque me parecía que trataban de inspirar simpatía hacia los rojos exiliados, pero sobre todo hacia los liberales modositos como él).

—Pero a mí lo que me maravilla es su capacidad de trabajo, don Gregorio. ¿Es verdad que extravió el *Tiberio* en un taxi y tuvo que volverlo a escribir?

—Así fue, en efecto —dijo, sonrojándose tal vez por coquetería de tímido que se gusta en su timidez—. No se me puede llamar «sabio despistado» porque mi sabiduría brilla por su ausencia. Pero a despistado no hay quien me gane. Extravié el manuscrito y tuve que rehacerlo en apenas tres meses. Pero tenía la escritura muy reciente, y además había tomado muchas notas y apuntes, así que tampoco fue tan heroico volver a escribirlo.

—¿Y qué suscitó primero su interés: el personaje de Tiberio o la pasión del resentimiento? —pregunté, encarrilando a Marañón hacia donde me interesaba.

—¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? —se preguntó a su vez, retóricamente, Marañón—. La verdad es que, si hay un hombre cuya vida sea ejemplo de alternativas y de cambios en la conciencia, ese hombre es el emperador Tiberio. Un hombre así es una atracción irresistible para el investigador. Y, además, Tiberio fue un hombre de vida casi exclusivamente interior, en quien las agresiones ambientales fueron produciendo una fermentación anímica perversa. Así nació su resentimiento, que estalló en formas arbitrarias de la conducta.

También dentro de mí se había producido esa fermentación anímica de la que hablaba Marañón, pero me había propuesto que sus purulencias no estallasen. El resentimiento también puede ser una llama cautelosa que arde en secreto, como una lámpara votiva, en

honor de un santo descatalogado a quien nadie reza. Pero yo rezaba a ese santo sigilosamente, con toda la mala baba y el despecho acumulado durante más de treinta años. Y lo hacía sin ser notado, salvo por Marañón, que era muy cuco:

—Pero veo que usted también está interesado por el resentimiento, Navales —observó, cuando ya llevábamos un rato largo diseccionando esta pasión—. ¿Es el suyo un interés literario?

—Más bien intelectual —lo corregí, para que no me tomase por un diletante—. Me interesa sobremanera el resentimiento como motor de las ideologías modernas, concretamente como motor del liberalismo. —Marañón se sobresaltó un poco, consciente de que se había acabado el floreo y la entrevista se adentraba en territorios más peligrosos—. Los liberales odian saber que han sido unos privilegiados, que han crecido en las mejores familias y que han disfrutado de las ventajas de una vida regalada; y no soportan que nadie se lo recuerde. Entonces acaban desarrollando resentimiento hacia quienes pueden recordárselo, principalmente hacia los curas que conocen el origen *non sancto* de sus riquezas y encima se las bendicen, los muy gilís, y también hacia los carcas de procedencia popular. Y, a la vez, desarrollan simpatías hacia los rojos, porque les permiten posar de moderados y equidistantes entre ellos y los carcas. ¿No le parece?

La timidez de Marañón había perdido su seguridad, intimidada por el retrato que había esbozado en un periquete de gentes como él u Ortega, más de derechas que el caballo de don Pelayo, pero siempre exagerando la notita laicista, la notita europeísta, la notita agnóstica y pitiminí, para hacerse perdonar por los rojos.

—Yo nunca he mostrado resentimiento... —balbució.

—No me refería a usted, don Gregorio, líbreme Dios —mentí, pero la hipocresía se me derramaba por las comisuras de los labios, como babilla ávida de morder—. Este resentimiento liberal ya asomó en nuestra Semana Trágica, donde se quemaron tantos conventos y murió tanta gente. Pero lo grave no fue la mortandad y los destrozos de aquellas jornadas, sino que los liberales ampararan la causa de los violentos, para no quedar alineados con los carcas. Y lo mismo hicieron luego, cuando la República se estrenó quemando también conventos y expulsando a los jesuitas y puteando a las gentes de derechas que de buena fe acataron el régimen. Y todo lo hicieron los liberales por resentimiento, porque no soportaban que los metieran en

el mismo saco que a los carcas; y para seguir chupando del bote republicano, como antes habían chupado con los borbones, que ampararon los latrocinios liberales, llevándose tajada, por supuesto.

Me había excitado mientras soltaba esta larga diatriba, que Marañón escuchaba cada vez más atribulado, encogiéndose en la butaca y jugueteando con el cenicero aliviado de colillas que reposaba en el brazo del sofá. Su voz tenía una nota contrita y de ultratumba, como si hablara ante el tribunal divino:

—Creo que carga usted demasiado las tintas, Navales. Yo fui de los pocos entre las filas liberales que denunció la quema de conventos del año 31… —comenzó, implorante.

—Bueno, usted y Ortega lo que hicieron fue comparar el «fetichismo primitivo» de los que habían quemado «cosas materiales» con el de los que las adoraban —lo corté, implacable—. Siempre la puñeterita equidistancia, don Gregorio. Pero ni una palabra de apoyo a las órdenes religiosas que sufrieron el ataque, sino todo lo contrario. ¿No recuerda que, en su escrito, refiriéndose a las órdenes religiosas, denunciaban que «esas gentes» habían causado «durante centurias daños enormes a la nación española»? Pues se lo recuerdo yo, que tengo memoria de elefante. Y se congratulaban de que la República las hubiese despojado de su «fuerza nociva» y «extirpado sus privilegios». Por no hablar de que en el mismo manifiesto celebraban la «prontitud, espontaneidad y decisión» con que la chusma había reaccionado ante la provocación de unos «caballeritos monárquicos» que tuvieron la ocurrencia de hacer sonar la *Marcha real* en un gramófono, para que se oyese en la calle de Alcalá… —Imposté la voz, afectando escándalo —. ¡Menudo delito tan tremendo el de esos caballeritos!

—Fue una provocación innecesaria —musitó Marañón, hundido en el sofá, casi perdido entre sus cojines.

—Pues resulta que yo fui el provocador, don Gregorio —me relamí, complacido—. Yo fui el caballerito que aquella tarde, en el Centro Monárquico, puso un disco con la *Marcha real* en el gramófono, para joder a la chusma que venía de escuchar un concierto de la banda municipal en el Retiro. Que eso era la República, don Gregorio, una banda municipal tocando en un templete, para que no se oyera el llanto de la gente asesinada y quemada viva, mientras ustedes hacían el paripé finolis y sacaban musculito demócrata —me enardecí hasta empezar a acezar—. Yo hice sonar la *Marcha real* que, en último

término, provocó la quema de conventos, don Gregorio; tenía muchas ganas de decírselo. Pero conste que yo no era ningún «caballerito monárquico». Yo era un soldado de José Antonio y lo sigo siendo, nueve años después. Entonces ya presentía el amanecer en el interior de las entrañas, como nos dejó dicho el Ausente; hoy ese amanecer se ha hecho mediodía radiante. ¡Arriba España!

Hice un saludo romano muy aspaventero, para acojonar a Marañón, al que le costó levantarse del sofá y sostenerse en pie para imitarme, con más canguelo que desgana. Había logrado derruir su seguridad de hombre tímido pero viril:

—Le pido perdón muy sinceramente —dijo, agachando la cabeza, como si esperase mi absolución—. Estaba por entonces muy cegado en mi defensa de la República.

En lugar de la absolución le di unas palmaditas condescendientes:

—Nada, don Gregorio, pecadillos de juventud. ¡Yo también puse el volumen del gramófono un poco alto! —bromeé jovial—. Tuve que escapar por los tejados, para que no me linchase la chusma.

Y, entre la chusma, el bohemio Gálvez, embarullado de greñas y de harapos, sediento de vino y de sangre, que allanó el Centro Monárquico a la cabeza de un grupo de desharrapados, mientras yo me escaqueaba por una ventana del patio trasero y me deslizaba por un canalón, para alejarme por la ciudad que olía a monja chamuscada. Cerré los ojos, para que aquella turbamulta de recuerdos se desvaneciese. También sonaba desvanecida la voz de Marañón:

—Los liberales no queríamos bajarnos de la burra —murmuró contrito—. Queríamos disfrutar del aplauso y el ensalzamiento que nos procuraba el apoyo a la República. Y despachábamos con un desprecio suicida a quienes nos señalaban los desórdenes continuos, la persecución religiosa, las huelgas inmotivadas... Negarlo sería faltar absurdamente a una verdad evidente. Los liberales éramos unos petulantes que sólo condenábamos el antiliberalismo negro de los clericales, pero no el antiliberalismo rojo. *Mea culpa, mea maxima culpa*.

Y se pegaba golpes en el pecho, donde guardaba el secreto blindado de su verdad humana, que recurría a los signos penitentes para salvar el pellejo.

—No lo condenaban porque el comunismo lo trajeron ustedes, los liberales —le dije, con tranquilo furor—. Sus padres y abuelos

acapararon las tierras que habían robado a los curas, cuando la desamortización, y mandaron a los pobres que las cultivaban a sus casas, a roerse los codos. Ustedes levantaron, en honor a su ideología rapaz, una montaña de pecados contra el pobre, de pecados contra el débil; de esos pecados, don Gregorio, que según el catecismo claman al cielo. Y esa mole de pecados se tuvo que lavar en sangre, inevitablemente. Ustedes crearon a los comunistas, don Gregorio.

Marañón había empezado a llorar sin un sollozo, como si se desangrara muy lentamente de una sangre muy delgada que se le despeñaba por las mejillas, por la barbilla, por el pescuezo, hasta ablandarle el almidón de los cuellos de la camisa.

—No habría podido triunfar el comunismo sin nuestra ayuda —asintió, afónico—. Tiene usted razón, Navales. Así se produjo la paradoja de que quienes supuestamente representábamos el sentido humanista de la civilización acabáramos transigiendo con los idearios políticos más antihumanistas...

—Déjese de monsergas, don Gregorio —lo apuntillé—. Ustedes no representaban el sentido humanista de la civilización ni parecidas zarandajas; ustedes representaban la posición de dominio, el estar en el machito, el codearse con los poderosos y pavonearse soltando cursilerías eufónicas, para deslumbrar a las ricachonas con furor uterino, como hacía el presumido de Ortega. Y, como tenían a los rojos por bestias analfabetas, pensaron que los podrían domesticar y llevar hasta su redil, pasándoles la mano por el lomo y repartiéndoles alguna migaja del festín que ustedes se guisaban y se comían, al mejor estilo de Juan Palomo. Pero los rojos les salieron ranas; se les subieron a las barbas y empezaron las lamentaciones del «no es esto, no es esto».

—Estábamos ciegos —continuó Marañón su descargo de conciencia, derramándose de lágrimas—. No fuimos capaces de distinguir el despotismo teñido de rojo, acostumbrados a combatir el despotismo monárquico. Y teníamos miedo de no parecer suficientemente liberales, para lo que nos desmarcábamos de cualquier propuesta que nos oliese a sacristía.

—Es que tenían el olfato muy desarrollado, don Gregorio —lo reconvine, zumbón—. Lo mismo para olfatear la guita que repartía la República que para desmarcarse de las derechas y de los curas.

—Los comunistas supieron explotar con inmensa habilidad

nuestro pecado —zanjó Marañón, abrumado—. Los liberales vendimos nuestra alma al diablo. Pero nuestro castigo ha sido proporcionado a nuestro error. El liberalismo, como fuerza política, ha muerto para las nuevas generaciones. Y quienes profesamos aquellas ideas nefastas penamos nuestras culpas lejos de la amada patria.

Pero las penas con Grecos en las paredes son menos, pensé. Aunque Marañón no podía mostrarse más arrepentido, yo seguía creyendo que era el suyo el arrepentimiento del tartufo que sólo aspira a seguir chupando del bote.

—Ahora sólo falta que haga penitencia pública, don Gregorio —dije, melifluo—. Debe renegar ante toda España de su pasado, para que no queden dudas de su conversión.

Me miró taimado, entre la riada del lloriqueo:

—¿No irá a recoger todo esto que hemos hablado en la entrevista, verdad?

—Sería del género tonto, porque me lo tacharían en censura… —me reí, un poco desalmado, antes de volver a adularlo—: Yo aquí he venido a rehabilitarlo ante los lectores del *Arriba* y, por extensión, ante España entera, don Gregorio. No voy a transcribir lo que hemos hablado hasta ahora; pero le pido que abjure del liberalismo.

Y saqué la libreta y la pluma, para que no quedasen dudas de que me disponía a reproducir literalmente sus declaraciones. Marañón carraspeó y puso voz de busto, muy engolada y museística:

—Juro que el liberalismo ha hecho crisis en mi conciencia. Liberal, como gesto humano, sí; pero como pensamiento político o actitud social que huela, ni remotamente, a la desdichada farsa democrática, no, no y no. Los años que Dios me conceda los he de emplear en mis libros y en mis estudios; pero no serán suficientes para denunciar la terrible mentira en la que un día creí.

Buscó trémulo mi aprobación, como el niño que suelta de memoria una lección, para hacerse olvidar alguna travesura pretérita. Me gustaba verlo humillado por rehabilitar su prestigio, por recuperar su cátedra, por volver a la patria añorada que todavía no le abría sus puertas.

—Ahora ya sólo le falta mirar con mejores ojos el fascismo, don Gregorio… —lo tenté.

Y lo hice con tino, porque entró al trapo:

—Ya en su día afirmé que habría dado con gusto mi sangre para

que el fascismo triunfara en España, habiendo visto las cosas que vi en el Madrid rojo, antes de partir para el exilio. Y ahora acabo de presenciar la ruina a la que ha conducido a Francia el parlamentarismo ineficaz. ¿Cómo no voy a mirar el fascismo con buenos ojos?

Sonreí beatífico, como un obispo que digiere el cordero pascual. Seguía tomando notas en la libreta como un descosido, para que Marañón se esforzara en las respuestas:

—¿Y en qué anda ahora trabajando, don Gregorio?

—Quiero escribir una *Historia de los emigrados españoles en Francia*, nada menos —respondió, disfrazando de modestia el colosalismo de la empresa—. Empezaré con Vives, con Servet, con Antonio Pérez; y el núcleo de la obra lo formarán los emigrados del pasado siglo: absolutistas y liberales, militares sublevados, reyes destronados y presidentes exiliados, incluso los que se apartaron de España por razones no políticas, sino sentimentales, como Ganivet. En los archivos de París hay un copioso material que estoy desbrozando…

—¡Se lo desbroza doña Lola, no me sea pillín! —lo puse en evidencia con un pellizquito de monja—. ¡A ver si luego resulta que es usted como aquel otro Gregorio, Martínez Sierra, que utilizaba a su mujer de negra! —Mi bromita lo amustió por completo, cuando ya había empezado a recuperarse del sofocón—. Pero, dígame, ¿en esa *Historia* aparecerán también los… emigrados de esta hora, los que abandonaron España tras la Cruzada?

Marañón se pensó mucho la respuesta, consciente de lo que se jugaba:

—Yo creo que esos españoles expatriados también deben ser mencionados. Una parte del alma de España está en París, suspirando por volver. No me refiero, por supuesto, a los criminales que participaron en las horrendas violencias del Frente Popular, sino a multitud de gentes que aman sinceramente España y suspiran por un gesto generoso del Gobierno actual.

Era farfolla liberal, muy hábilmente disfrazada de invocaciones a la piedad cristiana. Pero la piedad cristiana, como nos enseña Nietzsche, rebaja las fuerzas vitales del hombre, lo achica y reblandece, hasta convertirlo en un gurruño miserable. La invocación a la piedad era la nueva táctica que se disponían a utilizar los liberales encubiertos y los criptomasones, para minar los cimientos de la Nueva

Europa. Había que desenmascararlos, como yo me había propuesto desenmascarar al tartufo Marañón.

—Esta entrevista va a darle muchos puntos ante el Generalísimo, don Gregorio —le anuncié, lisonjero—. Y, en general, ante los círculos donde tiene que tomarse la decisión de permitir o prohibir su regreso...

—Bien lo sé —dijo Marañón, con un rictus mohíno—. Espero que sea benigno conmigo.

—¿Cómo no habría de serlo, si es usted un santo? —me cachondeé, para enseguida amonestarlo venialmente—: Pero tiene usted que mostrarse más colaborador con la Falange.

Iba a decirle, para ahondar la humillación, más «mollar», pero me acordé de la cocinera de Lequerica, mientras ligaba el pilpil, y deseché el epíteto. Marañón se parapetó en la descendencia:

—Tengo a mi hijo en Madrid, que combatió como alférez provisional en el bando nacional, implicadísimo en las actividades de la Falange —dijo.

—Ya. Pero, del mismo modo que los hijos no heredan los pecados de los padres, los padres no pueden servirse de las virtudes de los hijos para lavar sus pecados —le objeté jesuíticamente—. Lo que haga su hijo corre de su cuenta; usted tiene que responder por sí mismo.

—El señor embajador podrá informarle de...

—El señor embajador ya me ha informado, don Gregorio —lo corté—. Asiste usted a las celebraciones religiosas, para hacerse perdonar sus desdenes del pasado hacia los «fetichismos primitivos» de la fe católica; y, por supuesto, asiste también a los banquetes que organiza el señor embajador, que son para chuparse los dedos. Pero hay que mojarse más, don Gregorio, hay que mojarse... y también que mancharse. A sus hijas tiene que decirles que participen en las actividades benéficas de la avenida Marceau. Y a su mujer, en lugar de tenerla todo el santo día en los archivos, para aprovecharse de sus hallazgos, debería pedirle que nos ayude a ordenar y catalogar nuestra biblioteca. Y usted, don Gregorio, debería honrarnos más con su presencia; debería tal vez pronunciar alguna conferencia de esas tan estupendas que usted aliña, en sus giras triunfales por América, pero en la que, en vez de hacer un cántico a la tolerancia y a la reconciliación, mostrara su adhesión a los principios del Movimiento. ¿Qué le parece, don Gregorio?

Le dirigí una sonrisita displicente, como hecha al desgaire. A Marañón le brillaban los ojos con algo parecido a la ira; pero supo reprimirse, porque también la tartufería es cautelosa, como el resentimiento. No consiguió, en cambio, disimular el temblor de la voz:

—Cuente con ello, Navales.

VIII

Si la entrevista con Lequerica había sido la comidilla de los cenáculos políticos, la que publiqué con Gregorio Marañón causó sensación (y desaliento) entre la colonia de los exiliados de París, que siempre había considerado al autor del *Tiberio* un «compañero de viaje», por más que renegase de las violencias y extremismos en que había desembocado la República. Pero, abjurando del liberalismo, Marañón había chafado por completo las esperanzas de los rojillos que antaño lo habían aplaudido y todavía se empeñaban en considerarlo uno de los suyos, más o menos camuflado de circunspección o ladinamente acogido a la disciplina del arcano. La entrevista, desde luego, había desmoralizado a los miembros más recalcitrantes de la colonia; pero otros más dubitativos o remolones empezaron a considerar la conveniencia de entonar la palinodia, o siquiera de jugar con dos barajas, y me rondaban en los cafés de Montparnasse, o se hacían los encontradizos conmigo, con el deseo de que también los entrevistase a ellos, o siquiera de granjearse mi confianza; pues comenzaban a percibirme como hombre de cierto ascendiente e influencia. Entre quienes así actuaban, moviéndose entre dos aguas pero sin acabar de mojarse en ninguna, se contaba el escultor Mateo Hernández, un bejarano agreste y achaparrado, entre aldeano y sansón de circo, que acudía de vez en cuando a La Coupole caminando desde Meudon, en la periferia parisina, donde tenía su residencia.

—¡Pero si aquí tenemos a Navales! —me saludaba a gritos, embistiéndome casi.

Feroz y simpaticote, Mateo Hernández era uno de los artistas españoles que más tiempo llevaba viviendo en París y alrededores (quizá sólo lo precediera Picasso); y para entonces se había quedado medio ciego, heridos sus ojos por las esquirlas y las centellas de las piedras que tallaba, y también medio sordo, aturdidos los tímpanos por el incesante estruendo de los martillazos sobre el cincel. El constante acarreo de los bloques de piedra lo obligaba a enfajarse el

vientre y aun así le sobresalían unas hernias del tamaño de berenjenas que de vez en cuando se acariciaba, como si fuesen los mofletes de un bebé. En aquel momento, Mateo Hernández era considerado el más descollante escultor español; y también el más conspicuo «animalista», pues se dedicaba sobre todo a esculpir bestias, lo mismo domésticas que salvajes, de las que tenía una nutrida representación, a modo de zoológico, en el jardín de su casa, donde ramoneaban y tarascaban por libre.

—Coño, Mateo, qué bueno verte —lo saludé con sincera alegría —. ¿Qué te trae por aquí?

Me mostró media docena de pollos desplumados que llevaba agarrados por el pescuezo, un poco palúdicos y de patas reptilianas. Por entonces, aunque todavía no habían llegado las restricciones severas, los pollos ya costaban una fortuna; pero en los mentideros de Montparnasse se decía que Mateo Hernández guardaba mucho dinero en algún escondrijo de su casa de Meudon, tal vez en lingotes de oro, pues había vendido —a su pesar— muchas obras en el extranjero, a precios elevadísimos.

—Vine a comprar comida para mis modelos —me dijo, tierno y brutote—. Ya me han contado que ahora estás en el candelero, haciendo interviús a porrillo.

Seguía diciendo «interviú», según la moda de antes de la guerra, como seguía habitando su mundo labriego, incontaminado por el ambiente parisino. Mateo Hernández llegaba de Meudon con el barro de los caminos festoneando sus botas camperas y con los dobladillos de los pantalones de pana salpicados de cazcarrias. Se quitó, antes de sentarse en mi velador, el sombrero chambergo también desfasado, lleno de goteras y con el ala desportillada. Mateo Hernández tenía una calva lironda, muy socarrada y brillante, como caoba encerada; y para compensar se dejaba crecer unas patillas peludísimas.

—Tampoco tanto, Mateo, no te creas —me resté importancia—. Me tenían desaprovechado en la avenida Marceau y me llamaron de Madrid, pidiéndome que entrevistase a las principales personalidades españolas en París; entre las que te cuento, desde luego. Cuando vuelvas por aquí podríamos quedar para charlar un rato.

Había descargado los pollos sobre el velador de mármol, que adquirió de súbito una temperatura gélida de morgue. Los camareros nos miraban espantados, pensando que éramos por lo menos

bandoleros de Sierra Morena, dispuestos a destriparlos.

—¡Anda la leche! ¿Y por qué no te vienes tú a mi casa de Meudon un día de estos? —me propuso, dispuesto a agarrar del pescuezo la entrevista prometida—. Me interviubas por la mañana y luego te quedas a comer conmigo un calderillo bejarano que voy a mandar hacer, con un morcillo que parece manteca, para celebrar que por fin termino la escultura de una bañista que me está quedando de miedo. A la comida vendrá también desde Chartres la modelo que está posando para mí.

Me sorprendió que Mateo Hernández hubiese abandonado la escultura animalista, que tantas satisfacciones le había dado, sobre todo porque los animales no se quejaban ni le pedían un estipendio por posar. Le hinqué el codo en la barriga, cuidando de no rozarle los bultos de las hernias:

—Menudo pájaro estás hecho, Mateo. Seguro que haces posar a esa modelo en porreta.

—¿A qué ton? —se sorprendió—. Siendo una bañista, posa con bañador; si fuera una nudista posaría en porreta... —me dijo con aplastante lógica cazurra, antes de hincarme también él su codo y esbozar una sonrisa picarona—: Pero como tiene el bañador mojado y muy pegado a la piel, se le marcan las teticas que es un primor, y también la ranura de abajo. ¡No veas lo que cuesta tallar esas minucias en la piedra, y hacerlo de tal modo que quede realista!

Lo decía sin regodeo lúbrico, ufano de su virtuosismo en la talla. Trabajaba con las piedras más duras e impracticables, que adquiría en bloques colosales (o, si no tenía dinero, los robaba de las obras), pues le gustaba que sus esculturas tuviesen tamaño natural: el granito negro de Bélgica, el mármol rosa de Portugal, el coral de Finlandia, el basalto, el pórfido, la diorita. Aquella escultura de la bañista con el bañador adherido a la piel la estaba tallando en granito rosa de Egipto, el mismo que engalana el mausoleo de Napoleón. Trabajar estas piedras al natural y sin tomar medidas, como lo hacía Mateo Hernández, exigía unas condiciones únicas, de intuición y arrojo, y también una fortaleza titánica; y resultaba además muy peligroso, porque a veces las esquirlas se clavaban en manos y brazos, que acababan ensangrentados.

—Aunque lo peor es cuando un pequeño grano se te clava en el ojo y te hace un rasgón en la córnea, como ya me ha ocurrido en

alguna ocasión —se lamentó, mirándome con sus ojos de *ecce homo*, cosidos de costurones.

—¿Y por qué no te pones gafas, Mateo?

—Pues porque las esquirlas me parten los cristales y es todavía peor la escabechina que me pueden hacer.

Así que esculpir, al menos en la técnica de talla directa que empleaba Mateo Hernández, resultaba más peligroso que exponerse a la metralla en el frente.

—Joder, Mateo, me mareo sólo de pensarlo. Espero que al menos la modelo que te has agenciado esté de buen ver.

El bejarano adoptó un gesto ensoñador, que en su fisonomía ruda resultaba casi extático:

—Es una mujer de una belleza extraordinaria —dijo. Y añadió, tras una pausa ensimismada—: Preciosa como un animal.

Lo que, puesto en su boca, era el más encendido de los piropos, y así me lo tomé:

—Pues espero que se deje acariciar sin soltar zarpazos.

Al reír, Mateo Hernández enseñaba unos dientes ralos como almenas de un castillo en ruinas:

—No te hagas ilusiones, Navales —me chinchó—. Mi modelo viene acompañada por su marido y por su cuñado, los hermanos Expósito. Ambos son andaluces y escritores. Ella se llama Ana María Sagi, es catalana y poetisa, y te aseguro que escribe unos poemas que ponen un nudo en la garganta. Pero también es mujer de armas tomar, muy deportista y fortachona. Con decirte que fue campeona de lanzamiento de jabalina en su juventud…

—Pues no me suena de nada ninguno de los tres. Pero menudo zurriburri, andaluces con catalana —comenté, despectivo—. De ahí seguro que sale una rumba.

—La mezcla es curiosa, sí —corroboró Mateo—. No tanto por la procedencia diversa como por el carácter. Pero a los tres los hermana el ideario libertario. Estuvieron en el frente de Aragón con las milicias anarquistas, escribiendo crónicas y tal vez también pegando tiros. Pero de esto último no tengo constancia.

Como también yo había pegado algunos tiros en mis años mozos (y a veces lo echaba de menos), se me despertó la curiosidad de conocer al pintoresco trío que me había descrito Mateo Hernández; y también la gula de probar ese calderillo bejarano guisado con carne de

morcillo, pues estaba de salsitas gabachas —hechas todas con mantequilla— hasta el moño. A los pocos días viajé en tren (por no embarrarme los zapatos) hasta la casa o palacete de Mateo Hernández, que se hallaba sobre la colina de Montalet, junto al ferrocarril de circunvalación, en la apacible villa de Meudon, que los franceses adinerados elegían para instalar sus villas de recreo o, poniéndose científicos, sus observatorios astronómicos, entre avenidas de trazado racionalista que le daban un aire apestosamente burgués. La casa de Mateo Hernández, que ocupaba desde hacía más de una década, era también una mansión burguesa en origen, como de concubina de ministro, pero su inquilino se había esforzado denodadamente por borrar su aspecto original, hasta convertirla en leonera de artista, con sus puntas y collares de castillo siniestro. Rodeaba la propiedad una tapia alta que Mateo Hernández había mandado levantar para que las fieras que deambulaban por el jardín no pudieran escapar y zamparse algún niño del vecindario; pero, según se ascendía la colina, se empezaban a escuchar sus berridos y aullidos y ladridos y rugidos, como un concierto de los músicos de Bremen que acojonaba al viandante despistadillo. Llamé reiteradamente a la campanilla de la entrada, temiendo que Mateo Hernández, entre la algarabía de sus animalitos y la sordera que arrastraba, no me oyese. Pero por fin salió a abrirme, en pantalón de pana y con el torso desnudo y atezado, salpicado de las heriditas cicatrizadas o por cicatrizar que le hacían las esquirlas de piedra, como si lo hubiesen rociado con un hisopo mortificante. Calzaba almadreñas, para no hundirse en la hojarasca que tapizaba el piso.

—Bienvenido, Navales —me saludó efusivo—. Acabo de terminar el calderillo y lo he dejado reposando, para que coja más gusto. Pero huele, que es una delicia.

Por el jardín, en efecto, se había derramado un olorcillo muy sabroso y nutritivo que a las bestias encandilaba, suspendiendo su concierto horrísono. El jardín de Mateo Hernández, con un cedro gigantesco en su centro, parecía más bien una mezcla de zoológico y taller de escultor al aire libre o cantera rodeada de verdor, con bloques de diorita dispersos aquí y allá que mostraban formas inacabadas, animales confusos y amorfos. Había también en el jardín una alberca, utilizada como piscina para patos, ocas, nutrias y focas.

—Ven, que te enseño mi arca de Noé.

Caminando entre las malezas y los bloques de piedra a medio desbastar, nos topábamos con cochinos con el colmillo retorcido (sospeché que Mateo Hernández los cruzaba con jabalíes), con tortugas de plastrón que imitaba las manchas de Rorschach, con perros sarnosos aspirantes a lobo y hasta un canguro tuerto que saltaba a la pata coja, amén de multitud de conejos y aves de corral (pero sospecho que cumplían funciones de avituallamiento de otros animales de mayor bulto). También había canarios y jilgueros y petirrojos sueltos por la enramada; y unas lechuzas abufadas y hechas pelota de plumas, para protegerse del sol. A todos sus animales les tenía asignado Mateo Hernández un nombre; y todos acudían a comer de su mano o lamerle las hernias cuando los llamaba. Pero su favorito era Paquita, una osa parda, grandota y fea que había comprado, recién nacida, a una *troupe* de zíngaros y la tenía guardada en un foso, porque para entonces era ya una bigarda de más de dos metros de alzada. Paquita se puso a gruñir cuando me vio aparecer, acompañado de su amo.

—La pobre sufre al verte conmigo, porque es muy celosa —explicó Mateo Hernández, enternecido y a punto de soltar la lagrimilla—. Antes la tenía muy consentida y le daba a todas horas tortitas con miel, pero con las restricciones de la guerra se está acostumbrando a comer de todo, desde tronchos de berza hasta mendrugos de pan. Un día a la semana, sin embargo, le brindo un banquete. Los pollos que llevaba ayer eran para ella. Ya se los embauló, mi Paquita bonita.

Y empezó a lanzarle otros piropos y carantoñas de añadidura, poniendo un énfasis de enamorado que me habría podido emocionar, si Paquita no me hubiese caído antipática. Aprovechando que Mateo Hernández se dio la vuelta, escupí a la puñetera osa un gargajo como una tortilla francesa que le cayó en mitad de un ojo, a modo de parche pirata. Paquita empezó a bramar (o a rugir, o lo que hagan las osas cuando se enfadan), pero Mateo pensó que sólo la exasperaba mi presencia, porque los costurones de la córnea no le permitían distinguir el gargajo, que brillaba como un toisón de moco.

—Se ve que no le has caído en gracia —concluyó, desconcertado.

En un claro entre la fronda se hallaba la escultura de la bañista en la que Mateo Hernández estaba trabajando. Era, en verdad, imponente, tallada en un granito rosa que hacía más carnales sus formas. Por supuesto, la modelo empleada por Mateo Hernández era

preciosa como un animal: o sea, rotundamente fea, de tobillo gordo, pantorrilla poco fina, muslo recio y cadera ancha (según me había imaginado, conociendo los gustos un poco agropecuarios del escultor); pero, en efecto, tenía las teticas muy firmes y enhiestas, y un vientre suave que se abismaba en las ingles, donde el bañador le hacía arrugas y repliegues, para resaltar el pubis muy turbadoramente, con sus labios y hendiduras. Toda la escultura, de la cabeza a los pies, era una obra maestra sin paliativos; pero el efecto del bañador empapado y adherido a la piel, delineando cada hondonada y protuberancia de la anatomía femenina, era en verdad digno de Corradini.

—Después de acabar esta maravilla ya puedes morirte, Mateo —sentencié, admirado.

Porque la talla, siendo finísima, conservaba la rudeza característica de su estilo, merced sobre todo a la corpulencia de la modelo, que seguramente tuviese las carnes prietas como el granito rosa, y su mismo misterio callado, algo taciturno incluso. El cabello de la estatua estaba borrado por un gorro de baño; y su gesto era melancólico o adusto, tal vez lastimado por alguna secreta tristeza.

—Te lo agradezco de corazón, Navales. He tenido que picar mucha piedra para conquistar mi arte.

Mateo Hernández había trabajado desde niño como picapedrero, en las montañas de Béjar; y así, golpeando los riscos de granito, había aprendido el oficio bárbaro de la talla directa, que le llenaba las manos de llagas y el corazón de soplos, cada vez que el martillo caía sobre el cincel, como un trueno de Dios. No había tenido otro maestro que su padre, cantero desde niño como él, que no podía acariciarlo siquiera porque las callosidades le habían dejado los dedos insensibles; pero a su lado había aprendido a emplear todas las herramientas de su oficio: macetas, escoplos y uñetas para desbastar la piedra; escodas, bujardas, martellinas y cinceles para la labra. Cuando las manos le sangraban, despellejadas o acribilladas de esquirlas, las frotaba en la nieve, para no sentir dolor; y al acabar la jornada se las lavaba en las aguas del río Cuerpo de Hombre, donde se pegaba un baño en porreta y después brincaba de peña en peña, curtiéndose también los pies y a veces descalabrándose entre los canchos. Pero con cada descalabradura o chichón se iba haciendo más duro, se iba haciendo más fuerte, hasta confundirse con los riscos bejaranos, hasta fundirse en su misma materia.

—Porque, desengáñate, Navales, el artista se tiene que fundir con la materia de su arte —me explicó, mientras se paseaba por la fronda y sacudía palmadas de pelotari a las esculturas de corzas, de gorilas, de hipopótamos, de otarias o leonas llorosas que surgían entre la maleza—. La piedra es un órgano más de mi cuerpo, como lo son los bigotes en el gato. A través de la piedra yo percibo el mundo.

Había en aquel primitivismo de Mateo Hernández, entre la filosofía eleática y la teosofía, una verdad muy honda que sólo se puede alcanzar mediante la intuición del artista en bruto, sin premeditaciones ni cháchara resabidillas. Como para Mateo Hernández la piedra, la escritura era mi órgano para captar el mundo; pero no había tenido el coraje o la brutalidad de Mateo para descalabrarme y despellejarme y herniarme escribiendo, como él lo había hecho tallando.

—Pero fíjate que, siendo un muchacho, me entró la ventolera de dedicarme al toreo, ya ves tú qué tontería —me confesó, perplejo de aquella pretensión—. Debió de ocurrir que, con la muerte de mi madre, me volví majareta. Un día me subí a un tren en marcha y, de pueblo en pueblo, de capea en capea, me hice maletilla, sin más equipaje que un hato en el que llevaba una gorra de visera, un capote remendado y una espada de madera.

—Olé tus cojones, Mateo —lo jaleé.

Advertí, a la sombra de la estatua de la bañista, que le estaba tomando ley a aquel aldeano rudo a quien el ambiente de París no había logrado sobornar; pero me prometí reportarme en mis efusiones cuando escribiera la entrevista para el *Arriba*, pues mi misión no consistía en exaltar el arte de Mateo Hernández, sino en ganarlo para la Causa que podría perderlo. Un día cualquiera, fracasado como muletilla, mientras contemplaba los animales esculpidos en la fachada de la Universidad de Salamanca, Mateo Hernández decidió que lo suyo no era torear, sino en todo caso sacar toros de las piedras, desde los cuernos al rabo, pues en toda piedra se agazapa un animal y no hay sino que desbastarla, como quien pela una castaña asada.

—Pero los canallas de los salmantinos me querían matar de hambre —me confesó—. No en vano en Béjar los llamamos cagaleches, de lo blanquitos y blandurrios que son. Así que decidí alejarme de aquellas gentes odiosas y me vine a París, por probar la vida bohemia.

—Pues yo tenía entendido que te habías venido huyendo de la fama de marido cornudo que tenías en Béjar —lo agredí—. Me han contado que tu mujer era más puta que las gallinas, y que tenía hijos con otros hombres, que luego te endosaba a ti.

El sol se volvió frío de repente, y el verde de la fronda se quedó quieto e inexpresivo. La osa Paquita empezó a rugir y a resoplar furiosa.

—Vaya, Navales, veo que has estado indagando sobre mí —murmuró Mateo Hernández con voz lóbrega, lastimado en la víscera del orgullo—. Pero no está bien que te burles así de mi dolor. Mi matrimonio quedó destrozado por el engaño inmerecido. No hay un dolor semejante al que uno siente cuando le destruyen la felicidad de su casa. Tienes razón, Navales, no me vine a París por probar la vida bohemia, me vine huyendo del dolor y la vergüenza, en un voluntario destierro.

Me excusé ante Mateo Hernández, hombre chapado a la antigua al fin, aunque se las diese de librepensador y hasta de ateo (no comprendía que Dios hubiese modelado al hombre en barro, teniendo a mano tanto granito). Todas las ideas de Mateo Hernández eran contradictorias, como de hombre elemental arrojado a un mundo caótico que resuelve encerrarse en su concha. Lamiéndose las llagas del dolor y de la vergüenza, Mateo Hernández se había instalado (aunque «instalarse» suena a hipérbole, pues dormía sobre el suelo) en una mansarda miserable del Barrio Latino, sin más mobiliario que un par de sillas y una estufa abollada, hasta la que tenía que cargar con los bloques de piedra, hundiendo las escaleras crujientes de carcoma. Pero el martilleo de la talla terminó volviéndose insoportable para los vecinos, que lograron echarlo a la calle, donde siguió durmiendo sobre el suelo (y, a falta de techo, aprovechó para aprender astronomía, mientras aguardaba el sueño). Fue por entonces cuando empezó a frecuentar el Jardin des Plantes, buscando el cobijo de las copas de los árboles en las noches de lluvia; y así descubrió su vocación de escultor animalista, entablando coloquio con las fieras del zoológico. Poco a poco, Mateo Hernández logró ir colocando alguna de sus esculturas, hasta poder alquilar un estudio modesto en Montparnasse.

—El Barrio Latino es nómada, se mueve perezosamente y sin una dirección clara, como el río Sena —sentenció—. Montparnasse, en cambio, es sedentario y soñador; ése es su encanto, pero también su

lacra. Montparnasse te convence de que la misión de la vida es la contemplación, la miseria cómoda, la derrota entre ilusiones… Y, si te descuidas, te atrapa para siempre.

Yo corría el riesgo de quedarme atrapado para siempre en Montparnasse, si no espabilaba, condenándome a esa vida sensual y apática que Mateo Hernández (hombre elemental, pero nada tonto) había rehuido.

—Pero tuviste un golpe de fortuna que te permitió salir de ese marasmo —precisé en un tono de reproche, para que comprobara una vez más que conocía los recodos menos divulgados de su biografía—. El judío Rothschild se encaprichó de tus esculturas y llegó a pagar sesenta mil francos por cada una…

Mateo Hernández pegó un respingo, como si le hubiese descubierto el escondrijo donde, según la leyenda, guardaba una fortuna en lingotes de oro. La osa Paquita resoplaba y bufaba inquieta, a lo lejos.

—Primero me compró una pantera negra, que colocó en uno de los más bellos salones de su palacio, entre cuadros de Rembrandt —refunfuñó—. Luego me compró un hipopótamo, un gorila, un marabú…

—Sí, vamos, que te hizo de oro; de oro judío —resumí—. Y así pudiste adquirir esta mansión. No sé yo si haberte hecho rico gracias a un millonario judío te beneficiará, ahora que mandan los alemanes…

La osa Paquita enmudeció súbitamente, como si hubiese entendido mi insidia; y Mateo Hernández me miró suplicante, mientras las hernias le empezaban a temblar como vejigas flojas. Entonces sonó la campanilla, anunciando la llegada de los comensales al calderillo que Mateo Hernández había guisado, para celebrar la última sesión de posado, antes de dar por concluida su talla de la bañista. Lo vi internarse entre la fronda, tambaleante sobre sus almadreñas; y al poco regresó acompañado de la poetisa o lanzadora de jabalina que le había servido de modelo para la escultura, una mujer que parecía angustiada de secretos, y la extraña pareja de rodrigones (ambos le sacaban más de veinte años) formada por su marido y su cuñado, que al instante catalogué como un par de bergantes.

—Te presento a los hermanos Antonio y Francisco Expósito, escritores ambos como tú mismo —comenzó Mateo Hernández—. Y

también a mi modelo predilecta, Ana María Sagi, el más precioso animal de mi jardín. —Y se dirigió luego a los recién llegados—: Fernando Navales es el periodista del que os hablé, que me está haciendo una entrevista para el *Arriba*.

Los hermanos Expósito eran antípodas en su complexión (y también en su carácter, como luego comprobaría), al estilo del Gordo y el Flaco de las películas cómicas. Francisco, el marido de Ana María, era canijo y cenceño, calvorota y muy atezado, más incluso que el propio Mateo Hernández (pero Mateo estaba atezado por el sol, y este Francisco Expósito por el fuego de la rabia y el betún de sus pecados), con unos ojos azules que miraban con una fijeza fanática, como cuchillos retadores. Antonio Expósito, por el contrario, era un hombre de piel lechosa y abacial, redondo y reborondo, con ojos de bandarra o simpático charlatán que disfrazaban de gravedad unos quevedos de concha.

—¡El diario *Arriba*, nada menos! —exclamó Antonio—. Yo he escrito en muchos diarios; y he llegado a dirigir alguno, incluso, pero ninguno tan importante.

Francisco metió baza, retador:

—Los tres hemos escrito en la prensa anarquista, ¿sabe usted? Y no nos avergonzamos de ello. Somos antifascistas declarados y acérrimos.

Todo lo acérrimos que quisiera, pero ante todo eran unos currinches de las letras de la peor estofa, de esos que empiezan su andadura literaria con mucho ímpetu y acaban descarriados y entregados a la golfemia, como tantos mandrias que había conocido en mi juventud madrileña.

—Hombre, tampoco es para ponerse así… —dije, contemporizador.

Pero miré a Francisco con desprecio y asco, como se mira a una cucaracha, para que se pusiera todavía más frenético. Antonio Expósito contuvo al hermano viborilla:

—No hace falta encampanarse tanto, Francisco. Don Fernando se gana la vida escribiendo para un periódico fascista, pero eso no quiere decir que él lo sea. ¡Cuántas veces hemos tenido nosotros que escribir en periódicos que nos repugnaban, por ganarnos unas perras! —suspiró, entre añorante y ruboroso.

—Ya. Pero resulta que yo sí soy fascista, y a mucha honra —le

corté la cháchara.

Antonio Expósito parpadeó desconcertado, mientras su hermano Francisco se volvía a sulfurar. Ana María Sagi contemplaba retraída y meditabunda la escena, como fatigada de las películas del Gordo y el Flaco, de su repertorio archisabido y de sus protagonistas antípodas. Vestía una gabardina algo arrugada y mugrienta por la que asomaban unas pantorrillas muy robustas, como las que había tallado Mateo Hernández; e imaginé que debajo de la gabardina sólo llevaría el bañador que tal vez tuviera que mojarse antes de que Mateo diese los últimos retoques a su escultura. Me sorprendí mirando con deseo a Ana María Sagi; pero enseguida me avergoncé de ello pues, además de ser una mujer fea, su mirada destilaba una tristeza irremisible.

—En mi casa no se discute de política —se interpuso Mateo Hernández en la incipiente trifulca—. Quien tenga ganas de riña se queda sin probar el calderillo.

Que ya había empezado otra vez a perfumar el aire con sus vaharadas, aplacando la furia de Francisco Expósito y derritiendo literalmente a Antonio, cuyos mofletes empezaron a vibrar de emoción. Sólo Ana María Sagi parecía inapetente, o menos ansiosa de llenar el buche, entregada a los imperios oscuros de su mundo interior. Mateo Hernández nos condujo hasta el belvedere de su mansión, en la cima de la colina, que utilizaba a guisa de merendero y tenía abarrotado de leña, como si aguardara un invierno siberiano. Una mujer corpulenta y discreta, con más aspecto de maestra de escuela que de camarera, nos sirvió el calderillo bejarano, antes de desaparecer sin decir ni mu. Me pregunté si sería la compañera o amante que Mateo Hernández tenía escondida en casa desde hacía varias décadas, según contaban las malas lenguas; y que nunca mostraba en público, temeroso (según su peculiar universo mental) de caer en el descrédito por vivir en concubinato. Menos temerosos parecían los hermanos Expósito, que, apenas empezaron a embaular el calderillo y a regarlo con un tintorro que resucitaba a un muerto, se volvieron ambos muy festivos y locuaces, como si al calor de la mesa se limasen sus diferencias. Francisco Expósito había llegado al anarquismo desde el federalismo republicano de Pi y Margall (como el hermanísimo Ramón Franco), después de fracasar en la literatura, donde había probado casi todos los géneros, desde el teatro casticista hasta la novela sicalíptica, pasando por la poesía satírica y hasta las

letras de cuplé, escribiendo siempre en comandita con su hermano Antonio.

—De nosotros puede decirse —reconoció Francisco Expósito con amargor— que nos forjamos en la literatura las mismas ilusiones que una colegiala en estado de merecer y hemos acabado para vestir santos.

Pero esos santos habían sido Buenaventura Durruti y demás compañeros mártires. Antonio Expósito, para entonces algo beodo, se rebeló:

—¡Niego la mayor! Lo que ocurre es que hemos sido burlados por nuestros novios, los críticos, que nos prometían el oro y el moro y acabaron echándonos de su cama en cuanto nos cataron. Y ahora ya sólo nos resta acostarnos con el primero que nos guiña el ojo…

Así habían acabado de currinches turiferarios del anarquismo en Aragón, donde los pupilos de Durruti habían creado su virreinato al estallar la guerra, hasta que Negrín decidió desmantelarlo, harto (o celoso) de sus latrocinios y arbitrariedades. Pero Antonio, más epicúreo que Francisco y de biografía más ajetreada, salvaba del naufragio muchos recuerdos gozosos: la juventud dilapidada en juergas flamencas, la decisión de cruzar el charco en pos de la suerte del indiano (que no había alcanzado, aunque al menos había disfrutado de las tanguistas y piculinas porteñas), el cortejo de cupletistas y artistillas de variedades y, sobre todo, sus aventuras cinematográficas. Porque Antonio Expósito había dirigido, al parecer, varias películas, todas ellas de títulos esotéricos o ignotos:

—¿No vio usted *Boliche*, don Fernando? —me interpelaba, gesticulante como un vendedor de crecepelos. Y, al denegar yo con la cabeza, se desesperaba—: ¡No me lo puedo creer! ¿Y *Aves sin rumbo*? ¿Tampoco vio *Aves sin rumbo*? Pues tiene mucho delito no haberlas visto, se ve que vive usted en la inopia, porque cosecharon inmenso éxito, tanto en España como en el extranjero.

—Es que yo no soy muy cinero… —me excusé.

—Entonces quizá tampoco sepa que yo fui el creador de un ingenio llamado «Melodión», un aparato parlante que permitía proyectar películas sonoras, cuando en Hollywood todavía esta técnica estaba en pañales —se pavoneó Antonio Expósito.

Tal vez estuviese tratando de impresionarme con méritos apócrifos; pero eran tan rocambolescos que costaba trabajo pensar que

fuesen inventados. Se había alzado de la mesa, como si estuviese dispuesto a perorar o a regarnos con su vomitona; y la barriga oronda lo desequilibraba:

—Y, lo más importante de todo, escribí una letra alternativa al *Himno de Riego*, para combatir la aprobación del Estatuto de Cataluña. ¡Ah, de cuántos sinsabores y descalabros se habría librado la República, si esa letra se hubiese enseñado en las escuelas!

Aquí su hermano Francisco, monaguillo del federalismo, se revolvió como una lagartija:

—¡No nos des más la murga con tu odioso jacobinismo, Antonio! —gritó—. ¡No hay derecho!

Ana María Sagi asistía a la escena aburrida y algo exasperada, como si ya la hubiese presenciado cuarenta o cincuenta veces (tantas como su marido y su cuñado se hubiesen emborrachado en su presencia). Antonio Expósito había empezado a tararear el soniquete del *Himno de Riego*, que yo secundé burlescamente golpeando la mesa con el mango de los cubiertos, antes de lanzar la primera estrofa con su estribillo:

Cataluña es un trozo de España,
aunque ingrata lo quiera negar;
y por más que se empeñen algunos...
¡No se irá, no se irá, no se irá!

¡Abajo ese Estatuto!
¡Son malos españoles
que quieren ver de luto
la enseña nacional!

Y siguió con el soniquete, que incluía anatemas contra los separatistas que no habrían desentonado en las páginas del *Arriba*. Coreé el estribillo y aplaudí con ahínco a Antonio Expósito, que se había acalorado con el esfuerzo melódico y además tenía que arrostrar la mirada censoria de su hermano, al que le había empezado a verdear la cara, de la rabia.

—Bravo, Antonio —lo vitoreé—. Tenía usted razón. El *Himno de Riego*, con esa letra, nos habría librado de la guerra.

Francisco Expósito se cansó de tragar bilis y la escupió toda de golpe:

—De la guerra sólo nos habría salvado aquel consejo de un general que participó en la campaña de Cuba: «Primero, se corta la cabeza a todos los amigos, y luego ya sabemos que sólo quedan los enemigos, contra los que se puede ir sin piedad». —Hizo una pausa, gangrenada de un odio viscoso—. Tendríamos que haber masacrado primero a los comunistas, a los socialistas, a los azañistas, a todos los burgueses de izquierdas; y una vez masacrados todos estos, nos habrían quedado únicamente los curas y los fascistas, a los que hubiese sido sencillísimo apiolar, acabadas las disputas en nuestro bando.

Lo había dicho con gesto reposado y verbo lento y machacón como golpe de batán; y aunque de complexión fuese alfeñique, su mirada azul, de una fijeza mineral, delataba al genocida platónico que, por falta de medios y de mando, no puede ascender a genocida aristotélico. Se hizo un silencio lúgubre, como de matadero municipal o cementerio bajo la luna, de repente quebrado por los sollozos de Ana María Sagi, que se sublevaba contra la penosa vida que le tocaba arrastrar, en compañía de aquella pareja:

—¡Basta ya! —exclamó, con una voz enmohecida de sinsabores —. ¿Hasta cuándo tendré que aguantar vuestras bravuconerías y sandeces? ¿Hasta cuándo seguiréis hablando de aquella maldita guerra? Yo sólo recuerdo cuerpos fríos, ríos de sangre y cenizas, y muchas madres enlutadas llorando a sus hijos. —Su llanto se volvió agónico, casi alucinado—: Y yo también quedé muerta allí; en cada cuerpo yerto que tocaron mis manos enterré un poco de mi vida. ¡Callad de una maldita vez, os lo ruego!

Debruzada sobre la mesa y sacudida por el llanto, ya no parecía la mujer robusta que había inspirado a Mateo Hernández la obra maestra del jardín. El bejarano se levantó para consolarla, dejándola que se acurrucase contra los bultos de sus hernias, blandos y cálidos como un regazo materno. Antonio y Francisco Expósito también se levantaron, hieráticos y no demasiado compungidos, para despedirse:

—Nosotros nos vamos, Mateo —dijo Francisco, apretando los labios como espadas—. Tenemos que visitar a unos viejos conocidos,

antes de regresar a Chartres. Ana María se reunirá con nosotros al anochecer en la estación.

Mateo Hernández, sin desatender a la desconsolada Ana María (a quien su marido, en cambio, no se preocupaba de atender), se volvió hacia los hermanos Expósito, que ya abandonaban el belvedere, brincando entre los haces de leña:

—¿Para cuándo os preparo otro calderillo?

Antonio Expósito se volvió, untuoso y lúgubre:

—Tal vez para nunca, Mateo. Desde que nos echaron de Meudon, donde tan buenos ratos hemos pasado contigo, y nos asignaron Chartres como destino, no podemos salir del departamento de Eure-et-Loir —dijo, humillado como un ruiseñor en la jaula—. Hoy conseguimos que en prefectura nos concedieran un permiso excepcional, para que Ana María pudiera posar para ti por última vez. Pero ya no podremos volver.

Lo sorprendente es que dejaran moverse entre departamentos a unos bergantes como los hermanos Expósito, siquiera por una vez. La lenidad de los alemanes, dejando en manos de las prefecturas gabachas estos asuntos, me empezaba a desazonar.

—Nuestra intención es marcharnos pronto a América —añadió Francisco con sequedad—. Hemos escrito al embajador mexicano, pidiéndole que nos vise el pasaporte para poder trasladarnos a su país, pero hasta la fecha no hemos obtenido respuesta.

—Cosa que me llena de sorpresa, francamente —dijo Antonio, siempre optimista y promotor de sí mismo—. Aseguré al embajador que me sentiría honradísimo si el Gobierno de la República Mexicana utilizaba mis técnicas cinematográficas y se servía de mi experiencia en este ramo. Pero ni por esas.

Francisco golpeó rabioso un haz de leña, provocando el derribo de otros muchos que se apilaban encima, pero el estropicio no desentonaba con el aspecto general de leonera que exhibía el belvedere. Le sangraban los nudillos, tal vez habituados a golpear a su mujer, más blanda que la leña, aunque tuviera las carnes prietas.

—Es que ahora los anarquistas nos hemos convertido en apestados —dijo, y soltó una blasfemia erizada de espumarajos—. Nadie nos quiere en la izquierda, porque han conseguido pintarnos como indisciplinados, asesinos y ladrones; y en la derecha nos tienen por demonios. Conque ya puedes imaginarte el futuro que tenemos en

la Francia ocupada por los nazis.

Ana María Sagi ya había dejado de llorar, pero permanecía derrengada y absorta, sin mirar a nadie, convencida de su vocación de estatua.

—Y, en caso de que los mexicanos os concedan el visado —insistió Mateo Hernández, samaritano—, ¿tenéis dinero para el viaje? Yo podría tal vez ayudaros algo, aunque no sea millonario como las malas lenguas pretenden...

Los hermanos Expósito se cruzaron una mirada que denotaba a la vez astucia y prevención. Había un relumbre de oro furtivo en esa mirada.

—Algún dinero tenemos —afirmó Francisco—. Pero no del que han repartido los cabrones de Negrín y de Indalecio Prieto entre sus secuaces, sino del que hemos ahorrado nosotros, con el sudor de nuestra frente.

Parecía poco probable que aquellos dos hubieran ahorrado, y mucho menos con el sudor de su frente. Traté de adivinar la procedencia de ese enigmático dinero buscando la reacción de Ana María Sagi, que sin embargo permaneció por completo inexpresiva; pero también Francisco y Antonio la observaban, temerosos de que su anterior estallido prefigurase alguna revelación delatora. Si los hermanos Expósito habían sido expulsados de la región parisina y enviados a otro departamento, era porque no habían podido probar ningún medio de vida regular; y si la embajada mexicana se resistía a concederles el visado, era porque no los incluía en su generoso elenco de exiliados dignos de amparo y patrocinio, que incluía una muchedumbre de periodistas y escritores. Eran, o se habían convertido, en parias —como el torcidillo Francisco había reconocido—, en esos «indeseables» que el Gobierno francés, antes de la debacle militar, trataba de expedir por la vía rápida de vuelta a España, o bien utilizar como mano de obra esclava en faenas agrícolas. Los vimos partir desde el belvedere, estrambóticos y antípodas, camino de la estación de Meudon, donde seguramente tomarían un tren que los llevaría a París, para juntarse con sus «viejos conocidos» en algún conciliábulo clandestino, para maquinar algún crimen o repartir algún botín.

—Nosotros vamos a terminar nuestro trabajo, Ana María —dijo Mateo Hernández mientras descendíamos de la colina, tratando de

borrar el regusto agrio de la sobremesa—. Anda, corre a pegarte un chapuzón, antes que nada.

Ana María Sagi obedeció robóticamente, corriendo hacia la alberca del jardín, mientras Mateo Hernández preparaba los trebejos de su oficio ante la escultura casi rematada. Ana María se encasquetó un gorro de baño y se despojó de la gabardina mugrienta, como quien se despoja de una piel decrépita, quedándose en bañador. Enseguida reconocí, esculpidas en una carne prieta, tenaz y sufrida, la pantorrilla poco fina, el muslo recio, la cadera ancha que antes había apreciado en granito rosa. Al zambullirse Ana María en el agua, se espantaron los patos con ínfulas de cisne que navegaban la alberca. El agua era tan turbia y legamosa que, por un momento, Ana María desapareció de nuestra vista.

—¿Me dijiste que había sido atleta? —pregunté a Mateo Hernández.

—Campeona de lanzamiento de jabalina —respondió, orgulloso de su elección—. Y también poetisa. ¿Verdad que es preciosa como un animal?

Sólo lo era según los cánones animalistas del bejarano: tenía la nariz demasiado recta, el maxilar demasiado pugnaz, los ojos tristísimos y nada cordiales merodeados de angustias, la boca de labios cuarteados y finos, tal vez huérfanos de besos; pero guardaba un secreto oscuro dentro de sí, que ejercía sobre mí un magnetismo mucho más poderoso que la convencional belleza. Ana María Sagi asomó por fin a la superficie del agua, abrazada a una nutria, de piel tan tostada y brillante como la suya; y parecía musitarle su secreto al oído, el secreto doliente de su vida errabunda. ¿Qué hacía aquella mujer casada con un tiparraco como Francisco Expósito, veinte años mayor que ella?

—Vamos, Ana María, que tenemos que aprovechar las horas de sol que nos restan —la urgió Mateo Hernández.

Salió a pulso de la piscina, robusta y ágil a un tiempo, chorreante de algas que se fue quitando mientras Mateo Hernández la colocaba en la pose debida. No me atrevía a mirarla con el bañador empapado y adherido a la piel, por no distinguir las circunstancias anatómicas que en la escultura proclamaban más nítidamente el virtuosismo del escultor; pero noté que Ana María, en cambio, me miraba con una insistencia que no había mostrado hasta entonces, como si acabara de

reparar en mí. Y como permanecía muda, esa mirada pertinaz hacía más perentorio su secreto. Mateo Hernández, entretanto, se había puesto manos a la obra, martillo y cincel en ristre. Verlo acometer, sudoroso y acezante, la piedra que se alumbraba de chispas a cada golpe era un espectáculo de fuerza incomparable. Sus brazos hercúleos se congestionaban de una marea púrpura que luego anegaba su pecho y también su rostro, como si llevase dentro del cuerpo una fragua. Acompañaba la talla de ademanes trágicos, se dolía de las esquirlas que escupía el granito y se agachaba o cimbreaba para tratar de esquivarlas, se quitaba el sombrero chambergo para abanicarse y se lo volvía a poner; y en todo recordaba al torero que grita en la plaza, frente al toro embravecido: «¡Dejadme solo!». Mateo Hernández encarnaba el bello espectáculo del hombre que arriesga su vida para domeñar la materia bruta, para conquistarla dolorosamente hasta ponerla de rodillas y obligarla a rendirse. La sangre que derramaba, cada vez que una esquirla de piedra lo alcanzaba, se mezclaba con el sudor, formando un barrillo propio también de la lidia. Y, mientras seguía tallando, no paraba de hablar, borracho de su genio:

—La talla directa es la única manera auténtica de ser escultor —proclamaba, exultante—. El modelado se descalifica por sí mismo. Verter el bronce fundido en un molde es un pasatiempo de mequetrefes. La imaginería española es una filfa jesuítica. Sólo la talla directa sobre la piedra arranca a Dios la llama de la belleza.

—Pero si tú no crees en Dios, Mateo.

—Vete a tomar por culo, Navales. Dios existe cuando yo quiero que exista —bramaba—. Con alguien tengo que pelearme, para no desfallecer.

Exponía su teoría de la talla directa como si fuese una guerra santa o sacrílega; y entre las chispas que desprendía la piedra herida parecía, en efecto, un nuevo Jacob forcejeando con Yahvé. A sus bramidos se sumaba la osa Paquita, allá en su foso; y el mundo entero parecía tronar y centellear, conmovido por su arte telúrico. Cuando por fin remitió aquella tempestad de golpes y Mateo Hernández, resoplante, tomó los cinceles más finos y los martillos más delicados, para dar los últimos retoques, me atreví al fin a decirle:

—Esta maravilla tienes que exponerla cuanto antes, Mateo, para que el mundo pueda admirarla. En la avenida Marceau nos encantaría poder exhibirla.

Ana María Sagi pegó un respingo, alarmada; pero no abrió la boca, metida en su papel de estatua. En cambio, me dirigió una mirada que ya no era curiosa ni inquisitiva, sino más bien despectiva.

—Ya sabes que no me interesa la política —se excusó Mateo Hernández—. No quiero mezclarme con ningún bando. En las gentes que se dedican a la política no hay más que ansias de poder y de mando, desprovistas de ideal sincero. No voy a hacerle el caldo gordo a nadie.

La exultación que un minuto antes lo anegaba, ante la contemplación de la obra salida de sus manos, se había vuelto hosquedad.

—Hombre, Mateo, bien que le hiciste el caldo gordo a la República cuando te convino —lo acorralé—. Te recuerdo que le dirigiste una carta abierta de siete folios a Azaña. A saber qué insensateces le pondrías; pero, como salgan ahora a la luz, podrían costarte caras.

—No me pueden salir caras de ninguna manera —se defendió, mientras acariciaba la piedra todavía abrasada por sus golpes—. En aquella carta no tomaba partido por nadie, sólo le pedía que devolviera el arte al pueblo y no dejase que lo secuestraran los señoritos esnobs.

Mateo Hernández dio permiso a Ana María Sagi para descansar y ponerse otra vez la gabardina, dando su trabajo por concluido. Agaché la cabeza, para no tener que afrontar el reproche de su mirada:

—Eso de «devolver el arte al pueblo» se puede considerar tomar partido, según como se mire… —dije, antes de morder más intencionadamente—: Y en abril del 38 entregaste a Araquistáin, el embajador rojo en París, un donativo de más de siete mil pesetas. El cabrón del embajador, cuando abandonó su puesto, se olvidó de quemar los archivos, dejando en evidencia a todos los benefactores de la República. —Sonreí tímidamente, un poco asqueado de mi papel, ante un hombre que acababa de pelearse con Dios—. Pero todavía estás a tiempo de borrar esa mancha.

La hosquedad de Mateo Hernández se había dulcificado un poco, como la piedra terminaba por dulcificarse ante sus acometidas:

—Aquel donativo lo entregué con la condición de que no fuese destinado a la lucha contra españoles, sino que se emplease específicamente en equipos antiaéreos contra los aviones alemanes e

italianos que estaban bombardeando las ciudades —se defendió.

—Pues peor me lo pones entonces, Mateo. Imagina que los alemanes se enteran ahora de que diste dinero para que derribaran sus aviones en España… Pobre de ti, la que te iba a caer encima.

Mateo Hernández se quitaba pesaroso las esquirlas que se le habían clavado en la piel, como si se quitase mis insidias, que también le hacían sangrar. Hablaba en un murmullo, como si no quisiera que lo escuchara Ana María, que se había acercado a la alberca, para ponerse otra vez la gabardina, y jugaba con la nutria a la que antes había susurrado su secreto, acariciándole el pelaje.

—La mejor prueba de que no le hago el caldo gordo a nadie es que no quise participar en el Pabellón Español en el que Picasso aportó el *Guernica*, en la Exposición Internacional de París —dijo, empeñado en probar su independencia—. Decliné la invitación que me cursó el embajador. Si no destruyó los archivos, como dices, allí se podrá encontrar mi carta.

—Ya la encontraron, Mateo —mascullé—. Declinabas la invitación porque sólo te proponían colocar una pequeña escultura en un rincón, y tú querías un lugar tan preponderante como el de Picasso.

—¡No es cierto! —me contradijo, acongojado—. Araquistáin me escribió de nuevo, asegurándome que todo había sido un malentendido y que yo mismo podía visitar los terrenos de la Exposición y elegir para mi obra el emplazamiento que me diese la gana… Pero no me dio la gana hacer esa visita siquiera.

Al pie de la escultura de la bañista, Mateo Hernández había dispuesto por la mañana un cubo de agua y granalla gruesa de plomo, para pulir el granito rosa. Arrojó en el cubo la granalla, como si arrojara sus propios bofes, lastrados de desaliento.

—No te dio la gana porque juzgaste con buen criterio que el *Guernica* iba a ser la gran atracción del pabellón. Picasso estaba haciendo una campaña publicitaria en la que habían picado todos los periódicos de París y del mundo —le recordé—. No quisiste ir de comparsa de ese pintamonas, e hiciste muy bien.

Mateo Hernández empezó a frotar la talla con todas sus fuerzas, provocándome dentera. La granalla se apelmazaba, destilando un grumo fosco.

—A Picasso sólo le interesa la publicidad —rezongó, meditabundo—. A mí me interesa mucho más la posteridad.

Pero esa posteridad puede estar poblada por gentes todavía más idiotas que nuestros contemporáneos, por señoritos todavía más esnobs y cretinos que perpetúan el éxito de los pintamonas y borran la memoria de un titán de la escultura como Mateo Hernández. El cielo se había llenado de golondrinas, como un enjambre oscuro en el oro vencido de la tarde.

—Déjame pensarlo un poco, anda —resolvió Mateo Hernández, aplastado por la tristeza—. Pero si accedo a exhibir esta escultura en vuestra sede, sería con la condición de que no se ponga a la venta. Ya no quiero vender ninguna obra más, ya no necesito el dinero.

Tampoco lo necesitaba el pintamonas de Picasso, pero no dejaba de amontonarlo, por avaricia de urraca. Dejé un rato tranquilo a Mateo Hernández, mientras pulía su talla y se debatía en dilemas indignos de un titán que se peleaba con Dios cada tarde, y me acerqué sigilosamente a Ana María Sagi, que se había puesto en cuclillas sobre la hierba y sacaba de los bolsillos de la gabardina migas de pan que arrojaba a la alberca, para que se las disputaran los patos y los peces. Pero todo mi sigilo resultó por completo inútil.

—Eres una mala persona —dijo sin volverse—. Eres un hijo de la gran puta.

Su voz sonaba más afligida que destemplada, como si la hubiese decepcionado. Nunca antes me había dolido que me insultase una roja zarrapastrosa y mucho menos si era fea.

—¿Por qué me insultas? —pregunté, fingiendo inocencia—. No creo haberte hecho nada malo.

Pero Ana María hizo caso omiso de mis fingimientos y siguió dándome la espalda:

—No buscas su bien, sólo quieres aprovecharte de él. O todavía algo peor, destruir su prestigio, manchar su trayectoria, para que termine siendo lo que eres tú: un cínico y un miserable —explicó sin ambages, con una clarividencia de sibila.

—¿Piensas que soy un monstruo? —pregunté, un poco sobrecogido.

Entonces se volvió para mirarme, con los ojos enrojecidos por el llanto:

—No, eres tan sólo un hombre; un hombre como otro cualquiera. Igual de rastrero que cualquier otro hombre, igual de egoísta y aprovechado, igual de vil y de maligno. —Hablaba con un despecho

antiguo, como si hubiera sufrido la malignidad y vileza de incontables hombres, o como si la de uno solo le bastara para imaginarse la del resto—. ¡No te acerques a mí, me das lástima!

Pero la desobedecí y me senté a su lado sobre la hierba, provocando que se apartase arisca. Llegaban hasta nuestros oídos las friegas que Mateo Hernández le estaba dando a la escultura, primero con la granalla, después con carborundo, en las superficies más complicadas: en las esquinas de los ojos, en las comisuras de los labios, en los pliegues de las orejas. Yo miraba estas circunstancias anatómicas en el rostro de Ana María, cada vez más enojada de mi escrutinio. Todavía no se había quitado de la cabeza el gorro de baño.

—No quiero perjudicar a Mateo ni destruir su carrera, quiero que su obra sea valorada como se merece —traté de redimirme ante ella—. Nunca había visto una escultura tan hermosa. Ni tampoco a una modelo tan meticona.

—Vete a la mierda —me cortó—. Y no se te ocurra tocarme ni un pelo.

Sin tocarle siquiera un pelo de la cabeza, le quité de un pellizco el gorro de baño, arriesgándome a que me abofeteara; pero no había incumplido su mandato.

—Y además de mala persona estás como una regadera —volvió a increparme, pero ahora en un tono mucho menos desabrido—. ¿Qué buscas en mí, pobre loco? No tengo nada que darte.

—He visto el cuerpo de la lanzadora de jabalina y quería ver la cabeza de la poetisa.

Se echó una mano a los cabellos, que llevaba retajados, como si fuera un chico. Parecía avergonzada de llevarlos tan cortos.

—¿Te ha dicho Mateo que escribo poemas? —se enfadó—. Calladito estaría mucho más guapo.

Siguió tirando migas a la alberca; y asomaban entre el légamo y las algas unos peces con cara de moribundos que las trasegaban sin decir ni mu, olvidándose de respirar por las branquias. Las golondrinas, en lo alto, eran flechas de noche, deseosas de volverse murciélagos en cuanto la hora lo permitiese.

—En la vida uno hace extraños compañeros de viaje —aseguré. Y, tras una pausa, le pregunté, a riesgo de resultar todavía más impertinente—: ¿Por qué no te dejas el pelo largo?

Pensé que podría haberla ofendido; pero me respondió con una

naturalidad expeditiva:

—Porque soy fea. Y si me lo dejara largo lo parecería todavía más. Además, en Chartres me toca trabajar en el campo, recogiendo remolacha. Si lo llevara largo se me ensuciaría mucho, con los tutes que me pego.

Se le acabaron las migas, y los peces volvieron a su tumba de légamo. Aproveché para rozarle el pelo levísimamente; y, como no se quejaba, se lo atusé y acaricié. Tenía cabellos húmedos y cabellos secos, en un entrevero placentero.

—No me pareces fea —mentí, o dije la verdad—. Y tu cabello me parece muy bonito.

Ana María se dejaba atusar el cabello, dejaba que hiciese surcos en él con los dedos, como si lo estuviese arando, antes de la cosecha. Cerró los ojos y ladeó el cuello, agradecida de mi masaje.

—Eres un hombre extraño.

—No estoy tratando de seducirte —volví a mentir, o a decir la verdad.

Asintió, como si el sueño estuviera a punto de vencerla, mientras le seguía masajeando el cabello. Con los párpados cerrados, la tristeza de sus ojos se volvía más abultada y a la vez más conmovedora, como la tristeza de una yegua que se ha quebrado una pata.

—Lo sé —dijo al fin—. Por eso he dicho que eres un hombre extraño.

El crepúsculo mugía como un toro que se desangra, o tal vez fuese la osa Paquita dando la lata. Las golondrinas, a la caza de insectos, trazaban en el cielo arquitecturas improvisadas, bóvedas y arbotantes tejidos en el aire, una catedral de algarabía.

—Anda, mujer, recítame uno de tus poemas —le supliqué.

Ana María me miró con ojos de cierva vulnerada y finalmente cedió en su resistencia y empezó a recitar en un susurro, mientras el cielo se derrumbaba, repentinamente inmenso, sobre nuestras cabezas.

IX

—Te aseguro que los alemanes hacen bastante la vista gorda con nuestro Sindicato de la Prensa Extranjera. Su censura es comprensiva y benigna. Por supuesto, no permiten que escribamos sobre la cuestión racial, ni se les escapa la más mínima indiscreción sobre la situación militar, pero en lo demás nos dejan escribir lo que nos sale de los cojones... ¿Me estás escuchando? Pareces abstraído...

Todavía me resonaban en la sangre los versos que Ana María Sagi me había recitado en Meudon:

Volveremos un día a la isla de ensueño
tu corazón y el mío cansados de luchar.
Volveremos un día a reanudar el sueño
que ni olvido ni muerte consiguieron truncar.

Mi corazón estaba cansado de luchar, quizá también cansado de vivir, quizá muerto de tan cansado y anhelante de una isla donde poder resucitar; y por eso latía con los versos de aquella roja infeliz que había servido de modelo a Mateo Hernández:

Cuando llegue la noche bella entre las más bellas
—plata sobre las olas, en cada rama un canto—,
al rubio resplandor de las altas estrellas
yo besaré los ojos que he recordado tanto.

—Por supuesto que te escucho —mentí—. ¿Cómo no iba a escucharte si estoy interesadísimo en lo que me cuentas?

Me había citado con Mariano Daranas en la terraza del café Weber, en la calle Royale, que era el escaparate más lucido de la oficialidad de la Wehrmacht, el cónclave más nutrido y apolíneo de

uniformes *feldgrau* y botas relucientes de sebo. Mariano Daranas, Daranitas para los amigos, era el corresponsal del *ABC* en París, después de haberlo sido de *El Debate* (pero los acólitos de Herrera Oria eran más rácanos que los Luca de Tena). Daranitas había rebasado ya los cincuenta años, aunque aparentaba diez o quince menos, como todos los gallitos de corral. Era jovial y farruco, locuaz y exaltado, sobre todo cuando se trataba de celebrar las glorias del Tercer Reich. Estaba convencido de que Inglaterra caería, como Cartago; y se vestía muy festivamente, con trajes de raya gorda y tejidos de fantasía, para que las celebraciones no lo pillaran desprevenido. Daranitas era canario de nacimiento, no recuerdo si de Tenerife o de Las Palmas (o de ambas islas a la vez); y lucía una carrera de relumbrón con multitud de exclusivas y primicias, que lo habían convertido en el corresponsal más cotizado de París. Las lenguas viperinas (o sólo envidiosas) aseguraban que se embolsaba cien mil francos al mes, entre el sueldo que cobraba en el *ABC*, el sobresueldo que le pagaban en la Propagandastaffel y los sobres que recibía de las más variopintas fuentes (Daranitas, como todo periodista con galones que se precie, era un poquito o un muchito «sobrecogedor»), desde Juan March al embajador Lequerica, para quien escribía un informe todas las semanas sobre la evolución de la guerra, por supuesto rezumante de germanofilia y tendenciosidad, para que Lequerica no desfalleciera en sus reportes a Franco (y para que en la Propagandastaffel lo engrasaran con alguna propinilla más). Daranitas había sido maurista en la juventud, como el propio Lequerica; pero mientras el carácter irónico y hedonista del diplomático lo había ido decantando hacia el «carguismo» y la gastronomía, el temperamento volcánico de Daranitas había determinado su posterior evolución hacia el fascismo de línea francesa. No se proclamaba, en cambio, nazi, porque le disgustaba un poco —rémoras de la formación católica— la parafernalia pagana; pero deseaba con toda su alma vehemente que Alemania instaurara un orden nuevo en Europa, arramblando para siempre con las plutocracias judaizantes y con el comunismo también judaizante. Lo judaizante, como el perejil, se lo encontraba uno por entonces en todas las salsas.

—Ni siquiera estarás obligado a cantar las alabanzas de la Nueva Europa —proseguía Daranitas, con un mohín cómplice en los labios—. A fin de cuentas, tanto el *Arriba* como *El Hogar Español* son

publicaciones de un país que se ha declarado neutral en la guerra. Aunque, desde luego, dependerán de la actitud que muestres los privilegios que recibas…

—¿Privilegios? ¿De qué tipo?

Daranitas miró en derredor apreciativamente y con chulería. En torno a los oficiales alemanes, empezaban a revolotear como polillas las pioneras de la «colaboración horizontal», deseosas de ofrendarles su virgo fiambre. Daranitas, aunque casado y con churumbeles, era un juerguista inveterado, a la caza siempre de placeres nuevos. «A Daranas le gustan las jaranas», se decía entonces, maliciosamente. Desde que se había impuesto el toque de queda, no era infrecuente verlo en cabarés y antros de moda con señoritas ligeras de cascos, gastando con largueza los copiosos francos que le abultaban la cartera, hasta que el cabaré podía soltar a su clientela, a las cinco de la mañana.

—De muy diverso tipo, Fernandito —dijo, un tanto exasperado—. Desde el punto de vista material, por ejemplo, la Propagandastaffel puede proporcionarte un pisazo a cambio de una renta simbólica, si aprecia en ti el ardor debido. El Comisariado General de las Cuestiones Judías está «arianizando» los pisos de los judíos que han huido de la zona ocupada. A mí me han adjudicado uno recientemente, lujosísimo, al ladito del bosque de Vincennes, donde vivo como un marqués. Y en mi misma calle hay algún otro piso en proceso de «arianización».

Del ardor de Daranitas nadie podía dudar. Nunca lo escatimaba; y podía, incluso, pasarse de frenada, llegando a provocar conflictos incómodos, tanto para el *ABC* como para el mismísimo Franco. Durante nuestra guerra, por ejemplo, Daranitas había arremetido en un artículo contra Manuel Machado, que a la sazón era casi el único escritor de prestigio alineado con los nuestros (dejando aparte la cohorte falangista, dedicada a zanganear y escribir epicedios ripiosos al Ausente), por no haber mostrado un entusiasmo desmedido por el Alzamiento en una entrevista concedida a la revista gabacha *Comoedia*. En aquella ocasión, Daranitas había tildado a Manuel Machado de bibliotecario municipal y espeso, recordando además que había sido funcionario del Frente Popular y colaborador en diarios izquierdistas; y, con típica avilantez de gallito de corral, lo había calificado también de «poeta delicado», cuando lo cierto es que el

pobre carcamal se había follado a todas las cortesanas del café Regina, allá en sus años mozos, cuando podía seducirlas con el alma de nardo del árabe español.

—Yo pondría todo el ardor necesario por conseguir un piso, desde luego —dije, servilísimo—. Estoy viviendo en un cuchitril que me gustaría abandonar cuanto antes. Y, aparte de los privilegios materiales, ¿hay otros más… delicados?

Daranitas no vinculó la elección del epíteto a la invectiva que en su día había lanzado contra Manuel Machado, provocando las iras del triponcete Franco; o, si lo vinculó, se hizo el longui:

—La Propagandastaffel, por supuesto, concede exclusivas a los corresponsales más alineados —respondió—. Y no hace falta que te diga el valor que tiene una exclusiva en tiempos de guerra…

—¿Pero son exclusivas o más bien intoxicaciones? —me atreví a inquirir.

Daranitas rió un poco torcidillo; y aprovechó para pavonearse de méritos añejos:

—Quien te concede una exclusiva te va a ofrecer siempre su versión, inevitablemente. Cuando yo conseguí la mayor exclusiva de mi carrera, que fue anunciar el final del Directorio del general Primo de Rivera, después de burlar la vigilancia de la Guardia Civil y colarme en su despacho para entrevistarlo, tuve que contar su versión, desde luego. —Hizo una pausa, para adoptar teatreramente un tono luctuoso, como a punto de soltar la lagrimilla—: Pero me gané para siempre un amigo. Luego, durante su destierro en París, me hizo muchas confidencias patéticas y emocionantes en su modesta habitación del Hotel Pont Royal. Y tuve el honor de ser uno de los que amortajaron y velaron su cadáver.

Pero, mientras lo decía muy enfáticamente, no dejaba de ponderar las grupas y pechugas de las pioneras del «colaboracionismo horizontal» (bastante esmirriadas y blandurrias, dicho sea de paso), que ya se abalanzaban abiertamente sobre los oficiales de la Wehrmacht, sentándose en sus rodillas y acariciando sus botas.

—Pero tú conseguiste aquella exclusiva a puro huevo, Daranitas. Ahora, por lo que me cuentas, hay que conseguirlas a puro alineamiento —dije, insidioso—. Espero que al menos los alemanes sepan distinguir a los verdaderamente leales de los advenedizos y los arribistas…

Dejé la insinuación en el aire, para que Daranitas entrase al trapo; cosa que hizo, el muy cabestro:

—¿Y eso por quién lo dices? Porque tú no das puntada sin hilo…

—Bueno, acaban de nombrar a Luis Felipe Solms corresponsal de la prensa del Movimiento… Y Solms, aparte de chisgarabís, es un judiazo de Torah y Talmud diarios… Tú sabes mejor que nadie que esa casta maldita es responsable de todos los males que afligen a Europa…

Daranitas empalideció súbitamente. Me gustaba verlo convertido en un títere a mi merced, después de aguantar sus pavoneos de gallito de corral:

—¿Estás seguro de lo que dices? Precisamente acabamos de autorizar su afiliación a nuestro Sindicato…

—Segurísimo —mentí con una convicción sin fisuras—. ¿Tú no has reparado en el tufazo a judío que desprende ese apellido, Solms?

—Pues precisamente a Olga, nuestra secretaria, le estuvo explicando que su apellido procede de una antigua familia de condes del Sacro Imperio Germánico… —se defendió Daranitas, abrumado—. No me explico la osadía de…

—Hombre, si te parece, os va a decir que no tiene prepucio ni come jamón, no te jode —bromeé. Y me lancé de lleno a la inventiva etimológica—: Solms es una contracción evidente de Solomon o Salomón, está más claro que el agua.

—Pero la condición de judío se hereda por vía materna… —se resistió todavía Daranitas, consciente del patinazo que acababan de cometer en el Sindicato.

Reí alevosamente, mientras lanzaba una mirada de asco a las polillas gabachas, que con su aleteo frenético en torno a los oficiales ya empezaban a empolvar el ambiente:

—¿Sabes cuál es su apellido materno? —Daranitas me miraba como un pasmarote consternado—. David. Casi nada: Salomón y David, como quien dice los dos Libros de los Reyes del Antiguo Testamento, de una sola tacada. Ya que habéis autorizado su afiliación, espero que al menos los privilegios ni los huela…

A Daranitas le subía la lava de la cólera por el cuello, hasta congestionarle el rostro. Le rogué encarecidamente que se tranquilizara y obrara con prudencia, poniendo chinitas y zancadillas al advenedizo, antes que montando una zapatiesta, según le pedía su carácter eruptivo y tendente a la gesticulación histérica.

—Tienes toda la razón, Fernandito, así lo haré —dijo, todavía sulfuroso—. Yo untaré con tocino todos los momios que nos caigan para que no me los muerda ese rabino de vía estrecha. Los momios que lleguen a la sección española serán para ti y para mí.

—Me gusta que seas solidario, Daranitas —dije, burlón—. Y que el unte de tocino sea generoso, por favor, que vienen tiempos de racionamiento.

Así debían de entenderlo las polillas gabachas que ya se iban del brazo con los oficiales, dispuestas a entregar mil veces su virgo fiambre con tal de abastecer sus grupas y pechugas. Daranitas me secreteó:

—Voy a intentar agilizar cuanto pueda tu ingreso en el Sindicato. Pero tendrás que asistir todos los jueves a la conferencia semanal de prensa y a las actualidades cinematográficas con que nos obsequia la Propagandastaffel.

—¡Hombre, por supuesto! Ya daba yo por descontado que algún rollo macabeo me tendría que tragar; pero no creo que sea tanto como aguantar los sermones de Velilla.

Reímos ambos a capela, galleando de nuestro vigor de hombres maduros, frente al apagadito Velilla.

—También te advierto —añadió Daranitas— que los alemanes son muy quisquillosos sobre la calidad de nuestros afiliados. Desean estar exhaustivamente informados sobre sus antecedentes y su consideración dentro del gremio. Así que tendrían que recibir una carta de los directores de los medios en los que colaboras. En cuanto recibamos esas cartas puedes pasarte por nuestra sede.

Daranitas, antes de marcharse, se entretuvo departiendo con las polillas que pululaban por la terraza del café Weber, que para entonces eran ya las escurrajas, después de la criba realizada por los oficiales. Yo nunca había hecho ascos a las esmirriadas y las blandurrias, pero aquella tarde noté que me provocaban repulsión, tal vez porque me duraba la sugestión de la bañista prieta y fortachona tallada por Mateo Hernández. Por supuesto, Velilla escribió de inmediato (y al dictado) la carta de recomendación que me requería Daranitas, en la que lo obligué a ensartar los ditirambos más hiperbólicos y humillantes para él y para su hoja parroquial, reconociendo incluso que mi competencia y maestría literaria desbordaban con mucho las modestas pretensiones de *El Hogar*

Español. Y Perico Urraca se encargó de solicitar la firma de Xavier de Echarri, el director del *Arriba*, que llegó en unos pocos días por valija diplomática, en un folio en blanco que Urraca y yo mismo aliñamos a placer, con encomios todavía más superferolíticos que los que había obligado a ensartar al mendrugo de Velilla. Y con ambas cartas me fui al edificio que ocupaba la Propagandastaffel, en el número 52 de la avenida de los Campos Elíseos, que antes de la guerra había abrigado cientos de oficinas diseñadas al estilo americano, pensadas sobre todo para negociantes de paso por París que necesitaban al instante —aquí te pillo, aquí te mato— un despacho con línea telefónica y secretaria incorporadas. La Propagandastaffel había ocupado todas las oficinas del edificio (incautándolas, por supuesto, a sus propietarios) a partir del segundo piso, así como los dos ascensores que los comunicaban con el vestíbulo; pero cuando se entraba en ese vestíbulo, donde se alineaban escaparates de sombrererías, floristerías y perfumerías, no se avistaba ningún distintivo nazi ni despliegue militar que atrajera la atención del paseante. El doctor Goebbels sabía actuar a la chita callando, pensé mientras subía en uno de los ascensores, muy mullidos de alfombras y secretos oficiales.

—Disculpe, ¿es aquí el Sindicato de la Prensa Extranjera? Soy Fernando Navales. Me habían citado...

La sede del Sindicato, encaramada en el quinto piso del edificio, era más bien modesta, con pinta de oficina del catastro. Pero la secretaria, Olga, una rusa blanca hija de un diplomático que había representado al Zar Alejandro II en diversas capitales del mundo hasta que lo apiolaron, era mucho menos esmirriada y blandurria que las colaboracionistas horizontales autóctonas. Andaría cerca de los cuarenta, pero se conservaba terne y a la vez mórbida, con algo de estatua y algo de fruta, y unos ojos no sé si zarcos o garzos, mareantes como el alfabeto cirílico, que parecían albergar dentro de sí el cóncavo mar.

—Adelante, don Fernando, lo estaba esperando. Don Mariano Daranas me pidió que lo atendiera con especial atención —me dijo, con una sonrisa hospitalaria.

Siempre había imaginado a las rusas orondas y desparramadas como samovares; pero aquella Olga parecía haberse traído de la tundra una belleza hiperbórea, a la vez pálida y candente. En otro tiempo su piel lechosa, minuciosa de pecas, me habría trastornado por

completo e impedido comportarme como un caballero; pero para entonces me encontraba un poco ensimismado e inapetente, para sorpresa de mis gónadas. Olga había apilado unos formularios en alemán sobre la mesa, que me iba traduciendo, a la vez que los rellenaba:

—Dígame, don Fernando, ¿ha pertenecido usted a algún partido político?

—Creo que sí… —respondí, algo dubitativo—. Aunque su fundador consideraba que no se trataba de un partido político, sino más bien de un movimiento…

Olga apenas guardaba un rescoldo de acento ruso en su voz, pero hablaba el español con una mezcla heteróclita de acentos —francés, alemán, italiano— que la volvía todavía más encalabrinante, que diría Ruanito. Por supuesto, las disquisiciones sobre la naturaleza del partido o movimiento fundado por José Antonio le importaban un cañamón.

—¿A qué partido? —prosiguió.

—Falange… —contesté, todavía enmarañado en disquisiciones mentales.

—¿Española Tradicionalista y de las JONS? —preguntó, con toda la retahíla impuesta por el Decreto de Unificación.

Pero a mí la retahíla se me antojaba tripudita, culonceta, como hecha de molde para el retaco de Franco, y yo pertenecía a la guardia pretoriana y apolínea de José Antonio:

—Ponga Falange Española a secas, se lo ruego.

Olga ni se enteró del matiz, ni tampoco sus tetas imperiales, que apuntaban en la blusa como las cúpulas bulbosas de la catedral de San Basilio. Mientras me seguía haciendo preguntas y rellenando formularios, llegué a la conclusión de que Daranitas no podría permanecer ajeno a los encantos de aquella Olga; y pensé que sin duda me la había puesto de prueba (pero no sabía si para probar mi hombría o mi continencia). Después de treinta o cuarenta preguntas, Olga me pidió los nombres de mis ancestros, todos muertos, hasta los abuelos paternos y maternos, con los que confeccionó una suerte de rudimentario árbol genealógico.

—La Propagandastaffel exige que todos nuestros afiliados puedan demostrar la pureza aria de sus antepasados —me aclaró Olga—. A veces, si los apellidos les resultan sospechosos, hacen averiguaciones.

Sospeché que las averiguaciones sobre el apellido «Solms» no darían los resultados apetecidos por mi inventiva etimológica. Pero tampoco me parecía convincente que Navales fuese apellido ario de pata negra. Me acordé del poeta delicado, para desconcierto de Olga:

—Yo es que tengo el alma de nardo del árabe español, preciosa. En España somos menos arios que los chinos.

Olga me miró desde la lejanía de sus ojos zarcos o garzos, como si el frío la protegiera de mis bromas meridionales, que tal vez empezasen a resultarle peligrosas, por tocar cuestiones raciales. Así que abrevió:

—Está usted en regla, don Fernando... Firme al pie estos papeles y yo me encargaré de enviarlos al comité del que forma parte don Mariano Daranas, que a su vez expondrá a los alemanes la conveniencia de su afiliación...

No podía arriesgarme a decepcionar a Daranitas, aunque no supiese qué condición mía quería poner a prueba, así que seguí soltando galanterías difusas, aliñadas además con el tuteo falangista:

—Esperaré el veredicto, preciosa. Pero te advierto que, como me admitáis, te voy a rondar más que la tuna.

Y, como al desgaire, miré ensoñadoramente las cúpulas de la catedral de San Basilio, como el neófito que aún no ha sido aceptado a los sacramentos. Olga cumplió con diligencia los trámites burocráticos; y Daranitas debió de considerar que había pasado la prueba, porque en poco más de una semana recibí una carta en la que se me notificaba que ya era miembro del Sindicato de la Prensa Extranjera. Se trataba, humorísticamente, de una carta con membrete de la Prefectura de Policía de París, firmada por el prefecto y con tampón del Sindicato, como si la Propagandastaffel no tuviera vela en el bautizo. De nuevo, me admiraron las artimañas veladas del doctor Goebbels, que sabía más por diablo que por viejo. Volví a quedar con Daranitas en la terraza del café Weber, donde ya la promiscuidad franco-alemana adquiría contornos calientes de lenocinio.

—Cada mes recibirás mil quinientos marcos, como remuneración bajo cuerda —me informó, un poco fastidiado de que cada vez fuésemos más a repartir—. No hace falta que te diga que, en un momento en que el franco está perdiendo valor a chorros, cobrar en marcos es como hacerlo en oro molido.

Me ilusionaba mucho convertirme en sobrecogedor, como

aquellos bohemios de antaño que cobraban del fondo de reptiles, por denigrar o extorsionar a opositores. Y me ilusionaba todavía más cobrar en marcos, que olían a leche fresca y tesoro de los nibelungos.

—Joder, Daranitas, se me hace la boca agua por recibir el primer sobre —confesé.

—Y Urraca te ha propuesto para que te den un piso en mi misma calle —añadió—. Me enteré que otro vecino judío había puesto pies en polvorosa y enseguida pensé en ti. Urraca tiene mano en el Comisariado de las Cuestiones Judías.

Pero, ¿dónde no tenía mano Perico Urraca? Era una bendición estar protegido por sus manos tentaculares, con el aderezo de anguilas, culebras y sanguijuelas que se traía de sus expediciones al cabaré del Infierno. Y era otra bendición estar a partir un piñón con Daranitas, que cortaba el bacalao en el Sindicato y, aunque era hombre un poco energúmeno, sabía sacar tajada de cualquier situación propicia (y yo esperaba, además, mangonearlo astutamente para que el misacantano Solms cayera en desgracia).

—Todo lo que escribas, antes de enviarlo al periódico, lo entregarás en la Propagandastaffel, en un sobre abierto...

—Por supuesto, Daranitas. Eso no hace falta ni decirlo.

Tampoco me tuvo que insistir más para que asistiese a las conferencias de prensa del Sindicato, de las que siempre se encargaba un teniente llamado Schultz, hombre más bien romo y sanguíneo, tan engalanado de hojas de roble que uno acababa imaginando sus partes pudendas del tamaño de una bellota. El teniente Schultz era rubio y sonrosadito, elegante a su manera, pero nada apolíneo, incluso algo más gordo de lo que le pedía el cinturón para abrocharse sin congestionarle la barriga. Se explicaba en un francés gutural y demasiado parco; y cuando una palabra no le venía a la cabeza, cambiaba al alemán, dejándome *in albis*. Las conferencias de prensa se celebraban en los salones del Lido, un club nocturno bastante exótico en el que los gabachos, en pleno desvarío de decadencia viciosa, habían mandado construir una piscina o playa artificial donde escenificaban naumaquias del fornicio. Para entonces, los salones del Lido, a escasas manzanas de la Propagandastaffel, en la misma avenida de los Campos Elíseos, eran una mezcla de club de prensa y salón de reposo, con unos sillones de cuero en los que se hundía el culo (y el sueño rondaba) y una mesa de nogal macizo dominando la

reunión, bajo un retrato idealizado del ángel con gabardina y bigote, que portaba una antorcha, no sé si para guiar los rumbos de la Humanidad (perdón por la mayúscula) o prender fuego al Reichstag. A las conferencias más bien mortecinas del teniente Schultz acudíamos aproximadamente una treintena de periodistas de la más variada procedencia —belgas, holandeses, suizos, suecos, daneses, húngaros, rumanos, japoneses y hasta un par de americanos, que mientras Roosevelt mareaba la perdiz se ponían ciegos a sobrecoger—, pero los que más nos hacíamos notar éramos los españoles: alguno, como el misacantano Solms, porque hacía muchas preguntas con su voz de trompeta desafinada —en su mayoría impertinentes o inoportunas, y cuando no lo eran yo me esforzaba para que lo pareciesen con mis comentarios por lo bajinis—; y otros, como Daranitas o yo mismo, porque glosábamos en un ronroneo las noticias (por lo general, expurgadas de sus aspectos menos beneficiosos para la causa nazi) que iba desgranando el teniente Schultz en su francés macarrónico y entreverado. El teniente Schultz hablaba lentamente, temulento de su propia voz o de la saliva que se le iba acabando, para que pudiéramos tomar cumplida nota de sus palabras. Hablaba sobre todo de cuestiones militares, pero jamás anunciaba una sola operación ni un solo acontecimiento que no hubiesen sido previamente divulgados por los teletipos; así que aquellas reuniones de los jueves eran una especie de regurgitación de una comida ya digerida y bastante añeja. En la primera reunión a la que asistí, el teniente Schultz comentaba el discurso de lord Halifax, el Ministro de Asuntos Exteriores británico, que había rechazado tácitamente la oferta de paz del ángel con gabardina y bigote.

—Inglaterra ha escogido la lucha a muerte y Alemania ha tomado nota de sus deseos —peroraba Schultz—. Halifax nos ha demostrado sobradamente que Inglaterra está cerrada a todo razonamiento y a toda flexibilidad realista. Será, pues, como su jefe Churchill, responsable de los días de luto que se avecinan para su pueblo. ¡Pobre pueblo inglés, que camina de la mano de unos insensatos hacia el abismo!

Se propagó entre el auditorio un rumor de aprobación ansiosa; pues allí todos estábamos convencidos de que (aunque con el paso de Calais de por medio, que exigía acopio de fuerza naval y aérea) la campaña de Inglaterra sería otra victoria aplastante de Alemania,

como lo había sido la de Francia. Daranitas, empalmadísimo y vociferante, alzó el culo de su sofá de un brinco, probando en verdad una agilidad digna de Hermes (yo seguía con mi culo hundido y sin ganas de rebullirme):

—¡El discurso de Halifax no es más que un repugnante sermón protestante! —vociferó—. Tiene el tono patético e hipócrita, a la vez que fanático, de los pastores anglicanos. ¡Pues que se jodan los ingleses si sus curitas metidos a políticos los llevan al matadero!

El teniente Schultz tragó saliva, un poco intimidado, pidiendo con la mirada moderación, como hacía Stalin con Largo Caballero:

—En Alemania las palabras de Halifax nos producen repugnancia —dijo, un poco atribulado—. Sostiene que no piensa responder a las veladas amenazas del discurso del Führer; pero en todo el discurso del Führer no hay ni una sola amenaza, sino una advertencia de las consecuencias de la actitud inglesa. La generosidad del Führer, tristemente, ya no puede prolongarse más…

Se hizo un silencio fúnebre, que sólo se atrevió a infringir el misacantano Solms, con la ambigüedad sinuosa típica del chupacirios o chupacandelabros de siete brazos:

—También ha dicho Halifax que Inglaterra tiene un arma poderosa: la oración.

No se podía saber si Solms se burlaba de Halifax y del arma poderosa de los ingleses, o bien si pretendía advertir de su eficacia. El teniente Schultz, que sabía que los españoles éramos unos católicos tronados y calenturientos, nada se atrevió a decir, por miedo a ofendernos; así que tuve que intervenir yo, para poner a Solms en su sitio (como lo estaba mi culo en el sofá, incapaz de alzarse):

—Los ingleses pueden recurrir a esa arma tan poderosa, Luis Felipito —dije con recochineo—, porque siempre han tenido a sus pies a un montón de países esclavizados que combatían para que ellos, sin derramar una gota de sangre, pudieran quedarse en las islas rezando. Pero, después del desastre de Dunquerque, nadie va a combatir por la pérfida Albión. Y Dios ya se ha hartado de escuchar las súplicas de los ingleses, porque rezan en un idioma que no hay Cristo que lo entienda.

Daranitas me aplaudió frenético, arrastrando consigo a los periodistas más ardorosos o sobrecogedores, mientras el teniente Schultz se mantenía mudo y circunspecto, seguramente desconcertado

de que lo excediéramos en fogosidad, también en confianza en una fulminante derrota inglesa. Concluido el turno de preguntas y comentarios, el teniente Schultz pasaba lista a los presentes y anotaba sus nombres, que luego le servían para confeccionar porcentajes y gráficos de asistencia, según la típica mentalidad cuadriculada de los alemanes, más propensa a la estadística que a la épica, por muy wagnerianos que se pusieran. Después de la conferencia de prensa, tras un breve receso, la Propagandastaffel nos propinaba una sesión cinematográfica; y durante el receso apenas hablábamos entre nosotros de manera franca y abierta, porque allí nadie se fiaba de nadie y sobre todos planeaba el temor a perder el sobre mensual. Las conversaciones, pues, versaban sobre vaguedades meteorológicas, o a lo sumo sobre los problemas de abastos (de poco servía coger el sobre mensual si luego no había viandas en las tiendas). Sólo Daranitas se atrevía a hacerme alguna confidencia:

—Las películas alemanas, te lo advierto, son un soberano coñazo —me musitó al oído—. Carecen tanto de la técnica americana como de la poesía francesa, así que son un somnífero infalible. Y, como encima apagan las luces…

Pero en aquella primera participación mía en las reuniones de los jueves no proyectaron, por fortuna, ninguna plúmbea película de propaganda, sino un noticiario cinematográfico que mostraba el regreso a Berlín de las victoriosas tropas alemanas, después de una campaña de más de diez meses por Europa, desde Polonia a Francia. Los berlineses recibían a sus soldados con guirnaldas en las casas de una enorme avenida céntrica, desde la puerta de Brandeburgo al Palacio Imperial, bajo el sol de un julio indeciso. Entre los vítores de la muchedumbre destacaban por su júbilo las jóvenes berlinesas, con las tetas llenas de leche y el bigote sudado, tremantes de patriotismo y dispuestas a convertirse en valquirias escanciadoras de la tropa en cuanto el ángel con gabardina y bigote diese la orden. Daranitas había empezado a respirar fuerte, aprovechándose de la oscuridad cómplice, y antes de que empezara a roncar le propiné un codazo:

—Tienes que ayudarme con un asunto que traigo entre manos —le dije.

Nadie era mejor conocedor de los círculos periodísticos parisinos que Daranitas, y más concretamente de sus andurriales colaboracionistas, donde según me contaba tenía muchos conocidos

dispuestos al cambalache de favores y admiradores rendidos de Franco y su revolución nacionalseminarista. Le conté muy someramente el encargo que había recibido de Perico Urraca, para la captación de artistillas y plumíferos de la cáscara amarga; pero, para captarlos, necesitaba tentarlos con honores, sobornarlos con algún tipo de reconocimiento o distinción que halagase su vanidad.

—Me vendría de perlas que desde algún periódico relevante y considerado en el medio artístico les dorasen la píldora —concluí—. Que constatasen que cambiar de bando les compensa. El pecado capital de todos ellos es la vanidad.

Daranitas rumió durante unos segundos mi petición, mientras en la pantalla dispuesta en el Lido seguía desfilando al son de marchas bizarras una muchedumbre apolínea y maravillosamente formada; pero lo poco agrada y lo mucho enfada, y los desfiles victoriosos de las tropas alemanas ya me repetían más que la fabada.

—Sin duda el periódico que te ayudaría de mejor gana es *Je Suis Partout,* el gran semanario político y literario. Tienes que hablar con Charles Lesca, su director —susurró.

Conocía, naturalmente, *Je Suis Partout*, que bajo su rótulo un poco intimidante o endiosado —pues se arrogaba el atributo divino de la omnipresencia—, congregaba a los alevines más intrépidos de la Acción Francesa de Charles Maurras. Pero el magisterio maurrasiano se había quedado un poco antañón y timorato para estos alevines, que habían encontrado en *Je Suis Partout* una especie de pulmón suplementario o válvula de escape para la exaltación nacionalista más vociferante, dentro de la colaboración franco-alemana y del proyecto paneuropeo del Tercer Reich. En *Je Suis Partout* escribían las firmas más brillantes del fascismo francés —un fascismo más exaltado y pomposo que ninguno, más ferozmente antisemita que ninguno, pero incapaz de desprenderse de sus rémoras y purrelas revolucionarias, hijo al fin de la mitología emética de la Bastilla—, desde Pierre Drieu La Rochelle a Robert Brasillach, pasando por Lucien Rebatet, que era el que a mí más me gustaba, porque escribía fustigando con un látigo empapado en vitriolo. Pero yo no conocía a Charles Lesca, el director de *Je Suis Partout*.

—Ese Lesca es argentino, ¿verdad? —pregunté a Daranitas.

—Argentino descendiente de vascos de Bayona —me precisó—. Su padre era tío lejano de Ramiro de Maeztu.

Daranitas pronunció el nombre de Maeztu, *paseado* en Aravaca, con respeto reverencial al que me sumé de forma más desenfadada:

—Pues de casta le viene al galgo. Y también a Lesca estuvieron a punto de darle matarile aquí, ¿no?

Charles Lesca había sido detenido, en efecto, por orden del filibustero y coleccionista de querindongas Paul Reynaud, antes de la caída de Francia, por escribir artículos «antirrepublicanos» en *Je Suis Partout* —o sea, por denunciar la sumisión de la Tercera República a los intereses judíos—, e internado en el campo de Gurs, donde había tenido la oportunidad de codearse con comunistas y anarquistas españoles, siempre a la greña. En total, se había tirado cincuenta días prisionero y con el semanario suspendido. Se decía que José Félix de Lequerica había intercedido para liberarlo, por solidaridad euscalduna, más que por simpatía hacia los postulados de *Je Suis Partout.*

—Lesca está forrado —me deslizó Daranitas, cuando el noticiario triunfal tocaba a su fin—. Heredó de su padre una empresa exportadora que valía una fortuna; y él logró triplicarla, gracias a su visión comercial. Además, su mujer tiene minas de plata en Ecuador.

El noticiario, después del baño de multitudes de las tropas triunfantes, entre lluvia de flores y arrechuchos de berlinesas tetáceas, no se olvidaba de los soldados que se habían quedado en los campos de Polonia y de Francia, en los túmulos improvisados en las cunetas de los caminos, con una cruz tosca hecha de palitroques, una fecha, un número y el casco guerrero como una cimera más brillante que el sol. Con esta imagen, a la vez mortuoria y vivificante, y las notas del *Horst Wessel Lied*, se clausuraba el noticiario. El doctor Goebbels sabía manejar los resortes emotivos de la propaganda.

—Yo no tengo entrada con ese Lesca —dije, cuando encendieron las luces de la sala, tras los aplausos de todos los sobrecogedores del Sindicato—. ¿Tú me podrías conseguir un encuentro con él?

Daranitas perdía el culo por hacer corro con el teniente Schultz; pero también le convenía colaborar con toda empresa promovida por Urraca, que era el hombre más temido por la colonia española, igual por los rojos que por los azules. Me palmeó la espalda, efusivo y un poco coñón:

—Cuenta con ello, Fernandito. Con Lesca y con todos los redactores de *Je Suis Partout*. Y luego, si quieres, nos vamos de jarana

con ellos, para que puedas hacer rimas con mi apellido. —Me tomó del brazo e hizo un aparte conmigo—: Oye, por cierto, me dijo Olga que apenas la importunaste. ¿Cómo es eso posible, si es una mujer de bandera?

Sonreí un poco reviradillo:

—Es que a mí las eslavas no acaban de hacerme tilín, no te creas. Cuando estoy con ellas pienso que las nieves rusas acabarán malogrando el proyecto paneuropeo, y no hay manera de que se me levante —me excusé, entre bromas y veras—. Además, yo ahora estoy más en las sardanas que en las jaranas; que también riman con tu apellido, por cierto.

—¿En las sardanas? —se sorprendió Daranitas—. No me jodas que te has enamorado de una catalana...

—¿Por quién me tomas? —fingí escandalizarme—. Lo que pasa es que tengo que dedicarme a camelar a los catalanes, que hasta ahora los he tenido un poco descuidados. Hay mucho artistilla y plumífero polaquito en París, ¿no lo sabías?

X

A Francia le había pasado como a esas momias de los sarcófagos egipcios, a las que bastaba una ráfaga de aire para descomponerse en polvo. Al irrumpir en sus valles y montañas un ejército aguerrido, su decrepitud se había deshecho de un soplo. Era un placer orgiástico pasear por sus calles señalizadas en alemán con letreros de letra gótica, cruzarse con gentes hasta hace poco revoltosas y ahítas de alfalfa revolucionaria que caminaban cabizbajas y con el rabo entre las piernas (o tan chuchurrido que ni siquiera les pendía), sobre todo si intuían que se cruzaban con un radiante corifeo de la Nueva Europa (como era a la sazón mi caso). Aunque, en honor a la verdad, algunas concesiones hechas a los gabachos empezaban a olerme a chamusquina. No me gustaba ni un pelo, por ejemplo, que los ocupantes estuvieran siendo en exceso benévolos con el tinglado montado por el mariscal Pétain, que desde que había puesto los juanetes en remojo, allá en Vichy, se había relajado en demasía, dejando que toda la zona bajo su jurisdicción, de Toulouse a Marsella, se convirtiera en refugio de marxistas y francmasones. Y todavía me gustaba menos que los alemanes hubieran nombrado embajador en Francia a Otto Abetz, un francófilo de alma delicada y delicuescente con ensoñaciones carolingias. A Francia no había que incorporarla a un nuevo imperio presidido por la sombra de Carlomagno; a Francia había que ponerla bajo los cascos del caballo de Atila y triturar sus ínfulas esteticistas, para que toda la Europa remisa o resistente escarmentase en cabeza ajena. El complejito alemán del que me había hablado Ruanito se volvía cada vez más evidente, y me atacaba los nervios.

Por las calles de París habían dejado de circular por mandato de la Kommandantur los automóviles particulares; y, en general, todos los que tuvieran un motor superior a los catorce caballos, incluidos los taxis. Así que, con la excepción de los coches oficiales, sólo rodaban bicicletas; en lo que se probaba que los alemanes se preocupaban por

la salud de los gabachos y la figura de las gabachas, pues no hay nada mejor para favorecer la circulación sanguínea y endurecer los culos que el pedaleo. Por el barrio de Saint Germain-des-Prés, por ejemplo, daba gusto pasearse sin coches, porque allí desembocaban y se fundían los aromas de los Jardines de Luxemburgo con la bullanga del Barrio Latino, las indolencias artísticas de Montparnasse y los silencios de la montaña de Santa Genoveva. Saint Germain, que había empezado siendo un barrio exclusivo y aristocrático, se había tornado luego (lo habían tornado los zascandiles de la Tercera República) burocrático, con muchos palacios reconvertidos en ministerios y embajadas. Pero todavía sobrevivían en las callejuelas las librerías de los *bouquinistes*, con sus libros de saldo de Balzac y Víctor Hugo y otros ilustres moradores del barrio, a veces con dedicatorias floridas a sus caseros o a sus rabizas, para que se dejasen gorronear o contagiar la gonorrea. Y sobrevivían algunos cafés de la época dorada de la bohemia, decorados todavía al estilo que imperaba en el 1900, con mucho estuco y pasamanería que, para entonces, incorporaba un rancio rebozo de mugre. Entre las reliquias supervivientes se contaba el café Flore, donde me había citado con uno de los polaquitos más bonancibles y manejables de la colonia catalana, el barcelonino Sebastián Gasch.

—Ya pensaba que me ibas a dar plantón, Fernando —me dijo, antes incluso de saludarme.

Apenas llegaba diez minutos tarde, pero se había agobiado ante la expectativa de tenerse que pagar la consumición. Sebastián Gasch era zangolotino y llorica, gordo venido a menos y siempre afligido de carpanta, con una cara como de luna pocha y pasmada. Había sido, allá en la Barcelona de las farras separatistas, crítico de arte de mucho predicamento, llegando incluso a firmar manifiestos con Dalí y otros pintamonas con castañuelas y altavoces; pero sus debilidades más confesables —debilidades de niño zangolotino que se atiborra de algodón de azúcar— eran el circo, los títeres, el teatro de variedades, el café teatro, todos esos arrabales de las artes escénicas despreciados por los críticos más pelmas y empingorotados. Gasch era también pelma, pero lo era de un modo menos árido y antipático, con eructitos de horchata de chufa y manzana caramelizada.

—Yo nunca doy plantón a los amigos, Sebastián —exageré—. Mucho menos a mis amigos catalanes, no sea que se me independicen.

A Gasch, desde que había abandonado Cataluña, coincidiendo con la llegada de Yagüe y sus muchachos, no lo abandonaba la expresión de miedo. Se había sumado al exilio por pusilanimidad —su gran aportación a la causa roja era una sinecura en la Generalidad, donde le pagaban un sueldecito como «archivista de recortes de prensa»—, y también porque apenas tenía familia que lo retuviera —era soltero y sus padres habían muerto—, pero las imágenes dantescas del éxodo y los bombardeos a placer sobre la multitud en desbandada que pugnaba por cruzar la frontera le habían destrozado los nervios, convirtiéndolo en un flan con chorreras de llanto. Previo paso por Toulouse, Gasch había sido alojado, junto a otros plumíferos enchufados de la Generalidad como Mercedes Rodoreda, en una residencia señorial de Roissy-en-Brie, donde se aburría como una ostra, porque nadie le hacía trucos de magia, ni juegos malabares, ni coloquios entre payasos. Así que empezó a hacer excursiones a la cercana capital, para asistir a las representaciones del Circo Medrano y la Sala Pleyel, y así sufrió un flechazo o *coup de foudre* por París que no hizo sino intensificarse hasta que finalmente logró instalarse en un chiscón de la calle Rennes, cerca de los Jardines de Luxemburgo. Pero lo había hecho de extranjis, sin conseguir un permiso de residencia; y la entrada de los alemanes lo había pillado desprevenido y sin la documentación en regla, para multiplicación de su miedo, que se extendía como un hormiguillo por todo su cuerpo y lo obligaba a rascarse inmoderadamente, hasta parecer una roncha con patas:

—Es que tú verás el panorama que tengo, Fernando —gimoteaba—. Sin un franco en el bolsillo y con los boches pisándome los talones.

—A ver, Sebastián, no exageres tanto ni te pongas jeremías —lo tranquilicé, nada más sentarme ante el velador—. Los boches tienen cosas más importantes que hacer que pisarte los talones. Y algún franco sí tienes en el bolsillo, porque un pajarito me ha dicho que la Embajada de México te paga una asignación mensual de mil francos, como a tantos otros rojillos privilegiados. Ya me dirás cómo conseguiste que te la pagara, por cierto, porque todavía no te he leído una diatriba contra Franco.

Gasch abombó el pecho, haciéndose el digno. Como era un gordo venido a menos por culpa de las restricciones alimentarias, el traje se le había quedado flojo y abolsado:

—He combatido a la reacción ensalzando el arte nuevo —dijo,

compungido—. Cada uno combate desde su trinchera. Pero la Embajada de México ha debido de considerar que no me he mostrado suficientemente beligerante y me ha cerrado el grifo. Ni siquiera quieren concederme el visado para viajar a su país.

Sospeché que Gasch más bien pretendería que le pagasen el pasaje del barco. Como su paisana Ana María Sagi y los hermanos Expósito, se había quedado atrapado y sin medios de vida en un país donde empezaban a pintar los bastos con esvástica, y sin un enchufe ante las embajadas.

—He conocido a otros en tu misma situación —dije—. A una paisana tuya, mismamente, llamada Ana María Sagi. ¿La conoces?

El rostro lunar de Gasch, siempre pasmado, se hinchó de otro pasmo suplementario y teñido de espanto, hasta volverse luna llena:

—¡Vaya compañías con las que andas! —exclamó, y se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera retenerla sobre los hombros—. A la Sagi nadie quiere verla ni en pintura. Andaba peleada con todo el mundo, tenía un carácter insufrible. Y siempre quiso jugar con dos barajas, pretendiéndose más catalanista y de izquierdas que nadie, pero escribiendo sus poemas en castellano. A esto se le llama estar en misa y repicando. ¿Dónde se ha visto semejante mejunje? Hasta que, al estallar la guerra, tiró por la calle de en medio y se fue con los anarquistas al frente de Aragón...

Pero jugar con dos barajas, y aun con tres o cuatro, es lo propio de la contradictoria naturaleza humana, porque no estamos hechos de una pieza. Me fastidiaba, en el fondo, andar justificando a Ana María Sagi, pero me seguían repicando en las recámaras de la memoria los versos que me había recitado en el jardín de Mateo Hernández: «Iremos a la playa, donde en la arena un día *trazaste el breve nombre que el oleaje borró*. El nombre desvelado perdura todavía: / la voz azul y trémula del mar lo recogió». ¿Por qué demonios no se me borraba aquel recuerdo?

—O sea, que se fue con los anarquistas por despecho —la defendí, absurdamente.

—Se fue con los anarquistas porque llevaba el veneno metido en la sangre —dijo Gasch, con un temblor en los mofletes—. Se paseaba por Barcelona, cada vez que volvía del frente, con mono de miliciana y pistola al cinto. Y se decía que había participado en asesinatos y latrocinios. En Toulouse, donde coincidimos al principio del exilio,

nadie quería saber nada de ella, le hacía todo el mundo el vacío. Andaba siempre con unos tipejos malencarados, unos anarquistas andaluces de los que también se contaban atrocidades…

—Los hermanos Expósito —dije—. Parecen el Gordo y el Flaco.

—Esos mismos. Se rumoreaba que habían robado a manos llenas en Caspe, donde los anarquistas tenían su capital. Al parecer eran uña y carne del jefe de todos ellos, un tal Ascaso. A los anarquistas de Caspe tuvo que desmantelarlos el Gobierno de Negrín, porque estaban desprestigiando a la República con sus latrocinios.

La cara de susto se le había ido hinchando cada vez más, hasta convertirse en una vejiga temblona.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —exclamé, jocoso—. Estaba Negrín como para acusar a otros de latrocinio, después de vaciar las arcas del Banco de España, no te jode. Desengáñate, Gasch, eso eran rivalidades entre comunistas y anarquistas. Y como los comunistas eran más fuertes, porque contaban con el apoyo de Stalin, se dedicaron a denigrar a los anarquistas y a darles masculillo —concluí, en descargo de Ana María. Y traté de ganarme su voluntad medrosa—: Pero tú no eras ni de los unos ni de los otros, sino un republicano moderado y de orden. Así que no veo yo por qué vas a tener que pasar miedo por culpa de los boches. Que yo sepa, los boches no son monárquicos, ni han prohibido hablar en catalán, ni han ordenado cerrar los circos… No son ni hacen nada que pueda preocuparte.

—¡Hasta he dejado casi de tratarme con escritores catalanes! —afirmó Gasch, con fervor de catecúmeno—. La convivencia con Rodoreda y otros de su cuerda en Roissy-en-Brie fue nefasta, y me prometí apartarme de ellos para siempre. Si algún día regreso a España, he pensado incluso que escribiré mis críticas de arte en español.

Tal vez no le iba a quedar otro remedio; pero no formulé esta perfidia, para no desanimarlo ni disuadirlo de regresar. Por el momento, me interesaba mucho más retenerlo en París, sin embargo:

—Yo podría arreglar lo de tu permiso de residencia, Sebastián —musité, poniendo un aderezo absurdo de clandestinidad al ofrecimiento—. Pero, a cambio, me tienes que presentar a algunos amigos tuyos, artistas en su mayoría, con los que me gustaría tener trato…

En el café Flore, mayormente, sólo había artistas galloferos y

frotaesquinas, pero justo en ese momento entró en el local, como si lo hiciera al conjuro de mis palabras, un hombre bajito y sin embargo muy membrudo, vestido con una gabardina raída que le llegaba hasta los pies y un sombrero calado hasta las orejas. Un mechón lacio le caía, al estilo del ángel con gabardina y bigote, sobre la frente muy atezada. Tenía el rostro tallado a golpe de hacha y los ojos fulgurantes y negrísimos típicos del andaluz cuco y golfo, muy vivaces en el escrutinio de cuanto le rodeaba. Era Picasso, la reina madre de los pintamonas, con su pinta algo simiesca de garajista que se folla en la garita del garaje lo mismo a una marquesa que a una florista, con tal de que ninguna de las dos se haya lavado demasiado. Lo acompañaba una de sus amantes, la pintora y fotógrafa Dora Maar, musa de la tribu surrealista y proveedora de humores corporales para algunos de sus miembros más cenagosos o pervertidos (se contaba, por ejemplo, que Georges Bataille la llamaba de vez en cuando para que le orinase encima). Dora Maar era alta y morena, con el pelo suelto sobre los hombros como una madeja de pensamientos impuros y la mirada entre mística y lúbrica, o sólo un poco estrábica. Tenía la mandíbula algo pesada o papona, un rictus despreciativo en los labios demasiado pintados de carmín, y fumaba cigarrillos en una larguísima boquilla de carey.

—Pues mira, hablando de amigos… —dijo Gasch, a quien la presencia de las celebridades, lo mismo del arte que de la farándula, ponía nervioso—. ¿Me permites que me levante a saludarlos?

—Faltaría más, Sebastián. Dile a Picasso que estás tomando un café con un tremendo admirador suyo.

Gasch fue a rendir pleitesía al pintamonas y a su amante, que se había sacado del bolso una navajita con la que se escarbaba las uñas, también muy pintadas de carmín, a juego con los labios. Dora Maar hablaba un español bastante fluido, con una voz muy hermosa y musical; y, cuando Gasch me mencionó, me dedicó una mirada a la virulé que me habría encalabrinado muchísimo si yo hubiese sido surrealista. Pero, siendo falangista de José Antonio, me gustaban más los ojos de la copla de Rafael de León, verdes como la albahaca y como el trigo verdes. Y los ojos de Dora Maar eran, además, abultados y equinos.

—¿Cómo es que Picasso sigue en París? —le pregunté a Gasch cuando volvió de rendir pleitesía a la pareja—. ¿No tiene miedo a ser

detenido o deportado? Toda su obra es arte degenerado, según los cánones nazis.

Gasch sonreía seráficamente, para disimular su incomodidad y también para que Picasso, que seguía clavándonos su mirada de mono astuto, no descifrara el contenido de nuestra conversación.

—Me consta que ha recibido ofrecimientos para marchar a México, a Brasil, incluso a los Estados Unidos. Pero él ha preferido quedarse.

—¿Y eso cómo se explica?

Empezó a rascarse compulsivamente las ronchas y a mover las piernas con ansiedad, sin dimitir de la sonrisa:

—Se cuenta que Arno Breker, el escultor de cámara de Hitler, lo protege —susurró, con una voz apenas audible—. Cuando vino con el Führer, para darse un paseo por el París conquistado, Breker al parecer pidió que no se molestase de ningún modo a Jean Cocteau y a Pablo Picasso, argumentando que eran demasiado renombrados en todo el mundo. Cualquier molestia que se les causara proyectaría una imagen nefasta del Tercer Reich que la prensa enemiga aprovecharía.

Así que el ángel con gabardina y bigote había lanzado la consigna de que no se le tocase ni un pelo del flequillo al pintamonas con pinta de garajista, que todos los cuerpos policiales alemanes —lo mismo la funcionarial Gestapo que el fanático SD— cumplían a rajatabla, conformándose con impedir que expusiera públicamente su obra. Dora Maar, entretanto, había terminado de escarbarse las uñas con su navajita, pero en lugar de devolverla al bolso decidió probar un juego peligroso, muy del gusto apache (o tal vez se tratase de un psicodrama surrealista). Plantó una mano sobre el velador y, empuñando la navajita con la otra, la clavaba en los intersticios de los dedos desplegados, a una velocidad cada vez más frenética, mientras bizqueaba. Se notaba que quería llamar la atención de Picasso de las formas más desesperadas y grotescas; pero el pintamonas se mantenía impertérrito, poniendo cara de estatuilla azteca.

—Pobre mujer, está como un cencerro —comenté por lo bajinis —. Se ve que este Picasso no es de los que se dejan mear encima.

—La comen los celos —me informó Gasch, que era bonachón pero también chafardero—. Picasso todavía no ha dejado del todo a una amante antigua, llamada Marie-Thérèse Walter, con la que además tiene una hija. A veces han visto a Dora Maar rondando la

casa que Picasso le puso a la antigua amante y a la hija, y llorando como una magdalena.

Dora Maar, completamente enajenada, había acelerado el juego hasta que el repiqueteo de la navajita sobre el velador se volvió aturdidor. Al final, como no podía ser de otro modo, se la clavó en un dedo, que empezó a sangrarle copiosamente, como si se le hubiera derramado el carmín de las uñas. Picasso, en lugar de socorrerla, le largó un bofetón con su manaza de pelotari, como si estuviese sacudiendo una alfombra, que la hizo tambalearse en su asiento y la dejó medio noqueada. Picasso lanzó una risotada caníbal que disuadió de intervenir a todos los parroquianos del café Flore.

—Se ve que el pintamonas disfruta apaleando a las mujeres —dije.

Gasch había bajado pudorosamente la vista, como si su cabeza lunar se hubiese deshinchado definitivamente.

—Aprendió a hacerlo en los burdeles del Barrio Chino de Barcelona, y le cogió gusto —murmuró—. Pero también sabe escoger mujeres que no se quejan cuando les zurra.

Dora Maar, desde luego, había encajado el bofetón con humilde obediencia, como la beata encaja la penitencia que le impone su confesor. Y todavía a Picasso la risa le bullía en las tripas, como un borborigmo.

—Déjate de leches, a las mujeres no les gusta que les zurren, salvo a alguna pervertida y en la cama. Esa Dora Maar es una pobre sufridora. Y el pintamonas un cabrón con pintas.

Gasch hizo de abogado del diablo:

—No te creas que sea siempre tan malo. A los exiliados nos invita a veces a comer. A mí, sin ir más lejos, me invitó un día que tenía un hambre de lobo a comerme un pollo que devoré con huesos y todo.

Y, evocando aquel episodio, Gasch empezaba a salivar, porque su hambre era crónica. El pobre zangolotino no advertía que el pintamonas arrojaba estas gallofas a los exiliados como quien arroja migas de pan a las palomas, por pasar el rato, y también porque disfrutaba coleccionando monstruos (conocía bien esta afición, que yo mismo había llegado a cultivar, después de aprenderla en Ramón Gómez de la Serna). Una vez repuesta del bofetón que le había dejado el carrillo tumefacto, Dora Maar había empezado a sollozar en sordina, ante la complacencia de Picasso, que se levantó del velador y

se caló el sombrero, antes de sacar de malas maneras a su amante del café, para seguir zurrándola en casa. Noté que el pintamonas le clavaba con fruición los dedos en el brazo, que estaba moteado de cardenales. Cuando por fin abandonaron el Flore, Gasch respiró aliviado.

—Vamos a hacer un trato, Sebastián —le dije—. Yo te consigo un permiso de residencia en París, a través del consulado, y tú me consigues una visita al estudio de Picasso. ¿Qué te parece?

No era una tarea sencilla, porque al estudio de Picasso peregrinaban en romería todos los artistas menesterosos de París, muy especialmente los exiliados españoles, en busca de su pollo o sus migas de pan (¡pitas, pitas, pitas!); y, además, Picasso tenía un secretario muy puntilloso, un tal Sabartés (homosexual platónico al que también le daba muy mala vida), que hacía de cancerbero, impidiendo el paso a los advenedizos. Gasch hizo un mohín compungido:

—Está bien, lo intentaré.

No daba el encuentro por terminado, así que supuse que esperaba que lo invitase también a cenar. Pero no pensaba hacerlo; pues aunque Urraca me había proveído de dinero para gastos de representación, no conviene mostrarse demasiado blando con la presa que ya ha caído en la trampa. En lugar de invitarlo a cenar, le acerqué mi café con leche, que apenas había probado y se había quedado ya frío.

—Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo —le dije, citando al clásico—. Mejor vida tienes que el Papa.

Gasch se trasegó el café en un periquete, después de echarle los terrones de azúcar que yo no había tampoco tocado. Y se lamió los berretes de las comisuras de los labios.

—No te burles de mí, Fernando, que ando a la cuarta pregunta. He tenido que suprimir hasta el cine y el circo, porque no tengo dinero para pagar las entradas; tú sabes mejor que nadie el sacrificio que eso supone para mí —me lloriqueó, con voz lóbrega—. Ahora estoy intentando sablear a Ana de Pombo, la modista de la lujosa Casa Paquin, que resulta que quiere triunfar como bailarina y me ha pedido que le escriba un comentario para su programa de mano. ¿La conoces?

—Me han hablado de ella, pero no tengo el gusto —dije, un poco displicente.

—Pues deberías conocerla, porque es de tu cuerda y, además, le gustan los hombres como tú, castigadores y de pelo en pecho —me animó, picaruelo—. Y todavía más si llevan la camisa azul mahón, eso la... la...

—La encalabrina —lo ayudé.

Gasch asintió, aliviado de que supliera sus deficiencias en castellano:

—Con decirte que, para su carrera de bailarina, ha decidido adoptar el nombre artístico de Ana de España, ya te puedes imaginar que muy roja no es... Y tampoco la gente de la que se rodea. Todos los lunes abre su salón a quienes desean verla bailar. Y acoge en su casa exposiciones de pintores españoles, con tal de que juren lealtad al Caudillo. —Me miró con una rijosidad que no le conocía, pero detrás de todo mansurrón se esconde un rijoso—. Yo creo que a ti te gustaría, porque te gustan las mujeres raras. Si te fijaste en la Sagi, te fijarás también en Ana de Pombo.

Me estaba poniendo los dientes largos, el puñetero. Y, viendo que ya me había intrigado y que, por el momento, no podía sacarme nada más, se aprestó a partir.

—¿Y está casada? —le pregunté.

—De joven estuvo casada con un hombre de la alta sociedad cántabra que le doblaba la edad y estaba loco de atar —me chismorreó, encantado en su papel de diablo cojuelo—. Por fortuna, logró meterlo en un manicomio y así pudo venirse a París, donde se casó por lo civil con un diplomático uruguayo con ínfulas de artista, Fernando Capurro. Pero se ve que el Capurro es medio capado y no la satisface mucho, así que como si no estuviera casada. —Y ya desde la puerta del café, me exhortó—: ¡Vete a su salón, hazme caso, que te vas a poner las botas!

Lo vi marchar arrastrando los pies por el bulevar Saint-Germain, vencido vencejo del atardecer. Pero el caso es que el pajarito había conseguido picarme la curiosidad.

XI

Tanto me la picó que al lunes siguiente acudí al salón de Ana de Pombo, en la calle Saint-Simon, en la orilla izquierda del Sena. Y me puse, además, para la ocasión, la camisa azul mahón que ya sólo me ponía en las galas y actos oficiales de la avenida Marceau, enmascarada o realzada con una corbata y una chaqueta negras que me daban cierto aire gansteril. Ana de Pombo vivía en un edificio vagamente monumental, con esa pátina discreta propia del *faubourg* Saint-Germain, que ha venido a menos sin perder el decoro. Hasta el portal anchuroso llegaba el rumor del salón, para entonces ya muy concurrido —llegaba tarde adrede, para que nadie reparase en mí—, pues Ana de Pombo habitaba en los bajos del edificio, al final de un corredor que multiplicaba los ecos. La puerta de su casa estaba abierta de par en par a todo quisque; y había que atravesar un vasto vestíbulo completamente a oscuras —aunque con pocos muebles, para evitar que los recién llegados se diesen topetazos—, antes de llegar al salón, iluminado muy escénicamente, para envolver en un ruedo de claridad a Ana de Pombo, que estaba bailando, mientras el resto de la estancia quedaba sumida en la penumbra, incluido el pianista, que tocaba una danza de Granados. Enseguida entendí por qué Gasch me había dicho que la moza me iba a gustar.

Aunque, para ser precisos, no tenía ya nada de moza. Andaría frisando los cuarenta años muy vividos que no trataba de disimular; pero, aunque se mostraba muy orgullosa de sus arrugas, se la notaba poseída de un azogue juvenil que le desbordaba por los poros de la piel (y, para entonces, estaba muy barnizada de sudor, pues debía de llevar un rato largo bailando). Tenía un gesto desafiante y una melena levemente ondulada y con vislumbres rojizos que se le alborotaba mucho al bailar, con guedejas que se le pegaban al rostro sudoroso, como tallos de enredadera. Ana de Pombo era flaca como una galga: tenía el cuerpo fibroso y aristócrata, con una pierna que sacaba a paseo por la raja de la falda muy doradita y torneada, como si la

hubiese metido un poco en el horno, junto al pernil del cordero, y tenía una sonrisa de puta bondadosa, no sé si pasiega o montañesa, pero desde luego incongruente con su prosapia (decía que descendía del ducado de Donesteve, pero tampoco había que hacerle mucho caso). Llevaba un collar de perlas de muchas vueltas alrededor del cuello, y las manos anilladas de joyas caras y también de huesos (el anillado de huesos es lo más erotizante de los dedos). En general era más bien fea, pero con una calavera privilegiada, como el resto de su esqueleto; y, a fin de cuentas, la belleza, a partir de ciertas edades, es una cuestión de esqueleto. Ana de Pombo lo movía, además, esplendorosamente, con furia mística, con elegancia plástica, con ademanes graves, en una danza personalísima muy alejada de la gitanería desenfrenada, la orgía de jipidos y la seducción lasciva (que con mis años había dejado de seducirme). Ana de Pombo no andaluceaba en el baile, sino que trataba de alternar toda la gama sinuosa y ardiente de las tierras de España; y tampoco andaluceaba en el atuendo, que trataba de combinar elementos de muchos trajes regionales antiguos, en una equilibrada *mélange* que no llegaba a zurriburri. Y, mientras bailaba pasaba del arrebato al desfallecimiento, de la angustia a la exultación, de la nostalgia al fatalismo, en un jaleo anímico que revelaba su desorden interior. Definitivamente, Ana de Pombo me había impresionado muy favorablemente; y cuando sacaba la pierna a paseo llegaba a encalabrinarme.

—¡Bravo! ¡Vivan la gracia y el salero! —me hice notar entre el aplauso de los circunstantes.

Había algo altanero, casi despreciativo, en el baile de Ana de Pombo, una gravedad que trataba de acallar la sensualidad y, sin embargo, lograba acrecentarla. Pero tal vez esto sólo me lo pareciera a mí, por gustarme las mujeres raras. Entre la concurrencia, donde alternaban los abrigos de astracán y visón con los trajes de esmoquin y las chaquetas de terciopelo *genre artiste*, la danza había gustado sólo moderadamente; o tal vez fuesen todos demasiado estirados y selectos como para prorrumpir en vítores, como había hecho yo. Al encenderse las luces del salón, Ana de Pombo miró hacia el lugar del que procedían los vítores, donde la aguardaban mi camisa azul mahón y mi sonrisa expectante y carnívora (pero también dispuesta a comerse todos los huesos de su esqueleto, como Gasch se comía todos los huesos de los pollos, cuando estaba hambriento).

—Gracias, muchas gracias por su generosidad —me dijo Ana de Pombo, fingiendo que se lo decía a todo el mundo, en un francés exquisito.

Entre la concurrencia se contaban algunos gabachos de relumbrón, todos ellos del *côté collabo*, o siquiera del coqueteo de la Parrala (que sí, que no), según pude comprobar al echar un vistazo somero. Estaba, por ejemplo, el dramaturgo Sacha Guitry, presuntuoso y teatrero en todos sus gestos y ademanes, que parecía levitar, como si estuviese unos centímetros por encima de todos los mortales, sin advertir que ya era una estantigua de otra época que dormía a las ovejas. Estaba también Jean Cocteau, el protegido de Arno Breker, con su pinta de barón fantasma o autómata de porcelana, con los cabellos de punta (eran antenas que captaban la electricidad estática) y el culete escocido; miraba a Sacha Guitry con veneración y asquito, pues aspiraba a arrebatarle el cetro de la fama, haciendo sin embargo teatro de vanguardia y cine poético, frente a los tostones clasicones de Guitry. Y estaba también la veterana Colette, que ocupaba una suerte de trono (tal vez la hubiesen traído en silla gestatoria, desde su apartamento en el Palais-Royal, que los alemanes no habían confiscado en atención a ella); tenía unas piernas paquidermas, con varices como sanguijuelas ahítas que podría haberle regalado a la jamona del cabaré del Infierno, y sonreía con una suerte de aviesa levedad, la misma con la que escribía sus artículos mordaces en las cabeceras más conspicuas de la prensa colaboracionista. También se había juntado en el salón una nutrida representación de la colonia española, inevitablemente mucho menos ilustre que la gabacha; pero allí estaban, para empezar, el doctor Marañón y su mujer, doña Lola Moya, que se estremeció de disgusto o repugnancia nada más verme. Su marido, en cambio, acudió muy obsequioso a saludarme:

—¡Cómo me alegra verle, Navales! —mintió muy profesionalmente—. Precisamente esta mañana me he pasado por la avenida Marceau, para decirle a Velilla que puede contar conmigo y con todos los miembros de mi familia para cuanta actividad organice. —Y añadió, cauto—: A Velilla lo noté un poco sorprendido de mi ofrecimiento. ¿Es que usted no le dijo nada de nuestra conversación?

—¿Por quién me toma, don Gregorio? —dije, haciéndome también el sorprendido—. Las cuestiones delicadas que hablamos aquel día usted y yo quedan entre nosotros. No las publiqué en el

Arriba y mucho menos se las voy a contar al zoquete de Velilla. Tenga usted en cuenta, además, que ya no despacho con él sino que actúo con autonomía, bajo las órdenes directas de Perico Urraca, que es como decir del Conde de Mayalde. Usted haga como le indiqué, sin dar explicaciones a Velilla, que para lo que importa pinta menos que una mona.

Marañón no salía de su asombro, que se le coagulaba en los ojos, como una catarata blanquinosa. Pero ni el asombro lo hacía dimitir de sus cautelas:

—¿Está usted seguro?

—Como de que soy camisa vieja, don Gregorio —dije, sacando pecho.

Tras los aplausos a los bailes de Ana de Pombo, las conversaciones se ramificaban en corros o cogollitos por el salón, decorado con altas cortinas de lienzo blanco almidonado, tallas románicas muy ventiladas de carcoma, grandes cirios fragantes de almizcle y relicarios antiquísimos, con dedos momificados tan anillados de hueso como los de la anfitriona y cápsulas de sangre fosilizada que no se licuaba ni por recomendación del Papa (pero a Pío XII nadie le hacía ni caso, empezando por el ángel con gabardina y bigote). Había también algún almohadón disperso por el suelo; y juntando varios se había pergeñado una suerte de sofá un hombre chiquitín y revoltoso, con algo de bufón y algo de macaco, que se las daba de ingenioso y quería que todo el mundo oyera sus elogios paradójicos a la anfitriona:

—Desde luego, Anita, sólo se puede ser tan española como lo eres tú cuando se lleva mucho tiempo viviendo en el extranjero.

Reconocí enseguida la voz de pito (de silbato, quiero decir, aunque se hubiese comido muchos de los otros) de Pepito Zamora, que seguía conservando cierta prestancia juvenil a pesar de los casi cincuenta años que ya tendría, como si durmiese entre bolitas de alcanfor. Pepito Zamora había formado en el Madrid de entreguerras pareja estrambótica con el escritor Antonio de Hoyos y Vinent, sordo y aristócrata, que había muerto pocos meses atrás en la prisión de Porlier, después de que sus carceleros le irrigaran los intestinos con una lavativa de aceite hirviendo (así de crudamente me lo había contado, al menos, Perico Urraca). Yo había tratado mucho a Pepito Zamora en mis años de secretario del Teatro de la Comedia, cuando

diseñaba el vestuario (o la ausencia de vestuario, más bien) de los vodeviles más sicalípticos, con mucha pluma y lentejuela; y también cuando llegó a ser el figurinista predilecto de las tonadilleras y bailarinas más cotizadas del momento. Por aquel entonces, siendo yo un jovencito con episodios de priapismo, asistía con frecuencia a las fiestas de disfraces que Hoyos organizaba en su palacio de la calle Marqués de Riscal (muy cerca de donde luego se abriría la primera sede de la Falange), para magrearles el culo a La Bella Chelito y a Tórtola Valencia, aprovechando que navegaban por el sueño pánfilo del opio, mientras Pepito Zamora se dejaba empotrar por los chaperos que Hoyos contrataba para la ocasión. A lo mejor Pepito Zamora no me recordaba de las orgías de Marqués de Riscal; pero estaba seguro de que, en cambio, se acordaría perfectamente de la paliza que algunos años más tarde les propinaron, a él y a Hoyos, el baturro Luis Buñuel y un púgil sonado llamado Johnson, un negrazo que entrenaba al cineasta y lo acompañaba en sus redadas de bujarrones por los pestíferos mingitorios de la plaza del Progreso. Buñuel, que estaba muy atlético, había hecho de reclamo, empitonándolos en los mingitorios; después el negrazo Johnson había caído sobre ellos, dejándoles las caras hechas un cuadro de carne magullada o sangrante; y, para rematar la faena, Ruanito y yo nos habíamos sumado a Buñuel y Johnson en una meada colectiva sobre los despojos de la parejita. Había oído que Pepito Zamora, más ágil y despierto que Antonio de Hoyos, se había refugiado en París, después de montar con su viejo amante una comuna libertaria en el palacio de Marqués de Riscal, evitando así la chirona tras la caída de Madrid; pero nunca hasta entonces había coincidido con él en ningún lugar.

—¡Pepito querido! —grité, de punta a punta del salón—. ¡Benditos los ojos que te ven!

Pepito Zamora, a juzgar por lo mucho que achinaba los suyos, no me veía demasiado bien. En cambio, sus orejas reconocieron perfectamente mi voz, porque su rostro pizpireto se nubló de palidez y se puso histérico:

—¡No te acerques a mí, maldito! ¡He dicho que no te acerques a mí!

Y pataleaba, emberrinchado o histérico, para sorpresa de la concurrencia, que no se explicaba la razón de su telele. Yo, por supuesto, hice caso omiso de sus improperios y le quise dar un beso de

Judas; pero Pepito, aunque canijo, logró desasirse de mi abrazo, y empezó a tirarme puñadas que esquivé fácilmente.

—Vaya, Pepito, veo que estás pendenciero… —sonreí, socarrón—. ¿Qué te parece si llamo al negro Johnson, para que juegue contigo al zumba zumba?

Al oír el nombre de aquel lejano agresor que tal vez todavía manchase sus insomnios, Pepito Zamora empezó a acezar, antes de quebrarse en un llanto sincopado. Al ruido de sus hipidos y gimoteos acudió Ana de Pombo, fastidiada de que Pepito Zamora le estuviese malogrando la velada:

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó.

Pepito Zamora me señaló acusica con el dedo:

—Ese mal bicho que tienes delante… —se atragantaba al hablar, como si estuviese al borde del síncope—. Se llama Fernando Navales, y de joven se dedicaba a dar palizas a pobre gente indefensa.

Ana de Pombo me miraba, intrigada o cachonda. Procuré explicarme con detalle, para no defraudarla:

—Tranquilízate, Pepito. En primer lugar, no eran palizas a «pobre gente indefensa», así, en general, sino tan sólo a maricones. Y quienes las daban, para ser exactos, eran Luis Buñuel y el negro Johnson. Es verdad que cierta noche nos sumamos Ruanito y yo, por pasar el rato, pero lo nuestro era cosa de diletantes ocasionales. Ahí el profesional era Buñuel, que por cierto era de los tuyos…

Ana de Pombo no dejaba de mirarme, todavía intrigada pero cada vez más ponderativa:

—¿Homosexual, quieres decir? —me tuteó, atenta al color de mi camisa.

Fingí consternación:

—No, rojo. Yo no quería decirlo, por no aguar la fiesta, pero Pepito Zamora estuvo en el bando de los rojos, durante la Cruzada, haciendo de alcahuete en la comuna anarquista que montó Antonio de Hoyos y Vinent en su palacio. —Y, a la consternación fingida, añadí una pizca de alevosía—: Y esto sin contar algún artículo que publicó en la prensa arengando a los milicianos, claro.

Se habían congregado en derredor hasta un par de docenas de personas, curiosas del altercado que inopinadamente se había producido. Ana de Pombo miraba a Pepito Zamora con una mezcla de conmiseración y severidad:

—¿Es cierto lo que ha dicho este señor?

Pepito balbuceaba, manoteaba, se desesperaba por hacer comprender que su acusador merecía un castigo mucho más ensañado que el que pudiera merecer él, por haber echado unos pocos pelillos más de cizaña en el mar rojo:

—Aquellos fueron lamentables deslices de los que ahora me arrepiento…

Pero Ana de Pombo no aceptaba arrepentimientos tardíos:

—Deslices son los que has cometido con el culo, Pepito, por los que en esta casa nunca te hemos pedido cuentas —dijo, implacable—. Te ruego que me aclares de una vez si apoyaste a los rojos.

Entre los invitados se destacó un sudamericano ataviado con uniforme diplomático, como un napoleoncito austral, de bizarría postiza y gentileza feble. Calculé que sería el uruguayo Capurro o Capado al que se había referido Gasch. Tenía las hechuras típicas del charlista insufrible y estaba un poco chepudito, por el peso de la cornamenta:

—Anita, no creo que sea el momento adecuado… —reconvino a su mujer, con sonrisa de circunstancias—. Nuestros invitados…

—Nuestros invitados saben perfectamente que las puertas de esta casa están abiertas a cualquier persona, con tal de que no haya mostrado simpatías hacia los rojos —lo cortó, terminante como una navaja barbera—. Perdí a mi hijo más amado, que era falangista, en el verano del 36, torturado durante ocho días y fusilado a bordo de un barco anclado en la bahía de Santander que los comunistas habían convertido en checa. Enterrar a un hijo es el dolor más inhumano que puede sufrir una madre; y más cuando ese hijo ha sido antes despedazado por criminales a los que otros azuzaban, como este maricón repugnante. —Miró a Pepito Zamora como si le quisiera arrancar las uñas y los dientes sin cloroformo, como tal vez habrían hecho con su hijo, y le retiró el tuteo por asco—: Lárguese de aquí ahora mismo, antes de que lo estrangule con mis propias manos. No quiero volver a verlo en mi vida.

Se abrió un silencio de velatorio o de checa atestada de cadáveres; y Pepito Zamora abandonó el salón con la cabeza gacha, como una reina de Saba condenada al destierro. Por un momento me entraron ganas de inflarlo a sopapos, en homenaje al surrealista Buñuel y al negrazo Johnson, pero me convenía más consolar a Ana

de Pombo. A modo de pésame, musité en su oído un pasaje de la oración por los caídos de la Falange que tantas veces había escuchado recitar a su autor, Rafael Sánchez Mazas, con su voz de rabino afónico:

—Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria.

Ana de Pombo asintió, a punto de echarse a llorar. Aunque trabajaba para las casas de diseño más lujosas de París, no se perfumaba con las repugnantes pócimas que las gabachas empleaban para que no se notase su falta de higiene. Su garganta seguía oliendo a brezo y retama, a braña cántabra; y me hubiese gustado comerla a besos o a mordiscos, pero como muestra de condolencia no era la más adecuada.

—Amén —dijo Ana de Pombo, hablándome también al oído y acariciándome la mejilla—. Te agradezco mucho que hayas desenmascarado a ese maldito. Quédate hasta el final, te lo pido.

Había algo a la vez impúdico y afligido en su súplica que me estremeció. Por el momento, después del número de baile, y tras la expulsión con cajas destempladas de Pepito Zamora, Ana de Pombo hizo con el cornudo y capado de su marido la presentación del pintor que esa semana habían invitado a exponer en su casa (pero al cornudo y capado apenas le dejaba meter baza). Se trataba de Daniel Sabater, a quien ya conocía de los antros de Montparnasse (solía colgar sus cuadros en La Rotonde, cuyo dueño o gerente se llevaba comisión de las ventas), un dandy zarrapastroso cruzado de chufero valenciano que, en los arranques de nuestra guerra, tuvo que marcharse de Barcelona, porque le dio por pintar cuadros de milicianos muertos y agusanados que desmoralizaban mucho a sus compañeros todavía vivos. Daniel Sabater recogía una corriente de la pintura española —acaso la más valiosa y perdurable— que no retrocede ante la fealdad y las deformaciones, en su afán por dilucidar alucinadamente la realidad. Se encendieron las luces del resto de la casa, cuyas paredes habían sido también cubiertas con cortinones blancos almidonados; y de los cortinones pendían los cuadros de Sabater, que bebían del magisterio de Ribera, de Goya, de Valdés Leal, con su cohorte de enanos, de mendigos, de brujas, de titanes espectrales, de enfermos purulentos, de cadáveres putrefactos, de brujas desdentadas, de

putones en porreta, todo ello en pandemónium exasperado y exacerbando el elemento chapucero y grotesco. Sabater habría podido ser un pintor genial, con tan sólo haber reprimido esa propensión a la chapuza grotesca. Pero sus cuadros gustaban mucho a los gabachos, porque los asustaban y les hacían cagarse por la pata abajo, como antaño las facas y los trabucos de los bandoleros. Los gabachos nos tienen por un pueblo bárbaro y cruel, entre el canibalismo y la adoración eucarística; y toda expresión artística que les confirme esta creencia los pone cachondísimos. Así estaba, sin ir más lejos, el cretino de Cocteau, con el pelo horripilado y el belfo babeante de admiración:

—¡Qué pintura tan divinamente horrenda! —exclamaba, haciendo dengues de sofoco—. ¡Qué monstruosidad tan epatante!

Y Sabater, que iba de la mano de Ana de Pombo, se hinchaba como un pavo real. Del mismo modo que su pintura era epatante sin llegar a ser genial, por falta de tragedia auténtica, su vanidad era frivolona y fútil, sin la grandeza grave del orgullo. A Sabater le habían puesto el remoquete despectivo de «el pintor de las brujas», que él había hecho suyo, a modo de reclamo publicitario; y procuraba mostrarse siempre digno de él, metiendo en su pintura rostros de pesadilla que retrataban plásticamente la lujuria, la avaricia, la idiotez y la brutalidad. Así, sus cuadros terminaban siendo alegorías gesticulantes y macabras en las que asomaba la mueca de la risa, entre el amasijo de angustias infernales y el rictus de las calaveras. Sabater aspiraba a ser un animoso flagelador de vicios, un tétrico predicador moral que se ríe a mandíbula batiente de la hipocresía humana.

—Nuestro pintor invitado expuso con gran éxito en la Hispanic Society de Nueva York —aleccionaba Ana de Pombo a sus invitados.

—Así es —asentía Sabater, diletante y picaflor—. Pero los neoyorkinos me parecieron muy fríos y rígidos, así que decidí marcharme a Cuba, donde los hombres son más calientes y alegres, y las mujeres también.

Le rieron la gracia un poco pedestre y tópica.

—¿Y triunfaste en Cuba? —le preguntó Ana de Pombo.

—Apoteósicamente —respondió Sabater—. En los periódicos me dedicaron artículos encomiásticos, se organizaron banquetes y homenajes en mi honor, me solicitaron cientos de autógrafos… Pero no conseguí vender ni un puñetero cuadro.

—¿Y eso, por qué? —se extrañó Ana de Pombo.

—Pues porque la gente decía que pintaba muy bien, pero que mis cuadros no eran alegres.

Nadie se rió entonces, salvo yo; pero la risa va por barrios, y yo estoy en el barrio del humor desapacible. Aquel Sabater hubiese sido un grande, con tan sólo un poco de orgullo reposado, en lugar de tanta vanidad, que se disipa como la gaseosa.

—Yo descubrí mi vocación mientras pintaba falsificaciones de crucificados tenebristas para un anticuario valenciano —se explicaba Sabater—. De los crucificados pasé a las Magdalenas penitentes, y de ahí a las brujas más feas que Picio. Pero donde de verdad entendí mi universo interior fue en el Hospital de San Pablo, en Barcelona, estudiando cadáveres de ahogados, de ahorcados, de famélicos. Todos mis rencores y fracasos personales, toda mi noción confusa sobre la injusticia, sobre el absurdo de la vida, sobre la vileza de los seres humanos, se pudieron al fin expresar con vigor. Llegué a enamorarme del cadáver de una suicida de cuerpo espléndido, a la que estuve pintando en diversas versiones durante una semana entera, mostrando los avances de la descomposición en su cuerpo, las livideces verdosas de la carne que se corrompe, los labios tentadores teñidos de ceniza en los que ya asoma el primer gusano... El cadáver de aquella hermosa mujer me reclamaba en sueños; y por la mañana corría a reunirme con ella, en un estado de sublime exaltación.

Los gabachos proferían exclamaciones de pasmo y placentero horror, porque siempre les ha gustado mucho la perversión necrófila. Pero a otros invitados de gustos más diurnos o convencionales —como el matrimonio Marañón— el relato de Sabater les había parecido nauseabundo, y no se recataban de hacer visajes de disgusto. A mí las macabrerías de Sabater me parecían excelentes, si molestaban al matrimonio Marañón; así que corrí a felicitar al pintor, que se hallaba inmerso en la ronda de los parabienes:

—¡Cómo me gustan tu pintura, Sabater, y mucho más tus explicaciones! Me encanta que escandalices a las monjas.

Sabater tenía una frente muy abombada sobre el rostro de hechura triangular; y sudaba copiosamente, después del esfuerzo de comunicación que acababa de hacer. Se puso tenso y al acecho:

—¿Monjas? ¿Es que hay monjas por aquí? No deseaba molestarlas, che. Yo le estoy muy agradecido a las hermanitas de San Vicente de Paúl, que me socorrieron cuando llegué a París...

—Tranquilo, tranquilo, por monjas quería decir puritanos e hipócritas —le aclaré, un poco cansino—. Ya sabes, el lenguaje figurado y tal… No sé si lo dominas.

Sabater se encampanó, narcisillo:

—¿Cómo no habría de dominarlo? ¿Acaso mis cuadros no son también lenguaje figurado?

—Pero lo tuyo son las brujas, no las monjas —zanjé el asunto—. Oye, en la avenida Marceau vamos a animar el cotarro artístico, con exposiciones y un montón de actividades, y queremos contar contigo antes que con nadie.

—¿Estás seguro? —A Sabater se le había anublado el rostro nervioso—. En más de una ocasión Velilla me ha dicho que mi pintura no es propia de un patriota ni de un católico… Ana de Pombo lo había invitado a esta velada y ya ves que no ha venido.

Y se notaba que el desplante de Velilla lo desazonaba.

—Velilla cuenta menos que un cero a la izquierda, Sabater. Y tiene un gusto pictórico de madre superiora de las ursulinas, si me permites la vuelta al lenguaje figurado —me burlé—. Velilla está más cadáver que la cortesana esa del Hospital de San Pablo de la que te enamoraste… —Y le lancé un codazo festivo—. Por cierto, ¿te la beneficiaste?

Sabater se hizo el ofendidito:

—Era un amor platónico, no seas animal… —me contestó muy digno, antes de sacar a paseo su vanidad—: ¿De veras que contáis conmigo en la avenida Marceau? ¿Y me daréis un lugar preponderante?

—El que tú te mereces, Sabater; el que tú te mereces —resolví ambiguamente.

Y dejé que se lo llevara Ana de Pombo, para que firmara autógrafos entre los asistentes a su salón (sin vender un puñetero cuadro, como le había ocurrido en Cuba). Pero, antes de que se lo llevara, la miré muy intensamente, ya no con condolencia ni piedad, sino con un deseo caníbal que no se arredraba ante su estado civil (aunque aguantar al Capurro o Capado no era un estado civil, sino penal). Ana de Pombo me sostuvo la mirada, deseosa de arrojarse al adulterio, envuelta en mi camisa azul mahón.

—No te marches sin despedirte, Fernando —me pidió—. Quédate hasta el final.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Y hasta el final me quedé, mirando sin ver los cuadros carroñeros de Sabater, donde hacían fiesta las moscas; y viendo sin mirar a Ana de Pombo, que mientras cambiaba de corro en el salón, o cuando acompañaba hasta la puerta a un invitado que se marchaba, o al desasirse de Capurro o Capado y esquivarlo muy gentilmente, también parecía bailar. Y era un baile dedicado a mí en secreto, jeroglífico de insinuaciones y promesas que sólo yo podía descifrar, afeado únicamente cuando le tocaba servir de báculo a la paquiderma Colette o atender los requerimientos del electrizado Cocteau. Mientras seguía sus pasos por el salón, con el muslo dorado y fibroso asomando por la raja del vestido como una súbita liebre, se me fue ocurriendo un artículo en endecasílabos blancos para el *Arriba* que no se lo iba a saltar un gitano. Se fueron los invitados pelmas, se marchó a dormir o a chupar del porongo el uruguayo Capurro, y me quedé a solas con Ana de Pombo, que seguía fresca como una lechuga, como si acabara de levantarse. Y me llamaba con la llamada indescifrable de sus dientes.

—Voy a escribir un artículo sobre ti que va a temblar el misterio —le dije—. Yo creo que de ésta me van a dar el Cavia, como a Ruanito.

Se entretuvo colocando unas hortensias algo marchitas en un jarrón; y al contacto de sus dedos huesudos las hortensias se reanimaban. Era una criatura mágica que creaba arte lo mismo danzando que con una tijera y una tela en las manos o disponiendo unas flores en un jarrón.

—¿Ah, sí? —me retó, coqueta—. ¿Y no vas a pedirme declaraciones?

Su esqueleto, apenas tapizado de piel, parecía el reverso luminoso de los cuadros de Sabater. Y avanzaba hacia mí, obscena y pura, midiendo los pasos, haciendo de cada baldosa un charco de sol.

—Sólo quisiera saber por qué te dio por ponerte a bailar, si ya te ganabas la vida de requetesobra diseñando trapos.

Tal vez no tuviese la nobleza de la sangre, pero desde luego tenía la nobleza de la planta cuando caminaba. Era como ver caminar a una galga heráldica, con desdenes y arrumacos de gata.

—Me puse a bailar cuando mataron a mi hijo —me respondió con voz de sibila—. Me hundí en la desesperación, y del fondo de esa

desesperación me fue naciendo el impulso de bailar, como al poeta le nace el impulso de escribir versos y al compositor de componer música. No es pequeño consuelo poder transformar la propia pena en arte, en ritmo, en color. Bailo como si rezase.

Y levantaba los brazos como si se desperezase de ese dolor que le trepaba por las venas, como una hiedra trágica.

—Con esas declaraciones maravillosas ya tengo para escribir el mejor artículo del mundo —me envanecí.

—Esas cosas no se las cuento ni a mi marido —me dijo, con una resignación que escondía la avidez.

Se había descalzado, para que su baile improvisado fuese todavía más secreto, todavía más incógnito. Y, bailando en torno a mí, me merodeaba. Así que me lancé sin remilgos:

—Tu marido me ha parecido un mentecato, con perdón.

—Y sin perdón también —me dijo sin inmutarse—. Y encima no tiene un duro, pero el mamón se está fundiendo todo el dinero que yo he ganado con los trapos.

Se arrimaba cada vez más a mí en su baile, poniéndome los sobacos intonsos cerca de la boca, como erizos de mar fragantes de sal y de algas. Todavía no sabía si debía besarlos o morderlos.

—Mételo en un baúl y mándalo de vuelta a Montevideo —propuse.

Se rió con una risa descacharrada, como si le hubiese hechos cosquillas en los sobacos que aún no había ni siquiera rozado.

—Yo es que no tengo remedio. Siempre me los busco pobres, no sé cómo me las arreglo.

Era altanera sin pretenderlo y cachonda sin desearlo. Decidí que debía morder primero sus sobacos y después besarlos, embadurnado de sal y de algas.

—Pues si es por eso, yo también soy pobre. Pero a mí nadie me pone cuernos —le advertí, antes de aventurarme a lo negro.

XI

Passy era un barrio de elegancia altanera y nada cachonda, lindante casi con Auteuil, con prados hípicos y velódromos para esparcimiento de niños pitongos, y con la abominable Torre Eiffel asomando por cada esquina, como la regurgitación de un *déjà vu* más añejo que el cancán. Muchos edificios de aquel barrio exclusivo habían sido requisados por los alemanes y convertidos en oficinas; pero tendrían que haber sido requisados muchos más todavía, como humillación simbólica a la alta burguesía gabacha, tan holgazana y adoratriz del oro judío. Me había internado en aquel barrio antipático para hacer una visita a Federico Beltrán Massés, que vivía en Villa Guibert, un hotelito muy coqueto al que se accedía a través de un camino privado, circundado por una reja muy disuasoria, en la calle La Tour. Y, mientras me dirigía a Villa Guibert, me tropezaba por las calles de Passy con jardines florecidos de lápidas funerarias, que al principio me sobresaltaron, hasta que me paré a leer los epitafios y descubrí —con asco y sonrojo— que eran tumbas de perritos, cuya muerte había dejado desconsolados a sus dueños. Cuando ya llevaba leídos varios de aquellos epitafios, me tropecé con uno que, definitivamente, me removió las tripas: «Aquí yace Kitty, muerta a los diez años de vida, en plena belleza y gracia de su instinto». Y, como no pude contener los retortijones, salté la valla y cagué encima de la lápida un reluciente zurullo espiral en el que enseguida se posaron el sol y las moscas, limpiándome luego el culo con un ramo de lirios que los dueños de Kitty habían depositado en su túmulo. Mientras saltaba otra vez la valla, me pregunté si la idiotez, decididamente, no es mucho más odiosa que la misma maldad.

Imbéciles o malvados, a los dueños de Kitty les tocaría en cualquier caso limpiar mi zurullo. Dejé atrás el Palacio del Trocadero, como una exposición universal para horteras, y tomé el camino que conducía a Villa Guibert. El hotelito de Beltrán tenía también un breve jardinillo; pero en lugar de tumbas caninas, picoteaban la hierba (y la

dejaban también cagada) unos gallos de abigarrado plumaje y colas muy largas que los asemejaban a faisanes. Quise pegarle una patada al más presumido de todos; pero, para mi sorpresa, voló hacia la rama de una acacia, con vuelo imperial, nada gallináceo.

—¡Vaya gallos más elegantes que tiene usted, Beltrán! —grité, para anunciar mi llegada—. Así no me extraña que sea el rey del corral.

Pero en su corral anidaba doña Irene Narezo, que no era para lanzar demasiados cohetes, ni siquiera plumas. La mujer de Beltrán salió a abrirme la valla malencarada y a regañadientes, con unos llavones medievales que me recordaron los que los sefarditas se llevaron a su destierro. Sin cruzar siquiera palabra conmigo, todavía resentida de los sofiones que le había soltado el día del desfile triunfante del ejército alemán, doña Irene Narezo me llevó por un pasillo perfumado de sándalo y envuelto en una suave penumbra, hasta llegar a la sala donde se hallaba Beltrán, abarrotada de *bibelots* y giliporcelanas, de ambiente un tanto teatral y estomagante. Beltrán estaba sentadito en un sillón, muy acicalado y peripuesto, ensayando mohínes de actor ante el espejo. Tardé en comprender que le estaban haciendo un retrato fotográfico; y todavía algo más en descubrir que la retratista era Dora Maar, la amante sopapeada por Picasso. Todavía llevaba vendado el dedo donde se había hincado la navajita, allá en el café Flore.

—¡Qué alegría volver a verlo, Navales! —me saludó Beltrán, sin descomponer la pose—. Hemos seguido sus consejos en todo. Ya estamos cortejando a la nueva clientela, que como usted bien decía representa la auténtica aristocracia. Pero perdone, tal vez deba presentarles...

Dora Maar se afanaba tras el trípode, manipulando el obturador de la cámara. Había creado en la habitación un clima de lánguida decadencia, renunciando a la parafernalia surrealista. Detrás de Beltrán, haciendo sombra pálida sobre su calvorota, había un ramo de lirios blancos, en evidente —y tal vez guasona— alusión a sus pujos nobiliarios y deliquios monárquicos.

—Conozco a la señorita Maar, sobran las presentaciones —lo atajé—. Pero yo pensaba que los surrealistas eran todos unos comunistas acérrimos, y que no se mezclaban con un reaccionario como usted.

Beltrán parpadeó, un poco abrumado por la virulencia de mi sarcasmo. Inevitablemente, al mirar el ramo de lirios que hacían de toldo sobre su calvorota, recordaba el otro ramo gemelo con el que acababa de limpiarme el culo, en el túmulo de la perrita Kitty.

—Soy fotógrafa profesional —se defendió Dora Maar, en un español suelto pero detestable, no en vano aprendido con el garajista malagueño—. Y, además, los surrealistas amamos la elegancia.

—Vosotros lo que amáis es la guita —dije sin contemplaciones—. Vosotros, muy de izquierdas y muy partidarios de la revolución, pero luego bien que os arrimáis a los mecenas, para que os paguen vuestras juergas y vuestras carroñas exquisitas.

—¡Hombre, Navales, ya será menos! —trató de aplacarme Beltrán, con una sonrisita ridícula, pues no podía descomponer la pose.

Me senté o más bien escarranché en un diván de terciopelo con forma de herradura que había en el cuarto, muy a propósito para mantener coloquios de enamorados o secreteos de confesionario. Yo ocupé uno de los extremos del diván y el otro lo ocuparon mis pinreles.

—Usted piensa exactamente lo mismo que yo, Beltrán, porque sé bien lo que opina de la chusma vanguardista. Lo que no sé es cómo le habrá convencido esta mujer para posar ante su cámara —dije, y me encogí de hombros, para denotar que me la traía al pairo, antes de dirigirme a Dora Maar—: Pero sí, Dorita, os conozco a los surrealistas como si os hubiese parido. Buñuel, por ejemplo, al que traté mucho, vivía de sablear a los Vizcondes de Noailles.

Aunque por lo menos el baturro Buñuel sacaba en sus películas de alcantarilla escleróticas reventadas, obispos leprosos, tazas de váter rebosantes de defecaciones y magmas volcánicos, golfillas con el meñique escayolado de tanto masturbarse y degenerados que alcanzaban el orgasmo después de matar a sus hijos. Pero al lado del surrealismo lilial de Dora Maar, hasta mi cagada en la tumba de la perrita Kitty parecía un acto de terrorismo extremo.

—Dora no es una surrealista *avant la lettre*, Navales —volvió Beltrán a su papel de abogado defensor—. Ella ha iniciado un camino de búsqueda artística y espiritual que tal vez la lleve hasta territorios incógnitos. Pero, del mismo modo que ahora me retrata a mí, antes ha retratado, en un viaje que hizo a Barcelona, a mendigos, tullidos y

jorobados…

Dora Maar callaba y no se dignaba mirarme, haciéndose la esfinge (pero a mí me parecía una esfinge sin secreto). Hizo un gesto para que Beltrán callase y alzase la barbilla, antes de dispararle varias fotos. Beltrán puso carita de paje flordelisado ante el fogonazo del magnesio.

—Lo de fotografiar tullidos y jorobados lo hace por coleccionismo de monstruos —dije, una vez que Dora Maar permitió a Beltrán relajarse, dando por concluida la sesión—. Es una afición que ha aprendido de su amante, al que también le gustan mucho los adefesios. Pero debes andarte con cuidado, Dorita, no sea que tu amante te deje tullida también a ti cualquier día. Me pareció, por lo que vi en el café Flore, que le gusta mucho soltar la mano.

Dora Maar había guardado la cámara y todos los trebejos de su oficio en estuches de cuero muy parecidos a los que empleaban los oficiales de la Wehrmacht para guardar sus prismáticos y sus mapas. Mientras se los colgaba en bandolera, me escupió su desprecio, con los ojos bizcos titilantes de rabia:

—Los fascistas me dais asco. Algún día os aplastaremos.

—Mejor te iría con un fascista que, al menos, no te aplastase a sopapos —le dije, cuando ya se perdía por el pasillo.

Beltrán, sofocado y temblón, corrió a acompañarla hasta la puerta, excusando mis intemperancias. Aproveché su ausencia para limpiarme las suelas de los zapatos en el terciopelo de su diván. Cuando al fin regresó, antes de que pudiera siquiera chistarme, le revelé que Dora Maar era amante de su aborrecidísimo Picasso, a quien Beltrán todavía no había perdonado que le hubiese arrebatado el cetro de la pintura española, para condenarlo a pintar marquesonas fondonas y encollaradas, a quienes encima le tocaba estilizar, para que no se le enfadasen.

—¡No me lo puedo creer! —se escandalizó, llevándose las manos a la calvorota perfumada de lirios y dinastías extintas—. Pero si el otro día la vi en misa, arrodillada en un banco y llorando…

—Tendrá muchas cosas de las que arrepentirse. Según tengo entendido, ha hecho con sus amiguitos surrealistas todas las cochinadas habidas y por haber —dije, dando pábulo a los rumores—. O podía estar llorando, simplemente, porque el pintamonas de Picasso le acabara de dar un repaso.

—Pobre mujer… —se conmiseró el pánfilo Beltrán—. Hay más alegría en el cielo por un pecador arrepentido…

Aparté los pinreles del otro extremo del diván, invitando a Beltrán a sentarse frente a mí, para mantener un *tête-à-tête* coquetón.

—Si tan arrepentida está, que empiece por quemar todas las fotografías que ha hecho de coños peludos y de fetos de armadillo. Esa pájara se ha dedicado toda la vida al arte degenerado, Beltrán —lo reprendí, como si fuera su confesor—. Y ahora le utiliza a usted y le hace fotos merengosas para que, en caso de que la denuncien ante los alemanes, declare a su favor.

Pero Beltrán, católico sentimental y suntuario, caballero o fantoche de todas las órdenes pontificias, parecía abogar por la misericordia sin arrepentimiento:

—A ver, Navales, dígame usted qué es eso del arte degenerado. A mí me rechazaron en una Exposición Nacional mi cuadro *La maja marquesa*, porque inquietaba la senil concupiscencia del jurado. ¿Y qué mostraba aquel cuadro, para escandalizar a aquellos carcamales? Pues una mujer desnuda con abanico, mantilla y peineta, flanqueada por otras dos mujeres vestidas que también llevaban abanico, mantilla y peineta —dijo, todavía perplejo del puritanismo de aquel jurado—. Alegaron que mi cuadro aludía a la Condesa de Requena, lesbiana y entonces muy famosa, que llevaba una vida de escándalo. Lo consideraron repugnante y ofensivo a la moral y lo descalificaron, ¿qué le parece?

Me exasperaba un poco que Beltrán se presentase como exponente de un «arte degenerado» que rechazaban los carcamales, cuando lo cierto era que todos los exponentes del auténtico «arte degenerado» lo consideraban a él un carcamal.

—A ver, Beltrán, a usted siempre le gustó escandalizar a los timoratos y a las beatorras, porque así podía presumir de moderno y de avanzado, siendo un ultramontano tremendo —le contesté, destripando su burda estrategia—. Y, en cualquier caso, el rechazo de aquel jurado senil le animó a venir a París. Así que no hay mal que por bien no venga.

Mohíno, Beltrán se recostó en el diván y cerró los ojos, como si preparara algún tipo de regresión psicológica. Habló con voz memoriosa:

—Nunca dejó de perseguirme la fama de pintor amoral. Mi

Salomé fue retirada de una exposición londinense. Yo lo acepté porque el embajador español era hermano del cardenal Merry del Val y no quería que el escándalo lo salpicase...

—Es que a usted los capelos cardenalicios lo encalabrinan mucho... —ironicé—. Casi tanto como sus cuadros guarretes a los capelos.

Beltrán me lanzó una mirada reprobatoria, afeando mi irreverencia; pero enseguida se sonrió muy pillo:

—Bueno, había que hacer el paripé... y aprovecharse publicitariamente del puritanismo inglés. En la galería recibieron miles de cartas apoyándome; y al final volvieron a colgar mi *Salomé* durante la última semana de la exposición. —Se atusó el bigote, complacido de sus éxitos demasiado pretéritos—. La gente se lanzó en masa para ver el cuadro, formando colas ante la galería que rodeaban toda la manzana. Con decirle que se vendieron más de doce mil reproducciones de mi *Salomé*...

Se volvió, para tomar de un rimero de tarjetas postales que descansaba sobre una mesilla, una reproducción de aquella polémica *Salomé*, que me entregó con cierto rubor, como si fuera una estampa pornográfica. Y en cierto modo lo era, pues Salomé —a la que apenas se le veía la cara, quizá en trance, mientras un esclavo inclinado ante ella le mostraba la cabeza del Bautista en una bandeja— estaba tendida sobre cojines recamados, en un escorzo complicadísimo, con las piernas de muslos oferentes entreabiertas y el vientre palpitante de placer.

—Es usted más cochino que un cardenal renacentista, Beltrán —dictaminé.

Y Beltrán inclinó la cabeza, agradecido del piropo. Era un simpático profesional que había aprendido simpatía como quien aprende urbanidad.

—Usted que me ve con buenos ojos, Navales... —Y, replegando la simpatía, desplegó la curiosidad—: Pero dígame por qué quería hablar conmigo.

Después del encuentro con Ana de Pombo, todavía sugestionado por el sabor salado de sus sobacos intonsos y las pinturas macabras de Sabater, había llegado a la conclusión de que teníamos que convertir la sede de la avenida Marceau en una especie de salón con fuerza irradiadora sobre toda la colonia española, pero en especial sobre los

rojillos con ínfulas artísticas que no tenían dinero ni para pinceles. Expuse mi proyecto a Beltrán:

—He pensado que debemos fundar una escuela de pintura en la avenida Marceau, y organizar a cada poco exposiciones con las obras mejores que allí se pinten. No hay que dejar que los artistas españoles se maleen en Montparnasse, donde asimilan todos esos malditos «ismos» vanguardistas…

Beltrán hizo un pucherito displicente, como si la idea no le convenciera del todo, o como si pensara que en París no había más artista español digno de consideración que él.

—¿Y dónde piensan instalar esa escuela?

—En los altillos del edificio. Allí tenemos una especie de sobrado o desván con una lucerna que da una luz idónea para pintar. Podríamos meter tranquilamente hasta veinte alumnos. Y les daríamos formación y material gratuito, además de la posibilidad de participar en concursos y exposiciones. —La displicencia de Beltrán iba cediendo tímidamente al ansia de honores—. Primero habrá que vaciar el lugar de cachivaches y limpiarlo de polvo, claro está; pero ya he pensado endilgar la faena a la mujer y a las hijitas de Gregorio Marañón, que son unas muchachas muy hacendosas.

Se rió Beltrán por lo bajinis, pero enseguida recuperó la compostura:

—Siempre he pensado que la tradición española debe renovarse y no rendirse ante el izquierdismo foráneo. Desde la Falange tenemos que barrer sin miedo a esos malandrines picassianos… Con su sumo sacerdote a la cabeza, por supuesto.

Dejé que Beltrán se recociera un poco en su rencor al garajista malagueño, antes de hacerle el ofrecimiento:

—Yo quiero que el sumo sacerdote del arte español en París sea usted, Beltrán —dije, poniéndome campanudo—. Por eso deseo ofrecerle la dirección de nuestra Escuela, y también que uno de sus cuadros presida la primera exposición que hagamos en la avenida Marceau, para que todas las personas que allí acudan queden apabulladas por su maestría.

Beltrán derramaba lágrimas de rendida emoción, como si le hubiese ofrecido el puesto de camarlengo del Papa o de maestre de la Orden del Santo Sepulcro. Exclamó extático:

—¡Ah, quién iba a decirme que en esta España regenerada por el

genio del Caudillo iba yo a conducir a los artistas del mañana! Gracias de corazón, Navales. Por supuesto, puede elegir el cuadro que prefiera.

Y me guió, levitante de vanidad satisfecha, hasta su estudio, que tenía un orden como de sacristía o quirófano, incongruente con su oficio. Pero todos los cuadros que allí se acumulaban, recostados sobre las paredes y todavía sin enmarcar, me decepcionaron: eran retratos de príncipes y caballeros de órdenes, de cortesanas y duquesas, acribillados de cruces y blasones, de broches y camafeos, como maniquíes policromados. A Beltrán no le pasó inadvertida mi falta de entusiasmo ante aquellos cuadros que hacía a marchas forzadas, cobrando caro y trabajando de barato.

—¿No le gustan, verdad? —me preguntó, consternado—. ¿Prefiere ver los cuadros míos de juventud, los que provocaban tanto escándalo?

Asentí, tímida y vergonzantemente, procurando no herir demasiado su orgullo. Beltrán requirió a doña Irene Narezo el manojo de llavones sefarditas que servían para franquear las puertas de Villa Guibert y me invitó a subir, cediéndome el paso, hasta el desván de la mansión, donde guardaba como oro en paño las obras que lo habían encumbrado, veinte o treinta años atrás. Durante todo aquel tiempo, se las había arreglado para no venderlas, ni siquiera a los clientes que se las habían encargado, utilizándolas como gancho ante nuevos clientes incautos, que así pensaban que el retrato que Beltrán les estaba ofreciendo sería tan deslumbrante y turbador como los cuadros que allí guardaba. En el desván, que también tenía una lucerna en el techo donde se suicidaban los vencejos y se pudrían hasta parecer esqueletos de lagartos alados, no había ni una mota de polvo; señal de que Beltrán utilizaba a destajo la treta de subir allí a sus invitados, para convertirlos en clientes. Eran cuadros de grandes dimensiones, cada uno de ellos cubierto por una sábana blanca que Beltrán apartaba por revoleras. Y cada cuadro que quedaba así desvelado alumbraba el desván de una belleza primaveral y canalla, radiante y nocturna.

—Joder, Beltrán, me deja usted sin palabras —dije, arrobado.

El arte de Beltrán era (o había sido) decadentista en el sentido más noble (si lo tiene) del término, impregnado de un erotismo malsano que hermanaba lo aristocrático y lo plebeyo, en deslumbrante

amalgama. Era, en cierto modo, lo que Antonio de Hoyos y Vinent, el antiguo amante de Pepito Zamora, había tratado de hacer en literatura, pero ejecutado con mucho mayor genio y personalidad. Los cuadros de Beltrán, muy ajetreados de perversiones elegantes y apenas insinuadas (lo contrario de las perversiones adocenadas y explícitas que preconizaban los surrealistas), captaban el humo espeso del antro y la humedad pegajosa de las noches venecianas, y albergaban, mezcladas e indiscernibles, gitanas y nórdicas, manolas y princesas, bayaderas y millonarias, putas de postín y putas arrastradas, en actitudes voluptuosas, en ambientes espléndidos, en poses indolentes o contorsionistas, enjaezadas de gasas y de tules, de plumas y de mantillas, de perlas y de joyas, de piedras preciosas y de piedras del riñón, entronizadas en sus divanes, muy mullidos de cojines, donde se recostaban pérfidas mostrando sus vientres como lunas apetitosas, o se sentaban cachondas, mojando la tapicería con sus flujos en el apogeo del vicio, antes de que el esplín y el hastío las ajasen, convirtiéndolas a todas en carne triste y mallarmeana (aun sin haber leído ningún libro). Era desolador que el hombre que había pintado aquellas maravillas turbadoras anduviese ahora pintando retratos birriosos para mantener el tren de vida de los grandes expresos europeos.

—¿Y no cree que doña Irene ha podido ser su Dalila, Beltrán? —le pregunté, desolado—. A los genios no les sienta bien el matrimonio.

Beltrán apartó otra sábana, para desvelarme la *Salomé* que había alborotado a los cenutrios albionenses. Daban ganas de palpar aquellos muslos apretados y blancos, y empapuzarse de sus licores secretos.

—Irene no ha sido mi Dalila, sino mi Salomé.

Y no supe si quería decir que doña Irene Narezo le inspiraba los mismos delirios eróticos que la Salomé de su cuadro me inspiraba a mí (lo cual, en verdad, me parecía heroico), o si lo había decapitado para siempre como artista. Beltrán había dejado para el final un cuadro apaisado que se hallaba al fondo del desván, como si su autor lo considerase el mejor de todos, el vino último y dulcísimo de sus particulares bodas de Caná. Apartó la sábana, haciéndola restallar como un látigo, y anunció:

—*La maja maldita*. Es un retrato de Tórtola Valencia, en la cima de su fama. Año 1918.

Eran los mismos años, aproximadamente, en que yo la había

tratado (aunque estaba siempre intratable y atufada de opio) en las fiestas que Hoyos y Vinent organizaba en su palacio de Marqués de Riscal. Tórtola Valencia era una bailarina autodidacta que actuaba siempre descalza, enseñando unos muslos herederos de Friné, la cortesana predilecta de Apeles y Praxíteles; y, al menos por entonces, era lesbiana monográfica e insaciable. Mientras sus amantes le comían el coño movía los brazos con sincronías de jeroglífico egipcio; y cuando estaba atiborrada de humo de adormideras yo aprovechaba para meter baza y magrearle el culo como si apretase una bocina.

—Yo conocí a Tórtola, Beltrán. La ha clavado de veras —dije—. Incluso puede que la haya mejorado, que es tanto como mejorar las pirámides.

Tórtola Valencia estaba recostada sobre un diván cubierto de brocados y damascos, en actitud goyesca, con peineta y mantilla de blonda negra, y el cuerpo de odalisca, de formas voluptuosas, tan redondeadas y dulcemente blandas como cuando yo las palpé, cubiertas todas ellas por un finísimo cendal negro que, en lugar de cubrirlas, las desnudaba. Tenía la piel muy clara, de una palidez casi transparente, y unas ojeras abismales, sombreadas de kohl o de vicio, que escondían todos los paraísos artificiales descubiertos y por descubrir. Tenía las facciones hieráticas, a juego con las manos y brazos de jeroglífico egipcio, los labios trágicos y rabiosos de carmín, perfilados en un mohín sin sensualidad (las mujeres que se saben irresistibles nunca adoptan mohines o gestos sensuales), sin melancolía, sin ternura, sin emoción, un mohín narcisista, ensimismado en su belleza agresiva y única, desdeñosa de todos los hombres del planeta y deseada por todos. Al fondo del cuadro, unas cortinas semovientes dejaban adivinar un cielo nocturno y estrellado —pintado con el sublime azul Beltrán— y una remotísima catedral que parecía prófuga de la aureola de pecado que envolvía a la mujer del diván. A su lado, una guitarra envidiosa trataba de imitar en vano las formas ondulantes de su cuerpo.

—Danzaba como le daba la gana… —murmuraba Beltrán, herido por la nostalgia de lo que nunca tuvimos—. Era una vampiresa sobrina de Barbey d’Aurevilly y nieta del Marqués de Sade.

—La vi bailar en casa de Hoyos, y pegarse el lote con La Bella Chelito… —dije, también herido y sangrante de nostalgias—. ¡Las cosas que hemos visto, Beltrán!

A Beltrán se le había esmaltado la mirada, quizá a mí también, porque las obras maestras de la pintura hacen llorar, como la cebolla.

—Qué tiempos, Navales… —suspiró—. Nosotros sí que éramos unos degenerados.

—Y ya ve para lo que hemos quedado, Beltrán —asentí, pesaroso —. Para montar escuelas de pintura de la Falange.

Estallamos al unísono en una carcajada, compasivos de nosotros mismos.

XII

—¿Es o no es un piso elegante? —me preguntó Alisch, haciendo sonar el manojo de llaves con las que había abierto todas sus dependencias.

Apenas llevaba un par de meses afiliado al Sindicato de la Prensa Extranjera y no había publicado más allá de media docena de artículos en el *Arriba* glosando desganadamente las bondades de la Nueva Europa (los primores de mi estilo los había reservado para exaltar el arte doliente de Ana de Pombo); pero con tan exiguo bagaje ya me entregaban un fastuoso piso «arianizado», a cambio de un alquiler exiguo, casi simbólico. A la entrega del piso, que se hallaba en la calle d'Idalie (la misma en la que vivía Daranitas), aledaña al inmenso bosque de Vincennes, habían acudido, junto al chupatintas encargado del procedimiento de «arianización», el capitán Alisch y el agente Rado, que esta vez vestían sobre el traje de paisano sendos gabanes de cuero negro con las insignias rúnicas de las SS en el cuello —el otoño parisino se anunciaba invernal— que les quedaban fetén. El piso, muy amplio y luminoso, había pertenecido a una familia de judíos en paradero desconocido que, al abandonar su casa, habían arramblado con todos los muebles, con todo el menaje, con todas las vajillas y cuberterías, con toda la ropa y hasta con sábanas y toallas, que habrían empeñado en algún monte de piedad, para allegar fondos en su huida. Rado había repasado habitación por habitación con su ojo de cristal y lo confirmó, chasqueado:

—Han dejado la casa más pelada que el gallo de Morón, los muy cabritos —dijo, con su español colorista aprendido con las Brigadas Internacionales.

Perico Urraca también había querido asistir a la entrega del piso, y se carcajeaba con su boca de buzón alegre o desaprensivo:

—¡Tendrás que comprarte los muebles de tu bolsillo, para que no se diga que eres un completo gorrón, Fernandito! Pero, bueno, con el dinero que te ahorras del alquiler de tu cuchitril en Montparnasse puedes pillar unos muebles la mar de apañados.

—Voy a quedarme de momento con la buhardilla de la calle Froidevaux —refunfuñé, un tanto molesto con las chacotas de Urraca.

—¿Y para qué la quieres, si es un chiscón?

—Pues para timba, o para picadero, según me dé.

Urraca volvió a reír, estrepitoso de ingenio y crueldad:

—O para cámara de torturas, en caso de que tengas que apretar las tuercas a alguno de esos artistillas que se te resisten.

Se le notaba exultante, después de las capturas de varios políticos republicanos —los socialistas Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido y, el más emblemático de todos, el separatista Luis Companys— logradas durante las últimas semanas, con la colaboración de la policía alemana, y su posterior entrega en España, donde los aguardaba el paredón. Las capturas lo habían encumbrado al estrellato ante sus superiores de la Dirección General de Seguridad; e incluso los ministros de Franco empezaban a reclamar sus servicios, cada vez que viajaban por Europa, pues lo envolvía una aureola de esmero y meticulosidad en las misiones que se le asignaban.

—Ahora que tiene una casa como Dios manda seguro que podrá dedicarse a sus tareas con renovados bríos, y pasarse de vez en cuando por la avenida Foch... —dijo Alisch con retintín—. De hecho, me gustaría hablar con usted sobre Vitoliña... Ya sabe, la divina María Casares.

Se notaba que no había conseguido seducirla, pero María Casares lo tenía por completo atrapado en sus redes. Alisch me enseñó una foto suya que llevaba guardada en la cartera, como si fuese una estampa de la Macarena (pero estos paganos germánicos no creían en más vírgenes que las valkirias, que probablemente ni siquiera lo fuesen), con una dedicatoria en el reverso: «Para el capitán Ernesto Alisch, amante de Talía». Al pobre Alisch le iba a resultar más sencillo llevar al huerto a las hijas de Zeus y Mnemosine que a la hija de Casares Quiroga.

—¿No le parece una dedicatoria... prometedora? —me preguntó, bobalicón.

—Más que prometedora, capitán —mentí—. Vitoliña le está poniendo la miel en los labios.

Urraca terció, festivo:

—Pues a ver si le entregas de una vez ese panal de rica miel al capitán Alisch, Fernandito, que te noto un poco perezoso. Yo también

estoy esperando resultados en la misión que te asigné.

—Estoy echando las redes, para que luego la pesca sea más abundante —me excusé—. Un poquito de calma, por favor.

Alisch, ajeno a los pellizcos de monja de Urraca, guardó en la cartera la foto de María Casares, después de darle un beso de hiperdulía. Encogió un poco la boca de comadreja, como si le fastidiara entrometerse en mi misión:

—Por cierto, hay un pintor al que no conviene molestar... Son órdenes de lo más alto...

—Estoy al tanto, capitán —lo atajé—. En realidad, medio París está al tanto. No molestaré a Picasso, no se preocupe. De todas maneras, sería imposible engatusarlo. Si se ha hecho millonario con el aspaviento antifascista y ahora ustedes, que son los ogros fascistas, decretan que no conviene molestarlo, ¿por qué tendría que variar ni un ápice su postura?

Alisch se rascó la coronilla, como si le hubiese propuesto un problema de álgebra. Rado salió al quite, guiñándome su ojo de cristal:

—Tiene usted más razón que un santo —dictaminó, con su habitual dominio de los modismos españoles—. Pero órdenes son órdenes.

Se marcharon, entre el aleteo de los faldones de sus gabanes, como cuervos modositos y perfileros, acompañados por el chupatintas encargado de la «arianización» del piso, que se había conformado con que le firmara un cargamento de papelorios ininteligibles (por estar todos redactados en tudesca jerga). Volví a recorrer el piso, que tenía varios salones comunicados, cuatro dormitorios, varios cuartos de baño para el retozo acuático (y también varios retretes para los apretones), cocina, ropero, dependencias para el servicio... Una multiplicación de estancias, tan señoriales como desangeladas, que me abrumaban como al Minotauro debió de abrumarlo el laberinto de Creta, sobre todo porque agigantaba mi soledad. Las alcobas principales abrían sus balcones al bosque de Vincennes, que se incendiaba con los colores del otoño.

—Aunque se hayan llevado los muebles esos judíos rapaces, el piso tiene calefacción y agua caliente, así que este invierno no pasarás frío —me dijo Urraca, desde el fondo de la casa.

Y se vino hasta el ventanal que se abría a las soledades

nemorosas de Vincennes, con sus lagos de postal turística que, a buen seguro, esconderían entre el légamo carpas mutantes y cadáveres de suicidas. Hacía crujir las maderas del suelo a cada paso, como si quisiera comprobar su solidez, o como si le gustase denotar que pisaba firme.

—¿Cómo te fue con la entrega de Companys? —le pregunté.

Urraca resopló, liberado al fin de una misión engorrosa e infame, pero también ufano de los méritos acumulados:

—Te aseguro que no fue nada sencillo —me confesó, aspirando el aire lacustre, premonitorio del hielo—. Tuvo que venir incluso, en los días previos, el Conde de Mayalde, para gestionar la detención y el traslado. Resulta que Lequerica se puso de repente quisquilloso y empezó a poner pegas, pues la entrega de Companys le parecía un atropello de no sé qué convenciones internacionales. ¡Para respetar convenciones internacionales caducas estamos nosotros, no te jode! —se encrespó.

—¿Qué os esperabais de un monárquico maurista? —me choteé —. Y da gracias que no se empeñara en ofrecer un banquete en honor de Companys, para que probase sus cocochas al pilpil.

Pero Companys había probado tener bastantes cocochas y arrestos, negándose a huir de Francia, en las fechas previas a la debacle gabacha. Habría podido embarcar en Burdeos, como habían hecho tantos otros políticos republicanos, en aquellas jornadas de marabunta y confusión, pero había preferido quedarse en el balneario de La Baule-les-Pins, cerca del estuario del Loira, para no alejarse de su hijo, aquejado de una penosa demencia e ingresado en un manicomio. A veces, cuando Companys iba a visitarlo, no conocía a su padre y lo insultaba desaforadamente.

—Muy patético y folletinesco todo —comenté, impío—. Espero que, al menos, mientras estuvo en el balneario, pudiera darse algunos pediluvios, siguiendo el ejemplo del Mariscal.

—No creo que le diera tiempo a darse muchos, porque de inmediato solicité a los alemanes que lo detuvieran y lo metieran en la cárcel —dijo Urraca en un tono burocrático y distante, como si no quisiera presumir demasiado de sus hazañas o tropelías—. Estuvo un par de semanas confinado en La Santé y, cuando por fin se arregló el papeleo y Lequerica dejó de tocar los cojones, yo mismo me encargué de custodiar su traslado a España. Viajar con un hombre vencido ha

sido una enseñanza única, te lo aseguro. Todas sus ilusiones, todos sus ideales, habían caído por tierra. —Noté con extrañeza que la voz de Urraca se agrietaba, como si la merodease la insidiosa piedad—. Ya no era más que un pingajo, pero quería aparecer dignamente ante sus acusadores, como un hombre recto y sin mancha. La libertad pasajera del viaje le parecía un regalo que la vida le hacía antes de abandonarle y quería gustar del mismo con todas sus fuerzas.

—Coño, Perico, con el colmillo retorcido que tú tienes… —lo amonesté—. Parece que ahora te compadeces del polaquito.

Pero su compasión de poco le iba a valer, porque a Companys lo fusilarían en un par de días en el Castillo de Montjuic. Urraca me contó que, a cada poco, Companys pedía hacer un alto en el camino, eligiendo las vistas más amenas para poder echarse un pitillo, que fumaba con fruición y parsimonia, como si le esponjara los pulmones. Y, justo antes de cruzar la frontera y ser entregado a la policía española, le pidió que le hiciese una fotografía que Urraca todavía llevaba consigo en la cartera. Companys posaba ante la cámara, en efecto, como un hombre vencido, desgalichado y fantasmal, pero había en él cierta apostura quijotesca, cierta pudorosa bizarría en el acabamiento.

—La inminencia de la muerte nos embellece a todos —dije, displicente.

Pero sabía que estaba mintiendo, porque a mí no me había embellecido en la Dehesa de la Villa, donde había implorado clemencia, puesto de hinojos, a Pedro Luis de Gálvez. Devolví la fotografía de Companys a Urraca, que sonreía forzadamente, como si la sonrisa le doliese en la cara, como si su boca fuese una cicatriz mal curada.

—En fin, que éste ya no se salvará del plomo —sentenció—. Como tampoco se salvarán el ministro socialista Zugazagoitia o el periodista Cruz Salido. Pero me temo que la temporada de caza mayor hay que darla ya por concluida, porque la mayoría de los peces gordos se largó de Francia, aprovechando el desbarajuste de la debacle… —se lamentó, aunque en su tono decepcionado se mezclaba el alivio—. Bueno, todavía anda danzando por ahí esa Victoria Kent. Me habían soplado que podría haberse suicidado, pero sé de buena tinta que se halla en la Embajada de México. Al parecer, la Gestapo ya la tenía en sus garras, pero recibió un chivatazo en el último minuto que le

permitió escaquearse.

—La Gestapo siempre tan funcionarial y desganada… —acoté, apuntándome a la doctrina de Alisch y Rado, que tal vez fuese hija del despecho.

—Alisch piensa que el chivatazo se lo dio algún diplomático del consulado español —dijo Urraca, lastimado en su implacable vocación de sabueso—. No me extrañaría que haya sido el anglófilo del cónsul Rolland, o algún lacayuelo de su cuerda. La Kent ya no podía partir para América, porque todos los embarques estaban muy vigilados, así que se acogió al asilo diplomático. Pero por muchas rancheras que les cante, una mujer metida en una embajada termina siendo un engorro. Tarde o temprano saldrá o la echarán. Habrá que estar con mil ojos.

Urraca era el nuevo Argos de mirada panóptica que circulaba sin restricción alguna por toda la zona ocupada, dotado de un *ausweis* que ponía al instante a su disposición todos los medios humanos y materiales de los ocupantes. Ya no tenía que escribir prolijos informes a Lequerica, quien a su vez suplicaba remolonamente a la policía francesa que hiciera tal o cual registro o detención. Ahora eran los propios alemanes quienes localizaban el paradero de los rojos de pata negra, o sus nombres camuflados en las listas de embarque, y procedían de oficio a los registros y detenciones consiguientes. Además, las posibilidades de desplazamiento de los rojos habían mermado mucho; pues el tránsito entre las dos zonas en que había sido dividida Francia era más difícil que el tránsito entre planetas de distinta galaxia. Pero Urraca, tras entregar una pieza tan preciada como Companys, se había convertido en una personalidad nimbada de audacia y eficacia resolutiva entre los gerifaltes de Madrid, incluido el cuñadísimo Serrano Súñer, recién nombrado Ministro de Asuntos Exteriores, que lo había citado en el Palacio de Santa Cecilia, en La Granja, donde se refugiaba de los ardores estivales.

—Nada más recibirme, en lugar de hacerme las típicas salutaciones de cortesía o preguntarme sobre mi experiencia con Companys, me dijo, muy críptico: «Este año la cosecha de trigo ha sido mala y el invierno se presenta amenazante, si la guerra se aplaza hasta la primavera próxima». —Urraca se quedó pensativo y frunció sus labios inmensos, que al fruncirse le hacían faralaes—. ¿Tú crees que era un comentario inocente o que me estaba hablando en clave?

Mi impresión era que Franco quería acabar cuanto antes con la

adoración joseantoniana y montar una Falange que repartiese viviendas sociales y organizase rastrillos benéficos con los pololos sudados de las chavalas de la Sección Femenina. Serrano Súñer, desde luego, no era falangista genuino, sino más bien gilroblista, o propagandista, o cualquier otra martingala catolicona, pero participaba de la adoración joseantoniana, y además era apolíneo y se estaba trajinando adulterinamente a bombonazos como la Marquesa de Llanzol, para propagar su progenie entre la nobleza.

—No creo que Franco aguante mucho tiempo al cuñadísimo. A los triponcetes les joden los tipos apuestos. Y, además, Serrano le pone unas cornamentas a la hermana de doña Carmen Polo que la pobre se va golpeando en todos los dinteles de las puertas —me carcajeé—. A Serrano sólo lo salva una victoria fulminante sobre Inglaterra este mismo invierno. Pero, si la guerra se prolonga, Franco se carga a Serrano antes de que riegue con su semilla a todas las marquesas de Madrid. Y al mando de la Falange pondrán a Arrese, o a cualquier otro tipo con pinta de capataz o contratista.

Urraca se me había quedado mirando perplejo ante el torbellino de osadías que había ensartado en un periquete. Parecía tenerle envidia sana al cuñadísimo, o tal vez se hubiese enamorado sin saberlo de su inteligencia de ojos garzos:

—¿En serio crees que riega tanto? —preguntó, admirativo—. La verdad es que su presencia impone... y cuando te mira escrutadoramente te hace sentir de veras importante. Yo, desde luego, mientras departía con él a la sombra de una parra, allá en La Granja, me llegué a creer el centro del mundo...

—Estás desvariando, Perico, te aseguro que Serrano no tiene interés en el amor socrático —lo atemperé un poco—. En cambio, yo de ti pondría a tu mujer a buen recaudo, que como es gabacha y coqueta podría empitonarlo.

Urraca hizo como que no oía, porque era de esos hombres mezquinos a los que les fastidia que piropeen a sus mujeres:

—Serrano me preguntó sobre el ambiente de Francia, sobre los alemanes, sobre el curso de la guerra... Sin duda, le interesaba mi opinión —prosiguió, obnubilado por las atenciones que el cuñadísimo le había dedicado en su retiro segoviano—. Pesaban sobre él las dudas en aquel lugar tan reposado y hermoso. Este hombre inteligente, frío y austero mira las cosas escépticamente; pero sigue manteniendo la fe

en Alemania. «Si no es durante el invierno —me dijo, para consolarme—, será en primavera, pero Alemania ganará». Sin embargo, yo no me consolé demasiado, porque me di cuenta de que la prolongación de la guerra perjudica su posición. Además, Serrano piensa que, aunque la guerra concluya en unos meses, todavía tendrá que correr mucha sangre, después de ganada, para consolidar el Tercer Reich. Porque después vendrán los enfrentamientos entre católicos y protestantes, entre el ejército y el partido…

—Vamos, que no descarta la guerra civil dentro de Alemania… —abrevié—. Supongo que, al estar con su familia en La Granja, estaría un poco más pesimista de la cuenta. Para un seductor como él, tiene que resultar muy duro no poder irse de picos pardos por la noche.

—Y en esa guerra civil que podría declararse en Alemania —proseguía Urraca, sin reírme las gracias, sin siquiera escucharlas—, España podría ejercer un papel muy importante como nación espiritual, según Serrano. Fue una delicia conversar durante horas bajo aquella parra de Santa Cecilia, alejados del mundo pero pensando en su porvenir y disertando sobre episodios que ya forman parte de la Historia… —Hizo una pausa, ensoñador y un poco bardaje—. Pero yo no dejaba de darle vueltas a sus primeras palabras: «Este año la cosecha de trigo ha sido mala…».

Contra el «exceso de victoria» del ángel con gabardina y bigote, el cuñadísimo soñaba con una Unidad Latina acaudillada por España —con Italia y Francia metidas en el guiso, a modo de séquito o guarnición— que pudiera hacer de contrapeso al pangermanismo. Pero necesitaba una victoria rápida de Alemania, antes de que Franco lo apartara del ministerio. Perico Urraca miró el cielo de París, que se desangraba en los árboles del bosque de Vincennes, congestionados de otoño y a punto de sacudirse las hojas. Y me reveló entonces que se había convertido en el hombre de confianza de Serrano en sus periplos internacionales:

—Lo que no me imaginaba yo al despedirme en Santa Cecilia es que un par de semanas después lo iba a ver de nuevo, esta vez en Alemania —dijo, con la risa eufórica del enamorado gorgoteando al fondo de la garganta—. Me llamaron del Palacio de Santa Cruz, pidiéndome que me reuniera con él en la estación central berlinesa, donde lo estaban esperando todas las personalidades del Tercer Reich, desde Von Ribbentrop hasta Himmler, para escoltarlo durante toda su

visita. ¡Qué magnífica acogida y caluroso recibimiento le dieron, pese a lo desapacible del día! Serrano comió con Von Ribbentrop, se entrevistó con el Führer y a la mañana siguiente se marchó precipitadamente para Roma. Pero fueron unas horas impagables a su lado, ese hombre es todo elegancia y apostura…

Y la bocaza de hucha se le ondulaba, bizcochable y a punto de caramelo. Me empezaba a empalagar tanta delicuescencia:

—Chico, te confieso que me inquietó que te gustase el numerito de la jamona del cabaré del Infierno, pero esto me empieza a parecer mucho más preocupante. ¿Qué es lo que te gusta tanto del cuñadísimo? ¿Sus uniformes de fantasía? ¿Su mirada de gato? No me digas que su talle, por favor, no estoy preparado para ello.

Pero yo sabía bien que la afección de Perico Urraca no era otra sino la vanidad, que en los hombres dedicados a oficios oscuros o vergonzantes florece de forma más impetuosa cuando alguien, muy raramente, los enaltece y encumbra, aunque sólo sea por unos días o unas horas. Pero la vanidad no lo había obnubilado por completo:

—Una cosa observé durante mi estancia en Berlín que no quiero dejar de contarte —murmuró, con voz ensombrecida de pesimismo—. Un par de veces sonaron las alarmas antiaéreas; y aunque los bombardeos fueron de poca monta, el caso es que los hubo. ¿Cómo es que Inglaterra, si está a punto de sucumbir, tiene capacidad para enviar aviones hasta Berlín? Y otra cosa más… En Berlín la comida sintética y los sucedáneos están a la orden del día: el café no es café; la carne no es carne; y todos los alimentos los comen enlatados y nunca son lo que se anuncia en el envoltorio, sino un engrudo que sabe siempre igual. ¿Cómo se explica que quienes están ganando la guerra tengan problemas para dar de comer a la población?

No se explicaba fácilmente, considerando que las restricciones en Francia se habían impuesto, sobre todo, para garantizar el aprovisionamiento de Alemania. Urraca ya volvía a medir con pasos demorados la amplitud del piso, haciendo crujir la madera. A lo mejor soñaba con pisar al lado de su ídolo los despachos del Palacio de Santa Cruz, que también serían espaciosos y de maderas crujientes.

—Por cierto —me dijo, desde el otro extremo de la casa—. Cené en Berlín con González-Ruano, que ya no soporta aquel cielo gris, con su monotonía y su tristeza perpetua. Me dijo que añora el dorado París y me envió recuerdos para ti. Sospecho que se acabará viniendo.

—Ruanito es un golfo y en Berlín se aburre como una ostra —resumí.

Nuestras voces resonaban lóbregas por las habitaciones del piso, dándose topetazos en las paredes desnudas, en las que se destacaban los cercos de suciedad en derredor de los cuadros que allí habían estado colgados. Cuadros carísimos o degenerados, o ambas cosas a la vez, porque lo cortés no quita lo valiente.

—El tío se conoce a todos los artistillas rojos que pululan por París —prosiguió Urraca, con voz más sinuosa y ladina—. Por un momento pensé: «Coño, tendría que haberle asignado a este hombre la misión que le he asignado a Fernandito, tal vez me habría dado mejor resultado».

Me apresuré a salirle al paso, antes de que se marchara. Las maderas del piso sonaron bajo mi carrera como un barco a punto de descuajeringarse.

—No seas cagaprisas, Perico. Estoy echando las semillas; pero no se cosecha de un día para otro —me excusé, evitando el tono implorante.

Urraca soltó su risa de alcancía tintineante de monedas, antes de repetir otra vez la frase enigmática del cuñadísimo:

—Este año la cosecha de trigo ha sido mala...

Pero ahora la repetía con una intención aviesa, como si me reprochara mi inepcia en el cumplimiento de la misión asignada. El cuñadísimo gatuno le había sorbido el seso e inflado su vanidad. Pero a los gatos los terminan capando, para que dejen de preñar gatitas.

—Los voy atrayendo a todos a la avenida Marceau con golosinas variadas. Hasta voy a montar una escuela de pintura para la que necesitaremos fondos, por cierto —dije, pero enseguida pensé que me convendría reclamarlos pronto, pues el invierno se presentaba amenazante, si la guerra se aplazaba hasta la primavera—. Y este fin de semana me veo con la plana mayor de *Je Suis Partout*, por mediación de Daranitas. Me he propuesto que en *Je Suis Partout* se conviertan en heraldos y cobistas de los artistillas rojos. —Lo miré yo también ladinamente—: ¿Qué te parece? A la gente simple se la gana por la vanidad.

Urraca entendió la puntada y se me encampanó un poco:

—¿Qué pasa? ¿Que tú no tienes vanidad acaso?

—Por supuesto que no, Perico, a ver si te enteras —le contesté,

risueño—. Yo sólo tengo orgullo, que es el doctorado de la vanidad.

XIII

—¡Pero qué majaderías de cosechas de trigo ni qué niño muerto! —bramó Daranitas, cuando le confié la frase críptica del cuñadísimo—. Estamos aviados, si todo un Ministro de Asuntos Exteriores empieza a dudar del poderío alemán. Eso es lo que trae andar follando con marquesas, que se han vuelto todas unas anglófilas insoportables, de tanto jugar al cróquet en el Club de Campo.

Daranitas todavía conducía un automóvil de muchos caballos, porque había obtenido un permiso especial de la Kommandantur para moverse por la región parisina, en atención a sus responsabilidades, al frente de la sección española del Sindicato de la Prensa Extranjera. Se aferraba al volante como si quisiera arrancarlo de cuajo y miraba la carretera como si tuviera que solucionar una ecuación de tercer grado, poniendo en la conducción una tensión desmesurada. Pero tal vez la tensión se la produjera que alguien osase dudar de la inmediata victoria alemana, que juzgaba impepinable y casi de derecho divino.

—Tampoco las impresiones berlinesas de Perico me parecieron muy halagüeñas —me permití insistir, a sabiendas de que sólo lograría enfurecerlo más.

Me había pasado a recoger por la calle Froidevaux, de donde ya estaba acabando de sacar mis exiguas pertenencias y mis destartalados muebles, que no daban para llenar ni un par de piezas de mi nueva casa limítrofe con el bosque de Vincennes.

—Y a ver si te instalas ya de una puñetera vez, salao, que me has hecho recorrer todo París y gastar un potosí en combustible —me reprendió, iracundo—. Déjate de impresiones berlinesas y de leches. La mejor manera de saber cómo va la guerra es escuchar las emisiones de la British Broadcasting Corporation —dijo, sin recurrir a las siglas, por lucir vanidosamente su inglés, aunque fuese patatero—. Tendrías que escuchar las soflamas que lanzan, empezando por el masonazo de Churchill, asegurando que Inglaterra no está sola, que cuenta con «la defensa pasiva de Francia». —Se carcajeó hasta casi descoyuntarse la

mandíbula—. Ya no son capaces de disimular su impotencia, y hacen creer a sus radioescuchas que Francia está resistiendo «pasivamente». Han sido desalojados de Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Somalia, Rumanía… Han sido derrotados en Dakar y agredidos noche y día en su propio territorio. ¡Pero los muy imbéciles confían en la «defensa pasiva» de Francia! Están acabados, hazme caso.

Charles Lesca, el administrador, director y propietario de *Je Suis Partout*, vivía en Auteuil, en un hotelito muy cuco de la calle Jouvenet, con un jardín frondoso en el que gustaba de invitar a sus amigos o secuaces a un asado argentino, con la carne que su empresa de exportación comercializaba. Era carne de vaca trotona de la Pampa, vaca de las que no han pisado jamás un establo; y, aunque hubiese sido congelada para cruzar el océano, podía ya considerarse un manjar exclusivo, dadas las restricciones.

—Te he conseguido a la plana mayor de *Je Suis Partout* —me volvió a restregar por los morros Daranitas, para que no se me olvidara que le debía un favor—. Han confirmado que vendrán Drieu La Rochelle, Brasillach y Rebatet. O sea, la *crème de la crème* del fascismo francés, pastoreada por Lesca. Esto es como si cenaras con Greta Garbo, Marlene Dietrich y Joan Crawford pastoreadas por… yo qué sé, por…

—Por Celia Gámez, no te jode —me burlé—. Anda, hombre, que te lo agradezco de veras, pero tu analogía es que se las trae. Los tengo bien leídos a todos.

Entramos directamente al jardín del hotelito por la puerta de la reja, que Lesca había dejado entreabierta. Enseguida salió a recibirnos su mujer, que se llamaba María Emilia y me pareció uruguaya, por lo sometida que se la veía a su marido porteño, aunque fuese rubia desvaída y, según Daranitas, propietaria de minas de plata. Como llegábamos los primeros a la cita, María Emilia nos invitó a pasar a la casa, que misteriosamente estaba amueblada con cómodas y aparadores de estilo castellano, de maderas muy añejas y grasientas que daban calor sólo de verlas, como si guardasen jamones mohosos o brazos de Santa Teresa en los cajones. Lesca salió a recibirnos con la pajarita torcida, como si se acabara de trajinar a una mucama ante la «defensa pasiva» de su mujer, haciendo mucha alharaca y escándalo cuando saludó a Daranitas, con quien se abrazó como hacen los munícipes después de inaugurar una farola.

—¡Pero mirá que sos bandido! ¡Tres meses hará que no te veo! —dijo Lesca, tras los abrazos.

Pensé que uno de los dos habría cambiado de cabaré habitual; porque me parecía que ambos eran clientes de antros nocturnos. Charles Lesca era crapuloso y dicharachero, con aspecto de galán otoñal o vendedor de crecepelos, con unas entradas en el cabello que parecían dársenas y le dejaban una frente como la explanada del Trocadero. Aunque trataba de aparentar una prestancia juvenil, las mejillas blancas y colgantes delataban al cincuentón. Se notaba que desdeñaba olímpicamente a su mujer, a la que ni siquiera dirigía la palabra, como hacen los aristócratas de rancio abolengo con el servicio (pero Lesca a sus mucamas las miraba de arriba abajo), siempre que le tuviera los trajes planchados y la comida en el plato a la hora acordada. Daranitas me presentó con ditirambos desaforados, calificándome de estrella ascendente de la prensa del Movimiento.

—¡Pero claro! —exultó Lesca—. Leí su artículo sobre Ana de Pombo en el *Arriba*. ¡Qué belleza, che! Literatura de muchos quilates... —Me disponía a agradecerle el elogio, pero enseguida comprobé que en realidad era una *captatio benevolentiae*—: Aunque no sé yo si los tiempos que corren son los más propicios para la literatura...

—*Je Suis Partout* está plagado de escritores... —objeté.

Lesca tenía la risa fanfarrona, como de malevo de boliche:

—Pero fíjese que he conseguido que todos me hagan periodismo de combate —dijo.

Daranitas aprovechó para meter baza, *pro domo sua*:

—Nuestra obligación, en la presente coyuntura, es que nuestra pluma valga más que una pistola —parafraseó al otro Machado—. Hay que escribir con pólvora, mejor que con tinta. Pero Fernandito es un estilista irreductible.

—Pues hay que reprimir el estilo, para que florezcan los géneros literarios que nuestra época demanda —pontificó Lesca, entre condescendiente y apodíctico.

—¿Como cuáles? —me atreví a inquirir.

—Como la diatriba contra la democracia, el libelo antijudío, el panegírico nacionalista y, por supuesto, las odas a la Nueva Europa —respondió Lesca, y soltó otra risa fanfarrona—. Pero todo ello sin farfullas esotéricas, todo ello muy clarito, como hace por ejemplo mi compatriota Hugo Wast, que está a la vanguardia del antisemitismo

literario sin necesidad de espolvorearlo todo de cochinadas abstrusas, como ese Céline de los demonios. Pero a ustedes, los gallegos, eso de renunciar al estilo les parece como renunciar a la honra. Y no digamos a los franceses, que se creen los ángeles custodios de la santísima retórica.

Lesca nos condujo hasta el jardín de su mansión, frondoso de jacarandas y ceibas y otras especies autóctonas argentinas, incluido un ombú matronal y panzudo que incitaba más a la payada y otros géneros gauchescos que a los géneros reivindicados por Lesca; sobre todo en combinación con la fragancia que desprendía el asado argentino que las mucamas estaban preparando en una parrilla. Observé que todas las mucamas eran matambres, chinchulinas y chimichurris, sin duda seleccionadas por el propio Lesca.

—¿Usted ha leído a Hugo Wast? —me preguntó, empeñado en ganarme para sus géneros de combate.

—Yo, de literatura argentina —reconocí, displicente—, sólo he leído a un tipo llamado Borges, que de muchacho escribía poemitas ultraístas y tenía aversión al sexo, porque su padre lo quiso desvirgar con una puta que resultó que era su amante.

Pero aquel Borges, aunque fuese niño bitongo (o concheto, como dicen los argentinos) y acabara renegando de las vanguardias para refugiarse en la Enciclopedia Británica, me parecía que era de esos escritores que entienden la literatura como un encierro en la torre de marfil, donde se matan a gayolas estilísticas. O sea, exactamente lo contrario de lo que postulaba Lesca.

—¡Pero ese Borges es un otario, no joda! —se indignó teatralmente—. El muy pelotudo sigue doncel, pegadito a las faldas de su mamá y de la gallina clueca de Victoria Ocampo, convertido en uno más de sus polluelos gansos... A ese que viene por ahí, por cierto, también quiso captarlo la bataclana de la Ocampo, pero yo lo impedí y trato de ganarlo para el periodismo de combate. Aunque el gil se me resiste un poco.

Lesca se refería a Pierre Drieu La Rochelle, el más afamado de los colaboradores de *Je Suis Partout*, y también el más esporádico, porque estaba muy requerido (y, en el fondo, tenía demasiados pujos estilísticos). Parisién injertado de normando, Drieu La Rochelle era alto y rubio, ligeramente tímido, ligeramente calvo, ligeramente escorado hacia el lado izquierdo al caminar (y también cuando

escribía, pues se le notaba cierta fascinación estética por el bolchevismo). Drieu era pulcro y relamido, en la frontera misma del acicalamiento, pero a la vez tenía la obsesión de reafirmar constantemente su virilidad —tan típica de los hombres con disfunción eréctil— en cuanto decía o escribía. En su exacerbada ansia de independencia, o por exorcizar el aburrimiento, Drieu se había adherido a cuanto movimiento literario o político se cruzaba en su camino, con tal de que fuese una novedad y albergara nuevas semillas de energía viril: primero al dadaísmo, después a la Acción Francesa de Maurras, más tarde a un incierto comunismo de salón y al radicalismo de los «jóvenes turcos». Últimamente, Drieu andaba entre el dandismo y la adoración al superhombre nietzscheano, a la autoridad y a la fuerza conquistadora (definitivamente, tenía disfunción eréctil). Así, había acabado coqueteando con el nazismo.

—Los alemanes me han propuesto dirigir la *Nouvelle Revue Française*, Lesca —soltó, borracho de vanidad, apenas concluidas las presentaciones—. Comprenderá que es un honor tremendo. Con la revista en mis manos no se repetirá el error que cometieron con Proust.

La *Nouvelle Revue*, con el cenutrio de Gide a la cabeza, había rechazado en efecto la publicación por entregas de la *Recherche*, porque les parecía que sacaba demasiadas marquesas. Drieu se las daba de hermeneuta de Proust, pero había en su escritura una mirada demasiado distante y exótica —a través de su abolengo normando asomaba el escandinavo puro— que le impedía entender plenamente el genio proustiano, latino al fin, aunque estuviese entreverado de delicuescencias y «farfullas esotéricas», que diría Lesca. Pero Drieu, en general, era una contradicción andante, un barullo de influencias y pleitesías en el que no era posible aclararse. Tal vez los alemanes lo hubiesen escogido como director precisamente por ello: así, aunque la revista, de facto, había sido incautada a Gallimard, se mantenía una apariencia de continuidad y tolerancia ecléctica.

—Con tal de que usted no cometa errores todavía mayores… —se barruntó Lesca, que no tuteaba a sus colaboradores, más afrancesado que porteño—. Si necesita la colaboración de algún autor argentino, yo le puedo conseguir la de Hugo Wast.

Se veía que Lesca era fiel a sus monomanías y a sus autores de cabecera. También lo era a Charles Maurras, el fundador de la Acción

Francesa, que a los colaboradores de *Je Suis Partout*, cachorros amamantados a sus ubres, les parecía en cambio un abuelete pelmazo y germanófobo. Los cachorros de *Je Suis Partout* se habían hecho todos germanófilos encendidos y delirantes, con la excepción parcial de Drieu, quien también en su germanofilia resultaba contradictorio: si, por un lado, la Alemania dueña de su destino y viril se la ponía dura (hasta donde la disfunción eréctil lo permitía), por otro no lograba tomarse del todo en serio al ángel con gabardina y bigote, a quien había designado por escrito con el remoquete de «hijo del aduanero». La germanofilia de Drieu era esteticista e imperial, siempre presidida por la sombra de Carlomagno (por eso el embajador Otto Abetz lo había propuesto como director de la *Nouvelle Revue Française*).

—Mi intención es cometer tan sólo aciertos —dijo Drieu sin disimular su acritud—. Pero desde luego no pienso publicar nada de su idolatrado Maurras, ni tampoco de esos nacionalistas argentinos que a usted tanto le gustan. Voy a hacer una revista exclusivamente literaria, no un periódico de combate como *Je Suis Partout*.

—La lleva usted clara. Los escritorcitos de pitiminí le darán la espalda, porque no se querrán mojar en una revista bajo vigilancia alemana —se engalló Lesca.

—¿Por… por qué habrían de actuar así? —balbució Drieu, consternado—. Y el caso es que tiene usted razón. Varios autores que habían depositado sus textos antes de la debacle me han escrito para retirarlos…

Drieu era uno de esos lechuguinos atentos al nudo de la corbata que, sin embargo, descuidan la raya del pantalón. No advertía que, aceptando la dirección de la revista, se había convertido en el mamporrero máximo de los ocupantes; y que la sinecura, como todos los privilegios de los que disfrutase desde ese momento, se los harían pagar con creces sus envidiosos colegas, hasta abocarlo a la espita del gas. Por el momento, retiraban sus colaboraciones de la revista, para no mancharse.

—Porque todos ellos son un hatajo de flojos, chusma democrática y judaizante de la peor calaña —se hizo oír un recién llegado, con voz de gramófono.

Era Robert Brasillach, el benjamín de todos los colaboradores de *Je Suis Partout* (apenas había alcanzado la treintena). Catalán de Perpiñán, era regordete y carilleno, de ojos miopes y negros como

sanguijuelas, abultados por los gruesos cristales de sus gafas de concha que, junto a la cabeza voluminosa, le daban un aspecto batracio. Se había iniciado escribiendo precozmente folletines literarios y crítica cinematográfica para las publicaciones del abuelete Maurras, con quien no había tardado en romper, separados por medio siglo de edad y, más definitivamente aún, por el Tratado de Westfalia. Mientras el viejo maestro se mantenía fiel al nacionalismo integral que llevaba predicando toda su vida, el discípulo Brasillach se declaraba sin rubor fascista de rompe y rasga, por simpatía visceral —más que propiamente ideológica— hacia un movimiento que le permitía ser incendiario y arrogante y lanzar desde su tribuna en *Je Suis Partout* soflamas feroces.

—Usted siempre tan expeditivo, Brasillach —se defendió Drieu, poniendo cara de asquito—. No todos serán chusma democrática y judaizante. Vamos, digo yo.

—Tiene usted razón. Hay algunos que son más bien escoria marxista. A todos ellos se les puede arrojar con sus obras a la misma hoguera —sentenció Brasillach.

Tenía un aire de niño modosito y redicho, con todos los excesos y limitaciones de los niños modositos, cuyos berrinches suelen ser más convulsivos que los enfados de los niños asilvestrados y zoquetes. Brasillach encajaba a la perfección en el prototipo de escritor que postulaba Lesca: muy dotado literariamente, con delicadezas en sus relatos y novelas propias de un alma sensible, su paso con armas y bagajes al periodismo de combate lo había vuelto sin embargo bronco y frontal.

—Una vez que se aviva la hoguera, el fuego puede chamuscar a quien arrima la tea. Tampoco nos pasemos de rosca —lo aplacó Lesca, demasiado *bon vivant*.

—Brasillach aviva la hoguera desde lejos, tirándose pedos blandos. Así no hay peligro —murmuró Drieu.

Aludía malévolamente a la homosexualidad del catalán, que no era la del sarasa lleno de dengues, sino una homosexualidad espartana y legionaria, desde luego mucho más viril que el mariposeo de Drieu, que había estado casado dos veces y a ninguna de sus mujeres había dejado preñada. La parrilla llenaba el crepúsculo de aromas lunfardos, desentonando con el ambiente de pollos pera que se respiraba en Auteuil. También desentonaba con ese ambiente el último de los

convidados al asado, Lucien Rebatet, que se jactaba de proceder de la Francia aldeana y abominaba de las sofisticaciones parisinas, en un estilo siempre tonante, aunque menos turbulento que Brasillach. En Rebatet convivían la vehemencia del apasionado y la rabia fría del desdeñoso; y este entreveramiento de su escritura se transparentaba también en sus facciones, donde convivían la barbilla puntiaguda y la frente meningítica, el mohín de asco y la mirada en ascuas. Miraba de hito en hito a su interlocutor, como si quisiera sacarle las tripas y hacer con ellas chinchulines; y era una mirada perspicaz de visionario que contrastaba con la mirada distante y empañada del normando Drieu, en la que había más curiosidad que adhesión, y también con la mirada del catalán Brasillach, sulfurosa y como de tizón encendido. En general, el estilo de Rebatet me gustaba más que el de los otros dos, me parecía más fluido y corrosivo, equidistante de la torre de marfil y la trinchera, con un talento natural para el panfleto vitriólico que dejaba las expansiones de Céline reducidas a bagatelas.

—Supongo que se habrán enterado de que Vichy ha derogado las leyes de Combes —dijo, abrupto y enfadado, tras las presentaciones—. El viejo chocho de Pétain quiere restablecer la enseñanza religiosa en la escuela.

La expectativa de acabar con el laicismo republicano le hacía arrugar el morro; pues, aunque odiaba la extinta Tercera República con toda su alma, también era un agnóstico virulento, con una tirria a los jesuitas digna por lo menos de Azaña. Brasillach se le encaró, pendenciero:

—¿Prefería usted, acaso, que enseñaran a los niños la burda filosofía de las logias?

—Yo lo que prefiero es que no les enseñen a darse por el culo —lo agredió Rebatet.

Resultaba evidente que los colaboradores de *Je Suis Partout*, que parecían todos una piña cuando se leía el semanario, se profesaban escaso cariño una vez que colgaban la pluma de la espetera, si es que no se llevaban a matar directamente. Sólo los unía el odio químicamente puro a la democracia y a los judíos, pero en lo demás eran cada uno de su padre y de su madre: legitimistas desorientados, reaccionarios atrabiliarios, nacionalistas exaltados, fascistas carismáticos, autoritarios premiosos, más el lechuguino de Drieu La Rochelle, que tenía una empanada mental mucho más disuasoria que

las empanadillas criollas que ya nos aguardaban en la mesa, junto al asado suculento. La rubia y desvaída María Emilia nos convocó a la mesa, confirmando mi sospecha de que Lesca la quería sólo para que lo tuviese todo dispuesto. Cuando nos sentamos, la tarde, como un animal herido, se recostaba jadeante, violeta y violenta.

—Ya sabrán todos ustedes que Daladier ha sido confinado por orden de Pétain en el Castillo de Chazeron y acusado ante el Tribunal Supremo de Riom de la derrota de Francia —anunció Daranitas, exultante de que los capitostes de la Tercera República mordieran el polvo—. ¡Cuánto se habrá acordado ese mequetrefe del consejo que en su día le dio Maurras! «Una guerra con Alemania puede abocar a otro Sedán, a otra debacle. Si Alemania quiere la guerra, guardémonos de hacerle el juego, y que sea ella, en todo caso, quien la declare». ¡Sabias palabras de un hombre egregio!

Pero Daranitas, cincuentón y maurrasiano como Lesca, no advertía que los cachorros de *Je Suis Partout* abominaban de la Acción Francesa, por arribismo o porque la solución monárquica se les antojaba paleolítica (el desprecio al viejo maestro también los unía, junto al odio a la democracia y a los judíos). Drieu y Brasillach dispensaron una mueca displicente a la cita de Maurras; pero fue Rebatet quien deslizó el comentario más venenoso:

—Sin duda, Maurras es un sabio. Y el más destacado atributo de su sabiduría es la sordera. Es admirable el pulso con el que sostiene las riendas de Inacción Francesa.

También Rebatet se había estrenado como crítico cinematográfico con Maurras, a quien ahora vejaba con sus sarcasmos, antes de consagrarse en *Je Suis Partout* como melómano exquisito y formidable *connaisseur* (y furibundo fustigador) de todas las tendencias artísticas en boga. Lesca enseguida se había percatado de que su mala baba vitriólica lo hacía el hombre adecuado para dirigir las páginas culturales de su semanario, que había convertido en las más prestigiosas de la prensa francesa (o siquiera en las más temibles, pero en aquella circunstancia histórica el prestigio de una publicación se medía por el grado de temor que era capaz de infundir). Sin duda, Rebatet era el hombre más adecuado para mis planes; así que intervine, tratando de captar su atención:

—Maurras se equivocaba, al comparar esta nueva derrota de Francia con un nuevo Sedán. Tal vez lo haya sido para el venerable

mariscal Pétain, que a la postre es un hombre de otra época, como el mismo Maurras. Pero la Alemania victoriosa no quiere derrotar a Francia, quiere algo mucho más ambicioso. Hombres como Pétain o Maurras piensan que Francia ha sufrido otro Sedán. Para Alemania, el mundo ha asistido a la caída de Bizancio.

Mi intención era significar que estábamos asistiendo a la inauguración de una nueva era; pero un segundo después de lanzar esta ocurrencia advertí que, sin pretenderlo, había comparado a los alemanes con los turcos. La inconsciente analogía puso en guardia a Brasillach, que no admitía que se dijese nada adverso de los alemanes, ni siquiera que sus señoras, cuando se hacen mayores, se ponen un poco cachalotes, por muy nadadoras o alpinistas que hayan sido de jóvenes; y Drieu me miró estupefacto de mi osadía. Pero Rebatet se levantó de la mesa, con una morcilla criolla ensartada en el tenedor, e hizo ademán de quitarse el sombrero que no llevaba:

—¿Me permitirá, señor Navales, que utilice esa frase en mi próximo artículo? Citando la procedencia, por supuesto. Sólo me permitirá que prive a Pétain del epíteto «venerable».

—Le permito utilizarla sin citarme, señor Rebatet. No quisiera tener problemas con Maurras, y mucho menos con el Mariscal.

En la denostación de Pétain también hallaban un consenso que les evitaba lanzarse pullas y reproches entre sí. Todos hablaban con desdén y sarcasmo del ensayo estatal y administrativo de Vichy, y se burlaban de los alifafes de Pétain:

—Después del pediluvio en el balneario, una monjita le da por las noches pomada, para que los juanetes se le vayan cayendo en escamas —dijo Drieu La Rochelle, para quien el héroe de Verdún resultaba demasiado provecto y, por lo tanto, incompatible con sus quimeras de virilidad nietzschiana.

—Y otra monjita se encarga de ir recolectando las escamas que se le van cayendo, para venderlas luego como reliquias —remachó Brasillach.

A Lesca lo incomodaban un poco las befas inmisericordes de sus pupilos, que si se trasladaban al papel podrían costarle el cierre del semanario. Trató de templar gaitas:

—Vamos, vamos, señores, la obra del Mariscal y sus colaboradores requiere tiempo —dijo, ajustándose la pajarita, o utilizándola de servilleta, después de comer con los dedos unas

achuras—. El Mariscal conserva una serenidad equidistante entre la indiferencia fatalista y la confianza jactanciosa.

—En efecto —saltó Rebatet, rápido y depredador—. Y esa equidistancia recibe el nombre de demencia senil.

Rebatet era un amargado brillantísimo, un resentido rezumante de bilis y humor cáustico, *mon semblable, mon frère*. Antes de que los vituperios contra Pétain alcanzasen espesor de vómito, Daranitas —que veía en el Mariscal una figura augusta y paternal, híbrido de monarca y caudillo— se permitió recordar al resto de comensales que Vichy acababa de promulgar, sin necesidad de que los ocupantes obligaran a hacerlo, un estatuto antisemita por el cual los judíos quedaban excluidos de la función pública y de cualquier puesto directivo en la prensa, la radio y la industria:

—Un estatuto, señores, que permitirá además internar en campos a los judíos extranjeros y que retira la ciudadanía francesa a los judíos argelinos —proseguía Daranitas, solemne, desgranando las novedades legislativas introducidas por Pétain—. Un estatuto, en fin, que considera judías a las personas que, aun siendo católicas, tengan tres antepasados judíos...

Me permití meter baza, para enviscar los ánimos y confrontarlos con sus contradicciones:

—Pues me temo, entonces, que esa legislación choca de lleno con el principio profesado por la Iglesia, según el cual el judío que ha sido bautizado válidamente deja de serlo para incorporarse al rebaño de Cristo. Se ve que las monjitas que dan pomada al Mariscal no le recuerdan la doctrina católica.

Brasillach se exasperó, porque pretendía ser católico y antisemita a un tiempo, y además conocía a fondo las vicisitudes de la historia española:

—¡Basta ya de monsergas! —exclamó, con la boca llena de colita de cuadril—: También los reyes de España expulsaron de su territorio a moriscos y judaizantes que estaban bautizados. ¡La Iglesia no puede entrometerse en los asuntos internos del Estado! —Y cambió al español, para demostrar su dominio de los modismos y los refranes—: Su Caudillo de ustedes lo está permitiendo, porque le gusta más desfilar bajo palio que a un tonto una tiza, pero acabará pagando caro ese error. Los curas modernistas se comerán la merienda y luego le cagarán en el zurrón.

Brasillach había recorrido España de punta a cabo, montado en una tartana de titiritero; y había escrito la primera crónica sobre el sitio del Alcázar de Toledo y la primera historia de la guerra civil española. Era la suya una querencia hispánica irrefrenable, propia de un catalán del Rosellón, pero deformada por el sórdido chovinismo gabacho.

—Ese estatuto promulgado por Vichy responde a un estado de conciencia francés que nunca habría pasado de la fase durmiente sin el reconocimiento de la derrota —dijo Lesca, evitándome la incomodidad de enzarzarme con Brasillach—. También por ello debemos estar agradecidos a Alemania.

Y elevó los ojos a la copa del ombú que nos acogía bajo su sombra (ya innecesaria, pues la noche se había colado furtivamente en el jardín), como si elevase una plegaria a Dios, a quien imaginaba encaramado en sus ramas. A Drieu le salió el normando que llevaba dentro:

—Ninguno de los pueblos originarios de Francia toleró jamás la infiltración de Israel —afirmó, con ínfulas historicistas—. Nuestra sociedad se resignaba o conformaba a convivir con sus hijos, pero nunca los asimiló ni quiso. El francés medio y el judío nunca fueron compatibles.

Miraban los chinchulines de la parrilla con codicia y nostalgia. Si hubiesen tenido un judío a mano, lo habrían estrangulado con una de aquellas tripas trenzadas; pero como no había ninguno, se conformaban con zampárselas bulímicamente, embadurnándose de grasa los morros, que adquirían un brillo lúbrico a la luz tiritona de los astros.

—Se forzó a la sociedad francesa hasta extremos intolerables —se quejó Lesca—. A nosotros, en el semanario, el Gobierno del Frente Popular nos prohibía establecer distingos de raza o de religión, impidiéndonos llamar judíos a los judíos. En cambio, la prensa izquierdista siguió injuriando la religión católica, a sus fieles y a sus ministros. El Mariscal no hace otra cosa sino restaurar la Francia eterna.

El antisemitismo se había convertido, para los hombres de *Je Suis Partout*, en algo así como un código de etiqueta que les permitía desenvolverse en su medio y salvar las aduanas de la consideración social. Para entonces —antes incluso de que se promulgara el estatuto

antisemita de Pétain—, la población judía se había eclipsado por completo: unos habían huido de Francia (como la familia que había ocupado el piso en el que estaba a punto de instalarme), otros se habían mudado a barrios excéntricos o poco poblados. Y, entretanto, empezaban a proliferar las manifestaciones espontáneas en las que se apedreaba con un espíritu olímpico digno de Pierre de Coubertin los escaparates de los comercios de propiedad israelita.

—Hay que irlos arrinconando poco a poco, para que vean que aquí no se les quiere —bramó Brasillach, congestionado de morapio y de mollejas, que se le apareaban con las anginas y le abultaban el cuello—. Y nada de ternurismos. Hay que arrinconarlos a todos, no podemos cargar con los pequeños.

Había dicho «pequeños», en lugar de «niños» porque hasta los géneros literarios más broncos y combativos necesitaban recurrir de vez en cuando al eufemismo.

—Ya está bien de brindar una tierra de promisión al pueblo errante —concluyó Drieu, que en cambio dejaba enfriarse su asado en el plato, creyendo tal vez que sus problemas de disfunción eréctil los provocaba el colesterol—. Que sigan errando y nos dejen en paz.

En la mesa se extendió un rumor tribal de conformidad que tenía algo de simiesco. Me permití de nuevo zaherirlos o aguijonearlos:

—¿Y dónde piensan meterlos?

—En Madagascar, en Mongolia o en la cara oculta de la luna, allá donde alcancen los confines del Tercer Reich —me respondió Rebatet.

Desde luego no necesitaba robarme frases para escribir sus artículos, pues era una fábrica insomne de epigramas alevosos. Los otros comensales se embarcaron en un concurso de bromas antijudías cada vez más zafias de las que me sentí por completo expatriado; no por piedad hacia los hijos de Sión, sino porque renunciar al estilo se me antojaba más duro que renunciar a la honra (nunca podría dedicarme al periodismo de combate). A Rebatet, gran apóstol del desdén, le ocurría un poco lo mismo que a mí, y terminamos haciendo un aparte en la mesa, que era el colofón a la cena que más me interesaba. Me confesó que se consideraba un discípulo extasiado de Céline, a quien le gustaría emular, escribiendo un panfleto que regara de vómito Francia entera. Acidez, desde luego, no le faltaba, y además era un escritor menos ególatra y autorreferencial que Céline. Pero estaba todavía demasiado acomplejado por sus orígenes campesinos,

por su formación autodidacta, por su juventud bohemia y grisácea, como para lanzarse a la escritura de una obra ambiciosa, que requería de un tiempo del que no disponía y de una cierta seguridad económica de la que también carecía.

—Pero eso es algo que tal vez desde la avenida Marceau podríamos tratar de solucionar —deslicé—. La inseguridad económica, quiero decir. Si Lesca no le paga lo suficiente, podríamos... ayudarle con un sobresueldo.

Rebatet estiró el cuello, avizor. Su mirada en ascuas se volvió llameante, como de héroe wagneriano o loco de atar:

—¿Le he entendido bien? Lesca, desde luego, me paga una miseria. ¿Qué esperaba usted de un argentino que se ha hecho rico? —preguntó, con ironía cansada—. Bueno, él dice que nos paga en especie, invitándonos a cada poco a estas cenas de digestión más difícil que la derrota con Alemania. Pero, dígame, ese sobresueldo que me ofrece... ¿a cambio de qué?

Sabía que era mi hombre, lo sabía desde que empecé a leer sus artículos hirientes que amustiaban cuanto tocaban, como si fuesen metralla; pero que, cuando decidían elogiar algo, enardecían al lector con su entusiasmo desmedido. Los fanáticos somos así.

—Usted dirige las páginas culturales de *Je Suis Partout*... —comencé.

—Y cada vez que se publican triplicamos las ventas —se jactó, con una mueca donde se fundían el asco y la soberbia—. No hay nadie del mundillo cultural francés que no las lea, ni siquiera los que más nos detestan por nuestras posiciones ideológicas. —Y se rió, pero su risa también era agria—. En realidad, ésos son los que más nos leen.

—Desde la Falange estamos interesados en que los artistas españoles residentes en París obtengan una atención que en justicia creemos que merecen —mentí, muy tartufescamente—. Y para ello hemos pensado que tal vez el crítico de arte más afamado y prestigioso de Francia podría ocuparse de vez en cuando de alabar su obra. No podemos permitir que nuestros mejores artistas se mueran de hambre...

Rebatet se mordió los labios afilados, hasta ahuyentar el último vestigio de sangre. Advertí entonces que tenía un cierto parecido con Rimbaud, con un Rimbaud envejecido y desengañado. Y era tan astuto como él:

—La mayoría de esos artistas españoles a los que se refiere son, en efecto, unos muertos de hambre. Pero no me creo que ustedes tengan ningún interés en mejorar su suerte, siendo casi todos unos rojos relapsos e impenitentes —dijo, con ese dominio de la jerga religiosa que siempre muestran los anticlericales auténticos—. Así que, si desea que esos muertos de hambre prosperen, es porque es usted un infiltrado, o bien porque a cambio de conseguirles una atención que no merecen quiere usted corromperlos. Usted desea que, a cambio de mis artículos, esa patulea haga profesión de fe franquista; o que al menos colabore con la Falange, de tal modo que no puedan seguir presumiendo de puros y rebeldes. ¿Me equivoco?

—Un hombre de su inteligencia no puede equivocarse —lo halagué.

Las mucamas se habían acercado a la mesa, coordinadas por la desvaída María Emilia, para recoger los platos en los que apenas se amontonaba algún hueso (que a lo mejor las mucamas chuperretearían en la cocina, o pondrían a la venta en el mercado negro, para hacer caldo). Alguna se llevó, no sé si de Daranas o del propio Lesca, alguna palmada en las nalgas, que sonaron prietas como bife de cuadril; y todavía las pobres tuvieron que sonreírse y hacer ojitos, no las tomasen por judías. Rebatet miró con desagrado el palmeteo y magreo de los culos ancilares y luego miró con altanería sus manos espiritualizadas por la llama de la escritura, manos de místico o libelista.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando? Le advierto que no me vendo barato —dijo.

—Eso dependería del tipo de artículo —remoloneé, temeroso de que pretendiera cantidades que Urraca no me pudiese desviar—. Habría una tarifa más baja si los artículos los escribo yo y usted sólo los espolvorea con su estilo inimitable. Y otra más alta si los artículos los escribe usted íntegramente. Siempre que sean auténticos ditirambos, claro está. Aunque también podríamos pagarle por zurrar a alguno de esos muertos de hambre, si en un momento dado necesitáramos apretarle las tuercas.

Exasperado, Rebatet buscó la luna en el cielo de Auteuil, entre el ramaje legendario del ombú. Pero la luna se había retirado, para no sonrojarse con las transacciones que se estaban tramando en la mesa.

—Yo no necesito negros que me escriban, señor Navales —dijo,

clavándome con sus ojos como si fuese un insecto—. Se lo repito por última vez. ¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

Supe que el fondo de reptiles de la embajada iba a sufrir un severo sablazo.

XIV

—No te creas que me he olvidado de tu permiso de residencia —mentí a Sebastián Gasch—. Pero las cosas de palacio van despacio, qué le vamos a hacer. Lo que va deprisa es tu adelgazamiento. Si sigues así, te vas a quedar hecho una sílfide.

Con los carrillos flácidos, al polaquito Gasch se le iba poniendo cara de caricato, con la ventaja de que así podía mirarse un rato en el espejo y figurarse que lo habían contratado como payaso, ahorrándose el precio de las entradas del Circo Medrano.

—Y lo peor es que, al perder grasa, tengo menos protección contra el frío del invierno —lloriqueó—. Y aunque me refugie en casa no hago más que tiritar, porque no tengo dinero para comprar carbón.

Tampoco era tan fácil comprarlo a un precio que no fuese exorbitado, como ocurría igualmente con los alimentos. Para entonces, en Francia ya no comía ni se calentaba quien observaba la ley, con sus restricciones y racionamientos, sino quien se la saltaba. No había carbón, ni aceite, ni harina, ni fruta, ni manteca para los primeros, pero había —todo cuanto quisieran— para los segundos. Triunfaban en París el apaño y la martingala; y, aparte de los privilegiados cuyos ingresos les permitían comprar a precios mareantes (entre quienes había pasado a contarme, desde que Perico Urraca cambiase mi suerte), sólo podían comer medianamente quienes tenían mentalidad de mercaderes. Gasch no pertenecía a ninguno de los dos clanes.

—Pues tendrás que espabilar, Sebastián, no me jodas.

—¿Y cómo? —se preguntaba, desinflado.

—Pues, por ejemplo —improvisé—, compras mantequilla a un campesino de Normandía, a tres o cuatro francos la libra, y la guardas en tu apartamento durante todo el invierno, donde se te va a conservar de buten si de veras hace tanto frío. Luego, cuando llegue la primavera, estoy seguro de que podrás venderla a veinte francos por lo menos.

Gasch derrumbó su cara antaño oronda sobre el velador del café

Flore. Sonó muy fofa y blandulona, muy distinto de como sonaban las nalgas de las mucamas de Lesca.

—Pero el caso es que no tengo dinero para comprar mantequilla —dijo entre sollozos—. Y, aunque lo tuviera, una vez en casa, no resistiría la tentación y me la comería toda.

Jamás hombre más nacido para el atracón fue a la carpanta más derecho. Pero la situación de Gasch empezaba a ser la de muchas familias en París, donde los problemas de aprovisionamiento y de especulación con los precios eran mucho más graves que en provincias; y donde los acaparadores y espabilados del mercado negro empezaban a hacer su agosto. Gasch se sorbió los mocos, para no desaprovechar su aportación calórica; y, al notar que los deglutía, confieso que me remordió la dormida conciencia, por no pasarle alguna propinilla y haberme olvidado de tramitar en el consulado su permiso de residencia. Pero enseguida mandé de nuevo la conciencia a seguir durmiendo, recordando que era un hombre atareadísimo y con multitud de obligaciones y devociones.

—Nunca te agradeceré lo suficiente que me incitaras a visitar el salón de Ana de Pombo, Sebastián —reconocí paladinamente—. Debo confesar que la anfitriona desbordó por completo mis expectativas.

Gasch, vencejo célibe de alas desmayadas, levantó la cara del velador. Se le habían quedado pegados al moflete los cercos de vino o de café que dejan los vasos y las tazas sobre el mármol, como si fuesen calcomanías.

—¿Te la llevaste al catre, Fernando?

Y sonreía, entre bobalicón y lascivo. Alardeé a modo de limosna:

—Al catre no, porque hacía mucho ruido el somier y podíamos despertar al cornudo de su marido. Pero Ana de Pombo es una mujer muy fogosa, está más ágil que una contorsionista, cualquier lugar y cualquier postura pueden servirle. En fin, a ver si de la visita al taller de Picasso disfruto tanto.

A Gasch le había costado sangre, sudor y lágrimas (aunque las lágrimas en él eran tan fáciles como respirar) concertar una cita con Sabartés, el secretario devoto y enamorado de Picasso (para lo cual, desde luego, había que tener mucho estómago, amén del gusto en el culo). Cuando finalmente la consiguió, después de muchos tiras y aflojas, yo ya había confirmado por Alisch que el ángel con gabardina y bigote prohibía que se le molestase; pero no quise privarme de hacer

una visita turística a la guarida del pintamonas, que imaginaba como una mezcla de leonera de gañán y palacio de príncipe bastardo. Y, más allá de que me estuviese prohibido molestarlo, sospechaba que podía sacar mucha enseñanza provechosa de la visita sobre el comportamiento de los animales. A falta de arte, la ciencia zoológica siempre había despertado mi interés.

—¿Y cuándo crees que podrás conseguirme el permiso de residencia, Fernando? —me atosigaba Gasch por el camino.

—Muy pronto, Sebastián. Ojalá tú me consigas igual de pronto esos encuentros con tus amigos polaquitos que me prometiste.

Picasso había instalado su taller (y también su residencia) muy cerca del café Flore y también del río, en la calle de los Grandes Agustinos, precisamente en el mismo número —el siete— donde Balzac había situado el taller del pintor Franhofer, protagonista de su novela *La obra maestra desconocida*. Los pintarrajos de Picasso no eran, desde luego, obras maestras, pero mucho menos desconocidos; así que, al menos en esta ocasión, no podía decirse que la naturaleza hubiese imitado al arte. Antes de que Picasso adquiriera su taller a tocateja había sido antiguo hotel de los Duques de Saboya y salón de ensayos de Jean-Louis Barrault, el actor dandy y ambiguo de moda entre los *swing*, los jóvenes contestatarios gabachos (que, por supuesto, eran todos contestatarios de pacotilla, como habían probado cuando les tocó contestar a tiros la agresión alemana). Se subía al taller por una escalera en espiral, muy oscura y traqueteante, que conducía a un vasto inmueble con dependencias como desvanes de vigas negras y carcomidas, comunicadas a través de un pasillo donde nuestros pasos sonaban más numerosos, entre retumbos y escolta de fantasmas. Pero antes de poder entrar en el taller del garajista, nos detuvo en la antecámara el secretario Sabartés, como ese sacristán atildadito que ponen en el Cristo de Medinaceli, para ordenar los besapiés de las beatas y vigilar el aceite que pierden las lámparas. Y, tras detener nuestros ímpetus, nos dejó un rato esperando a que Picasso determinase cuándo podíamos pasar. Este Sabartés era uno de esos pobres diablos que tienen la perversión de actuar como lacayos sumisos las veinticuatro horas del día, sirviendo a sus amos (y a quienes nada excita tanto como que sus amos los dejen en ayunas o los despierten en el conticinio, jodiéndoles el sueño); perversión que, por supuesto, luego maquillan de devoción al genio y otras paridas

limítrofes. Así se lo dije al asustado Gasch, cuando nos quedamos solos.

—No seas tan lenguaraz, Fernando —me dijo, pero él también lo era, y mucho más chafardero que yo—. Picasso le tiene encomendado a Sabartés que lo libre de los pelmas y detecte a los aduladores y los desleales. No hay nadie que invente mejores excusas que Sabartés para desprenderse de las visitas indeseadas.

Me pareció oír a lo lejos un griterío de mujeres que se increpaban mutuamente.

—¿Me estás diciendo que, a pesar de haber concertado previamente la cita, podrían largarnos con viento fresco?

—Podrían, Fernando, podrían —me respondió Gasch, tragando saliva y haciéndose a la idea de que estaba deglutiendo algún manjar —. Depende del pie con que se haya levantado Picasso.

El griterío femenino se hizo más nítido, con procacidades genitales y reparto de mierda para las respectivas parentelas. Miré interrogadoramente a Gasch, que me lo explicó avergonzado:

—Son Dora Maar y Marie-Thérèse Walter —dijo—. A Picasso le gusta juntarlas de vez en cuando, para ver cómo se despedazan. No te preocupes, que por eso no va a dejar de recibirnos. Al contrario, le gusta que sus huéspedes disfruten también del espectáculo.

Así que íbamos a disfrutar de otro episodio del psicodrama picassiano. Sabartés, en efecto, después de acallar el remoto griterío, volvió para indicarnos que podíamos entrar y desapareció en su hura (tal vez Picasso lo mantuviese encerrado en una jaula, donde lo obligaría a permanecer de rodillas y lo alimentaría de alpiste). Reinaba en el taller un desorden imponente, con lienzos, dibujos y esculturas hacinados por doquier, pero también lápices y pinceles, periódicos atrasados y carpetas, y una sementera de cartas de pedigüeños, un cafarnaúm de objetos incongruentes que daban al lugar un aspecto como de chamarilería que acaba de padecer un seísmo. Y había un olor a aguarrás y trementina que casi me hizo desvanecer; o tal vez fuera el efecto de ver al garajista en camiseta de tirantes y gayumbos, con sus cercos amarillentos de sudor o de otros humores más feos.

—¡Pasad, Sebastián y compaña! —exclamó jovial—. Estáis en vuestra casa.

Picasso estaba posando para el escultor Apeles Fenosa, un

polaquito extravagante y bohemio al que había tratado algo en los cafés de Montparnasse. Tenía cara de fauno bello y el pelo cano y encrespado, según la moda impuesta por Cocteau. Causaba cierta perplejidad que un pintamonas tan empingorotado como Picasso estuviera posando para un escultor que andaba trampeando y tratando de hacerse un nombre. Pero sin duda estas concesiones graciosas eran la contrapartida que exigía el coleccionismo de monstruos. Por lo demás, este Fenosa era un tipo muy salado y estrafalario, de un fervor catalanista entre el surrealismo y la astracanada, capaz de defender la catalanidad de Cervantes, Cristóbal Colón o Santa Teresa de Jesús. A Picasso le brillaban de contento los ojos de cuco, mientras escuchaba los dislates de Fenosa:

—Que sí, Pablo, desengáñate, que el único arte escultórico mediterráneo con personalidad propia es el catalán —decía, mientras modelaba la arcilla—. Los griegos hicieron muy poca cosa, apenas estudios anatómicos y estatuas mancas y descabezadas; y los romanos no hicieron más que imitarlos en todo, sobre todo en mutilar estatuas. Más tarde, ¿con qué nos encontramos? Los italianos del Renacimiento copian a los paganos de la Antigüedad, con la única novedad de que dejan de mutilar y decapitar las estatuas. ¿Y qué decir de la imaginería barroca española? Puro aspaviento de gitanos.

Picasso soltaba una de sus risotadas caníbales y se palmeaba los muslos, con alborozo de babuino, esperando que Gasch y yo nos sumásemos a la juerga; cosa que hicimos encantados, por no contrariarlo.

—Pues fíjate, Apeles —dijo, por continuar con el recochineo—, que a mí tus esculturas me recuerdan mucho las tanagras griegas.

A mí me recordaban más bien las figuritas modeladas por un niño, por insignificantes pero también por simpaticonas. Fenosa hizo como que se enfadaba:

—¿No será al revés, Pablo? Sin duda, los navegantes catalanes llevaron a las ciudades de la antigua Grecia el arte de la estatuilla.

—Pues a mí me recuerdan las figuras del belén navideño —tercié, por sumarme al escarnio.

—¡Otra aportación artística del genio catalán! —exultó Fenosa—. Aquí no hay duda posible, pues hemos dejado nuestra firma en la figura del *caganer*.

Picasso compraba a Fenosa sus esculturas pueriles por arrobas,

como quien compra soldaditos de plomo, y después las distribuía por todas las repisas de su taller, para que trasteara con ellas su hija Maya, cuando acudía a visitarlo con su madre Marie-Thérèse Walter. El polaquito Fenosa era un escultor de bolsillo, un botarate simpático, arrimadizo de famas ajenas (también contaba entre sus mecenas con Cocteau y Coco Chanel), que Picasso regaba con mimo, para que no se le marchitase, pues ocupaba un lugar primordial en su colección de monstruos y era una fuente inagotable de hilaridad. A cambio, a Picasso le tocaba posar de vez en cuando para las esculturas de Fenosa; pero no posaba propiamente, pues no paraba de moverse, como si tuviese alguna comezón genital o padeciera el baile de San Vito. Picasso se dirigió a Gasch, que se había puesto a examinar sus pintarrajos poniendo cara de niño aplicado, como si le interesasen:

—¿Éste es el amigo periodista del que me hablaste? —le preguntó Picasso, refiriéndose a mí—. ¡Es una verdadera lástima que no me pueda usted entrevistar! La prensa de Franco me tiene completamente vetado; no se puede escribir mi nombre siquiera.

Y se rascó el escroto por debajo de los calzoncillos, para después olerse la mano, encantadísimo de sus fragancias.

—Pero eso puede cambiar de la noche a la mañana —dije yo, en la esperanza de que tal cosa nunca ocurriera—. Mejor estar familiarizado con su obra cuando llegue el momento.

El garajista se bajó del taburete donde posaba para Fenosa, que siguió sin embargo modelando la arcilla como si tal cosa (la birria que modelaba se parecía tanto a Picasso como a un cernícalo o una farola). Nos mostró en primer lugar unos lienzos todavía frescos, todos ellos con unos retratos horrendos de mujeres, que se alineaban en la pared del fondo, unos hechos al natural y otros ejecutados de memoria.

—Cojonudos —dictaminé rotundo—. Lo curioso del caso es que los pintados de memoria parecen más verídicos, más realistas.

Picasso me miró hasta los adentros con sus ojos de besugo astuto:

—Oiga, ¿usted no se estará choteando?

Eran todos lienzos que provocaban cefalea y dolor de muelas, idóneos para colgar en las paredes de una checa.

—Líbreme Dios, Pablo. Lo que quiero significar es que tiene usted toda la realidad en su cabeza.

Y, a decir verdad, el garajista era un poco cabezón (tal vez por

eso se pintaba a sí mismo como si fuese un minotauro). A continuación, sacó de un estante una presunta escultura de su creación, que pretendía representar la cabeza de un toro, confeccionada con el manillar y el sillín de una bicicleta.

—¡No hay cabezas como ésta en el museo del Louvre! —exclamé ferviente—. Qué digo en el Louvre… ¡ni en el Palacio del Pardo tampoco!

A Picasso mi broma le hizo gracia, pero su risa era escamona, como si empezara a darse cuenta de mi juego. También nos enseñó un par de retratos recientes de Dora Maar; por supuesto, antes nos dijo de quién se trataba, pues al garajista le ocurría lo mismo que a Orbaneja, el famoso pintor de Úbeda. En un retrato le había pintado facciones de sapo aplastado; en otro, de perro desdentado y servil. Ambos retratos tenían una sensualidad del terror en verdad sobrecogedora. Pero aún nos enseñó Picasso un tercero de juzgado de guardia, entre el estupro y el homicidio. Al pintamonas le gorgoteaba la risa en las tripas llenas de mierda:

—Mire, éste lo pinté después de pegarle una buena tunda y dejarla inconsciente en el piso. ¿Verdad que parece que sueña con los angelitos?

Había más retratos de mujeres deformadas, con caras y cuerpos furiosamente vejados y lágrimas gordas como peladillas. Eran cuadros de una hiena sádica que se regodea sometiendo a todas las mujeres que se cruzan en su camino a las sevicias físicas y morales más abyectas; pero como había pintado el *Guernica* y no sé qué patochadas más el comunismo internacional lo tenía en palmitas. El odio a sus amantes se había vuelto odio universal al sexo femenino, mezclado con un exhibicionismo orgulloso de sus fechorías. Recordé que, algún tiempo atrás, Carl Jung, impactado por la semejanza entre las pinturas de Picasso y los dibujos de sus pacientes más graves, había escrito un artículo donde afirmaba que el garajista malagueño era en realidad un esquizofrénico que expresaba en su obra el característico motivo del descenso al infierno del subconsciente, donde se respiraba un aire de letrina. Pero no me parecía que en aquellos churros hubiese descenso a ningún subconsciente, sino captación de la vida consciente de un enfermo atraído por la fealdad, por la crueldad, por la monstruosidad; y que, cuando se tropezaba por error con la belleza o la bondad, necesitaba destruirlas y ultrajarlas de inmediato, sumergirlas en una

oscuridad de sótano o mazmorra donde, sin embargo, no había nada que ocultar. Era, simplemente, la oscuridad del páramo desolado, del gabinete del matarife, de la celda del esquizofrénico.

—Magistral, Pablo, magistral sin paliativos —dictaminé, con Gasch asintiendo bobaliconamente—. Está usted en la plenitud de su arte.

El pintamonas inflaba el pecho, como si quisiera reventar las costuras de su camiseta de tirantes.

—Y ahora, por último, voy a enseñarles los grabados de la serie *Sueño y mentira de Franco*, que hice junto con el *Guernica* para el Pabellón de la República en la Exposición Internacional del 37.

Eran unos aguafuertes que no habrían estado mal decorando la puerta de un retrete, en los que Franco aparecía siempre como un ser deforme, con las posaderas al aire pidiendo retambufa y a veces armado de mantilla y abanico. Nunca había entendido esa manía roja, omnipresente en las caricaturas bélicas, de caracterizar a Franco como bujarrón, cuando saltaba a la vista que era frigidillo e inapetente. Y, junto al monstruo de ojete florido, Picasso había dibujado mujeres llorando peladillas, mujeres muertas o hechas trizas supuestamente en la devastación causada por Franco, pero tal vez dibujadas de memoria, a partir de las mujeres llorosas y magulladas que le quedasen más próximas, al alcance de su manaza de pelotari. Todo era frío en el arte de Picasso, todo carente de calor humano, como si una glaciación hubiese caído sobre el mundo y ya nada pudiese florecer. Todo lo que tocaba lo ensuciaba y envilecía el pintamonas; todas las ilusiones de belleza quedaban calcinadas en cuanto posaba sobre ellas los ojos. Era en verdad envidiable su capacidad para inundar el mundo de una fealdad cósmica, metafísica. Antes de que pudiéramos emitir un juicio sobre los grabados, Picasso levantó el dedo índice y puso el gesto avizor, para que afináramos el oído:

—Escuchen, escuchen —nos incitó, alborozado—. Dora y Marie-Thérèse vuelven a las andadas.

De las habitaciones interiores llegaba el rumor de una refriega con insultos feroces, chillidos, mojicones, cacharros rotos y muebles corridos que era música para los oídos del garajista. Se escuchaban sin dificultad los improperios de Marie-Thérèse Walter, con una voz desgañitada: «Tengo una niña de ese hombre, cosa que usted nunca podrá tener, porque está yerma, él mismo me ha dicho que a veces ni

siquiera le baja la regla». Y enseguida Dora Maar, con voz más grave y rasposa: «A saber si esa niña no será hija de mil leches. Pero yo soy su musa y le he inspirado cuadros más valiosos». Y después otra vez se enzarzaban en una madeja biliosa de insultos, porrazos y chillidos, que Picasso escuchaba con sonrisa beatífica y los párpados bajados como persianas, para intensificar el goce del instante. Al final las dos mujeres salieron de la habitación donde se estaban despedazando y aparecieron en el taller, desgreñadas y contusas, con guedejas del pelo de la otra en los puños crispados. Marie-Thérèse Walter era rubia y muslona, con ojos de yegua pitañosa; tenía sangre escandinava y había sido sin duda una mujer atlética, pero la irradiación picassiana la había ajado prematuramente y vuelto carrilluda y fondona. Dora Maar venía más estrábica que nunca, con un ojo amoratado y el otro inyectado en sangre y la mandíbula casi desencajada por el prognatismo o los chillidos.

—Venid, venid, palomitas —les dijo Picasso, socarrón—. ¿Ya os habéis desfogado?

Habló Marie-Thérèse, cabizbaja y moruga:

—Lo que queremos es que nos digas lo que piensas. ¿Cuál de las dos debe marcharse de esta casa?

Dora Maar asintió, más engreída y rozagante que la otra, pues no en vano era la incorporación más reciente al harén picassiano, y siempre la novedad es un aliciente para el hombre de apetitos básicos. Picasso, dueño absoluto de la situación, las contemplaba a ambas con sus ojos de babuino escrutador, primero a una y luego a otra, con el sibaritismo de la crueldad. Sólo lamentaba que no hubiese una tercera amante en la disputa, para completar el juicio de Paris.

—Palomitas, me resulta imposible elegir —dijo al fin, tras hacerlas agonizar con la intriga—. Me gustáis las dos por diferentes razones: Marie-Thérèse porque es dulce y gentil y hace todo lo que le pido; Dora porque es inteligente y arisca y se resiste a obedecerme, por lo que puedo castigarla. —Se encogió de hombros y volvió a rascarse el escroto—. Estoy satisfecho con las cosas como están.

Dora, patéticamente, no entendía que al día siguiente el garajista podría pegarles una patada en el culo a ambas y tomar una amante más joven, entre todas las petardas y esnobs sugestionadas por las maravillas que sobre él se escribían en la prensa. Exigió, con ridícula petulancia:

—Tienes que decidirte, Pablo. Sólo puede quedar una.

Picasso soltó una carcajada selvática que asustó a Gasch y a Fenosa lo sobresaltó, haciendo que se le cayera al suelo y se le despachurrara la arcilla que estaba modelando.

—En ese caso, tendréis que arreglarlo entre vosotras —dijo, y se acercó a un armario con las puertas cerradas—. La que mate a la otra recibirá como premio todo esto.

Se sacó una llave de algún raro bolsillo interior de los gayumbos (o tal vez la llevase colgando del escroto, y por eso le picaba tanto) y abrió el armario, donde guardaba lingotes de oro mezclados con barras de jabón de Marsella. Gasch y Fenosa se quedaron estupefactos, y enseguida empezaron a segregar saliva. Yo aproveché que nadie me miraba para estampar un gargajo como el que lancé a la osa Paquita en los grabados antifranquistas del pintamonas, que rebocé convenientemente, para que no se notase tanto.

—Pero será un premio que la ganadora sólo podrá recibir cuando yo haya muerto —concluyó Picasso, con otra risotada bestial—. De momento, yo lo guardaré.

—Danos al menos una pastilla de jabón —mendigó Marie-Thérèse —, que con las restricciones ya sólo podemos comprar sucedáneos.

Picasso confirmó mis sospechas sobre sus preferencias:

—De eso nada, monada. Las mujeres estáis más ricas cuando no os laváis.

Y se volvió al taburete, para que Fenosa empezase otra vez a modelar su tanagra o figurita del belén (pero el garajista sólo podía inspirar a Herodes), mientras sus amantes volvían otra vez a darse de mojicones y tirarse de los pelos. Picasso giraba de vez en cuando la cabeza de sátiro añoso, excitado de verlas renunciar a su humanidad y arrastrarse por el suelo, convertidas en una bola de tamo.

—Lo que no saben, las pobrecitas —nos dijo, en un susurro cómplice—, es que ninguna de las dos me interesa ya. Un hombre en la plenitud sexual necesita siempre carne joven.

Me hubiese gustado estrangularlo allí mismo y hacer chinchulines con sus tripas. Pero Alisch me había confirmado que no se le podía molestar, porque así lo había ordenado el ángel con gabardina y bigote, y yo nunca muerdo la mano que me da de comer. Le sugerí a Gasch que nos marcháramos.

XV

Supe que el jefe de la administración militar de la zona ocupada acababa de publicar un bando sobre los judíos, casi en perfecto sincronismo con Vichy, mientras me hallaba en el consulado, en el despacho del cónsul Rolland para más señas, adonde había acudido para solicitarle ayuda en la concesión de un permiso de residencia para Sebastián Gasch. Bernardo Rolland, cónsul de España en París, era sobrio y cachazudo, con una apostura de madera vieja y *brandy* reposado. Venía de familia de banqueros y agentes de bolsa, todos gentilhombres o mayordomos de honor del Orejas, todos anglófilos y muy *gentlemen*, para mayor gloria de la infiltración monárquica que Franco había diseñado para desvirtuar el Movimiento y convertirlo en una aguachirle entre la adoración eucarística y el tiro al pichón en el Club de Campo. Rolland, además, ni siquiera se molestaba en disimular su anglofilia, porque vestía ternos hechos a medida en las sastrerías de Savile Row, con mucho *tweed* y mucha pata de gallo y mucho príncipe de Gales; y, además, de las paredes de su despacho colgaban diplomas de un colegio de Bristol, donde al parecer se había educado, el muy hijo de papá. Pero a un hermano suyo lo habían fusilado los rojos en la Dehesa de la Villa (en el mismo terraplén donde yo había salvado el pellejo *in extremis*, por clemencia o ensañamiento de Gálvez); y él mismo había estado conduciendo ambulancias en el frente de Vizcaya, después de dimitir como diplomático de la República y adherirse al Movimiento. Andaría frisando la cincuentena y olía a almacén de coloniales, un olor señorial y macho.

—Pero, ¿está usted seguro de que ese Gasch es tan inofensivo? —me preguntó, haciendo mucho énfasis en el «usted», para que se notase su rechazo a las confianzas falangistas.

En realidad, su rechazo hacia la Falange iba más lejos; pues, aunque procedía del mismo sector ideológico del embajador Lequerica, no se había reciclado tan despepitadamente en «carguista»,

ni tenía su gusto por el hedonismo, la gastronomía y la literatura, que hacen a los hombres más laxos y acomodaticios. Rolland era más bien concienzudo y tesonero; o sea, picajoso.

—Inofensivo por completo, señor cónsul —respondí con decisión —. Lo máximo que hizo durante la Cruzada fue gozar de una sinecura de la Generalidad de Cataluña, donde lo pusieron a recortar y archivar noticias. No digo yo que no escribiera algún artículo acalorado en aquellos años, pero por equivocación. Lo suyo es el *ballet*, el circo, el teatro de variedades y otros espectáculos para niños zangolotinos. Es el típico hombre de derechas, moderado y pusilánime, que se vio arrastrado por los excesos del momento. Y, además, me está ayudando a atraer a los polaquitos a nuestra Causa.

Rolland frunció el entrecejo, tal vez mosqueado de que lo incluyera en la misma causa conmigo, pero lo disimuló como pudo:

—¿Polaquitos? No le entiendo.

—Quiero decir a los miembros de la colonia catalana en París, señor cónsul. Ya sabe que hay que echarles de comer aparte.

En las paredes del despacho, además del crucifijo y el retrato preceptivo de Franco, sólo estaban sus diplomas de diplomático anglófilo. Ni sombra del Ausente, ni guiño alguno a la Falange. Rolland se atusó el bigote ralo, que imitaba el de Lequerica, y se rascó la calva en marcha. La España de Franco, una vez enterrada la sombra molesta y apolínea de José Antonio, era una pesadilla tranquila y aseada de calvas y bigotes.

—Y usted lo que desea es que lo inscribamos en el registro del consulado y que le proporcionemos toda la documentación que pruebe su nacionalidad y oculte su condición de exiliado, ¿no es así?

—Y también que recomiende en Prefectura que le concedan el permiso de residencia cuanto antes, señor cónsul —le recordé, haciéndome el simpático.

Pero las simpatías impostadas no parecían servirme de mucho, porque Rolland era un antifalangista con espolones y más conchas que un galápago; y me tenía fichadísimo (tenía toda la pinta de llevarse a partir un piñón con Marañón y su costilla).

—Pero eso que usted me pide es una irregularidad que puede costarme la carrera... —dijo, mirándome con ojos bovinos.

Entró en ese momento en el despacho, sin anunciarse ni llamar siquiera a la puerta, el canciller del consulado, Rafael García Mouton,

que llegaba muy azacaneado y como si le fuera a dar un soponcio, porque acababa de publicarse el bando alemán sobre los judíos. Con voz entrecortada, fue desgranando a Rolland las particularidades del bando, que me parecieron menos severas que las impuestas por Vichy. No separaba a los miembros de una misma familia judía, ni los incomunicaba de la «sociedad aria» (a saber quiénes eran los arios en París), sino que trataba sobre todo de identificar al elemento semita, para evitar su crecimiento demográfico (no me quedó muy claro si mediante la esterilización o la condena a la continencia) y su infiltración en las élites, para evitar que se repitiese lo ocurrido durante la Tercera República. El bando consideraba judíos a todos aquellos individuos que pertenecieran o hubiesen pertenecido a la religión de Israel, o que contasen en su ascendencia con más de dos abuelos hebraicos. Se prohibía volver a Francia a los judíos que habían huido de la zona ocupada; y a todos los judíos que aún permanecían en el país se les obligaba a presentarse ante el subprefecto de su distrito y declarar su domicilio o residencia habitual. A los comerciantes judíos, por último, se les obligaba a declarar su raza en la fachada de su establecimiento, en rótulos redactados en francés y alemán. Rolland escuchaba hierático las explicaciones premiosas de su canciller; y volvió a atusarse el bigote con un sosiego desesperante.

—Ese bando es sólo el principio —comentó, taciturno y clarividente—. No podemos admitir que se aplique a ciudadanos españoles de origen judío.

El canciller García Mouton se sobresaltó de que Rolland dijese tal cosa, que se suponía reservada, delante de una visita. Rolland lo tranquilizó, después de dirigirme una mirada cómplice:

—Don Fernando Navales es persona de la más estricta confianza —dijo al canciller—. Podemos hablar delante de él a calzón quitado.

Pero yo no quería ser cómplice de un anglófilo que encima se mostraba amigo de los judíos, mucho menos que él y su subalterno se quitaran los calzones y hablaran delante de mí cuestiones confidenciales que pudieran comprometerme. Pero, después de que Rolland me bendijera, la conversación se había desbocado sin freno:

—¿Piensa consultarlo con el Palacio de Santa Cruz, don Bernardo? —preguntó temeroso el canciller.

—¿Qué voy a consultarles? —se soliviantó Rolland—. No

habiendo en España legislación alguna que establezca diferencias raciales, resulta inadmisible que ese bando se aplique a españoles, aunque sean judíos.

El canciller me miraba nervioso, casi descompuesto, y había empezado a sudar a chorros. Rolland le tendió su moquero, impoluto y con sus iniciales bordadas en caligrafía inglesa.

—Podríamos meternos en un lío mayúsculo… —farfulló García Mouton.

—En ningún lío —lo cortó Rolland, decisivo—. Ese bando contradice, además, las estipulaciones en vigor provenientes del convenio consular hispano-francés. Entregaremos a los compatriotas judíos un certificado de protección que yo mismo firmaré personalmente. Y, en lo posible, prepararemos repatriaciones individuales.

Rolland hablaba muy calmosamente, como si lo hiciera ante el tribunal de la Historia (perdón por la mayúscula). Había algo quijotesco y desquiciado (o sea, heroico) en su actitud, que era como un gargajo en el corazón de mi conciencia acanallada; pero mi conciencia estaba dormida y, además —como ya he escrito—, yo no podía morder la mano que me daba de comer y me ponía un pisazo. El canciller, en cambio, no lograba dominar el tembleque:

—¿Cómo… cómo piensa hacerlo?

—Concederemos visados de entrada en España, con autorización para establecerse allí, a todos los sefarditas españoles inscritos en el registro del consulado que lo soliciten. —Hizo una pausa y tomó aire, consciente de que iba a zambullirse en las aguas de la ilegalidad—: Y naturalizaremos a los sefarditas «protegidos» (por ejemplo, si son cónyuges de compatriotas) y a sus hijos, aunque no estén registrados. Además…

El canciller, más sanchopancesco, trataba de devolverlo a sus cabales:

—Se trata de una elusión de uno de los requisitos oficiales exigidos, don Bernardo. En el Palacio de Santa Cruz no lo autorizarán…

—En el Palacio de Santa Cruz no tienen por qué enterarse —lo cortó Rolland, mirándolo muy serenamente con sus ojos claros—. Y cuando se enteren, el bien ya estará hecho. Además, como le iba a decir, cuando registremos a los hijos de sefarditas, invertiremos el

orden de sus apellidos, para que su origen pase más inadvertido. Le ruego que abra un nuevo Libro de Repertorio e inscriba en él a todos los sefardíes súbditos españoles, conforme a los criterios que acabo de explicarle.

Rolland se había levantado del escritorio y posaba una mano aquietadora en el hombro de su canciller, que empezó a respirar más sosegadamente:

—Nosotros somos caballeros cristianos. No vamos a dejar de serlo porque esos teutones tengan de su parte la fuerza. Ande, vuelva a su puesto.

Y el canciller García Mouton asintió, con los ojos esmaltados de lágrimas, pero ya no lo sacudía el miedo, era un Sancho quijotizado y dispuesto a arrostrar los mismos peligros que su jefe. Creo que hasta yo me conmoví, o algo dentro de mí se conmovió, siquiera por un segundo. Cuando el canciller abandonó el despacho, Rolland volvió a ponerse pensativo y a atusarse el bigote. Reanudó nuestra conversación interrumpida sin hacer más comentarios:

—Lo que usted me pide, Navales, es una completa irregularidad que podría costarme la carrera —repitió—. Si elaboro esos documentos que usted me solicita, el polaquito amigo suyo podría entrar en España como Pedro por su casa, aunque haya cometido delitos de sangre. Así que haremos lo siguiente: usted me firma un documento en el que se especifique que me lo solicita para poder llevar a cabo una misión que le ha sido encomendada; documento que, por supuesto, yo me guardaré y no enseñaré a nadie. Del mismo modo, usted nada dirá de lo que acaba de escuchar. ¿Qué le parece el trato?

Era más listo que el hambre, el jodido Rolland, bajo su apariencia cachazuda y un poco bovina. Pergeñó en un periquete el documento de marras, que le firmé dócilmente; y cuando ya abandonaba su despacho, me ofreció, con la más risueña actitud:

—Por supuesto, si necesita documentación para más polaquitos, y hasta para señores de Cuenca o Albacete, no tiene más que pedírmela.

Me fui más corrido que una mona y con la certeza de que había que andarse con muchísimas precauciones con aquellos monárquicos infiltrados; pues, si bien en su mayoría eran chupópteros y aprovechateguis, de ciento en viento podía aparecer alguno como este Rolland, protector de judíos y quijote disfrazado de anglófilo, que

saliese por peteneras. Por el momento, las peteneras de Rolland no me perjudicaban, sino que por el contrario me habían beneficiado, pues teniendo contento a Gasch tendría mejor entrada con los catalanes, siempre tan cerrados y encerrados en su lengua y sus sardanas. Pero, aunque no pudiera ni me conviniese denunciar por el momento a Rolland, decidí que debía fijar por escrito cuanto antes lo que había escuchado en su despacho, sus añagazas y subterfugios legales para proteger a los sefarditas, por si algún día tenía que enviar un anónimo a Perico Urraca, informándole de los manejos del cónsul. Y, para dejar preparado este anónimo, me convenía escribirlo en la Underwood del despacho de Velilla, aprovechando su ausencia; pues de este modo, si Urraca o sus superiores se ponían a investigar la procedencia del anónimo, llegarían a conclusiones equivocadas. Hice un poco de tiempo, vagando y vagueando por el Trocadero, donde apenas paseaba nadie (tal vez todos los paseantes fueran judíos y se hubiesen refugiado del bando en sus casas), antes de dirigirme a la avenida Marceau, cuando ya la tarde se vencía hacia las tinieblas, seguro de que para entonces no quedaría nadie en el edificio y podría desenvolverme a mis anchas.

Antes de ponerme a teclear el anónimo, utilicé a discreción el retrete reservado a los invitados de postín, regando el asiento de la taza con orina y dejando la loza con unas zurrapitas primorosas, para finalmente limpiarme esta vez el culo con las toallas, despreciando el papel higiénico. Luego me senté en el bufete de Velilla, ante la Underwood fragante de tinta y delación, negra y lacada como un piano o una ametralladora, y me puse a teclear con la alegría que dan la impunidad y el estilo, pianista de palabras insidiosas, artillero de letras como balas que me salían a chorros, envileciendo la heroica actitud de Rolland hacia los judíos, por el placer de ensuciar la bonhomía de aquel monárquico irredento, devoto del Orejas y de las sastrerías de Savile Row. Las teclas de la Underwood repiqueteaban en el palacio vacío de la avenida Marceau como lluvia de plomo o sinfonía del resentimiento, creciendo en la noche con un estrépito de castañuelas. Dice Marañón en su *Tiberio* que el acicate del resentimiento no tiene por qué ser necesariamente la ofensa; que al resentido, para ponerse frenético, le basta la actitud noble de un hombre cabal. Cuando acabé de teclear aquel anónimo bituminoso, busqué en los cajones del bufete de Velilla el choricico que allí

escondía, envuelto en papel de estraza; y lo restregué un poco en el anónimo, para que dejara su huella grasienta y rojiza, entre el vómito y la sangre, señalando al sacristán. El choricico era el sello de lacre de Velilla, el marchamo que distinguía su vida y su obra.

Entonces sonó el teléfono del despacho, con su timbre inhóspito en mitad de la noche, sacudiéndome un susto de muerte del que tardé en reponerme. Descolgué finalmente el auricular y adopté una voz neutra:

—Delegación del Servicio Exterior de Falange en París, ¿dígame?

Se abrió al otro lado un silencio crepitante de electricidad estática y estupor:

—¿Fernandito? No me lo puedo creer. —Me costó distinguir la voz de Ruanito, temulenta de licores raros y trenes sonámbulos—. Llamaba para dejarte un recado, con pocas esperanzas de que me cogiera nadie el teléfono a estas horas… He abandonado Berlín para siempre…

Había algo agónico en todo lo que decía, como si se avecinara el Apocalipsis o al menos su apocalipsis personal. Acababa de llegar a París y se había instalado en el lujoso Hotel Ambassador, a costa de su bolsillo (el doctor Goebbels ya no le pagaba las excursiones por Europa). Me habló en un tono perentorio, a la vez que subrepticio:

—Estoy muy mal, Fernandito, muy deprimido y angustiado. —Pero sin duda también beodo, porque gangoseaba y hacía gárgaras al hablar—. Te ruego que vengas a verme al hotel. Si no lo haces, tengo el presentimiento de que podría morir esta noche.

Conocía sobradamente la proclividad de Ruanito al narcisismo tremendista. Pero en esta ocasión había en su congoja un fondo no completamente teatral:

—No digas bobadas, anda. En un rato estoy contigo.

Extraje el anónimo del carro de la Underwood y lo doblé cuidadosamente, guardándolo en la cartera. También cuidé de dejarlo todo en el despacho de Velilla en la misma disposición en que lo había hallado (Velilla era, como todos los pelagatos, un maniático del orden), cuidando incluso de disponer las toallas enmierdadas del baño muy meticulosamente, para que no se vieran los palominos. Era ya casi la hora del toque de queda, pero aún alcancé a tomar un metro rezagado y casi vacío hasta el bulevar Haussmann, con unos pocos pasajeros medrosos o malencarados que parecían estar haciendo

oposiciones a la clandestinidad. Ruanito me estaba esperando en el bar americano del hotel, que se había apuntado a la moda cubista poniendo en la decoración mucho lío de espejos y diseños geométricos. Se había repantigado en un sofá, ante una multitud de copas vacías y un cenicero que parecía una urna funeraria. Desde lejos advertí que estaba muy desmejorado, de una delgadez asquerosa y una palidez entre cenicienta y transparente, con el bigote desflecado y las ojeras como un hojaldre de carne lívida. Se me echó en los brazos, como un junco sin fuerzas, y me contó con voz trémula que el hastío de la vida berlinesa lo había empujado a beber abusivamente (era una confesión redundante, pues ya su aliento y sus temblores lo pregonaban), hasta caer víctima de un colapso por una enorme crisis embólica. Pero a la mañana siguiente había tenido que levantarse temprano para acudir a una rueda de prensa y se había enjaretado dos tazones llenos de café puro (o del sucedáneo de café que tomasen en Alemania) y seis aspirinas. Al poco tiempo le había empezado a fallar el corazón y, sintiéndose morir, había pedido confesión:

—Mary me trajo un cura y le solté todos mis pecados en retahíla —gangoseó, conteniendo los hipidos que amenazaban con descoyuntarle todas las tabas del esqueleto—. Pero, chico, llevaba tanto tiempo sin cumplir con Dios, y mis pecados debían de ser tan puercos, que al cura le dio un soponcio...

Entonces, aparte de las ansias de muerte, le había entrado el horror de morir con los pecados inconfesos, y había recurrido a sincerarse con su compañera Mary, que tenía las tragaderas más anchas que el cura y conocía de sobra sus intimidades. A la postre, tras la confesión accidentada y dudosamente válida, vino a visitarlo un médico que le aplicó unas compresas frías sobre el costado izquierdo y le chutó unas inyecciones en el mismo corazón.

—Caí entonces en una especie de abandono, pero no se me nubló el entendimiento —me dijo—. Por el contrario, acudieron a mi memoria imágenes, personas y escenas que habían estado años enteros olvidadas, incluidas algunas que compartí contigo... ¿Te acuerdas, por ejemplo...?

—Yo, lamentablemente, me acuerdo de todo, así que no te canses trayendo nuestras hazañas de juventud a la memoria —lo corté, para evitar pasar vergüenza y para que no removiera fantasmas dormidos.

—También pensé entonces —prosiguió Ruanito, en un tono

derrotado, casi subterráneo— en lo que yo podría haber sido y no llegué a ser, por preferir la calderilla de la fama al oro de la gloria. ¿Por qué me había dejado devorar de tal manera por la vida? ¿Cuál era mi legado? Artículos volanderos, publicados en periódicos que al día siguiente sólo sirven para envolver el pescado...

Ruanito, evidentemente, me había llamado porque quería hacer una sesión de psicoanálisis que, además, le saliese gratis. Pero, según tengo entendido, los psicoanalistas callan como zorros (son confesores estólidos que no reconvienen ni imponen penitencia), y a mí me gustaba más el papel de cura cabrón que echa rapapolvos:

—Te has dejado devorar porque eres un degenerado y lo serás toda tu vida, Ruanito. Tú lo que quieres es que te paguen el artículo para irte de farra. Pero no sé de qué te viene ahora tanta inquietud por la posteridad, si nunca has creído en el más allá.

Ruanito puso cara de congrio hervido:

—¿Entonces por qué llamé al sacerdote?

—Por tradición, por atavismo, porque desde la tumba clamaba la sangre de tus ancestros, pidiéndote que murieras como Dios manda.

En el bar del Hotel Ambassador ya iban a cerrar, respetuosos del toque de queda, y Ruanito pidió una última copa bien cargada de un brebaje indiscernible, pero con pinta de procurar unas resacas espantosas, sobre todo a alguien con aspecto de cadáver prematuro como él.

—El caso es que me salvé —abrevió Ruanito, todavía perplejo—. Ni el doctor ni yo sabemos todavía cómo, pero me salvé.

—¿Y no sería todo un simple ataque de histeria? —lo zaherí—. ¿Dónde has dejado a tu... a Mary de Navascués, la mujer emparentada de rebote con el Orejas de la que me hablaste?

Ruanito sonrió, como un pelele lúbrico que se quiere enfadar pero no puede:

—Mary es la mujer de mi vida, te ruego que no te refieras a ella con retranca —respondió—. Se ha quedado en Berlín levantando la casa, y se reunirá conmigo en dos o tres semanas, durante las cuales espero encontrar un piso aquí... —Y volvió con la matraca victimista—: Pero todavía tengo palpitaciones en el pecho y un miedo cerval a morir antes de que ella vuelva.

Había viajado a París con un salvoconducto de quince días de duración, después de los cuales tendría que volverse a Berlín si no

quería malquistarse con los alemanes. Pero estaba dispuesto a transgredir las condiciones que le habían impuesto; y, en fin, a ponerse el mundo por montera y quemar todas sus naves. La crisis de salud, sin embargo, no me parecía un motivo suficiente para tomar una decisión tan drástica, sobre todo porque —según acabó revelándome— había abandonado su corresponsalía sin avisar, renunciando al sueldazo que le pagaba Luca de Tena, que le alcanzaba para mantener secretario y correrse juergas en todos los cabarés de Berlín.

—¿Pero qué dices de juergas, Fernandito? —gimió—. Si aquello es la paz de los cementerios... Han prohibido la «música degenerada» (o sea, el jazz y todos sus derivados) y en la radio sólo ponen valses y marchas militares. Los cabarés han cerrado o programan variedades descafeinadas, sin chistes verdes ni coristas en paños menores. Detienen a los borrachines, a los crápulas, a las cocotas... ¿Qué mierda de vida es ésa?

Ni siquiera esa vida virtuosa por obligación terminaba de convencerme como motivo de su abrupta marcha. Si en Alemania metían en la cárcel a esas faunas noctívagas, tal vez hubiesen amenazado con meter también a un extranjero que, además de frecuentarlas, se entregaba a otros pasatiempos peligrosos. Ni la ciudad aburrida ni la salud maltratada por el alcohol y el tabaco justificaban sus nervios desquiciados, su voz apremiante, sus temblores como relámpagos que le recorrían en zigzag todo el cuerpo. Su apócrifo marquesado de Cagigal, su concubinato con Mary de Navascués, sus estafas y actos indecentes, sus orgías con guarnición de perversiones podían haber soliviantado a los alemanes, que se muestran cándidos hasta que brota en ellos la criatura bárbara y selvática que llevan dentro. Ruanito, beodo de brebajes jeroglíficos y enredado en el humo de sus cigarrillos de picadura (tan incongruentes con la pitillera borbónica), parecía un despojo:

—Escribí al *ABC* una carta comunicando mis deseos de volver de corresponsal a Roma; y que, mientras la corresponsalía estuviese ocupada me vendría a París, proponiéndoles una colaboración puramente literaria que no interfiriera con Daranitas... —me contó, con su desparpajo de caradura característico—. Pero... ¿querrás creerlo? Me han despedido fulminantemente del periódico, como si fuese una chacha.

—Hombreeee… No querrías que encima te paseasen en carroza, después de dejarlos tirados.

Abrevó en su cóctel, para refrescarse la boca perennemente seca, para aturdir la cabeza perennemente confusa. Habló por lo bajinis, como si temiera que nos escuchase alguien en el bar desierto y con las luces apagadas:

—Ha sido Serrano Súñer quien ha exigido mi despido. Se ha hecho con el control del *ABC* y ha nombrado director a un mamporrero suyo, desplazando a Juan Ignacio Luca de Tena.

Así que el cuñadísimo, aparte de imponer su falocracia con las marquesas (al barrio pera de Madrid ya lo llamaban «barrio de Serrano Súñer», por el harén que allí tenía reunido), estaba tejiendo sus redes en la prensa, por si el virreinato concedido por Franco acababa naufragando. Pero si Serrano había pedido su cabeza en el *ABC*, era, sin duda, porque Ruanito había perpetrado alguna fechoría que hubiese indignado a los alemanes; y muy probablemente alguna fechoría de tipo venéreo que desmintiese la imagen católica (aunque fuese con paramento de adulterios) que Serrano deseaba proyectar de España, para convertirla en eje de una futura Unidad Latina. ¿Qué cochinadas habría perpetrado Ruanito en Berlín?

—¿Y cómo te arreglarás, si en el *ABC* te han despedido? —le pregunté.

—Tengo algún dinero ahorrado, calculo que lo suficiente para vivir un año entero sin cobrar de ningún sitio —murmuró, conteniendo los hipidos o el vómito.

—¿Y qué piensas hacer, entretanto?

—Sublevar la moral de burgueses como Serrano, dejar que mi imaginación se excite y hacer cosas que repugnen a los biempensantes… —murmuró.

Y a continuación enhebró la crónica de las perversiones sexuales que había puesto en práctica en Berlín, que eran muchas y muy diversas, y algunas ciertamente eméticas. Al hablar (o chapurrear incoherencias), se excitaba a sí mismo, y mezclaba en su crónica perversiones de la juventud, como cuando ambos nos apostábamos de mirones para ver cómo Carmen y Lola, dos hermanas morfinómanas, se hacían la tortilla en el asiento trasero de mi coche; o como cuando se acostó (pagando) con la mujer embarazada de Gálvez. Tenía el alma purulenta y la cabeza ahíta de una literatura corrompida —

Huysmans, Pierre Loüys, Sade, Restif de la Bretonne—, y quería probar todas las aberraciones leídas o imaginadas. Y algunas requerían el concurso de terceros.

—Basta, Ruanito, creo que te conviene descansar. Mañana lo verás todo de forma distinta.

Pero la noche, que ya se espesaba de noviembres, azuzaba su lengua estoposa, azuzaba su coprolalia nefanda, que inevitablemente había provocado el desmayo de su confesor en Berlín. Ruanito, después de probar las marranadas más sórdidas y los fetichismos más impronunciables, había hallado al fin el goce supremo haciendo que otros hombres —preferiblemente extraños y con pinta de facinerosos — fornicaran con Mary de Navascués, mientras él se quedaba mirando y sacudiéndose el manubrio. Se bababa al contarlo:

—Y alcanzo el éxtasis definitivo cuando Mary se pone para la faena unas botas katiuskas y se acomoda en un sofá orejero con reposabrazos de ganchillo, desde donde me mira con ojos estrábicos, mientras sus carnes se estremecen como flanes. Y...

—¡Basta ya! ¡Cállate de una maldita vez, enfermo!

Su propia logorrea aguijoneaba su excitación; y mi interrupción lo había dejado por completo chafado, como en un *coitus interruptus*. Respiraba como si tuviese disnea:

—En Berlín era muy difícil encontrar hombres que accedieran a cumplir esta fantasía... Y algunos amenazaban con denunciarme... —dijo, mientras acezaba de miedo o de rabia—. Pero en Francia la gente es más libertina. Tú mismo has sido siempre un libertino... ¿Lo harías por mí, en honor a nuestra vieja amistad?

Se había escurrido del sofá y se arrodillaba implorante en el suelo, hecho un gurruño. A buen seguro, alguno de aquellos hombres que había rechazado su mugrienta oferta lo habría denunciado a la policía; y esa denuncia habría ido rebotando hasta los palomares de las altas instancias nazis, que tal vez lo hubiesen puesto en conocimiento de Serrano Súñer, en alguna de sus visitas relámpago a Berlín. Comprendí perfectamente que el cuñadísimo hubiese exigido el despido fulminante de Ruanito en el *ABC*; un adúltero pichabrava no podía tolerar a un mirón masoquista, el reverso abyecto de su ardor mujeriego. Un pelele consentido como Ruanito repugnaba a la virilidad asaltacamas del cuñadísimo, que necesitaba, para gozarlos más plenamente, que sus revolcones furtivos con las marquesas del

barrio de Serrano Súñer fuesen clandestinos, a espaldas de los marqueses burlados. Y Ruanito, además de cornudo complaciente, presumía de un marquesado apócrifo; era la némesis perfecta de Serrano, su antípoda absoluto. Ruanito seguía arrastrándose en el suelo, incapaz de levantar su esqueleto desmedrado, o ávido de volverse felpudo, para que lo pisasen.

—Anda, vete a dormir. Pero tienes que dejar urgentemente la bebida. Te estás haciendo puré.

Hice ademán de marcharme, resignado a alquilar una habitación en el hotel, pues hasta las cinco de la mañana no podría salir a la calle. Cuando volví la espalda, Ruanito logró al fin alzarse del suelo y me increpó con voz fangosa:

—¿Es que te doy asco, Fernandito? ¿Te parezco un degenerado? Pues tú no eres mucho mejor. Recuerdo que te importó un comino que Sara, tu novia de juventud, abortase. El hijo que le hiciste te parecía un cacho de carne.

Me volví como un resorte, furibundo. Ya le había advertido que no hacía falta que me trajese a la memoria mi pasado:

—Fue un aborto natural, hijo de la gran puta.

Y le propiné con todas mis fuerzas un puñetazo en mitad del rostro que le hizo crujir las ternillas de la nariz y le tiñó de púrpura el bigote desflecado y la barba que no tenía. Había caído desplomado sobre el sofá, como un saco de patatas, dormido por el cloroformo del puñetazo, pero también por las azumbres del alcohol que llevaba en el odre. Le limpié la sangre de las narices despachurradas, para asegurar que no se ahogara en su sueño, y le birlé las llaves de su habitación del bolsillo interior de la chaqueta. Ya que no le había cobrado por la sesión de psicoanálisis (ni por el puñetazo, que en un masoquista irredento como él era arrumaco), por lo menos iba a dormir gratis.

Antes de subir a la habitación, pedí al recepcionista que le pusiera unos reposabrazos de ganchillo en el sofá, para que su sueño fuese más placentero, pero no me entendió la broma.

XVI

Urraca me llamó a la mañana siguiente, para advertirme que Serrano Súñer pasaría unas pocas horas en París, en tránsito hacia Berlín, donde de nuevo iba a entrevistarse con el ángel con gabardina y bigote. Definitivamente, Urraca se había convertido en el escolta o rodrigón del cuñadísimo en sus abundantes excursiones por Europa, que tendrían fumando en pipa a las desatendidas marquesas del barrio de Serrano. Urraca me pidió que organizase, de un día para otro, una visita guiada a la sede de la avenida Marceau en honor del cuñadísimo, en la que podría ejercer de cicerone, aunque en lo demás tuviera que ceder el protagonismo al sacristán Velilla. También me pidió que me encargara de conseguir que la sede estuviese llena a reventar de gentes de la colonia española, en especial de mujerío, porque a Serrano le gustaba, como al cantante mexicano Jorge Negrete, que las mujeres lo aclamasen y se le echasen encima.

—Joder, Perico, menudas exigencias —me quejé—. ¿En horas veinticuatro pretendes que te organice toda la función? ¿Me has tomado por Lope de Vega?

Urraca captó la broma literaria y soltó una risa descacharrada al otro extremo de la línea:

—No te preocupes, que en cuanto hagas correr la voz llenaréis el edificio —me aseguró—. No sabes tú el tirón que tiene Serrano. Luego, el embajador Lequerica invita a comer en La Tour d'Argent a no más de veinte personas. Entre ellas estarás tú, por supuesto. ¿Del mundo de las letras y las artes a quién crees que podríamos invitar a ese almuerzo? —Y, tras un carraspeo y una pausa, añadió—: A González-Ruano, que según me consta acaba de llegar a París, ni se te ocurra recomendármelo. Serrano le tiene una tirria que no lo puede ni ver. Ya te contaré, ya…

—No, no, te exonero por completo, que ya estoy al tanto —me apresuré a aclarar—. Hombre, yo creo que al menos al pintor Beltrán Massés y al doctor Marañón los deberíais invitar… Y también a

Daranas, el corresponsal del *ABC*, que es nuestro hombre fuerte en la Propagandastaffel. Y a Ana de Pombo, que baila que te mueres y perdió un hijo falangista en la guerra…

—Y a ti te alegra el pajarito, pillín, que de todo se entera uno —volvió a carcajearse Urraca—. Pero tampoco tiene tanto mérito, porque su marido, agregado en la embajada uruguaya, le fue con las quejas a Lequerica, que le recomendó una dieta de rabo de toro… Anda, pichabrava, ponte manos a la obra.

A poco me dio tiempo, siendo la visita de un día para otro, pero hice cundir mucho la noticia por Montparnasse, aprovechando mi última visita a la buhardilla de la calle Froidevaux (cuyo alquiler, sin embargo, había decidido seguir abonando, para convertirla en mi nidito de amor salvaje, sin catre ni colchón, con Ana de Pombo); o más bien la hizo cundir la curiosidad que Serrano despertaba entre toda la colonia, desde luego entre las mujeres, por apuesto y por sus uniformes de fantasía, pero también entre los hombres, por admiración (con un fondo de envidia) al macho dominante, y hasta entre los elementos más rojos de la colonia, que pretendían que Franco estaba enamorado del cuñadísimo, fieles a la monomanía de la propaganda republicana, que imaginaba a Franco siempre con el culo en pompa. Sea como fuere, a la mañana siguiente no cabía ni un alfiler en la sede de la avenida Marceau; y en medio del tumulto se respiraba, en efecto, un aire de inminencia sexual, con mucho pálpito patriótico y mucha braga mojada. Velilla había marchado a la estación a recibir a Serrano, con Urraca y Lequerica y diversas autoridades civiles y militares alemanas; y a mí se me había dejado a cargo del recibimiento en la avenida Marceau, que desde luego iba a ser apoteósico, quizá demasiado apoteósico, porque no resultaba sencillo que la muchedumbre exaltada se contuviera y abriera un pasillo al ilustre visitante, deseosa de estrecharle la mano o restregarle las tetas por los morros. El cuñadísimo despertaba entre las españolas las mismas pasiones que, por aquellos mismos días, despertaba entre las italianas el Conde Ciano; y es que la erótica del poder se hace todavía más apremiante y peligrosa en tiempos de guerra, porque el político se vuelve de repente señor de la vida y de la muerte. Se me acercó entre el gentío Ana de Pombo, mi galga heráldica de carnes prietas.

—Gracias por el convite al almuerzo, jabato —me susurró al oído, y me mordió simuladamente el lóbulo—. Tengo que contarte

grandes noticias.

Y todas debían de ser muy promisorias, porque sus ojos de azabache hacían chiribitas. También reconocí entre la multitud de rojillos con pinta bohemia o labrantina a Gasch, cada vez más chuchurrido, y a los artistas desharrapados que no había vuelto a ver desde el desfile victorioso de junio, el chicharrero Óscar Domínguez, el baturro Condoy y el panocho Flores, que me parecieron todavía beodos, aunque más flacos y desastrados, como si sus escasos ingresos se los gastasen todos en morapio.

—Con vosotros tengo yo que hablar, pajaritos —les anuncié.

Era imposible mantener una conversación, porque aturdía el ruido del gentío, y los más ansiosos provocaban avalanchas o siquiera marejadas entre la multitud. Por fin llegó a la avenida Marceau, en un sedán reluciente, el Ministro de Asuntos Exteriores y Presidente de la Junta Política de Falange, Ramón Serrano Súñer, que entró en la sede flanqueado por el sacristán Velilla y el embajador Lequerica, mientras Urraca y yo mismo íbamos abriendo pasillo entre la multitud enardecida, que espontáneamente alzó un palmeral de manos y se puso a cantar empalmadísima el *Cara al sol*.

—Ya te dije que con Serrano no tendrías problemas de convocatoria —me dijo Urraca, entre el barullo—. Y conste que el hombre viene muy pachucho, porque anoche comió algo que le sentó mal y ha pasado en el tren una nochecita toledana.

Y, en efecto, el seductor y gatuno Serrano llegaba con una palidez cérea; y además iba muy austeramente vestido de paisano, con un modesto abrigo de paño, para desilusión del mujerío, que esperaba verlo con un uniforme de fantasía, entre condotiero y almirante, bien ceñido al cuerpo. La modestia de su atuendo contrastaba con el atavío delirante del embajador Lequerica, que se había enfundado el capote o gabán napoleónico con doble botonadura dorada y entorchados que se había mandado hacer cuando lo nombraron Jefe de Falange en Francia. Y hasta el sacristán Velilla, con su balandrán o uniforme negro (que yo también me había puesto excepcionalmente aquella mañana, para honrar al visitante), parecía tener más empaque que Serrano, que se retorcía entre retortijones, tratando de contener la cagalera. Pero, aunque estuviese un poco pachucho, no faltaban mozas que se le arrimaban como miuras y le buscaban la taleguilla. Así, entre cánticos, empellones y ninfomanía desatada, subimos hasta la planta

noble del edificio, encerrándonos los cinco en el despacho de Velilla, para componernos un poco los trajes, que la multitud nos había dejado hechos un guiñapo. Urraca le susurró a Velilla:

—Viene el Ministro un poco apurado y necesita pasar al baño.

Y Velilla, hociqueante de algún ascenso, hizo una reverencia a la que se sumaron sus orejas mustias, e indicó el camino al cuñadísimo hacia el baño donde yo me había proveído muy recientemente. Serrano se metió dentro y Urraca se quedó a la puerta, llevando el rigor de su oficio de escolta hasta los efluvios corporales de Serrano, de quien tal vez, en efecto, se hubiese enamorado platónicamente.

—Ese baño no lo usa nadie, ni yo mismo siquiera —se pavoneó Velilla ante Lequerica—. Lo tengo como los chorros del oro, en prevención de una visita tan ilustre como ésta.

Asentí vigorosamente, en reconocimiento de las dotes previsoras de Velilla. Lequerica se rascó con el dedo índice la nariz ornitológica y procuró —a duras penas— modular su voz de clarín en un susurro, para que no lo oyese el cuñadísimo:

—Es que anoche el pobre hizo el sacrificio de asistir a una cena en la embajada portuguesa, teniendo que viajar luego en coche cama toda la noche, que ya son ganas de sacrificarse. —Hizo un mohín de desapego, dejando claro que él no lo habría hecho—. Pero es que, encima, en la embajada le pusieron ostras. ¿A quién se le ocurre comer ostras en una embajada portuguesa, por el amor de Nuestra Señora de Begoña? Con los portuguesiños se come un caldo verde y un bacalao, a ser posible a la brasa, y santas pascuas. Pero comer ostras en una embajada portuguesa es tan peligroso como comerlas en un mesón de Despeñaperros...

Le ofendía que todo un Ministro de Asuntos Exteriores no cayera en estas evidencias gastronómicas; o tal vez, simplemente, le ofendiera que el triponcete de Franco hubiese nombrado ministro a Serrano, que los únicos asuntos exteriores que dominaba eran de alcoba, en lugar de nombrar a un profesional como él, que hasta había mediado en el Armisticio. Pero Lequerica era siempre coñón y poco rencoroso:

—Claro que, en el fondo, es comprensible que se comiera esas ostras portuguesas, porque todos sabemos lo que representan las ostras. —Y nos lanzó una pregunta capciosa—: ¿Ustedes prefieren comer ostras o caracoles?

El merluzo de Velilla respondió al vuelo, sin detenerse a

considerar la socarronería molusca de Lequerica:

—Yo, donde pueda comerme unos buenos caracoles… —dijo, palurdo y bardaje.

—Y, a ser posible, con su buen choricico de añadidura, ¿verdad, Velilla? —se cachondeó Lequerica—. ¿Y usted, Navales?

—Yo, Excelencia, no me como un caracol ni por recomendación del Papa, que echan mucha baba —respondí, cómplice de sus chanzas —. Las ostras, en cambio, me las como de un bocado y de mil amores, porque saben a mar. Y si es con un pilpil bien meneado, miel sobre hojuelas.

Lequerica se rió con un regocijo de niño travieso:

—Usted sí que sabe, Navales. Y se ve que tiene intuición gastronómica. Con un pilpil bien meneado y un chorrito de vino blanco están mejor que crudas. —Me lanzó un guiño—. Y son menos peligrosas para el estómago.

Serrano no lo debía de estar pasando bien en el baño, porque se estaba retrasando mucho; y tal vez estuviese combatiendo con las arcadas, viendo el estado de las toallas y las salpicaduras y zurrapitas de la taza. Me pareció escucharlo jurar en arameo y tapé sus rezongos con mi pregunta:

—Y díganos, señor embajador, ¿a qué se debe este viaje tan apresurado del señor Ministro a Berlín? Porque tenía entendido que la ofensiva contra Inglaterra no se producirá este invierno…

A Lequerica le provocaba un poco de fastidio abandonar la conversación culinaria, pero enseguida encontró otro agarradero festivo en mi pregunta:

—En efecto, así es. Pero el Führer, viendo que los italianos estaban haciendo el ridículo en Grecia, ha decidido invadir el territorio heleno, antes de que los británicos se alcen allí con el santo y la limosna.

Velilla terció, desprevenido de la que le aguardaba, por adular a Lequerica:

—Esos italianinis… —se lamentó, y chasqueó la lengua—. Amagan, pero no golpean. Lo mismo hicieron en nuestra Cruzada…

Lequerica se pasó los dedos pulgar e índice por las comisuras de los labios, como aliviándolos de boqueras:

—Y, sin embargo, debemos reconocer que tienen una gracia muy superior a la de los alemanes, que no tienen ninguna. Les voy a contar

un chiste que viene aquí como de perlas —dijo—. Llama Hitler a Mussolini por teléfono y le pregunta: «¿Está usted ya en Atenas?». Y Mussolini hace como que no le oye: «Perdone, es que no le entiendo bien». «¡Le pregunto si sus tropas ya han conquistado Atenas!», grita Hitler, enfadadísimo. Y Mussolini responde, muy cuco: «Nada, que no le oigo. Debe usted estar telefoneando desde muy, muy lejos, querido Adolfo... ¡Probablemente desde Londres!».

Velilla se quedó pálido y escandalizado por la osadía de Lequerica, circunstancia que yo aproveché para carcajearme con mayor estruendo; pero enmudecí al instante viendo la cara de consternación y ultraje que traía Serrano después de aliviarse, y la cara colérica y apoplética de Urraca, que enseñaba por la boca de hucha unos dientes de tiburón, como si quisiera matar a dentelladas a Velilla. Y no se pudo contener:

—¡Eres un puto cerdo! ¿Cómo se te ocurre meter al señor Ministro en un baño que parecía una pocilga? —Lo agarró de las solapas de la chaqueta y lo levantó del suelo—. ¡Lárgate de aquí, que no quiero verte ni en pintura!

Velilla, a por uvas, todavía sonreía con sonrisa lela:

—Pero qué me estás diciendo, camarada Urraca, si lo tengo como los chorros del oro...

—¡Ni camarada ni ostias! —se sublevó Urraca—. Chorros de meados y rastros de mierda hasta en las toallas has dejado, sinvergüenza.

E iba a soltarle un sopapo, que el cuñadísimo detuvo, como Cristo detuvo la espada de Pedro en Getsemaní (pero al menos Cristo dejó que Pedro primero rebanase una oreja). Serrano miró a Urraca con sus ojos garzos, que con el rostro ya menos pálido y los aladares entrecanos componían, en verdad, un cuadro muy seductor:

—No es hoy día para violencias, Perico, sino para festejos. —Y, después de aplacarlo, se dirigió a Velilla, contenido pero terminante —: Será mejor que se marche usted a su casa, antes de que yo también estalle.

Y Velilla se tuvo que marchar, haciendo pucheros de incomprensión, que yo por supuesto copié cuando me buscó con la mirada, para que no notase la risa que me rebullía en las tripas. Cuando quedamos solos, Urraca explicó más al detalle las inmundicias que el cuñadísimo se había topado en el baño, mientras él asentía

compungido y todavía un poco asqueado; y yo me dediqué a hacer muecas de escándalo y repulsión que dejasen a Velilla todavía más enterrado (en la mierda). Una vez apaciguados los ánimos, Urraca me solicitó que guiara yo la visita; y al decir mi nombre, Serrano me tomó del antebrazo:

—Pero… ¿Es usted Fernando Navales, el que escribe en el *Arriba*? —Asentí, pudoroso—. ¡Qué estilazo tiene usted! ¡Así quiero yo que se escriba en los periódicos del Movimiento, con poesía y con látigo! Como escribieron Quevedo y Larra…

Se notaba que, aunque el baño estuviese como los establos de Augias, Serrano había podido soltar el lastre de ostras portuguesas y podridas, quedando como una malva. La sonrisa de encantador de marquesas le había vuelto al rostro, y un bronceado de La Granja había sustituido a la palidez anterior.

—No sabe cuánto me honran sus palabras, Excelencia —dije, poniendo cara de doncel abrumado.

Y así me convertí en el cicerone del cuñadísimo en su visita relámpago a nuestra sede. Al salir del despacho de Velilla, nos aguardaba en el rellano de la escalera la camarilla que trabajaba en la avenida Marceau, todos camisas nuevas y de saldo, todas pololos bordados en un rojo desteñido, todos y todas imbéciles profundos, mansuetos, liliáceos, que salivaban por intercambiar unas palabras con Serrano y se quedaban con un palmo de narices, pues a todos los despaché con una vaga alusión colectiva y Serrano con una levísima inclinación de cabeza y una sonrisa de repertorio. Entre ellos se hallaba, por supuesto, Luis Felipe Solms, lagartijo de sinagoga y cucaracho de Velilla, que esperaba tomar declaraciones al cuñadísimo para su crónica; pero la defenestración inopinada de Velilla lo había dejado convertido en estatua de sal. Lo miré con aprensión, como se mira un bacilo a través del microscopio, y también con triunfal regodeo.

—¿Qué has hecho, Navales? —masculló Solms, con los dientes apretados—. Estoy seguro de que tú estás detrás de lo ocurrido.

—Lo que está detrás es el choricico de tu amado jefe, que luego convierte cualquier baño en una letrina de cuartel —lo despaché—. Anda, anda, aparta, pelanas.

A la comitiva de Serrano dejé, en cambio, que se incorporasen las autoridades diplomáticas, militares y policiales alemanas, entre

quienes no faltaban Alisch y Rado, que con su hocico de comadreja y su ojo de cristal añadían empaque a las labores de escolta de Urraca, todavía sulfurado tras el episodio del baño. A nuestro paso se agolpaba la multitud ferviente, pero ante mis manoteos imperiosos, se apartaba y pegaba a las paredes, como si las aguas del mar Rojo se abrieran milagrosamente. Lequerica, siempre coñón y ocurrente, le comentó a Urraca:

—Ya ves, el Führer buscando el báculo de Moisés para cruzar el estrecho de Calais, y resulta que quien lo tenía era Navales.

Pero quienes desinflaban los ímpetus del gentío deseoso de sobetear a Serrano eran Alisch y Rado, que habían venido ataviados con el uniforme negro de las SS al completo, con el brazalete de la esvástica rodeando el brazo derecho y la gorra de plato con la divisa de la calaverita, que tenía sobre quien la miraba el mismo efecto que el rostro de la Gorgona. Así los fui conduciendo por las dependencias del Auxilio Social, por las oficinas del servicio de repatriación, por la redacción de la hoja parroquial o semanario que servía de órgano de propaganda a la Falange de París. Serrano, aunque todavía algo resentido por los estragos causados en su organismo por las ostras portuguesas y las sorpresitas del baño de los chorros del oro, soportaba la tabarra muy circunspecto, dejándose acunar por la cháchara y sin hacer preguntas impertinentes ni salirse por la tangente. Tampoco se detenía ante nadie y a todos despachaba con el mismo gesto estereotipado, entre el desmayado saludo fascista y una bendición apostólica todavía más desmayada. Pero, al llegar a la biblioteca, no se me escapó que con Marañón y su recua de mujeres (doña Lola Moya y sus tres hijas) tuvo una actitud mucho más cordial, por lo que yo también les colgué, condescendiente, algunas medallas:

—Esta biblioteca, Excelencia, era apenas un depósito de prensa atrasada y libros no siempre convenientemente expurgados —comencé —. Pero la venturosa colaboración de doña Lola Moya, esposa del doctor Marañón, y de sus hijas, ha cambiado por completo el panorama. Ellas se han encargado de confeccionar un catálogo de nuestros fondos, los han ordenado escrupulosamente por materias y, no contentas con ello, han hecho una importante donación de libros procedentes de la biblioteca del doctor Marañón. —Hice un gesto hipocritón de gratitud a la familia, que me correspondió con gentileza también hipocritona—. Y no, por cierto, de los libros repetidos o

indeseados de su biblioteca, sino de algunas de las piezas más preciadas de la misma, que ahora estarán a disposición de la colonia española, para su consulta y préstamo. Del entusiasmo y competencia de la familia Marañón, en fin, ha resultado un trabajo exquisito que la Falange le agradecerá eternamente.

No dejé, sin embargo, que Marañón y su recua de mujeres asaltaran al cuñadísimo, dejándolos con las ganas y perdidos en el remolino de gentes que se formó cuando encaucé la visita guiada hasta los altillos del edificio, que ya se habían empezado a acondicionar como escuela de pintura, con el dinero del fondo de reptiles que me iba suministrando Urraca. La escalera que conducía hasta los altillos, como ocurre en todos los edificios señoriales, se volvía más angosta y deslucida en este último tramo. Y guardaba un corazón de frío y humedad, como una premonición ártica.

—Me disculpará el señor Ministro, pero todavía estamos instalando la calefacción en esta parte de la sede, hasta ahora nunca utilizada —me excusé, temeroso de que el frío le resucitara los desarreglos intestinales.

El desván ya había sido remozado casi al completo, las paredes revocadas y la lucerna que bostezaba al cielo de París limpiada de todas las cagadas de pájaro, que habían llegado a alcanzar espesor arqueológico. Incluso me había dado tiempo a instalar teatralmente unos pocos caballetes, cada uno con un lienzo en blanco en su bastidor, esperando los pintarrajos de los futuros alumnos. Comprobé con agrado que entre el público que atestaba la sala se hallaba Lesca, con la pajarita otra vez torcida (no daba tregua a las mucamas) y el cascarrabias vitriólico Lucien Rebatet, dispuesto a convertirse en «sobrecogedor» en cuanto empezara a funcionar la escuela. También se hallaba en primera fila, vestido con una casaca con charreteras y entorchados y una chamarilería de medallas, el pintor Federico Beltrán Massés, director *in pectore* de la escuela en ciernes, que llevaba cogida a doña Irene Narezo del brazo como si llevara un paraguas. Y, detrás de Beltrán, una turbamulta de artistillas de todo pelaje, desde el pintor de las brujas Sabater, con su pinta de dandy cruzado de chufero valenciano, hasta el trío beodo que ya había saludado a la entrada, pasando por la grisalla de postulantes ineptos de las artes que pronto empezarían a mosconear en torno a la avenida Marceau. Pero toda esta caterva se difuminaba y desvanecía con tan sólo reparar en Ana

de Pombo, que me miraba con ojos de cierva en celo que se ha dejado los cuernos en casa.

—Y, junto a las realidades consumadas, las realidades en ciernes, señor Ministro —peroré, cada vez más envanecido—. Gran número de artistas españoles acuden a París, emporio de las artes, con la esperanza del triunfo; pero, una vez aquí, les toca estudiar y trabajar en pésimas condiciones. Faltos de medios económicos, no pueden costearse un buen local donde instalar su taller. Así que hemos resuelto acondicionar este extenso desván como Escuela de Bellas Artes que dirigirá el camarada y maestro Federico Beltrán Massés, en un noble gesto de generosidad que lo honra.

Beltrán se puso firme, como si le fueran a imponer una condecoración (otra más), y dio un paso al frente, antes de inclinarse muy aparatosamente, haciendo sonar su chamarilería de medallas como si fuesen carillones.

—Y tengo el gusto de anunciar, Excelencia —dijo, fijando la vista en el cuñadísimo—, que la Escuela otorgará premios para estímulo de sus alumnos, que correrán a costa de mi peculio y cuya cuantía se dará a conocer a su debido tiempo.

Beltrán hizo entrechocar ridículamente los tacones de sus botas y dio un paso atrás, en perfecta sincronía con doña Irene Narezo, para volver a su sitio. Serrano inclinó la cabeza con indolencia, como si tuviera un muelle que le permitiera hacer desganadamente aquellos gestos de cortesía mil veces repetidos.

—Estos premios se concederán —añadí yo, a riesgo de dormir al cuñadísimo, pero con la secreta intención de engolosinar a los artistillas rojos presentes— en el curso de las exposiciones anuales que organizaremos, para disfrute de todo el público parisino. Y que serán profusamente comentadas en el semanario *Je Suis Partout* por el señor Rebatet, aquí presente, el crítico francés más afamado y prestigioso de nuestra época. —Crucé con él una mirada cómplice de reconocimiento—. Los artistas españoles que residan en París saben, por consiguiente, que si desean trabajar con nosotros pueden venir a inscribirse, de ahora en adelante, en nuestras oficinas. ¡Ah, y les recuerdo que en apenas un par de semanas tendremos calefacción!

Lo dije porque el frío ya anquilosaba los miembros del público presente y empenachaba sus hálitos, como les ocurría a los artistillas en sus talleres inmundos, que con frecuencia ni siquiera tenían luz

natural. Y advertí que, al mencionar la calefacción, sus gestos reticentes se volvieron de súbito mollares, bizcochables, acarameladitos, como no se le escapó al propio Serrano, ni tampoco a Urraca y Lequerica, que empezaban a constatar que el menda sabía manejar los hilos de la misión que le habían asignado. El descenso por la escalera hasta la calle fue todavía más caótico que la subida, porque las gorras de plato con la calaverita quedaron tragadas entre el tumulto y Urraca relajó un poco su severidad (el episodio del baño empezaba a quedar lejano) y, además, Serrano Súñer se gozaba del zarandeo del mujerío, o en todo caso lo sobrellevaba con bonhomía, siempre dispuesto a poner una pica en Flandes (y también en París, si no fuera porque en esta ocasión no tenía tiempo ni para una misa). A la puerta de la sede aguardaba el sedán que había traído a Serrano desde la estación, con el motor ronroneante, donde me invitaron a subir, rumbo al restaurante La Tour d'Argent.

—Lástima que todo tenga que ir tan rápido —se lamentó Serrano, flanqueado por Lequerica y por mí en el asiento trasero—. Me habría encantado departir un poco con las camaradas del Auxilio Social. En fin, otra vez será…

Y sonreía con una lascivia gatuna, que queda más liviana y elegante que la del resto de animales mamíferos. Urraca, desde el asiento del copiloto, se excusó, vigía de los relojes y la organización:

—Lo lamento de veras, Excelencia, pero a las tres tenemos que alzar los manteles para dirigirnos a la estación.

Lequerica se andaba con menos remilgos y obsequiosidades, tal vez porque no consideraba que Serrano tuviese más categoría que él:

—Si algo me han enseñado los años, Ramón, es que los placeres de la mesa son más remuneradores que otro tipo de placeres, que siempre traen cola y terminan saliendo más caros.

A Lequerica le fastidiaba que, por nepotismo, Serrano ocupase un puesto para el que se consideraba idóneo; y sin duda lo era, pues aparte de no enredarse en placeres que traen cola era un monárquico pragmático y «carguista» sin veleidades nazis, ni fascistas, ni católicas, que podía danzar hoy en torno al Eje y mañana pasar a la órbita aliada sin pestañear, como quien hace juegos malabares. El cuñadísimo no quiso entrar al trapo de la pullita de Lequerica y, en cambio, se volvió hacia mí:

—Lo que no se entiende es cómo en el *Arriba* no lo han puesto a

usted de corresponsal, dejándolo sólo para la colaboración literaria —dijo, mientras clavaba en mi pupila su pupila azul—. Me parece que están desaprovechando su talento. A ver si me acuerdo de decírselo al director.

Puse carita de ratoncito Pérez, con la colita juguetona y los dientes largos:

—Para mí sería un sueño hecho realidad, Excelencia. Y que sea Su Excelencia quien me recomiende, más que un sueño, es como disfrutar del Paraíso.

—Yo me encargaré de recordárselo a Su Excelencia, Fernando —terció Urraca, siempre al quite.

El restaurante La Tour d'Argent estaba en la orilla izquierda del Sena, en las estribaciones del Barrio Latino, con Notre Dame al fondo, como un doble farallón en medio de las brumas. Porque, con noviembre ya vencido, las nieblas se habían enseñoreado de la ciudad, impidiendo las incursiones aéreas de los ingleses. En el salón reservado por Lequerica ya nos aguardaban diversos miembros del cuerpo diplomático, entre ellos el cónsul Rolland, que me miró astuto y bovino, muy seguro de mi silencio:

—En un par de semanas tendré arreglado lo de su amigo polaquito —me deslizó—. Y si necesita más ayuda, no deje de pedírmela, Navales.

Poco a poco fueron llegando el resto de invitados, que se saludaban entre sí al desgaire, porque Urraca seguía marcando los tiempos muy quisquillosamente, para que Serrano fuera de un sitio para otro como un jarrón chino entre algodones. Alisch y Rado fueron más meridionales en el saludo que Rolland, zamarreándome sin melindres, con palmadas de estibador en la espalda. Antes de sentarme a la mesa, Gregorio Marañón (que había llegado a La Tour d'Argent sin su recua femenina) me pidió hacer un aparte:

—Sé que ha sido usted quien pidió que se me invitara a esta comida y se lo agradezco mucho —me dijo, en un bisbiseo de confesionario.

A mi juicio, Marañón todavía no había hecho suficiente penitencia por haber profesado el liberalismo del que había abjurado ante los lectores del *Arriba*, siquiera de boquilla; y me convenía ganarme su confianza, para seguirlo mortificando. Me fastidiaban su apostura de prócer y sus modales siempre corteses.

—Nada tiene que agradecerme, don Gregorio —tartufeé—. Usted está demostrando su compromiso con la Causa, lo mismo que su familia, y yo le correspondo cuanto puedo. Además, usted honra cualquier acto al que asista.

Agachó la cabeza, compungido y ávido de una absolución que no terminaba de llegarle:

—No se crea que es tan sencillo —me informó, en el mismo tono de bisbiseo—. Tenga en cuenta que yo sigo despojado de mi cátedra y sin permiso para volver a España. Sólo Ramón Serrano Súñer puede conseguir que me levanten el veto. Yo le ayudé a escapar del Madrid rojo, ¿lo sabía?

No tenía ni repajolera idea, pero Marañón se encargó de contarme una historia un tanto rocambolesca, tal vez condimentada fantasiosamente. Al parecer, Serrano había logrado ser trasladado en los primeros meses de la contienda desde la Cárcel Modelo, antesala del *paseo* en Paracuellos, debido a una dolencia estomacal —los ostiones que se repartían en la Modelo eran todavía peores que las ostras portuguesas—, hasta una clínica madrileña en la que Marañón tenía mucho predicamento. Serrano planeó entonces su fuga, en combinación con la embajada holandesa, que le dispuso un automóvil a la puerta de la clínica, en el día y la hora convenidos, cuando los centinelas efectuaban su relevo, para recogerlo, travestido de mujer. Serrano, al parecer, había puesto su plan de fuga en conocimiento de Marañón, quien a la sazón ya había decidido desertar del bando republicano; y, aunque era muy arriesgado, resolvió ayudarlo, consiguiéndole las prendas femeninas necesarias para completar su disfraz. La fuga, finalmente, saldría de perillas, y tras una corta estancia en la embajada holandesa, Serrano había escapado por carretera hasta Alicante, donde luego tomaría un buque de la armada argentina con destino a Francia, desde donde entró en zona nacional.

—¡Qué bárbaro, don Gregorio! —dije, afectando pasmo—. Parecen los trabajos de Persiles y Segismunda. Menudos huevos revueltos le puso usted al asunto.

Marañón ignoró mis burlas, o no las entendió:

—El caso es que Ramón me está agradecidísimo por aquellas gestiones, como no podía ser de otra manera —dijo, con una puntita de fariseo que pregona sus méritos—. Y me ha defendido en varios consejos de ministros, pidiendo que se me restituya la cátedra y se me

deje volver. Pero hay algún ministro, concretamente Varela, que ha dicho que, si se me ocurre entrar en España, él personalmente me pegará un tiro...

Y Marañón ponía cara de susto verídico. Traté de abreviar los trámites de su petición:

—Y entiendo que desea poder hablar en un aparte con Su Excelencia, antes de que se marche pitando a Berlín...

Asintió, poniendo un puchero o mohín de ansiedad:

—Es que, si no me restituyen la cátedra, quedaré en ridículo ante el mundo entero, después de haberme significado tanto a favor del Caudillo...

—Pues descuide, don Gregorio, que yo lo junto con el señor Ministro en algún reservado del restaurante, justo antes de que se vaya —le aseguré, derritiéndolo de gratitud—. Ahora mismo se lo comento a Urraca, que es el que maneja el cotarro.

Y así lo hice, por lo bajinis, mientras un claretiano de la Misión Española bendecía la mesa, soltando doctrina nacionalseminarista a granel. Ocupé mi lugar en la mesa, que era un poco esquinado, pero enfrente de Ana de Pombo, para mi alegría; y mientras los camareros servían los vinos más negros y apretados de la bodega, Lequerica —sentado a la diestra de Serrano— se levantó y nos lanzó una sabrosa perorata gastronómica:

—Bienvenidos todos, damas y caballeros, o dama y caballeros para ser más exactos, pues Ana de Pombo es la única flor en este campo de cardos —comenzó, con una sonrisa deferente a mi diosa pasiega—. En este homenaje urgente a nuestro querido Ministro y camarada, he considerado oportuno prescindir de *hors d'ouvre*, aperitivos, entrantes y demás zarandajas, porque a las tres tenemos que alzar los manteles y porque además así me ahorro un dineral —dijo, provocando la carcajada de todos los asistentes, que sabían tan bien como yo que el dineral se lo ahorraba el erario público—. Pero, aliviando esa parte del banquete, había que elegir un plato contundente, un plato único que a todos los ilustres invitados y muy especialmente a nuestro homenajeado dejase saciados, siquiera por unas horas y hasta que volvamos cada uno a nuestro barrio, unos a Passy, otros a Montmartre y nuestro homenajeado... al barrio de Serrano.

La carcajada fue todavía más estrepitosa, pero se cortó de raíz

cuando el cuñadísimo arrugó el ceño y su mirada de gato se afiló de garras. Lequerica siguió a lo suyo:

—Así que he pensado que lo mejor sería que nuestros ilustres invitados prueben, convenientemente regado por los burdeos preciosísimos que se guardan en la cava de La Tour d'Argent, el plato estelar de la casa, el *canard à la presse* o pato prensado, también conocido como «pato a la sangre». —Puso un énfasis truculento en esta segunda designación y miró por primera vez a Serrano, como si hubiese querido desangrarlo—. Todos los patos que ustedes se van a embaular proceden de una granja de Ruán donde se les cría con las más lozanas lombrices; y donde, llegado el momento del sacrificio, no se les desangra, no señor. —Y aprovechó para que se notase su finura literaria—: Los aprendices de escritor de mi generación decíamos que había que torcer el cuello del cisne de engañoso plumaje, refiriéndonos al modernismo. Y esto es lo que hacen en La Tour d'Argent con los patos más jóvenes y gordos en su granja de Ruán: les tuercen el cuello hasta estrangularlos, para que conserven toda su sangre. Luego los despluman amorosamente, pluma a pluma, como si estuviesen deshojando una margarita, los asan someramente, les retiran los muslos y las pechugas, les pican los higadillos y los condimentan y… ¡Aquí viene lo verdaderamente importante! —Barrió con la mirada a todos los comensales, comprobando que a todos se les hacía la boca agua—. El resto de la carne del pato, con su carcasa, sus huesos y su piel, se pone sobre una rejilla de malla muy fina, casi como de colador, y encima de estos despojos, se coloca una tabla, cuanto más anatómica mejor, sobre la que deja caer todo su peso una granjera de posaderas abundantes, prensando los despojos y extrayéndoles la sangre y todos sus jugos. Luego, esa salsa resultante se espesa y condimenta, con los higadillos picados, mantequilla y coñac, combinándose con la pechuga y los muslos para terminar la cocción, a la que se añaden oporto y fuagrás. Pero todo esto ya es rutinario y al alcance de cualquier pinche de cocina. Lo fundamental en la elaboración de este plato es la selección de la granjera que prensa los despojos.

Lequerica había logrado que también el cuñadísimo se riera, aunque fuese a regañadientes. Ana de Pombo no se recató de lanzar una pulla feminista a Lequerica:

—¿Y no podría prensarlos un granjero?

—En ese caso, querida Ana, tendría que ser un granjero que estuviese como un tonel —respondió ágil Lequerica—. Tal vez podría valer alguno que tuviese la constitución de nuestro dilectísimo y siempre ingenioso Agustín de Foxá. Porque en el pato a la sangre lo que importa es el nalgatorio. Se necesita un culamen de mesa camilla y un cuerpo de muchas arrobas para que, bien arrellanado sobre la tabla, pueda exprimir hasta la última gota de jugo de los despojos del pato. Un culamen colosal, querida Ana, un culo ecuménico, holístico, planetario, no sé si me explico. —Y, para rematar la broma que había desatado general chacota, añadió—: El tuyo, por ejemplo, que mueve las esferas celestes, no serviría sin embargo para prensar patos. Se necesitan para esta labor culos católicos… en el sentido etimológico de la palabra, claro está —especificó, haciendo una venia teatral al curángano que había bendecido la mesa—; y el tuyo, adorada Ana, es un culo un poco protestante.

Todos los comensales celebraron aquella teología del culo improvisada por Lequerica, salvo el curángano bendecidor, que debía de ser de la cuerda de Luigi Sturzo. Ana de Pombo objetó parcialmente, provocando todavía más cachondeo:

—Mi culo, querido José Félix, sólo protesta con los estreñidos, entre los que, desde luego, no te cuento.

Ana de Pombo no era el tipo de mujer que le gustara a Lequerica (o el tipo de mujer que poblaba sus fantasías culinarias), nutricia, feraz, lechera, desbordante de lorzas y de recetas. Pero tampoco era el tipo del cuñadísimo, al que gustaban las marquesas estilizadas, lánguidas y un poco sosas. En Ana de Pombo, que era también estilizada, había sin embargo un fondo racial, bravío, como de hidalguía agitanada, que intimidaba a los hombres comedidos. A mí, por descomedido, me ocurría exactamente lo contrario, sobre todo cuando Ana de Pombo se descalzaba subrepticiamente por debajo de la mesa y buscaba con su pie desnudo mis tobillos, para iniciar una escalada lenta, como de ánade, hasta el muslo. Ana de Pombo tenía unas pantorrillas morenas y fibrosas, como de cecina.

—Para fin de año debuto en la Sala Pleyel —me anunció, mientras sus dedos como pedúnculos me masajeaban suavemente por debajo de la mesa.

—¿En la Sala Pleyel, nada menos? Me dejas de piedra. Eso es una consagración en toda regla.

Remozada en los años veinte en estilo *art déco*, la Sala Pleyel —donde antes habían dado conciertos apoteósicos Liszt y Chopin— era la meta soñada de todo artista de la música y la danza; y una meta intangible para quienes no podían ofrecer el arte más depurado. Que Ana de Pombo se estrenase en una sala que, para la inmensa mayoría de artistas, era el ansiado lugar de su coronación hablaba, desde luego, de sus bondades como bailarina, pero también de sus habilidades para manejar hilos e influencias. Me pregunté si habría tenido que camelar a algún estreñido con su culo protestante.

—¿Y cómo has conseguido que te elijan en la Sala Pleyel? Porque tengo entendido que para entrar en su programación hay que remover Roma con Santiago...

—No olvides que llevo muchos años de vida en las márgenes del Sena, nene —respondió retadora, mirándome entre las guedejas negrísimas que le velaban el rostro, como una Beatriz inversa dispuesta a arrastrarme al Infierno—. Y tengo carta de presentación de las mejores casas de alta costura. Ana de Pombo no es una cualquiera.

Y descargó su enfado largándome una patada en la espinilla que me hizo ver las estrellas. Me hubiese gustado deslizarme por debajo de la mesa y devorar a besos sus muslos dorados y fibrosos como perniles de cordero.

—No te pienses que pongo en duda tus méritos, mujer. De sobra sé el arte que atesoras —me achanté—. Todos los elegantes de París que hacen cola en Casa Paquin harán también cola para asistir a tu debut. Y ya te puedes imaginar que en la prensa española, en lo que esté de mi mano, te vamos a poner por las nubes.

Y, para que viese mi buena disposición, alargué el pescuezo para comunicarle la nueva a Daranitas, pidiéndole que dedicase una crónica en el *ABC* al estreno de Ana de Pombo en la Sala Pleyel. Conseguí, incluso, que el cuñadísimo se interesara por el acontecimiento, sobre todo porque podría ser una ocasión pintiparada para la propaganda, considerando que la debutante se presentaba con el nombre artístico de Ana de España, y era madre de un falangista martirizado por los rojos. En un periquete logré que el estreno como bailarina de Ana de Pombo interesase más a los comensales que la entrevista de Serrano en Berlín y la inminente invasión de Grecia.

—Ya ves que estoy contigo a muerte, Ana —le dije.

Me miró con las pupilas dilatadísimas y palpitantes, mientras

mojaba la boca con el burdeos, que le dejó berretes de sangre en los labios:

—Yo consideraré que mi triunfo ha sido apoteósico si me dedicas otro artículo como el que escribiste en el *Arriba* cuando me conociste. Cada vez que lo leo me derrito —me confesó sin ambages. Y en voz mucho más baja, pero igualmente promisoria—: Me separo del uruguayo. Estamos ya con los trámites legales.

El pato despachurrado sabía a ambrosía, confirmando que los culos católicos dejan la mejor impronta en la cocina, como había postulado Lequerica. Sin embargo, se había equivocado al calificar de protestante el culo de Ana de Pombo, que conmigo se mostraba hospitalario y misericordioso, en la mejor tradición de las órdenes mendicantes.

—Te dedicaré todos los artículos que me pidas y más —le prometí—. Con la condición de que me dejes ensayar contigo tus bailes.

—Vas a ensayar hasta caer reventado, Fernando.

Y como aperitivo de esos ensayos agotadores, al alzarse los manteles, en el barullo de las despedidas, Ana de Pombo volvió a acariciarme con sus dedos como pedúnculos la pantorrilla, antes de rendir pleitesía a las autoridades, empezando por el cuñadísimo, quien tal vez para entonces se estuviera arrepintiendo por no haberle dedicado antes sus galanterías. Urraca ya estaba musitando en la oreja ministerial que Marañón deseaba que le dedicara unos minutos; y yo conduje hasta el reservado al aturdido autor del *Tiberio*, que había estado sentado a la diestra del curángano claretiano, aguantándole la tabarra durante toda la comida, y corría el riesgo de hacerse democristiano después de abjurar del liberalismo, lo cual era como salir de Málaga para entrar en Malagón. Yo mismo me encargué de cerrar la puerta del reservado, una vez que Serrano y Marañón estuvieron dentro; pero, por supuesto, afiné el oído para no perder ni ripio de lo que hablaban, lo mismo que Urraca, tan entrometido como yo.

—Tenemos apenas cinco minutos, Gregorio —lo apremió el cuñadísimo—. Es lo malo de estas visitas relámpago. He visto a todas tus chicas espléndidas; y a tu hijo Gregorito me lo encuentro asiduamente en Madrid, no se pierde un acto de Falange.

—Nosotros procuramos hacer lo mismo aquí para que no se

ponga en duda mi lealtad —dijo Marañón—. Y porque no creo que haya dudas al respecto, me gustaría que de una vez se me permitiera volver a España y se me restituyera la cátedra.

El cuñadísimo suspiró o resopló contrariado:

—El caso es… Reparos políticos a tu vuelta apenas quedan. He conseguido, después de la entrevista que te hizo Navales para el *Arriba* (donde, por cierto, estuviste fabuloso), aplacar a Varela y a los demás ministros que te tenían enfilado. —Urraca me hizo gestos guasones, pues sabía que la intención de mi entrevista no era favorecer a Marañón, sino humillarlo—. Ahora los reparos son sobre todo morales. Tenemos a varios obispos contrarios a tu rehabilitación dando la murga.

Se palpaba el desconcierto de Marañón, que balbuceó algunas incoherencias, antes de reaccionar:

—¿Morales? No… no lo entiendo. Pero si llevo una vida ordenadísima y voy a misa todos los domingos… Lequerica te lo puede confirmar, coincido siempre con él en la Misión Española de los claretianos, en la calle Pompe.

—Si lo sé, Gregorio, lo sé. Ya te he visto a partir un piñón con el padre que nos han sentado hoy a la mesa, que menudo pelma era… —dijo Serrano, jocoso, antes de volverse repentinamente serio—: Pero resulta que, en los años de la República escribiste, como bien sabes, una obrita defendiendo la eugenesia.

—Tanto como defendiendo… —se resistió débilmente Marañón, desmoronado de que le hubiesen repescado aquel pecadillo de madurez.

—Defendiendo, Gregorio, defendiendo sin recato la eugenesia —se enfadó Serrano, o tal vez le conviniera afectar enfado—. Yo mismo he leído tu obrita, así que no necesito que ningún obispo me la cuente. Afirmas que los hijos nacidos del amor no siempre son sanos. Y también que quien no esté suficientemente sano no se debe casar. Y llamas «ejemplo de honestidad» a quienes renuncian a casarse, por no alumbrar una prole insana…

Marañón aguantaba mohíno el rapapolvo. La voz se le había adelgazado hasta volverse esquelética:

—No creo que a la Nueva España le convenga llenarse de subnormales y raquíticos…

—A la Nueva España le interesan todos los hijos de Dios —lo

rectificó, muy cortante, Serrano—. Hasta escribiste que eras partidario de expedir un certificado médico matrimonial, tan importante a tu juicio como la bendición del sacerdote. Comprenderás que tenga a los obispos subiéndose por las paredes…

A Marañón se le notaba sinceramente aturdido, como cuando le saqué a colación en su casa de la calle Georges Ville sus alusiones a los «fetichismos primitivos».

—No entiendo nada, Ramón… Los alemanes han hecho de la mejora de la raza por medio de la eugenesia uno de los puntales del nuevo Estado. Y se supone que Alemania es el modelo que debemos seguir…

—En algunas cosas tal vez, Gregorio —matizó Serrano—. Pero en ésta, por ejemplo, no. Nosotros no somos nazis.

Marañón se estaba haciendo un lío formidable:

—¿Ah no? ¿Entonces qué somos? Al menos amigos los consideramos; de lo contrario, tú no estarías viajando a Berlín cada tres por cuatro…

—Nosotros somos católicos sobre todas las cosas —se engalló Serrano—. Católicos fascistas, si quieres, pero lo sustantivo es nuestro catolicismo. Y a los nazis tratamos de evangelizarlos, para que dejen de ser paganos.

Ya estábamos con el nacionalseminarismo. A mí lo que me parecía es que Serrano quería seguir funcionando a chorro libre, para dejar preñadas a sus amantes y multiplicar su descendencia. En realidad, «católico fascista» era un oxímoron; porque el fascismo entroniza un dios alternativo, el Estado, y rebaja a Dios a posiciones ancilares, como todas las ideologías modernas. Pero Serrano era perfilero y retoricón, y aspiraba a presidir la Unidad Latina del catolicismo *pompier*:

—Pero tranquilo, Gregorio —dijo, encaminándose hacia la puerta del reservado—. Yo seguiré tratando de ablandar a los mitrados. Y dile a tu hijo Gregorito que se trabaje en condiciones a los cretinos encargados de dirimir sobre tu expediente universitario de depuración. —Puso la mano en el picaporte, provocando nuestra espantada. La última frase la dijo con la puerta entreabierta, mientras abrazaba efusivamente a Marañón—: ¡Recuérdalo, Gregorio! En España somos católicos y aceptamos todos los hijos que Dios nos traiga.

Aunque fuesen de leches mezcladas, para que luego se conviertan en hermanos incestuosos. La cara de Marañón, pesarosa y perruna, era un poema. Serrano, en cambio, esbozaba una sonrisa fina y culpable, como de ángel irónico que ha visto encanecer sus alas sin perder las ganas de volar.

XVII

Gracias a la amnesia del alcohol, Ruanito nunca llegaría a recordar los pormenores últimos de la penosa conversación que habíamos mantenido en el bar americano del Hotel Ambassador, con las luces apagadas y sus malsanas fantasías sexuales encendidas como brasas. Recordaba, en cambio, que había tenido la deferencia de acudir en su ayuda aquella noche, cuando tan angustiado estaba; y me lo agradecía citándose conmigo a cada poco, para invitarme a una copa (siempre en tugurios distintos, porque las reservas alcohólicas se iban agotando y los bares dejaban de reponer, o tardaban mucho en hacerlo, y siempre con precios astronómicos). Ruanito sufría de una aplastante inapetencia por las letras, que consideraba —sin pesar, incluso con un insensato júbilo— que podía ser perpetua. Y, aunque no lo fuera, deseaba vivir algunos meses a todo trapo, olvidado de disciplinas metódicas, rutinas establecidas y musas exigentes, entregado a la vagancia y a los brebajes peligrosos (no quería reconocerlo, pero estaba por completo alcoholizado). Aunque había renegado de la escritura, llevaba en cambio una vida de señorito vagamente interesado por las artes, frecuentando a los artistas de Montparnasse de manera un tanto paternal que no llegaba al mecenazgo, pero que en cualquier caso alcanzaba el patrocinio del bebercio.

—Fernandito, esta tarde he quedado con Honorio García Condoy en el Jockey —me dijo en la sede de la avenida Marceau, adonde había ido a presentar sus respetos a un abatido Velilla—. ¿Te apetece pasarte?

—Hmmmm... Bueno, pero con la condición de que sea sólo con Condoy, no con cuarenta y la madre, que no estoy yo para farras.

A mí, por aquellos días, sólo me apetecía hacer teología del culo y las partes pudendas de Ana de Pombo, y para ello me convenía estar en plena forma; pero no sólo de teología vive el hombre. De Ruanito se empezaba a rumorear que había aprovechado la corresponsalía del *ABC* en Berlín para estafar a judíos alemanes en apuros; pero yo no

creo que Ruanito discriminase razas o hiciese acepción de personas. Quiero decir que, puesto a estafar, habría estafado a todo quisque, lo mismo a judíos que a gentiles. Desde luego, a París había llegado cargado de joyas que vendía o empeñaba, y se desempeñaba con maneras de aristócrata crapuloso, haciendo honor a su título apócrifo de Cagigal. Pronto cogió fama de rumboso entre los artistillas beodos de Montparnasse, que lo incorporaron de inmediato a su cofradía etílica, salvando las diferencias ideológicas; pero yo ya sabía que las diferencias ideológicas, como los duelos, con pan son menos (y regados de licores se desvanecen como por arte de ensalmo). A Ruanito los artistillas beodos de Montparnasse lo desplumaban; pero, a cambio, le descubrían bares esotéricos donde todavía restaban algunas reservas que debían ser trasegadas cuanto antes, porque se agotaban pronto y sufrían redadas policiales. Y yo, pegándome a Ruanito, podía entrevistarme más fácil e inopinadamente con mis presas, sobre todo con las más escurridizas y renuentes a participar en las actividades de la avenida Marceau.

—Ya me he enterado de que estuvisteis agasajando al miserable de Serrano Súñer —me dijo Ruanito, disgustado, nada más verme aparecer por el Jockey—. Espero que al menos intercedieras por mí.

—Por supuesto —mentí con desparpajo—. Aunque comprobé que te tiene de veras enfilado, hay algo en ti que lo encocora, no me digas qué. Pero yo creo que con el tiempo se le pasará. Total, tú por el momento tienes muerto el deseo de publicar en la prensa...

Pero, aunque lo tuviera muerto, no quise revelarle que Serrano había ponderado mis artículos y se había ofrecido a promocionarme en el *Arriba*, para que Ruanito no me cogiese celos.

—A mí, como te puedes imaginar, que Serrano me tenga enfilado me importa un bledo. Sus represalias no pueden llegar hasta aquí —rabió.

E hizo desfilar sus ojos de porcelana viscosa por el Jockey, una mezcla fané de cabaré y bar americano (lo que por entonces empezaba a llamarse *boîte*), que había tenido su época dorada quince o veinte años atrás, cuando la comunidad de artistas expatriados de entreguerras estaba en pleno apogeo. El Jockey, desde entonces, había rodado por diversas sedes, siempre en el bulevar Montparnasse, siempre con unos pintarrajos aproximadamente cubistas en la fachada, con figuras de indios y vaqueros, según la mitología pueril del Far

West, que me repateaba bastante, como en general todas las modas yanquis. El local, por lo demás, era bastante cutre, con mesas pegadas a la pared y cubiertas con manteles de papel, una barra donde se bebía de pie y una minúscula pista de baile con un piano en el que tocaba un carcamal con un tití subido al hombro.

—Ya sé que no es ni sombra de lo que fue —se excusó Ruanito, reparando en mi gesto desdeñoso—. ¡Cómo me gustaría haber nacido un poco antes! Pero mira quién canta.

Era una cuarentona muy fondona que hacía dos o tres gallos en cada nota, con cara de golfa y buena persona, una nariz de máscara africana, el pelo cortado a lo *garçon* y un flequillo a modo de cortina tapándole la frente, según la moda impuesta por Louise Brooks dos décadas atrás.

—Lo que más me gusta de ella es su «penacho lacio de altos sueños», pero por desgracia le faltan la gabardina y el bigote —dije, choteándome.

—No seas animal —se encabritó Ruanito—. Ese flequillo es legendario. Estás ante Kiki de Montparnasse, nada más y nada menos.

Me entraron ganas de citar aquella frase de Francisco de Borja, ante la carroña de la emperatriz Isabel de Portugal: «Nunca más servir a señor que se me pueda morir». Kiki de Montparnasse había sido amante de toda la caterva de pintores y escritores que pululaban por el barrio en los años veinte, geniales, ineptos o mediopensionistas, y todos habían dejado retratos de ella, convirtiéndola en emblema de una época extinta. El retrato más famoso de todos era la fotografía que Man Ray le había hecho de espaldas, titulada *El violín de Ingres*, que aprovechaba la suave depresión de su cintura para pintarle las aberturas de un violín, simétricas respecto al arranque de la raja de su culo. Pero veinte años después, aquel violín de prodigiosa carne se había vuelto bandurria, y con panza de tambor.

—Dicen que le pega mucho al jarro y a la cocaína —la disculpó Ruanito, melancólico—. Pero en su decrepitud también es hermosa, a su manera.

—He conocido a cuarentonas mejores —dictaminé piadosamente.

Y yo tendría que haber estado disfrutando de la mejor de todas ellas en aquel preciso instante, si Ruanito no me hubiese llamado. Después de cantar garrafalmente, Kiki de Montparnasse se había puesto a contarnos la celeste historia de su coño, más plural que

ninguna otra, con parada y fonda en todas las viejas glorias nacionales y foráneas. No había ni un solo artista reseñable (pues a los no reseñables ni los mencionaba) para el que no hubiese posado; no había un solo cazador de fugitiva belleza que no la hubiese tratado de salvar del tiempo. Pero el tiempo había caído sobre ella como un armario normando, hundiéndola bajo su peso. Y ahora tenía que mendigar un poco de atención en una clientela zafia que ni siquiera la reconocía. Yo también había terminado poniéndome melancólico.

—Mary llegará a Berlín en tres o cuatro días —me anunció Ruanito—. Con un poco de suerte, para entonces ya tendré casa.

Me contó que un empresario español residente en París, Ruiz Aranda, asiduo de la avenida Marceau, le había ofrecido un pisazo en el barrio de Passy. Este Ruiz Aranda se había dedicado a fabricar ropa militar de abrigo para los franceses, asociado con un judío millonario, pero con la caída de Francia el judío había tomado la senda de la diáspora y Ruiz Aranda, con olfato felino, se había puesto a fabricar la ropa militar para los alemanes, encargándose de custodiar las propiedades de su socio. Al parecer, Ruiz Aranda había conseguido la documentación necesaria para que el judío escapase a la zona libre; y el judío le había entregado las llaves de su pisazo en Passy, para que se lo cuidase. Ruiz Aranda había pensado entonces, muy discutiblemente, que la mejor manera de cuidar un piso era alquilarlo a un amiguete, sin consultarlo con el dueño.

—Y me lo ofrece en unas condiciones muy ventajosas, chico —me explicaba Ruanito—. Si a Mary le gusta, nos quedaremos con él.

—A Mary le puede gustar. Pero a ti no te veo yo mucho encaje en Passy. Es un barrio muy relamido, con tumbas de perritos en los jardines.

Y me puse a reír solo, para estupor de Ruanito, ignorante de mis aventuras escatológicas. Había entrado en el Jockey Honorio García Condoy, con andares un poco titubeantes y retraídos, como si no supiera si quedarse o salir corriendo del tugurio, temeroso de que Ruanito al final se rajase y no le pagara la consumición.

—¿Sabías que en realidad se apellida Condón? —me reveló Ruanito, malévolo—. Me lo confesó el otro día, estando como una cuba, y me enseñó una cédula donde figura así. Pero, claro, se puso Condoy de nombre artístico, para que no lo putearan.

A Condón o Condoy los colegas de Montparnasse lo llamaban

«Galápago», no porque fuese especialmente lento (aunque, desde luego, tampoco era ningún azogue), sino por la manera que tenía, tan cazurra y graciosa, de vivir dentro de su concha y asomar muy cauta e irónicamente la cabeza sólo cuando le convenía. Al entrar en el Jockey me descubrió sentado con Ruanito e hizo amago de marcharse.

—Pero, ¿qué te pasa, Galápago? ¿Adónde quieres ir? —lo reclamó Ruanito.

Y Condoy se quedó sin saber qué hacer, como si el raciocinio se le hubiese cortocircuitado. Era un misántropo enfermizo, pero también un borrachín impenitente; y sabía que para sacudirse un poco la misantropía necesitaba beber como una esponja. Así que terminó cediendo al reclamo de Ruanito:

—Es que Navales me vio borracho como una cuba el día que entraron los alemanes y me da vergüenza que me lo recuerde.

Ruanito pidió que nos trajeran de la cava una botella de champán, para que a Condoy se le subiese la espumilla y empezase a disparatar. Como Picasso, Ruanito tenía vocación de coleccionista de monstruos, y podía (por el momento) sufragarlos, aunque no tuviera lingotes guardados en el armario (también por el momento).

—Entre profesionales nunca se mencionan las curdas del pasado —dije, tratando de ganarme su confianza—. Espero verte pronto por la Escuela de Bellas Artes de Falange. ¿Te has inscrito ya?

Cuando abrieron el tapón de la botella saltó un chorro espumeante y a Condoy se le nubló la alegría del rostro, no sé si por el despilfarro o porque la imagen le hizo recordar su apellido afrentoso.

—Pues lo he estado pensando tres o cuatro días, no te creas —me respondió, entre cenizo y zumbón—. Me encerré con cerrojo en mi habitación y le estuve dando vueltas al asunto, noche y día, porque quería tener la conciencia en paz antes de tomar una decisión…

—¿Y para tomar todas tus decisiones necesitas antes hacer ejercicios espirituales? —se choteó Ruanito.

—No, sólo para las importantes. Las nimias me basta con meditarlas mientras evacuo las tripas —dijo, pero su gesto era siempre meditativo, o tal vez pasmado.

—¿Y qué has decidido? —lo urgí.

Ruanito vertió champán en las tres copas, pero antes de proponer un brindis aguardó la disputada respuesta de Condoy:

—Pues ya estaba dispuesto a inscribirme, porque Guadalupe, mi

mujer, me exige mayor rendimiento económico, aunque a mí me basta con ir tirando. Pero, como yo llevaba encerrado tres días en la habitación, se hartó de esperar y se marchó a La Vandea, a visitar a una amiga. —Hizo una pausa, que aprovechó para beber de su copa sin levantarla de la mesa, abrevando y sorbiendo—. Con tan buena suerte que en el pueblo de su amiga hay una vaquería y llegó a un trato para comprarles una barra de mantequilla como una viga de grande, que con el frío pudo traerse a París metida en un saco, sin que se derritiese. Y como en mi estudio también hace un frío que pela, podemos conservarla allí durante todo el invierno... ¡Y no sabéis el dinero que se puede uno sacar por una libra de mantequilla! Tanto que he decidido que ya no tiene sentido inscribirse en la avenida Marceau.

Me impresionó aquella falta de ambición o alegre vagancia de Condoy, siempre a la husma de cualquier chapuza que le permitiera escaquearse de trabajar. Y me hizo gracia que fuera a ganarse la vida por el procedimiento que yo le había recomendado al polaquito Gasch, menos vago pero también menos industrioso. Después de explicarnos su decisión, Condoy se había quedado callado como una tumba, como si ya hubiese hecho el gasto de palabras para toda la semana.

—Pero, hombre, puedes ganar dinero con la mantequilla y a la vez trabajar en las mejores condiciones en la avenida Marceau —traté de convencerlo—. Podríamos incluso montar un horno de bronce. Ya sabes que los alemanes han prohibido fundir bronce, pero tal vez podríamos conseguir una exención...

Condoy volvió a llenar su copa, con prontitud de esponja. Se encogió de hombros:

—Pero es que yo me conformo con hacer mis esculturas en barro y escayola.

Ruanito no dejaba de mirar a Kiki de Montparnasse, tal vez imaginando alguna escenita decadente y perversa con ella. Sus mitomanías lo habían llenado de microbios espirituales.

—También podrías ir a la Escuela de Falange con tu barra de mantequilla y hacer con ella una escultura —terció, burlón—. Una Venus *au beurre*, por ejemplo, con muslos milagrosamente derretibles, y escurrirte entre ellos. ¿Te imaginas el gustito?

—A mí la mantequilla ni fu ni fa, en casa cocinamos con aceite —

respondió Condoy, inmutable.

Su cerrazón de galápago resultaba un poco absurda y desesperante, porque en realidad ni siquiera se había implicado en ningún bando durante la guerra española, cuyo estallido lo había pillado en Roma, pensionado por la Academia de Bellas Artes, y tras exponer en una Bienal mussoliniana. Viendo que la guerra española no se decantaba, Condoy había decidido instalarse en París con su mujer, tan poco amiga de fregados como él.

—No entiendo tus razones, Condoy —lo amonesté—. Tú ni siquiera eres rojo, ni de ningún otro color. Y no olvides que en la avenida Marceau tendrías todas las modelos que necesitases a tu disposición, y sin tener que pagarles ni un céntimo. Los gastos correrían de nuestra cuenta.

A Condoy se le encendieron entonces los ojillos, como si emergiera de su subconsciente una tentación irrefrenable que no era crematística:

—¡Modelos de tetas ubérrimas, como las Venus prehistóricas! —barboteó de repente, encendido.

Las fantasías de lactancia, tan notorias en sus esculturas matronales, parecían transfigurarlo.

—Las tendrías de balde a tu disposición en la Escuela, Condoy. Sólo tienes que inscribirte.

Abrevó otra copa de champán sin alzarla de la mesa, como si mamara de las ubres de la cabra Amaltea.

—Tendría que encerrarme unos días a pensarlo… —remoloneó.

—No, no, vete si acaso un rato al retrete, a ver si encuentras iluminación —lo urgí—. Pero esto tiene que quedar resuelto hoy.

Condoy ya se disponía a realizar sus ejercicios intestinales o espirituales, convencido casi de inscribirse en la Escuela de Falange para poder dormirse entre senos como almohadas o hemisferios lunares y abrevar en ellos una leche dulcísima. Pero, justo en ese momento, llegó de la calle el rumor de una rebatiña con improperios y mojicones a granel, que repartía una mujer muy brava y grandullona sobre un hombre canijo y renegrido que no hacía sino quejarse a cada golpe. Salimos al bulevar Montparnasse, donde ya se congregaba un corro de curiosos en torno a la extraña pareja. El hombrín resultó ser Pedro Flores, el pintor de Murcia, feísimo y chato, con algo de gitano de feria y algo de torerillo vapuleado por toros cornalones. Y la mujer

que, a falta de cuernos, le zurraba dándole golpes con un bolso en la cabeza, era su novia Nita, una bretona descomunal que habría podido despachurrar patos en la granja que abastecía a La Tour d'Argent, y también satisfacer las fantasías lactantes de Condoy. Nita, como siempre ocurría con las mujeres de los artistas pobres de Montparnasse, había empezado siendo la musa de Pedro Flores, que la había conocido en una tienda donde se enmarcaban cuadros. Al principio, Flores la había tomado como modelo constante de sus cuadros y apuntes, hasta que, engatusada, Nita se había ido a vivir con él a su siniestro estudio de la calle Brocca, aledaño casi de los muros de La Santé. Y, después de echarle el lazo, Flores la había convertido en su criada con derecho de pernada. Pero las musas reconvertidas en chachas chochonas al estilo de Nita se resarcían pegando a sus burladores unas palizas monumentales con cualquier pretexto: la aparición de otra musa que las ponía celosas, las propensiones dipsómanas del pintor, su vagancia o incapacidad para allegar dinero, etcétera. Entre todas las musas que zurraban la badana a los artistas pobres de Montparnasse ninguna tan enérgica y abusona, sin embargo, como esta aguerrida Nita, que presumía de ser hija de un corsario bretón y golpeaba siempre en la cabeza de Pedro Flores, para que, a falta de cuernos —pues Nita, aunque iracunda y abusona, jamás le había sido infiel—, le floreciesen chichones. En el estudio de la calle Brocca, Nita sacudía sartenazos a Flores; pero cuando tenía que pegarle en la calle se morigeraba y le atizaba con un bolso de piel de cocodrilo que era su orgullo (y donde, según las lenguas viperinas, guardaba todos sus ahorros en luises de oro). Condoy asistía a la golpiza fascinado:

—A mí mi mujer también me pega cuando no vuelvo a casa a cenar, o si no la llevo al cine los sábados —reconoció—. Pero Nita es insuperable cuando se pone a repartir leña.

Lo encandilaba el cuerpo blanco, ingente, ondulante, de Nita, golpeando el cuerpecillo abollado del murciano, como si remachase un clavo. Y también la ristra de injurias que salían de su boca, como de una cornucopia del improperio:

—¡Desgraciado! ¡Cochino meteco! ¡Déjate de andar con malos hombres y dedícate a trabajar, que no traes un maldito franco a casa!

Y el contuso Flores, parapetado detrás de sus manecillas que no podían contener el pedrisco de bolsazos, se defendía quejumbroso:

—Pero, mujer, si no hago más que trabajar… Lo que pasa es que no consigo vender los cuadros.

Flores, en efecto, pintaba sin descanso, pero apenas vendía sus cuadros que bebían de Goya y Gutiérrez Solana, cuadros españolísimos, dramáticos y esperpénticos, con bodegones podridos y toreros jeroglíficos de chirlos y costurones. Y como, además, no quería rebajarles el precio ni contratar un marchante, el resultado era el mismo que si no pintase nada. Finalmente, a Nita se le cansaba el brazo de tanto batanearle la cabeza; y se volvía a casa, bamboleando por el bulevar Montparnasse sus carnes rubensianas, mientras Flores se quedaba tirado en la acera como una rana aplastada. Ruanito se inclinó para ayudarlo a alzarse.

—Me aseguraste que Condoy estaría solo… —le reproché, malhumorado—. Y ahora veo que esto es un cónclave de borrachos.

Recordaba el consejo que Lequerica me había hecho cuando lo entrevisté en Burdeos, recomendándome que, para engatusar y corromper a los rojillos, los abordase en solitario; porque así podría halagar más fácilmente su vanidad, haciéndoles creer que mis ofrecimientos eran exclusivos. Ruanito me juró que sólo había citado a Condoy; y Flores, mientras se sacudía el traje de pana gastada del polvo de la acera, lo ratificó, asegurando que había ido por iniciativa propia al estudio de Condoy, donde su mujer le había revelado que se hallaba con Ruanito en el Jockey. Y, como Flores sabía que Ruanito aflojaba la guita, había corrido a juntarse con ellos, con tan adversa suerte que se había tropezado con Nita a la puerta del establecimiento.

—Yo creo que me merezco un coñac, para recuperar el ánimo —dijo Flores, fingiéndose más maltrecho de lo que estaba.

—Eso está hecho —le concedió Ruanito, con esos ojillos de jolgorio que se le ponen al alcohólico cuando descubre a un cofrade, aunque tenga que financiarlo.

Al final, el coñac reconstituyente terminaron siendo cuatro o cinco, que Flores se trasegó como si fueran buchitos de jarabe. Trataba inútilmente de aliviar su frustración de pintor sin clientes a través de la ingesta inmoderada de alcohol (más inmoderada todavía si algún primavera se lo sufragaba); pero a medida que se ajumaba, su simpatía natural se volvía agria y malasombra, hasta degenerar a veces en la trifulca. Aquella tarde la golpiza de Nita lo había dejado hecho una malva, y su principal preocupación parecía ser cantar

flamenco muy desgañitadamente (hasta obligar a la fondona Kiki de Montparnasse a enmudecer y retirarse) y rascarse los chichones que abultaban su frente, hasta hacerlos sangrar.

—Y ya que no tienes marchante, ¿no te gustaría que te promocionáramos la obra desde la avenida Marceau? —lo asediaba, entre copa y copa de coñac—. Te aseguro que es un escaparate formidable, Pedro.

Sus ojillos maliciosos los velaba una telaraña de orgullo y delirios de grandeza:

—No te preocupes por mí, Navales. A mí lo que me gusta es vivir a salto de mata.

Y llevaba razón. En sus mocedades había recorrido España como mendigo, había toreado en capeas y lanzado jipidos en tablaos flamencos. Más tarde se había asociado con un teniente retirado y se había hecho fotógrafo ambulante. Y, por último, había conseguido puesto de profesor de dibujo en Barcelona, una ocupación demasiado burguesa que había resuelto abandonar, viniéndose a París con las ansias del triunfo, pero sin lograr nunca escapar de la miseria, pues su pintura no era del todo clásica ni del todo vanguardista, ni halagaba el gusto burgués.

—Pero llega el día en que hay que asentarse, Pedro —le insistía —. Tienes que instalarte en un estudio menos tétrico que el que tienes, y llevar dinero a casa, para que Nita esté contenta y deje de molerte a palos.

Flores estrelló la copa de coñac sobre la mesa, después de apurarla, rompiéndola en mil añicos:

—¡Nita está contenta así! Si mañana tuviera que dejar de molerme a palos, se marchitaría —se indignó, manoteando como un polichinela—. ¿Y qué sería de mí, sin una somanta diaria que me baje los humos? Somos felices así, cada uno a su modo.

Condoy lo miraba conforme e irónico, desde el interior de su caparazón. Ruanito terció, socarrón:

—Pero las tundas de la parienta y la vida a salto de mata se saborean mejor con dinero en el bolsillo, Pedro, no seas demagogo.

Como tantos otros artistas de Montparnasse, Flores había llegado a encontrar cómodo, y hasta voluptuoso, el fracaso; y el regodeo en el fracaso lo inclinaba también a envolverse en la bandera republicana, que lo abrigaba de la intemperie ideológica:

—¡Yo soy un español del éxodo y del llanto! —gritó, para sobresalto de la escasa clientela del Jockey.

Sólo lo era en un sentido figurado. Aunque había abandonado España en la desbandada que había seguido a la caída de Cataluña, y había padecido internamiento en los infames campos de concentración improvisados por los gabachos para encauzar la avalancha de «indeseables» venidos del otro lado de los Pirineos, no pesaba contra él ningún cargo, ni se había significado durante la guerra española, que lo había pillado en Barcelona. Pero ya en 1928 había abierto estudio en París, que abandonaba cuando se quedaba sin un chavo, para regresar en cuanto lograba reunir unos ahorrillos.

—Tú tienes de rojo lo que yo de cura —lo zaherí.

Apuró otro copazo de coñac de composición dudosa, pues el aliento le olía a matarratas:

—¿Cómo te atreves? ¡A mí me ha comprado un cuadro don Juan Negrín! ¡Y Picasso me cuenta entre sus amigos y me invita a comer una vez a la semana!

No era la exposición de méritos más apabullante que uno pudiera imaginarse, pero le servía para pasar las aduanas en las que se calibraba el grado de adhesión a la depuesta República.

—Negrín te compraría el cuadro por caridad, viéndote tan mugriento —lo rebatí sin paños calientes—. Además, con el oro que sacó del Banco de España seguro que podía darse de vez en cuando algún lujo. Y en cuanto a Picasso, te invita a comer semanalmente porque le gusta coleccionar monstruos que le entretengan un rato; y tú, sobre todo cuando estás bebido, eres un monstruo divertidísimo. ¡Anda que no se tiene que descojonar contigo el pintamonas! Si lo que buscas es alguien que te invite a comer, debes apuntarte también en el Auxilio Social, cuando vayas a la avenida Marceau. Ya verás como te dan de comer mejor que Picasso.

Se me engalló y me quiso agarrar por las solapas de la chaqueta, pero le pegué un coscorrón en los chichones de la cabeza y en un segundo se desplomó al suelo, donde se rebozó sobre los añicos de cristal de su anterior copa, como un faquir que se concede un caprichito.

—¡Tengo yo a mucha gente dispuesta a invitarme como para recurrir a vosotros! —se ofendió—. A Óscar Domínguez, sin ir más lejos.

Pero Óscar Domínguez, el surrealista de recuelo canario, participaba de la misma vida bohemia que Flores y Condoy, aunque en la juventud hubiese disfrutado de una asignación mensual de su progenitor, un mayorista del plátano canario que lo mandó a París de representante, para colocar sus productos en el mercado de Les Halles, con resultados catastróficos. De aquella época en que podía invitar a mandrias y bohemios, Domínguez había conservado algunas amistades en la secta caradura de André Breton, pero por lo demás andaba lampando como sus amigos. Con el agravante de que, al haberse corrido muchas juergas en la juventud, la penuria la sobrellevaba Domínguez menos gallardamente, como un desdoro o enfermedad vergonzante que procuraba esconder, dejándose ver lo menos posible. Y tampoco su aspecto de sacamantecas que asusta a los niños lo ayudaba demasiado.

—Óscar Domínguez bastante tiene con no morir de hambre, desde que le faltan los plátanos del padre, como para darte de comer a ti —lo volví a zaherir sin piedad.

Pero, en contra de la reacción que esperaba, Flores intercambió una mirada cómplice con Condoy, que llevaba un rato hibernado, y ambos estallaron en una risa regocijada y unísona.

—Los cuadros que ahora está pintando Óscar son los más cotizados del momento, con la única excepción de los de Picasso. A ver si te enteras de lo que vale un peine, Navales —afirmó chulesco Flores.

Y Condoy asentía, divertido y críptico. Ruanito intervino, para mostrar que, aunque apenas llevaba un par de semanas en París, se había preocupado de estudiar el mercado artístico, preparando tal vez alguna trapisonda:

—Los cuadros más cotizados de pintores vivos son en este momento, después de los de Picasso, los de Giorgio de Chirico. En especial, los de su período metafísico.

Había sido, de hecho, la banda de Breton la que había encumbrado la pintura temprana de Chirico, que desde luego tenía un atractivo enigmático, con sus ciudades soñadas de arquitecturas imposibles y sus maniquíes de cabeza ovoide echando una cabezadita o mirándose el ombligo. Flores y Condoy volvieron a reírse, ahora con una risa floja que no remitía y que, mezclada con el alcohol, los desinhibía por completo, aligerándolos de secretos:

—¿Vosotros sabíais que Óscar Domínguez tiene ahora un estudio secreto muy cerca de aquí, donde se pasa el día encerrado? —preguntó Flores.

—Un estudio que es en realidad un cuchitril —se sumó el lacónico Condoy.

Después de recibir a los alemanes gritando incoherencias encaramado en una acacia, Óscar Domínguez había abandonado París, rumbo al Sur, creyendo que los conquistadores no tenían otra cosa que hacer que meter en la cárcel a los «artistas degenerados». Como premio a su escapada (y para que dejase de sembrar el pánico por los caminos, con su facha elefantina), lo habían metido en un campo de concentración cerca de Carcasona; y a los pocos días lo habían liberado, temerosos de que se liara a testarazos y embestidas con los guardias. Del campo de concentración se había marchado a Marsella, donde André Breton había montado una comuna con los pecios de la secta surrealista, dispuesto a embarcar rumbo a América; pero viendo que los alemanes no habían dedicado una división Panzer a localizarlo, había resuelto volver a París, aunque sin hacer demasiado ruido (o sólo cuando dormía, pues roncaba como una morsa con paperas). Apenas se le había visto por las calles de Montparnasse tras su vuelta, pero a nadie le había extrañado demasiado, pues ya en otras ocasiones se había enclaustrado o escondido, como cuando un par de años atrás, borracho perdido, le había estrellado una botella en la cara al pintor rumano Victor Brauner, también surrealista, vaciándole un ojo; y el tuerto, al salir del hospital, lo había perseguido por todo París con un revólver, para descerrajarle un tiro. Pero no pudo encontrarlo, porque Óscar Domínguez se había escondido en una carbonera con trampilla, hasta que a Brauner se le pasó el berrinche, tras descubrir —como Rado— que los ojos de cristal, además de tener visión de águila, quedan muy fardones y añaden humanidad a la expresión.

—Alguna fechoría habrá hecho, si se esconde en un cuchitril —comentó Ruanito, displicente—. Pero si se ha ocultado, como decís, no parece muy lógico que vosotros sepáis dónde está.

Condoy probó a servirse otra copa de champán, pero viendo que la botella estaba vacía empezó a chuperretear el gollete, como si fuera un pezón. Flores se pavoneó, incapaz de guardar el equilibrio en la silla:

—Óscar no tiene secretos para nosotros. Somos los únicos que

sabemos a lo que se dedica.

Habían conseguido sugestionarnos con sus alusiones indescifrables, entre la guasa y la insinuación delictiva. Condoy lanzó una mirada implorante a Ruanito, que accedió a pedir otra botella de champán, intrigado o dispendioso.

—Toda su obra se la compra el poeta Paul Éluard —dijo Condoy, cuando pudo volver a abrevar en la copa.

—Un tipo extraño, ese Éluard —continuó Flores, mucho más locuaz—. Va de señoritingo, más tieso que un huso y creyéndose sublime sin interrupción, pero se ha casado en segundas nupcias con una acróbata de circo, alsaciana y prostituta en una vida anterior. Le gusta tanto que, en un gesto de generosidad sin precedentes, deja que sus amigos la disfruten, mientras él contempla el espectáculo… —Se llevó la mano a la cabeza, asustado de la aberración, o sólo palpándose los chichones—. Picasso ya la ha catado, mientras sus amantes se peleaban en una habitación contigua.

Y, en pago por los servicios prestados, Paul Éluard nutría a Picasso de eslóganes políticos y bazofias ideológicas de recuelo. Así el pintamonas se iba convirtiendo en el compañero de viaje más rutilante del comunismo internacional, mientras satisfacía su satiriasis.

—¡Qué admirable poeta debe de ser ese Éluard! —exclamó Ruanito, emocionado de encontrar al fin un alma gemela—. ¡Cómo me gustaría conocerlo!

—Pues si quieres vamos al estudio secreto de Óscar, y a lo mejor lo encontramos. Suele pasarse por allí todas las tardes.

Ruanito había probado tanta largueza en el convite que sus cofrades de bebercio no podían negarle aquel capricho, aunque comprometiera a su amigo canario, que debía de estar perpetrando alguna actividad ilícita o siquiera intrincada en ese «estudio secreto» donde lo visitaba el cornudito gustoso y apóstol del comunismo Paul Éluard. El estudio de marras se hallaba, en verdad, a tiro de piedra del Jockey, a escasas tres o cuatro manzanas y en la misma acera, en el número 83 del bulevar Montparnasse. Se trataba de un edificio muy chiquito y esquinado, en un estado de incuria próximo a la ruina, como sus escaleras sin barandilla, derrengadas de carcomas y desahucios, por las que Flores y Condoy subían a gatas, no sé si por efecto de la cogorza o por no tener donde agarrarse en caso de derrumbe. Golpearon suavemente la aldaba de la puerta, con un

soniquete rítmico, seguramente una contraseña convenida.

—Ábrenos, Óscar —dijo Flores, aupándose hasta obstruir el campo de visión de la mirilla—. Vengo con Condoy.

Y a la vez nos hizo un signo travieso, para que no hiciéramos ruido. Se oyó la voz fatigadísima, como de guanche con galbana, de Óscar Domínguez:

—Estoy preparando el material —trató de resistirse—. En un rato vendrá Éluard a recogerlo.

—Pues razón de más para que nos abras —forcejeó Flores—. Te ayudamos a embalar y nos tomamos juntos una absenta.

Eran agotadores de todos los alcoholes, en zurriburri o menestra, por comprobar qué mezcla inhóspita les procuraba más ardientes delirios. Después de bufar y bramar un poco, Domínguez acabó cediendo a regañadientes y empezó a descorrer todos los cerrojos, pasadores y pestillos que aseguraban la puerta, como si fuese la de una cámara acorazada (y, sin embargo, era una puerta de aspecto endeble y minada por la carcoma). Apenas entreabrió la hoja nos colamos los cuatro, escurridizos como anguilas, para desesperación de Domínguez, que era lentorro como un paquidermo:

—¿Cómo me hacéis esto? —reprochó a Flores y Condoy, llevándose las manos al cabezón de cabezudo—. Sabéis que debo mantener en secreto mi trabajo.

Condoy y Flores gangoseaban y le daban abrazos, como si quisieran fundirlo en la misma cofradía etílica. Entre los dos abultaban menos que Domínguez, que también se tambaleaba, inquilino en una borrachera perpetua.

—César y Navales son personas de confianza —se excusaban, bobalicones—. Nos invitan en los bares y quieren ser nuestros mecenas. Piensan que estamos en la miseria, pero les hemos dicho que estás pintando ahora mismo unos cuadros cotizadísimos.

Domínguez no sabía si llorar o ponerse a repartir sopapos, pero mientras lo pensaba se pegó un lingotazo de absenta, para olvidar la traición de sus dos cofrades. Aprovechando la dubitación, Ruanito y yo pasamos al interior del apartamento, a través de un pasillo en sombras donde se alineaban los objetos surrealistas que Óscar Domínguez urdía entre resaca y resaca, todos hilarantes y a la vez pánicos, como el más famoso de todos ellos, el gramófono humano, en el que unas piernas de mujer asomaban por la corola del aparato,

mientras que una mano sustituía a la aguja, ávida por palpar unos senos cortados, puestos sobre el disco como sobre una bandeja. En el salón del fondo, sin ventanas y alumbrado con flexos muy potentes (que a la vez que alumbraban secaban la pintura), se alineaban hasta media docena de cuadros, algunos montados en sus caballetes con la pintura todavía tierna, otros tendidos sobre una mesa y espolvoreados de una sustancia blanca que al principio tomé por azúcar glasé, pero que en realidad era bicarbonato sódico, según pude apreciar manchando las yemas de los dedos y llevándolos a la boca. Había un olor empedernido a óleo y trementina.

—¡Son chiricos de la etapa metafísica! —exclamó Ruanito, excitado—. Estos cuadros valen un potosí.

Contemplé detenidamente los cuadros, que en efecto contenían todo el repertorio iconográfico del pintor italiano: plazas vastas por las que sólo pasea alguna figura solitaria, edificios de grandes arcadas con perspectivas en fuga, sombras misteriosas y acechantes. También había varios lienzos con los célebres maniquíes de Chirico, con sus cabezas glabras y desprovistas de facciones, a excepción de troneras a modo de ojos o boca, y con muñones en lugar de brazos, compuestos de piezas multicolores, como disfrazados de juglares o titiriteros. Sobre las mesas, al lado de los lienzos espolvoreados de bicarbonato sódico, había fotografías en blanco y negro que reproducían esos mismos cuadros, pero con leves variantes, que pasaban inadvertidas al ojo poco atento, como ocurre en los pasatiempos de las siete diferencias: si en la fotografía se veía una niña empujando un aro a través de una plaza desierta, en el cuadro la niña estaba saltando a la comba; si en el cuadro el maniquí bostezaba a través de una tronera que le ocupaba casi toda la cara, en la fotografía miraba tétricamente a través de dos troneras también muy largas.

—No son chiricos —murmuré, admirado—. Son falsificaciones.

Óscar Domínguez había entrado también en el salón, tras golpearse la cabeza en el dintel de la puerta.

—No son falsificaciones —me corrigió, enojado—. Son pastiches.

No le faltaba razón. Siempre me había parecido que el talento más evidente del canario era de naturaleza mimética, como había probado durante su etapa juvenil, con cuadros que eran imitaciones fules, pero muy habilidosas, de Dalí y Max Ernst. Y ahora aprovechaba —o dilapidaba— ese talento mimético para remedar la pintura de

Chirico, con composiciones similares pero no idénticas a las del pintor italiano, con perspectivas y puntos de vista levemente alterados, con detalles irónicamente discrepantes.

—Tienes toda la razón, Óscar —dije, con respeto casi reverente —. Son unos geniales pastiches.

A mí el plagio, como la delación, siempre me había parecido una forma distante y sublimada de crimen (un crimen convertido en expresión de las bellas artes, como quería De Quincey) que merecía ser recompensada. Así que me parecía muy encomiable que Óscar Domínguez se dedicara a remedar a Chirico, para llenar el mercado infladísimo del arte con falsificaciones, que es el modo más infalible de desinflarlo. También Ruanito contemplaba con admiración el trabajo del canario parasitario y virtuoso, que se atrevía además con un pintor en pleno apogeo.

—Menudos cojones le echas, Óscar. ¿No temes que el italiano te denuncie? —le preguntó.

Domínguez se puso muy serio, colocándose la cabeza como si fuera a emitir un nuevo manifiesto:

—Los surrealistas hemos declarado la guerra a Giorgio de Chirico, por tontear con Mussolini y pretender liberar el arte italiano (cito sus palabras) «del yugo de París», adoptando un nuevo estilo, neobarroco y por completo reaccionario —pontificó, pero el acento canario teñía su diatriba de una dulzura y parsimonia por completo incongruentes—. Así que, para arruinarlo, hemos decidido inundar el mercado de pastiches de su etapa metafísica, que es la única que merece la pena y la que los surrealistas alabamos en su día, contribuyendo a su universal éxito. ¡Que se joda el espagueti traidor!

Hablaba en un plural no sé si de modestia o mayestático, pero en cualquier caso plural de botarate, pues aquellas falsificaciones o pastiches, aparte de chinchar a Chirico, iban a enriquecer a alguien, evidentemente. Y ese alguien no iba a ser el cretino de Domínguez.

—Pero, hasta que se destape que no son chiricos auténticos, te vas a forrar, Óscar —solté, haciéndome el cándido.

Domínguez se encogió de hombros y se le venció la cabeza hacia un lado, como la de un crucificado que expira. Le ayudé a levantarla.

—Bueno, yo cobro una cantidad fija y me despreocupo del destino de los cuadros —dijo, en un tono algo contrito, como si empezara a vislumbrar que estaba haciendo el primo—. Paul Éluard se

encarga de colocarlos por ahí.

Se le notaba agotado, con unas ojeras que también se le alargaban por todo el rostro, como bostezos derretidos, al estilo de las troneras de los maniquíes de Chirico. Así que Paul Éluard, comunista tan comprometido que hasta ponía a sus mujeres en común —mientras escribía el nombre de la libertad en las armas del soldado y en la corona de los reyes, en el estanque de sol enmohecido y en el lago de vivientes lunas—, mantenía esclavizado a Óscar Domínguez, obligándolo a trabajar en turnos estajanovistas, a cambio de una calderilla. Había que reconocer que los comunistas comprometidos como Picasso y Éluard eran los reyes Midas de la impostura, capaces de convencer al mundo entero de su compromiso con los desheredados, cuando sólo querían ser unos cresos. Les hubiese hecho picadillo los bofes, pero en el fondo los envidiaba.

—Seguro que el pobre Éluard ni siquiera recuperará el dinero que te paga... —me choteé.

—No lo sé... —refunfuñó Domínguez, escamón—. Pero con lo que me paga me da para vivir.

—Para vivir como un paria, Óscar, no me jodas —lo malmetí—. El sinvergüenza de Éluard te está ordeñando de mala manera, mientras él se forra.

Domínguez esbozó un puchero que se pretendía conmovedor. Pero todo puchero, mueca, mohín o jeribeque, puesto en su rostro de espantacríos, resultaba pavoroso.

—En cualquier caso, prefiero que me exploten mis hermanos surrealistas a que me explotéis los fascistas —murmuró.

—Los fascistas no queremos explotarte, sino dar relieve a tu trabajo, y ser tus mecenas... llegado el caso —lo cortejé, zalamero—. No se me escapa que ya eres un pintor reconocido, aunque te empeñes en imitar a otros pintores (o tal vez por ello), pero desde la avenida Marceau podemos darte a conocer a un público nuevo. Deberías inscribirte en nuestra Escuela.

Domínguez doblegó la testuz. Cabizbajo, proyectaba más sombra que los edificios metafísicos chiriquianos.

—Es que, si me inscribo en una academia falangista y para más inri dirigida por Beltrán Massés, Breton me expulsará del grupo surrealista —gimió.

—También expulsó de su secta a Dalí, por no condenar el

nazismo, y ahí lo tienes, convertido en un ávido coleccionista de dólares, como Picasso. —Esbocé una sonrisita condescendiente, para que comparara su situación con la de estos pintamonas—. En cambio, ya sabes lo que hace Breton: comerse los mocos en Marsella.

Noté que Domínguez empezaba a flojear, aunque todavía remolonease:

—Me lo pensaré… llegado el caso.

Ruanito seguía examinando los pastiches, con el ahínco de un empleado de casa de subastas. Preguntaba a Domínguez el tiempo que le llevaba falsificar un cuadro; también si había considerado exponer sus falsificaciones en alguna galería, para descubrir si colaban y lograban engañar a los expertos; y quiso saber, incluso, cuándo había empezado Domínguez a copiar cuadros de otros pintores.

—Cuando mi padre todavía vivía y se enteró de que yo, en lugar de colocar sus plátanos en el mercado de Les Halles, me corría juergas en los cabarés, me castigó —respondió Domínguez, con atribulada nostalgia—. Y el castigo consistió en mandarme al Louvre a copiar las obras de los grandes maestros, que luego me obligaba a enviarle a Tenerife, donde las vendía. Así copié al Greco, a Leonardo, a Velázquez, a Delacroix…

—Qué interesante… —dijo Ruanito, incubando algún timo o estafa—. ¿Y todavía serías capaz de copiar a esos maestros?

Domínguez soltó una risotada de ogro bueno:

—Eso es como nadar. Una vez que se aprende, nunca se olvida.

El olor empedernido de la trementina poco a poco nos iba emborrachando, sin darnos cuenta. Ruanito todavía acertó a preguntar (pero había empezado a tambalearse) por el bicarbonato con que Domínguez había espolvoreado algunos de sus pastiches, que resultó una treta para apagar la intensidad de los colores y dotarlos de un lustre mate, propio de cuadros pintados veinte años atrás. Domínguez, cediendo a las solicitudes de Condoy y Flores, entregó su botella de absenta, que nos pasamos en círculo, bebiendo cada uno un trago del gollete. Mezclada con el olor de la trementina, procuraba una borrachera muy original, que abría ángulos y perspectivas nuevas en la realidad, como los espejos deformantes del callejón del Gato. Una borrachera idónea para pintar chiricos de la etapa metafísica, y también relojes blandos dalinianos. Ruanito empezaba a desvariar:

—Tú y yo tenemos que hacer negocios, Óscar —dijo, con la

lengua anudada—. Pero antes me tienes que presentar a Paul Éluard, porque es mi alma gemela y le quiero proponer un trueque que podría interesarle…

No me costó demasiado imaginar el trueque que deseaba proponer al contratista de Domínguez, sabiendo que compartían perversión y podían, por lo tanto, satisfacerse el uno al otro (pero sospechaba que el alcoholismo de Ruanito lo condenaba irremisiblemente al gatillazo). Si las fantasías sexuales de Lequerica o Condoy, pobladas de mujeres rollizas de culos ecuménicos y tetas ubérrimas, me parecían solares y católicas, la perversión de Ruanito y Éluard me parecía digna, al menos, de un Calvino decrépito al que no se le levanta ni con poleas. Sonó de repente la aldaba de la puerta con el mismo soniquete que antes había ensayado Flores.

—¡Ése es Paul Éluard! —exclamó alarmado Domínguez—. Escondeos, escondeos, si os ve aquí montará en cólera.

Pero había gritado tanto que Éluard lo había oído, desde el otro lado de la puerta. Y parecía furioso, porque empezó a aporrearla:

—¿Quién está ahí, Óscar? ¿A quién has contado lo nuestro?

Hablaba un francés muy atildado, casi declamatorio, como si quisiera que también lo oyesen en los senderos despiertos, en los caminos desplegados y en las plazas desbordantes, apóstol incansable de la libertad. Ruanito carraspeó, para aclarar su voz de nicotina, y se atusó el bigotillo:

—Ya te ha descubierto, querido Óscar. Permite que sea yo quien le abra la puerta. Verás como lo aplaco.

Como Ruanito apenas podía tener en pie su cuerpo de esqueleto pálido, lo acompañé hasta la puerta, para atenuar su tambaleo. Antes de abrirla, se sacó de la cartera una fotografía de Mary de Navascués, que tenía un aire muy atractivo, entre la vulgaridad y el misterio, entre la pepona y la mujer fatal. Ruanito la besó como si fuese una estampa de Santa Rita, con devoción y teatralidad (que en él no eran cosas distintas). Y se lanzó a portagayola, después de que yo le descorriera todos los trancos, pestillos y cerrojos de la puerta:

—Buenas tardes, señor Éluard —dijo, en su francés patatero, que con la borrachera se hacía todavía más tuberculoso.

Paul Éluard lo contempló atónito, como si se tratase de una aparición; o tal vez aquel gabacho tuviese de por sí el gesto atónito del inglés sonrosadito y trajeado con cara de palo. Paul Éluard parecía

más inglés que francés, tanto en su forma de vestir —traje cruzado y de raya diplomática, corbata muy discreta— como en sus perversiones. Tenía los ojos muy azules, muy lúcidos, muy vigilantes, habituados a mirar con delectación todos los pecados, la frente despejada de tanto urdir versos y guarrerías y la cara alargada y un poco blanda. Preguntó, muy altivo:

—¿Puede saberse quién es usted?

—César González-Ruano, escritor español y marqués de Cagigal, para servirle —dijo Ruanito sin descomponerse, tendiéndole la foto de Mary de Navascués—. He sabido esta tarde que es usted mi alma gemela y no he podido resistirme a conocerle. Con mucho gusto le muestro una foto de mi mujer. ¿Podría mostrarme usted otra de la suya, en justa correspondencia?

Paul Éluard lo miró al principio como si fuese un orate, después como si fuera un tipo pintoresco, por último como si fuese, en efecto, su alma gemela. Tomó la foto de Mary de Navascués y la contempló ponderativamente; después, sin mediar palabra, se llevó la mano a la cartera, sonriente, y correspondió a Ruanito enseñándole una foto de su mujer. A nuestras espaldas, Domínguez, Flores y Condoy aplaudían la faena.

XVIII

Recogí en el consulado el pasaporte de Sebastián Gasch, así como toda la documentación sellada y en regla que exigían en la prefectura de Policía para otorgarle el permiso de residencia, con la firma del cónsul Rolland al pie de cada hoja, avalando al requirente. Antes de reunirme con Gasch, tuve sin embargo que asistir a la reunión de todos los jueves por la mañana en el Lido, donde el Sindicato de la Prensa Extranjera celebraba las conferencias o tostones somníferos del teniente Schultz, que a medida que avanzaba la guerra se iba poniendo más gordo (como si quisiera compensar que los gabachos estuviesen cada vez más flacos) y cuyo francés se iba haciendo más gutural y detestable (como si ya no se tomara la molestia de que lo entendiéramos). Asistir a estas conferencias de prensa se me hacía cada vez más insufrible, pero Daranitas me había dejado claro que tenía que hacerlo, si deseaba coger el sobre con los marcos a fin de mes, que cundían muchísimo en el mercado negro. Aquella mañana la comidilla de los corresponsales era la espantada de Laval, Vicepresidente del Consejo y supuesto sucesor del mariscal Pétain, cuando los pediluvios con agua de Vichy dejaran de prolongarle la vida. A unos les parecía un aspaviento de Laval, que de este modo quería hacerse de rogar hasta que Pétain le suplicase la vuelta (como, en efecto, ocurrió); a otros se les antojaba un auténtico golpe de Estado, como a Daranitas, que se mostraba desolado:

—Laval fue el cirujano que supo abrir en canal el vientre de la putrefacta Tercera República —me dijo, con símil de matarife—. Y era la única punta de lanza voluntariosa de un Gobierno por lo demás inoperante. Detrás de su destitución, no hace falta que te lo diga, están los judíos y los comunistas.

—Y los masones, Daranitas. No te olvides de los masones —apostillé, con guasa perfectamente seria.

Era la misma guasa perfectamente seria que empleaba en mis crónicas del *Arriba*, donde, aunque hablase —mediante metáforas—

del culo hospitalario de Ana de Pombo, o de las majas en porreta y mantilla de Beltrán Massés, metía siempre una morcillita antimasónica, antijudía o anticomunista, viniese o no a cuento, para que le sirviera de cebo al censor de turno y así no me mutilara el texto. Pero en Daranitas todo era seriedad y nada guasa; y veía maniobras subrepticias de masones, judíos y comunistas en cualquier episodio de la política interior o internacional, en cualquier moda indumentaria o teatral, en cualquier mujer que no aceptara sus aproximaciones, en cualquier reclamo publicitario en las calles (pero ya casi los habían retirado todos, fuera de los carteles cinematográficos). Daranitas vivía como cautivo de una pesadilla paranoica, infestada de masones en tenida, de judíos en conciliábulo, de comunistas en politburó; una pesadilla rocambolesca que lo desazonaba y al mismo tiempo reconfortaba, porque el conspiracionismo también procura consuelo en las noches de insomnio y abriga mucho en invierno. El agua de la piscina del Lido exhalaba tufaradas como de alga putrefacta o coño de sirena pidiendo guerra a los tritones.

—Esperemos que ese olor no sea algún arma química que nos echan los comunistas por los respiraderos —tramaba Daranitas—. No me extrañaría que nos quieran envenenar.

—O dejarnos fritos de sueño, para que Schultz nos rebaje el sueldo —apunté, preocupado.

Schultz nos rogó aquella mañana que dejásemos de comentar la destitución de Laval, porque se trataba de un incidente de política interna en el que Alemania no deseaba influir (como si su influencia no fuese omnímoda y tiránica). Y calló, morigeradito o con ganas de echar también una cabezada, cediendo el protagonismo a una pandillita de corresponsales cobistas que acababan de regresar de Alemania, después de permanecer durante tres semanas allí, pastoreados por los cachorros y cachorras del doctor Goebbels, que los habían traído y llevado en excursiones amañadas por Berlín, Viena, Praga, Colonia y Stuttgart, además de procurarles esparcimiento para que se desbravaran cada vez que les entraba la picazón. Habían participado de la experiencia un norteamericano, un colombiano, un danés, un italiano y un japonés; y todos se hacían lenguas de las bondades de una Alemania pujante y llena de ímpetu, en la que los obreros trabajaban con alegría y los soldados apolíneos se iban a la

guerra como si fueran a matar dragones y liberar doncellas. Por supuesto, las mujeres alemanas les parecían a todos diosas atléticas que manaban leche y miel. Se notaba que el doctor Goebbels se preocupaba de que entre sus cachorras no se colase ningún cachalote; o bien que los corresponsales estaban tan abducidos que a los cachalotes los sublimaban y transformaban en sirenas (de cuento de Hans Christian Andersen, no de la mitología clásica). El agua de la piscina, con su olor pestilente, ponía un contrapeso pútrido al relato idílico de los corresponsales, que aseguraban haber dedicado muchas horas a deambular a su antojo por las ciudades alemanas, sin mentor ni siquiera guía, acompañados tan sólo de una muchacha bellísima a la que se habían encontrado en un parque y habían seducido milagrosamente, con sus argucias de donjuanes irresistibles. El doctor Goebbels, definitivamente, era un genio del disimulo más taimado; y los corresponsales del Sindicato, una patulea de majaderos envanecidos.

—Llegamos a Colonia cuando la sobrevolaba la aviación inglesa —dijo uno de ellos con displicencia—, pero la defensa antiaérea entró en acción y los objetivos alcanzados resultaron escasos e irrisorios, sin importancia militar ninguna.

Así que la Royal Air Force se paseaba por Alemania como Pedro por su casa, confirmando las confidencias de Perico Urraca. Se me estaba empezando a caer el mito de una Alemania victoriosa o invulnerable, rubia y legendaria, que descargaba su látigo contra la Europa decrépita, envenenada de democracia y psicoanálisis. El agua de la piscina se reflejaba sobre el techo de la sala, dejando una escritura ondulante que parecía hebraica o cabalística. Tal vez se me estuviese contagiando la paranoia de Daranitas.

—A mí me impresionó el menú que reciben los obreros de la industria pesada —dijo otro corresponsal, con la lección bien aprendida—: abundante, módico, guarnecido de pan blanco y rociado con leche y cerveza.

Daranitas se emocionó, atufado por el hedor de las algas:

—Un menú del que hoy no disfrutan muchos potentados franceses, y tampoco ingleses.

A mí, en cambio, el hedor me iba ensombreciendo el carácter, y terminé por estallar:

—¿Y es verdad eso que dicen de que en Alemania todo lo que se

come es sintético? —Y, para restar mala baba a la pregunta, la endulcé—: Impresionan los adelantos científicos alemanes…

Se hizo un silencio de leche cortada y cerveza agria que acabó desbaratando el teniente Schultz, después de que ningún corresponsal se atreviera a desmentirme:

—Esos son infundios calumniosos que propagan los británicos. Todos los alimentos que se consumen en Alemania son frescos y naturales.

Pero yo sabía que Urraca no me podía mentir, que no tenía ningún interés en mentirme en este sentido; y, en cambio, le compensaba mentirme en el otro, pues su suerte (como la mía) mejoraría cuanto más le sonriese la suerte a Alemania. La derrota de Alemania lo dejaría hospiciano, como a todos los corresponsales del Sindicato de la Prensa Extranjera; pero Urraca no humillaba su inteligencia tanto como aquella patulea de lacayos genuflexos cuyo relato se volvía cada vez más plúmbeo y condescendiente, con incursiones en el patetismo ternurista, como cuando afirmaron que los prisioneros gabachos en los campos alemanes estaban tratados con todo tipo de delicadezas y atenciones.

—En resumen —concluyó Schultz, dando un respingo—, Alemania respira euforia, le sobra lo necesario y tiene mucho de lo superfluo. No ha sufrido desgaste alguno y aguarda la primavera para lanzar la ofensiva definitiva sobre Inglaterra. Les ruego que lo hagan constar en sus crónicas.

Habría que buscar acomodo a estas mentiras estabuladas en los próximos artículos que enviase al *Arriba*, si quería seguir disfrutando de las prebendas obtenidas mediante la afiliación al Sindicato. Pero deslizar bulos o fábulas favorecedoras de Alemania en la prosa no resultaba más rastrero que espolvorearlas con constantes alusiones a la conjura judeomasónica; y todo se podía camuflar con mi estilazo refulgente, del mismo modo que una salsa sabrosa camufla un pescado podre. Cuando llegué a mi cita con Sebastián Gasch, en los Jardines de Luxemburgo, había empezado a caer una aguanieve sucia, como plumón de ángeles abatidos a perdigonazos y después reducidos a cenizas en un horno crematorio. El polaquito Gasch, harto de la sordidez de su tabuco, donde apenas entraba la luz del día y la bombilla del techo, moteada de cagadas de moscas, no bastaba para alumbrar, acudía todas las mañanas a leer a los Jardines de

Luxemburgo, buscando siempre los parajes más solitarios, allá donde la fronda se espesaba, para incubar sus quimeras y ensoñaciones, como otros incubaban sus gayolas. Aquella mañana se había refugiado de la aguanieve en un templete, a la vera de las estatuas de las reinas de Francia, que las hordas republicanas no habían derribado porque, con su fealdad monstruosa, sólo aliviada por la lepra del verdín, contribuían al desprestigio de la institución monárquica.

—Ya puedes conseguir cuando quieras tu permiso de residencia, Sebastián —anuncié, blandiendo la documentación firmada por Rolland—. Ya eres ciudadano español de pleno derecho.

Gasch abandonó la lectura y se quitó coquetamente las lentes que usaba para leer, que frotó con el moquero, como si estuviesen empañadas. Pero lo que tenía empañados —de nostalgia llorona o incipientes cataratas— eran los ojos, que me miraban mansotes como los de un cabestro:

—Cuánto te lo agradezco, Fernando —dijo, con una sonrisa ruborosa—. Yo también he hecho mis deberes y he hablado con todos los amigos catalanes que podrían mostrarse receptivos a tus propuestas.

El rubor se lo producía la conciencia demasiado escrupulosa de estar vendiendo a sus paisanos, o siquiera poniéndolos en un trance de tentación, a la que acabarían sucumbiendo, como había sucumbido él a todas mis solicitudes. Me senté a su lado en el banco.

—Pues habrá que empezar esa razia cuanto antes —dije, sin molestarme en disimular el carácter de mis aproximaciones a los polaquitos—. Ya sabes que tú tendrás que acompañarme, para suscitarles mayor confianza.

Gasch cabeceó, consentidor y humillado:

—Sólo te pido que no les obligues a hacer nada que los avergüence o degrade.

—¡Como si a ti te hubiese obligado a semejante cosa! —me indigné, o fingí indignarme—. Si acceden, sólo encontrarán ventajas, como tú mismo. Por de pronto, todas tus deudas con la Nueva España han quedado saldadas.

Miró con melancolía las horrendas estatuas de las reinas francesas, que también habían saldado sus deudas con los revolucionarios, a cambio de quedarse de piedra y hechas unos adefesios, coronadas todas por una costra de mierda de pájaro que

bajaba en regueros por sus caras, supliendo las lágrimas.

—Ahora tendré que saldar las deudas que tengo aquí —dijo, con ironía maltrecha—. Ya nadie me fía. Los escasos amigos que me restan ya no me convidan, porque saben que no les voy a corresponder. Ya no salgo de mi barrio, ni siquiera tomo el metro, para no gastar ni un céntimo. Por supuesto, he dejado de ir al cine, al circo, a los títeres... —Hizo la mueca de llorar sin llegar a llorar, como un automatismo—. Desde que le escribí a Ana de Pombo ese texto para su programa, no he vuelto a ingresar un franco.

Ya había leído el texto que Gasch había escrito, ensalzando la danza de Ana de Pombo, en el que me había permitido incorporar algunas metáforas y epítetos que le diesen algo más de vuelo, porque la prosa de Gasch era un poco mazorral y desinflada, como su gordura difunta. Y, levantando el vuelo de su prosa mazorral, se me había ocurrido una forma de ayudarlo y ayudarme, pues cada vez me apetecía menos escribir en el semanario de Velilla, pero a la vez quería acaparar más espacio, por el placer de afligirlo y afligir a su esbirro Solms, por el placer de rebozar a ambos mi firma por los morros. Le propuse mi plan al polaquito Gasch:

—Si necesitas ingresos, podríamos hacer lo siguiente: yo te consigo entradas para todos los espectáculos en los que intervengan artistas españoles y tú me haces la crónica del estreno, que yo publico con mi firma en *El Hogar Español*. A cambio te pago, pongamos, cien francos por pieza. ¿Qué te parece?

El franco, para entonces, valía menos que las etiquetas de Anís del Mono; y se hablaba de cientos o miles de francos, en medio de una inflación galopante, como si se hablara de cientos o miles de motas de polvo o granos de arena, sabiendo que se los llevaría el viento. A Gasch, sin embargo, más que la cifra ínfima y menguante a cada minuto (mientras hablábamos, el franco se estaba devaluando), lo humillaba trabajar de negro:

—Es que ver publicado con otro nombre lo que uno ha escrito es muy triste... —se lamentó, llorón de sus llorerías.

La aguanieve caía con un tableteo afelpado en las hojas dentadas de los castaños y ponía un capuz de blancura sucia sobre las estatuas de las reinas francesas, menos sucia en cualquier caso que las cagadas de los pájaros. También mi propuesta era sucia, pero peor era vivir en la intemperie, sin dinero en el bolsillo:

—Piensa, Sebastián, que de momento no te conviene firmar nada con tu nombre. En Madrid, los censores podrían alarmarse; pues, aunque ya tengas la documentación en regla, ellos tendrán todavía tu nombre en sus listas negras… —Confeccioné una sonrisa cínica y despectiva, tras hacer una pausa—: Y no te cuento lo que pensarían tus amiguitos rojos si tu firma empieza a aparecer en el semanario de la Falange…

—Pero podría firmar con seudónimo… —se resistió absurdamente.

—¿Y qué más te da firmar con seudónimo o firmar con mi nombre? —lo confronté con la cruda realidad—. De hecho, a partir de hoy puedes convencerte de que Fernando Navales es tu seudónimo. Así, además, si lees mis esplendorosas crónicas y entrevistas en el *Arriba*, te puedes hacer la ilusión de que las has escrito tú.

Aquella burla me pareció de un satanismo ejemplar, y la celebré con una carcajada que hizo temblar de frío a Gasch y desprenderse la felpa de la aguanieve de las hojas de los castaños. A Gasch ya se le iba poniendo cara de negro, tanto que con un poco de betún en la piel podría haber hecho un cantor de jazz pintiparado:

—El otro día, revisando recortes de otra época, me encontré con un artículo en el que se burlaban de mí, por usar unas corbatas suntuosas y unos zapatos de charol que ofuscaban la vista, de tan lujosos —dijo, con voz de globo que se deshincha—. ¿Querrás creerlo? ¡Se burlaban de mí porque era un petimetre! Y fíjate ahora… Cualquiera me confundiría con un mendigo.

Se miró los zapatos, con las suelas gastadas y lengüeteantes de miseria, con las costuras rotas y los calcetines asomando sus tomates por doquier. Luego se echó la mano al cuello descorbatado, donde la camisa tazada incorporaba relumbres de mugre en verdad suntuosos.

—Pues en cuanto empieces a escribirme esas crónicas de los estrenos, podrás dejar de mendigar —le palmeé la espalda, en la que apuntaban las costillas—. ¡Arriba esos ánimos, negrito mío!

Por un momento, tuve la tentación de invitarlo a comer en un restaurante de postín, por celebrar la colaboración literaria que íbamos a iniciar, pero recordé que con los subalternos deben evitarse las confianzas, porque te acaban cogiendo las sobaqueras. Quise demostrarle, sin embargo, que sus penurias no me eran del todo ajenas y que podía compartirlas solidariamente. Y, del mismo modo que los

hacendados algodoneros una vez al mes compartían la escudilla de sus esclavos, yo me fui con mi negro Gasch al comedor de caridad en el que solía engañar las tripas. Se hallaba en la sede de la Unión Católica de Estudiantes, muy cerca de los Jardines de Luxemburgo, en la calle Madame, una de esas calles discretas y silenciosas que la Ocupación había convertido en calles fúnebres y sin tiendas (o con tiendas que parecían funerarias), con casas cenicientas de mansardas como nichos y portales como mausoleos lóbregos en los que gime una viuda. Se oía el tañido de las campanas de los conventos próximos, llamando a misa de difuntos; y las tripas descomulgadas de Gasch rugían como fieras del circo:

—¡Ay, los clamores de mi estómago! —se lamentaba, mientras hacíamos cola en el comedor de caridad—. Me subleva recordar las veces que hice menosprecio de un plato suculento preparado por mi madre o por la sirvienta, comiendo siempre a deshora y aprisa, urgido por el artículo que tenía que llevar corriendo a la redacción del diario.

Y se llevaba las manos a los mofletes antaño carnosos y por entonces pellejudos y colgantes, arrepentido de aquellos menosprecios culinarios del pasado. Lo consolé:

—Conmigo tendrás pocas urgencias, Sebastián. Piensa que *El Hogar Español* es un semanario. Y, además, no corremos detrás de la noticia. Si tu crónica no llega para un número, se deja para el siguiente y santas pascuas.

Así el semanario de Velilla salía sin temblor de actualidad, rezagado y fiambre desde la misma imprenta; pero me convenía contribuir a su ranciedad, para que contrastase con las novedades que yo estaba introduciendo en la avenida Marceau y en Alcalá 44 acabasen defenestrando a Velilla. El comedor de la Unión Católica de Estudiantes constaba únicamente de una gran sala inhóspita, con algo de nevera destartalada donde la carne cría moho sigilosamente (todos los comensales que allí se congregaban tendrían hongos, siquiera en los pies), con dos ventanales enormes que llenaban el lugar de una luz como de morgue. De las paredes mal encaladas pendía un crucifijo con sabañones, retratos de santos entecos y un Sagrado Corazón que se amojamaba y tiritaba de frío sobre la chimenea apagada y sin leña. Había un par de grandes mesas de madera cruda, cada una con una estufa también apagada, y sillas de enea desvencijadas donde se congregaban los comensales, que mayoritariamente eran escritores y

artistas en peligro de penuria, pero todavía no hundidos irremisiblemente en ella. Se oía un pentecostés de lenguas extranjeras entre las que predominaba el ruso, pues la colonia parisina de rusos blancos era muy numerosa y mezclaba solidariamente en la ruina a los príncipes apócrifos con los artesanos y tenderos, lamiéndose unos a otros las llagas y suspirando porque los alemanes apiolasen cuanto antes a Stalin. También había expatriados de todas las latitudes del planeta, incluido algún español solitario (el sentido de la honra los obligaba a acudir allí clandestinamente, para que nadie supiese de su laceria). Reconocí entre los comensales, embarullada de harapos, a la poetisa Ana María Sagi, esta vez sin los antípodas hermanos Expósito.

—Mira, Sebastián, a esa de ahí la conoces —le indiqué.

Ana María comía aplicadamente el rancho, unas gachas palúdicas con mucho almidón, para engañar el estómago. No levantaba la cabeza del plato, como si desde su fondo le hablase el oráculo; y se llevaba la cuchara a los labios con ferocidad, como si se estuviera dando golpes de pecho.

—Mejor será que nos sentemos lejos de ella —susurró Gasch, al que de repente había acometido un tembleque.

—Qué exagerado eres, ni que hubieses visto a una ménade —me burlé.

—A una furia, más bien —se ratificó Gasch—. He conocido a esa mujer en los años de la Guerra Civil y sé de lo que hablo. Iba por Barcelona ufanándose de crímenes que ni siquiera había cometido, por el placer de acobardar a la gente.

Pero yo conocía bien este sibaritismo del espanto, que tanto le gustaba practicar a mi antigua némesis, el bohemio Pedro Luis de Gálvez. En este ufanarse de crímenes imaginarios se enmarañaban desequilibrios mentales, frustraciones personales, resentimientos muy arraigados y una concupiscencia de sangre que se mezclaba con cierto asco moral a derramarla, en un batiburrillo infernal. Se notaba que Ana María Sagi todavía guardaba un rescoldo de ese batiburrillo que la había calcinado por dentro. Estaba mucho más demacrada que unos meses antes, más afinada o menos robusta también, e irremediablemente fea. Pero su fealdad seguía teniendo para mí un oscuro imán; y, además, yo había acariciado su pelo, y la había escuchado recitar un poema.

—Anda, Sebastián, no seas tan cobardica. Vamos a saludarla.

Gasch se resignó, como antes se había resignado a ejercer de negro, con esa desesperación blanda propia de los hombres sin carácter:

—No soy cobardica, Fernando. Tenías que haber estado en Barcelona para ver los crímenes que esa tipa aplaudía.

—Estuve en Madrid, Sebastián, así que puedo hacerme una idea —zanjé el asunto.

Pero, sabiendo que había sido una ménade furiosa, su abandono y desvalimiento la volvían por contraste más enigmática, o tal vez yo tenía el demonio de la perversidad metido en el cuerpo, que en lugar de inspirarme guarradas estrambóticas como a Ruanito me inspiraba una atracción maligna hacia una mujer que debería repelerme. Ana María llevaba puesta la misma gabardina con la que se cubría cuando ejerció de modelo para Mateo Hernández, ahora mucho más astrosa y arrugada; y debajo de la gabardina se adivinaba un barullo de holgados andrajos, como si quisiera ocultar sus atributos femeninos.

—Sabía que volveríamos a vernos —la saludé, con una sonrisa expectante.

—Yo lo temía —dijo ella, casi sin mirarme—. Pero no sé cómo me las arreglo, que todos mis temores se hacen realidad.

Encajé la pulla con deportividad, pero no me privé de devolvérsela:

—¿Y qué ha sido de tu marido y tu cuñado, los inefables hermanos Expósito? ¿Te has podido librar al fin de ellos? ¿Les administraste arsénico en el café?

Gasch procuraba que su silla de enea quedase lo más lejos posible de la Sagi, como si temiese que lo contaminasen sus gérmenes. Ana María al fin reparó en él:

—Hola, Gasch, no te había reconocido —dijo, en un tono compungido—. En realidad, estás irreconocible, tan irreconocible como yo misma... —Y, mirando al vacío, como abstraída en su pasado de ménade, me contestó—: Los bichos malos nunca mueren.

Unas muchachitas muy ascéticas y relimpias (extrañamente relimpias, para ser gabachas) nos sirvieron en el plato las mismas gachas palúdicas que Ana María ya estaba terminando. Calculé que pronto entrarían como novicias en algún convento, llevándose consigo esa ilusión de limpieza.

—No todos los hombres somos iguales, Ana María —la reprendí

livianamente.

—Tienes toda la razón —dijo ella—. Algunos sois peores.

Y encendió un pitillo de picadura de ínfima calidad, mezcla de pelusillas y briznas temibles, que prendió con un chisquero al que se le estaban gastando la piedra y la mecha. Gasch se atrevió a preguntarle dónde había estado desde que cruzó la frontera; y Ana María le contó su peregrinaje por campos de concentración y pensiones sórdidas, hasta recalar primero en Meudon y después, expulsada de la región parisina, en Chartres, donde había tenido que emplearse en los oficios más ínfimos, primero como dependienta en una pescadería y después recogiendo remolachas en los campos, mientras su marido y su cuñado se las arreglaban para vaguear, por ser mayores de cincuenta años (las compañías de trabajo que se habían organizado en Francia, para aprovecharse de la mano de obra esclava de los exiliados, querían carne fresca). Ya por último se había dedicado a la venta ambulante por los pueblos de Eure-et-Loir, montada en un triciclo cargado con sesenta kilos de mercancía.

—Este turismo obligado por esas carreteras de Dios, bajo el sol y la lluvia, extirpó en mí toda veleidad intelectual —concluyó, avergonzada—. Mis únicas dos ambiciones eran comer y dormir.

—Pero, viviendo en provincias, la primera al menos la podías colmar —dijo con envidia platónica Gasch, a quien la ménade en triciclo le parecía algo menos ménade—. Aquí, en París, encontrar comida es una odisea.

—Y, sin embargo, nuestra amiga se ha venido a París, escapando del yugo conyugal —dije, alevosamente—. ¿Has dejado a la familia en Chartres?

Me desconcertaba emplear tanto encono con Ana María; pero ella parecía azuzarme, ignorándome por completo o despachándome con respuestas cortantes y lacónicas, mientras daba palique a Gasch, con quien nada la unía, salvo la nostalgia de una Cataluña idealizada, la Cataluña de su juventud clausurada, con veladas en el Liceo y excursiones a Montjuic. Me pregunté si, ignorándome de forma tan ostentosa, o dedicándome réspices y desplantes, Ana María pretendía mostrarme su desprecio o, por el contrario, reclamar mi atención. Se habían puesto a hablar de gentes que ambos conocían de antaño, de quienes habían recuperado el rastro, después de perdérselo en la desbandada de los primeros meses de exilio.

—… Ahora está montando una asociación benéfica, el Centro de Ayuda a los Españoles —dijo Ana María—. En realidad, es un centro para catalanes, pero teme que, si dice «catalanes» en lugar de «españoles», lo acusen de separatista y se lo cierren.

Se me despertó el olfato de sabueso y abrí mil ojos:

—¿De quién habláis?

—Del doctor Tarragó —me respondió Gasch, ante el mutismo de la Sagi—. ¿Lo conoces?

—No, de nada. Perdonad la interrupción.

Y se pusieron a hablar en su dialecto o lengua vernácula, pensando que así me apartaban de la conversación, que es una manía candorosa de los polaquitos, convencidos de que su lengua resulta ininteligible para los obtusos castellanos (pero conviene mantenerlos en el engaño, para gulusmear más cómodamente sus secretos). Yo conocía de sobra a aquel doctor Tarragó del que hablaban, hasta poco tiempo antes mosén Tarragó, un curita envenenado por las doctrinas de Luigi Sturzo, miembro de Unión Democrática de Cataluña, la trampa que diseñaron los democristianos para cazar carlistas ñoños o vendidos. Aquel Tarragó había sido corresponsal de *La Croix*, el célebre diario católico modernista, en zona nacional durante la Guerra Civil (aunque firmaba con seudónimo, por temor a las represalias). En sus crónicas había denunciado con la boca pequeña las atrocidades cometidas contra la Iglesia en zona republicana; pero sobre todo se había dedicado a pregonar el fariseísmo de Franco y a escandalizarse con el fusilamiento de unos pocos curánganos separatistas. Con la yesca de Tarragó ardería luego el fuego de los majaderos Maritain, Mauriac, Bernanos y demás católicos de pitiminí franchutes, que empezaron a referirse sarcásticamente a la guerra española como «la cruzada de los generales ateos» y a escribir paparruchas inflamadas de retórica (pues, al fin, eran gabachos) contra Franco que hicieron más daño a la causa nacional que toda la propaganda comunista junta; pues la peor cuña es la de la misma madera, y para desacreditar con eficacia a Franco entre las beatas de ambos sexos se precisaba que lo execrasen intelectuales católicos de pedigrí. Contra las crónicas del curita Tarragó en *La Croix* habíamos intentado batallar en vano, desde la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca, solicitando al periodicucho que se retractase; pero todas nuestras quejas se las pasaban por sus escrotos célibes y ensotanados. El curita Tarragó nos

había causado tantos disgustos que hasta el cuñadísimo, siendo Ministro de Gobernación, había arremetido contra él en alguno de sus discursos; y finalmente se había logrado que el obispo de Barcelona le retirase las licencias. Pero hete aquí que ahora volvía a enseñar la patita, reconvertido en doctor (en teología parda) e impulsando asociaciones benéficas y pacifistas.

—El Centro de Ayuda se va a financiar con donaciones privadas y con las cuotas de los socios —continuaba Ana María Sagi, en un tono exaltado y proselitista—. Y su principal cometido será prestar asistencia médica y jurídica a exiliados en apuros. Todo ello inspirado, naturalmente, en principios de la más absoluta neutralidad política.

Me entrometí en su coloquio dialectal, obligándolos a volver a la lengua del Imperio:

—¡Naturalmente! ¿Quién puede dudarlo? —pregunté, mientras Gasch se encogía como una uva pasa. Ana María, en cambio, me sostenía desafiante la mirada—. Pero yo pensaba que todos los hombres te parecían odiosos. Y ahora compruebo que a este doctor Tarragó lo tienes en un altar.

—Es el único que de veras se ha desvelado por ayudarme, desde que llegué a París —habló muy calmosamente, como si estuviera dispuesta a defenderlo ante un tribunal—. Me consiguió un lugar donde dormir y me recomendó en este comedor de caridad. Y todo ello sin preguntarme qué posiciones sostuve durante la guerra de España. Así que comprenderás que haga con él una excepción.

Gasch se había embaulado sus gachas palúdicas en un santiamén y miraba con acendrada ternura mi plato. Se lo arrimé, para que diera cuenta también de él.

—¿Y cuáles fueron esas posturas, si puede saberse? —pregunté, más curioso que capcioso—. Sebastián me ha contado que eras una chica de buena familia, hasta que te entró la ventolera y te volviste anarquista... ¿Es eso cierto?

A Gasch, que se estaba empapuzando, se le atragantaron las gachas y le volvieron los tembleques. Ana María lo miró con más pena que reproche.

—No sé si mi familia era tan buena como pretende Sebastián —respondió, de repente inundada de dolor—. Mi madre, desde luego, me hizo todo el daño que pudo desde niña, queriendo que fuera una réplica de ella; y, cuando vio que no lo conseguía, retirándome su

cariño y haciéndome la vida imposible. Supongo que por eso terminé tan malamente. El rechazo de mi madre me sacó de casa y me llenó de despecho. Y el despecho me hizo revolverme furiosamente contra todo lo que había dejado en casa... —Se quedó absorta, como si hiciera revista de errores y horrores en su pasado—. Supongo que acabé en el anarquismo porque en los ambientes catalanistas me repudiaban, por escribir poesía en castellano. Otro despecho más... Tal vez todas las ideologías se alimenten del despecho humano.

Del despecho, del fracaso, del odio, del resentimiento, de todas esas inmundicias morales en donde la ideología penetra como en un nido de alegres víboras, acostándose con ellas y haciéndolas fecundas. Lo sabía sobradamente, porque así había sido en mi caso, aunque me hubiese apuntado a una ideología en apariencia antípoda del anarquismo (que, curiosamente, enarbolaba su misma bandera rojinegra).

—Y ahora se supone que has renegado completamente de ella... —la azucé—. ¿Por eso te has separado de los hermanos Expósito?

—Por eso y por otras razones más personales que no pienso contarte —respondió Ana María. Pero algo me decía, desde el fondo de su mirada afligida, que acabaría haciéndolo—. He conocido a demasiada gente oportunista que se arrima a las ideologías para sacar tajada como para tomármelas en serio.

—¿Te refieres a tu marido y a tu cuñado?

Lanzó una breve risa cansada:

—Y dale. Te estás poniendo muy insistente y muy pesado. Cualquiera podría pensar que estás celoso. —Se rió aviesa o coquetamente, olvidando su fealdad—. O tal vez eres de los que cree que todo lo que pensamos las mujeres nace de nuestra visceralidad. Tal vez haya algo de cierto en eso; pero no es el caso. He conocido a muchos oportunistas en el anarquismo.

Calló, contrariada de la voltaria naturaleza humana, para recuperar su aire taciturno.

—Todos necesitamos dejar atrás nuestros errores y taparlos de alguna manera —dije yo, por provocarla—. Es puro pragmatismo.

Ana María me miró con severidad:

—Mucho pragmatismo me parece ése —murmuró, cavilosa—. Pero tienes razón en eso de que todos necesitamos tapar nuestros errores. ¿Qué hacemos los poetas y escritores cuando escribimos, sino

tapar nuestros errores? Ésa es nuestra íntima tragedia, nuestro secreto tormento. Escribiendo creamos una especie de vida soñada, que termina siendo nuestra vida más verdadera, porque nos permite renegar de lo que fuimos. ¿No os pasa a vosotros lo mismo? Vosotros también sois escritores…

Me miré en aquellos ojos grandes y cervales, en los que hubiese querido bañarme, como en un pozo:

—Escribimos, pero no somos poetas como tú.

Un segundo después de decirlo me avergoncé un poco de mis palabras y sobre todo del énfasis con que las había pronunciado. Ana María lo interpretó como una muestra de empatía, después de mi actitud insolente o quisquillosa:

—En cualquier caso, como dijo Ovidio: «Saliendo de su patria, ¿quién puede decir que sigue siendo el mismo?» —dijo, con voz velada—. Y no son las penalidades materiales lo peor, sino aceptar que te has quedado sola, que tu voz no llega a ninguna parte, que se ha perdido en las esquinas del aire y del olvido.

Cayó sobre nosotros el silencio como un manto mortuorio de sutilísima nieve que hubiese deseado sacudirme, porque las penalidades de los rojos en nada me afectaban; pero la voz perdida en las esquinas del aire de Ana María actuaba sobre mí como un conjuro. Me enfadaba que el sufrimiento rezumante de aquella mujer me concerniese; sobre todo porque no podía explicarlo.

—¿Y dónde estás parando, Ana María? —le pregunté.

De entre las ruinas brotó una paradójica sonrisa:

—El doctor Tarragó me ha conseguido una habitación en una residencia para «mujeres descarriadas» regentada por unas monjas. ¿Os lo podéis creer? Casi todas madres solteras, o putas arrepentidas, con un hijo a cuestas, o con varios. ¡No me habría importado ser una «mujer descarriada», si a cambio hubiese podido tener un hijo! Por querer tener un hijo cometí muchos errores…

Y me pareció que así contestaba a mi insistente afán por averiguar la razón de que se hubiese juntado con aquel Francisco Expósito enjuto y fanático, de quien para entonces parecía haberse separado. Le hice un ofrecimiento impulsivo:

—Si las monjas se cansan de ti, o tú te cansas de las monjas, tengo una buhardilla vacía en Montparnasse que tal vez pueda interesarte…

Ana María me escrutó desconcertada, pero también divertida:

—Te advierto que, si esperas cobrar en especie, no tengo nada que ofrecerte. Tenlo muy clarito.

Lo había dicho muy taxativamente, sin alarde fatuo, pero también sin dejar resquicios al flirteo. Y así lo asumí:

—Yo nada te voy a pedir a cambio.

Y estaba diciendo, increíblemente, la verdad. Sentí miedo de mí mismo.

—Entonces tal vez me lo piense —dijo ella.

—Entonces yo tal vez te pida algo a cambio —rectifiqué jocosamente—. Anda, recítanos alguno de tus poemas.

XIX

Cada vez que Ana María Sagi me recitaba un poema, el eco de su voz se me quedaba retumbando dentro, en las cámaras de mi desalmada alma, inspirándoles una renovada vida, o siquiera su torcido anhelo. Pero pronto entraban otros ruidos en mi alma, acallando ese eco insidioso. El mismo día en que por fin terminaron las obras en los altillos de la avenida Marceau, Lucien Rebatet publicó en *Je Suis Partout* un artículo restallante de bilis y violencia, como si quisiera advertirme de que se hallaba en plena forma y dispuesto a iniciar su carrera como «sobrecogedor» de la Falange. El artículo empezaba siendo una reflexión sobre la situación del arte contemporáneo, que comparaba con «un árbol de tronco aún vigoroso, pero con ramas marchitas» que debían podarse de inmediato, para de este modo «arianizar nuestras bellas artes». Una vez incorporado el elemento racial al guiso, Rebatet se lanzaba sin recato a la diatriba antijudía: «Son los judíos, cuya proliferación es semejante a la de los insectos parásitos, quienes han puesto en peligro la hermosa planta: los pintores o escultores judíos propagando los ejemplos más perniciosos, los mercaderes judíos con especulaciones desvergonzadas, los críticos regodeándose con un entusiasmo inagotable en la moral y en las obras de este vasto gueto». Y, a renglón seguido, lanzaba el anatema sin contemplaciones: «Deben ser prohibidos en todas sus manifestaciones. Y, sobre todo, debemos explicar incansablemente por qué los condenamos, cómo su influencia ha sido desastrosa para nosotros». Pero, cuando ya parecía que Rebatet sólo se iba a despachar contra el arte degenerado de los judíos, encontraba otra diana suplementaria para sus invectivas, el «arte *pompier*», fofo y academicista, que consideraba al menos tan culpable como los judíos de la decadencia de las bellas artes. Y, por lo tanto, también necesitado de una concienzuda «depuración», que debía extenderse «al Estado, a la Iglesia, a las clases adineradas»; es decir, a los clientes naturales del arte, que eran quienes habían patrocinado ese desolador arte *pompier*

que se disfrazaba de «preceptos moralizadores».

—¿Has leído el artículo que hoy publica Rebatet en *Je Suis Partout*, Sebastián? ¿A ti te parece que la pintura de Grau Sala puede considerarse *pompier*?

Gasch me había conseguido una cita, antes que con ningún otro pintor polaquito, con Emilio Grau Sala, con quien mantenía una amistad especialmente estrecha, por ser ambos hombres u hombrines mesurados, poco proclives a las intemperancias y aspavientos tan habituales entre los rojos de pedigrí (y también porque Gasch había flirteado en Barcelona, antes de su exilio, con una hermana de Grau Sala llamada Caridad, con la que esperaba casarse algún día, cuando volviese a España y engordase un poco). Además, Grau Sala era, entre los pintores catalanes jóvenes, quien más éxito había cosechado en Francia, sobre todo porque su arte había logrado engatusar a esas «clases adineradas» de gusto fofo y academicista contra las que despotricaba Rebatet.

—Ese hombre es un energúmeno, Fernando, no hay que hacerle caso —se horrorizó Gasch—. ¿Viste con qué saña se empleaba contra los judíos? Y a saber a qué se referirá exactamente con arte *pompier*. La pintura de Emilio no es ni pintura de bombero ni pintura pomposa. A mí me parece una pintura preciosísima.

Pero a Gasch también le parecían preciosísimos los payasos del Circo Medrano y las enaguas de las bailarinas de cancán. Precisamente en los cuadros de Emilio Grau Sala salían muchas mujeres con enaguas, con manguitos, con tocados y redecillas; mujeres vestidas de otra época, como para halagar el gusto retrógrado de una clientela aferrada a un arte apacible y decorativo, tan resultón como inane, que era lo que Rebatet fustigaba y lo que había encumbrado a Grau Sala en unos pocos años.

—Preciosísima, Sebastián, preciosísima. Y de una cursilería que abriga —me choteé.

Pero, desde luego, Grau Sala —que entre sus colegas despertaba una mezcla enfermiza de envidia, por haber alcanzado el éxito, y asco, por haberlo alcanzado con una pintura tan burguesorra— era el mejor banderín de enganche que se podía encontrar, para conseguir que los polaquitos colaborasen en las actividades de la avenida Marceau. Porque, aunque chafardeasen de él y le estuviesen constantemente haciendo trajes, todos los pintores catalanes habrían querido estar en

su lugar de privilegio y todos aspiraban secretamente a estarlo algún día (desbancándolo, por supuesto); y por ello mismo, aunque no lo reconociesen, todos lo imitaban de algún modo declarado o retorcido: unos copiando su estilo, otros procurando tocar los mismos palos que Grau Sala tocaba (por ejemplo, la ilustración de libros lujosos, que se había convertido en su principal fuente de ingresos). Y si lográbamos que se convirtiera en colaborador de la Falange, otros polaquitos lo imitarían también en eso, pensando que el yugo y las flechas daban suerte, o protegían de la suerte adversa.

—Yo lo que te pido es que no le hagas daño ni te metas con él —me suplicó Gasch, mientras caminábamos hacia su estudio—. Emilio nunca se ha metido en política.

—Pero tampoco se ha salido, Sebastián —repliqué, para afligirlo—. Y ha hecho algunas cosas que en la Nueva España están muy mal vistas, como abandonar a su mujer, que tenía mucho más talento que él. Pero tranquilo, que no voy a poner en peligro tu entronque con la familia.

Emilio Grau Sala, único vástago varón de una familia muy matriarcal (su madre había enviudado muy pronto), había trabajado desde la infancia como aprendiz en una chamarilería y en una fábrica de peines y como ayudante de un litógrafo y de un editor; y de todos estos oficios había sacado provecho para el suyo de pintor (era un pragmático, que es lo único que no puede ser un verdadero artista). Antes de que estallase la Guerra Civil, Grau Sala se había casado con la niña prodigio de la pintura española, Ángeles Santos Torroella, que como suele ocurrir con todas las niñas prodigio dejó de serlo al poco de bajarle la regla, dejando sin embargo unos pocos cuadros pasmosos que su marido no podría nunca pintar, ni siquiera en sueños.

—Pero Ángeles Santos estaba como una regadera, Fernando —me aseguró Gasch, barriendo para casa—. Sus padres tuvieron que meterla en un sanatorio mental en más de una ocasión.

—Normal, Sebastián. Uno es artista como es santo o vidente —me exasperé un poco, por tener que decir estas obviedades—. Para ser artista, como para ser santo o vidente, hay que estar como una regadera. La sensatez y el pragmatismo sólo producen animales caseros como tu amigo Grau Sala.

Gasch se quedó mohíno como una vejiga prensada, y nada volvió a decirme hasta que llegamos al estudio de su cuñado *in pectore*, por

temor a soliviantarme. Había escrito con mucho entusiasmo su primera crónica de negro, sobre la actuación de una folclórica de paso por París, una de esas flamencas apócrifas que meten en la actuación mucho muslamen, taconeo, bragas y jipidos; y yo la había publicado con mi firma, después de quitarle el entusiasmo y añadir que la folclórica debería enseñar menos los muslos, porque los tenía celulíticos. De este modo, Gasch había aprendido que en las crónicas que llevasen mi firma no se podía alabar y calificar de preciosísima cualquier actuación convencional. Y mucho menos si podía opacar el debut de Ana de Pombo en la Sala Pleyel, que tendría lugar en apenas un par de semanas.

—Aquella Ángeles Santos era un milagro de pintora, pero entre la estancia en el manicomio y el matrimonio con Grau Sala se convirtió en una piltrafilla —dije, un poco melancólico—. Eso de ser sublime sin interrupción es una cosa muy cansada.

Al estallar la Guerra Civil, Grau Sala se hallaba con Ángeles Santos en Portbou, de donde ella era oriunda y donde se había recluido para pasar su primer embarazo; y con mucho pragmatismo decidió abandonarla preñada y pasarse a Francia, donde en unos pocos años había conseguido camelarse a la familia Castelucho, que regentaba galerías de arte y le había organizado varias exposiciones individuales que habían hecho furor entre los amantes del arte *pompier* y le habían abierto el mercado pingüe de las ilustraciones de los libros de lujo. Precisamente al lado de la casa donde vivían los Castelucho se había instalado muy pragmáticamente Grau Sala, en la esquina del bulevar Montparnasse y la provinciana calle de Chevreuse. Allí todas las tardes se apostaba una patulea de viejos verdes, con las barrigas muy encorsetadas y el único ojo con el que todavía podían ver armado de monóculo, para asistir a la salida de las modelos que Grau Sala utilizaba para sus cuadros, a veces morenas y a veces rubias, a veces gordas y a veces flacas, pero siempre vestidas (pues Grau Sala exigía que se disfrazasen a la moda de treinta o cuarenta años atrás, para dar ambiente a sus cuadros) con blusas abullonadas y faldas vaporosas que tenían que remangarse para caminar, mostrando una enagua blanca y con puntillitas, un botín muy abotonado, una media negra de rejilla con una costura que a veces tenían que recomponer, para que les quedase recta, poniendo el culo en pompa si se agachaban, o sacando a pasear muslamen si optaban por estirarla sin remilgos. Y

así, contemplando a las modelos de Grau Sala, los viejos verdes rememoraban los días de su juventud, su perfume cándido y salaz, y se les alegraba el pajarito, para entonces de carne gallinácea. Alguno se atrevía a hacerles proposiciones deshonestas; y las modelos, muy honestamente, les exponían sus tarifas, como antes habían hecho para posar ante Grau Sala.

—¡Míralas, frescas como una rosa, alegres como la primavera, delicadas como el canto del ruiseñor! —se exaltó Gasch ante la visión de las modelos, siempre propenso al entusiasmo.

—Sí, y más putas que las gallinas —lo chafé—. Anda, hombre, rebaja un poco tu fervor, que así nunca serás un gran crítico de arte.

Grau Sala vivía en una de las pocas mansiones que quedaban en París con visos de pabellón. Su taller estaba separado de la vivienda por un pequeño jardín muy cuidado incluso en invierno, con árboles umbrosos y de follaje espeso. También el taller de Grau Sala era umbroso, porque pintaba casi a oscuras, con las cortinas echadas; de este modo, cuando acababa un cuadro y lo exponía a la luz, los colores adquirían una vitalidad cegadora. Un truco muy sagaz para deslumbrar a un público fácilmente sugestionable.

—Qué alegría verte, Sebastián —saludó Grau sin pizca de alegría. Y luego añadió, sin atisbo de placer—: Encantado, don Fernando, es un placer recibirlo en mi estudio.

Grau Sala era tímido y esquinado, cariacontecido y friolento, forrado de bufandas y chalecos de lana, como si estuviese probando el modo de amortajarse o momificarse en vida. Descorrió las cortinas, para que nos fuésemos dando topetazos con todos los objetos que tenía desparramados por aquí y por allá (pero todos muy pulcramente colocados, como en un museo de cositas idiotas): cajas de música, bolas de cristal, autómatas liliputienses, barquitos encerrados en botellas, abanicos, biombos enanos, porcelanas y otras chucherías románticas muy acordes con su pintura. Algunas muestras de la misma también se repartían por el estudio, siempre bienhumoradas y optimistas, chorreantes de placidez y salud, de un estilo postimpresionista que ya podía considerarse *naïf*, con ese sentimiento del color y de la elegancia que tienen los pintores que no son artistas auténticos, sino más bien decoradores.

—Pueden pasar hasta el fondo —nos invitó, ceremonioso—. Estaba atendiendo a una amiga que ya se marchaba.

Pero la amiga en cuestión resultó ser, nada menos, la escritora Colette, que se había arrellanado en un sillón orejero con reposabrazos de ganchillo (idóneo, pues, para las perversiones de Ruanito), poniendo las pantorrillas paquidermas y culebreantes de varices sobre un taburete, para que se le oxigenasen. Estaba contemplando con franca fruición las ilustraciones que Grau Sala estaba haciendo para una edición de sus Claudinas, con la que ambos esperaban embolsarse unos sabrosos (pero siempre menguantes) miles de francos. Cuando entramos, Colette apenas nos saludó con una leve inclinación de cabeza (pero al verme se sobresaltó un tanto, porque sin duda me recordaba de la escenita con Pepito Zamora, en casa de Ana de Pombo), prosiguiendo con el coloquio que mantenía con su anfitrión:

—¡Esta calle suya me trae tan buenos recuerdos! —suspiró—. Aquí vivió, a principios de siglo, Lou Tellegen, el joven amante de Sarah Bernhardt, cuando ella ya era anciana. Y todas las tardes la genial actriz paraba en esta calle su cupé, entre cinco y siete de la tarde, para disfrutar apasionadamente de su idilio. En cierta ocasión me confesó melancólica: «¡Ha sido al final de mi vida, en una casita de la calle Chevreuse, cuando he descubierto el amor carnal!».

Colette puso un gesto ensoñador, como sugiriendo que ella también lo estaba descubriendo entonces, con su amante judío y también más joven que ella, en sus estancias del Palais-Royal que los alemanes no se habían atrevido a hollar, para no toparse con coitos de contemplación poco amena. Aproveché para meterle el dedo en el ojo a la gloria de las letras gabachas:

—Pues se ve que a ese Tellegen le gustaba el caldo de gallina vieja, porque si no, no se entiende. Pero supongo que, a cambio de esas dos horitas diarias (¡que ya hace falta estómago!), se llevaría sus buenos regalitos y fajos de billetes.

A Colette, acostumbrada tal vez a que la anécdota de la Bernhardt captase la benevolencia de sus oyentes, mi insolencia y brutalidad la dejaron descompuesta. Acertó a tartamudear:

—Creo que... debo... debo marcharme.

Pero para poder marcharse primero hubo que desatascarla del sillón orejero, donde se hallaba incrustada, pesante y torpona; labor que Grau Sala y Gasch acometieron con un denuedo digno de mejor causa, mientras yo miraba curioso, como los viejos miran las maniobras de grúas y excavadoras en las obras de construcción. Grau

Sala acompañó hasta la puerta a la ilustre visitante expulsada por mi descortesía, que antes de salir le secreteó:

—No me gusta verlo con malas compañías, Emilio. Ese hombre es un bárbaro. En casa de Ana de Pombo ya provocó una situación insoportable con un pobrecito *fifí*, que acabó expulsado de la reunión. —Y añadió, compungida—: Yo me marcho antes de que tengamos timbirimba.

Mientras cuchicheaban (pero los cuchicheos de Colette eran desentonados, como si padeciera sordera), me entretuve contemplando los cuadros timoratos y pastelosos de Grau Sala (y no sólo porque recurriera con frecuencia a la técnica del pastel), tan a juego con las chucherías y giliporcelanas que se desperdigaban por doquier, como en un reservorio de la horterada superferolítica. Grau Sala ya volvía con cara de pocos amigos.

—¡Qué maravilloso dominio de su arte! —exclamé, para desorientarlo y aplacar su furor, tomando entre las manos uno de aquellos cuadros de jovencitas casquivanas con la ropa pudibunda de sus abuelitas—. ¡Qué delicioso anacronismo! No hay forma más delicada de vanguardia que reconquistar la retaguardia, ¿verdad, Emilio?

Grau Sala miró desconcertado a su cuñado *in pectore*, incapaz de discernir si estaba elogiando su estilo pictórico o me estaba choteando de él. Gasch probó una sonrisa de circunstancias que parecía dengue de doncella atribulada.

—Añoro demasiado el París feliz del pasado como para pintar el París infeliz de la hora presente —dijo al fin Grau Sala, con una frase que habría acuñado para defenderse de quienes lo acusaran de retrógrado.

Puse carita de consternación resignada:

—¡Ay, aquel París de la *belle époque*! Y, sin embargo, el París infeliz sigue llamando insistentemente a nuestra puerta, día tras día. Ahí tiene, por ejemplo, a tantos colegas suyos muriéndose de hambre, o limosneando por los cafés de Montparnasse, sin posibilidades de vender un solo cuadro…

—Yo, siempre que alguno me pide dinero, se lo doy… —se apresuró a descargar su conciencia Grau Sala.

—Bien lo sé, Emilio, bien lo sé —asentí, melifluo—. Siempre que no sean cantidades superiores a los cien francos, que hoy no dan ni

para cigarrillos. Pero debe darles algo mucho más importante que el dinero, Emilio. Debe darles ejemplo.

Lo dije en un tono a la vez untuoso y enérgico, como de predicador moral. Como Grau Sala tenía una trastienda no del todo aseada, con la mujer y el hijo traspillados en España mientras él comía de la cazuela de la familia Castelucho, se puso en guardia:

—Intento dárselo en lo que puedo… —balbució—. No bebo, no fumo, no ando con mujeres malas, me acuesto después de cenar…

Le palmeé la espalda, confianzudo como un político demócrata en plena campaña electoral:

—Una vida ordenada y metódica es la mejor garantía para un arte prolífico y en serie, sí señor —dije—. Y estoy seguro de que muchos de sus colegas borrachos y putañeros se mirarán en su espejo y abandonarán sus malos hábitos. Pero precisamente porque usted es el espejo en donde muchos se contemplan conviene ir un poco más allá en el ejemplo. Si usted colabora con las actividades de la Falange y empieza a frecuentar nuestra sede en la avenida Marceau, ellos lo harán también. A usted, Emilio, todos los mandrias de Montparnasse lo identifican con el éxito; y piensan supersticiosamente que, imitándolo, ellos también lo alcanzarán. Así que, si usted colabora con nosotros, ellos lo harán también, codiciosos de las recompensas que a usted le procura la Providencia. —Sonreí, malévolo—. Por supuesto, a ellos no les procurará ninguna, porque Dios sólo premia a Abel, pero de ilusión también se vive.

Grau Sala dirigió una mirada a Gasch en la que convergían el reproche y la petición de auxilio. A la postre, asomó el hombre pragmático:

—Y yo, ¿qué obtengo a cambio? —preguntó.

Ya lo tenía puesto en suerte. Me acomodé, enternecido, en el sillón orejero que un rato antes había ocupado Colette, dejando en él una hondonada que delataba un culo idóneo para la prensa de patos al estilo Lequerica, y extendí los pies sobre el taburete, no sin antes restregar las cazcarrias en el terciopelo. Adopté abruptamente el tuteo:

—Podríamos empezar por lo que obtendrías a cambio, si te negases a colaborar. ¿Te parece bien? —Me saqué también un mocazo descomunal de la nariz y, después de hacerlo pelotilla, lo pegué en una de las orejas del sofá—. Por ejemplo, podría ocurrir que, ante el desvalimiento en que has dejado a tu mujer y a tu hijo, el Estado

español solicitara a los alemanes (por la vía judicial reglamentaria, por supuesto) que embargue todos tus ingresos, para que puedan ser utilizados en su manutención. También podría ocurrir, refiriéndonos más específicamente a tu carrera artística, que de repente los críticos más prestigiosos empezaran a ponerte a caldo. Hasta ahora más bien te han ignorado displicentes o te han tratado con cierta condescendencia, porque consideran (¡equivocadamente, por supuesto!) que eres un cursi tremendo. Pero de repente las cañas podrían volverse lanzas. ¿Has leído hoy a Rebatet en *Je Suis Partout*? En su próximo artículo podría caracterizarte como epítome del arte *pompier* y, de paso, acusarte de judaizante, por pintar sólo para un público burguesorro. En esas mujeres que pintas, siempre tan bien alimentadas, siempre con las enaguas limpitas y los volantitos asomando en los puños del vestido, ¿no hay un cierto aburguesamiento muy judío?

A Grau Sala le había entrado un temblor incontenible que parecía extenderse a toda la decoración de la sala, haciendo vibrar la chamarilería de chucherías románticas y giliporcelanas. Gasch, también muy agobiado y casi lívido, me pedía clemencia con la mirada. Me reí festivamente, como el bromista que da por concluido su fingimiento:

—¡Pero cómo piensas que voy a hacer o promover cosas semejantes, Emilio! —exclamé—. Era todo una pantomima, hombre. Tu pintura me parece simplemente genial, y lo que deseo es promocionarla al máximo desde la avenida Marceau y desde mi tribuna en el *Arriba*. Además, pienso favorecer tu consagración definitiva, pidiéndole a Rebatet que te ponga por las nubes —afirmé con una convicción que no dejaba fisuras a la duda, mientras Grau Sala, hecho un manojo de nervios, al fin se relajaba—. Ten en cuenta, por último, que aparte de admirar sobremanera tu pintura preciosísima, quiero a Sebastián como si fuese un hermano, y nada deseo más que verlo entroncar con tu familia, que de este modo tendría por mía propia. ¿Cómo voy yo a desear el mal a mi cuñado putativo?

Grau Sala y Gasch se miraban aliviados, aunque todavía exudaban la congoja que acababan de pasar. Yo tamborileaba regocijado los brazos del sillón orejero, como si celebrara que todos los malentendidos se hubiesen al fin disipado. Me levanté de un

brinco, barriendo con el impulso unas cajitas de música muy monas y unas botellitas con barquito que tenía Grau Sala sobre una repisita.

—¡Vaya, qué lástima! —lo deploré, sin lástima alguna. Y enseguida, con el pragmatismo que merecía Grau Sala, pregunté—: Entonces... ¿cuándo empezaremos a verte por la avenida Marceau?

Pisé los vidrios de las botellitas y los palitroques de los barquitos en miniatura, disfrutando muchísimo del ruidito crocante que hacían al quebrarse.

—Pues... cuando me digan. Yo encantado de pasarme —dijo Grau Sala, sumiso y entregado.

—A mí me parece que el momento idóneo sería después de las fiestas navideñas —le propuse, echándole un brazo sobre los hombros —. Será entonces cuando abramos nuestra Escuela de Bellas Artes, que dirigirá el maestro Beltrán Massés. Podrías venir de vez en cuando a dar alguna clase a nuestros alumnos, *gratis et amore*, por supuesto; también contamos contigo para las exposiciones que hagamos; y te nombraremos jurado en todos los concursos artísticos que organicemos. Y todo ello, naturalmente, mientras hablas con entusiasmo de nuestras actividades entre la colonia española y atraes a otros artistas. El proselitismo nunca hay que descuidarlo, ¿no te parece?

Lo zarandeé como si fuera un árbol con las frutas maduras. O era muy enclenque o había abandonado por completo las resistencias.

—Cuente conmigo, don Fernando.

Enternecido, le pellizqué un moflete:

—Así me gusta. En cuanto te veamos por allí, te lloverán los premios. ¿Qué prefieres primero? ¿Mi artículo encomiástico en el *Arriba* o la crítica ditirámbica de Rebatet?

Se le notaba a la legua que suspiraba por los ditirambos en *Je Suis Partout*, pues a fin de cuentas era en Francia donde tenía su clientela, pero era yo quien sostenía su espada de Damocles. Atenazada de bufandas y de pragmatismo, su voz era una cantata afónica y servil:

—Su artículo sin duda, don Fernando, adónde va a parar.

XX

Una vez asegurada la colaboración de Emilio Grau Sala, me lancé con Sebastián Gasch a la caza de otros pintores y escultores polaquitos, en un peregrinaje por sus talleres y estudios. Gasch a todos los conocía; y todos, en cierta medida, estaban en deuda con él, pues a todos los había promocionado y ensalzado, con su entusiasmo tontiloco, desde las tribunas de la prensa catalana, allá por los años de la República. Enseguida descubriría, sin embargo, que todos despachaban a Gasch con una indulgencia un poco cansina y sumaria, como se despacha a un vecino pelma o a un sobrino con halitosis, como si no se lo tomasen demasiado en serio o como si ya estuviesen hartos de invitarlo a restaurantes y no obtener nada a cambio. Y estas indulgencias se hacían todavía más rácanas y reticentes cuando el polaquito era de colmillo retorcido; pues, al ver a Gasch en mi compañía, empezaba a escamarse de que se hubiera pasado al enemigo.

—Imagínate lo que ocurriría si supieran que estás publicando en *El Hogar Español*, Sebastián —lo mortificaba—. Para todos te convertirías en un fascista traidor. A ti lo que te conviene es que ellos crean que me ayudas a regañadientes, porque te he amenazado con sacar a la luz unos artículos incendiarios que escribiste durante la guerra, incitando a matar frailes, por ejemplo.

Gasch, en cuanto aceleraba un poco el paso, empezaba a jadear y resoplar, como cuando era gordo (pero ahora lo hacía porque la inanición lo ponía al borde del desmayo):

—Si ya lo intento, Fernando —se lamentaba—. Pero aun así sospechan, porque no recuerdan que escribiese tales artículos. Saben que siempre fui más bien moderado.

—Pues diles que los escribiste con seudónimo, para intentar enamorar a alguna ménade anarquista —le sugerí, burlón—. La gente siempre es muy comprensiva con los trastornos mentales causados por el amor.

Entre los estudios que visitamos en aquellos días previos a la Navidad, recuerdo el de Apeles Fenosa, en el bulevar Saint-Jacques, que había acondicionado en un sanatorio mental abandonado, con muchas albercas o piscinas con el fondo tapizado de un légamo donde culebreaban faunas viscosas, salas de gimnasia con aparatos ferruginosos (o tal vez fuesen potros de tortura) y escaleras interiores que no conducían a ninguna parte, escaleras de peldaños desiguales y hasta escaleras inversas, con los peldaños y la balaustrada hacia abajo. También había corredores sin salida, y altas ventanas inalcanzables, y suelos ajedrezados, y habitaciones con un pozo insondable en medio. Para completar el paisaje, enfrente de aquella casa de los horrores había una maternidad y llegaban nítidos los berridos de las parturientas, como si las estuviesen degollando. Fenosa vivía en el piso más alto del edificio, que al recién llegado le resultaba imposible de alcanzar, porque siempre lo impedía un tramo trunco de escaleras, un foso insalvable, un pasillo en espiral, un laberinto forrado de azulejos, concebido para que los locos se extraviaran en su locura.

—¡Apeles! —gritaba Gasch, angustiado—. ¿Dónde te has metido?

Y aparecía Fenosa, con su aspecto de fauno o duendecillo con el pelo erizado, por el hueco de un ascensor o una lucerna, asomando una cabeza como de figura decapitada del museo de cera Grévin:

—¡Tenéis que subir hasta la azotea! —nos indicaba, con un acento catalán espesísimo, como si hiciera gárgaras—. Coged siempre las escaleras de peldaños desiguales, y cada vez que se bifurquen tomad el tramo de la izquierda.

Su voz retumbaba enloquecedoramente en cada recodo o esquina del sanatorio, de tal modo que se formaba en unos segundos una ensalada de palabras indiscernible, pegajosa como una telaraña, a la que además no convenía responder, porque las palabras de la respuesta se sumaban al revoltijo acústico, causando estragos en las meninges. Finalmente alcanzamos la azotea del edificio (toda sembrada de esculturas en miniatura, como un belén insurgente), donde Apeles Fenosa había montado un solario con tumbonas, para darse baños de sol en invierno, ataviado con un bañador enterizo con camiseta de tirantes y cinturilla muy ceñida. Fenosa andaba pegando brincos por la azotea, y agitaba los brazos para entrar en calor, como un púgil que se entrena para disputar la final del peso mosquito o piojo.

—Vaya laberinto en el que vives, Apeles —resopló Gasch, pasándose el moquero por la cara chorreante de sudor o angustia—. ¡Y qué miedo mete!

Fenosa seguía lanzando puñetazos al aire de diciembre, o a su propia respiración empenachada por el frío:

—¡Los catalanes no tenemos miedo de nada ni de nadie! —exclamó, acezante—. Somos hijos de los almogávares. ¡El miedo es cosa de charnegos!

Me di por aludido:

—Menos lobos, Fenosa. Te voy a mandar a un amiguito tuerto que tengo en la avenida Foch y ya verás si pasas miedo o no.

Fue oír la mención a la avenida Foch y enseguida la bravuconería saltimbanqui de Fenosa se vino abajo como el suflé. Mientras recorría el sanatorio en ruinas no había dejado de pensar en Rado, que habría disfrutado como un enano interrogando a sus detenidos en aquel edificio concebido sádicamente para que los pacientes con trastorno mental pasajero se convirtiesen en orates crónicos y los conatos de monstruo como Fenosa se volviesen monstruos rematados, para esparcimiento de coleccionistas como Picasso.

—Perdóname si te ofendí, es que soy tan patriota catalán que me olvido de que los demás humanos también sois hijos de Dios —dijo, muy penitente y caritativo—. ¿Qué os trae por aquí?

Lancé una mirada desdeñosa sobre sus figuritas, como un cónclave de birrias que me hubiera gustado barrer con una escoba y tirar azotea abajo.

—El otro día, en el estudio de Picasso, me quedé fascinado con tu trabajo, Apeles —empecé, sacando mi vena hipócrita—. He aquí, me dije, un digno heredero de aquel heleno Apeles elegido por Alejandro Magno para inmortalizar su imagen.

—¡Ni heleno ni leches! —me interrumpió Fenosa—. Mi tocayo Apeles nació en Colofón, una antigua ciudad de Anatolia. Y de todos es sabido que, desde la noche de los tiempos, los navegantes catalanes hicieron escala en las ciudades de Anatolia, inseminando briosamente a las mujeres oriundas de aquellas tierras. Por otro lado, si yo me llamo Apeles, teniendo padres catalanes de pura cepa, resulta evidente que eligieron para mí un nombre genuinamente catalán. Aquel Apeles de la Antigüedad también lo fue, pues de lo contrario le hubiesen puesto un nombre griego horrendo, Epaminondas o Hermógenes, pero

no uno tan eufónico y hermoso como... Apel·les.

Engarabitó los dedos y frunció el morrito al pronunciar su nombre con ele geminada, como hacen los polaquitos. Lo estudié detenidamente, para dirimir si era loco verídico o loco por afición y pose, pero costaba mucho determinarlo.

—Bueno, pues como iba diciendo, al ver tus esculturas prodigiosas, pensé: «¡Qué maravilla sería exponerlas en la avenida Marceau, para que toda la colonia española pueda disfrutarlas!». ¿Qué te parece la idea? Podríamos organizar una exposición antológica. Y tus esculturas se venderían como rosquillas... A niños y mayores les volverían locos.

Fenosa se había puesto a brincar y a lanzar puñetazos al aire otra vez, hasta que finalmente se derrumbó sobre una de las tumbonas. Con las manos cruzadas sobre el pecho, al estilo de los muertos en los velatorios, sentenció:

—Imposible. Yo sólo expongo mi obra en Cataluña.

Me volví hacia Gasch, pidiéndole con la mirada explicaciones por hacerme perder el tiempo con aquel botarate. Azorado, trató de que Fenosa recapacitase:

—Pero, entonces, ¿por qué llevas en Francia tantos años, Apeles?

—Pues para trabajar con un poco de serenidad, hombre —suspiró condescendiente, como si le tocara explicar obviedades—. Cuando vivía en Cataluña, tierra sagrada, entraba constantemente en un éxtasis que me impedía trabajar con sosiego, de ahí que decidiera venirme acá hace ya dieciocho años. Pero mi obra sólo quiero que la disfrute el pueblo catalán. —Se alzó de la tumbona otra vez, de un brinco muy elástico, dispuesto a convencernos de que la gimnasia había sido inventada también por catalanes—. Además, yo no necesito dinero, tengo tres clientes fijos que todos los meses me compran obra: Pablo Picasso, Jean Cocteau y Coco Chanel. ¿Acaso exponiendo en la avenida Marceau me vais a conseguir mejores clientes?

Y empezó otra vez con sus pugilatos de cínife y sus brinquitos de saltamontes epiléptico. Me había encabronado tanto que, en lugar de responder a su pregunta, le solté un sopapo con todas mis fuerzas que le hizo caer sobre su ejército de figuritas de belén, asperjándolas de sangre, porque le había reventado las narices. Fenosa entendió el mensaje y se quedó quietecito, aunque noté que le había entrado un leve temblorcillo incontrolable, como si padeciera un principio de esa

parálisis agitante descubierta por Parkinson. Gasch se había quedado también petrificado, pero lo animé con un gesto a que contuviera la hemorragia nasal de Fenosa con su moquero. Yo también pronuncié su nombre con ele geminada, engarabitando los dedos y frunciendo el morrito:

—¿Me dirás ahora por qué no quieres exponer, Apel·les?

Se sorbió los mocos encharcados de sangre, para que la gárgara resultante le mejorase el acento catalán. Aunque se le habían bajado los humos del delirio, no podía renegar de su patriotismo, como don Quijote no había podido renegar de Dulcinea, después de que Sansón Carrasco lo abatiera en la playa de Barcelona:

—No expongo porque sé que no soy suficientemente bueno... Tal vez lo haría si fuese español, o francés, o italiano, o de cualquier otro país que no haya dado tantos genios a la historia de la escultura —chasqueó la lengua—. Pero siendo catalán, no puedo desmerecer a los escultores geniales que me preceden...

—¿Y quiénes son esos escultores catalanes tan geniales? —lo interrumpí—. Porque tenéis alguno destacado, como Llimona o Julio González. Pero geniales, geniales, si acaso Maillol, que además es catalán del Rosellón.

Hice crujir los nudillos, para que entendiera que estaba dispuesto a propinarle otro sopapo, en caso de que perseverara en sus estupideces. Y así descubrí que su locura era verídica:

—¡Pero sólo te fijas en las últimas generaciones! —me reprochó—. Antes tenemos incontables, empezando por Miguel Ángel, que se apellidaba Boni Roig y en Italia le pusieron Buonarroti, para apropiarse de su genio... Y también tenemos a...

Se me acabó la paciencia y, al agacharme para ayudar a levantarlo, dejándolo por imposible, se asustó, pensando que iba a golpearlo otra vez, y se sinceró por completo, sin reservarse nada. Se le notaba porque había dejado de hacer gárgaras con el acento catalán y hablaba con voz pausada y doliente:

—Basta mirar cualquier historia de las artes para descubrir que en cada generación sólo brillan unos pocos nombres —empezó—. Antaño esos pocos nombres los decantaba el paso del tiempo, hoy los encumbra la propaganda. Yo no tengo ni la genialidad necesaria para que me decante el tiempo ni los medios precisos para que me encumbre la propaganda. Sé bien que mi nombre no podrá perdurar

por sus propios méritos. ¿Y qué hago, para que el olvido no me devore del todo? —Aguardó un poco, pesaroso y lucidísimo, por ver si nosotros habíamos adivinado su artimaña—. Me arrimo a quienes han alcanzado la fama, sin entrar a discutir si lo han hecho porque son geniales o porque tienen la propaganda a su favor. Me arrimo a Picasso, me arrimo a Cocteau, me arrimo a Coco Chanel. Y procuro que compren mis obras, para que el día de mañana los coleccionistas de sus reliquias las encuentren mientras hacen inventario, y así mi nombre quede rescatado del olvido. También procuro compartir con ellos alguna anécdota jugosa que perdure en la memoria de sus amigos, para que el día de mañana algún biógrafo incluya mi nombre en los estudios que les dedique… Así, arrimándome al árbol frondoso, trato de sobrevivir al olvido…

Me conmovió aquella confesión del zascandil Fenosa, por fin dignificado en su desnuda verdad. Siempre me había infundido respeto la figura del artista que íntimamente se sabe fracasado y birrioso (aunque lo disimule con aspavientos estrambóticos, como hacía este Fenosa), en contraposición al artista infatuado de su nadería, blindado de vanidad y altivez, que se desempeñaba como un genio, creyendo que los genios se repiten como la fabada. Después de partirle los morros, me sentí extrañamente magnánimo con Fenosa y decidí exonerarlo de mi asedio.

—No entenderé nunca por qué has renunciado a llevarlo al redil —me reconoció luego Gasch, admirado—. Lo tenías a tu merced.

—A mí es que me aburren los dementes —mentí, por no parecer en exceso magnánimo—. Y, además, ya viste que nos reconoció su mediocridad. ¿Por qué habría de cargar con un mediocre? Que lo aguanten Picasso y sus otros promotores.

Tardamos todavía un rato en encontrar la salida de aquel edificio de arquitectura desquiciada, y proseguimos nuestro brujuleo en pos de polaquitos por la otra margen del Sena, hacia la colina de Montmartre, que había sido zoco de bohemios y artistas tuberculosos antes de convertirse en museo para turistas; y para entonces ya sólo era un museo de niebla, pues todos los turistas habían desertado. En un *bistrot* de la calle Durantin, donde tenía su estudio, nos aguardaba el polaquito Pedro Creixams, que más bien era polacote, por grandullón y añoso, siempre colgado de la cachimba que le había puesto en el labio un gesto de amargura dulce, como de ogro que acepta con

resignación volverse vegetariano. Creixams era el decano de los polaquitos en París, donde se había instalado durante la Gran Guerra, con la intención de triunfar como actor, aprovechando que había demanda porque a los jóvenes franchutes los reclamaban en las trincheras. Pero no había hallado hueco en la escena, así que se había metido a pintor callejero, como habría podido meterse a vendedor de crecepelos, con la sorpresa de que sus cuadros gustaron mucho a los turistas que paseaban por las callejuelas de Montmartre, atufados de tipismo y de absenta. La pintura de Creixams estaba inundada de gozo de vivir, era afable y colorista, palurda y archisabida, de un impresionismo *raté* y pasadísimo de fecha, como de calendario de Explosivos Río Tinto, en donde se daban la mano la nostalgia *montmartrois* y algún ramalazo de andalucismo cañí (que también encandila a los turistas). Pero Creixams, además de pintor trillado, era un pelma de órdago; entrañable, bonachón, optimista, de una vitalidad torrencial y todo lo que se quiera, pero sobre todo pelma:

—Cuando yo llegué, allá por 1914, Montmartre era todavía un pueblo con fisonomía propia —nos dijo, para empezar su perorata—. Conocí entonces a un herrador que jamás en su vida había puesto los pies fuera del barrio y se refería a París como si fuese una lejana capital de provincia. Y pensé: «Eso es lo que yo quiero para mí. Yo también quiero vivir en Montmartre y no en París». Así que alquilé mi primer taller en estas calles y prometí ante el altar del Sagrado Corazón que me quedaría en ellas para siempre.

Nos llevaba por un Montmartre neblinoso y desierto, con calles melancólicas como escenarios descartados de película, con sus casitas vetustas cerradas a cal y canto y sus negocios esquilmados por la carestía. Creixams se había subido a la colina de Montmartre justo cuando los artistas empezaban a bajarse al llano de Montparnasse; y allí se había quedado, anclado a su cachimba, dorándose bajo ese sol fingido que calienta las miserias de quienes, pese a saberse muertos, necesitan seguir sonriendo.

—¿Y cumpliste tu promesa? —le preguntó Gasch, con una suerte de envidia retrospectiva.

—Durante muchos años la cumplí a rajatabla, porque los cabarés de Montmartre contrataban a todas las bailarinas de París —respondió, picaruelo y antañón—. Pero poco a poco fueron cerrando los cabarés y las bailarinas se fueron a otros barrios. Así que de vez en

cuando bajo a París, por disfrutar de ellas. Yo sólo me muevo de Montmartre si hay una sirena que me convoca fatalmente.

Y desplegando sus dos manazas dibujó un contorno de guitarra en el aire. Me pregunté si, entre las sirenas que lo convocaban fatalmente, se contaría la jamona del cabaré del Infierno que hacía la danza de los siete velos, antes de sacarse del útero anguilas y sabandijas; pues, aproximadamente, debían de tener la misma edad.

—Pero, salvo que una bailarina me hipnotice con sus encantos, no esperéis verme lejos de estas calles —proseguía—. Conozco todos sus secretos.

Y decía verdad, porque se detenía en cada adoquín y nos contaba una anécdota muy colorista, evocando figuras del barrio del año de la Tana, a quienes por supuesto había tratado íntimamente. De vez en cuando, nos tropezábamos con algún gato, que se detenía a saludar a Creixams con un maullido.

—Hasta los gatos me conocen y me tienen cariño —presumía.

Y seguía dando la tabarra con su narración de glorias extintas, con su evocación del Montmartre pintoresco y sentimental, con el panegírico de sus restaurantes llenos de carácter, donde se comen los platos más suculentos y los vinos más deleitosos al paladar. Todo en una cháchara copiosa, eufórica, abrumadora, que me estaba mareando. Lo interrumpí, al límite de mi aguante:

—Todo eso está muy bien, Creixams. Si yo fuese alcalde de París, lo nombraría cronista oficial del barrio de Montmartre y le pondría una bailarina (qué digo una, un harén) para que le amenizase la jornada —dije, con una sonrisa espumeante de hastío—. Pero yo he venido a hablarle de las actividades que estamos organizando en nuestra sede de la Falange, en la avenida Marceau.

Creixams levantó un dedito de zahorí, como si quisiera adivinar la dirección del viento:

—¡Ay, amigo! Pero la avenida Marceau no está en Montmartre…

—Bueno, pero es margen derecha del Sena igualmente, a tiro de piedra de aquí —dije, desdeñando sus pejigueras.

Pero para Creixams no eran pejigueras, sino un atavismo y una promesa:

—Pero ya le comenté que yo sólo salgo de Montmartre si alguna bailarina me reclama —insistió—. No habiendo bailarinas en el horizonte, no me mueven de Montmartre ni con grúa.

Me miré la mano con la que había soltado el sopapo a Fenosa, que todavía tenía un poco dolorida. La sonrisa espumeante de hastío se volvió espumeante de furia:

—No me toque los cojones, Creixams, que lo poco agrada y lo mucho enfada —le advertí—. Yo, si quiere, le pago un abono para toda la temporada en la Sala Pleyel, y así podrá ponerse las botas viendo a las bailarinas meneando el culo; pero a cambio tiene que participar en las exposiciones que organicemos en la avenida Marceau.

Habíamos llegado a la explanada del Sagrado Corazón, donde los oficiales alemanes se hacían fotografías con las pindongas gabachas que les sacaban brillo al sable a cambio de unos cupones de comida. Creixams ensayó un puchero compungido que el labio deformado por la cachimba facilitaba sobremanera:

—Hice una promesa ante el altar de esta basílica, y no voy a incumplirla —murmuró, obstinado—. Ni hoy ni mañana, hasta el día en que me muera.

—Salvo que una bailarina lo reclame —bromeé, sarcástico.

—Eso es —asintió.

No iba a admitirle una negativa que se amparaba en una superstición grotesca. Tampoco creía que fuese un demente como el zascandil de Fenosa, arrimadizo de famas ajenas, sino tan sólo un catalán reservón que no se quería mojar, que no se quería manchar, aunque hubiese enterrado su catalanismo bajo los adoquines de Montmartre. Como tenía la carona blanda y una señora papada, lanzarle un sopapo era mucho más sencillo; pero Gasch se arrodilló en mitad de la explanada, y me agarró de las rodillas, para que no me pudiera rebullir:

—¡Por Dios te lo pido, Fernando! —imploró, con teatralidad de vodevil o de cualquier otro de los géneros ínfimos que tanto le gustaban—. ¡No vuelvas a recurrir a la violencia! ¡La violencia sólo engendra violencia!

Lo hubiese pateado con gusto, por invocar consignas pacifistas, pero ya todos los oficiales alemanes y sus pindongas hacían corro, atraídos por el melodramatismo de la escena. Sonreí, espumeante de resentimiento:

—Está bien, Creixams, usted gana. En la Falange no nos gusta forzar a nadie. Puede quedarse con su apestoso barrio de Montmartre y con sus bailarinas jamonas.

Creixams no sabía, sin embargo (aunque podría haberlo sabido, leyendo el *Tiberio* de Marañón), que el resentido tiene una memoria contumaz, inaccesible a la erosión del tiempo; y que la expresión agresiva del resentimiento puede darse en frío y tardíamente, tras un largo período de incubación. Mientras nos alejábamos de la explanada del Sagrado Corazón, dejando atrás a Creixams y a sus monsergas, Gasch se mostraba exultante, como si hubiese conseguido la pacificación de Europa:

—No puedes ir repartiendo leña por donde pases, Fernando —me reconvenía paternalmente—. Cogerías muy mala fama y me harías cogerla también a mí. Creixams es un buen hombre y estoy seguro de que recapacitará. No puede ser malo quien tiene un corazón tan ancho.

Le cacheteé con cariño los mofletes alicaídos:

—Tienes toda la razón, Sebastián. Ya me encargaré yo de que recapacite.

La última estación de nuestro peregrinaje petitorio fue muy cerca de allí, en la calle Budapest, donde compartían chiscón dos polaquitos muy jóvenes y precoces, muy magullados por la vida también, Antonio Clavé y Carlos Fontseré, que presumían de ser uña y carne (aunque hay uñas que se clavan en la carne y carnes que se llenan de padrastros). Fontseré era truhán y jarifo, con algo de lebrel que olfatea su presa y corre en pos de ella hasta hincarle el diente, sin importarle que sea de carnes magras o correosas, porque sus dientes todo lo mastican y su estómago todo lo digiere; quiero decir que era hombre resuelto e inescrupuloso, con los cinco sentidos despiertos y la astucia rápida como una navaja de muelle. Había nacido en una familia carlista y estudiado con los jesuitas de la calle Caspe; y, por repudio de su formación clerical, se había hecho primero bohemio desgarrado y después anarquista acérrimo, dedicándose a pintar carteles muy vistosos para el Comisariado de Propaganda de la Generalidad, con obispos leprosos barridos por la escoba libertaria y tanques piafantes que aplastaban las alambradas del fascismo. Tras la caída de Cataluña, había conocido el hambre canina (pero no tenía remilgos en comer carne de perro, para aplacarla), la reclusión en los atroces campos a la intemperie de la costa occitana y el vagabundeo estéril por redacciones de prensa y galerías de arte, en pos de una oportunidad que casi nunca llegaba. Cuando sonreía, las encías piorreicas le

afeaban el gesto, como a los boxeadores y a los enfermos de escorbuto:

—Yo, con lo que he vivido en estos años, le he perdido el miedo y el respeto a todo dios —me respondió, cuando lo tanteé por sus lealtades ideológicas—. A mí nadie me la da con queso. Todos son los mismos zampones. Y los gabachos, peores que nadie.

—En eso estamos completamente de acuerdo —certifiqué.

Antonio Clavé, también veinteañero, tenía en cambio menos desparpajo (o acaso más cálculo) que Fontseré, porque aspiraba a hacerse una carrera metódica, donde el otro sólo aspiraba a una carrera a salto de mata. Clavé era cachazudo y porrón, con un aire como de Clark Gable cateto, y se dejaba mangonear por Fontseré (o al menos así lo hacía creer), que era quien llevaba la voz cantante. De niño había trabajado en una corsetería, donde había aprendido a calcular los volúmenes; y después como pintor de brocha gorda, mientras estudiaba Bellas Artes, hasta destaparse como cartelista de cine e ilustrador de tebeos, llegando a adquirir cierto prestigio, antes de que lo obligaran a alistarse en el 36, con los veinte años recién cumplidos.

—A los dos nos engañaron como a becerros, pero yo me las ingenié para tirarme toda la guerra pintando carteles, mientras Clavé pegaba tiros en el frente —se carcajeó Fontseré, sacando a paseo la piorrea—. Pero ya nadie nos engaña más. A mí me dan igual los rojos que los azules, los *collabos* que los resistentes, los anarquistas que los nazis. Yo soy de quien me pague.

Clavé cabeceaba, un poco más morigerado:

—Hombre, a mí los nazis me dan un poco de *cangueli*.

—Ya se te notó bien en primavera, cabronazo —le reprochó Fontseré, expeditivo. Y con un gesto malévolo, nos puso en antecedentes a Gasch y a mí—: Cuando los boches se estaban acercando a París se marchó pitando con la novia, muerto de miedo, después de quemar todos los papeles que creía comprometedores. ¡Hasta las cartas que se había cruzado conmigo quemó! Como si los boches no tuvieran otra cosa que hacer que espiar la correspondencia entre dos mandrias.

Clavé doblegó la testuz, rumiando su humillación. Gasch estalló en una risa zangolotina, viendo la paja en el rabillo del ojo de Clavé y olvidando sus vigas; pero Fontseré no tardó en recordarlas:

—Claro que, para cagón, nadie como Sebastián —dijo, amustiando sus risas—. Estábamos en la terraza del Dôme cuando vimos llegar a una pareja de militares con el brazalete rojo de la esvástica. Saludaron a la parroquia brazo en alto y haciendo entrechocar sus talones con firmeza. A Sebastián le entró un tembleque que no remitió hasta que los boches se tomaron su consumición en la barra y pagaron. Y cuando marcharon, descubrí que se había ido de vareta.

Gasch enrojeció como un pimiento morrón y se escurrió de la silla de enea que Fontseré le había tendido, al entrar en su chiscón, como si quisiera que se lo tragase el suelo, evitándole el tormento del recochineo. En el chiscón de Clavé y Fontseré olía también a vareta con el grifo averiado, aunque sobre todo olía a otros humores corporales propios de gente mal alimentada y propensa a las divagaciones fantasiosas. Clavé y Fontseré dormían en dos camas separadas (ambos eran muy machos, aunque, llegado el caso, pudieran serlo sin remilgos de la misma hembra), muy angostas ambas y con el colchón lleno de grumos de lana salientes, como literas de faquir.

—Yo he tenido a mi madre rodando por los campos de concentración y a mi hermano enrolado con engaños en la Legión Extranjera, de la que por fortuna desertó. Así que, como os podéis imaginar, tengo mucho más miedo a los gabachos que a los boches —declaró, casi colérico, Fontseré—. De hecho, celebro que los boches den por el culo a los gabachos hasta reventarlos.

—Y a ser posible pasándoles una gonorrea —remaché yo, alborozado.

Me gustaban el desparpajo y la falta de miramientos de aquel Fontseré, capaz de meterse en el mismísimo infierno con tal de sacar tajada; y capaz también de burlar a los demonios con sus tretas y martingalas de farsante. Clavé también era, allá al fondo de sus entretelas, inescrupuloso, pero lo disimulaba con melindres de hombre comedido y pachorriento; y, además, tenía el orgullito de hacerse una carrera que, por el momento, era carrera mimética, pues sus cuadros eran copias fules de Grau Sala, con las mismas figuras femeninas, blancas de enaguas y clamidias (las modelos de Clavé eran flores de burdel, frente a las putas de postín que utilizaba el otro).

—Pues entre nuestros colaboradores más comprometidos contamos con Emilio Grau Sala —les lancé el anzuelo—. Va a ser

profesor de nuestra Escuela de Bellas Artes y jurado de nuestros premios. Me gustaría mucho que participaseis y os llevaseis alguno.

Había sido oír el nombre de Grau Sala y a Clavé se le hacía la boca agua, no tanto porque valorase su magisterio como porque ambicionaba su éxito (y por eso lo imitaba). En sus cálculos y comedimientos no parecía que le preocupase mucho que su nombre se asociara al de la Falange:

—Si el maestro Grau Sala está en el jurado, conmigo pueden contar —dijo.

Y los ojillos se le encendían, codiciosos como lumbres, ante la expectativa de darse a conocer en los ambientes donde Grau Sala triunfaba, saliendo de aquel gueto de irrelevancia donde sólo se podía sobrevivir con la picaresca y la trápala. Fontseré, en cambio, no se molestaba en disimular:

—A mí Grau Sala me parece un cursi descomunal —dictaminó—. Aunque no digo que sea mala persona, pues alguna vez hasta me ha prestado dinero. Pero lo mío no es la pintura, a mí lo que de veras se me da bien es el dibujo y el cartel. ¿No vais a sacar ningún tebeo en la avenida Marceau?

No se me había pasado semejante frivolidad por la cabeza, pero quería agradar a aquel polaquito fresco y desfachatado:

—No estamos muy por la labor. Pero podría buscaros alguna publicación en la que tuviesen cabida vuestros dibujos...

Fontseré y Clavé habían trabajado para un tal Ettore Carozzo, un judío italiano editor de varios semanarios infantiles que importaba historietas yanquis para su publicación en Francia. Carozzo se había quedado sin dibujantes franceses, después de la movilización, y así había contratado a los dos polaquitos, que habían disfrutado como enanos dibujando viñetas de tebeo durante unos meses (además de matar el hambre canina con otros platos que no fuesen perro guisado). Pero con la Ocupación Carozzo había huido, sus semanarios habían dejado de publicarse y Fontseré y Clavé habían vuelto a lampar, sin ingresos regulares.

—Ahora tenemos que presentarnos todas las semanas en prefectura y hacer cola hasta que nos toca el turno, para que nos den un puñetero permiso de estancia semanal —se lamentó Clavé.

Se atusaba el bigotillo de Clark Gable de secano, soñando con que algún día fuese mostacho señorial y corniveleto. Fontseré añadió con

acritud:

—Y cualquier día, como nos toque un funcionario malasangre, nos lo denegarán y nos mandarán de vuelta al campo de concentración. Si no conseguimos un trabajo fijo, tenemos las semanas contadas. —Pegó un puñetazo en la pared, con rabia de meteco que quiere hacer sobrasada con los funcionarios que le niegan la documentación—. Y lo más jodido es que, en el ramo de los dibujantes, mientras haya franceses en paro, siempre van a tener preferencia.

Se les notaba hartos, casi asfixiados, de respirar el aire fermentado de aquel chiscón sin ventanas abiertas al horizonte. Se les notaba también hartos de aquel Montmartre decadente y terminal que tanto gustaba al dinosaurio Creixams. Pero Fontseré y Clavé, cada uno a su modo, estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por salir de aquella ratonera y comerse el mundo.

—Yo os podría conseguir un trabajo fijo, si me dais un poco de tiempo —aventuré—. ¿Qué os parece publicar vuestros dibujos en *Je Suis Partout*?

No tenía certeza alguna de que el argentino Lesca accediera a mi pretensión, pero el caso era enviscarlos. Clavé se rascó con parsimonia las mejillas sonrosaditas, en las que crecían la barba y la roña, como si las estuviese arando:

—Es un semanario muy bien escrito, pero demasiado antijudío y colaboracionista —empezó—. Luego dirán…

—Ande yo caliente y diga lo que quiera la gente —lo interrumpió Fontseré—. Estamos nosotros como para cogérnosla con papel de fumar. Nos rugen tanto las tripas que esta habitación, por las noches, parece el zoológico del Jardin des Plantes. —Se alzó de la cama, como un lebrel que menea el rabo antes de la cacería, y me estrechó jubilosamente la mano—: Honradísimos de colaborar en *Je Suis Partout*, Fernando. Y deseosos de empezar cuanto antes. Podríamos celebrarlo en un burdel que hay al final de la calle, que es el más barato de todo París. Las putas son el camino de la virtud y la longevidad.

Si colaborar con la Falange mancha la ejecutoria de un rojillo, hacerlo en las páginas de la prensa colaboracionista, chorreantes de mala baba antisemita, los iba a dejar para el tinte. Así que tal vez merecía la pena la celebración, aunque fuese yo (con esto ya contaba,

viéndolos tan haraposos) quien tuviera que apoquinar. Lo consulté con el timorato Gasch:

—¿A ti qué te parece? ¿Lo celebramos?

Me miró con ojos coagulados de deseo o pavor:

—Yo es que estoy comprometido con una moza en Barcelona, ya lo sabes... —dijo, en un hilo de voz, sin atreverse a mencionar su nombre y su parentesco con Grau Sala, para no levantar la liebre—. No creo que deba...

Fontseré se sublevó:

—Anda que te den por el culo, Sebastián. Deja a la moza tranquila en Barcelona y celebra como un hombre nuestro éxito, que sólo se vive una vez. Hasta Clavé, que es más perezoso que la chaqueta de un guardia, va a echar los restos.

Y Clavé asintió profusamente, convencido de que la frecuentación de burdeles no perjudicaba su carrera. Fontseré, antes de salir del chiscón, tomó una Biblia muy abrumada de arrugas que tenía al pie de la cama.

—Siempre la llevo, lo mismo si voy al burdel que a la prefectura, por si me toca esperar —se explicó—. Leer cada día unos versículos nos enseña mucho sobre la vida.

Del centenar de prostíbulos que había en París antes de la derrota, unos cuarenta habían sido requisados para uso exclusivo del ejército de ocupación, que no quería mezclar leches con los gabachos, pues venían con gérmenes de fábrica. Sólo los burdeles para alemanes estaban sometidos a controles de higiene; y en el resto las espiroquetas circulaban libremente, sin salvoconductos ni pases de pernocta. Al fondo de la calle Budapest, había un burdel con precios de saldo, donde se podía conseguir un servicio básico por apenas diez francos, a los que había que sumar el alquiler por horas de la habitación. Las putas salían a la calle en busca de clientes, como cariátides desprendidas de los balcones, descangalladas y con los tacones quebrados de meterlos en la juntura de los adoquines, menos famélicas de lo que había pensado, como si se comiesen crudos a los clientes más desprevenidos. En el burdel había un olor a sudor rancio y a tabaco también rancio, en amalgama indiscernible que se posaba sobre las paredes, dejando una pátina de color sepia; y por los pasillos se paseaban las putas, desnudas o cubiertas con unos paños someros, como las señoritas de Avignon del célebre garajista, y con sus mismas

caras de gorilesa o máscara africana. Salió a recibirnos la madama del local, que andaba zurciendo unas medias, como esa tía solterona aficionada a la costura a la que pedimos que nos repase la ropa, y recaudó las cantidades exigidas (que, por supuesto, me tocó desembolsar íntegramente), utilizando el cesto de sus labores como platillo de la colecta. Era una mujer percherona y benévola, con cierto aire de abadesa expulsada del convento, que conocía al dedillo las preferencias de Clavé y Fontseré; y a los neófitos nos hizo una exposición sucinta de los servicios que allí se ofrecían y de las putas que en aquel momento estaban disponibles. Al nombrarlas, las putas se volvían hacia nosotros y nos hacían un contoneo o una aburrida carantoña; todas tenían los senos mustios y sobados, los labios embetunados de un carmín carnívoro, los ojos pintados con carbonilla, como si vinieran de deshollinar chimeneas. Clavé eligió una casi al albur, delatando que, amén de artista mimético, era también ecléctico, de los que hoy se incorporan a una escuela y mañana a la contraria. Gasch, por el contrario, titubeaba mucho en la elección, como le ocurre al niño ante el escaparate de una pastelería, deseoso en el fondo de acaparar todos los pasteles, pero a la vez temeroso de que alguien se chive de su glotonería:

—Fernando, ¿me prometes que no dirás nada a Grau Sala? —me preguntó, con ojos de cordero degollado—. Si esto llegara a sus oídos, no dejaría que Caridad se casase conmigo.

—Soy una tumba, Sebastián.

Y al final eligió a una muchacha con aire de criada campesina, de mirada astuta y ropa raída, porque le recordaba al personaje de Colombine; y Gasch, que estaba melancólico y paliducho, como enamorado de la luna, bien podía representar el papel de Pierrot. Tomó a la muchacha de la mano y así se fue con ella al tabuco sórdido donde consumarían la coyunda, como si la llevase al tálamo nupcial.

—Entre las mujeres de este prostíbulo y Greta Garbo no hay más diferencia que la que media entre las perlas de un collar —reflexionó Fontseré—. En el fondo, hacen el mismo trabajo.

Se había sentado en un escaño del pasillo, donde se disponía a proseguir su lectura de la Biblia, abstrayéndose del trajín que hasta allí llegaba, un rumor de risotadas y bramidos, de jadeos y suspiros, más el golpeteo de las carnes rollizas y rítmicas, o entecas y desacompasadas, como olas chocando contra una pared.

—¿Y tú a qué esperas? —le pregunté.

—Yo es que siempre elijo a la misma chica, una polaca muy cariñosa que, además, tiene inquietudes intelectuales —me contestó Fontseré—. Yo le cuento las historias que voy leyendo en la Biblia y ella me cuenta la última entrega de los folletines que compra en el quiosco.

Así la transacción era más plena y satisfactoria. Fontseré, que era aparentemente el putero desaprensivo, demostraba con aquella fijación por la polaca folletinesca mucha más complejidad y hondura humana que el remilgado Clavé, que a la postre sólo buscaba un desahogo rápido. Al hombre complejo se le distingue porque se mete en la cama con una mujer para hablar con ella; al tarugo, porque lo hace para desahogarse.

—No hacía yo en un burdel tan tirado a un señorito como tú... —se extrañó Fontseré.

—No te creas, he estado en algunos mucho peores.

Y recordé aquel burdel de la calle de las Maldonadas, en la cabecera del Rastro, donde me había desvirgado, cuando las guerras de África. Allí las putas tenían al pie de la cama un orinal, empedrado de esputos como claveles; pero, como a Fontseré, lo que más me gustaba de aquellas putas tísicas era que leían a Emilio Carrere, creyéndose musas del arroyo.

—Pues prueba con alguna puta, hombre... —me animó Fontseré, con munificencia de gran señor, como si fuese él quien invitaba—. Aquí hay mozas que son auténticas perlas en bruto.

Aunque, oyendo el trajín del pasillo, más bien parecía que fuesen todas perlas muy labradas. Nunca había tenido demasiado escrúpulo en irme de putas, ni siquiera cuando tenía novias o amantes; y por entonces mi relación con Ana de Pombo, ocasional y descomprometida, a nada me obligaba. Pero hasta un corazón encanallado como el mío escondía razones incomprensibles para la razón. Fontseré me zarandeó, sobresaltándome:

—¡Eh, Fernando! ¿Es que vas a desdeñar las perlas que se te ofrecen?

No sabía qué responder. Y entonces vino Mallarmé en mi socorro:

—La carne es triste, ¡qué desgracia!, y yo he leído todos los libros.

XXI

—Casi todos los libros están intonsos —me informó Ruanito, abriéndome las puertas del salón empleado como biblioteca—. El jodido judío compraba libros para llenar las estanterías, pero luego no se leía ni uno. Todo en él era pura ostentación.

Me había estado insistiendo Ruanito para que fuera a visitar su casa de Passy, donde ya se había instalado con Mary de Navascués, que había llegado de Berlín con un niño muy pequeño y sollozante que ni siquiera habría cumplido el año de vida. Lo habían bautizado con el nombre de César, pero lo llamaban Cuco, entre arrumacos y carantoñas que no lograban apaciguar su llanto.

—Tendremos que contratar una *gouvernante*, si no queremos que Cuco nos mate de puro agotamiento —me comentó Ruanito muy quedamente, como si no quisiera ofender a la madre primeriza y atolondrada—. ¿Tú no conocerás alguna?

Mary de Navascués paseaba por la casa con el niño en brazos, tratando de acunarlo, vestida incongruentemente con un abrigo de visón y unas botas katiuskas, a pesar de que la casa estaba bien caldeada. Pero tal vez lo hiciese sugestionada por la nieve que había empezado a caer detrás de los cristales, como tiempo que cae del calendario. Mary de Navascués era una mujer chiquita pero garrida, entre la vulgaridad y el misterio, como una señora de su casa que se ha vuelto golfa o lo contrario. Y tenía unos ojos insistentes y un poco moros, ojos que no cesaban en su escrutinio receloso.

—Déjame que lo piense y te digo —respondí, cuando Mary dejó de escrutarme—. Has tenido mucha suerte con el anterior inquilino. El mío me dejó la casa vacía como un hangar, el muy cabrón. No sé yo si algún día terminaré de amueblarla.

Nos referíamos a los propietarios de nuestras casas como «anteriores inquilinos», para evitar recordar que estábamos aprovechándonos de un latrocinio; y, por supuesto, los motejábamos tranquilamente de cabrones y jodidos, por no dejar las casas en el

exacto punto en que nos hubiese gustado disfrutarlas. Pero con los judíos nadie se andaba entonces con miramientos (en realidad, nadie los miraba siquiera). La casa de Ruanito en Passy tenía dos salones comunicados por una puerta corredera, cuatro habitaciones con dos salas de baño y dos retretes, cocina con *office*, ropero, bodega, recibidor y un par de cuartos para el servicio, con una disposición muy semejante a mi casa de Vincennes.

—Pero es un poco oscuro, por ser un primer piso —se lamentó Ruanito, con ganas de ponerle pegas—. Y, al estar tan cerca del río, tiene demasiada humedad.

Se respiraba en la casa, en efecto, un olor como de algas y de los cadáveres de los suicidas que cada día se arrojaban al Sena.

—No te quejes, mamón, que tienes calefacción y la carbonera llena. Un lujo para los tiempos que corren.

Que eran tiempos en los que, si uno se estaba mucho tiempo en casa, le florecían sabañones, porque el carbón se había vuelto tan caro y escaso como los diamantes. Las ventanas quedaban un poco a ras de suelo, sin las vistas nemorosas de mi casa. Y aquella mañana había, además, un sol antártico y remoto que ni siquiera tenía fuerza para derretir la nieve. En apenas un rato se helaría, haciendo casi imposible desplazarse por las calles.

—Y luego, la decoración y el mobiliario son algo dudosos, pero Ruiz Aranda me ha pedido que no cambie nada y lo cuide todo como oro en paño… —dijo disgustado, aunque enseguida le volvió las mangas al disgusto—: Pero a mí con el oro me gusta hacerme sortijas.

El piso de Ruanito estaba amueblado muy a la francesa (y también algo a la judía), con un recargado gusto *pompier* que habría enfurecido a Rebatet. Las paredes, forradas de un papel aterciopelado y floral, ostentaban paisajes que podría haber firmado Corot; y también había cuadros con escenas costumbristas de la escuela de Manet.

—Pues, desde luego, aquí tienes para hacerte muchas sortijas… —le dije taimadamente, buscando su reacción con el rabillo del ojo.

Y su reacción fue una sonrisita mefistofélica, que acompañó sacándose la pitillera de oro borbónico del bolsillo interior de la chaqueta. Tardó mucho en elegir cigarrillo, como si no fuesen todos de picadura y los guardase de cosechas o sabores distintos. Se habían aplacado los sollozos del niño Cuco, a quien Mary de Navascués

cantaba una nana y arrullaba, allá al fondo de la casa.

—Todo se andará —concluyó, misterioso—. Pero quería presentarte a alguien con quien desde luego debes contar para tus actividades de la avenida Marceau.

Apartó las puertas correderas que separaban la biblioteca de otro salón también espléndido, con alfombras de cierta importancia (los pies se hundían al caminar, como en una nieve cálida y doméstica) y una chimenea de mármol en la que crepitaban varios leños, añadiendo un calor de fragua al aire ya suficientemente caldeado de la casa. Al pie de la chimenea, sentado en una butaca ante un caballete con un lienzo apenas empezado había un hombre que se había quedado dormido y roncaba como un Junker.

—Te presento al maestro Fabián de Castro, el pintor gitano —dijo Ruanito, con mucha sorna y prosopopeya—. Lo he convencido para que me haga un retrato, aunque a él no le gusta pintar con modelo. Y, como en su estudio no tiene luz eléctrica, me lo he traído aquí hasta que lo acabe.

Fabián de Castro, el pintor gitano, ya tendría por entonces más de setenta años. Era un viejo pulcro de tez cobriza y llena de arrugas, en contraste con la calva lisa y brillante que sólo dejaba sitio para un pelo rabuno en el cogote y unas patillas rizosas y largas como la hoja de una faca. Fabián de Castro era muy recortadito y mimbreño; tanto que, cuando Ruanito lo sacudió para despertarlo, parecía que se fuese a desgualdrajar.

—¿Conocías al maestro Fabián? —me preguntó, mientras el gitano se desperezaba, como un gato pitañoso.

—¿Quién no conoce al maestro Fabián? Es toda una institución en París.

Y, sin embargo, no se me había ocurrido incorporarlo a las actividades de la avenida Marceau porque siempre lo había visto como de una raza aparte (en el sentido literal y en el figurado), como un hombre jeroglífico que se regía por otros ritos y por otros códigos, todos crípticos o marginales y en cualquier caso ininteligibles para mí. A Fabián de Castro, amodorrado por el calor crepitante de la chimenea, le costó abrir los ojos, refugiados bajo el toldo de unas cejas hirsutas. Muy ceremonioso y atildado, se levantó de la silla mientras Ruanito me presentaba:

—Don Fernando Navales escribe en el *Arriba* y estará encantado

de promocionar tu pintura entre sus lectores —soltó Ruanito, sin consultarme—. Me ha dicho que eres el artista más grande que tiene España, mucho más grande que Picasso.

Pero más grandes que Picasso me parecían también los dibujantes improvisados de los retretes públicos. A Fabián de Castro, ante la posibilidad de promocionarse en el *Arriba*, los ojos le habían empezado a girar en las cuencas como bolitas de naftalina. Despotricó contra el garajista:

—Picasso ha conseguido la celebridad y la fortuna pintando cosas feas porque es lo que ahora se premia —dictaminó, muy juiciosamente —. Pero a mí me gusta crear cosas bellas, inventándolas. Por eso no necesito modelos, me puedo inventar lo que pinto porque lo llevo dentro de los sesos.

Ruanito, condescendiente, trataba de llevarlo a su redil:

—De acuerdo en todo, Fabián. Pero esta vez, para pintar mi retrato, vas a hacer una excepción.

El pintor gitano no estaba del todo convencido y se rascaba la calva con la mano anillada de tumbagas hasta en el dedo meñique. Fabián de Castro había sido buñolero de feria, forjador y torerillo, llegando a participar en varias becerradas en las que al final se comían a los becerros; pero había abandonado el arte de Cúchares por la guitarra, que aprendió a tocar por inspiración divina o por pura intuición animal, llegando a viajar por toda Europa, en compañía de Juana la Macarrona y otras bailaoras célebres de su época. Pero en una visita a París le habían presentado a Picasso, diciéndole que era un gran artista, lo que provocó en él desconcierto y perplejidad; pues pensaba que el arte era cantar, bailar y tocar la guitarra; y que pintar cuadros era como ser albañil o barrendero, un oficio cualquiera, no un arte. Así que, picado de que a Picasso y a otros pintores los llamasen artistas, se puso a pintar su primer cuadro; y cuando lo terminó, les decía a sus amistades: «¿Cómo no me iba a salir, después de tocar durante treinta años la guitarra?».

—A mí no me gusta pintar con modelo, César —se resistía todavía Fabián de Castro—. A mí lo que me gusta es pintar a Dios, pintar a la Virgen Santísima, pintar a los ángeles y a los santos... ¿Y dónde coños encuentro yo modelo para pintar a esta gente?

Pero todos los personajes religiosos que pintaba Fabián de Castro, así fuesen la Virgen Santísima o un eremita del desierto, un Cristo

crucificado o un cardenal romano, eran de raza calé, cetrinos como una aceituna y espigados como el palillo con que se pincha la aceituna. Había empezado a pintar a Ruanito por las manos, que le habían quedado muy largas y ojivales, como de aristócrata fingido con sus pujos de carterista (o sea, lo que Ruanito en realidad era), de un realismo *naïf* conmovedor.

—Pues ahora píntame la cara a juego con las manos, Fabián. Como si fuera un caballero del Greco —se envaneció Ruanito.

Fabián de Castro estaba acostumbrado a pintar en su estudio sin luz eléctrica, encendiendo una lámpara de petróleo, para que sus santos mártires y sus Cristos crucificados le saliesen embarullados de sombras tenebristas, que en contraste con sus colores vivos daban a su pintura tonos oníricos, como de un Zurbarán meningítico. Tomó la paleta y se puso ante el caballete a pintar, con pose vagamente torera. Calzaba botas de tacón cubano y un terno de piqué, con el pantalón muy entallado para que se le notasen los huevos como brevas muy maduras y a punto de descolgarse, y el chaleco atravesado por una gruesa cadena de la que pendía un reloj de saboneta. El reloj le brincaba en la tripa cada vez que hablaba, como un eructo cautivo en una jaula dorada.

—Tú tienes más pinta de malhechor de Ribera que de caballero del Greco, César —le decía Fabián de Castro, socarrón—. Pero yo te voy a pintar como me salga de los cojones.

No estaba del todo carente de talento el bueno de Fabián de Castro —un talento primitivo y silvestre, como de niño mongólico que ha recibido alguna ciencia infusa—, pero su orgullo era elefantiásico, y no aceptaba influencias de nadie, ni siquiera de los grandes maestros, mucho menos de sus contemporáneos, a los que fingía no conocer. Si acaso, reconocía cierto mérito a Goya.

—Pues a mí el retrato que está pintando Fabián me recuerda un poco a Goya —comenté, para envanecerlo.

—Es que Goya y yo somos primos hermanos —dijo Fabián—. Pero él, como estaba sordo, se volvió un renegado y un afrancesado de la peor calaña. Yo, en cambio, llevo en Francia treinta años y no me he rebajado a aprender francés.

Y lo decía muy gachón, como si fuera un timbre de gloria. Tampoco había aprendido a coger el pincel, o tal vez la artrosis no le dejase cogerlo de una manera más adecuada, dificultando mucho sus

pinceladas y obligándolo a pintar muy lentamente. Ruanito, poniendo cara de malhechor de Ribera, me preguntó:

—¿Y qué, Fernandito, cómo va la guerra? Habiéndote afiliado al sindicato de Daranitas, supongo que estarás muy enterado…

Me lanzó un guiño de entendimiento, para que fastidiara a Fabián de Castro, que antaño había conseguido vender sus cuadros a precios mareantes entre los turistas ingleses, pues encontraban en ellos esa bestial rusticidad entreverada de devoción religiosa que los turistas siempre buscan en el arte español. Fabián aguzó el oído, fingiendo que no prestaba atención.

—Pues por el momento parece que a los alemanes les va todo bien —respondí, regurgitando la alfalfa que nos suministraba el teniente Schultz en las sesiones del Lido—. Hablan de un posible desembarco en Inglaterra para la primavera…

Fabián de Castro soltó el pincel, consternado:

—¿Y usted cree que eso es posible? Si los alemanes conquistan Inglaterra, las libras esterlinas perderán todo su valor…

—Eso por descontado, Fabián —lo desmoralicé—. Se convertirán en papel mojado. Los alemanes se apropiarían de todas las reservas de oro de los bancos.

Fabián se llevó las manos a la calva rutilante y se dejó caer otra vez en la butaca en la que antes dormía, lamentándose:

—¡Ay, Dios, qué será de las mil libras que tengo metidas en un banco de Londres! ¡Si las pierdo me mato!

Y le entraban convulsiones sólo de pensarlo. En su angustia parecía ahogarse, como si le subiera de los pulmones una marea de mucosidades.

—¡No sabía yo que fueras tan anglófilo, Fabián! —se burló Ruanito—. Si hasta me habías dicho que tú eras un fascista convencido.

En su pugna con las mucosidades que lo ahogaban, Fabián de Castro acabó expulsando un gargajo oceánico que lanzó contra el fuego de la chimenea, donde se puso a burbujear, mientras se doraba. Puntualizó:

—Pero fascista español, ¿eh? Que los boches nos quieren enchironar a los calés, porque no somos rubios. Además, yo no tengo dinero en marcos alemanes. Así que, con tal de que mis ahorros se salven, me importa un comino que pierdan la guerra y su moneda se

hunda.

Pero a mí me importaba mucho, porque el sobresueldo del Sindicato de la Prensa Extranjera lo cobraba en marcos. Ya iba a pararle los pies a Fabián cuando sonó el timbre de la puerta, con un soniquete o contraseña acústica que enseguida reconocí. Salió a abrir Mary de Navascués, tras anunciarse con un «Voooooy» alborozado que a Ruanito también alegró el semblante. Al poco se franquearon las puertas correderas del salón para dar paso a Paul Éluard, con la misma cara de palo, altiva y como pasmada, que ya había mostrado, cuando Ruanito le franqueó la entrada en el estudio secreto donde Óscar Domínguez falsificaba los chiricos. Mary entró después de él, entre tímida y descocada, fingiéndose ambas cosas a la vez; se había desabrochado el abrigo de visón, mostrando por debajo un salto de cama de raso rosáceo que tornaba todavía más incongruentes las botas katiuskas.

—Vaya, tu señora me recuerda a la Venus de las pieles —me permití comentar a Ruanito.

Y él se lo tomó como un piropo, que agradeció ruboroso. Observé que Éluard tenía alrededor de los labios y por toda la barbilla unos granitos muy sospechosos que parecían querer formar pus y hacerse pústulas, como si se acabase de zampar un bocadillo de ortigas. Me abstuve de darle la mano, no fuera que hubiese pillado alguna enfermedad contagiosa en la espuma de las nubes, en el sudor de las tempestades o en alguno de esos sitios raros en los que el gabacho andaba escribiendo sus poemas grandilocuentes. Mary se lo presentó a Fabián de Castro y le preguntó si había leído alguno de estos poemas.

—Pues me tendrán que disculpar, pero es que a mí leer en francés me parece cosa de burros —dijo el pintor gitano.

Y soltó otro gargajo del tamaño de una tortilla que esta vez no alcanzó el fuego de la chimenea y se quedó rebozadito entre las cenizas. Éluard se estremeció —no sé si de asco o de placer, pues nunca variaba el gesto de su cara de palo— ante la desenvoltura de Fabián de Castro, que se alegró como un niño cuando una criada trajo una bandeja atestada de pastelitos y canapés y una botella de vermú con copas para todos. Mary cruzó las piernas con gran desenvoltura, revelando por encima de la caña de las katiuskas unas pantorrillas muy bien torneadas.

—*Monsieur* Éluard, además de poeta excelso, es un gran

conocedor del mercado del arte y las antigüedades —dijo Ruanito, en su francés un poco ortopédico, obteniendo a cambio un gesto de cansada aquiescencia por parte del silencioso visitante—. Seguramente podrá orientarme, pues deseo vender alguno de los muebles y cuadros de esta casa. Son tantos que me sofocan…

Fabián de Castro, ajeno a las reglas de la urbanidad, se abalanzó sobre los canapés, que embaulaba como si fuesen las uvas de Nochevieja, con la misma celeridad ansiosa, y los mascaba a dos carrillos, hasta que le atoraron la garganta y le provocaron una tos que trató de ahogar bebiéndose su vermú de un solo trago. Al excelso Éluard la glotonería del gitano lo tenía horrorizado y al borde del desmayo.

—Tendrá que disculpar la rudeza de nuestro querido Fabián, *monsieur* Éluard —trató Ruanito de tranquilizarlo—. Fabián, para que usted se haga una idea, es a la pintura española lo mismo que el aduanero Rousseau a la pintura francesa. Sólo que todavía no ha encontrado al Apollinaire que lo proclame ante el mundo.

—Más que un Apollinaire, este troglodita necesita un Rabelais —murmuró Éluard, altanero.

Ajeno a los tiquismiquis del franchute, Fabián seguía engullendo canapés y trasegando vermú como si temiera pasar en ayunas las Navidades. Un temor, tal vez, demasiado fundado, considerando que el racionamiento era cada vez más severo y los precios del mercado negro inasequibles, sobre todo si se guardaban los ahorros en un banco inglés. Éluard miraba a Mary de Navascués ponderativamente, como si estuviera escudriñando un chirico, para determinar si era auténtico o se trataba de un pastiche. Aproveché para preguntar a Ruanito por lo bajinis:

—Pero, ¿no decías que Ruiz Aranda te había pedido que no tocases nada del piso?

—¿Y qué quieres que haga? —se excusó jovialmente—. Mis reservas económicas se van agotando. No voy a morirme de hambre, como comprenderás…

Me había asegurado que tenía ahorrado dinero suficiente para aguantar un año entero; pero tres meses de despilfarros y convites etílicos a su colección de monstruos lo habían dejado pelado. Fabián de Castro, después de vaciar la bandeja de canapés, había acercado su butaquita a la chimenea, dispuesto a quedarse adormilado mientras

hacía la digestión, con el chaleco espolvoreado de migas.

—La clave para vender pinturas y antigüedades se halla en captar la mentalidad de los compradores —dijo el poeta excelso, perito sin embargo en cuestiones terrenas—. Un cuadro que ha estado durante años en una galería a un precio, pongamos, de diez, puede venderse en un santiamén por veinte, colgado de la pared de una casa, si al comprador se le hace creer que el dueño de esa casa está en apuros. Pues entonces el comprador piensa que se le está ofreciendo un chollo.

Ruanito se esponjó, cesarísimo:

—A mí se me da de miedo el papel de marqués arruinado. Puedo llegar a ser tremendamente convincente.

Fabián de Castro había empezado a roncar otra vez como un Junker. Mary de Navascués descruzó las piernas lentamente, dejando que se atisbaran esos precipicios donde la piel femenina se vuelve fina como el papel biblia.

—Tal vez *monsieur* Éluard desee que le muestre nuestros cuadros... —sugirió, con una sonrisa muy pizpireta.

—Claro, claro, Mary, enséñaselos —la animó Ruanito, con gesto complaciente.

Éluard siguió a Mary de Navascués hasta el interior de la casa, procurando mantener todavía la compostura flemática, pero cada vez más acuciado por sus querencias de pervertido. Y se rascaba los granitos de la barbilla, para aliviar la comezón.

—Creo que ya es hora de que te marches —me dijo Ruanito en cuanto nos quedamos solos, con sonrisita de sátiro—. O bien que te quedes... con todas las consecuencias, claro.

Los grimosos contubernios sexuales de Ruanito me daban todavía más pereza que los escarceos en los burdeles de Montmartre. Miré a través de la ventana la nieve cada vez más copiosa, como si en el cielo hubiesen decretado desplumar a todos los arcángeles. Pronto sería imposible caminar sin resbalarse hasta la estación de metro más próxima.

—Prefiero marchar, con tu permiso. Estoy demasiado viejo para seguirte el ritmo —bromeé. E hice un gesto hacia Fabián de Castro, que seguía roncando al pie de la chimenea—: ¿Y al viejo lo piensas incorporar a tus contubernios?

—¿Por quién me tomas? —se hizo el ofendido o el asqueado—. Soy promiscuo, pero no interracial. Fabián duerme como un lirón, sin

enterarse de nada. A veces despierta en mitad de la noche y cree que se ha muerto y están velando su cadáver. No para entonces de llorar y pegar alaridos hasta que amanece.

Imaginé a Fabián de Castro recorriendo a oscuras los pasillos y habitaciones de la casa, como un Papá Noel faraónico y amnésico que no recuerda dónde se halla la chimenea, arramblando a su paso con todo lo que encuentra. Ruanito me acompañó hasta la puerta.

—Feliz Navidad, Fernandito —se despidió.

Antes de que yo le correspondiera, ya me había cerrado la puerta en las narices. Estaba deseoso de encerrarse con sus juguetes.

XXII

Aquella Navidad quizá fue más aflictiva que ninguna otra, porque por primera vez los gabachos se confrontaban con la imposibilidad de conseguir un capón o una oca, y ni siquiera los rellenos y guarniciones con que gustaban de adornarlos. En los años sucesivos, el ayuno navideño se convertiría casi en una tradición; pero aquel primer año de guerra fue un varapalo humillante que acabó de postrar su antigua *grandeur*. Y acaso lo que más los mortificaba era comprobar que, mientras en su casa se tenían que conformar con cocer un boniato y repartírselo en rodajas casi transparentes de tan finas, los acaparadores del mercado negro traficaban, especulaban y almacenaban toda suerte de alimentos, exponiendo a la mayoría de la población a morir de hambre. A cualquier gabacho le bastaba con tomar un tren para comprobar que, tras las ventanillas, seguía desfilando la riqueza agrícola y ganadera de Francia, con cosechas copiosas y vacas orondas; pero ni la carne ni la leche, ni las frutas ni las hortalizas llegaban luego a su mesa, retenidas por los ocupantes y por los acaparadores.

—Pues que se jodan los franchutes, Ana. ¿Acaso ellos se preocuparon de tu hijo, mientras lo torturaban los rojos?

Pero Ana de Pombo se había empeñado en destinar la recaudación de su debut en la Sala Pleyel a los niños pobres de Saint-Denis, donde se hacinaban como chinches los obreros. Y como, además, había solicitado que la gestión del donativo se hiciese a través del Auxilio Social de la Falange, me había tocado trabajar como un galeote en aquellas fiestas navideñas, en las que también tuve que preparar hasta los últimos detalles la inauguración de la Escuela de Bellas Artes y la nueva biblioteca acrecentada y catalogada por la familia Marañón. Ana de Pombo logró casi llenar la inmensa platea de la Sala Pleyel; pero la taquilla no fue demasiado lucida, porque la mayoría de los asistentes venían de gorra, invitados por la debutante, que compró entradas por la mitad del aforo. Así se aseguró de que las

primeras filas de la platea estuviesen ocupadas por su clientela más granada de Casa Paquin, enjaezada de pieles y blasones caducos, también por los asiduos a su salón, entre quienes no faltaron la varicosa Colette y el delicado Cocteau, con la cabellera erizada de amperios; tampoco el presuntuoso Sacha Guitry, encaramado en su peana también cuando estaba sentado. Yo, por mi parte, me había encargado de invitar a la flor y nata de la colonia española, empezando por el embajador Lequerica, al que así concedía una excusa para pasar el fin de año en París, alejado de los aburridos manejos del mariscal Pétain, que le había cogido gusto a destituir ministros, asesorado por las monjas que le hacían los pediluvios.

—¿Querrás creer, Navales, que muchos días el Mariscal se me hace el encontradizo, en mi paseo matutino por los parques de Vichy, para que lo invite a comer a mi residencia? —me secreteó, con la esperanza de que lo divulgara por doquier—. El pobre anciano está harto de tomar todos los días la sosa *vichyssoise* que le hace su cocinero. Pero, ¿qué se puede esperar de un lugar como Vichy, que presume de un plato que no es más que una porrusalda hecha puré e inundada de nata? El pobre Pétain debe tener el colesterol por las nubes.

Se sumó a nuestro corro Perico Urraca, que nos saludó, campechano y pletórico, aunque un poco baqueteado por los viajes en los grandes expresos europeos, acompañando siempre al cuñadísimo.

—Cualquier día Pétain las espicha y no podrá seguir destituyendo ministros —dijo, soltando su risa de hucha próvida.

Lequerica aflautó malévolo su voz de clarín hasta hacerla subrepticia:

—Sobre la longevidad del Mariscal y los tejemanejes de su Gobierno circula un chiste muy gracioso en Vichy: «—¿Sabes que ha muerto el Mariscal?». «—¡Qué terrible, no tenía ni idea! ¿Y cuándo ha sido?». «—Hace tres meses, pero su entorno se lo había ocultado».

Hicimos corro de risas estrepitosas al chiste de Lequerica; y yo me mostré especialmente confianzudo, echándole un brazo por el hombro, porque justo en ese momento buscaban sus butacas en la platea Velilla y su acólito Solms, a quienes yo me había preocupado de asignar asientos esquinados y muy lejos de las filas donde se concentraban los invitados más relevantes. Aproveché que tenía juntos a Lequerica y Urraca para darles el soplo:

—Anda por ahí un curita separatista llamado Tarragó que se dispone a abrir un centro de acogida en la calle Richelieu. —Les hice un gesto para que se acercaran todavía más a mí, para que mi privanza con ambos resultara todavía más ostentosa—. Al parecer, ha conseguido autorización de la prefectura, después de hacerles creer que se trata de una obra filantrópica de ayuda a españoles necesitados.

—¿Y nos consta que no lo es? —preguntó Lequerica, con esa lenidad característica del *gourmet* partidario del *laisser faire*.

—Para que se haga una idea, Excelencia, ese curita fue el que dio a conocer a los cabrones de Maritain, Mauriac y Bernanos el fusilamiento de los curas gudaris —contesté, poniendo cara de espanto —. Y ya sabe lo que molestó al Caudillo la propaganda que hicieron esos sedicentes católicos...

A Lequerica se le desvaneció al instante el semblante risueño, como si le hubiesen echado una carretada de ceniza encima. Urraca asomó los colmillos de tiburón:

—Si tienen la autorización de la prefectura no va a ser tan sencillo cerrarles el tinglado —me dijo—. ¿Tú tienes manera de colarte en sus reuniones y conseguir algún panfletillo que demuestre que no sólo se dedican a labores filantrópicas? Así conseguiríamos que Alisch diese para el pelo a ese curita separatista. Pero tenemos que demostrar actividad política, porque el SD no puede meterse en asuntos administrativos, que corresponden a la policía francesa.

Asentí, un tanto reacia o remolonamente, pues empezaba a cansarme de ensuciarme tanto las manos. La delación, como ejercicio intelectual y distante, lúcido y frío, rimaba con mi carácter; pero no tanto actuar como mamporrero. Urraca percibió enseguida mi renuencia y me anunció en un aparte:

—Me consta que Serrano ha hablado con el director del *Arriba*, pidiendo que te den mayor protagonismo. Supongo que en los próximos días tendrás noticias de Madrid.

Y me dirigió una sonrisa exagerada de dientes, reclamando mi aquiescencia sin reservas, que le concedí (no sólo para mi promoción en el *Arriba*, también para mis merodeos ante el curita Tarragó). Se había acercado a nuestro grupo el cónsul Rolland, altiricón y gallardo en su traje de franela inglesa, con la bondad riente navegando por su rostro caballar. Me lanzó una mirada cómplice:

—Debemos ser siempre cuidadosos y no invadir competencias —dijo, sin saber a ciencia cierta de lo que cuchicheábamos—. Pero tampoco podemos permitir que los alemanes atropellen los derechos de ciudadanos españoles, aunque sean judíos. ¿No le parece, señor embajador?

Lequerica aguzó su nariz ornitológica, entre paloma y gavilán:

—A nosotros no nos han puesto en el cargo para hacer escrutinio de prepucios, desde luego. Los ciudadanos españoles lo son, independientemente de quiénes sean sus ancestros. Aunque alguien que rechaza el jamón de jabugo nunca logrará caerme del todo simpático —dijo, incapaz de perdonar una broma—. Pero hablábamos de curas, que son mucho más peligrosos, aunque tengan prepucio y se pongan tibios de jamón. ¡O tal vez por ello mismo!

—Conformémonos con exigirles la misma morigeración en las costumbres que ellos nos reclaman desde el púlpito —propuso Rolland, siempre más tolerante de la cuenta—. Pero un poquito de manga ancha siempre facilita las cosas.

Ardía en deseos de hacerle llegar a Urraca el anónimo que había redactado con la Underwood de Velilla, detallando las argucias que Rolland había maquinado, para salvar judíos; pero todavía podía necesitar su ayuda para conseguir nuevos permisos de residencia. Entraban en la Sala Pleyel Alisch y Rado, que habían arrastrado consigo a varios compañeros de la avenida Foch; aunque trataban de mostrarse desenfadados y de asueto, las calaveritas de las gorras paralizaban a su paso las conversaciones de los asistentes, a los que se les ponía en los labios una sonrisa helada, como si tratasen también de parecer calaveras, por mímesis o sumisión al invasor. Alisch metió su hocico de comadreja en la conversación, para requerirme:

—Quiero verle en mi despacho en cuanto pasen las fiestas —me dijo, un poco perentorio o mohíno—. Esa Vitoliña se resiste más que los ingleses. Tenemos que pensar algo para ablandarla.

—Como no la pongamos al baño María… —se me ocurrió ironizar, a sabiendas de que Alisch no me entendería.

Pero Rado me entendió sobradamente; y por la mirada de su ojo de cristal deduje que, llegado el caso, también estaba dispuesto a procurar a María Casares los baños por inmersión que aplicaba en la quinta planta de la avenida Foch a los detenidos que se resistían a cantar la traviata. Como no parpadeaba, consiguió intimidarme.

—Cuente con que me paso por allí después de Reyes —dije, a sabiendas de que Vitoliña no tenía arreglo, o al menos el arreglo que Alisch buscaba—. Ahora, si me lo permiten, voy a desear suerte a la artista.

Como yo me había encargado de invitarlos a todos, entendían que me había ganado el corazón y las demás vísceras de Ana de Pombo; y me abrieron paso, reverenciales, con esa mansa admiración que se profesa al macho dominante en la manada. Ana de Pombo ya se hallaba entre bambalinas, dando el último repaso a los muchos vestidos que se iría poniendo a lo largo de la actuación, inspirados todos ellos en los trajes típicos de las distintas regiones españolas, pero interpretados según su genio hechizante y personalísimo, que la había convertido en la modista más requerida de Chanel y de Paquin. Tenía el cuerpo tenso como un arco a punto de disparar su flecha y el rostro como poseído de una fiebre mística, o rondado por la locura. Al abrazarla me susurró al oído:

—Júrame que me vas a follar hasta dejarme muerta después de que nos comamos las uvas.

Y había una desesperación agónica en su voz. La estreché muy fuertemente entre los brazos, comprobando que tenía la espalda atenazada de contracturas, y juré solemnemente y le deseé suerte, cuando ya salía disparada hacia el escenario, donde sólo la aguardaba el pianista con el que había acordado las piezas que debía interpretar. Ana de Pombo había exigido que el escenario estuviese por completo desnudo, apenas alumbrado por unas luces indirectas que adelgazaban todavía más su cuerpo, que lo simplificaban hasta hacerlo voluta y garabato, suspiro apenas, pero suspiro de carne en ascuas y alma en vilo, dispuesto a desafiar a todos los elegantes de París, ahítos de tópicos y prejuicios sobre la danza española, que estarían esperando peinetas y jipíos, peinados con tufo, repiqueteo de castañuelas y taconazos a la flamenca. Así que, cuando la vieron aparecer sobre las tablas, litúrgica y exenta, con el pelo mojado de lágrimas y caído sobre la cara como si fuera un Cristo de Velázquez, entre los asistentes se extendió un bisbiseo de suspicacia o desilusión, porque habían acudido a la Sala Pleyel en busca de esa vulgaridad desgañitada que se ofrece en los tablaos de madrugada, y en su lugar se encontraban con una mujer desbordante de miedo y elegancia (no hay nada tan elegante sobre un escenario como el miedo en los ojos), abrasada de

un fuego interior que la espiritualizaba y convertía en llama sola, en llama trémula, en llama que, al moverse, lo iba incendiando todo con su fuego oscuro. Asistí entre bambalinas al baile ritual de Ana de Pombo, un baile sin movimientos agitados, sin convulsiones ni paroxismos, un baile de paso grave y soberano, como si estuviese pisando cementerios bajo la luna, como si estuviese remontando los ríos de la sangre, hasta penetrar en los recintos más íntimos del misterio, allá donde las danzas españolas se reñían con Dios, y lo alababan, y lo increpaban, y le daban gracias, con una intensidad y un recogimiento que acongojaban el alma y la deshojaban hasta dejarla aterida, obligándola a pronunciarse, obligándola a ponerse de rodillas ante la nobleza de su porte, ante su distinción suprema, ante su fervor de loca que se ha atrevido a arrancar las alas a los ángeles, para cosérselas a las espaldas, sin importarle que sangraran. Ana de Pombo interpretó sevillanas y soleares y otras danzas andaluzas con un vestido como de Yerma, sin lunares ni faralaes; después interpretó una danza castellana con un vestido de pastora serrana con todo el pelo de la dehesa y pétalos de amapola; después interpretó una danza cortesana, vestida de menina de Velázquez liberada del polisón; después interpretó una danza leonesa, vestida de villana grave, de luto y de cardo; después interpretó una danza pasiega, vestida de moza cándida como el agua y como el pan de borona. Y en cada cambio de región, y mientras rodaban los aplausos del público —que habían empezado medrosos, para volverse cada vez más rotundos y entregados—, yo la aguardaba entre bastidores, sosteniendo el vestido para su siguiente danza, y al ayudarla a ponérselo podía sentir todo su cuerpo en trance, vibrante de sombra y de dolor. Acabó su actuación bailando un villancico con una dulzura y un recogimiento en los que parecía estar acunando a su hijo muerto, devuelto a la vida por el embrujo de su arte. Arreciaron los aplausos mientras se abría y cerraba reiteradamente el telón, como una metralla que no cesa, llenando la Sala Pleyel hasta alcanzar el techo, donde se quedaron durante largo rato, aleteando entre las molduras, retumbando en las arañas de cristal, que sacudían todos sus dijes. Y, mientras sonaban los aplausos, los focos concentraban toda su luz, ahora rabiosa, sobre Ana de Pombo, que se inclinaba ante el público con los brazos extendidos y el rostro yerto, más Cristo de Velázquez que nunca, toda ella ensimismada en su hijo crucificado.

—Consuela y alegra ver el arte español tan ennoblecido, tan rico, tan lleno de señorío, sin perder su gran alma popular —me dijo luego Gregorio Marañón, estrechando mi mano efusivamente, mientras hacía guardia ante el camerino.

Ana de Pombo se había encerrado allí, entre ramos de flores que alfombraban el suelo y trepaban por las paredes, para llorar su éxito; y me había pedido que agradeciera a todos los asistentes las felicitaciones y parabienes, pero que no dejara pasar a ninguno, pues necesitaba estar a solas consigo misma, o con el fantasma del hijo que la había enseñado a expresar su dolor sin consuelo a través de la danza. Así que fui depositario de todos los triviales cumplidos y hermosas alabanzas que aquella noche última del año cosechó Ana de Pombo, en desfile inacabable, mientras ella se quedaba en soledad y llanto dentro del camerino, o sólo hermética y en trance, sólo necesitada de una comunicación sobrenatural. Salió del camerino cuando ya se habían marchado todos los invitados, cuando la Sala Pleyel era un enorme mausoleo y apenas quedaba media hora para el toque de queda, que aquel día, excepcionalmente, se había hecho coincidir con la medianoche. Ana de Pombo se había vestido para cenar conmigo con un vestido de su diseño, de un terciopelo verde y acampanado que parecía un vivo Toulouse-Lautrec, con ese verde entre primaveral y fúnebre que se halla al fondo de todos sus cuadros; y traía consigo el perfume del camerino, el perfume de primavera marchita de todos los ramos que allí dentro habían concentrado su aroma. Era el mismo perfume que exhalan los crisantemos en una tumba.

—El capitán Alisch ha tenido la gentileza de prestarnos su auto y su chófer, para que nos lleve a tu casa —dije, abriéndole la portezuela.

El *faubourg* Saint-Honoré era un paisaje metafísico de Chirico (o tal vez un pastiche de Óscar Domínguez) en la noche sin estrellas, o con estrellas como párpados cerrados; y Ana de Pombo, mientras se acercaba al coche del capitán Alisch, proyectaba a la luz de la luna una sombra larguísima, como de ciprés sonámbulo, que el vuelo de su vestido hacía ondulante y tétrica, como si la acompañaran sargazos mortuorios. El trayecto hasta su casa en Saint Germain trascurrió en silencio, hasta que por fin habló, cuando cruzábamos el Sena por el puente de la Concordia, mirándose en sus aguas negras:

—¿Querrás creerlo? —dijo, con una voz antigua, casi milenaria

—. Todos aquellos aplausos fervorosos me causaron una impresión de pobreza humana. Simplemente, me dejaron indiferente. Sentí dentro de mí ese vacío interior que se nos produce cuando, al final de una tarde de fiesta, nos quedamos a solas con nuestros pensamientos. El corazón humano es demasiado grande y anhelante para que lo llenen y satisfagan las cosas de aquí. Todo aquello me parecía insulso. Perdóname si te parezco demasiado rara, pero en lo único en lo que pensaba era en la muerte de mi hijo, y en mi deseo de reunirme con él.

Pero buscó mi mano en el asiento trasero del coche, como si también necesitara aferrarse a la vida, mientras el dolor irremediable de su orfandad materna la desgarraba por dentro. Ana de Pombo tenía manos de venas muy abultadas, como vetas de un mármol ardiente que acababan desembocando en aquellos dedos anillados de hueso, que besé uno por uno, con paciencia botánica.

—Vamos corriendo, que todavía llegamos a comer las uvas —me urgió—. Y después quiero que me hagas lo que te pedí, en la bodega de la casa.

Lo dijo con voz de sibila, como si todo formase parte del mismo rito iniciático, que debía concluirse en las catacumbas con un holocausto. Ana de Pombo me llevó de la mano por el portal lóbrego y el corredor sin luz que conducía hasta su casa, como una Eurídice que ha resuelto usurpar el papel de Orfeo, y a través de los vastos salones desiertos, hasta llegar a la habitación de suelo ajedrezado donde me había seducido con su baile para mí sólo. Allí había ordenado a los criados, antes de darles el día libre, que dispusieran una mesa con un tentempié, con canapés de fuagrás y otras delicias por entonces casi inalcanzables, y un racimo ubérrimo de uvas moscateles, que parecían robadas de un bodegón barroco, con su envoltura de pámpanos y sus granos lívidos reventones de mosto, deseosos de ser mordidos. Ana de Pombo apenas probó bocado ni pronunció palabra, todavía en trance, dejándome comer a mí y arrimándome las bandejas de canapés como si deseara cebarme para que no le fallase por falta de fuerzas. Pero un minuto antes de la medianoche, tomó el racimo de las uvas, como si fuesen unas entrañas palpitantes, y me invitó a comerlas directamente de sus manos, como ella misma hizo cuando empezaron a sonar todos los relojes de carillón de la casa, que había mandado sincronizar para lograr aquella algarabía sinfónica. Comimos las uvas arrancándolas a

mordiscos del racimo, embistiéndonos con los labios voraces, buscando en la boca del otro el zumo de la vid, con devoción eucarística o caníbal, anudando las lenguas con los hollejos que se quedaban pegados en las encías y con las pepitas trituradas que nos raspaban la garganta. Y así hasta doce veces o hasta veinticuatro y todavía más, porque el racimo se quedó reducido al esqueleto y nuestras bocas se colmaron de uvas y de besos hasta ahogarse. Ana de Pombo, Eurídice inversa y apremiante, volvió a tomarme otra vez de la mano:

—Ven conmigo, espero que no me falles —me dijo, en un tono ansioso y exigente, mientras abría un portillo y me bajaba por unas escaleras excavadas en la roca.

Ana de Pombo encendió una bombilla que pendía del techo abovedado, derramando sobre la bodega una luz moteada de sombras, por las muchas cagadas de mosca que tenía adheridas al vidrio. La bodega de Ana de Pombo tenía un olor mixto de taberna y de convento, agrio y sepulcral a la vez, donde no desentonaba su perfume de primavera marchita. Había botellas tumbadas en armarios, polvorientas de cosechas y abstinencias; y al fondo, encaramada entre unas vigas de madera casi podrida, una cuba rezumante de madre entre las duelas, preñada de un vino antiquísimo y ansiosa de romper aguas. Noté que, a medida que respiraba aquel aire húmedo y subterráneo se me iban encharcando los pulmones.

—Es un borgoña de antes de la Gran Guerra —me instruyó Ana de Pombo, señalando la cuba grávida.

Pensé que me dejaría catar el caldo preciosísimo que guardaba dentro, abriendo la espita y acercando un cazo al chorro que empezó a caer, aliviado de dejar atrás su encierro. Pero Ana de Pombo no acercó ningún cazo, sino que se apartó de una sacudida su vestido de terciopelo verde, que cayó al suelo como un cortinón, quedando por completo desnuda, morena y leñosa como la madera de la cuba, con un cuerpo como de madera estofada, gótico y prieto, de caderas y senos casi niños, pero con los pezones muy empitonados y el pubis negrísimo, como un tímido luto que, sin embargo, iba extendiéndose por todo su cuerpo a medida que el borgoña también negrísimo lo empapaba, descendiendo en regueros que se mimetizaban con sus venas oscuras y le brindaban una corriente sanguínea alternativa.

—Ven, a qué esperas. Fóllame, fóllame ya —me imploró, bajo la

cascada del borgoña.

Y yo me fundí en la misma cascada, no recuerdo si desnudo o todavía vestido, para lamer su carne hirviente de dolor y de lujuria, su piel amarga de duelos y de vino tinto, que bebí solidariamente y sin respiro, adunando sus senos, resbalando en su vientre liso, ahogándome en su pubis de luto, hasta hallar su sabor más salobre y más íntimo, donde entré sin miramientos ni precauciones, como un pez que remonta la corriente en busca de la muerte, en busca de su propia muerte. Y al entrar dentro de ella sentí que me desgarraba toda la gama ardiente y suntuosa de las tierras de España, con todos sus cardos y cardenchas, con todos sus rosales y espinos, con todos sus rastrojos y ortigas, agavillados en la empresa común del dolor, creciendo todos sobre la tumba de su hijo. Ana de Pombo gritaba en cada empellón, derramándose bajo el vino en orgasmos que eran como estaciones del calvario, haciendo de su cuerpo un lagar sangrante que se dejaba invadir, golpear, pisar, hasta que los hondones de su dolor, ocultos entre zarzas, quedaban anegados de placer, una corriente de placer todavía más fluvial que la cascada del vino, y que, sumada a él, se volvía marea que borraba tiempo y espacio, adentrándose en territorios más allá de la vida, en dimensiones imprecisas donde se alcanza esa plenitud tan ligera que los antiguos llamaban «pequeña muerte», una muerte escurridiza y breve, vertiginosa y dulce que en el común de los mortales es un desvanecimiento de placer, pero que tal vez en Ana de Pombo sirviera para contemplar por un instante, entre las nieblas del más allá, a su hijo martirizado por los rojos, incluso para rozar su piel lacerada con las yemas de los dedos.

Caímos ambos sobre el suelo encharcado de vino o de sangre, sobre el vestido de terciopelo verde empapado que parecía como de barro primigenio, con los pulmones sin aire, entre besos y mordiscos en los que nos arrancábamos los últimos hollejos. Ana de Pombo todavía se agarraba a mí, para que no saliese de su cuerpo, y trataba de prolongar ese orgasmo último que la había llevado en volandas al otro mundo. Estaba llena de muerte y soledad, de lujuria y orfandad, de rabia y ausencia, de llanto contenido y llanto desbocado; estaba llena de sentimientos y sensaciones contradictorias, en tumulto o aquelarre, y mientras todavía gemía de placer entre mis brazos abrazaba el cuerpo exánime de su hijo, desahogando todos los gritos que se le habían quedado represados mientras actuaba en la Sala

Pleyel. Su último grito fue un aullido palpitante de placer, pero también algo parecido a un estertor. Se acababa la noche, se acababa el mundo. Y mientras volvía en sí y sentía el frío viscoso del vino envolviéndola en su charco, Ana de Pombo sintió vergüenza de lo que había hecho, como Adán y Eva sintieron vergüenza de su desnudez, después de probar el fruto prohibido.

—Márchate, Fernando, te lo ruego. Márchate ya.

Pero su voz era más imperativa que suplicante. Se había tapado la cara con su cabellera de Cristo de Velázquez, ahora empapada y goteante de borgoña, y se cubría pudorosa los senos de niña y el pubis de luto, mientras trataba en vano de alzarse. Yo habría podido decirle que no tenía nada de lo que avergonzarse, que es natural que el dolor más extremo se refugie en el placer más bestial, como había hecho Isaac metiendo a Rebeca en la tienda donde Sara, su madre, acababa de fallecer, y yaciendo con ella. Alguien escribió que el amor sólo merece este nombre cuando se abraza a la muerte, pero no recordaba quién; y Ana de Pombo, además, se había vuelto histérica y no estaba para citas literarias. Me gritaba los insultos más hirientes, mientras me golpeaba y perseguía por toda la casa, hasta echarme al portal.

—No quiero volver a verte, maldito canalla. Desaparece de mi vida para siempre.

Y me dejó en la noche de enero recién bautizada, sucio de vino y de remordimientos, pálido de miedo y de luna, mientras la oía a lo lejos, llorando en su desvarío, como antes habría hecho con el marido uruguayo y capado y con tantos y tantos hombres. Por fortuna, el chófer de Alisch seguía haciendo guardia con su automóvil, en el que me escurrí abochornado y en porreta, antes de darle la dirección de mi casa en Vincennes.

1941

I

El fiasco o tragedia griega del fin de año me sirvió, al menos, para concentrarme en mi colaboración con el diario *Arriba*, que tal como me había anticipado Urraca se volvió más asidua y estelar, gracias a la recomendación del cuñadísimo, a quien escribí una carta de agradecimiento en la que sólo me faltó declararle mi amor. A Ana de Pombo le dediqué una crónica arrebatada en el *Arriba*, descubriendo que el misterio último de su arte anidaba en los yacimientos inabarcables de su dolor; y deslicé alguna alusión críptica al episodio atroz que habíamos vivido en la bodega de su casa, bajo la cascada de borgoña, que a cualquier lector desavisado le parecería simple efusión o derramamiento metafórico. En cambio, en *El Hogar Español* publiqué —con mi firma— la crónica desaborida y pedestre del negro Gasch, sin liberarla de un solo anacoluto, sin alumbrarla con una sola hipálage, para que Ana de Pombo descubriera en su prosa roma y mazorral el finiquito de nuestro amor sin posibilidad alguna de prórroga o retoño. Mi crónica de su debut en el *Arriba* causó conmoción en Madrid, como en general la causaron los artículos, reportajes y entrevistas que escribí aquella temporada en una Olivetti de segunda mano adquirida con los marcos que cobraba bajo cuerda en la Propagandastaffel, que traía en su tecleo el ruido de la lluvia, un chaparrón alegre de letras que llenaba la soledad de mi casa de Vincennes y el vacío de mi vida.

La mayoría de los reportajes y entrevistas que publicaba en el *Arriba* los dedicaba a los artistas que habían doblegado la testuz y se habían avenido a participar en las actividades de la avenida Marceau, bien como alumnos de la Escuela de Bellas Artes (aunque hiciesen caso omiso de las enseñanzas de Beltrán Massés), bien como profesores de honor, o rebajándose a exponer sus cuadros en batiburrillo o mezcolanza con los bodrios horrendos que pintaban los alumnos de la Escuela, que estaban todavía aprendiendo a empuñar el pincel y tenían de artistas lo mismo que yo de santo varón. Y, además

de dedicarles reportajes y entrevistas laudatorias que los rehabilitasen ante las autoridades de la Nueva España (a la vez que los inhabilitaban ante los mayorales y rabadanes del exilio), había empezado a pasarle sobres a Lucien Rebatet, que los cogía al vuelo y a los pocos días transformaba en ditirambos encendidos al pintor que yo le indicaba, empezando por el polaquito Grau Sala, que era el que más afanes de emulación provocaba entre sus paisanos. De Grau Sala, epítome de ese arte *pompier* que tanto detestaba, Rebatet escribió en *Je Suis Partout* sin despeinarse que «se mueve con amplia destreza, fino, claro, espiritual y persuasivo, en los temas más humildes» (o sea, en el retrato de señoritas cursis con enaguas y mitones), demostrando «distinción de paleta» y «finura de enlace en la sostenida gama clara» (porque las enaguas eran sostenidamente blancas, con tonalidades de diversa claridad según cómo les diese el sol o estuviesen de limpias). También escribió Rebatet, generosamente untado y en pleno chorreo verborreico, que Grau Sala poseía «un complejo mundo figurativo» y «un cálido y palpitante fondo español, junto a una admirable técnica francesa, que se volvía japonesa en algunos sutilísimos momentos» (cuando la modelo se blanqueaba la cara con polvos de arroz, tal vez). El dinero del fondo de reptiles que me pasaba Perico Urraca lograba efectos taumatúrgicos en la escritura y en los gustos estéticos de Rebatet. Y una reseña tan encendida iba también a obrar milagros en la cotización de Grau Sala.

—¿Has leído los elogios que le dedican en *Je Suis Partout*? —me preguntó Ruanito, perplejo—. Y yo que pensaba que la pintura de Grau Sala era cursi y convencional... Voy a tener que encargarle un retrato antes de que se me suba a la parra y me pida un ojo de la cara.

Si en la opinión de Ruanito, que tenía el gusto formado (aunque fuese un gusto tarado por sus obsesiones malsanas), la reseña de Rebatet provocaba tales bandazos, sin duda provocaría una convulsión entre esnobs y tarambanas con ansias de estar *à la page*. Y también entre la patulea de polaquitos lampantes que contemplaban a Grau Sala con una mezcla de admiración y asco (o sea, con irreprimible envidia).

—Pero, ¿no te estaba haciendo un retrato el gitano Fabián de Castro?

—Es que el cabronazo pinta a ritmo de caracol. Además, aprovecha para pegarse un atracón todos los días, y luego se arrima a

la chimenea y se queda frito —refunfuñó Ruanito—. Y a veces se nos cuela en la alcoba matrimonial, sonámbulo, cuando más inoportuna resulta su presencia.

Pero para mí que a Ruanito todas las intromisiones en la alcoba matrimonial se le antojaban oportunísimas y excitantes.

—Allá tú si encargas el retrato a Grau Sala —le advertí—. Pero piensa que Rebatet escribe siempre por intereses creados.

Y no aclaré más el enigma, pues no quería que Ruanito cacarease mi contubernio con Rebatet entre su cofradía etílica. Nos habíamos aficionado, entretanto, a visitar los cementerios parisinos, en busca de tumbas de literatos egregios o malditos, rememorando las visitas que en otro tiempo habíamos hecho a los cementerios románticos de Madrid, en compañía de Buñuel y Dalí, que aprovechaban las excursiones para forzar los nichos y desvalijarlos de brazos corruptos o corazones amojamados y embadurnarse los labios de su putrefacción (lo cual, al parecer, inspiraba su musa surrealista). Ruanito y yo, más dandys y trasnochados, buscábamos tumbas de gentilhombres del Rey, todavía acribillados de las condecoraciones y toisones que les había impuesto el Orejas, cuyos cadáveres hormigueantes de gusanos inspiraban a Ruanito epicedios entre arrebatados y necrófilos que alborotaban a todos los búhos de los cementerios románticos de Madrid. Nuestras visitas a los cementerios de París eran, necesariamente, menos truculentas y macabras, pues habíamos renunciado a profanar tumbas (con los años se había atemperado nuestra iconoclastia, también nuestra irreverencia); pero las efusiones de Ruanito cuando descifraba el epitafio de algún legitimista francés eran igualmente ruidosas y provocaban siempre la desbandada de los murciélagos que acampaban en los mausoleos:

—Yo te saludo, valiente noble francés —declamaba Ruanito, con voz de barítono resacoso—, devoto y fiel a tu legítimo Rey, y lanzo en tu nombre una exclamación que ya no puede salir de tus labios, un grito que hará estremecer tus huesos: *Vive le Roi!*

Y notábamos, en efecto, un leve estremecimiento de la tierra bajo nuestros pies, pero tal vez fuesen los topos necrófagos que andaban remejiendo por allí. Habíamos acudido aquella tarde al cementerio de Montparnasse, incrustado en mitad del barrio y a tiro de piedra de mi buhardilla de la calle Froidevaux, que todavía no había podido estrenar como picadero (y que ya nunca iba a estrenar, aunque

todavía lo ignorase). Y buscábamos, a la luz sucia del crepúsculo, a la sombra afilada y premonitoria de los cipreses, la tumba de Baudelaire, a quien Ruanito había dedicado un libro de amor en vilo allá en la juventud perfumada de malditismo (tal vez el único libro de cuerpo entero que Ruanito había escrito, pues todos los demás eran colecciones de retales y encargos rutinarios), una biografía alucinada y trémula, llameante y sombría en la que, embriagado de Baudelaire —de su vida y de su obra, de su gloria y de su miseria, de su fanfarria y de su tragedia—, había logrado dar el do de su pecho esmirriado, dejando que el corazón se le subiese a la cabeza, con una escritura enjoyada de intuiciones geniales, sin la desgana y la prisa que lastraban otros libros suyos. Cuando por fin encontró la tumba de Baudelaire, dejándose guiar por las pupilas de los gatos, Ruanito prorrumpió en lamentaciones:

—¡Ah, padre y maestro mágico! ¡Qué solo te han dejado los hombres! ¿Qué mal hiciste a estos canallas, que ni siquiera te han puesto flores en la tumba?

Y ponía el grito en el cielo, como si implorase a las estrellas que derramasen lágrimas como pétalos, para así cubrir la tumba de Baudelaire con una alfombra floral. Pero la única respuesta a sus lamentaciones vino del otro lado de la tapia que bordeaba la calle Émile-Richard, que cruza el cementerio de Montparnasse, escoltada de árboles foscos donde anidan los espíritus de los ahorcados.

—¿César? ¿Eres tú, verdad? Tu voz caliente de barítono es inconfundible...

También era inconfundible —al menos para mí— la voz amarga, como perdida en las esquinas del aire y del olvido, de Ana María Sagi, que Ruanito tardaba en distinguir, porque no la escuchaba desde hacía más de diez años. Tuve que ayudarlo por lo bajinis a reconocerla.

—¡Ana María! ¡Mi virgen del *stadium*! —prorrumpió, alborozado—. ¡Mi Diana roja y catalana! ¡Mi bien plantada de brazos musculados y tostados por el sol!

Ruanito se iba poniendo cachondo de su propia retórica, que Ana María le chafó, desde el otro lado del muro:

—Esa mujer ya no existe, César —dijo, magullada—. Ahora me he convertido en un adefesio.

Pero eso era muy discutible; al escultor Mateo Hernández, por ejemplo, Ana María le había parecido hermosa como un animal, y por

eso la había elegido como modelo para esculpir su maciza bañista de granito rosa. Mientras ella buscaba una puerta en el muro para poder entrar en el cementerio, Ruanito me contó que la había conocido allá por el año treinta, cuando la dictablanda, coincidiendo con una visita de Ana María Sagi a Madrid para presentar su primer libro de versos, liliales y castos, pero ya merodeados por la honda pena del amor fracasado. Ruanito había hecho entonces una interviú (así decíamos entonces) incandescente de piropos y arrumacos a la catalana de apenas veintidós años recién llegada a la capital, y había tratado de seducirla, llevándola de excursión a El Escorial, donde le había enseñado el pudridero de los reyes (aturdiéndola, a buen seguro, con sus delirios monárquicos) y después la había invitado a comer en un merendero un plato de callos con garbanzos, mientras trataba de magrearla.

—Tenía esa belleza de las mujeres de la raza catalana, que no se capta en el primer momento —me confesó Ruanito, demasiado optimista—. Ya sabes: la nariz recta, el maxilar poderoso, los ojos de una serenidad helada y nada cordial, la boca pequeña de labios finos... Pero tenía unas carnes prietas que daban ganas de comérselas a mordiscos... ¡Qué carne prodigiosa y abrasada por el sol, qué perfecta gravitación de pechos y nalgas!

Ana María ya se avistaba a lo lejos, una sombra paseando entre hileras monótonas de tumbas. Azucé a Ruanito:

—Ya... Y tú te pusiste tibio aquella tarde, ¿no?

—Desde luego, lo intenté, pero... ¡menudos mojicones me daba, a cada intentona! —bufó Ruanito, más divertido que contrariado, mientras recordaba la escena de su seducción fallida—. La tía bruta se dedicaba a lanzar jabalina, o martillo, o ambas cosas a la vez, y tenía una fuerza en el brazo que podía arrancarte la cabeza de un sopapo. ¡Vaya con mi virgen del *stadium*! Se me marchó de nuevo a Barcelona con la virginidad intacta.

Había pasado poco más de una década desde aquel episodio galante, pero ambos habían cambiado más que levemente. Ruanito seguía tan flaco y desmedrado, pero sus facciones de mosquetero se habían deslucido, sus ojeras se habían vuelto un hojaldre cárdeno, su bigotillo de alambre se había desflecado, sus carrillos se habían reblandecido hasta volverse un poco perrunos. Y Ana María había dejado de ser la muchacha en «perfecta gravitación» cuyas carnes

Ruanito hubiese deseado morder y magrear: las penalidades habían afilado su rostro, el hambre había adelgazado su cuerpo musculado, las facciones feas pero estatuarias se habían vuelto feas y ruinosas y el cabello, que había sido de lumbre, asomaba ya algunas canas cenicientas, tal vez prematuras. Permanecieron algunos segundos escrutándose, antes de darse un abrazo cordial.

—¿Te acuerdas de lo que escribí en la interviú, Ana María? —preguntó Ruanito, nostálgico—. Nosotros no podríamos ser nunca «amiguitos», sino «amigotes». ¡Y mira que te requebré y traté de tocarte el culo!

Ana María rió, halagada y con algo de desmayo:

—Pues hiciste bien en conformarte con ser mi amigote, César. Ya ves que mi culo no es ni sombra de lo que fue, desde entonces no ha hecho otra cosa sino decaer.

Vestía muy pazguatamente, con ropa astrosa y deslucida, como repescada de algún hospicio. Ruanito la contempló sin intención lúbrica y le asomaron las lágrimas en los ojos:

—Pero, ¡muchacha!, si tienes menos carne que un jilguero —gimió, sinceramente apenado—. ¿Es que te has olvidado de comer?

—Algo como en los comedores de caridad —dijo Ana María, mirándome con ojos acusadores—, pero el rancho es cada vez más escaso. Tu amigo Navales lo sabe bien. Y dormía en una residencia de monjas de la que me han echado, por indisciplinada. Ahora ando buscando trabajo, pero sin permiso de residencia es difícil que me lo den, y mucho más difícil que consiga cupones de comida.

A mí no me importaba tanto como a Ruanito que las mujeres tuviesen menos carne que un jilguero, pero sospechaba que también yo tendría que resignarme a ser «amigote» de Ana María Sagi, por mucho que le ofreciera el oro y el moro:

—Ya te dije que yo podría prestarte mi buhardilla sin cobrarte alquiler —le recordé, un poco ofendido de sus desdenes—. Y también podría ponerte en regla la documentación, para ayudarte a obtener el permiso de residencia. Tengo mano con el cónsul.

Ana María me seguía mirando con desconfianza, una desconfianza más bien teatral y sádica, como si disfrutara comprobando que los hombres también cortejan a las feas, aunque las feas los rechacen como «amiguitos». Ruanito, en cambio, me miró admirativamente, aunque con ciertos resabios o pelusillas:

—No sabía yo que fueses un hombre tan influyente. Pero, claro, siendo colaborador estelar del *Arriba* y contando, encima, con las bendiciones de Serrano…

—Bien sabes por lo que tú no cuentas con ellas —lo zaherí, sin saber a ciencia cierta la razón. Y lo comprometí—: Oye, ¿pero tú no me dijiste que necesitabas una *gouvernante*? Ana María podría cuidar de Cuco y ganarse un sueldecito. Así ya lo tendría todo: casa, permiso de residencia, trabajo y cupones de comida.

Para mi sorpresa, Ana María se mostró dispuesta a trabajar de niñera del llorón Cuco, descargando de cuidados a Mary de Navascués; y Ruanito se comprometió solemnemente a darle trabajo ante la tumba de Baudelaire. En el cementerio de Montparnasse caía la noche con estrépito de catafalco, espantando a los sepultureros y a los murciélagos. Unos gendarmes de aspecto patibulario hacían sonar los silbatos, anunciando la hora del cierre.

—Y quién sabe si, además de niñera, no podrías hacerme también un retrato… —murmuró Ruanito, pensativo—. Creo recordar que a ti te gustaba también pintar…

Ana María nos sonrió a ambos, ahora sin desconfianza. Aunque estaba enflaquecida y zarrapastrosa, seguía manteniendo la dentadura blanquísima, con unos dientes afilados como los de algunos animales feroces.

—Acepto vuestras ofertas sin pensarlo más —dijo, pillándonos un poco por sorpresa—. ¿Por qué no me enseñas esa buhardilla, Navales? Si me gusta, me quedo en ella desde esta misma noche. Y si no te da tiempo a marchar antes del toque de queda, puedo dejarte dormir en el sofá, mientras yo duermo en la cama.

Lo había soltado por provocarme, con risueño desparpajo; pero lo cierto es que en la buhardilla no había dejado ningún sofá, por lo que al menos por esa noche, si deseaba quedarse a dormir, tendríamos que compartir la única cama de catre desvencijado que había dejado allí tras la mudanza, sin colcha ni mantas (por lo que Ana María, además, no podría arrebujarse, y tendría que acurrucarse contra mí, salvo que prefiriera helarse de frío). Salimos del cementerio, urgidos por los silbatos de los gendarmes y las lanzas acongojantes de los cipreses, junto a las escasas viudas inconsolables que quedaban en el barrio y algún cataléptico que había despertado en la fosa común y se llevaba a casa una calavera bajo el brazo, para que le sirviese de pisapapeles.

Ruanito corrió a coger el último metro sonámbulo que lo llevaría a Passy, mientras Ana María y yo bordeábamos la tapia del cementerio, alumbrada de fuegos fatuos, que son los cirios de los cadáveres, hasta alcanzar el edificio de la calle Froidevaux que había abandonado apenas un par de meses antes, donde la portera reviradilla y de tobillo gordo seguía agazapada en su chiscón, presta a chivarse a los alemanes de cualquier conciliábulo o reunión de adúlteros que se celebrase en el inmueble.

—La señora es una posible inquilina y vengo a enseñarle la buhardilla —dije, explicando la presencia de Ana María.

Y como era feúcha, no despertó las suspicacias de la portera. Ana María estuvo un rato recorriendo las habitaciones desoladas de la buhardilla, como capillas expoliadas o apeaderos para fantasmas en los que, aparte de la cama de somier desvencijado, sólo había dejado un par de sillas cojas, unos pocos útiles de baño, un par de baldas en la pared con libros trasnochados y un geranio en el ventanuco, para entonces mustio y corito.

—Esto es un desván sin lumbre —sentenció Ana María, algo descorazonada.

—Pero menos da una piedra, chica —traté de levantarle el ánimo —. A caballo regalado… Además, tendrás plena libertad para entrar y salir cuando te plazca, que no creo que las monjas concediesen a las mujeres descarriadas…

Ana María se dejó caer sobre la cama, para comprobar la comodidad del colchón, que no era tanta como los bamboleos del catre, a punto del naufragio. Se quedó mirando pensativa las manchas de humedad del techo, más embarulladas y capciosas que manchas de Rorschach.

—¿Plena libertad? —dijo, entre pesarosa y burlona—. En el París ocupado por los boches tenemos la misma libertad que esos pájaros que cazan los muchachos… No les divierte ni verlos encerrados en jaulas ni verlos volar libremente; no los quieren esclavos, pero tampoco libres, y finalmente encuentran una fórmula intermedia cruel: con un hilo especial envuelven cuidadosamente el cuerpecillo del pájaro, dejándole libres las patas y las alas; y sujetan la otra extremidad del hilo a una varilla que llevan de la mano. El pájaro se cree entonces libre y emprende el vuelo; pero cuando llega al límite de su recorrido, hasta donde el hilo le permite, descubre que no es libre,

y después de un pequeño forcejeo tiene que volver irremediablemente al punto de partida. Es una libertad con lazo que engaña a los pájaros y divierte a los muchachos.

Su voz, a medida que hablaba, se iba herrumbrando de una rara melancolía.

—Me ha gustado esa analogía —dije—, pero cuando te consiga los papeles en el consulado podrás moverte... con un hilo más largo. ¿Se te ha ocurrido a ti la historia del pájaro con lazo?

Ana María revisaba el retrete, no muy limpio, y los útiles de baño que había dejado sobre una repisa, entre los que no faltaba algún potingue femenino, adquirido en previsión de convertir la buhardilla en picadero. Ana María los contempló con una mezcla de pasmo y de sorna.

—No, la analogía es de una amiga muy querida con la que había pensado irme a vivir —me respondió, misteriosa—. Pero ella está en apuros, y tal vez pueda ayudarla más si la dejo vivir sola.

También miró la cocina desplumada (me había llevado a la casa de Vincennes el escaso menaje), con las junturas de los azulejos negras de mugre y el hule de la mesa más pegajoso que una liga para moscas.

—Pues así seréis dos mujeres viviendo solas, pudiendo estar acompañadas —comenté, sarcástico—. A ver si me presentas a tu amiga, podría querer ser mi amiguita, con un poco de suerte.

—Lo dudo mucho —se rió francamente, como si acabase de escuchar el mayor dislate—. Y me temo que ésta ni siquiera querría ser tu amigota. No odia tanto a los hombres como yo, pero a los que usáis camisa azul mahón os teme más que a la peste.

Me miró desafiante, sin la coquetería del desafío erótico, con la misma seca actitud con que podría haberlo hecho un hombre. Pero yo sabía que en sus ojos de cierva vulnerada había avisos de derrumbe; sabía que estaba demasiado sola y necesitaba desahogarse con alguien. Y, además, en el jardín de Mateo Hernández, en Meudon, ya se había dejado atusar el cabello.

—También a los anarquistas os gustaban los monos azul mahón —bromeé, antes de preguntarle a quemarropa—: ¿Por qué abandonaste a tu marido y a tu cuñado? ¿O fueron ellos los que te abandonaron a ti?

Se volvió de repente hacia el ventanuco, como si deseara arrojarse a la calle; pero sólo buscaba que no le escrutara los ojos,

para que no pudiese detectar sus debilidades. Murmuró, como si su voz viniera de algún yacimiento esquilmado:

—Me casé con Francisco Expósito porque quería tener un hijo —me respondió a regañadientes—. Era mi sueño nunca cumplido, poder estrechar entre mis brazos un dulce ser nacido de mis entrañas. Y a una mujer sólo le está permitido cumplir ese sueño después de casarse con un hombre, si no quiere que la consideren descarriada. —Esbozó una mueca sarcástica, recordando tal vez a las mujeres descarriadas con las que había convivido en aquella residencia de monjas de donde la había expulsado su indisciplina—. Elegí a Francisco Expósito porque era ya cincuentón, y pensé que al menos no tendría que soportar que me estuviese asediando todo el día. No soporto vuestro apetito vil y torpe, me asquean vuestros besos —dijo, cada vez con mayor encono y violencia, como si también quisiera disuadirme de aproximaciones que serían irremediablemente fallidas—. Dejaba que me inseminase un par de veces a la semana, reprimiendo el asco, con la esperanza de que me dejara preñada de una maldita vez. Pero debía de tener la leche demasiado rala, o tal vez yo esté del todo yerma, porque no hubo manera; y fueron casi tres años sobreviviendo al asco... —Acalló la rabia, pero enseguida asomó sobre la rabia, resquebrajándola, el llanto—: Hasta que un día su hermano Antonio, que se habría emborrachado porque ya no podía soportar el cargo de conciencia de seguir tapando el engaño, me reveló que el muy cerdo estaba casado y tenía tres hijos, a los que había abandonado en Sevilla, antes de meterse en política por resentimiento.

Callé pudorosamente durante un rato, dejando que Ana María llorase en silencio contra el cristal del ventanuco, empañándolo con su aliento agrio y exhausto.

—Menudo hijo de la grandísima puta —mascullé al fin—. Desde luego, el resentimiento se le notaba a la legua.

Pero yo había notado el resentimiento de Francisco Expósito porque siempre sabemos distinguir a quienes cojean del mismo pie que nosotros mismos. Volví a acariciar el cabello de Ana María, para terminar masajeándole el cogote, como si desease infundirle ánimos.

—Se había casado en su juventud con la hija de un catedrático, de una familia muy tradicional de Sevilla, porque de joven había querido codearse con la gente de dinero y sacristía —volvió a murmurar, una vez repuesta—. Pero su fracaso como escritor lo llenó

de odio contra la sociedad que no lo había aplaudido, y se convirtió en apóstol de la ideología libertaria, dejando abandonada a su familia e instalándose en Barcelona, donde lo conocí. Luego se marchó de reportero al frente de Aragón, con la golosina de ver cómo los anarquistas mataban a los ricachones y a los curas…

—Pues ocasiones para engolosinarse no le faltarían… —me atreví a comentar macabramente.

Ana María alzó el brazo para apartar mi mano de su cogote, pero desistió a medio camino de hacerlo.

—Se engolosinó tanto que se olvidó de su mujer y de sus hijos y se casó tan campante conmigo, sin preocuparse de cometer bigamia, sin preocuparse de esos pobres niños abandonados, como la alimaña que era… —Ahora el llanto cayó sobre ella abriéndola en canal—. Si hay algo que no puedo soportar, es que se le haga daño a un niño. Toda la vida he amado a los niños, porque es lo único puro que hay en este mundo cochino. Y de repente descubría que yo… que yo había contribuido a destrozar la vida de tres niños inocentes y de una pobre mujer abandonada.

Se derrumbó sobre mi pecho, presa de convulsiones, lacerada por los zarpazos del llanto, que no la dejaban tenerse en pie. La conduje hasta la cama, ayudándola a recostarse sobre el fatigado colchón, conmigo a su vera, borrándole las lágrimas de las mejillas, invadido de una insidiosa piedad.

—Si ese hijo de puta sigue en Chartres puedo destrozarle la vida —me ofrecí—. Puedo conseguir que los alemanes lo enchironen por bígamo, o que lo devuelvan a España, para que allí lo fusilen por apoyar las matanzas de curas.

Ana María denegó obstinadamente con la cabeza, mientras sus ojos de cierva vulnerada se anegaban de noche:

—Allí sigue viviendo, en la misma casa donde tantas veces se me echó encima, para dejarme dentro su escupitajo, después de destrozarme el alma. —Me agarró de las solapas de la chaqueta, perentoria—. Pero no quiero que lo denuncies, le prometí a su hermano Antonio que nunca lo haría…

No me aclaró por qué había hecho tal promesa; pero imaginé que, pese a la ruptura, aún mantendría con los hermanos Expósito alguna oscura connivencia o conchabanza, tal vez alguna confabulación de los años de la pólvora que no le conviniese desvelar.

—Así que de ahí te viene el odio a los hombres… —recapitulé.

Ana María tragó saliva y se limpió las lágrimas en mi camisa, antes de completar su confidencia:

—De ahí y de no haber logrado que me hicieran el hijo que tanto soñaba, después de haberme tragado el asco de acostarme con ellos. Nunca he podido amar a ningún hombre.

Por el ventanuco se colaba una luz de luna sucia y exangüe, tan sucia y exangüe como mi alma. Lo pregunté sin escándalo:

—¿Y a las mujeres has podido amarlas?

Ana María hablaba contra mi camisa, recostando su cara en mi pecho. Al fin había conseguido convertirme en su amigote:

—A alguna he llegado a amar, pero… pensando alcanzar la felicidad, no hice sino ahondar mi desgracia —susurró, dulce y afligida—. No es fácil amar en tiempos de odio, y mucho menos a quien no te está permitido amar.

Volvió a apremiarla el llanto y la apreté contra mí, sintiendo en las costillas la dureza de su calavera, la aspereza de su piel herida de soles y heladas, la humedad de sus lágrimas, como una sangre que sangraba sin prisa, salada y transparente. También sentí el frío yerto de sus labios sin besos, que yo no podría calentar nunca; y la palpitación secreta de sus pensamientos inaccesibles, circulantes por cavidades ocultas y pasadizos íntimos yo nunca podría pisar.

—Estás a salvo conmigo, Ana María —le susurré.

—No estoy a salvo contigo, desgraciadamente —replicó ella—. Pero no tengo a ninguna otra persona con la que estar, ni a salvo ni en peligro.

Se quedó dormida entre mis brazos y la arrebujé con mi abrigo y mi chaqueta, para que no pasase frío. Me avergonzaba pensar que un resentido como yo hubiese acabado dando calor y consuelo a una roja bollera; pero, extrañamente, a la vez que me avergonzaba, me hacía feliz, aunque estuviese ahondando mi desgracia.

II

—¡La felicidad! —bramó Alisch, fuera de sí—. ¡Me dice que sólo podrá alcanzar la felicidad si obtiene el reconocimiento como actriz teatral! Y se ha inscrito en el Instituto de Lenguas Modernas, para perfeccionar su francés. ¡A quién le interesa una lengua decadente y sin futuro! Más le convendría estudiar alemán, si de veras desea triunfar.

Por fin me había decidido a visitar las oficinas de la avenida Foch, atendiendo los requerimientos apremiantes del capitán Alisch, cada vez más rendidamente enamorado de María Casares, Vitoliña, que seguía toreándolo con banderillas y picadores. Las oficinas del SD, los servicios de inteligencia de las SS, tenían un aire de tedio burocrático, como de negociado de impagados o delegación del catastro; al menos la segunda planta del edificio, donde se hallaba el departamento de asuntos españoles que Alisch dirigía. Allí ningún agente vestía el uniforme de las SS, ni ostentaba la consabida simbología intimidante (que, al parecer, reservaban para sus apariciones públicas, cuando querían impresionar o amedrentar a los pardillos), ni siquiera saludaba brazo en alto y entrechocando los talones, como se supone que deberían hacer unos nazis vocacionales que presumían de mayor dedicación y entusiasmo que la funcionarial Gestapo. El despachito de Alisch, fuera del consabido retrato del ángel con gabardina y bigote en la pared y de los membretes del papel de escribir (con el águila imperial del Tercer Reich y las runas paganas), podría haber estado ocupado por cualquier covachuelista con almorranas. Tal vez a Alisch ya le hubiesen salido almorranas, de tanto esperar sentado que María Casares cediera a sus requiebros.

—¿Pero no me dice nada? —se exasperó, frunciendo el morro de hurón—. ¿A usted le parece normal esa obstinación?

¿Qué podía yo decirle? Alisch tenía tantas posibilidades de seducir a Vitoliña, aproximadamente, como yo de hacerme amiguito de Ana María Sagi; y tal vez alguna menos. Pero si le expresaba crudamente mi modesta opinión corría el riesgo de desatar sus iras y

de que me tomara una ojeriza descomunal. Pues siempre la frustración demanda chivos expiatorios sobre los que descargar sus enojos.

—A mí tampoco me parece tan mal que asista a clases de dicción, para desembarazarse de su acento gallego —dije, muy tímidamente—. Los franchutes son unos fetichistas de su lengua; y a sus actores les exigen una dicción perfecta. Otra cosa es que...

Alisch manoteó como si estuviese borrando de un imaginario encerado mis palabras, que le habían parecido necias y desnortadas (pero uno siempre confunde el norte, cuando está encalabrinado). Hablaba atropelladamente, mezclando español y francés, y metiendo incluso alguna morcillita en su lengua, que sonaba a chatarra triturada:

—Déjese de monsergas, Navales. Los franceses tendrán los fetichismos que quieran, pero su industria cinematográfica está bajo nuestro control. Y a nosotros nos importa un comino que las actrices chapurreen un francés abominable, con tal de que tengan, ¿cómo se dice, magnesio?

—Magnetismo —lo corregí.

—Pues eso, que nos basta con que estén de rechupete, provocando afán de emulación en las mujeres y erecciones en los hombres —resumió Alisch, y probó en vano a reírse, pues estaba demasiado contrariado—. Incluso, de cara al mercado exterior, conviene que resulten exóticas. ¿Y qué exotismo más atractivo que un acento gálico?

—Gallego, o galaico —volví a corregirlo, pudoroso—. Gálico es como si dijera de las Galias; o sea, francés. Ya sabe, *De Bello Gallico* y tal.

Alisch me miró con una caída de ojos cruel, como si estuviera considerando enviarme a la quinta planta, para que me apretasen un poco las tuercas. Decidí dejar de corregirlo.

—He hablado con Alfred Greven, el director de Continental Films, recomendándole a Vitoliña —prosiguió, con una voz más aplomada—. Greven vio sus fotos y quedó prendado de su misterio, enseguida se entusiasmó y me dijo que una mujer con ese físico podría encontrar acomodo en sus producciones, incluso como protagonista...

Continental Films era una empresa de producción cinematográfica montada por indicación del mismísimo doctor Goebbels, financiada íntegramente con dinero alemán, pero con

fachada de compañía francesa. Tenían el monopolio de la producción nacional de la zona ocupada —el cine americano, infectado de propaganda antialemana, había sido prohibido—, y se dedicaban a hacer comedias de revoloteante frivolidad, fantasías de trasfondo onírico e intrigas policiales; películas de evasión, en fin, que distrajeran al público de las penalidades de la Ocupación, en especial de las restricciones y racionamientos cada vez más onerosos.

—¡Como protagonista! —exclamé, decidido a bailarle el agua—. ¿Y cómo esa muchacha rechaza semejante oportunidad? ¿Se ha vuelto loca o qué?

Alisch se mesó el pelo rubiasco, que le caía sobre la frente como una cortinilla rala, cada vez más rala. Me pregunté si las resistencias y escaqueos de María Casares no le estarían provocando alopecia.

—La muy tozuda no quiere someterse, ¿entiende? —Se le habían encendido los ojos, como si se estuviese volviendo majara—. Quiere hacer su propia carrera, sin deberle favores a nadie. Ni siquiera a mí...

Estaba perplejo y consternado, incapaz de comprender la actitud arisca de la gallega, que evidentemente no quería satisfacer la contrapartida que Alisch le exigía, decidida a blindar su coño contra el mundo; o sólo contra Alisch, pues no parecía la Vitoliña una custodia perpetua de su virgo, ni siquiera custodia hasta el tálamo.

—No me fastidie que nos ha salido feminista... —comenté sin mojarme, un poco apenado, no sé si por María Casares o por Alisch.

—Más que feminista, orgullosa —precisó Alisch, como si propusiera una atenuación de su delito—. Considera que triunfar en el cine está al alcance de cualquier peluda o pelona... —Imaginé que había querido decir pelandusca, pero no dije ni mu—. Y, como no quiere que la confundan con una de esas pelonas, ha decidido que su triunfo primero debe ser en las tablas, para luego hacer una película de vez en cuando, reclamada por los directores que admiren de veras su trabajo teatral, pero sin tener que... prestar favores. —Y se le quebró la voz—: Ni siquiera a mí.

Había hecho del coño de Vitoliña su vellocino de oro, su santo grial irrenunciable; típico encalabrinamiento que se podía haber arreglado si, antes de enamorarse, hubiese recurrido a las gallegas (si es que el acento exótico lo subyugaba tanto) que en la barriada de Saint-Denis se ofrecían a una clientela a la búsqueda de emociones fuertes, a cambio de unas monedillas. Pero el capitán Alisch había

caído con Vitoliña en la misma trampa que los ingleses habían tendido a Hitler: en lugar de invadirla sin contemplaciones desde el primer momento, aniquilando sus resistencias por las bravas, se había dedicado a asediarla, a rondarla, a merodearla, haciéndola a la postre más numantina y obcecada en su resistencia. Y cada vez más convencida de salir airosa y hasta triunfante del brete. Mentí, para tratar de consolarlo:

—La Vitoliña no merece que usted lo pase tan mal, capitán. Como ella hay miles, olvídela.

Pero, después de haberla visto actuar en Chez Pomme, yo sabía que era diferente a todas, por su genio cándido, su osadía e intrepidez, su instinto y su entrega; y como mujer, aunque no fuese la más guapa del mundo, tenía una sensualidad extraña y ardiente, como una aureola que podía atrapar a cualquier hombre en su luz, convirtiéndolo en polilla que no cede en su revoloteo hasta achicharrarse. Alisch levantó la cabeza y me miró con dureza de pedernal:

—Como ella no hay ninguna, deje de decir majaderías.

—Bueno, también es verdad... —me rilé.

—Pero no puedo admitir que haga una carrera por su cuenta —afirmó, con la cara por completo desencajada—. Si lo logra, la habré perdido para siempre. Vitoliña anda haciendo audiciones por los principales teatros de París, para ver si la contratan... Pero antes de que le hagan la audición, yo mando a Rado al teatro, para que hable con su director... —Calló por un instante, como si le doliese su propia vileza—. Ya sabe que Rado puede ser muy convincente cuando quiere.

Me sobrecogió que estuviese tratando de boicotear la carrera de María Casares, por despecho de pretendiente frustrado o empeño en someterla a su capricho. Y hubiese querido pegarle allí mismo una somanta, hasta dejarle el hocico de comadreja convertido en un morro de cerdo sangrante. En la vida uno acaba pegando muchas somantas platónicas.

—¿Quiere... quiere decir que Rado los amenaza... los convence para que no la contraten?

Volvió a hacer el manoteo de antes, que esta vez me pareció un aspaviento maligno:

—Oh, no, no llegamos a tanto... —me corrigió, maquiavélico—. Rado les advierte que Vitoliña es hija de un ministro de la República y

que, si la contratan… tal vez el Gobierno español podría hacernos llegar una queja, obligándonos a intervenir, por no desairar a Franco… En fin, que evidentemente las compañías son libres de contratar a quien les dé la gana, pero que ciertas contrataciones pueden resultar a la postre muy problemáticas… Pero, hablando del césar de Roma…

Rado había asomado la cabeza por la puerta del despacho y pedido permiso para pasar. Iba en mangas de camisa, que llevaba muy planchada, como recién puesta, y se notaba que acababa de lavarse las manos, porque todavía las traía húmedas y fragantes de jabón, como si hubiese borrado el rastro de su trabajo reciente. Pero en el ojo de cristal se había dejado una salpicadura de sangre, que había resbalado cruzándole el iris.

—El rey, capitán, el rey de Roma —lo corrigió con desenfado Rado.

—César o rey es lo mismo, lo que importa es dominar la situación como tú la dominas, Rado —dijo Alisch, agradeciendo las habilidades de su subalterno—. Le contaba al señor Navales que últimamente te ha tocado hablar con los directores de varios teatros de París…

Me abrumaba el asco, pero traté de disfrazarlo de pena:

—Y así están destruyendo la carrera de la pobre María Casares…

Rado resopló, con gesto de impotencia:

—No se crea que es tan sencillo —aseguró—. Esa galleguiña tiene algo de bruja; o de meiga, como dicen sus paisanos. Los directores con los que he hablado me juran que no la van a contratar ni locos, que no quieren meterse en líos por una aspirante cualquiera; pero luego, cuando le hacen la prueba, se quedan todos embrujados, y cuesta mucho que cumplan su palabra. Alguno, incluso, le ha dado algún papelito de figurante, o de unas pocas líneas.

Rado se sentó en el escritorio de Alisch, sin importarle mostrar la espalda a su superior. Supuse que aquella misma postura la adoptaría ante los detenidos de la planta quinta, antes de empezar a repartir leña, antes de que las narices reventadas y los labios partidos le salpicaran de sangre el ojo de cristal. Alisch adoptó un tono magnánimo:

—Por supuesto, no me importa que le den un papelito sin importancia de vez en cuando, así no desespera y está entretenida —dijo, felón y enamorado—. Pero convendría que cuanto antes abandonase esas chiquilladas de la carrera teatral y aceptase la oferta

de Continental Films. Habíamos pensado que usted podría… persuadirla de lo mucho que le convendría convertirse en estrella de cine y dejarse de limosnas teatreras.

Sabían que había logrado persuadir a algunos artistas exiliados para que colaborasen en las actividades de la avenida Marceau, engatusándolos con entrevistas y reportajes en el *Arriba*, y pensaban que podría hacer algo similar con María Casares, acudiendo reporterilmente a la audición que esa misma tarde, en apenas un par de horas, le harían en el teatro de los Mathurins, en la calle del mismo nombre, en el octavo distrito. Como la audición sería, previsiblemente, un fracaso (pues Rado ya había hablado con uno de sus directores), yo podría aprovechar el desaliento de María Casares para encarrilarla e imbuirle la idea, en el curso de la entrevista, de que estaba malgastando absurdamente su talento, mucho más dotado para el cine (aunque la escenificación que había hecho en Chez Pomme del cuento macabro demostrase exactamente lo contrario).

—No se nos escapa que el teatro de los Mathurins está bastante lejos de nuestras oficinas y que dispone de poco tiempo —me dijo Alisch, muy oferente y malévolo—. Pero tiene a su disposición mi coche, como en la noche de fin de año…

La sonrisa sibilina que cruzó con Rado me confirmó que el chófer les había contado con pelos y señales mi ridícula estampida en porreta de la casa de Ana de Pombo. También entonces me sentí ridículo y en porreta ante ambos, y sin ganas de discutir sus planes, que eran por completo rocambolescos; entre otras razones, porque una entrevista en el *Arriba* con la hija de Casares Quiroga no podría pasar el filtro de la censura española, por muy encoñado que estuviese Alisch y mucha prosa florida que le metiera. Pero no me molesté en aclararles este pequeño detalle y me rendí:

—Está bien, le soltaré la catequesis que ustedes quieren —dije. Pero no dejé de advertirles—: Aunque les advierto que esa muchacha es tozuda y tiene una vocación de caballo. Y a un caballo no se le puede obligar a beber agua, si no lo desea.

Nadie lo sabía mejor que yo, que había accedido a beber las aguas más pestilentes y venenosas, después de haber vendido y denigrado mi vocación. Pero María Casares era todavía demasiado joven, y estaba demasiado bendecida por las musas, para obrar tan cobardemente como yo. El teatro de los Mathurins lo dirigía una

pareja de actores y directores teatrales de moda, Jean Marchat y Marcel Herrand, bujarrones ambos, aunque de muy diverso carácter: si Herrand era más bien hosco, un poco melancólico y de una sensibilidad a flor de piel que velaba pudorosamente con una veta de agrio cinismo, Marchat era refinado y discreto, muy exquisitamente correcto, dominador de sus pasiones y hueso duro de roer. Por supuesto, el encargado de realizar las audiciones a los principiantes era Jean Marchat; y con él había acordado Rado que María Casares fuese desestimada, o en todo caso aceptada para cualquier papelito ínfimo (se daba la casualidad de que Jean Marchat era profesor de María Casares en el Instituto de Lenguas Modernas, adonde acudía para mejorar su dicción). Cuando llegué al teatro de los Mathurins, después de una larga caminata (no había aceptado el ofrecimiento burlón de Alisch, por no volverme a tropezar con el chófer que me había visto los perendengues rebozados en borgoña), la audición ya había comenzado. Los postulantes se agolpaban en el vestíbulo, repasando nerviosos los parlamentos y coloquios que habían preparado; y entraban a la sala a medida que los iban llamando (y a casi todos los despachaban en un santiamén). María Casares permanecía un poco apartada del remolino de gente, como abstraída, pero sus ojos de gato lo escrutaban todo, como si al estar en trance sus sentidos se agudizaran. Seguía teniendo ese atractivo entre silvestre y nobiliario, entre cándido y eruditísimo, que ya me había subyugado en Chez Pomme; un atractivo mucho más poderoso que la belleza, porque la belleza no lo distraía.

—¡Vitoliña! —la saludé, haciéndome el encontradizo—. No sé si te acuerdas de mí…

Se acordaba perfectamente, y también de la compañía en la que me hallaba durante nuestro último encuentro; así que, desde el primer momento, la encontré prevenida contra mí, o más bien reacia a las monsergas que Alisch me había inculcado, para que la persuadiera de hacer carrera en Continental Films. Traté de excusarme atolondradamente:

—No, si yo sólo quería hacerte una entrevista para…

—Déjate de cuentos —me cortó, divertida, hablándome en un francés insuperable—. En la prensa española no se publicaría una entrevista conmigo, salvo que adoptase un nombre artístico, cosa que no pienso hacer. Yo estoy muy agradecida al señor Alisch, que se ha

portado muy bien conmigo y me ha facilitado mucho la residencia en París, lo mismo que a mi madre, y me ha hecho regalos muy bonitos. Pero no quiero ser su protegida, no quiero hacer la carrera que él desea para mí. No me apetece ser una estrella del cine alemán…

—Francés, Vitoliña —precisé, sin afán de llevarle la contraria—. Continental Films es una compañía francesa…

—Pero dirigida por alemanes —me replicó, felinamente—. Y los alemanes hacen un cine horroroso. Su género es el muermo. Y yo no quiero amuermar ni fastidiar a nadie, tampoco al señor Alisch. Dice que se ha enamorado de mí, que soy tan hermosa que no puede dejar de amarme. Y yo entiendo, porque Dios no me hizo tonta, que todo lo hermoso es amable; pero no entiendo que, por ser yo amada y hermosa a sus ojos, deba estar obligada a amar a quien me ama.

Hablaba sin el acento cantarín y gutural de los gallegos, se había desembarazado por completo de las aes abiertas, de las erres vibrantes; y sus labios distinguían incluso las bes y las uves, algo que ningún español logra, ni siquiera dominando el francés con maestría. Pero, aunque no se le notase que era española por el acento, se le notaba por lo que decía, que era lo mismo que habría podido decir cierta pastora cervantina.

—En eso llevas razón —dije—. El amor tiene que ser voluntario y no forzoso. Pero eres más lista que el hambre, y estoy seguro de que podrías encontrar el modo de actuar en el cine sin sentir que se lo debes a él. Tal vez si te consigo una cita con algún director…

En realidad, estaba pensando métodos alternativos para que Alisch se saliese con la suya, sin que María Casares lo advirtiera. Me miró, melosa y a la vez amonestadora; y era una mirada irresistible:

—Con tal de que no te enamores de mí y luego me pidas a cambio que sea tuya… Yo no quiero ser tuya, ni de Alisch, ni de nadie —declaró solemne, antes de amustiarse—. Pero te tomo la palabra, porque todas las pruebas que estoy haciendo para el teatro están siendo un completo fiasco. Apenas he conseguido un par de papelitos insignificantes, de un par de líneas. A este paso, se me retira la regla y sigo de meritoria.

—No me lo puedo creer… —fingí sorprenderme, y me sentí partícipe de la vileza de Alisch—. ¿Y a qué achacas que no te ofrezcan papeles mejores?

Me admiraba que, siendo lista como un lince, no barruntara que

desde la avenida Foch estaban desbaratando todos sus esfuerzos. Pero hay inteligencias tan limpias que son incapaces de maliciarse las artimañas de las inteligencias turbias. María Casares se mordió el labio, atribulada:

—No lo sé... Tal vez me tomo demasiado en serio la interpretación, me emociono demasiado, entro demasiado en trance... ¡Pero tengo que hacer unos esfuerzos tan ímprobos para vencer el pudor! Es un salto interior que me sacude los nervios hasta el desequilibrio físico, me convierte en un álamo temblón. Yo he padecido epilepsia, ¿lo sabías?

No lo sabía, pero tampoco me extrañaba, pues la epilepsia es una enfermedad sagrada con la que los dioses señalan a sus predilectos. Me habría gustado dar con ella ese salto interior del que hablaba, inmolarme en las hogueras del arte.

—No tenía ni idea, Vitoliña —le dije, trémulo de algo parecido a la emoción—. ¿Y eso sólo te ocurre cuando interpretas?

—No sólo, también cuando alguna emoción muy fuerte me obliga a derribar el muro de mi timidez —me respondió—. Tengo que aprender a dominar mi temperamento. Pero dominarlo significa lo contrario que someterlo...

Y me miró de un modo capaz de dominar, pero también de someter, a cualquier hombre, por frígido o bujarrón que fuera, con tal de que no fuera mezquino ni reservón. Justo entonces la llamaron para la audición, y noté que enseguida se produjo en ella ese salto interior que me había anunciado, como si su alma entera se zambullese en una hoguera, para brindar en escena lo que en frío parecía imposible.

—¡Mucha suerte, Vitoliña! —la animé.

Pero ya no me escuchaba, ni advertía que yo también había entrado a su rebufo en la sala, para presenciar de cerca su audición y comprobar hasta dónde llegaba la cobardía de Jean Marchat (o las dotes persuasivas de Rado), que desde el principio se mostró impropiamente distante y antipático, fingiendo que no la conocía, como si no le hubiese enseñado dicción y no la hubiese visto cada tarde, expectante y risueña, modulando la voz hasta dominar los secretos mejor guardados de la lengua francesa. Marchat hizo subir a María Casares al escenario y ordenó encender las candilejas, para que ella no pudiese verlo y así no pudiera tampoco lanzarle una mirada

entristecida o acusatoria, cuando él cometiese la infamia que Rado le había recomendado. Me senté casi al fondo de la sala, detrás de los miembros del equipo que acompañaban a Marchat; aunque detrás de mí, como agazapado en las últimas filas, había todavía otro curioso más, tal vez algún acomodador puñetero o dormilón que se había emboscado allí para ejercitar más disimuladamente su vicio. Marchat pidió a María Casares que le mostrara sus dotes como actriz cómica, dramática, trágica; y tan pronto como María Casares empezaba a recitar los parlamentos que traía preparados, Marchat la cortaba, desaprensivo, a veces tan sólo para hacerla sentir insegura o molesta, o se reía con una estúpida risa, como si desaprobara el estilo interpretativo de la muchacha, que poco a poco iba perdiendo la entereza y el entusiasmo; sobre todo porque, cuando trataba de empezar otra vez, Marchat se ponía a cuchichear con alguno de sus asistentes, a los que encargaba cualquier nimiedad, para que a su vez la alterasen todavía más, correteando entre las butacas.

—¿Ha acabado ya con su repertorio? —preguntó Marchat, poniendo voz de marica mala, despectiva y estreñidita.

María Casares asintió desmoronada. Entonces le dieron unos papeles con unos diálogos infames de «género ligero», probablemente repescados de algún bodrio de Sacha Guitry, que tuvo que improvisar mientras uno de los ayudantes de Marchat le daba la réplica de la forma más desganada y átona posible. Pero a María Casares las réplicas desaboridas del merluzo parecían no importarle; y cada vez que tomaba la palabra lo hacía con un gracejo y una picardía, con una comicidad tan irresistible y burbujeante, tan angélica y socarrona, que hasta yo mismo empecé a reírme, aunque mi estado de ánimo era más bien sombrío y pesaroso. Y, como yo, se reían los miembros del equipo diseminados por la platea, y hasta el acomodador de la última fila, interrumpiendo sus gayolas o sus cabezadas. Poco a poco, las risas se fueron incrementando, hasta hacerse una marea incontrolada.

—Gracias, señorita —dijo el agrio Marchat, que era el único que no reía, tal vez sintiendo el ojo de cristal de Rado clavado en su conciencia—. Ya le escribiremos.

Era como decirle que podía marcharse a su casita y esperar hasta que San Juan bajase el dedo; y María Casares así lo entendió, porque su cuerpo en tensión —vibrante y candeal, con algo de gacela y algo de pato que es en realidad cisne— se desmoronó de golpe, cayendo de

rodillas sobre las tablas, sin fuerzas para sostenerse. El corazón le latía como un animal moribundo, y se le subía a la garganta, para poder seguir latiendo. Entonces el tipo emboscado de la última fila, que no era un acomodador onanista o somnoliento como yo en un principio había pensado, alzó la voz; era una voz grave e indignada, pero a la vez pudorosa, con ese ardor que sólo muestran quienes aman sobremanera su arte:

—¡No se mueva de ahí, señorita! ¡No haga caso a ese maricón relamido de Marchat! Y vosotros, las maripositas que andáis en su derredor, dadle a la señorita el parlamento de la Jimena de Corneille.

Quien tan impetuosamente había hablado, después de haber estado tanto tiempo agazapado, era Marcel Herrand, tan maricón como Marchat, pero de otra pasta bien distinta; de esa pasta de los que están ávidos de amar, de conocer, de descubrir, de detectar, de poner de manifiesto el talento ajeno y, una vez descubierto, rendirle los honores que merece. Una de las maripositas de Marchat tendió a María Casares los folios con los parlamentos de la Jimena de Corneille, obligándola casi a quemarse la vista con la luz de las candilejas. Herrand le pidió que se tomara su tiempo, antes de declamarlos:

—Quiero que este teatro sea como un estuche preparado para la más bella joya —dijo, con ferocidad casi saturnal—. Como a alguien se le ocurra cuchichear, o carraspear, o parpadear siquiera, haré un nudo de pajarita con sus tripas.

Y lanzó una mirada avasalladora a toda la platea, en la que yo quedé también comprendido; incluso la elevó también al gallinero (que los gabachos llaman paraíso), tal vez en busca de un público menos filisteo, menos infatuado, menos engreído o pusilánime que su amante Marchat, que se había encogido en una butaca y no osaba alzar la vista. Herrand hizo una seña a María Casares, para que se tomase su tiempo y diera voz a Jimena cuando lo desease, una Jimena que pide audiencia al rey, después de que su padre haya muerto a manos de Rodrigo Díaz de Vivar, una Jimena que pide que maten al hombre que secretamente ama:

—Le encontré sin vida; tenía abierto el costado y, para estremecerme más, su sangre escribía sobre el polvo mi deber... —empezó. Se había desprendido de los papeles, después de memorizarlos milagrosamente en un instante, o tal vez conociese por

ciencia infusa la obra de Corneille—. O mejor, su bravura me hablaba por su llaga, conminándome a demandar justicia. ¡Padre mío! Esta triste boca se hará escuchar ante el más justo de los reyes.

Se había vuelto a derrumbar sobre las tablas, después de aquel apóstrofe desgarrador; y en la platea todos nos habíamos olvidado de respirar, atónitos ante aquella avalancha de dolor improvisado, como un nudo de áspides llorando lágrimas de sangre:

—No permitáis, señor, que bajo vuestro dominio el crimen de un mozo osado quede impune. Ha muerto mi padre y yo pido venganza, más por vuestro propio interés que por mi satisfacción. Vos perdéis con la muerte de un hombre de su rango: vengadla con otra, sangre por sangre.

Y el dolor enviscado de Jimena se volvía rabia supurante de odio, alucinada y salvaje, rabia vindicativa que no aceptaba otra forma de castigo que no fuese la ley del Talión, clausurando en un instante siglos de piedad cristiana, antes de que Nietzsche lo expresara de forma mucho menos desgarradora y solemne. Y esa rabia que María Casares segregaba desde su alma en carne viva se iba adelgazando hasta hacerse esquelética, hasta arrastrarse desconsolada y penitente por el suelo, en busca estéril de algún leve trazo del padre muerto:

—Esa sangre que tantas veces salvaguardó vuestras murallas; esa sangre que tantas veces os ganó combates; esa sangre, humeante aún...

Y, a la vez que parecía desgañitarse, su voz se hacía susurro y caricia, en una simbiosis imposible que desafiaba las leyes de la física y las limitaciones de la voz humana, hasta concluir como si hablase desde la tumba:

—Excusad mi dolor; me falta el aliento, señor, para proseguir tan penoso relato; mis lágrimas y mis gemidos os dirán el resto.

Y eran lágrimas que le empapaban las mejillas y los cabellos desgreñados, gemidos que acababan siendo un gañido de perro moribundo, hasta coagularse en un silencio cósmico; y todo ello en la exacta prosodia de los alejandrinos franceses, que Corneille —aunque plagiario sin recato de nuestro Guillén de Castro— no era manco versificando. Mientras María Casares permanecía todavía postrada sobre las tablas, convulsionada por un llanto mudo, Marcel Herrand ordenó desabridamente apagar las candilejas y subió al escenario, lento y majestuoso. Seguramente —aunque esto no restaba grandeza a su gesto— no había sido aleccionado por el convincente Rado, que se

habría conformado con extorsionar al miramelindo Marchat, que ahora no sabía dónde meterse, corrido como una mona por haber tratado de ignorar el talento en tromba de María Casares. Marcel Herrand se agachó para tomarla en brazos y, para sorpresa de todos los circunstantes, la besó largamente, como lo haría el padre más tierno y a la vez el amante más fogoso metidos en el mismo hombre, que además era bujarrón confeso.

—Lo siento, señorita Casares. Es la primera vez que beso a una mujer que no sea mi madre —se excusó, súbitamente abochornado—. Pero es también la primera vez que me topo con una actriz tan superdotada como usted. Quiero que sea usted la protagonista de nuestra próxima función.

Y, al anunciarlo, lanzó una mirada abrumadora a su socio y amante, que tendría que esmerarse en los próximos días para que sus explicaciones y excusas a Rado no le costasen alguna represalia. Atónita y conmocionada, María Casares se abrazó a Herrand, con tanto ímpetu que, aunque era hombre fornido, lo hizo caer al suelo. Y allí siguió comiéndolo a besos, embardunándole la cara de lágrimas y de carmín, mientras todos los miembros de la compañía —incluido un renqueante Marchat— subían también al escenario y hacían corro para aplaudirlos. Yo no me atreví a subir, hastiado de hacer siempre de canalla, o de faraute de canallas, pero mi corazón tránsfuga se sumó a la alegría de ver triunfar una vocación de caballo.

III

Febrerico el corto se llevó consigo las barreduras de Alfonso XIII, que por las noticias que llegaban de Roma había palmado por culpa de una angina de pecho a la que se habían añadido una serie de crisis cardíacas cada vez más violentas. Pero yo aproveché la ocasión de su muerte para desenterrar ante quien me quisiera oír la hipótesis de una sífilis mal curada que le producía supuraciones de oreja, en su día divulgada por Pedro Luis de Gálvez. Entre los falangistas de primera hornada, el Orejas siempre había sido aborrecido y despreciado (incluso entre quienes se declaraban monárquicos), por haberse portado vilmente con el padre de José Antonio, dejándolo primero caer y después morir como un perro. Pero en la Falange sobrevenida del nacionalseminarismo, la muerte del Orejas en el exilio romano causó general consternación y plantos jeremíacos, como si se hubiese muerto Carlos V en el retiro de Yuste; prueba inequívoca de aquello que rezaba el adagio latino: *Corruptio optimi, pessima*. En honor a la verdad, fuera de la lealtad a la memoria del Ausente, yo no tenía motivos personales de resentimiento contra el Orejas; pero, como dice Marañón en el *Tiberio*, el resentido experimenta la viciosa necesidad de buscar motivos a veces peregrinos que alimenten su pasión, y hasta de inventárselos si no los encuentra.

—A mí la duda que me queda, Ruanito, es saber si, además de buscarle pilinguis al Orejas y llevárselas al hotel, te quedabas mirando detrás de un biombo —le dije, para afligirlo, camino de los solemnes funerales que se iban a celebrar en la iglesia española de la calle Pompe.

Ruanito aceleró el paso, ofendido por mis irreverencias y procacidades, que debían de resultarle sacrílegas.

—Me parece indignante que hagas esas bromas de mal gusto, con el cadáver de nuestro Rey todavía reciente —me recriminaba.

Los mayores degenerados siempre guardan, al fondo de su muladar, un retrete muy pulido donde guardan algún fetiche absurdo

que erigen en culto idolátrico. Y el fetiche de Ruanito eran los reyes destronados, cuyos lances de alcoba se negaba a revelar, a la vez que aireaba los suyos, mucho más cochambrosos. En la iglesia española de la calle Pompe se habían juntado todos los monárquicos incrustados en la Falange, empezando por el embajador Lequerica, que aquel día no vistió uniforme de fantasía, no contó chistes ni explicó ninguna receta culinaria de su predilección; y terminando por el cónsul Rolland, que en cambio acudió con su uniforme de mayordomo de semana de Su Majestad, muy recamado y ceñido, con la insignia de concha y oro con corona que lo distinguía. Parecía sinceramente consternado.

—Cómo me alegra verlo, don Bernardo, aunque sea en circunstancias tan luctuosas —lo saludé, efusivo—. Tengo que pasarme por el consulado para que me formalice unos documentitos de nada, para una polaquita llamada Ana María Sagi, si sus judíos le dejan un ratito libre.

Pero aquel día su apostura, anglófila y caballar, muy a lo Louis Calhern, no estaba para bromas:

—Siempre a su disposición, Navales. Siempre que la pena por la muerte de nuestro Rey nos lo permita, claro está.

Al menos el cónsul Rolland, como el embajador Lequerica, habían sido monárquicos desde antes del destete, y se podía comprender su abatimiento, sobre todo porque el triponcete de Franco le había cogido gusto a la poltrona y no tenía intención de restaurar la monarquía. En cambio, resultaban del todo vomitivos los plañidos y pamemas del sacristán Velilla y su monaguillo Solms, que lloriqueaban por la iglesia deshonrando la camisa azul de la Falange, en un esfuerzo por congraciarse con los gerifaltes, que los mantenían de cualquier modo en cuarentena (y no se la iban a levantar mientras el cuñadísimo no se olvidara de las zurrapas y palominos en el baño de invitados de la avenida Marceau). En el colmo de la abyección lamerona, Velilla había dispuesto que seis falangistas montaran guardia a ambos lados del túmulo que se había dispuesto en el altar, con mucho crespón y mucha banderita rojigualda y mucha coronita de flores.

—¿Y se puede saber qué hay dentro del túmulo? —me cachondeé, para seguir mortificando a Ruanito—. ¿Los pololos de Victoria Eugenia, tal vez? Porque al fiambre lo enterraron en Roma…

—Eres un sinvergüenza, Fernandito, y Dios te va a castigar.

Entre los asistentes, además del embajador Otto Abetz, inquilino de sus ensoñaciones carolingias, y el jefe del partido fascista italiano en Francia, se contaban multitud de representantes del cuerpo diplomático y consular, que se dejaban mecer y acunar por el sermón del cardenal Suhard, una tabarra pegajosa como un sirope, hasta que el sopor los fue noqueando, uno tras otro, en diversos grados, desde la duermevela cabeceante a los ronquidos crasos (que en la consagración se tornaron especialmente embarazosos). También descubrí enternecido entre los asistentes a la familia Marañón en pleno, haciendo méritos para la rehabilitación del patriarca, y a los alumnos y profesores honorarios de la Escuela de Bellas Artes, entre ellos a Daniel Sabater, el pintor de las brujas, y a Emilio Grau Sala, el pintor de enaguas entronizado por Rebatet. Pero ninguno mostraba mayor prosopopeya y boato que su director, Federico Beltrán Massés, que además acudía en representación de la Orden Soberana de Malta, ataviado con el uniforme de honor de casaca roja, con todos los complementos imaginables, desde el bicornio con pasamanería dorada a la fastuosa capa negra forrada de armiño, con la cruz octógona en el costado izquierdo. Por ser caballero de Malta, a Beltrán le habían adjudicado un reclinatorio entre las autoridades, para envidia de Ruanito, que no dejó de espiarlo por el rabillo del ojo durante toda la misa, en la que además Beltrán no dejó de lloriquear y de enjugarse las lágrimas con el forro de armiño de la capa.

—Qué manera de dar la nota y de querer llamar la atención ese Beltrán —despotricó Ruanito al acabar la misa—. Odio a esos monárquicos suntuosos que sólo lo son para lucirse.

Como Ruanito estaba mal visto en las altas esferas (tal vez el cuñadísimo, además de exigir su defenestración en el *ABC*, hubiese propalado las cochinadas de su vida íntima), no nos quedamos demasiado comadreando a la salida del funeral, por evitar desplantes y situaciones incómodas. Así me evité contemplar los baboseos estériles de Velilla y Solms, chapistas de la Falange mansueta de choricico y sinagoga.

—A ti lo que te pasa, Ruanito, es que le tienes envidia a Beltrán, que puede lucir su monarquismo como Dios manda, con uniforme de la Orden de Malta —lo zaherí, implacable—. En cambio, tú ya ves: después de hacer de alcahuete para el Orejas y de gastarte la guita en

regalos para sus pilinguis, ni siquiera te reconoce el marquesado de Cagigal, el muy ingrato. Y eso a pesar de ser tío putativo de una hija ilegítima suya.

Ruanito se sacó del bolsillo la pitillera de oro que le había regalado el Orejas, que era el único vestigio palpable de su fetichismo.

—Algunos se acercan al Rey para medrar y otros lo hacemos para guardar bellos recuerdos —me despachó, dignísimo.

—Pues espero que guardes muchos, chico. Entre ellos alguna de aquellas proyecciones de cine guarro que hacía en palacio, para deleite de su círculo más íntimo... —suspiré, melancólico—. ¡Ah, disfrutar de los recuerdos es como vivir dos veces!

Fuimos dando un paseo a orillas del Sena, que bajaba sombrío como los presentimientos sobre el desenlace de la guerra, y cruzamos a la margen izquierda, para encontrarnos con los miembros de la cofradía etílica de Ruanito. Había quedado para comer con ellos en una tasca o taberna (lo que los franchutes llaman un *bistrot*) de la calle de los Grandes Agustinos, donde el pintamonas Picasso tenía su estudio. La taberna, que se llamaba El Catalán, era apenas un chamizo de paredes mugrientas, con mesas sin mantel y un aparador donde las bandejas de frutas y de quesos iban criando gusanos. La regentaba un tipo llamado Arnau, un aldeano de Perpiñán que daba comidas a los artistillas españoles de Montparnasse y les permitía pagar en especie, a razón de veinte comidas por cuadro, con lo que estaba haciéndose una colección de pintarrajos bastante profusa, en la que no faltaban algunos del garajista malagueño (que también pagaba en especie, para no tener que convertir en moneda sus lingotes de oro). Como todos los sitios frecuentados por Picasso, El Catalán se había puesto de moda: hasta allí acudían en peregrinaje muchos pedigüeños, a los que atendía o despedía según le pareciesen o no una incorporación jugosa a su colección de monstruos; y también unos jovencitos, entre bohemios y contestatarios —vagos con ínfulas, para entendernos—, que imitaban patéticamente —no sólo en el atuendo, también en los rasgos de su fisonomía— a Jean-Louis Barrault, el actor de moda, de rostro anguloso, ojos febriles y sonrisa amarga, con el pelo ensortijado muy corto en la frente y espesísimo en el cogote. A mí aquellos jóvenes *swing* (así se hacían llamar) que empezaban a florecer como setas, ambiguos y culiches, con sus americanas claras y flojas, con sus pantalones anchos y pesqueros, con sus fulares multicolores saliendo

por el cuello desabrochado de la camisa, me caían peor que una fabada a la medianoche.

—Hoy tenéis fabada para comer —nos anunció Arnau—. Aprovechaos, porque son las últimas alubias que me quedan.

El rosellonés sabía improvisar siempre un plato con lo que le quedaba en la despensa, que cada vez era menos (por supuesto, el compango de la fabada de aquel día fue de nabos y coles). Todavía se respiraba en El Catalán un ambiente simpático y parrandero, aunque las caras largas se iban haciendo notar a medida que la dieta se volvía más estricta (y eso sin contar las caritas de asco de los jovencitos *swing*). Quien primero nos avistó al entrar fue Pedro Flores, que nos hizo visajes desde el fondo del local, con su cara de almeja goyesca; estaban con él sus inseparables Condoy y Domínguez, pero también Picasso y su vapuleada Dora Maar, que parecía consagrarse como su amante de cabecera. Ruanito, al descubrir al pope del arte degenerado, hizo un gesto de disgusto, aunque no me constaba que se conociesen.

—Pues al Picasso y a la Picassa los va a invitar su tía la de Cuenca —murmuró.

Sin embargo, no parecía tener inconveniente en invitar a los otros tres mandrias, que seguían sin aparecer por la avenida Marceau; lo que me hacía barruntar que andaba queriendo montar con ellos algún consorcio o pandilla con fines *non sanctos*. Antes de que nos sentáramos a la mesa, Condoy salió a nuestro encuentro, adoptando un aire clandestino; llevaba en los bolsillos de la chaqueta unos bultos que parecían adoquines:

—¿Queréis mantequilla de la Vandea? Os la puedo ofrecer a buen precio…

—Cuando te pases por la avenida Marceau te compro un cargamento, Condoy, que tienes más peligro que un condón con agujero —lo aparté sin miramientos.

Y él se quedó consternado y encerrado en su caparazón, intuyendo que conocía su apellido auténtico. Aunque Picasso y Dora Maar ocupaban el centro de la mesa, la atención de los comensales la acaparaba Óscar Domínguez, cada vez más parecido a un minotauro con flemones.

—El médico me ha destrozado la vida. Me ha diagnosticado acromegalia —mugió lastimero.

—¿Y eso qué es? —preguntó Flores, que mostraba una extrañeza de dientes amarillos, tapizados por el sarro.

—Una enfermedad causada por una secreción excesiva de la hormona del crecimiento —explicó Domínguez, dando más cabezadas que los diplomáticos en el funeral del Orejas—. Quizá tenga un tumor en la glándula pituitaria.

Trataba de despertar compasión en el garajista, que ponía los ojos como canicones húmedos de purísimo gozo:

—¡La glándula pituitaria! —exclamó, fascinado—. ¡Cómo me gustaría probarla!

Y se relamía, burlón. Intervino Ruanito, que si bien aborrecía a Picasso compartía su afición por el coleccionismo de monstruos:

—Pues que te arranquen ese tumor cuanto antes, Óscar. Podrías pedírselo a Victor Brauner, el pintor al que tú arrancaste un ojo, seguro que te lo hace de mil amores.

Y seguro que también Rado, una vez metido en harina en los altillos de la avenida Foch. Domínguez seguía esforzándose para que no nos tomáramos a chirigota su enfermedad:

—La cabeza no hace más que crecerme, lo mismo que la mandíbula… ¿Lo veis?

Y mostraba la prominencia exagerada de su mandíbula inferior, que en nada envidiaba una quijada de asno. Aproveché para hacer justicia a la memoria del Ausente, después de la ignominia de la Falange llorica en los funerales de la calle Pompe:

—Pues deberías aprovechar para declararte hijo ilegítimo de Alfonso XIII, Óscar. Ya sabes que el prognatismo es enfermedad de reyes.

Se rieron todos en coro (menos Dora Maar, que parecía ida o hipnotizada), porque para presumir de republicanos, a falta de doctrina, necesitaban celebrar todos los chistes antimonárquicos, aunque fuesen nefastos. Pero Domínguez volvió enseguida a la exposición de sus cuitas:

—Y los pies también me crecen sin control. Tengo que comprarme tallas más grandes de calzado.

Y levantó un pie, para mostrarnos el zapato lengüeteante, con las costuras de la puntera reventadas, mostrando unos dedos sucios como mejillones, con incrustaciones calcáreas y todo. También se le estaban abultando (todavía más) la nariz y los labios; y sus arcos superciliares

eran cada vez más prominentes. Era fascinante verlo crecer, como si lo hubiesen espolvoreado de levadura.

—Pues algo tendrás que hacer para curarte… —dijo el lacónico Condoy, antes de encerrarse otra vez en su concha.

—¿Y si me quedo tarado para siempre? —protestó Domínguez—. Y lo peor de todo es que el médico me ha dicho que puedo perder la libido y que la herramienta no se me empalme… ¿Qué será de mí sin vigor sexual?

Y se llevaba las manos como serones al cabezón, pues nada lo amedrentaba tanto como dejar de ser el fauno de las Hespérides trasplantado al Sena. Como las desgracias nunca vienen solas, Paul Éluard había prescindido de sus servicios y cerrado el estudio secreto del bulevar Montparnasse, una vez completada la serie de pastiches de la etapa metafísica de Chirico. Así, Domínguez se había resignado a ganarse la vida bailando tangos en las aceras de los Campos Elíseos.

—Ahora Éluard anda muy lánguido, entretenido en otros asuntos de diverso orden —dijo Picasso, socarrón—. Y le ha salido un sarpullido en la barbilla que se le está llagando de mala manera. Así que, como no puede ni siquiera afeitarse, se ha dejado una barba en punta muy mefistofélica.

Nos trajeron la fabada con compango de coles y nabos, que parecía salida de la cocina del dómine Cabra, y un vino más que clarete, casi diáfano, que Flores empezó a trasegar con una constancia admirable, como si se lo hubiese recetado el médico.

—Para mí que ese sarpullido se lo ha contagiado a Éluard su mujer, que anda de mano en mano —aventuró, reclamando servilmente el beneplácito de Picasso con la mirada.

Por mi parte, yo miré a Ruanito por el rabillo del ojo, por ver si la conversación sobre el sarpullido de Éluard lo inquietaba, pero fingía no inmutarse. El garajista soltó una de sus risotadas caníbales, mientras palmeaba muy sonoramente a Dora Maar en el muslo:

—¡No me extrañaría que estuvieses en lo cierto, Pedro! —celebró Picasso—. Y es que la mujer debe de estar con la pierna quebrada y en casa. ¿Verdad, Dorita mía preciosa?

Dora Maar tenía los párpados oscurecidos, no se sabía si de kohl o de cardenales, y parecía lobotomizada, como si se hubiera propuesto parecerse a los retratos que Picasso le hacía, en los que la sacaba con cara de perro.

—¡Es tan hermoso el amor del perro por su amo! —exclamó, lela o extática—. Así quiero amarte yo a ti, Pablo.

El estado de salud de Dora Maar nos pareció a todos más grave e inquietante que la acromegalia de Óscar Domínguez. El pintamonas tranquilizó a su manada con explicaciones delirantes:

—La pobre ha sufrido un colapso nervioso. La culpa la tienen esos malditos surrealistas, por preconizar la liberación de las fuerzas irracionales. —Y se volvió hacia ella, para reconvenirla—: No quiero volver a verte con ellos, Dora.

Y le hizo el gesto admonitorio del cachete que se destina a los niños traviesos, incorporando al séquito pictórico a su risotada. Ruanito me deslizó al oído:

—Pues Éluard será un lánguido, pero sabe tratar mejor a las mujeres que este tipo —dijo, refiriéndose a Picasso—. Parece un tratante de ganado, y es tan gitano como Fabián.

Picasso había tratado con distancia a Ruanito desde que lo vio aparecer en El Catalán, como hacía también conmigo, porque no nos veía madera de monstruos (quiero decir, de los monstruos particulares que él gustaba de coleccionar). Al garajista —o tratante de ganado, como acababa de calificarlo Ruanito—, en realidad, no le importaba nada ni nadie, ni nada de lo de nadie. A las mujeres, como a los monstruos, las quería para que le hicieran la vida más divertida, al modo cafre que a él le gustaba vivir la vida. Óscar Domínguez decidió al fin dejar de quejarse cabezonamente para confrontarse con la cetrina realidad:

—Lo que está claro es que hay que buscarse algún medio de vida, si no queremos morirnos de hambre. Y deberíamos encontrarlo cuanto antes.

Condoy recomendó a los demás que se buscaran una vaquería en el campo donde los proveyeran de mantequilla, que se estaba poniendo por las nubes. Pero a Ruanito el estraperlo le parecía un juego de diletantes, aunque fuesen tan baturros y cazurros como el galápago Condoy:

—Sólo hay un modo verdadero de prosperar —dijo—. Hay que especular con todos los objetos que impliquen una inversión más o menos segura del dinero, que se deprecia a cada día que pasa: cuadros, tapices, libros de lujo, muebles, alhajas, etcétera. Así estoy viviendo yo ahora, con el asesoramiento de Paul Éluard, poeta excelso.

Supuse que estaría desvalijando el piso de Passy, despojándolo de toda su decoración recargada y tan judía; y dejando las paredes de la casa con esos bostezos de suciedad que aparecen sobre el revoque cuando se quitan los cuadros largo tiempo colgados. Picasso hizo una mueca de desapego:

—Pues yo ahora no pienso vender —dijo, escamón—. No quiero atraer la atención de los boches, ni tener que pedirles autorización para nada. No quiero que anden espiando en mi vida.

Hablaba con ese desparpajo de quienes presumen de heroísmo, sabiendo que el ángel con gabardina y bigote había decretado que nadie lo molestase, en cumplimiento de los consejos de Arno Breker, su escultor áulico; y con la seguridad que da tener en casa un armario lleno de pastillas de jabón y lingotes de oro, que sólo serían un jirón de su fortuna. En tiempos de papanatismo, nada resultaba tan rentable como ser el pope del arte degenerado.

—Pero contigo han hecho una excepción, Pablo, no me digas por qué —se atrevió a observar Óscar Domínguez, que aunque cabezón y lentorro no era completamente imbécil—. Los boches hasta peregrinan a tu estudio, para disfrutar de un rato de conversación con la celebridad. Si te decidieras a vender, podrías sacar un buen pico.

Se hizo en la mesa un silencio empedrado de fabada y expectación.

—Sacádselo vosotros —invitó Picasso.

Óscar Domínguez miró a sus compinches, también de refilón y más disimuladamente a Ruanito.

—¿Cómo? —preguntó.

Picasso los miró como si los taladrase y se acodó en la mesa desplazando a Dora Maar, con la suficiencia del seductor a quien sobran las mujeres:

—Os dejo que falsifiquéis mis cuadros y los vendáis bajo cuerda, siempre que no os pidan autentificación.

Se miraron todos entre sí, codiciosos, como si acabase de aflorar un chorro de petróleo en mitad de la mesa y les faltara un cubo para recogerlo.

—¿Lo... lo dices en serio? —preguntó Flores.

—Os aseguro que no os pienso denunciar —dijo, y soltó otra risotada caníbal, celebrando anticipadamente el caos que provocaría la proliferación de picassos falsos—. Y si os llevan a juicio, me

personaré y diré: «Por supuesto que ese cuadro es mío. ¿Quieren que se lo firme otra vez?». —Le divertía regalarles esa bicoca, como al turista que pasa ante un estanque le gusta arrojar migas a los patos—. Pero será mejor para todos que no me metáis en líos.

Domínguez se levantó con esfuerzo, pues la cabeza le pesaba como un arquitrabe:

—Nunca te estaremos suficientemente agradecidos, Pablo…

—¡Eh, eh, no tan deprisa! —se apresuró a aclarar el tratante de ganado—. Por supuesto, por cada falsificación que logréis colocar tendréis que darme la mitad de lo que os paguen. —Pellizcó a Dora Maar, clavándole las uñas en la carne—. Sólo os pido que, si pintáis a Dora, le pongáis cara de perrito faldero, que ya habéis oído que es su mayor aspiración.

Y solicitó a Arnau otra ronda de aquel vino bautizado que competía en propiedades milagrosas con el agua de Carabaña. Ruanito lo miró con el asco que el masoquista que disfruta de las humillaciones de las mujeres profesa al sádico que las humilla. En la vida no siempre se puede ser complementario de quien es nuestro antípoda.

IV

—Vaya repasito que le pega hoy Rebatet a Pedro Creixams, el pintor de Montmartre —comentó Daranitas, resoplando festivamente—. Lo pone a caer de un burro.

El porteño Charles Lesca había venido a la Propagandastaffel, como otros muchos periodistas franceses, para asistir a la proyección especial, organizada por el teniente Schultz, de *El judío Suss*, la película antisemita que había encandilado a los alemanes, rodada por encargo del doctor Goebbels, que sabía cómo obtener reacciones paulovianas de la masa gregaria. Había llegado un poco apresurado y acezante, con la pajarita torcida, como en él era costumbre:

—La verdad es que últimamente Rebatet muestra un interés inusitado por los pintores españoles —dijo con un rictus de extrañeza, antes de volverse hacia mí—: Se ve que la conversación que mantuvo con nuestro amigo, al calor de los chinchulines, ha influido en él enormemente.

—Y por lo común ha sido una influencia benéfica, porque a algunos los ha puesto por las nubes —me atreví a colgarme la medalla, con esa cínica *nonchalance* tan franchute—. Pero, claro, una inteligencia tan perspicaz e insobornable como la de *monsieur* Rebatet tiene que dar, inevitablemente, una de cal y otra de arena. Lo siento de veras por Creixams. Pero él vive encerrado en Montmartre, tal vez los ecos de *Je Suis Partout* lleguen allí más amortiguados.

Lesca se permitió rebatir mi falsa esperanza, asegurando que su semanario era el más vendido también en la Butte. En su inclemencia ácida, Rebatet se había referido a la «tosquedad infantil» de la pintura de Creixams y a sus «dibujos tartamudos», llenos de «rostros tontos y triviales», de «espantosos accesorios en los interiores», comprados en «vulgares bazares»; una pintura, en fin, «digna de un calendario *pompier*», pero también —y aquí Rebatet se superaba en la invectiva biliosa, aunque recurriera a munición archisabida— «una pintura cuyos tonos violáceos nos recuerdan demasiado la podredumbre

judía». Evidentemente, ningún francés en su sano juicio iba a comprar un solo cuadro que, colgado de las paredes de su casa, pudiera inspirar el recuerdo de la «podredumbre judía» que la Nueva Europa se había propuesto barrer para siempre. Las remolonerías de Creixams, encerradito en Montmartre, tenían a la postre su precio. Y era un precio, por cierto, muy elevado, porque Rebatet me exigía un sobre más gordo cuando se trataba de repartir estopa.

—En fin, que no me gustaría estar en el pellejo de ese compatriota suyo —resumió Lesca, risueño—. El pobre otario no sabe el sambenito que le ha caído encima. Oigan, después de la proyección nos chupamos juntos una copa por el barrio, ¿hace?

Por supuesto que hacía; y hasta propuse el sitio —el declinante Lido— y anuncié que sería yo quien invitase, pues había citado allí a Carlos Fontseré y Antonio Clavé, para tratar de endosárselos a Lesca y que, de este modo, brillase en su ejecutoria la colaboración con un semanario furiosamente antisemita. Las proyecciones cinematográficas tenían lugar en una sala requisada, en los sótanos del edificio de la Propagandastaffel, con capacidad suficiente para congregar a corresponsales extranjeros y a periodistas gabachos, en amor y compañía. Pero si la proyección de los noticiarios alemanes tenía un interés innegable, por su condición documental (aunque estuviesen todos tergiversados por el doctor Goebbels, admirable manipulador), las películas alemanas eran —María Casares tenía más razón que un santo— unos muermos más aflictivos que el cáncer de próstata. Los asistentes debíamos firmar en un registro dispuesto a la entrada; y una vez que ingresábamos en la sala ya no nos permitían salir ni para fumar un cigarrillo. Durante la proyección, las puertas se cerraban con una tranca y gruesas cadenas, como si no nos hallásemos en un cine, sino en una mazmorra, esperando turno para que nos arrancasen las uñas. Y si alguien se quejaba del riguroso encierro, el teniente Schultz alegaba hierático que lo hacían para asegurar nuestra salvaguarda y en previsión de que unos hipotéticos terroristas entrasen en la sala en mitad de la película y arrojasen unas bombas entre la concurrencia.

—Pero si en Francia no hay terroristas… —me permití objetar—. Francia entera está como una seda.

—Ya —me replicó Schultz, sin ceder ni un ápice—. Pero por si los hubiere.

Y empleó correctísimamente el futuro de subjuntivo, alarde que

me impresionó en un hombre de francés macarrónico; y se me antojó un signo fatídico de que pronto habría terroristas arrojando bombas (y de fabricación británica, pues el ángel con gabardina y bigote no lanzaba ni a tiros la anunciada invasión de las islas). La sesión no empezaba hasta que el teniente Schultz se había encaramado en un sofá elevado al modo de un balcón al fondo de la sala, desde el que oteaba toda la platea, para poder computar a los asistentes y controlar su compostura durante la proyección, como el maestrillo hace con sus ruidosos galopines. *El judío Suss* era un bodrio aplanante y terriblemente zafio, en el que se narraba el ascenso vertiginoso y posterior caía de un usurero llamado Suss, que primero prestaba dinero sin cortapisas a un duque o archiduque zampón y rijosillo y luego, cuando lo tenía endeudado hasta las cejas, lo convertía en un pelele a su merced, exigiéndole los puestos más encumbrados en su corte. Y, a la vez que obligaba a sus súbditos a pechar con la deuda, imponiéndoles peajes y alcabalas hasta por respirar, Suss se encargaba de infestar de judíos el ducado, exonerándolos del pago. Finalmente, el usurero se enamoraba de Dorotea, una joven aria de familia noble que estaba para mojar pan, comprometida con uno de sus detractores en la corte. La mejor secuencia de la película —por desaforadamente burda y concupiscente— nos mostraba en montaje alterno la violación de Dorotea, entre las garras del lujurioso Suss, mientras su prometido era torturado por unos sayones. Por supuesto, todos los judíos que aparecían en la película —al parecer, reclutados en Praga y obligados a participar en el rodaje— estaban caracterizados de forma caricaturesca, con unas narices ganchudas que se podían hurgar tranquilamente con la punta de la lengua, y unas manos como zarpas que siempre estaban contando monedas, o frotándose entre sí. Al final, tanto Suss como todos los judíos por él apacentados y privilegiados, recibían su castigo, como acababa de recibirlo Creixams.

—Joder, vaya tostonazo de película —dictaminé, perjudicado por el sopor—. Si a los alemanes les ha gustado de veras es porque son tontos de baba.

Daranitas también había estado adormilado durante casi toda la proyección —le sacudía un codazo cada vez que amagaba con roncar —, pero se me encampanó:

—Es muy bonito hacer esos juicios sumarios. Pero no dirías lo mismo si vinieras de un país que hubiese sido expoliado por los hijos

de Sión. —Y, viendo que no le oponía resistencia alguna, me guiñó un ojo—: Aunque, desde luego, hay que reconocer que el judío Suss tenía un gusto exquisito con las mujeres. Vaya gachí la que se trinca.

—Unas minas así, o *gachises*, como dicen ustedes, nos habrían venido bien durante la proyección, para que nos hubiesen hecho un pete —terció Lesca, con risueña canallería—. Seguro que así habríamos encontrado más virtudes a la película. ¡Que desde luego las tiene, che, no te lo voy a discutir!

Esto último lo dijo para apaciguar a Daranitas, a quien *El judío Suss* parecía la mejor película de propaganda de todos los tiempos (al menos así la había soñado él en sus cabezadas), infinitamente mejor que *El acorazado Potemkin*. Me los llevé a ambos al Lido, para que los carísimos brebajes alcohólicos que allí todavía se servían les ayudaran a digerir el bodrio. El sitio había quedado maldito entre la escasa clientela que todavía podía pagarse una copa, por haberse vendido (o sólo alquilado) a la Propagandastaffel para las reuniones del Sindicato de la Prensa Extranjera. Pero me gustaban sus camareros fantasmales y traspapelados, como de eterna sesión de espiritismo; también su quietud un poco lúgubre, como acunada por los reflejos de la playa artificial en el techo; y, además, allí estábamos libres de oídos indiscretos.

—¿Y a qué se debe una invitación tan espléndida, Navales? —me preguntó Lesca.

—Quiero presentarle a unos rojillos que se mueren por cambiar de chaqueta y publicar en *Je Suis Partout* —le confesé sin ambages—. Son unos ilustradores magníficos; y para mí que a su semanario, para ser el mejor del mundo, le falta un poco de humor gráfico.

Lesca se quedó meditando mi propuesta con más circunspección y gravedad de la que me esperaba, prueba inequívoca de que había pulsado la tecla correcta señalándole una carencia cierta de su publicación. En realidad, Fontseré y Clavé no podían cambiar de chaqueta porque no tenían ninguna; estaban demasiado acuciados por el hambre como para preocuparse de estas delicadezas indumentarias. Hambre, según la definición modosita del diccionario, son ganas o necesidad de comer; pero hay hambres que devoran a su alrededor cuanto pillan, como el catoblepas de las visiones de San Antonio según Flaubert, que terminaba devorándose a sí mismo. Así, en su versión desesperada, el hambre acaba comiendo a quien la padece, hasta

hacerlo morir de consunción. En este proceso se hallaban, caquécticos perdidos, Fontseré y Clavé, que no pudiendo nutrirse debidamente (ni siquiera tenían acceso a los cupones del racionamiento, por carecer de documentación en regla), se nutrían de sus propios recursos, de sus reservas declinantes de grasa, hasta agotarlas. Habían enflaquecido mucho desde nuestro primer encuentro (y ya por entonces estaban muy flacos); y vestían unas ropas incongruentes, demasiado grandes o demasiado pequeñas, seguramente de las que repartían los cuáqueros a los mendigos, que les hacían parecer espantajos desnutridos (a juego con los camareros fantasmales, sin embargo).

—¿Y estos adefesios son los que me recomienda? —me preguntó Lesca, escamón, al verlos aparecer en el Lido.

—Le aseguro que son unos dibujantes excelentes, no lo defraudarán.

Clavé y Fontseré pidieron, tras los saludos de rigor, unas ratafías; pero, como en el Lido no tenían esta bebida de batalla para polaquitos, se conformaron con un armañac envejecido treinta años en barrica de roble. Tenían ambos cara de conejos atrapados; pero al menos Fontseré era un conejo que sabía ingeniárselas para escapar de cualquier trampa, llevándose además el premio a la hura. Habían preparado una carpeta con muestras variopintas de su trabajo. Clavé, con vanidad característica de principiante, nos enseñó un reportaje publicado en alguna revista alemana de medio pelo donde se ponderaban sus carteles de cine. Fontseré, mucho más efectivo, había traído consigo varios carteles publicitarios de productos farmacéuticos que había hecho en Barcelona, antes de exiliarse, así como dibujos del éxodo y del campo de concentración donde los habían encerrado, al llegar a Francia. Tampoco tuvo recato en mostrar a Lesca alguno de los imponentes carteles bélicos que le habían encargado los anarquistas durante la guerra española.

—Vaya, así que sois unos rojazos redomados —dijo Lesca, con retranca.

Daranitas estaba sulfurado y a duras penas conseguía que no saltase como una fiera corrupia. Fontseré, siempre garboso, no se acoquinó:

—Más rojos que la guindilla. Pero, como en París apenas hay sol, nos hemos decolorado a marchas forzadas, no se preocupe por eso —dijo muy digno, pues siempre cambiar de color es más chic que

cambiar de chaqueta. Pero enseguida se sinceró, pensando que así se ganaría mejor la confianza del argentino Lesca—: En efecto, soy un *rouge espagnol*, he trabajado tanto para la CNT como para las Brigadas Internacionales. Y, por si fuera poco, tengo un hermano que, siendo capitán de una batería antiaérea en el frente del Ebro, abatió un avión alemán e hizo prisioneros a dos pilotos.

Daranitas se estaba poniendo malo, como si hubiese respirado gas nervioso. Supuse que a esos dos pilotos alemanes prisioneros los habría interrogado Rado, en su anterior avatar de brigadista internacional, haciéndoles cantar la traviata. Clavé, cobardón y un poco lameculos, se desmarcó:

—Conste que yo combatí en el bando rojo porque me obligaron. Pero ni maté alemanes, ni los hice prisioneros, ni nada. Me las arreglé para no pegar casi ningún tiro.

Pero a Lesca, más que las palinodias de Clavé, le interesaban el desparpajo y la desenvoltura de Fontseré, que no se arredraba:

—Habría que recordar que fueron los alemanes los que vinieron a España a luchar, y no al revés. Como comprenderán, no les íbamos a poner alfombra. Pero, vamos, los alemanes se confundieron de bando, no tendrían que haber apoyado a Franco.

A Daranitas esta mención irreverente acabó por sublevarlo:

—No pienso aguantarte según qué cosas, separatista de mierda —saltó, arrojándose sobre él con un ímpetu un poco tosco, como de plantígrado.

Pero entre Lesca y yo logramos retenerlo. Y el porteño, además, lo amonestó, intrigado por el descaro de Fontseré:

—Mariano, no seas pelotudo. Dejá que el catalán se explique.

Fontseré levantó un dedo como una llama:

—Catalán y a mucha honra, pero no separatista, eh, que yo toda mi vida he sido confederal —precisó—. Pero me reitero en lo que dije. Franco, como la mayor parte de los militares españoles, es anglófilo, mañana mismo pondría el culo en pompa si Churchill le regalase una caja de puros. Se aprovechó de la ayuda militar alemana para ganar la guerra y hacerse con el poder. Pero si mañana las cosas se torciesen para Alemania, Franco sería el primero en traicionarla.

Todo esto soltó y se quedó tan pancho. A Daranitas la saliva le hervía en la boca, y se le hacía espumarajos en las comisuras de los labios:

—¡Franco permanecerá al lado de Alemania incondicionalmente! —berreó—. Será hasta la victoria plena, porque no existe otra posibilidad; pero permanecería igualmente si a Alemania le viniesen mal dadas. Es usted un sinvergüenza al servicio de la propaganda judeomasónica.

Me sorprendió que Daranitas no metiera también en el guiso al comunismo internacional. A Lesca le había interesado una opinión como la de Fontseré, que seguramente jamás habría escuchado de viva voz antes; y, aunque sólo fuera por curiosidad periodística, la había atendido sin dar muestras visibles de desacuerdo:

—Yo, sin embargo —aconsejó a Fontseré—, me cuidaría de repetir alegremente lo que acaba de decir. Podría tropezarse con oyentes menos comprensivos incluso que nuestro amigo Daranas…

Fontseré, palurdo sapientísimo, se sacó un as de la manga que acabó por cautivar al argentino:

—Yo esto no se lo digo a nadie. Pero, si va a ser mi jefe, no debo tener secretos ni reticencias con usted.

Lesca asintió, ponderativamente, y hasta se ajustó en su honor la pajarita. Y, sin mayores preámbulos, se puso a explicarles la técnica que deberían utilizar para que las reproducciones en *Je Suis Partout* resultasen de calidad. Daranitas no podía creerse que Lesca se hubiese dejado seducir tan rápidamente por Fontseré.

—Les pagaría una remuneración semanal fija, y ustedes se repartirían el dinero a su gusto —proseguía Lesca. Aunque hablaba en plural, quien en verdad le había interesado era Fontseré, pero entendía que Clavé era la maula que venía en el lote—. ¿Firmarán con sus nombres o con seudónimo?

Fontseré se encogió de hombros, pero aquí el reservón Clavé saltó con prontitud felina (era rápido tan sólo para escaquearse):

—Mejor con seudónimo.

—¿Y qué tendríamos que hacer? —preguntó Fontseré, a puerta gayola.

Sin duda, Lesca llevaba algún tiempo sopesando la incorporación de ilustradores al semanario y mi propuesta le había venido de perillas, porque así conseguía dos al precio de uno, o de medio (y los dos tan contentos, porque al fin vencían el hambre, aunque perdieran la honra ante el comisariado de los rojos puros). Ya tenía pensada al detalle la oferta:

—Les propongo un delantal en la primera página, un dibujo de intención política a cuatro columnas. Quedará bárbaro. Y en la última página podemos hacer una tira para niños, inspirándoles amor por la Nueva Europa, al estilo del monigote belga, ¿cómo se llama?, Tontín...

—Tintín —precisó Clavé, que no era más tontín porque no le daban cuerda.

—Pues Tintín, qué más da, el caso es que es un salame el reporterito ese —se molestó Lesca por la puntillosidad de Clavé, que si seguía interviniendo podría malograr el trato—. Les mandaríamos desde la redacción una carta neumática, con el tema que queremos para portada, y ustedes nos traerían los dibujos a la redacción. ¿Qué les parece?

Fontseré no se conformaba del todo y envidó:

—Nos parece bárbaro. Pero creo que yo también podría ilustrar reportajes sobre la vida frívola parisina. Ya sabe: restaurantes, *bistrots*, cabarés... Es un tipo de sección que cada vez tiene más aceptación, porque a la gente lo que más le gusta es leer sobre aquellas cosas que su bolsillo no se puede permitir.

Nunca dejaba de admirarme la inteligencia natural de Fontseré, tan intrépida y desinhibida que no le importaba cargar con el estigma del colaboracionismo. Y siempre dispuesta a matar dos pájaros de un tiro: por un lado, ofrecía a Lesca una idea genial que le haría vender muchos ejemplares del semanario entre quienes no podían permitirse cenar fuera de casa, pero deseaban aparentar que lo hacían ante sus amigos; por otro lado, Fontseré se aseguraba papear y empinar el codo gratis, a costa de los establecimientos promocionados. Las aguas muertas de la playa artificial proyectaban un reflejo casi fosforescente sobre el techo del Lido, un reflejo sinuoso y sigiloso como el mal disfrazado de bien.

—Pero, para poderles contratar, necesito que tengan toda su documentación en regla... —recordó Lesca, con un tono un poco más funesto.

—Mañana mismo arreglo eso con el cónsul español, para que de inmediato puedan darles un permiso de residencia definitiva —dije yo, resolutivo.

Tendría que apretar un poco las tuercas a Rolland, que desde la muerte del Orejas había pasado de caballo de carreras del Derby a matalón perezoso; pero la ocasión de pringar hasta las cachas a los dos

polaquitos bien merecía hasta una misa (otra) por el monarca difunto.

—¡Sos piola de veras! —lo celebró Lesca. Y me miró picarón, como si me exhortara a invitar a otra carísima ronda—: Pues habrá que celebrarlo, entonces.

Daranitas hizo un mohín de resignado y venial fastidio, mucho más llevadero ante la expectativa de prolongar la farra. Pero yo me hice un poco el longui, dirigiéndome a Fontseré y Clavé:

—Podríamos ir a celebrarlo a esa casa de putas de la calle Budapest que me descubristeis —propuse—. La verdad es que las pupilas eran formidables.

Sobre todo para pillar unas purgaciones. Pero me apetecía ver a Lesca y a Daranitas en un lupanar de baja estofa, refocilándose con aquellas putas con cara de gorilesas o máscaras africanas que habrían podido fundar el cubismo. A fin de cuentas, ya se refocilaban con modistillas y mucamas, demostrando debilidad por las clases populares.

—Pues yo les guío hasta allí encantado —dijo Fontseré, poniendo cara de circunstancias—, pero no les puedo acompañar en la labor. Resulta que mi puta polaca, con la que tanto me gusta comentar lecturas, ha dejado París, para irse a la costa en busca de soldados alemanes, como la Lilí Marlén de la canción. Me ha escrito diciéndome que los alemanes pagan mejor y que está encantada con el trato. «¡Qué limpios son!», me escribe maravillada. —Y Fontseré también ponía un énfasis de pasmo en su voz—. Sobre todo, comparados con los gabachos, que según mi querida polaca son los tíos más guarros que ha parido madre. ¡Ay, Señor, quién me contará ahora los folletines de cada semana!

Y, aunque empleaba un tono teatral, como para burlarse de sí mismo, se notaba que se había encariñado con aquella polaca a la que leía pasajes de la Biblia, a cambio de que ella le contase las rocambolescas narraciones por entregas que compraba en el quiosco; y parecía dispuesto a guardarle ausencia, mientras hacía caja con los soldados alemanes que construían fortalezas en la costa (como el ángel con gabardina y bigote retrasaba el desembarco, los británicos empezaban a considerarlo). Fontseré demostraba que se podía ser putero y hombre fiel; pues a la postre, el hombre es animal de costumbres (a poco que la costumbre no se convierta en suplicio). Me empezaba a disgustar que un tipo tan poco convencional fuese a

quedar marcado por su participación en la prensa *collabo*. Pero a él los dimes y diretes de los puros se la traían al pairo.

—Yo, con todos mis respetos, no me meto en el burdel donde meta el churro esta pareja —dijo Daranitas, entre bromas y veras—. Pero conozco una *boîte* por aquí cerca con unas *gachises* de primera. Por supuesto —precisó, muy previsoramente—, cada uno tendría que pagarse la suya.

Clavé se quedó descorazonado y como contuso, sabiendo que se quedaría a dos velas. Mucho más práctico, y siempre leal a su puta polaca, Fontseré puso al mal tiempo buena cara:

—Bueno, yo me conformo con que me inviten a otro armañac. Y mientras esas *gachises* de primera les camelan, yo me entretendré tomando unos apuntes al natural. —Y se dirigió a Lesca, siempre atento al negocio—: ¿Qué le parece si comenzamos esa serie sobre la vida frívola parisina con un reportaje sobre esa *boîte* tan ensalzada por el señor Daranas? Estoy seguro de que sus *gachises*, además de ser de primera, serán todas partidarias de Franco y, por lo tanto, anglófilas.

Daranitas, para que nadie pudiera dudar de su lealtad a Franco, tuvo que volver a enfadarse.

V

Como el sacristán Velilla era plenamente consciente de su derrota y postergación en todo lo que se refería a la acción cultural, resolvió pasarse con armas y bagajes a la Falange de auxilio social y fantochada benéfica que convenía a Franco, para convertirnos en cofradía santurrona con hábito azul mahón. Por supuesto, yo no iba a disputarle a Velilla ese territorio grimoso, entre el obrerismo retórico y las baboserías de Luigi Sturzo. El estilo, escribió el Ausente, es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y en cada palabra; y mi estilo no podía rebajarse a tales bazofias.

—Celebraremos el segundo aniversario de la Victoria con una comida de hermandad en Saint-Denis, con patronos y trabajadores —anunció Velilla solemnemente a todos los empleados de la avenida Marceau—. Así mostraremos al mundo que en la Nueva España el capital y el trabajo están asociados y las luchas de clase desaparecen. Pediré a nuestro embajador Lequerica que presida el acto.

Pero a Lequerica se le conquistaba por el estómago; y evidentemente no iba a arriesgar el estómago en una comida de hermandad en Saint-Denis, por una paella con vocación de engrudo o un pollo frito en aceite de colza. En el municipio de Saint-Denis, conocido como el «Manchester francés», se habían instalado en décadas anteriores miles de emigrantes españoles, atónitos palurdos sin danzas ni canciones, al reclamo de las fábricas de vidrio y las plantas siderúrgicas. Al principio solos, en avanzadilla medrosa, después incorporando a sus familias, hasta configurar una barriada netamente española, como un lazareto de barracas paupérrimas, de callejuelas angostas trazadas sin tino urbanístico alguno, a la buena (o a la mala) de Dios, que los gabachos apodaban —con intención burlesca, o al menos condescendiente— «La Petite Espagne»; y a la que de vez en cuando acudían en excursión, como si fueran a una reserva de comanches o a un poblado zulú, para comprar chorizos o

bacalaos en salazón en las tiendas de ultramarinos que allí se habían instalado, y entrar en las tabernas como quien entra en una jaula de monos, para ver a españoles de barba crecida y aliento candente de ajos jugando al dominó o al julepe y glosando los envites del juego con gargajos y blasfemias. Los franchutes creen que los españoles nos alimentamos de higadillos de niño; pero esta fama de asesinos caníbales pone cachondísimas a sus señoras, que sueñan con un español rudo que se las coma a mordiscos y les deje el coño apestando a ajos. Y Saint-Denis era el lugar idóneo para hacer realidad esa fantasía.

—Primero se celebrará una misa de acción de gracias en la capilla del Patronato de Santa Teresa de Jesús, que regentan los padres claretianos —detalló Velilla, muy orgulloso del excitante planazo que había confeccionado—. Y después se celebrará la comida de hermandad, en el local contiguo al Patronato, donde ya he ordenado disponer dos larguísimas mesas, para que obreros y patronos se sienten juntos, en franca y gozosa camaradería. La comida la bendecirá el padre Abundio, rector del Patronato.

El nombre del rector, evocador de aquel tonto que corrió en solitario una carrera y llegó segundo, ilustraba a la perfección la altura de miras del mastuerzo Velilla, que mientras nos detallaba el amenísimo programa de festejos sacaba pecho, engreído de su cacumen. Los claretianos habían instalado en Saint-Denis una «misión católica», coincidiendo con la llegada de las primeras oleadas de emigrantes españoles, con el propósito de evangelizarlos (como si no viniesen de casa ya evangelizados) y enseñarles el catecismo a sus hijos; pero sólo habían conseguido con sus prédicas que la mayor parte se hiciesen comunistas y anarquistas por desesperación. Luego, con la incorporación de los exiliados, el ambiente de Saint-Denis se había vuelto francamente hosco, con pintadas en las paredes cagándose en los muertos de Franco, reparto de pasquines en las tabernas y manifestaciones en las calles. Así hasta que llegaron los alemanes y pegaron a los residentes cuatro gritos y cuatro porrazos, logrando que se quedaran todos como una malva, al menos en apariencia, y enviaran a sus hijos a los campeonatos de fútbol y a los cursillos de costura que los claretianos organizaban en el Patronato.

—Pues a mí, que conste, me parece que en Saint-Denis lo que habría que organizar es una redada policial y no una comida de

hermandad —solté, para chafar las pretensiones de Velilla—. Eso es un nido de rojos disfrazados.

A Velilla se le amustiaron los pabellones auriculares, como se amustian las hojas de lechuga cuando se espolvorean de azufre:

—Cada uno tiene sus métodos, camarada Navales —murmuró, humillado.

Para más inri, las comunicaciones con Saint-Denis eran nefastas, y abril se estrenó con un diluvio que desluciría todavía más la ocurrencia de Velilla. Además, Lequerica no se conformó con excusar su presencia, oliéndose desde Vichy la comida de rancho, sino que, además, cuando Velilla le requirió unas palabras de adhesión al acto, solicitó específicamente que fuese yo el encargado de leerlas. Por supuesto, esta distinción que Lequerica me hacía no era tanto por premiarme como por afligir a Velilla y castigar sus iniciativas de vuelo gallináceo. Por mi parte, pese a que la comida de hermandad en Saint-Denis se convertía inopinadamente en una oportunidad para mi lucimiento, resolví no invitar a nadie, para no hacer el caldo gordo a Velilla y que después pudiera pavonearse en su hoja parroquial de haber reunido a un nutrido elenco de personalidades ilustres. Pero, así y todo, a Saint-Denis acudieron, haciendo de tripas chinchulines, Gregorio Marañón, que no se perdía una misa para hacerse perdonar sus machadas eugenésicas, y Federico Beltrán Massés, que le había cogido el gusto a lucir la camisa falangista con el yugo y las flechas (que, a fin de cuentas, era un uniforme, aunque fuese un uniforme pobre). Ambos llegaron a Saint-Denis empapaditos, porque habían compartido un velo-taxi con el toldo agujereado.

—Nos hemos alternado solidariamente en el sitio donde caía el agua, para compartir el mismo destino —me explicó Marañón resignado, con el sombrero hecho un gurruño entre las manos—. Pero todo sea por España.

—Y por Dios, don Gregorio. Por Dios antes que por España —lo corregí, malévolamente—. Y luego, en tercer lugar, por la Revolución Nacional-Sindicalista.

—Naturalmente, Navales —encajó Marañón el golpe—. Era una sinécdoque.

No hacía falta recurrir a la onomancia para anticipar que el sermoncito del padre Abundio, en conjunción con el rumor insistente de la lluvia, iba a dejarnos amodorrados a todos. Pero había un coro

de niñas virginales que con sus cánticos nos lavó las legañas y los pensamientos impuros; aunque seguro que entre la concurrencia habría algún pederasta a quien se los ensuciase todavía más. A Beltrán, que no era pederasta o sólo lo era platónicamente, al estilo de Lewis Carroll, aquellas voces niñas, amasadas de azucenas y de lirios, lo sumían en una suerte de éxtasis; y cuando cantaba la niña solista, que llevaba sobre la cabeza un lazo de cretona, como una mariposa prisionera, se volvía hacia el coro, con los ojos heridos de lágrimas, trémulo de gozo y emociones dormidas:

—¡Cómo canta esa niña, por el amor de Dios! —se exaltaba—. Está tocada por la varita mágica del arte.

Y luego se tiró toda la comida haciendo indagaciones entre los obreros hambrientos, que apenas le prestaban atención, preocupados de embaular la mayor cantidad de alimento posible (que venía de la cocina en bandejas, para que cada comensal se sirviese según su apetito), antes de que volara. Finalmente, Beltrán logró averiguar que la niña era una huerfanita asturiana llamada Mariuca que vivía dickensianamente con su abuelito, antaño minero del carbón y para entonces superviviente a duras penas con la limosna que le daban los claretianos, por hacerles cuatro recados y cuatro chapuzas. Beltrán se trajo al abuelito, de boina y cachava, a la mesa de presidencia, para que le hablara de Mariuca, como quien pide que le hablen de un país que no conoce o de un libro que no ha leído. Pero el abuelito, memorioso y bronquítico, con la excusa de hablar de Mariuca, aprovechaba para contarnos sus batallitas, que se remontaban por lo menos a tiempos de Favila, padre de don Pelayo. Beltrán, en cualquier caso, lo escuchaba absorto; y Marañón lo escuchaba como quien oye llover, abstraído en sus conferencias y en sus filantropías eugenésicas. A mí, la cháchara del abuelito me estaba tupiendo las meninges de estopa y de serrín.

—¿Y Mariuca por qué quedó huérfana? —pregunté expeditivamente, por tratar de que el abuelito abreviara la murga.

—Su madre, mi nuera, murió tuberculosa, la pobrina —respondió el abuelito, compungido—. Saint-Denis tiene un clima que...

—El clima ya lo vemos, es como el de París pero con miasmas —lo corté—. ¿Y qué fue de su hijo?

El abuelito agachó la cabeza y se refugió un rato en la bronquitis, amenazándonos con una tos antigua y carrasposa. Al final reconoció:

—Mi hijo volvió a España, a combatir por la República, y lo mataron en el Ebro.

—¡Acabáramos! —exclamé, lanzando una mirada maliciosa a Beltrán, que enseguida morigeró sus benevolencias con el abuelito.

A Marañón, en cambio, no lo asustó que el vejete fuera de estirpe roja, sino que por el contrario avivó su interés por las batallitas que contaba, de las que empezó a tomar nota, como si le pudieran servir para ese mamotreto que andaba preparando sobre los «emigrados españoles». Y al pánfilo de Velilla lo emocionaba tener a un rojo con espolones (aunque estuviesen mellados por la edad) sentado a su mesa, porque le parecía que así se fraguaba la reconciliación nacional. Este irenismo chocho empezaba a causar estragos en la Falange, cada vez más contaminada de nacionalseminarismo; y se mezclaba, además, con una fascinación morbosa por el humanitarismo babosón, que en Saint-Denis, con su hedor de pobreza recalentada y su heráldica de harapos en los tendederos, encontraba su paraíso. Velilla había logrado reunir aproximadamente a casi doscientos comensales, de los cuales una docena eran patronos españoles que apoquinaban los gastos del rancho y ciento con un pico largo de obreros que comían de gorra como tragaldabas; y que, a medida que se acercaba el postre, se empezaban a animar, lanzando blasfemias y gargajos. Velilla se me puso empalagoso:

—¿No es una gloria ver estas mesas abarrotadas y este ambiente de camaradería entre obreros y patronos, que se sienten hermanos, amigos, colaboradores en la misión de alcanzar el bien común, sin odios, sin rencillas, sin lucha de clases? —preguntó retóricamente—. No me digas, camarada Navales, que no te emocionas al contemplar este panorama.

Y puso un pucherito de labio temblón, como si se creyese sus propios cuentos. Procuré bajarle un poco el suflé emotivo:

—A mí me parece que están todos haciendo el paripé. Los unos para que informemos a Madrid que son empresarios modélicos; y los otros, para matar el hambre y fingir que son partidarios nuestros. Pero mañana mismo vuelven a la greña entre ellos.

Después de unos entremeses recalentados y grasientos nos trajeron una paella inenarrable, con menudillos y huesos de pollo que parecían roídos; y todo ello regado de un vinazo agrio y rasposo, con sus irisaciones de vinagre. Y, mientras los comensales pelaban sus

piezas de fruta magullada (tal vez venida del Levante español, en uno de esos camiones que los agricultores gabachos asaltaban en las carreteras, vaciándolos de su carga), salí a leer las palabras que Lequerica había mandado desde Vichy, excusando su presencia en el acto. Por supuesto, se trataba de un texto refritado, porque en él no se hacía alusión alguna al cónclave de obreros y patronos, ni tampoco casi a la Victoria alcanzada dos años atrás (tal vez por tacto hacia los comensales, que en su mayoría habían salido derrotados). En cambio, se extraviaba en curiosas divagaciones sobre filosofía de la Historia (perdón por la mayúscula), de las que el obreraje no iba a entender ni papa (pues, si las hubiese entendido, se habría podido encabronar):

—Por una triste desviación de nuestra historia, España pasó a ser en el siglo XIX, entre los pueblos europeos, el país de las guerras civiles —peroré, poniendo voz a Lequerica, ante los atónitos palurdos—. Durante el siglo XVI, el siglo XVII, el siglo XVIII, cuando las principales naciones de Europa se debaten en duras querellas político-religiosas o dinásticas, en España se mantiene la paz interior, fuera de algún estallido particularista. No pelean entonces los españoles entre sí. Es hacia fuera donde va nuestro esfuerzo creador de mundos y salvador de los más fuertes principios morales. La unidad de poder, la autoridad concentrada, fuerte de prestigio, logran a la par la utilización interna de nuestras energías y la expansión de las cualidades creadoras de la raza. Cuando palidece esa unidad y las nuevas instituciones parecen hechas para favorecer nuestra dispersión, surge el siglo de las guerras civiles.

Y así durante un buen rato, hasta poner las cabezas de los obreros de Saint-Denis como un bombo, para acabar con los consabidos apóstrofes: «¡Arriba España! ¡Viva Franco!», que cosecharon una respuesta más bien remolona. Pero peor papeleta todavía le tocó a Velilla, que tuvo que bregar con un público ya toreado y aturdido por las lucubraciones históricas de Lequerica, sin más arma que su verbo feble de ferretero metido a sacristán del falangismo. Así que, mientras se sucedía el fárrago de Velilla sobre la justicia social, el Fuero del Trabajo y la Ley Sindical, todo ello salpimentado por una retahíla de tópicos pestíferos sobre la concordia y la hermandad de los españoles de todas las clases, los comensales empezaron a dispersar su atención en conversaciones al principio tímidas y luego descaradas con sus vecinos de mesa, con quienes hacían brindis con los últimos culos de

vino que quedaban en las botellas o se lanzaban migas de pan, en un fuego graneado más vigoroso que los bombardeos sobre Londres ordenados por el ángel con gabardina y bigote. Hacia el final del discurso de Velilla, los obreros ya habían empezado a entonar cánticos desafinados y regionales, en una competencia entre castellanos y extremeños, o entre gallegos y asturianos, que terminó en pandemonio.

—¿No es verdad —se desgañitaba inútilmente Velilla— que también nosotros sentimos, aunque estemos lejos de la patria, la aurora que anuncia el nuevo día?

Pero aquellos cenutrios sólo sentían que se les hubiese acabado el vino peleón y la paella o argamasa amarilla con la que habían llenado los buches. Velilla acabó su discurso, inaudible entre el tumulto y la rebatiña, y se dejó caer sobre su silla, derrengado por el fracaso y corroído por pensamientos funestos. Marañón trató de elevar la moral alicaída de Velilla zahiriéndome (pero en realidad zahería a Lequerica):

—No sé yo si esa visión de las guerras civiles que se nos ha expuesto aquí, dependiente únicamente de un poder disperso o una autoridad débil, es del todo atinada —empezó, con un bordoneo sesgado, muy definitorio de sus intenciones—. No debemos olvidar que la historia humana se inaugura con una guerra entre hermanos: Caín mata a Abel. Es posible que las guerras civiles, las que nacen del resentimiento, aquellas en las que clama ante Dios la «voz de la sangre», duren tanto como la simiente humana sobre el planeta. Están ligadas a un instinto hondamente humano, hundido en la raíz de nuestra existencia, que es el instinto de superación, a su vez nacido de la desigualdad entre los hombres. Y esa desigualdad, que es motor del progreso, también es un perpetuo riesgo de violencia. Es posible que el último capítulo de la historia humana, la víspera del día del Juicio, sea otra lucha fratricida entre los nietos de Caín y Abel.

Todos en la mesa, desde el abuelito bronquítico de Mariuca al desfondado Velilla, asintieron reverenciales, como si acabaran de escuchar al oráculo de Delfos. Marañón se había acostumbrado a ejercer de sabio profesional; y cualquier paparrucha que saliese de su boca era comulgada con unción por sus oyentes, con automatismo unánime de lelos. Pero yo no iba a sumarme al rebaño:

—Ha dicho unas cuantas sandeces en muy poco tiempo, don

Gregorio, y se lo digo con todo el cariño del mundo —le repliqué sin bordoneos, para que entendiese que en mi presencia jamás se le iba a pasar ni un solo sofisma—. Sorprende, en primer lugar, que presente la historia humana, desde su nacimiento hasta la víspera del Juicio Final, como una línea continua, sin alteraciones ni sobresaltos. ¿No se le olvida referirse al estado de gracia previo, antes de la Caída de nuestros primeros padres? ¿También ahí imperaba ese «instinto de superación» engendrador de violencias? Todavía más llamativo resulta que no aluda usted a la Redención de Cristo… ¿A su parecer la humanidad siguió siendo la misma, antes y después de que Cristo pasara por la Tierra? Me parece, don Gregorio, que está usted demasiado envenenado de fatalismo. —Le sonreí, con sibilino candor —. Tal gangrena me resultaría comprensible en un hombre descreído, para quien la religión no fuese más que un «fetichismo primitivo». Pero en un católico devoto como usted, que no se pierde ni una sola misa los domingos y fiestas de guardar, me resulta desconcertante. También me sorprende que reste importancia al ejercicio de la autoridad en las guerras civiles: si Caín mato a Abel fue porque Adán no supo ejercer su autoridad paterna, porque descuidó sus deberes como padre, dejando que el resentimiento de Caín se hinchara como un sapo. Un gobernante digno de tal nombre se cuida de arrancar la cizaña que siembra cualquiera de sus hijos, castigándolo muy severamente. Sólo el gobernante espurio deja que la cizaña crezca, con negligencia o incluso con complacencia. ¿No le parece que la República que usted apoyó en otro tiempo obró con indignidad, dejando que creciese la cizaña? —Aunque lo había interpelado muy directamente, no dejé que me respondiera con balbuceos—. Y, por último, don Gregorio, usted ha hablado de una «guerra entre hermanos» al referirse al episodio de Caín y Abel… ¿Dónde está la guerra? Abel era un bendito incapaz de matar a una mosca, que se dedicaba alegremente a cultivar sus tierras. Y Caín lo mató porque no soportaba que fuera el predilecto de Dios. ¿No cree que, al hablar de «guerra entre hermanos», adopta usted una posición demasiado, digámoslo así, equidistante? No son tiempos para equidistancias, don Gregorio. El único error de Abel fue no pegarle una pedrada a su hermano en la crisma, antes de que le matara con la quijada. Un lamentable error que no quisimos repetir los abeles de la Cruzada.

El jolgorio que para entonces reinaba en el local, con cánticos

desafinados y aporreo de las mesas, resultaba ensordecedor. Pero las caras de muñecos guillotinados que pusieron los comensales de la mesa presidencial después de mi alegato fueron tan funerales que la quietud se fue extendiendo por todas las mesas, con la celeridad de una peste bubónica. Así hasta que al final se hizo un silencio totalitario, con todos los abeles y caínes revolviéndose en las regiones de ultratumba, mientras la lluvia levantaba acta de lo ocurrido, tecleando su escritura cursiva en los cristales. Marañón, sabiéndose centro de todas las miradas, se encogió en su asiento y se jibarizó hasta casi desaparecer debajo de la mesa. Murmuró, con la voz quebrada en un sollozo:

—Usted la tiene tomada conmigo, Navales. Y no entiendo cuál es la razón.

Resultaba paradójica aquella incomprensión. Pues Marañón había escrito un libro sobre el resentimiento donde afirmaba que el resentido puede alimentar su pasión sin que existan razones para ello, o inventándoselas. Pero, no necesitando en efecto razones para mi resentimiento cósmico, lo cierto es que tenía una razón para mi resentimiento concreto hacia Marañón. Y esa razón era la misma que tenía el primogénito de la parábola del hijo pródigo contra su hermano. Intuía que gentes como Marañón, conversos dudosos de última hora, serían los premiados con el ternero mejor cebado por el triponcete de Franco, mientras los leales de la primera hora nos quedaríamos a dos velas. Y este sentimiento de agravio lo hacía todavía más aflictivo la certeza de que Marañón no estaba verdaderamente arrepentido, como se probaba en aquella reflexión fatalista y equidistante sobre las guerras civiles, por mucho que abjurase de sus errores pasados. Después de todo, también se puede abjurar por conveniencia o por fingimiento, como hicieron tantos judaizantes.

—Yo es que lo admiro mucho, don Gregorio —dije, con desvergüenza hipócrita—. Por eso me fastidia que, de vez en cuando, asomen rémoras del pasado en su pensamiento. Entonces yo voy con la podadera y se las corto. Soy el jardinero que cuida con cariño su jardín y le arranca las malas hierbas.

Marañón me miró desde los subsuelos de la humillación con ojos implorantes, pero también perspicaces:

—Y ese rapapolvo que me ha echado… ¿Es su pensamiento

genuino o lo ha impostado porque disfruta llevándome la contraria?

Para entonces, Marañón ya había conseguido la solidaridad de todos los circunstantes, porque —como bien señalaba Nietzsche— los seres débiles siempre se apiadan del derrotado, aunque defienda lo que ellos atacan (y así terminan defendiendo y atacando lo que al derrotado le conviene). Traté de que mi risa sonase bienhumorada:

—¡Eso tendrá que descubrirlo usted, don Gregorio! A un hombre de sus talentos no le resultará difícil. —Y entonces mi mirada también fue perspicaz—: En cualquier caso, no veo contradicción en las dos posibilidades que plantea: se puede ser muy genuino impostando un pensamiento, para rebatir más rotundamente a nuestros detractores. ¡Ésta es el alma del polemista! ¿No le parece?

—Tiene usted razón —asintió Marañón—. Pero se corre el peligro de caer en la esquizofrenia. O en la charlatanería.

—Es el mismo peligro que corren quienes fingen abjurar de sus pasados errores para prosperar socialmente, pero los siguen cultivando secretamente en la conciencia —le contesté, elusivo pero dispuesto a volver a machacarlo, si se revolvía.

No lo hizo, temeroso de mis dotes polemistas, o de erigirse otra vez en centro indeseado de atención (sólo deseaba serlo para su lucimiento). Entretanto, entraron en el comedor las niñas que habían cantado en misa, siendo recibidas con vítores y aplausos frenéticos por toda la concurrencia, entre la que se hallaban sus propios padres, que corrían a abrazarlas, radiantes de orgullo. No pudo hacerlo el abuelito asturiano con Mariuca, pues era ya hombre un poco impedido y de movimientos lentos, así que fue la propia niña la que corrió a reunirse con él. Como sus otras compañeras del coro, había estado jugando en la calle, bajo la lluvia pertinaz, y pisoteando los charcos, así que se hallaba empapada, con la mariposa del lazo completamente escachifollada, los zapatos embarrados, los calcetines sucios y caídos, el vestidito pobre y de tela muy gastada casi transparente, por culpa del agua.

—Pero qué nietecita más guapa y más salada tiene usted —ponderó Beltrán, para envanecimiento del abuelito y de la niña.

Mariuca era, en verdad, muy guapa, rubia y dulce, con unos ojos luminosos como el trigo en agraz y unos labios carnosos y encendidos, casi adultos. Los piropos de Beltrán la pusieron nerviosa, o fingió por coquetería que la ponían, y se tapó la cara con el vuelo de la falda,

mostrando a todos las braguitas blancas y el vientre tenso como la piel de un tambor.

—¡Mariuca! —la reprendió el abuelito—. ¡Bájate esa falda, no seas grosera!

Beltrán la miraba con un deslumbramiento rayano en la codicia:

—¡No es grosera, por Dios! ¡Es traviesa! —dijo, haciéndole una tierna mamola a la niña—. ¡Ay, traviesa Mariuca, cuánto me gustaría pintarte!

A Velilla y otros meapilas de la mesa la rendida devoción de Beltrán a la niña empezaba a incomodarlos, todo lo contrario que a Mariuca, a quien la expectativa de convertirse en musa de un pintor famoso la endiosaba todavía más que los aplausos que reconocían sus dotes canoras. Y, para sorpresa de todos, se encaramó en las piernas de Beltrán y se acurrucó en su pecho, con una desenvoltura muy natural que sin duda llevaba en los genes rojos. Beltrán, exultante de gozo, le acarició los cabellos dulcísimos y prerrafaelitas. Me parecía adivinar en Beltrán esa devoción por la niña que es una nostalgia platónica de un cuerpo todavía no profanado, nostalgia de un sudor que no huele o huele a jazmines recién cortados, nostalgia de un sexo limpio, angélico y sin vello.

—¿Quieres que te haga un retrato, Mariuca? —le preguntó Beltrán, como si le declarase su amor.

Y la traviesa Mariuca respondió sin dubitación, como una novia en el altar, ante la complacencia del abuelito:

—Sí.

Beltrán le acariciaba mucho las manecitas numerosas de dedos y de juegos secretos, las mejillas tersas y redondeadas, las orejas como bígaros o laberintos donde se refugia el pudor. Y la traviesa Mariuca lo miraba con ojos muy intensos, dispuestos a guardar una promesa hasta la muerte que, además, exigía correspondencia. El abuelito quiso sacar tajada de la situación:

—Pues, Mariuca, vas a tener que hacerte modelo profesional —dijo, haciéndose el cándido—. Así podrás traer unas pocas perras a casa.

Me tuve que inmiscuir en las ensoñaciones menoreras de Beltrán, antes de que lo desplumaran:

—Mucho ojito, Beltrán, que usted pinta para ganar dinero, no para perderlo —le advertí—. Dedíquese a lo suyo, que es pintar

retratos de marquesas. Y si le apetece pintar niñas, búsquelas entre las hijas de la aristocracia; así, a la vez que satisface su capricho, recauda.

Mariuca detectó enseguida mi hostilidad, y se acurrucó todavía más contra Beltrán, que tragaba saliva y no dominaba el sonrojo, como un pervertido al que han pillado *in fraganti* o, todavía peor, como un hombre virtuoso cuya castidad es confundida con perversión:

—Yo… yo no pinto para recaudar —trató de ponerse digno—. Pinto porque soy artista, y no puedo permanecer indiferente ante la belleza, sea de una mujer adulta o de una niña.

El obreraje, viendo que no se servían licores después de los postres, empezaba a desfilar en estampida, a pesar de la lluvia que no cesaba; pero para sus cuerpos bregados en los ardores de las fábricas de vidrio y de las plantas siderúrgicas la lluvia era un descanso y una bendición.

—Usted ha dicho y escrito que la pobreza del arte actual se debe a la democracia, Beltrán —le recordé—. Y que la belleza siempre viene de mano de la aristocracia. Déjese de travesuras populistas y vuelva a su mundo creativo, que es el mismo que el de los grandes pintores de aquella España gloriosa de los siglos XVI, XVII y XVIII, de la que Lequerica hablaba en su discurso. —Y le aduje otra razón más, acaso más convincente—: Imagínese si doña Irene, su esposa, se entera de que ahora le ha dado por pagar para pintar…

El abuelito advertía también mi hostilidad hacia él y hacia su nieta, hacia su progenie roja y menestral; pero le faltaban recursos para poder contestarme y redaños para poder injuriarme. Tampoco Beltrán se atrevió a porfiar más, después de que le invocase el fantasma de doña Irene Narezo. Pero cuando la cuestión parecía ya zanjada y Velilla se alzaba de la mesa, intervino increíblemente Marañón:

—Y sin embargo… esos pintores a los que usted se refiere no pintaban sólo aristócratas —dijo, en un murmullo que se pretendía humilde—. También tuvieron un ojo especial para el pueblo, y me atrevería a afirmar que específicamente para los niños del pueblo. Ahí tenemos al *Niño espulgándose*, de Murillo, o a sus *Niños comiendo uvas y melón*. Tenemos al *Niño del pie varo*, de Ribera. Tenemos al niño que asiste a la *Vieja friendo un huevo*, de Velázquez, y a su incomparable *Niño de Vallecas*. Tenemos…

—Tenemos a muchos niños zarrapastrosos, lisiados o enanoides

que en aquella España eran mirados con amor, don Gregorio —lo corté, exasperado—. Pero que en la España que anhelan los eugenistas estarían todos criando malvas. ¡Cómo me joden esos eugenistas que exigen que los hijos sean inteligentes y sanos pero luego, para hacerse los simpáticos, se extasían ante las pinturas de niños enfermos o mongólicos. ¡Cómo me jode el ternurismo de los canallas, don Gregorio!

Y así logré que se callara de una puñetera vez, más corrido que una mona. Como mi exasperación había crecido hasta tornarse al final enfurecimiento, quienes todavía quedaban en la mesa huyeron en estampida, empezando por la traviesa Mariuca, que era la más ágil de todos, y cerrando la comitiva despavorida su abuelito, que marchaba cojeando. Le susurré al oído:

—Usted no se preocupe, que ya me encargaré yo de que el pintor le pase un donativo todos los meses. Pero aquí me toca hacer de Pepito Grillo, para que no se me desmanden... —Le sonreí, cómplice—: Ya sabe, fascistas que juegan a hacerse los rojos, o rojos que juegan a hacerse fascistas. Gentuza que juega a dos barajas.

Empezaba a darme cuenta de que los rojos sin ambages, al estilo de Fontseré o Ana María Sagi, me inspiraban un sincero afecto que se volvía encono y resquemor ante los camuflados y los tartufos que se desenvolvían en una zona gris. La traviesa Mariuca se había puesto a pisar los charcos con ahínco, alzándose la falda cándida o alevosamente, para que Beltrán pudiera contemplar arrobado sus piernas glabras, arañadas de los cardos y los vidrios rotos de los solares de Saint-Denis, heridas de postillas y de orfandad. La traviesa Mariuca era una náyade párvula mojada por la lluvia y por la adoración de su ogro bueno, que aplaudía cada uno de sus saltos, cada una de sus sonrisas, cada uno de sus parpadeos.

VI

—¿Te aprietan? —pregunté a Ana María Sagi.

De camino a la buhardilla de la calle Froidevaux, me había detenido en una zapatería del bulevar Montparnasse, para adquirir el último grito de la afónica moda franchute, unos zapatos de señora fabricados en papel, que eran la inesperada sensación de los escaparates en la primavera recién estrenada. Me había dado algo de vergüenza hacerle el regalo, y a ella también aceptarlo, pero si aspiraba a ser su amigote tenía que ganarme su confianza y ablandar sus reticencias. La hechura de los zapatos era, desde luego, cuidadísima, y su apariencia sólida y a la vez elegante; no en vano tenían un precio semejante al de los zapatos de tafilete del año anterior. Entretanto, la moneda se había depreciado salvajemente, mientras los sueldos se mantenían estables (en su hundimiento); pero nadie se resistía a mis marcos de la Propagandastaffel, que mis buenos sopores y cabezadas en las conferencias de prensa me costaban.

—Son flexibles y ligeros —constató Ana María, pisando sobre el suelo entarimado y doblando el pie—. Y apenas se nota que son de papel.

—Pero tienes que tomar la precaución de ponértelos sólo si el tiempo está seco —le recordé—. En cuanto les llueva encima, ¡adiós Madrid!

Ana María frunció el morro:

—Pues deberían haber encontrado el modo de impermeabilizarlos con alguna laca, o sebo, o algo parecido. —Se los miraba puestos de frente, de perfil y al bies, y se la notaba contenta, incluso levemente coqueta, algo que en ella quedaba casi incongruente —. Pero los voy a estrenar esta misma tarde.

Había quedado en recogerla para asistir juntos a la inauguración del Centro Social de Ayuda a los Españoles, la tapadera del llamado doctor Tarragó, el curita separatista, para apacentar y coordinar al exilio polaquito. Constituido en febrero, el Centro todavía no había

empezado a funcionar públicamente; aunque el curita Tarragó, desde luego, no había cesado de enviar circulares a la colonia catalana, exhortándola a la afiliación y al pago de cuotas. El centro se hallaba en el número 110 de la calle Richelieu, aledaños de Montmartre, para que al comodón de Creixams no le costase demasiado mover el culo y pudiera asistir a sus veladas y reuniones, aunque no las amenizase ninguna bailarina. Con Creixams y otros polaquitos, tanto los renuentes como los entregados a la causa de la avenida Marceau, esperaba encontrarme en aquella inauguración, que se hacía en una tarde abrileña radiante, con un cielo de un azul rabioso y nubes algodonosas y blanquísimas, como importadas de la Arcadia. A Ana María los zapatos de papel no le mancaron durante la caminata hasta la calle Richelieu, que no fue moco de pavo; y en los pliegues y dobleces que les afloraron —los mismos que en unos zapatos de piel— no se notaba atisbo alguno de grieta o desgarradura. El Centro Social de Ayuda a los Españoles ocupaba un piso de la tercera planta del inmueble, bastante desangelado y sosaina, con aspecto como de consulta médica venida a menos. Había grandes ventanales que daban a un amplio patio interior, donde las ratas fornicaban con denuedo y los niños del vecindario se entretenían propinándoles garrotazos en mitad del coito.

—Qué visión tan idílica —comenté—. Me encanta.

El local lo habían amueblado muy ascéticamente con los pocos muebles que el curita Tarragó y sus secuaces habían podido salvar de un centro anterior que la policía francesa les había clausurado, por desinhibidamente catalanista. De ahí que ahora el curita Tarragó enmascarara sus intenciones proselitistas bajo ese marbete de «ayuda a los españoles», que sólo podía engañar a los tontos de baba y a los polizontes (si la redundancia es tolerable). Y para envolver de cierto empaque el garito y disimular sus verdaderas intenciones, el curita Tarragó había montado una suerte de consejo o comisión directiva que lo avalase, integrada principalmente por catalanes de mucho prestigio (perdón por el oxímoron) y escaso peculio que llevaban algún tiempo viviendo en Francia y no se habían implicado, al más puro estilo ponciopilatesco, en las turbulencias y sediciones azuzadas por el fusilado Companys. Según se exponía en sus estatutos, el Centro se proponía ayudar a los españoles, brindándoles «todos los servicios sociales de socorro que necesitasen»; un brindis al sol que no sabía si

calificar de socarrón o de fatuo. El curita Tarragó se había apostado al fondo del vestíbulo, donde iba saludando muy calurosamente a todos los asistentes al acto de inauguración. Dejé que Ana María me tomase la delantera y se mezclase con sus paisanos, para cantarle más desahogadamente las cuarenta al curita.

—*Benvingut al nostre centre, amic. Que Déu us guardi. Ens coneixem*? —me saludó, intrigado, mientras me estrechaba la mano con ambas manos suyas, como si me quisiera transmitir algún carisma religioso o microbio separatista.

—Ni *benvingut* ni ostias, a mí hábleme en la lengua del imperio, padre, que para eso se dedica usted a «ayudar españoles».

El curita Tarragó retiró ambas manos como si la mía abrasase. Andaría aproximadamente por la edad de Cristo, lo que probaba la precocidad de su maldad; pues la intoxicación de Maritain, Mauriac y demás compañeros mártires la había perpetrado cuando todavía era veinteañero. El curita Tarragó tenía las manos callosas y los ojos blandos, como si se matara a gayolas, con un rostro sabihondillo y una gestualidad zascandil. Era entusiasta y cantamañanas (pero sospecho que no se puede ser entusiasta sin ser cantamañanas), uno de esos activistas utópicos que en su torbellino caritativo se olvidan de rezar y que, en su afán por cumplir con todas las obras de misericordia corporales, se olvidan de las espirituales. Vestía una sotana nuevecita, como de *atrezzo*, que seguramente sólo se pusiera para embaucar a los meapilas y a los desubicados.

—Con mucho gusto le hablo en castellano, señor —dijo, más cauteloso que intimidado—. ¿Tenemos el gusto de conocernos?

—Nunca hasta hoy nos habíamos visto —le contesté, bronco—. Pero las noticias de su fama me llegaron hace años, viviendo yo en Salamanca... Por cierto, que también tiene que ser usted famoso en París, porque para que le hayan dado permiso de apertura hay que gozar de buenas agarraderas en prefectura, ¿eh?

El curita Tarragó trató de envolverme en su melaza:

—El comisario encargado del Departamento de Españoles es un buen amigo. Ya sabe, la sotana siempre infunde respeto.

Y probó una risita curil, entre humilde y engreída, que aborté por la vía rápida, imponiendo el tuteo falangista:

—Se lo infundirá a los mentecatos. A mí, por ejemplo, los curas rojos no me la dais ni con queso, mucho menos disfrazándoos con la

sotana.

Al curita Tarragó se le demudó el semblante de zascandil. Al fondo del piso, una cobla había empezado a dar la murga con sus flabioles y fiscornos, tibles y tenoras, todos esos instrumentos mamarrachos que los polaquitos emplean para tocar sus sardanitas y demás purrelas musicales.

—Creo que se equivoca, señor... —musitó.

—Me equivoco por los cojones —lo hostigué—. Te tengo fichadísimo, Tarragó. Tal vez haya sido el lector más atento de los artículos que publicaste en *La Croix*, con el seudónimo de «Víctor Montserrat». Me llegaban los ejemplares a Salamanca con cierto retraso, pero me los leía de cabo a rabo, y así perdí la poca fe que tenía. Hice varios informes sobre tus artículos, recomendando tu detención. —Empecé a manosearle los botones de la sotana, todos parejos y muy cosiditos, sin melladuras ni hilos flojos—. Al parecer llegaron a encerrarte en un calabozo de Burgos, pero te soltaron de inmediato, el nacionalseminarismo siempre ha sido muy blando con los curas. Y, una vez suelto, lo agradeciste volviendo a París y publicando un libro infecto donde denunciabas el fusilamiento de los curas gudaris y el «drama de un pueblo incomprendido». Pero a los euscaldunes se les comprende perfectamente; siempre que no hablen en su lengua para cafres, por supuesto. —Después de repasarle toda la botonadura, le di un cachetito cariñoso—. Me había olvidado de presentarme: me llamo Fernando Navales, para servir.

Y avancé al interior del piso, para zambullirme en el conciliábulo polaquito que allí se celebraba; y por tratar de hacerme con alguna octavilla de ciclostil que facilitase a Urraca el cierre del Centro. Pero el curita Tarragó no me quiso soltar, y me acompañó en la incursión, abandonando su puesto en el vestíbulo:

—Pero todo eso quedó atrás, señor Navales. Agua pasada no mueve molino.

—El pasado siempre vuelve, Tarragó, porque nunca se marcha del todo —lo corregí—. Si piensas que haciéndote el ingenuo me vas a camelar, la llevas clara.

Ana María se había sumado a un corro en el que también se hallaban el intrépido Fontseré y el reservón Clavé, flamantes ilustradores de *Je Suis Partout*, junto a mi negro Gasch, que parecía haberle perdido el miedo a la ménade, viendo que se había limado las

garras y usaba zapatitos de papel, que todos le estaban ponderando, pasmados de que dieran el pego tan satisfactoriamente.

—Yo no tengo veleidades políticas, señor Navales —se empeñaba Tarragó en abrumarme con sus explicaciones—. Este centro es de naturaleza social y humanitaria, abierto a españoles de todas las regiones y de todas las ideologías.

—Claro, claro, por eso te has traído una cobla para la inauguración y le has dicho que toque sardanas —me burlé.

El curita Tarragó hizo un gesto acongojado a los miembros de la cobla, que dejaron de soplar sus gaitas catalanas. A otra señal suya, se pusieron a tocar la *Marcha real* catastróficamente, con desafinaciones de primero de solfeo. A los polaquitos que allí se congregaban el himno o pachanga militar española les provocaba convulsiones epilépticas, como si les estuviesen dando los exorcismos.

—Por mí no te molestes, Tarragó, que tampoco quiero que tengas que administrar la extremaunción a alguno de tus invitados —le dije, desafecto de todo himno que no fuese el *Cara al sol*, y según dónde y cómo—. Pero, vaya, que enseñáis demasiado la patita polaca, no me vengas con milongas.

Sobre una mesita había, al modo de estampas devotas para llevar en la cartera, unas cartulinas con poemas de Joan Maragall y Ventura Gassol, entre otros, exaltando la patria catalana. Las cogí a puñados y las guardé en la buchaca, para aprovisionar a Urraca.

—Espero contar con el apoyo de las autoridades españolas —continuaba Tarragó, inasequible al desaliento—. En nuestro centro queremos tocar música de todas las regiones. Así se lo pienso decir al embajador Lequerica, a quien ya he pedido cita.

—Prueba a hacerle una buena escalibada, a Lequerica se le gana por el estómago —me burlé—. Pero mucho me temo que Lequerica lo consulte con Serrano Súñer, que también te tiene fichado desde la guerra de España.

El curita Tarragó empezaba a desesperarse. Se le notaba porque manoteaba como un ventilador y había empezado a sudar el alzacuellos impoluto, tan de *atrezzo* como la sotana.

—También podríamos organizar clases de cultura general para los hijos de los emigrantes españoles…

—Ese tipo de actividades ya las hacemos en la avenida Marceau. No necesitamos réplicas ni sucedáneos —lo disuadí, desdeñoso.

Al mencionar la avenida Marceau, el curita Tarragó acabó de atar cabos, *cum timore et tremore*. Se volvió todavía más nerviosamente meloso:

—¿Trabaja usted en la sede de Falange? Me gustaría mucho colaborar en su semanario, como prueba de mi buena fe. Podría escribir artículos catequéticos, o incluso favorables a los Gobiernos que defienden la religión católica.

Empezaba a darme pena que se arrastrase tanto. Pero no se me escapaba que los curas, con tal de salirse con la suya, son capaces de hacer volatines y acrobacias y hasta gimnasia rítmica, recogiéndose el vuelo de la sotana. Por puro sibaritismo de la chufla, le recomendé que pidiera cita a Velilla, que estaba empeñado en convertir el semanario en una hoja parroquial y sin duda le interesarían mucho sus colaboraciones pías y moralinas *ad hoc*. Después de todo, si el sacristán Velilla picaba el anzuelo y publicaba un solo artículo de Tarragó, sería la ocasión pintiparada para darle la puntilla definitiva ante el cuñadísimo, que tenía enfilado al curita y todavía fresco el recuerdo de las salpicaduras de orín y las zurrapas en el baño para invitados de la avenida Marceau.

—Sin duda se lo propondré al señor Velilla —me aseguró Tarragó, agradecido de mi orientación—. Y para que vea que mi intención es puramente humanitaria, le suplico que se incorpore a nuestra comisión directiva, como se lo suplicaré también al embajador Lequerica. Y les ofrezco otros dos puestos más en la comisión, para que se los propongan a personas de su completa confianza. Pienso, por ejemplo, en el doctor Marañón, o en el pintor Beltrán Massés.

Parecía dispuesto a convertir esa comisión en un arca de Noé o asamblea plebiscitaria. Decidí entonces fingir que el curita Tarragó me había logrado embaucar, halagando mi vanidad; pues la delación resulta un ejercicio más primoroso cuando se acompaña con las mañas de un judas:

—Pues me vas a acabar convenciendo, Tarragó. Déjame pensarlo un poco y lo hablo también con Beltrán y Marañón.

Pero, mientras me lo pensaba, Perico Urraca actuaría con prontitud, acabando con las aspiraciones quiméricas del curita Tarragó. Logré por fin quitarme de encima al anfitrión y me acerqué a Grau Sala, que se paseaba picoteando en todos los corros, pero sin quedarse en ninguno, temeroso de que le solicitaran algún favor o

padrinazgo demasiado engorroso u oneroso. Iba con el pecho abombado, como un pavo real, y desplegando la cola de plumas del reconocimiento crítico que acababa de dispensarle Rebatet. Lo saludé con grandes alharacas:

—¡Salve, maestro Grau! Todavía parece que estoy leyendo el ditirambo de *Je Suis Partout*. ¡Esa «distinción de paleta»! ¡Ese «complejo mundo figurativo»! ¡Esa «técnica japonesa»! Al fin se ha hecho justicia al gran pintor español del momento.

Y, aunque sospechaba que me estaba choteando de él, o incluso que la reseña de Rebatet podría haber sido «inducida», su rostro se ensanchaba de cierta euforia insolente:

—La verdad es que esa reseña ha marcado un antes y un después en mi carrera —reconoció, ufano—. Por fin me siento comprendido.

Le palmeé la espalda, avasallador y confianzudo:

—Yo te comprendí en cuanto entré en tu estudio y reparé en las cositas que coleccionas: que si cajitas de música, que si bolitas de cristal, que si conchas nacaradas... Me dije: «Éste es el mesías llamado a redimir y renovar la pintura española». —Había puesto una voz untuosa, todavía más curil que la de Tarragó—. ¡Cómo me alegra que el crítico más importante de Francia sea de mi misma opinión!

Me habían comentado que las clases que Grau Sala había impartido en la Escuela de Pintura de la avenida Marceau habían resultado inanes y soporíferas como clases de ganchillo. Pero había que seguir exprimiéndolo, para que sirviera de cebo a otros polaquitos más levantiscos (y menos bendecidos por el éxito):

—En breve montaremos nuestra primera exposición colectiva —le anuncié—. Ya sabes que nos gustaría contar con alguna aportación tuya; y, además, queremos que formes parte del jurado que adjudique los premios.

Grau Sala vinculaba oscuramente su ascenso en la consideración de la crítica a sus incursiones en la avenida Marceau; pues, aunque era un pintor mediocre, no se chupaba el dedo:

—Honradísimo, Navales, honradísimo —se comprometió.

Y siguió con su ronda galliforme, cosechando adulaciones envidiosas de sus paisanos. Gasch se me acercó, un poco mohíno, como si el éxito de su hipotético cuñado le despertara también un poco de pelusilla. Pero no entendía muy bien su malestar, pues sus crónicas negroides, que le pagaba a cien francos la pieza, estaban

apareciendo muy regularmente en *El Hogar Español* (a veces un poco corregidas o embellecidas por mi prosa, porque el pobre era un plusmarquista del lugar común).

—Ahí lo tienes —me dijo, apuntando con la barbilla a Grau Sala —: ahora no está para nada ni para nadie. Es un triunfador y no quiere mezclarse con los fracasados. Se dice que en las últimas semanas ha vendido algún cuadro por veinte mil francos.

—Pues lo merecerá, Sebastián, lo merecerá —lo reprendí—. No sé a qué viene ese tonito, siendo tu cuñado *in pectore*. Si finalmente te casas con su hermana y él las diña pronto, podrías llevarte un buen pellizco de su herencia. Pero con la vida ordenada que hace no creo que muera tan fácilmente.

—Pero si decías que era un cursi… —musitó, amustiado e incapaz de explicarse mi cambio de actitud.

A Fontseré, en cambio, se le notaba rozagante, porque tenía una visión menestral de su oficio y le importaba un bledo que se le considerara «artista de prestigio», como en general casi todas las glorias mundanas. Además, no hacía más que cosechar felicitaciones por sus ilustraciones e historietas de *Je Suis Partout*, que los polaquitos leían con fruición, por saborear las diatribas antijudías de su paisano Brasillach. Fontseré rondaba a todas las catalanitas de menos de cuarenta años que andaban por el Centro, incluida la propia Ana María Sagi, como un *bous al carrer* con el cuerno echando chispas. Estaba pletórico, eufórico y agradecidísimo, con algunos kilos más y la ropa más acorde en general a su talla:

—Como para no estarlo, Navales —me reconoció—. Nos buscas trabajo, nos consigues papeles en regla que nos han servido para obtener la residencia… ¡Joder, nos has cambiado la suerte!

Me contó que su hermano, el desertor de la Legión Extranjera, que había huido a España y había sido encerrado en una prisión de Figueras, acababa de ser liberado y se disponía a regresar, junto a la madre de ambos, a Francia, donde pensaban establecerse.

—Mi hermano es que tiene mucha iniciativa comercial —me confió, en un tono sigiloso o clandestino—. Ya verás como se convierte en un as del estraperlo. Para los boches, como te puedes imaginar, que desertara del Ejército francés no es un baldón, sino un mérito.

—Siempre y cuando no se enteren de que derribó un avión

alemán en el Ebro —le susurré al oído, en un tono todavía más sigiloso o clandestino.

Y le guiñé un ojo, picaruelo, para que no olvidara que, del mismo modo que lo había beneficiado, podía perjudicarlo (y también a su familia), en cuanto me conviniese; aunque Fontseré me cayese «bárbaro», no iba a permitir que me cogiese las sobaqueras. Mucho peor me caía Clavé, a quien también se le notaba recuperado de la caquexia y vestido menos pobretonamente. Acababa de rendir pleitesía a Grau Sala, reiterándole que lo consideraba su maestro, pero en cuanto se volvió hacia nosotros cambió el gesto lamerón por otro agrio:

—Unos tanto y otros tan poco —se lamentó—. Ahora se prepara una exposición con telas, pasteles y *gouaches* de Grau Sala en la galería de René Drouin, en la plaza Vendôme, nada menos. Ya lo están anunciando en el escaparate —dijo, e impostó una voz como de doblador de Clark Gable—: «El pintor de la Alegría, de la Mujer y del Domingo».

A Fontseré le pareció muy resultón y veraz el reclamo publicitario:

—Pues, mira, me parece muy exacto. Grau es un pintor alegre y dominguero.

—¿Y mujeriego también? —pregunté.

—Sólo hasta llegar a la enagua —se carcajeó Fontseré.

Pero a Grau Sala, que seguía picoteando de corro en corro, le pareció que hablábamos de él y nos lanzó una mirada un poco enfurruñada. Un par de catalanitas muy monas (si el oxímoron es tolerable) paseaban en un carrito una botella de ratafía, como si fuese una imagen de la Moreneta, para que los asistentes se sirvieran una copita, si así lo deseaban. Pero Fontseré y Clavé la dejaron pasar, definitivamente captados por el armañac.

—A Grau Sala lo ha matado el oficio —sentenció Ana María, sumándose a nuestro grupo—. Pudo haber sido un gran pintor, pero se entregó al manierismo. Hasta los grandes maestros pueden caer en la trampa del oficio.

Hice un gesto ponderativo, casi reverencial:

—Vaya, no imaginaba que supieses tanto de pintura.

—Estudié en la Lonja de Barcelona, donde estaba la Escuela de Bellas Artes, por algunos años. Y he hecho mis pinitos como pintora —

dijo, levemente envanecida—. Pero, de veras, el exceso de oficio puede matar hasta a los mejores maestros. Así le ocurrió a Santiago Rusiñol, que hacia el final de su vida estaba más cotizado que nunca, aunque sus pinturas ya no tenían el valor artístico de su primera y segunda época. Repetía el tema, amaneraba el estilo, su paleta había perdido la gama rica de colores. Recuerdo que, en cierta ocasión, estando en la Sala Parés en una exposición de este Rusiñol último, se lo estaba yo explicando a unos amigos y de repente, a mis espaldas, apareció el maestro, dejándome más corrida que una mona. «Desde hoy eres mi amiga —me dijo—. ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¡Una mujer que dice lo que siente!».

Hizo reír con su anécdota a los circunstantes, que le pasaron una copichuela de ratafía. Ana María se la bebió como se beben las copas las amigotas.

—¿Siempre dices lo que sientes? —le pregunté, en un aparte.

Me miró con sus ojos de cierva vulnerada:

—Casi siempre. Pero yo sólo digo mi canción a quien conmigo va.

No acerté a descifrar si me estaba excluyendo de su compañía o si, por el contrario, me confundía con el infante Arnaldos, señalándome como el más íntimo de sus amigotes. Para espantar la confusión, pregunté festivamente:

—¿Y Creixams? Daba por hecho que lo vería hoy, siendo el decano de los pintores catalanes en París. Y, además, como estamos a tiro de piedra de Montmartre... Pensé que se tomaría la molestia y nos haría el honor.

—¿Es que no te has enterado? —me preguntó Clavé, sorprendido —. Se ha quedado destrozado con una reseña que le dedicó Rebatet en *Je Suis Partout*. Su marchante ya no quiere representarlo. Y el pobre tiene miedo hasta de salir de casa, no sea que sus vecinos lo linchen. Rebatet comparó su pintura con la «podredumbre judía».

Pusieron todos caritas consternadas, por solidaridad entre polacos. Yo volví a echar mano de mis mañas de judas hipocritón:

—Desde luego, el horno no está para bollos... ¡Pobre Creixams! Apenas he tenido ocasión de tratarlo, y él no fue muy generoso conmigo... Pero desde luego no le deseo ningún mal. Y mucho menos que lo señalen tan alevosamente.

Ana María seguía extraviada en sus laberintos de ambigüedad y

misterio:

—Nadie merece ser señalado —murmuró—. Ya señalamos mucho en España, durante nuestra guerra. Mucha gente inocente perdió la vida por ello...

Y se abismó en un silencio luctuoso, o culpable, que tampoco supe interpretar; pero que se extendió como un crespón a todos los polaquitos, que parecían temer que la reseña de Rebatet arruinase la carrera de Creixams. Ana María ya no volvió a levantar cabeza en toda la velada, ni siquiera cuando la cobla volvió a tocar sardanas y los asistentes hicieron patrióticamente ronda y enlazaron sus manos para bailarla, ante el miedo cerval del curita Tarragó, que no se apaciguó hasta que yo le hice una señal de aprobación, misericordiando el desliz. Cuando pregunté a Ana María qué le sucedía, descubrí que tenía la voz oprimida por la yedra del llanto:

—Te ruego que me acompañes hasta la buhardilla —me susurró.

La tomé del brazo, pues noté que estaba un poco desfallecida, como si la primavera la hubiese asediado repentinamente de alergias y de recuerdos, de asmas y remordimientos, y salimos del Centro del curita Tarragó sin apenas despedirnos de los asistentes. En la calle, abril había perdido su cielo de esmalte y sus nubes algodonosas y se había tornado levantisco y turbio, con una febrícula bochornosa que prefiguraba la tormenta.

—¿Pero qué demonios te ocurre? —le pregunté, sinceramente intrigado.

—Yo también me dediqué a señalar a la gente —me confesó, con una voz entenebrecida por el dolor—. Cuando los anarquistas se hicieron con el poder en Caspe, escribí un artículo, pidiendo que se persiguiera encarnizadamente a los católicos. Los califiqué de mendigos plañideros, no soportaba sus apologías del sacrificio, de la resignación, de la renunciación; no soportaba su debilidad y su fragilidad. —Alzó la mirada al cielo, como si impetrase clemencia—. Escribí: «Caiga sobre ellos toda nuestra furia, todo nuestro odio». Y vaya si cayó.

Pero el cielo no mostraba clemencia alguna con ella, o siquiera con sus zapatos de papel recién estrenados, porque al conjuro de sus palabras se encapotó como si de repente las cenizas de aquellos católicos fulminados por la furia y el odio de Ana María formasen enjambre.

—Tampoco creo que debas cargarte con la responsabilidad —traté de consolarla en vano—. Había muchos en tus filas reclamando lo mismo, tantos como en las mías pidiendo que cayeran la furia y el odio contra los ateos. Sospecho que la autoría intelectual de esos crímenes está muy disputada, no te arrogues ese mérito.

Pero la ironía tampoco contribuyó a serenarla, sino todo lo contrario. Empezó a llover, al principio al ralentí, con unos goterones aislados que se estrellaban en el suelo como huevos pochos, empapando el polvo, después con una lluvia racheada y furiosa, tan furiosa como la vesania criminal de los milicianos anarquistas. El tinte de los zapatos de Ana María se empezó a desleír, dejando a su paso una estela de negros pensamientos; y poco a poco, mientras se le reblandecían con la humedad, los zapatos perdían su forma, su elegancia de pega, su consistencia de alfeñique.

—Hay algo más todavía —me dijo con ímprobo esfuerzo, como si le estuviesen cortando la lengua.

Y se pegó a una pared, para que la tormenta no acabara de derretirle los zapatos que un rato antes había exhibido presumida. Pero ya era demasiado tarde; y el papel prensado se esponjaba y caía por capas, dejando sus pies desnudos y renegridos. No dije nada, para no forzar su confesión, que aún necesitó algo de tiempo:

—Mi hermana estaba casada con un colombiano, secretario del consulado de Colombia en Barcelona —empezó, como si la desgarrasen—. Así supe, escuchando detrás de una puerta, que siete novicios colombianos de la Orden de San Juan de Dios que estaban haciendo prácticas en un manicomio de Ciempozuelos, en Madrid, iban a ser evacuados, al poco de estallar la guerra, por orden de sus superiores. Los novicios tomarían un barco en el puerto de Barcelona, adonde llegarían en tren. El personal del consulado tenía que ir a buscarlos a la estación, para asegurarse de que nada malo les sucediera...

La respiración se le oxidaba, hurgaba en sus bronquios con un rumor de acordeón roto. Se sintió desfallecer, sin apenas sentirlo; y tuve que cogerla en brazos, antes de que cayera al suelo:

—¿Y qué sucedió? —me atreví a preguntar.

—Se lo comenté a mis compañeros —arrancó al fin, ahogada por el llanto—. Ni se me pasó por la cabeza que fueran a cometer ninguna tropelía. Aquellos novicios eran unos pobres muchachos inocentes,

algunos ni siquiera habían cumplido los veinte años. Pero, sobre todo, eran súbditos extranjeros; y, por mucho odio que los anarquistas tuviéramos a los frailes, a nadie se le había ocurrido hasta entonces agredir a extranjeros, para evitar conflictos diplomáticos y una propaganda negativa. Pero mi comentario debió de llegar a oídos de alguna bestia sedienta de sangre…

El resto de la historia me lo contó a trompicones, ahogándose casi. A los novicios hospitalarios los sacó del tren, a punta de pistola, una patrulla anarquista, que los fusilaría un par de días más tarde, de madrugada, rematándolos a todos con un tiro de gracia en la frente y arrojando sus cadáveres en el sótano del Hospital Clínico, convertido en una escombrera humana donde los fusilados se iban amontonando y pudriendo, día tras día, en abominable y hedionda gusanera. Ana María me mordía los cuellos del abrigo empapado de agua, tan empapado como toda su ropa:

—Tardé algunas semanas en enterarme —terminó, con una perplejidad más dolorosa aún que los remordimientos—. Lo más terrible es que durante cierto tiempo ni siquiera me sentí culpable. Se me había encallecido el alma y cualquier bestialidad me parecía lo propio del momento…

Los últimos restos de los zapatos se habían descompuesto bajo la lluvia torrencial, dejando por completo desvalidos sus pies, como cachorros pálidos y ateridos.

—Pero hubo un día que recuperé la cordura, cuando la sangre dejó de ofuscarme —dijo, ya sin aliento—. Nunca podré librarme de esa culpa. ¿Sabes lo que es sentirte como Judas todos los días de tu vida, y ni siquiera tener valor para colgarte?

La abracé tiernamente, de un modo que pensé que se me había olvidado, o que nunca había aprendido. Lo sabía, claro que lo sabía; y por eso la abrazaba, como si fuese mi hermana pequeña y descalza.

VII

—Aquí hay que estar con mil ojos abiertos, y si te descuidas y parpadeas por un instante, te la meten doblada —resumió Urraca.

Estaba contento porque el cierre del centro del curita Tarragó estaba ya encarrilado. Las estampitas con poemas de exaltación de la patria y la raza catalanas que le había hecho llegar lo habían puesto en el disparadero, como yo imaginaba. Y había conseguido que el siempre remolón Lequerica renunciase por una vez a su *laisser passer* y elevara un escrito de protesta a la prefectura de Policía.

—Los cabrones de los gabachos insistieron en que no apreciaban actividad de intención política en el curita Tarragó, pero a la vez se mostraron dispuestos al cierre, para «no comprometer las buenas relaciones entre nuestros dos países» —puso acento de gabacho, exagerando el gargajeo gutural—. Como te puedes imaginar, Serrano se muestra muy taxativo: considera que Tarragó es un separatista de la peor calaña y que el centro debe ser cerrado de inmediato. Y, por cierto, te está agradecidísimo por tu celo en la denuncia.

Y, sin embargo, el cierre del Centro Social de Ayuda a los Españoles me entristecía, allá en las cámaras ocultas de la conciencia; pues era un lugar donde mi amigota Ana María Sagi habría podido encontrar gentes menos malvadas que yo con quienes confraternizar y compartir sus cuitas. Y me entristecía también desde otras dependencias más sórdidas de mi conciencia, porque me habría gustado que el curita Tarragó hubiese publicado sus prédicas en *El Hogar Español*, para que el cuñadísimo hubiese defenestrado definitivamente a Velilla, privándolo hasta de su choricico.

—¿Y qué haréis con el curita? —pregunté.

—Nada podemos hacer, mientras no meta la pata con alguna declaración pública o algún escrito comprometedor —me dijo Urraca, curvando los labios en un rictus contrariado—. Por el momento, ha pedido al arzobispado de París que lo incardinen en alguna parroquia obrera. Me parece muy bien que catequice a los hijos de los franceses,

a ver si consigue que sean todavía más ateos que sus padres.

Y soltó una risa de hucha que se derrama, un segundo antes de que el rostro se le anubarrase, pues la alegría de clausurar el centro del curita Tarragó no bastaba para compensar la rabia que le había causado la desaparición repentina de Victoria Kent, aquella republicana que, según me había contado meses atrás, se había refugiado en la Embajada de México. Urraca me había asegurado entonces que no aguantaría encerrada allí eternamente; pero el encierro había sido más corto de lo esperado, pues finalmente la legación mexicana —como todas las demás— había tenido que mudarse a Vichy. Y, aprovechando el jaleo de la mudanza, Victoria Kent se había evaporado, burlando la vigilancia de Urraca.

—Una vigilancia poco efectiva, como puede verse —concluyó resignado—. Pero, ¿qué le voy a hacer? Estoy más solo que la una, y tengo que recurrir a la caridad de Alisch, para que de vez en cuando me asigne algún agente. Pero Alisch anda ahora un poco enfurruñado, porque no ha conseguido cepillarse a la hija de Casares Quiroga, y me racanea la ayuda.

—Vaya por Dios —me lamenté, haciéndome el longui—. ¿Y dónde crees que ha podido meterse la Kent?

—Desde luego, no ha viajado a Vichy con los mexicanos —respondió Urraca, meditabundo—. Debían de estar hasta los cojones de la gachupina. Para mí que sigue en París, tal vez viviendo de incógnito en algún piso franco que le haya proporcionado alguna organización enemiga de esas que los alemanes, tan panolis, siguen dejando funcionar, al estilo de la Cruz Roja.

—Detrás de la cruz se esconde el diablo —dije, muy refranero—. No te digo nada si encima es roja.

Nos hallábamos en el nuevo despacho que me había hecho acondicionar en la avenida Marceau, junto a la biblioteca, para no tener que respirar el aire atufado por siete pabilos que desprendía Solms, el favorito de Velilla. Aunque era una habitación angosta, casi un trastero pensado para arrumbar los libros excedentes o repetidos, me permitía dedicarme a mis cosas sin interferencias ni fisgoneos.

—Me encantaría pillarla, aunque fuese lo último que hiciera en París —me confesó Urraca, poniendo el rostro fiero, como si la Kent fuese una espinita clavada en la víscera de su orgullo—. Ya no queda caza mayor en París; y en Madrid, además, empiezan a disparar con

balas de fogueo, para que la prensa internacional no los pinte como asesinos implacables. Pero a un pez gordo como esta Kent tendrían que meterle plomo, o siquiera enchironarlo por muchos años.

Y se le notaba una indisimulable concupiscencia de sangre, después de muchos meses de continencia. Tanta que hasta logró contagiarme:

—Si me entero de algo, cuenta con mi chivatazo —le aseguré.

Urraca me palmeó la espalda como si tocase a rebato, dichoso de nuestro contubernio. Se mostró muy satisfecho de la telaraña que yo estaba tejiendo en torno a los artistillas rojos, que poco a poco iban pasando por las horcas caudinas de la avenida Marceau, o implicándose en actividades que enfangaban todavía más su ejecutoria, como la colaboración en *Je Suis Partout* o la falsificación de obras de arte. Y Urraca, por su parte, me ponía al tanto de nuevas incorporaciones al gremio detectadas por sus fuentes:

—Esta semana me han hablado de otro elemento que podría interesarte —me confió, consultando sus anotaciones—. Se trata de un aragonés indocumentado y medio gitano, o por lo menos criado entre gitanos, con ínfulas de poeta surrealista; se ve que lo quiere ser todo y no es todavía nada, como tantos rojillos con empanada mental. Se llama José Viola, pero se hace llamar Manuel, por un compañero suyo caído en la batalla del Ebro, cuya identidad ha usurpado. El muy truhán piensa que nos chupamos el dedo y que nos tiene engañados.

Urraca me pasó alguna documentación sobre este José o Manuel Viola, sin duda un tipo de vida muy turbia y esmerilada, hijo de una camarera y un tahúr, que se había criado en las almadías del Ebro, entre gitanos y vendedores ambulantes, alegre de intemperie y juergas flamencas. Más adelante se había ido a vivir a Lérida, con su familia paterna, donde se había interesado por la imaginería lorquiana más devaluada, y había fundado una revista de vanguardia (pero «vanguardia leridana» sonaba como gastronomía islandesa), que rellenaba con sus esputos y los de sus amigos. Posteriormente, en Barcelona, había abanderado un grupo «logicofobista», llamado así por su fobia a la lógica, y se había juntado —lógicamente— con los trotskistas del POUM, luego apiolados por los estalinistas (pero no este Viola, que se había pasado al bando de los verdugos). Había combatido durante nuestra guerra, primero en las milicias del POUM y después en el refundido Ejército Rojo, donde había llegado a

desempeñarse como comisario político, demostrando sus habilidades de converso. Con la caída de Barcelona, había cruzado la frontera por Le Perthus, perdido en la desbandada, como un grano de arena en un vendaval, y había estado internado en el campo de Argelès-sur-Mer, bebiendo agua de mar y comiendo sus propias defecaciones, por gentileza del Gobierno gabacho. Después había trabajado como esclavo en la agricultura, nómada entre varios departamentos; y, tras la Ocupación, había estado cavando zanjas en campamentos militares, por no perder la costumbre de emplearse en faenas denigrantes.

—Vaya firma —resoplé—. ¿Y estás seguro de que es artista? Por lo que me cuentas me parece más bien un pelanas.

Urraca frunció el ceño, un tanto severo:

—Cuidadito con los pelanas. La distinción entre un artista y un pelanas es siempre problemática. Este Viola acaba de llegar a París y ya se ha arrejuntado con una artista checa, judía y sorda. —Volvió a tintinear su risa jovial en la cornucopia de su boca—. Pero, para lo que él la quiere, no creo que le molesten esas taras. Está viviendo, según mis informes, en un antro pavoroso del Barrio Latino, llamado Pensión Senegal, ya te puedes imaginar por qué.

Me lo podía imaginar perfectamente, pero hacía falta verla para hacerse una idea exacta del lugar. Se trataba, en efecto, de una hospedería para senegaleses y, en general, para huéspedes africanos, que dormían en habitaciones comunales, cada una capaz de cobijar a quince o veinte hombres, todos ellos cosquilleantes de parásitos y alimentados por el dueño de la pensión —que también era senegalés— con tajadas de gato en escabeche. Pero el gato en escabeche puede saber a conejo, si uno se lo propone; y los piojos se pueden confundir con remordimientos, en la comezón de las noches de insomnio. Lo peor de la Pensión Senegal era el hedor a establo cerrado que ya invadía el portal, para hacerse mareante en las escaleras crujientes de cagadas de paloma y directamente angustioso en las habitaciones. Un hedor que sólo había aspirado antes en la célebre pensión de Han de Islandia, en la calle de la Madera, donde se hacinaban, veinte años atrás, los hampones y piruetistas de la golfemia madrileña. José o Manuel Viola, único blanco entre tantos negros, era también un piruetista o un hampón de la golfemia que se pretendía parisina, aunque se le notase el pelo de la dehesa hasta en la voz, que la tenía estropajosa y estropeada, tan estropeada que de cerca se le oía mal y

de lejos sonaba como un trueno. Viola se hallaba en una de las habitaciones comunales de la pensión, aturdiendo con el estropicio fonético que salía de su garganta a quince o veinte negrazos que lo miraban atónitos, como si estuviesen asistiendo a un espectáculo macabro en el teatro del Grand Guignol. Todos tenían el torso desnudo, embarullado de moscas y de cicatrices, y los ojos ebúrneos, como si estuviesen convaleciendo de ictericia.

—¡Hay que destruir el mundo de la falsa realidad perversa! —gritaba afónicamente Viola, en un francés de carromatero—. ¡Hay que crear el mundo de la «realidad interior» de Breton, el mundo del automatismo psíquico puro!

Y los negros asentían entre interjecciones animosas y tribales, como si les estuviesen proponiendo revolverse contra la tiranía colonial. Algunos glosaban las proclamas de Viola en sus dialectos selváticos, provocando a su vez el entusiasmo de los demás, en una algarabía tan atronadora casi como el hedor a establo de la pensión.

—¡El surrealismo es el nuevo esperanto universal! —clamaba Viola, desde las cuevas enterradas de su voz—. ¡El surrealismo transforma nuestras conciencias y nos brinda la fuerza libertaria contra la represión!

Viola no contaría más allá de veinticinco años, pero tenía ese aire augusto y delincuente, muy curtido de relentes y de noches de calabozo, de quienes han vivido siempre a salto de mata, dejando que la melena se la peine el viento. Los senegaleses seguían muy receptivos a su arenga, que amenazaba con degenerar en fiesta bunga bunga:

—¡El surrealismo hermana a los pueblos y a las razas! —proseguía—. ¡Abarcando lo concretamente poético, tiende a precipitar la actual crisis de conciencia, mostrándose esencialmente como la expresión de la revolución permanente del espíritu!

Los senegaleses brincaban de gozo en las camas, como si se columpiaran en árboles de plumas, y proferían gritos de guerra o de farra. Pero, de repente, uno que permanecía en un silencio hermético, el más esbelto y altiricón de todos, se irguió hasta casi rozar el techo de la habitación. Hablaba un francés digno de Molière:

—Déjate de bobadas, Viola —dijo, muy calmoso y elegante—. Cada uno debe obedecer a su tierra, a su lengua, a su religión. Todo esto forma una especie de psicología petrificada a la que el artista no

puede renunciar. No existe el arte universal, el arte es siempre particular.

Me froté los ojos, por si padecía algún tipo de alucinación lisérgica. Pero, después de limpiarlos de legañas, el negro erguido seguía allí, aplacando a los de su raza, tieso como un huso y hermoso como un batutsi (tal vez lo fuera). Viola trató de defenderse con su voz rota en mil añicos:

—Se puede romper esa petrificación de la que hablas. Mira el caso de Picasso, por ejemplo.

El batutsi soltó el brazo como si fuese un látigo, en un áspero gesto de desdén:

—Venga, hombre, Picasso pinta como lo haría una alemana con mantilla y castañuelas. Todo en él es más falso que un blanco pintado de betún para parecer negro. Sólo le parece universal a los palurdos como tú.

Y Viola se quedó planchado, mientras los senegaleses a quienes un minuto antes había logrado incorporar a la religión ecuménica del surrealismo se iban con el negro altiricón y tieso como un huso, que los había convencido muchísimo más. Lo mismo me ocurría a mí, pero mi misión no era engatusar negrazos, sino rojillos. Al reparar en mí, Viola adoptó una pose torera, o quizá de cantaor de cante jondo; también él, después de todo, estaba atrapado en la psicología petrificada del arte español.

—¿Y usted quién coños es? —me preguntó, descastado.

—Tu salvador —le respondí, sin mayores circunloquios—. Me han dicho en el consulado que necesitas regularizar tus papeles, para conseguir el permiso de residencia. Pero un tipo que ha sido comisario comunista tiene vedados los papeles. Salvo que yo se los procure, claro. —Y, una vez que percibí que se apaciguaba, me presenté—: Me llamo Fernando Navales. El cónsul Rolland come de mi mano y te puedo conseguir esos papeles de un día para otro.

Viola se rió con una risa sin fuelle, o con todos los fuelles rotos:

—¿Y qué me pides a cambio? No tengo ni para comer...

—De momento, tienes a una judía checa que te da de comer, bribón —lo zaherí, consiguiendo que se riera todavía más, hasta casi ahogarse—. Pero desde la Falange te queremos también ayudar, pues hemos comprobado que no tienes las manos sucias de sangre...

Se miró las manos un poco perplejo o abrumado, como si dudara

de cumplir aquel requisito:

—¿Así, sin más, me das los papeles y listo? —me preguntó, con la voz haciendo el gorigori.

—Así, sin más —le aseguré sin despeinarme—. ¿Qué coños te ocurre en la voz?

—Cuando era niño sufrí una infección muy rara de garganta que me destrozó las cuerdas vocales —me dijo, compungido—. Una putada enorme, porque yo hubiese querido ser cantaor de cante jondo. Ahora me he resignado a ser poeta, o pintor surrealista, pero así no se hace negocio, salvo que seas Picasso, claro.

Un tipo que se pasa del cante jondo al surrealismo y además aspira a crear escuela entre los huéspedes senegaleses de una pensión hedionda no merecía que lo despachase sin más. Había que seguir explorando el venero de sus capacidades:

—Tal vez el propio Picasso podría enseñarte cómo se hace negocio. ¿Quieres que te lo presente? —lo tenté fanfarronamente.

La golosina era demasiado incitante para un gallofero como Viola, apóstol logicofobista y gitano apócrifo. Pedí audiencia a Sabartés, el cancerbero enamorado de Picasso, que me la concedió para la mañana del Domingo de Resurrección, porque el pintamonas no guardaba las fiestas (o, más exactamente, se consideraba un dios chaparro a quien debían consagrarse todas ellas). Así que en fecha tan señalada fuimos Viola y un servidor a rendirle latría, bajo un cielo navegado por nubes rizadas y menudas que por fin habían dejado de descargar agua. París se había vaciado de gentes, que corrían al mar o a la montaña, no en busca de playa ni de excursiones campestres, sino más bien de una docena de huevos, un capón de pechuga lustrosa o una libra de mantequilla, con el zurrón al hombro o el capacho al brazo, como quien sale a hacer la compra a la tienda de la esquina (que ya nada tenía que ofrecer). Y, mientras París se quedaba sin provisiones, fuera de las que se vendían en el mercado negro, el garajista Picasso seguía disfrutando de sus prebendas y exenciones. No se trataba tan sólo de que los ocupantes no le incordiasen, como había pedido Arno Breker. Aunque no exponía oficialmente (para no infringir descaradamente las ordenanzas que prohibían la exhibición pública del «arte degenerado»), sus obras se podían hallar sin trabas en diversas galerías privadas y se vendían sin cortapisas en la casa de subastas Drouot, la más importante de París. Se comentaba, además,

que se le había permitido seguir fundiendo bronce para sus churros escultóricos, algo que estaba rigurosamente prohibido a todos los escultores franceses. Y se sabía que, cuando los alemanes decidieron inventariar todas las cámaras acorazadas de los bancos de París y someterlas a inspección, habían encontrado una a nombre del pintamonas, abarrotada de cuadros de Cezanne, Matisse y Renoir, mezclados con pintarrajos suyos, que no se habían atrevido a incautar. Por último, el garajista había sido sorprendido enviando divisas al extranjero, sin duda el delito económico más severamente castigado del momento; pero la infracción no le había causado ninguna represalia. Y todos estos privilegios se los concedían los alemanes por evitar el escándalo que pudiera organizar la prensa internacional si lo castigaban.

—¿Y tú crees que Picasso me cogerá como aprendiz? —me preguntó Viola, o creo que me preguntó, porque apenas lograba entender su voz hecha añicos.

—Como aprendiz lo dudo, aunque tampoco hay mucho que aprender con él, fuera de sus mañas de estafador y su carisma para atraer a papanatas y esnobs —le respondí—. Pero, si te esmeras y te ve suficientemente estrafalario o mamarracho, puede incorporarte a su colección de monstruos, donde podrás disfrutar de ciertas regalías.

Viola se tragó el sapo con ronroneo de cantaor que no canta. En la sala o tabuco de espera donde nos había desviado Sabartés, aledaña al taller del pintamonas, entró, al poco de llegar nosotros, un capitán de la Wehrmacht, erguido como un acantilado de mármol, con el uniforme almidonado y planchadito y las botas relucientes de sebo y lametones gabachos. Tenía perfil de camafeo, mirada de cálido hielo y tez morena de pólvora antigua y baños recientes de sol, y hablaba un francés de regusto *salonnier*:

—Tengan ustedes un feliz día del Señor —nos saludó—. Soy el capitán Ernst Jünger. ¿Hace mucho que esperan?

Oficié las presentaciones, haciéndome el fino, como si nos hallásemos en una recepción en la embajada, dando un poco de ringorrango a mis cargos de faraute y mamporrero en la avenida Marceau y a los desvaríos surrealistas y senegaleses de Viola.

—Llevamos aquí media hora, poco más o menos —le contesté—. Pero don Pablo Picasso suele hacer esperar a sus visitas. Se le amontonan tantas…

—Es que me duele echar mucho rato esperando, siendo tantas las maravillas que me aguardan en París —se explicó el capitán Jünger, un poco taquicárdico o ansioso de coleccionar monumentos—. Me encanta pasear las calles de esta prodigiosa ciudad. Me encanta degustar los primores de su arquitectura civil, sus cafés cosmopolitas, sus iglesias...

Aquel embeleso *flâneur* del capitán Jünger no era más que una prueba patética del atroz complejo de inferioridad que los alemanes padecían ante la cultura francesa.

—Bueno, en realidad las iglesias fueron todas arrasadas y desvalijadas por la chusma revolucionaria, capitán —dije—. Lo que usted ve no son más que las carcasas rellenas de un abominable arte sulpiciano y *pompier*.

Jünger no quería entrar en disputas, tal vez obedeciendo órdenes del mando, tal vez porque prefería evitar mi esgrima polemista. Se le notaba más a gusto en el floreo diletante:

—Y luego está su cocina, sus vinos, sus mujeres...

Todo el repertorio archisabido, en fin, de los bárbaros del Norte, invadidos de nieblas, ante los frutos de la luz latina. Se me estaban cayendo (o se me habían caído ya) los palos del sombrajo de mi admiración a la Alemania apolínea, pagana y cruel, convertida en perrito caniche ante la apestosa *grandeur* gabacha. El conocimiento que tenía de París el capitán Jünger era, por supuesto, muy limitado y más propio del turista que revoletea que del ocupante que desvirga y fecunda (aunque en su descargo habría que especificar que había sido destinado allí unas pocas semanas antes). Trabajaba en el cuartel general de la Wehrmacht, instalado en el requisado Hotel Majestic, y se alojaba en el cercano y elegante Hotel Raphaël, en la avenida Kléber, a escasos doscientos metros del Arco del Triunfo. Sus paseos de reconocimiento se habían circunscrito hasta el momento a los Campos Elíseos, las Tullerías, el Trocadero y el Bosque de Bolonia, donde todas las mañanas cabalgaba un rato, para que no se le ablandase el culo (era capitán de caballería). A Montparnasse apenas se había acercado para visitar su cementerio (quizá tuviese gustos necrófilos o decadentes, como Ruanito) y los cafés y cabarés popularizados por Hemingway y demás mentecatos yanquis. El capitán Jünger, en fin, era un latoso de tomavistas y postal turística, convencidísimo de ser el tipo más chic del planeta.

—Y, claro, para tener una idea cabal de París, no podía dejar de visitar a Picasso, el genio del arte internacional —concluyó, estirando el pescuezo, como si pugnara por ponerse a la altura del genio—. Acaso el hombre más famoso del mundo. Yo, modestamente, algo lo soy en mi país; pero nada comparado a esta descomunal fuerza de la naturaleza.

Noté que, después de estirar el pescuezo, le habría gustado desplegar en abanico una cola de plumas fastuosas. Aquellos militares apolíneos que tanto me habían enardecido un año atrás se me antojaban ahora ridículos colipavos.

—Desde luego, no hay visita completa a París sin pasarse por el estudio de Picasso —consentí, coñón—. Tampoco debería perderse el teatro del Grand Guignol; el cabaré del Infierno y el museo de cera Grévin, que son la santísima trinidad del refinamiento y el gusto exquisito.

Viola se rió con su risa de cuerdas rotas y bronquios a la virulé. Entró Sabartés en el cuarto donde esperábamos como pacientes de una consulta médica y nos dijo que Picasso nos recibiría a todos juntos, para no hacer esperar al capitán *flâneur*. Nos recibió, además, en calzoncillos, con un mapa detalladísimo de sus últimas meadas en la bragueta, demostrándonos gran confianza; la misma que antes le había demostrado a Óscar Domínguez, con quien había estado despachando mientras nos hacía esperar. Domínguez estaba cargando en una talega media docena de lienzos que había traído para que el pintamonas se los bendijese o les estampase una firma. Supuse que serían la primera remesa de falsificaciones o pastiches picassianos que el canario se disponía a lanzar al mercado del arte, como cebo para papanatas y esnobs. Los pastiches, preferibles a los originales (como la mujer barbuda es preferible a la gorilesa), volvían a demostrarme las habilidades miméticas de Domínguez, que ya había probado sobradamente con sus pastiches metafísicos de Chirico. Entre sus picassos de pega había mujeres como yeguas piafantes o mesas camillas con muchos cajones y gavetas debajo de la falda, mujeres en la flor de la edad entre pájaro y pez, mujeres en el ocaso de la edad entre perro y lobo. Y también un bodegón muy cafre, con un cráneo de buey mondo y lirondo; y un gato con pelaje de tigre pulgoso, con un pájaro entre las fauces que parecía un huevo escalfado. Viola se puso también a curiosear la mercancía, mientras Domínguez la iba

metiendo en la talega, casi tan grande como su cabeza.

—¿Son falsificaciones? —preguntó Viola, más avispa que abeja.

Domínguez lo miró con airada indolencia, más caimán que basilisco. Tercié, para impedir que lo aplastara de un testarazo:

—No, Viola, no seas bruto. Óscar Domínguez es ahora el marchante de don Pablo, y ha venido a recoger su producción más reciente.

Picasso rió con un gorgoteo de cañería malagueña, mientras se rascaba el escroto, y se olió la mano con fruición, antes de estrechar la del capitán Jünger, a quien trataba, no sé si humorísticamente, de gloria de las letras alemanas. Jünger también se olió la mano después de estrecharla con Picasso, con un gesto de resignado asco, como quien debe tragarse algún comistrajo exótico, para no parecer descortés ante su anfitrión venido de alguna selva remota. Como Domínguez ya había guardado los pastiches en la talega, el capitán Jünger tuvo que contentarse con contemplar los pintarrajos de Picasso colgados de las paredes, como reses descuartizadas que expone un matarife.

—¿Qué le parece mi obra al ilustre militar y escritor? —preguntó Picasso, entre curioso y taimado—. ¿Le resulta muy degenerada?

Aunque demasiado pulcro y finolis, el capitán Jünger no tenía el gusto estragado; así que disfrutaba de los cuadros del garajista como se disfruta de una galería de los horrores. Pero le faltaba para completarla el horror máximo:

—¿Y el *Guernica*? —preguntó, con apuros de turista ansioso—. ¿No lo guarda aquí?

Picasso lo escrutó divertido, como si estuviese considerando incorporarlo a su colección de monstruos, en calidad de guardés, por sacar provecho de su uniforme.

—Está en manos de los yanquis, y lo viajan por todo el globo, para que se me airee —dijo, burlón—. Pero espere, que le voy a regalar un *souvenir*.

Y le tendió una postal, que tomó de un rimero donde se amontonaban otras cincuenta o cien idénticas, con la reproducción de la célebre maula, sin duda preparadas para consolar al rebaño de turistas chasqueados que se desplazaban hasta la calle de los Grandes Agustinos para extasiarse ante el cuadro depositado en Nueva York.

—¡Qué bárbaro! —exclamó el capitán Jünger—. ¿Y todo esto lo

ha hecho usted?

—¡No, lo hicieron ustedes! —se carcajeó Picasso.

Al capitán Jünger le costó entender la broma; pues su sentido reverencial castrense le impedía aceptar que la Luftwaffe se dedicara a bombardear toros y caballos, que eran bestias muy hermosas y gallardas. A la carcajada estridente de Picasso se habían sumado Viola y Domínguez, poniéndole guarnición de ronqueras y retumbos. El capitán Jünger todavía necesitó algunos segundos para digerir que la Legión Cóndor, cuyos miembros habían sido recibidos en Alemania con todos los honores a su vuelta de España, hubiese perpetrado tal sarracina. Y quiso demostrar sus capacidades hermenéuticas:

—Ya voy entendiendo —dijo—. El caballo representa el terror de la guerra... Y esta mujer que porta en su regazo a su hijo muerto, como un nuevo Cristo, es una moderna Piedad... ¡La *Mater Dolorosa* tan típica de la imaginería española! —exclamó Jünger, que estaba deseoso de sacar en romería los tipismos españoles, tras el empacho de tipismos gabachos que se habría atizado en sus devaneos de *flâneur*—. Y, claro, el toro, como animal totémico español, encarna el dolor de todo un pueblo que...

Picasso le bajó el suflé del entusiasmo lírico, antes de que se desbordase:

—Bueno, bueno, tampoco nos pongamos tan estupendos, que luego me florecen almorranas en el culo —se regodeó—. Sobre mi *Guernica* se han hecho todo tipo de interpretaciones y a mí todas me parecen de perlas. Pero lo cierto es que, como no había leído nada sobre el famoso bombardeo, ni conocía Guernica, ni nada de nada, no sabía cómo abordar el encargo que me habían hecho. Entonces el poeta Juan Larrea me dijo: «Tú, Pablo, siempre has tenido afición a los toros. Imagínate, pues, un toro salido del chiquero, al que han ensartado un montón de picas y banderillas de fuego, que consigue escapar de la plaza furioso y ensangrentado. Tumbando todo lo que encuentra a su paso, penetra en una tienda de porcelana fina, que destroza, dejándola hecha añicos. ¿Entiendes? Pues eso es lo que ocurre cuando hay un bombardeo». Y eso es lo que pinté: una faena taurina que se ha desmandado, con el caballo del picador encabritado, el matador por los suelos, la cuadrilla al quite y el toro embistiendo a una señora con su niño. Ni más ni menos. —Se sopló con un bufido el flequillo, mientras Viola y Domínguez seguían carcajeándose, cada

uno a su modo—. Es verdad que podría haber metido, para disimular, a unos tíos bailando aurresku, o a unos aizkolaris llorando, pero me dije: «Si tú no eres vasco ni te gustan las cosas de vascos, ¿por qué vas a hacerles concesiones? Que se jodan y apechuguen con un cuadro que representa una corrida». ¡Así el mundo entero identificará a los vascos con la tauromaquia!

También yo me sumé a las carcajadas:

—¡Genial humillación españolista a los gudaris!

Pero el capitán Jünger no captaba las chanzas y seguía con sus manías hermenéuticas o cabalísticas:

—¿Y por qué esta figura tiene seis dedos en la mano, en lugar de cinco?

—Porque no son dedos, sino dos pollas con sus dos pares de cojones —remató la faena el garajista, chocarreramente.

Y como el capitán Jünger se quedase cariacontecido y un poco asustado por la respuesta bestial y el estruendo de las risotadas que la acogió, Picasso le palmoteó la espalda, como si quisiera abrirle las cicatrices que había cosechado en la anterior guerra:

—Como le decía, cada cual es muy libre de interpretar el arte como le plazca —lo instruyó—. Es como cuando uno caga en el monte: habrá quien piense que el mojón se trata de un hito topográfico; otro pensará que señala el lugar donde alguien enterró un tesoro; y no faltará quien deduzca que se trata de un nuevo método de siembra. Pero la realidad es tan simple como que a alguien que pasaba por allí le entró un apretón. —Hizo una pausa piadosa, para que Jünger se repusiera de la avalancha de vulgaridad que lo había arrollado—: En fin, capitán, a ninguno de los dos nos gustan las guerras, ¿a que no? Nosotros dos, tal y como estamos ahora mismo, podríamos negociar la paz esta misma tarde y en apenas un rato los hombres podrían sonreír. Se acabarían los bombardeos y nos podríamos ir tranquilamente a los toros.

Y siguió zamarreándolo, entre risotadas. Viola y Domínguez, entretanto, cuchicheaban en un aparte, como si estuvieran trapicheando. Viola tenía la destreza natural del gitano para el regateo que podría facilitarle la vida a Domínguez, poco dotado para el comercio.

—¿Y quién es ese joven que me has traído, Navales? —me preguntó Picasso—: ¿Un flechilla, tal vez?

Miraba a Viola con ojos como berbiquíes, con desconfianza y avidez.

—De flechilla sólo tiene las saetas flamencas que quisiera cantar pero no puede, porque le falla la voz —me choteé—. Viola es su mayor admirador, Pablo, y se muere por trabajar de aprendiz en su taller.

Una vez introducido en sociedad, Viola se servía por sí mismo, zalamero y charlista, sin necesidad de muletas o trampolines:

—¡Don Pablo del Mundo! —exclamó mientras lo abrazaba, con ímpetu de abrazafarolas—. Yo siento veneración por usted y quiero que me enseñe a pintar.

Pero el pintamonas no estaba por la labor. En cambio, a sugerencia del capitán Jünger —que era muy señorito y tenía un asistente que le planchaba todos los días el uniforme y le abrillantaba las botas—, Picasso propuso a Viola emplearlo como mozo de los recados:

—Me podrías llevar mañana, por ejemplo, unas piedras litográficas a Montmartre —dijo, tomando carrerilla—. Y recogerme el carbón de la carbonería. Y montarme las telas en los bastidores. Y limpiarme los pinceles con aguarrás, que me levanta ronchas en la piel. Y fregarme los platos. Y barrerme el estudio, que mis amantes me lo tienen siempre revuelto, porque no hacen más que pelearse…

Viola le puso un poco de guasa flamenca:

—Pare el carro, don Pablo del Mundo, que no tengo tantas manos como Shiva… —dijo—. Usted lo que necesita es una chacha. Pero, dígame, ¿qué jornal me pagaría?

El garajista puso cara de asombro y salió por peteneras, siempre cuco:

—¡Pagarte yo! Da gracias si no te cobro, tunante —lo reconvino —. Desde hoy te llamaré el tunante Violante. Ya has oído al capitán Jünger, que dispone de un asistente para todas sus necesidades, y no le exige nada a cambio. ¡Pues con menos razón me puedes exigir tú a mí, que soy general de los ejércitos del arte! ¿Tú sabes cuánta gente hay en el mundo que pagaría por lamerme el culo? Millonarios, condesas, ministros, todos pagan por mis mojones. ¿Y te atreves tú, tunante Violante, a pedirme un jornal? —Se había ido enfadando más, a medida que se envanecía, y su enfado tenía una teatralidad extrañamente desazonante—. O aceptas trabajar gratis o te tiro por las

escaleras de una patada en el culo.

El capitán Jünger había recuperado la sonrisa, agradecido como el turista que entra en una taberna española y asiste a una escena pasional, con navajazos y mamporros. Viola cruzó una mirada de entendimiento con Óscar Domínguez y aceptó las condiciones leoninas del garajista.

VIII

Vichy y Berlín habían acordado que cinco mil judíos de Polonia, Bohemia y Moravia residentes en Francia laborasen en la reconstrucción de caminos, puentes y obras públicas. Y a la mayoría de los gabachos el acuerdo les parecía de perlas; pues consideraban que los judíos habían provocado la guerra y, por lo tanto, era lógico que pagasen los destrozos con el sudor de su frente. Me encontré con cientos de estos judíos forzados a trabajar en la estación de Austerlitz, adonde los llevaban en autocar, para desde allí transportarlos a diversos lugares de la Francia ocupada, donde los aguardaban el pico y la pala. Mayo pajarayo lanzaba sus trinos al cielo, para acallar el llanto judío; y hasta las flores que tapizaban los campos se teñían de un rojo vináceo, para imitar a las amapolas y así celebrar con ellas la premonición de sangre que se respiraba en el aire.

Yo viajaba en tren a Barbizon, a una hora de París, junto al bosque famoso de Fontainebleau, invitado por Ruanito. Con el dinero juntado con la venta de los muebles y cuadros que abarrotaban su piso de Passy, Ruanito había decidido alquilarse en Barbizon una casa de campo con jardín que debía de ser o haber sido en su día muy florido, puesto que la casa llevaba el nombre de «La Floralie». En general, el pueblo de Barbizon tenía el encanto de lo que ha sido y ha dejado de ser; pero la casa de Ruanito y Mary de Navascués no pude conocerla entonces, porque estaban todavía haciéndole arreglos y reformas (al niño Cuco lo habían dejado en Passy con Ana María Sagi, que estaba trabajando para ellos como *gouvernante*). Ruanito acudió al apeadero del pueblo a esperarme, con su aire de hidalgo venido a menos, hecho de una carne inmaterial, casi flotante. Enseguida reparé en el extraño sarpullido que le rodeaba la boca, sobre todo el labio inferior y la barbilla, una ebullición de granitos purulentos que pugnaban por convertirse en llagas.

—Anda la leche, qué cosa más curiosa —lo mortifiqué, haciéndome el inocente—. Te ha salido el mismo sarpullido que a Paul

Éluard, el poeta excelso. ¡Ni que os hubieseis pasado algún bicho!

Ruanito no entró al trapo de mis alusiones:

—El doctor Marañón me recetó, antes de venirme a Barbizon, una pomada que me debo aplicar en la barbilla a modo de cataplasma —dijo, apretando los dientes, un poco rabiosín—. Pero cuando me afeito veo las estrellas. Me voy a tener que dejar barba, como si fuese un facineroso cualquiera. ¡Qué humillación!

El pueblo de Barbizon, en realidad, era una sola calle central con casas alineadas en las dos veredas (más algún callejoncito para adentrarse en huertos, corrales y escurrideras), que a cada poco sorprendía al visitante con placas que anunciaban que allí había vivido o fallecido tal o cual personaje famoso. Ochenta años atrás, Barbizon había sido el paraíso de melancólicos pintores de la generación anterior a los impresionistas (Millet, Díaz de la Peña y hasta el aduanero Rousseau); después de escritores cantamañanas que peregrinaban a La Roche-qui-Pleure, una cueva donde se remansaba un agua de lluvia que, según la superstición popular, servía para curar las enfermedades oculares; y por último, había servido de escondrijo a Trotsky, perseguido por los agentes estalinistas, y al asesino en serie Eugène Weidmann, que había enterrado el cadáver de alguna de sus víctimas por aquellos andurriales. Pero las placas ubicuas no conmemoraban a Weidmann ni tampoco a Trotsky, sólo a los pintores y escritores, como si los criminales no tuvieran derecho al recuerdo.

—Pues yo creo que la barba puede favorecerte muchísimo —traté de consolarlo—. Con lo flaco y macilento que estás, te dará un impresionante aspecto de caballero del Greco que hará más verosímil tu marquesado apócrifo de Cagigal.

Ruanito se detuvo en su paseo, halagado por mi chanza:

—Y con mi aspecto de caballero del Greco podría hacerme pasar por un marqués arruinado que está liquidando su colección de arte —dijo—. Los franceses piensan que todos los nobles españoles se quedaron arruinados por culpa de los rojos.

No quiso añadir nada más de momento, como si deseara mantenerme intrigado; pero yo ya empezaba a barruntar sus propósitos. Proseguimos nuestro paseo por la calle central de Barbizon, entre casas que tenían un aspecto de chalés suizos de opereta bufa, tapizados de enredaderas que trepaban por las fachadas, se enroscaban en los balcones y extendían sus zarcillos hasta las

ventanas de los pisos superiores, para fisgonear lo que ocurría en las alcobas. Desde la caída de Francia, los gánsteres del estraperlo y los negocios sucios habían hecho de Barbizon su refugio o lugar de esparcimiento, llevándose consigo a sus barraganas y querindongas. Se las distinguía enseguida porque eran jóvenes y lozanas, de carnes muy apetitosamente prietas, delatoras de una dieta rica en proteínas que estaba vedada al común de la población; y desfilaban en bandadas por la calle central de Barbizon, pedaleando en sus bicicletas niqueladas y vestidas al estilo americano, con pantaloncitos cortos y blusas muy ceñidas. Tenían los muslos sudorosillos del pedaleo y los senos les temblaban como flanes orgullosos con los baches del camino, reclamando un perro andaluz que los magrease.

—Se miran, pero no se tocan —me advirtió Ruanito—. Salvo que quieras que te cosan a tiros, claro. Los gánsteres del estraperlo son muy celosos de sus ninfas.

—Todo lo acaparan, esos cabrones —me quejé, retóricamente—. Pero un caballero del Greco como tú podría contentarse con las sobras y descartes. Seguro que a cada poco renuevan su harén.

Me volví para contemplar los culos de las ninfas empotrados en el sillín, culos de amazonas cabalgantes que se reían a nalga batiente de las lugareñas desnutridas. Las risas de las ninfas de los gánsteres eran cantarinas y martilleantes, a juego con los timbres de sus bicicletas, que hacían sonar para anunciar su paso.

—Los oriundos de Barbizon están que braman, porque los recién llegados, como pueden gastar pródigamente, suben los precios de los productos básicos —me informó Ruanito.

Pero seguro que, todavía más que el alza de los precios, les hacía bramar el pavoneo de las ninfas en bicicleta, como un escaparate móvil de carne inasequible. Hacia el final de la calle, junto a estaciones de gasolina exhaustas, había grandes hoteles de estilo rústico con aspecto de pabellones de caza. Ruanito me condujo hasta uno de estos hoteles, donde se hallaba el restaurante Grand Veneur, con un comedor de dimensiones majestuosas que había logrado huir del lujo fácil y ampuloso. Allí se reunían los gánsteres del estraperlo, en sobremesas perfumadas de habanos en las que acordaban los precios exorbitantes de las mercancías, para no hacerse competencia entre ellos, mientras sus ninfas quemaban las grasas del opíparo banquete pedaleando. Como ellos no las quemaban, estaban todos

barrigones, con dobles y triples papadas en las que gorgoteaban los vapores de la digestión.

—No dirás que no te traigo a los sitios más selectos, mamoncete —me dijo Ruanito, con una sonrisa que tuvo que reprimir, porque atirantaba los granitos del sarpullido y los hacía sangrar.

Saludaba con familiaridad a los gánsteres, que lo llamaban respetuosamente *Monsieur le Marquis* (como nadie lo conocía allí, se valía de su título apócrifo). De las paredes del comedor pendían cabezas de ciervo disecadas, trofeos antañones de las cacerías en el cercano bosque de Fontainebleau. Las cornamentas de los ciervos, muy churriguerescas y descascarilladas, parecían una alegoría de las perversiones de Ruanito.

—Haciendo gala de mi marquesado ya he conseguido que me fíen en el colmado y en el estanco —me deslizó, con aviesa complicidad—. Pero no puedo seguir viviendo de fiado eternamente. Tengo que conseguir ingresos de urgencia.

—Pues yo de ti no trataría de conseguirlos a costa de estos millonetis. Se nota a la legua que son peligrosos.

Aunque se habían puesto como cerdos cebados para la matanza, de tanto pegarse comilonas y follar en posición decúbito supino (dejando que los culos cabalgantes de sus ninfas hiciesen todo el trabajo), los gánsteres del estraperlo delataban sus orígenes apaches en los trajes de raya gorda y hombreras desmesuradas, en las manos de gatillo fácil enjoyadas de bisutería, en los ojos renegridos de cárcel y pensamientos homicidas. Ruanito había reservado una mesa en la terraza del Grand Veneur, que se abría a la magnificencia del bosque de Fontainebleau, como un mar esmeralda mecido por la brisa primaveral. Había en la mesa un búcaro de flores algo ajadas que desprendían un aroma como de lupanar fino. La vajilla de porcelana mostraba escenas de las monterías que antaño se celebraban en aquellos parajes, con perros de pura raza hostigando a los ciervos y jinetes de levita encarnada y calzón blanco montando ligeros corceles y haciendo sonar sus cuernos de caza. Unos camareros tiesos como percheros nos sirvieron unos platos con carne de jabalí, muy ensalsada de bayas y fresas silvestres para disimular su ranciedad.

—A lo tonto, a lo tonto, llevo casi nueve meses sin empuñar la pluma —me dijo Ruanito, con una suerte de tranquila estupefacción—. Te confieso que, sobre todo al principio, padecí un síndrome de

abstinencia atroz.

El jabalí sabía a suela revenida, pero el caso era llenar las tripas. Me puse en su lugar:

—No me extraña ni una pizca. Para ti escribir es como para el resto de los humanos mear. Lo que me sorprende es que hayas podido aguantar así tanto tiempo.

—No ha sido nada fácil, no te creas —me confió Ruanito, envanecido de su heroísmo—. Aunque me lo tomé como un descanso, pronto me di cuenta de que, sin el acicate del artículo diario, me estaba anquilosando. En mi desesperación, pensé incluso en pedirte que me enchufaras en el periodiquito de Velilla…

Y dejó escapar una risita rechinante por debajo del bigote, cuidando de no estirar las comisuras de sus labios. Se le deslizó por la barbilla un poco de salsa de frambuesas, pero su color no se distinguía del color del sarpullido.

—No fastidies, hombre, para eso es mejor que escribas en el boletín de los claretianos, o en cualquier hoja parroquial —me burlé —. Nadie lee *El Hogar Español*. Con decirte que las crónicas que aparecen con mi firma las escribe en realidad el polaquito Gasch, a quien he cogido de negro… Le pago cuatro perras y él se queda tan contento. Aunque, para mi fastidio, tengo luego que alicatar su prosa. No hace más que meter catalanadas, y encima tiene un estilo caballón que tira para atrás… Pero nadie se entera de nada. Velilla, cuando no está chupando cirios, se chupa el dedo.

—Son tiempos propicios para el estilo pedestre, sí… y también para los chupones —se lamentó Ruanito, chorreando salsa de frambuesa—. En fin, estando vetado por Serrano como lo estoy, no veo salida para mis artículos en la prensa. Así he llegado al bloqueo completo, hasta lograr que desaparezca en mí el estímulo de la escritura.

Lo afirmó con más asombro que pesadumbre. Y me confesó que su destino literario, que en otro tiempo le había parecido irrenunciable, ahora se le antojaba pura anécdota coyuntural, que empezaba a contemplar sin excesiva nostalgia.

—A fin de cuentas —concluyó, resignado—, han sido muchos los escritores de vocación juvenil que, llegada la madurez, dejaron de escribir definitivamente. El caso es encontrar un *métier* alternativo. Rimbaud, por ejemplo, lo encontró en el tráfico de armas y de

esclavos…

Los ojillos le brillaban, codiciosos de fechorías y dinero puerco. En las frondosidades del bosque de Fontainebleau, bajo el mar esmeralda mecido por la brisa, había jirones desgalichados de niebla, como sargazos pálidos y alevosos.

—Hombre, tampoco tiene que ser necesariamente un *métier* criminal… —comenté, sin esperanzas de que Ruanito considerase siquiera la posibilidad de un *métier* honorable.

—Tiene que ser, ante todo, un *métier* que me permita vivir con holgura —se reafirmó, impermeable a los escrúpulos de conciencia—. Y, en estos tiempos, quien desea vivir con holgura tiene que merodear los territorios del crimen. Claro que esto se puede hacer a lo bruto o elegantemente.

Se pasó con mucho tiento la servilleta por la barbilla supurante de sangre y embadurnada de salsa, que estaba pidiendo a gritos dejarse una barba de caballero del Greco.

—Y tú, por supuesto, piensas hacerlo elegantemente…

—Por supuestísimo —dijo Ruanito, poniendo cara de blasón, como si la duda le ofendiese—. Tan elegantemente al menos como Paul Éluard…

—Que se dejó una barba muy elegante para esconder sus granitos… —deslicé, malicioso.

Ruanito se toqueteó delicadamente los labios, como si quisiera comprobar que ya le asomaban los cañones.

—Con Éluard hemos roto —me informó, haciéndose el digno—. A Mary no le gustó mucho, le pareció demasiado envarado, demasiado finolis. Buscamos gente más ruda, pero también más sana que él… —Se relamió con una lengua que parecía colmillo de jabalí—. Además, a su señora le olía a arenque el aliento, por no hablar de otras cosas. Pero Éluard me ha dado la idea para mi nuevo *métier*…

Una bandada de grajos había brotado de la espesura del bosque, como nuncios de la noche. Sus graznidos lejanos sonaban como risotadas siniestras.

—Espero que no te metas a poeta excelso como Éluard… —me choteé.

—Puedo serlo mucho más que él si me lo propongo —se envaneció Ruanito—. Pero los poetas se mueren de hambre. Lo que voy a hacer es montar un negocio de falsificaciones, como el que

Éluard montó con Óscar Domínguez.

Me expuso sucintamente sus planes, que ya tenía muy avanzados. Pensaba abandonar la casa de Passy, que para entonces ya había dejado como un hangar expoliado, e instalarse en Montparnasse, donde alquilaría un apartamento, para poder codearse más frecuentemente con los artistas del barrio.

—¿Y piensas también asociarte con el canario Domínguez? —le pregunté—. Te advierto que ahora anda muy atareado, falsificando cuadros de Picasso…

—Pero ese tratante de ganado es muy avaricioso y se queda con la parte del león —dijo Ruanito, dejando los cubiertos sobre el plato, con la tajada de jabalí casi intacta—. He propuesto a Domínguez un reparto más ventajoso para él, y parece dispuesto a asociarse conmigo. Además, espero incorporar a sus compinches Flores y Condoy. La idea sería formar un cogollito de colaboradores que pudieran diversificar el negocio y hacerlo más próspero. Aunque Domínguez tiene un talento mimético sin igual y trabaja a destajo, me interesa que las falsificaciones tengan estilos diversos. Domínguez imita a la perfección a Chirico y Picasso, pero hay otros pintores muy cotizados que no se le dan tan bien, como Matisse o Modigliani… Y podríamos sumar a la oferta pintores de la escuela española, tipo Gutiérrez Solana, que a Flores le vienen como de perlas, y escultores que Condoy podría remedar estupendamente…

Había sacado la pitillera de oro con las armas de su marquesado apócrifo, regalo del difunto Orejas, y se llevó un pitillo a los labios escocidos. Aunque aspirar el humo le hacía ver las estrellas, no podía dominar el vicio del fumeque (como, en general, ninguno de sus vicios). El humo del tabaco tenía la misma textura desgalichada y ondulante que los jirones de niebla que ascendían del bosque.

—Pero Condoy tiene asegurado el condumio con la mantequilla que consigue su mujer en esa vaquería de La Vandea… —dije, para fastidiarlo un poco—. Y es más vago que la chaqueta de un guardia.

—El suministro de mantequilla le está empezando a fallar. Al parecer, las vacas de la amiga de su mujer se han puesto tuberculosas y están cayendo como moscas, así que en dos o tres meses lo tendremos lampando otra vez —dijo, reprimiendo una mueca de gozoso dolor y mirándome de reojito—. Por supuesto, cuento contigo en el negocio…

—¿Conmigo? —me sorprendí—. Yo no sé ni coger el pincel…

Se perfiló el bigotillo con mimo de pillastre, cuidando de no rozarse los granitos:

—Déjate de pamplinas —me reprendió benévolamente—. Mi intención es colar las falsificaciones en alguna galería de París. Tú podrías ayudarnos a encontrarla, y también hacernos propaganda desde tus tribunas en la prensa.

—Pero si ya te he dicho que *El Hogar Español* no lo lee ni Dios…

—Siempre hay buitres oteando la prensa, hasta la más suburbial, en busca de chollos —dijo, y pegó una calada ansiosa—. Y tienes también las páginas del *Arriba*, que leen de pe a pa, aunque sea con algún día de retraso, todos los españoles influyentes que residen en París. Además, no se me escapa que tienes mucha entrada en *Je Suis Partout*. Tú, no hace falta decirlo, te llevarías una tajada más que jugosa…

Más jugosa, desde luego, que aquellas tajadas de jabalí, que parecían de pernil de momia. No se pueden dejar pasar las aguas de un río, por revueltas que vengan, si arrastran pepitas de oro. Después del almuerzo en el Grand Veneur, Ruanito me llevó a pasear por el bosque de Fontainebleau, mientras trataba de vencer mis últimas reticencias, detallándome los beneficios pingües que pensaba extraer de su negocio de falsificaciones. Al poco de adentrarnos en la espesura por la vereda de entrada, nos topamos con una lápida de bronce adosada a un peñasco, con los bustos de Millet y del aduanero Rousseau, que al parecer solían instalar sus caballetes precisamente en aquel sitio. Depositando un ramo de flores silvestres al pie del peñasco había un hombre forrado de chalecos de lana y bufandas, como si la primavera no fuese con él. Enseguida lo reconocí por las facciones tímidas, pero también por la cursilería de la ofrenda floral.

—¡Anda, pero si es Grau Sala! —le dije, sorprendido, a Ruanito —. No esperaba encontrarlo por estos andurriales.

—Pues fue él quien me metió el gusanillo de Barbizon —me explicó Ruanito, cuidando de que Grau no nos oyese—. Con el dinero que gana con sus cuadros, cotizadísimos desde que Rebatet le dio el espaldarazo, se ha comprado una casita aquí, donde también tiene un chalé la familia Castelucho. Se ha convertido en la estrella de la galería Castelucho y se ha prometido con Rosita, la hija de los dueños, que tiene la pata renga. Y dicen que le pone los cuernos con una

dependienta de la misma galería, una tal Anne, una piojosa que no ha comido pollo en su vida y al parecer padece infecciones de orina.

Pero Ruanito soltaba estas maledicencias con admiración envidiosa, no sé si por la pata renga de la prometida o por las infecciones de orina de la amante piojosa; pues seguro que, en su catedral de perversiones, guardaba alguna capillita para lisiadas y enfermas. Soplé, ponderativamente:

—¡Jodo con Grau! Y yo que pensaba que lo suyo eran las damiselas con enaguas y mitones...

Ruanito me miró con perplejidad ofendida:

—Eso es porque no sabes el placer que da ponerle las enaguas a una señora con la pata renga.

—Y tampoco a una dependienta con infecciones de orina —me enfadé—. No eres más marrano porque no te parieron en una pocilga, Ruanito.

Y Ruanito asentía complacido y muy orgulloso. Pero ya Grau Sala nos había visto llegar y caminaba a nuestro encuentro, con las manos metidas en los bolsillos, para que no se le enfriasen.

—¡Qué alegría volver a verte, Grau! —lo saludé—. Acabo de enterarme de que te has agenciado una choza en Barbizon.

Grau Sala aspiró el aire de la fronda, como si entrase en éxtasis:

—Así es, Navales. Estos árboles húmedos de nieblas me recuerdan a mi patria, Cataluña.

Nos tendió una mano feble, como afinada en la caricia del satén y de las chucherías románticas que almacenaba en su estudio.

—Querrás decir, en todo caso, patria chica —lo amonesté—. No me adoptes la retórica del curita Tarragó, que tú eres hombre de orden.

Pero los polaquitos, aun los más mansuetos, tenían siempre algo de cabras que tiran a la montaña de Montserrat. Puso cara de susto:

—Patria chica, naturalmente —convino, con un carraspeo—. Además, en Barbizon encuentro temas para mi pintura: veloces caballos correteando por los bosques, escenas de café con adolescentes bellísimas...

—Ya las he visto pedaleando en pantaloncito corto por Barbizon —lo corté—. Tienen que estar escocidísimas en la entrepierna, deberías recomendarles que se pongan pololos, para proteger debidamente sus partes íntimas. Y podrías pintarlas luego con los

pololos puestos, entre jarroncitos de porcelana, abanicos y visillos floreados.

Grau Sala no osaba rechistar, temblón. Procuró cambiar de tema:

—También aprovecho la paz del campo para leer los libros que me encargan ilustrar. En París está uno lleno de compromisos.

—Sobre todo tú, bandido —se guaseó Ruanito, guiñándole un ojo —. Además, así puedes comer de gorra en casa de los Castelucho, y salir de paseo con su hija Rosita, ofreciéndole tu brazo a guisa de bastón. ¡Qué suertudo eres!

Grau Sala se sonrojó, pazguato o tal vez al tanto de los gustos torcidos de Ruanito. Me hice de nuevas:

—¡Así que te has liado con Rosita Castelucho! Pues tendrás que echarnos una mano algún día, porque Ruanito y yo nos vamos a meter a marchantes y nos gustaría tener una galería donde exponer...

—¡Podéis contar conmigo de mil amores! —exclamó Grau Sala, aliviado de que, siquiera por un instante, dejara de zaherirlo—. Yo me encargo de convencer a los dueños.

—No te costará tanto, si van a ser tus futuros suegros... —lo achuchó Ruanito.

Grau Sala enrojeció hasta casi volverse cárdeno; y le entró una suerte de tiritona que se volvía casi baile de San Vito, ante mi mirada acusatoria. Dejé teatralmente que el silencio nemoroso se fuese poblando de faunas secretas y cuchicheantes.

—¿Cómo que tus futuros suegros? —bramé—. Te recuerdo que has dejado una mujer y un hijo en España. ¿No pretenderás convertirte en un bígamo?

Se levantó un ventarrón que golpeaba las copas de los robles y raspaba sus hojas dentadas. Grau Sala, con el susto y el sonrojo, se iba poniendo tinto:

—No... no se me ocurriría tal cosa... —se excusó—. Pero mi mujer, Angelita, es una bruja avariciosa. No hace más que reclamarme dinero y chantajearme...

—Y tú prefieres gastarte ese dinero con dependientas, ¿eh, malandrín? —lo reprendí—. Ni siquiera te basta con la cojita de los Castelucho. No tienes vergüenza.

La tiritona de Grau Sala acabó por degenerar en llorera. Miraba a Ruanito, en busca de apoyo; pero Ruanito se hacía el longui.

—Soy un hombre débil... —acabó reconociendo.

—Todos lo somos, Grau, pero hay que sobreponerse a la debilidad —le dije, con condescendencia curil—. Tu obligación es enviarle a tu mujer el dinero que te reclama, que para eso te estás forrando, desde que Rebatet te encumbró. Tienes que garantizar que tu hijo no pase necesidad y que Angelita pueda seguir desarrollando su obra. Y este verano debes viajar a tu patria chica y hacerles una visita, ¿entendido?

El crepúsculo caía sobre el bosque de Fontainebleau, cárdeno como el rostro de Grau Sala, que se tornaba poco a poco ceniciento.

—Pero Rosita... no sabe que estoy casado. Si lo supiera...

—Si lo supiera, se te acabaría el chollo; y también se te acabaría si se enterase de que le pones los cuernos con una dependienta —lo rematé—. Y yo podría ponerla mañana mismo al tanto de ambas cosas. Pero no lo haré si recapacitas. Te recuerdo que has abandonado el domicilio conyugal y que te hallas en flagrante adulterio. ¿Sabías que los alemanes detienen, si nosotros se lo pedimos, a todos los infractores de las leyes españolas? Los detienen y los ponen en la frontera, a disposición de la Guardia Civil. ¿Te apetecería pasar unos añitos en algún presidio de tu patria chica? Tienen celdas mucho más húmedas de niebla que este bosque de Fontainebleau. Estoy seguro de que te resultarían muy inspiradoras...

Grau Sala tragó saliva, contrito:

—Prometo que este verano los iré a visitar, y que todos los meses enviaré el dinero que me reclama Angelita...

Sonreí complacido y le hice una mamola con la misma delicadeza que el propio Grau Sala empleaba para quitar el polvo a los *bibelots* que abarrotaban su estudio.

—Así me gusta, Emilio. Angelita, tu mujer, aunque esté un poco desquiciada, es una pintora única, que llena de misterio todo lo que pinta. Tal vez para ser un artista genial hay que estar un poco loco, ¿no te parece? De lo contrario, uno termina pintando damiselas con enaguas y abanico... —Y, viendo que podía derrumbarse otra vez, me volví benévolo—: ¿Y qué sabes de tu hermana Caridad? No olvides que debes guardarla celosamente para nuestro común amigo Gasch.

Mientras caía la oscuridad sobre el bosque, asomaban en la enramada los primeros búhos, sigilosos como gatos emplumados.

—De mi hermana y de mi madre apenas sé nada —gimoteó—. La mayor parte de las cartas que les envío ni siquiera llegan a su

destino…

—Pues eso tiene fácil arreglo. Tú me llevas las cartas a la avenida Marceau y yo me encargo de que el consulado las haga llegar a Barcelona por valija diplomática —resolví, haciéndole otra mamola—. ¡No vamos a permitir que un profesor de nuestra Escuela de Pintura no pueda comunicarse con su familia! Anda, vete y no peques más.

Y le di unas palmaditas en la espalda, para darle un poco de impulso. Grau Sala asintió agradecido y echó a andar en dirección a Barbizon por la vereda acechada de sombras. Las piernas le flojeaban y hacía eses al caminar, como si quisiera imitar las sinuosidades de la niebla. Cuando ya estaba lejos, Ruanito resopló admirativamente:

—¡Chico, vaya rapapolvo! No sabía que fueses un partidario tan acérrimo del matrimonio y de la familia.

Le dirigí una mirada de pedernal:

—Pues ahora ya lo sabes. De lo que no soy partidario es de tus marranadas, que encima te dejan la jeta llena de sarpullidos. —Relajé el gesto y lo zamarreé jovialmente—. Bueno, ya tenemos asegurada la galería Castelucho para exponer nuestras falsificaciones. Habrá que ponerse manos a la obra cuanto antes.

Solté una risa sarcástica que espantó a los búhos; y Ruanito se sumó a ella, a despecho de sus granitos. La noche caía sobre el bosque de Fontainebleau como una religión negra.

IX

La masilla fresca llenaba el aire de un hedor como de pescado podrido. Había conseguido, por mediación de Perico Urraca y del embajador Lequerica, que la Delegación del Servicio Exterior de la Falange nos asignara una partida para reformar el salón de juntas de la avenida Marceau, que aún mantenía la decoración euscalduna, como de sacristía de curas gudaris, con mucha madera noble (pero de una nobleza mugrosa) y mucho recoveco conspiratorio. Ahora el salón había quedado diáfano y un poco cubista, con paredes desnudas y blancas como la nieve, idóneas para colgar los cuadros de la exposición de pintura que inauguraríamos para conmemorar el quinto aniversario del Alzamiento. Para culminar la reforma, había mandado retirar el enrejado de celosía de las ventanas de la fachada, tirar los tabiques que las separaban y abrir un gran ventanal oblongo, a modo de escaparate, que permitiera ver desde la calle las pacotillas que allí expondríamos, para que los transeúntes se animasen a entrar. Los cristaleros acababan de instalar con mucho esfuerzo la gran luna que bebía la copiosa luz de mayo y se habían marchado, dejándose olvidado en una rinconera el recipiente con la masilla, en el que hundí la mano para desaguar la rabia, mientras el pelmazo de Velilla me daba la tabarra, contándome extasiado la celebración del Corpus Christi en la iglesia de la calle Pompe:

—Tendrías que haber estado allí, camarada Navales —me reprochó—. Organizamos la procesión en el interior del templo. La potente iluminación realzaba el relampaguear de la custodia, que portaba el padre Abundio, asistido por dos capellanes. Y el palio lo sosteníamos, entre otros, el cónsul Rolland y yo mismo. Doce niñas angelicales, entre ellas Mariuca, a quien conociste en Saint-Denis, escoltaban al Rey del Amor, cantando motetes y arrojando una lluvia de pétalos a su paso. Y durante la bendición del Santísimo se ejecutó al órgano el *Himno nacional*.

Calló por fin, arrobado. Tomé una pella de masilla y la estrangulé

entre mis dedos, imaginando que fuese la garganta de Velilla.

—¡Qué celebración tan deliciosa! —comenté, con mala baba—. Seguro que, si Beltrán andaba por allí, le haría alguna carantoña a la traviesa Mariuca y la subiría a sus rodillas, para hacerle el caballito.

Velilla se rascó la calvorota, sorprendido de mi adivinación:

—¡Anda, pues así ocurrió, exactamente! ¿Es que alguien te lo ha contado?

—Brujo que es uno, camarada jefe —dije, en un tono impersonal.

Afirma Marañón en su *Tiberio* que el resentimiento es una pasión impersonal, a diferencia del odio y de la envidia, que suponen siempre un duelo entre quien odia o envidia y quien es odiado o envidiado. La envidia y el odio tienen un sitio concreto dentro del alma y, si se extirpan, el alma puede quedar intacta. En cambio, el resentimiento anega el alma entera, gangrenándola por completo. Además, el odio y la envidia casi siempre tienen una respuesta rápida ante la ofensa; el resentimiento, por el contrario, es pasión de larga incubación y reacciones tardías, que se puede disfrazar de resignación, hasta que llegue el momento oportuno de descargar el golpe. Así hacía yo con Velilla.

—Ven, sube conmigo a mi despacho, que te voy a exponer con Solms nuestros proyectos —me dijo.

Despojado de toda autoridad en asuntos culturales, Velilla trataba de congraciarse con los gerifaltes de Alcalá 44 esforzándose inútilmente por convertir al obreraje de Saint-Denis a los principios de la Falange aguada y pía con la que trataban de suplantar el legado de José Antonio. Y en este vano empeño, Velilla trataba de evangelizar a los hijos de los obreros, que eran todavía más rojillos que sus padres. Mandó llamar también a su despacho al misacantano Solms, que llegó precedido de su nariz sayón y escriba.

—Le comentaba al camarada Navales que tenemos grandes proyectos entre las manos —lo puso Velilla en antecedentes—. Cuéntale, camarada Solms, cuéntale.

Enseguida noté que se habían confabulado para restar protagonismo a mis logros recientes. Solms puso cara de alquitara pensativa, como si no supiera por dónde empezar. Me hubiese gustado pellizcarle con ensañamiento aquella naricísima hebraica, como estaba pellizcando la masilla que guardaba en el puño crispado.

—Pues, por ejemplo, nos hemos propuesto sacar un periodiquito

infantil, a modo de suplemento de *El Hogar Español* —dijo—. Lo llamaremos *El Yugo*.

Y sonreía, lagartijero y delgaducho, con tan poca chicha como sus crónicas publicadas por la prensa del Movimiento.

—Será ameno e instructivo —apostilló Velilla, escarbándose las orejas de lechuga mustia—. Y tendrá como misión ilustrar a los niños españoles que viven en Francia en las esencias de las doctrinas de la Nueva España y en el conocimiento de su pasado glorioso. Así aprenderán a amar a su país, para muchos de ellos desconocido.

O sea, alfalfa con la que los hijos de los rojos se limpiarían el culo. Fingí entusiasmo:

—¡Formidable! ¿Y cómo pensáis sufragarlo?

—Convenceremos a los padres para que entiendan que esos niños demandan una formación integral que, a la vez que los instruya, los divierta —contestó Solms, embalado—. Aumentaremos los precios de suscripción y venta del semanario, y apelaremos a la generosidad de la colonia, para que nos envíe donativos.

Se cruzaron una mirada de entendimiento y complicidad, como siempre hacen los infraseres absortos en sus quimeras.

—¡Qué bárbaro! No sabía yo que la patulea de Saint-Denis aflojase la guita con tanta facilidad —dije.

—No son patulea, sino almas necesitadas de guía —me corrigió Velilla, seráfico—. Pero también contamos con la liberalidad de los camaradas, empezando por nosotros mismos. Yo, por ejemplo, acabo de entregar un recibo de tres mil pesetas, a cargo de una cuenta donde tengo depositados mis ahorros, en la frontera de Irún.

Velilla recelaba que los alemanes le madrugasen el dinero de la noche a la mañana, o que las vicisitudes de la guerra lo devaluaran; por eso tenía sus ahorros en un banco irunés. Me hice el menesteroso:

—¡Ya quisiera yo tener los ahorros que tú tienes, camarada jefe! Pero los he fundido todos amueblando mi casa.

—Si no puedes hacer un donativo, deberías al menos pedir que colaborasen gratuitamente para *El Yugo* esos dibujantes amigos tuyos que colocaste en *Je Suis Partout* —intervino Solms, sacando a paseo su lengüecita de camaleón—. Lesca les debe de estar pagando de lo lindo, porque andan siempre invitando a sus paisanos en los cafés.

—Pero Lesca los ha contratado en exclusividad. Si los pilla trabajando gratis para nosotros los colgaría del espolón de una galera,

o de una pirámide de Egipto —dije, mirándole muy fijamente la nariz, para ver si captaba la alusión quevedesca.

Pero Solms no había leído a Quevedo; ni tampoco Velilla, que se apuntó al cuento de la lechera:

—Además de *El Yugo*, queremos publicar una revista de serio contenido intelectual, ensalzadora de la Hispanidad. Podrías encargarte de escribir algunos de sus textos, camarada Navales —dijo, deseoso de arruinar mi estilazo en bazofias subalternas—. Ahí podrías lucirte de veras.

—Aunque el protagonismo lo tendrían firmas más consagradas que la tuya, como la de Marañón —se apresuró a aclarar Solms, fastidiado de que Velilla me reconociera algún mérito—. Y estamos considerando hacernos por cuatro perras con alguna de las imprentas de propiedad judía abandonadas con la llegada de los alemanes. Así podríamos imprimir nuestros propios libros y folletos. Tú tienes una magnífica relación con el capitán Alisch, según tengo entendido, que podría facilitarnos la adquisición.

Pero si aparecía por la avenida Foch en comisión petitoria, Alisch me podría correr a gorrazos, después de su fracaso con Vitoliña, que ya estaba a punto de estrenarse como protagonista en el teatro de los Mathurins. Mentí:

—Procuraré hacer lo que esté en mi mano, pero no os prometo nada —me mostré abrumado—. Veo que sois un hervidero de proyectos.

Mi falso anonadamiento los envanecía hasta hacerles olvidar su mediocridad. Velilla se repantigó en su silla y empezó a teclear juguetonamente en la Underwood que alguna vez le había tomado prestada. La masilla me estaba dejando la mano sudada y hedionda.

—Y todo eso no es nada, comparado con nuestro proyecto estelar —anunció Velilla, con solemnidad de portador de palio—. He conseguido que nos presten el Castillo de La Valette, cerca de Montargis, y los inmensos bosques que lo rodean, para que puedan ir allí los niños españoles de familias pobres a pasar sus vacaciones.

El Castillo de La Valette había sido adquirido por las autoridades rojas durante la República y se contaba entre los bienes recuperados después de que Francia reconociese a Franco, merced a las gestiones de Lequerica. Y, como Lequerica era un denodado defensor del *laissez passer*, había confiado su custodia al cónsul Rolland, quien a su vez se

la había confiado a Velilla, compañero portador de palios.

—No podemos escatimar nada a la juventud española —proseguía Velilla—. Así lo mandó el Ausente, así lo quiere el Caudillo y así lo deseamos todos. ¿No es verdad, camarada Navales?

Estiré los labios hasta casi rasgarlos, para que pareciese que sonreía:

—Claro que sí, faltaría más. Pero, ¿cómo conseguirás los medios para realizar dignamente lo que propones? Habrá que dar formación a esos niños...

—Curas y monjas tenemos de sobra para que se encarguen de ello —terció Solms, disfrutando de mi consternación, que no le había pasado inadvertida.

—Y también habrá que darles comida... —insistí, a punto de claudicar.

Ambos al unísono soltaron una risita, que alargaron por unos segundos, haciendo contrapunto. Se regodeaban en su victoria:

—¿Pensabas que sólo tú podías conseguir dinero? —me mortificó Velilla—. Nosotros también hemos logrado que la Delegación nos financie.

Y abrió el cajón del escritorio donde guardaba el choricico, de donde extrajo una pequeña caja de caudales esmaltada en azul, con el emblema del yugo y las flechas en relieve rojo, que sostuvo con unción, como si fuese la custodia del Corpus Christi.

—Pásame la llave, camarada Solms —requirió a su acólito.

Solms extrajo de un bolsillo interior de la chaqueta la llave que abría la caja de caudales y se la tendió a Velilla, que la encajó en la cerradura, haciéndola girar tres veces hacia la derecha y otras dos hacia la izquierda. Abrió la tapa de la caja y volvió su contenido hacia mí, para que me deleitara o afligiera en la contemplación del fajo de billetes de mil pesetas que allí anidaba, con la efigie del Emperador Carlos vencedor en Mühlberg, copiada del retrato de Tiziano. Los pápiros, nuevecitos, olían a tinta fresca y cera virgen, que es el olor de los enjuagues y los chanchullos. Velilla y Solms disfrutaban de mi estupefacción; pero soy hombre de recursos y observé enseguida que Velilla había dejado ensartada la llave en la cerradura.

—Me dejáis patidifuso —dije, encajando el golpe. Y añadí, como en una broma, para que no se asustaran demasiado—: Si os parece, os guardo yo la llave.

Y la tomé jovialmente de la cerradura para guardarla en la mano donde escondía la masilla. Apreté con suavidad, para que quedasen bien grabados sus contornos. Velilla rió inocentón, creyéndose muy listo:

—Qué chistoso eres, camarada Navales —dijo, antes de ponerse serio—. Trae para acá, que con el dinero que viene de Madrid no se puede frivolizar. Es la única llave que abre esta caja, y Solms está encargado de guardarla como oro en paño.

—Así debe ser —convine, socarrón—. Si alguna vez el dinero desaparece, sabremos quién es la garduña.

Entregué la llave a Solms, después de asegurarme de que la masilla había quedado adherida a la palma de la mano. El misacantano cerró la caja de caudales con todas sus vueltas a izquierda y derecha y se la guardó otra vez en el bolsillo interior de la chaqueta, antes de golpearse el pecho tres veces, como si rezase el *Confiteor*.

—Aquí no hay garduñas que valgan, Navales —me escupió, soliviantado—. Algunos tenemos una conciencia clara de nuestras obligaciones.

Velilla volvió a guardar la caja en el cajón del escritorio, para que se quedase atufada con los vapores del choricico.

—Conciencia clara y sentimiento firme de nuestra misión ante España, como el Caudillo cuando firmó el Decreto de Unificación. Así me gusta, Solms —dije, procurando no parecer demasiado coñón—. Y ahora, si me disculpáis, os dejo, porque tengo que asistir a la Sala Pleyel, donde hoy se celebra un homenaje a la fallecida Antoñita Mercé, La Argentina. Espero que me dejéis hueco para la crónica en el próximo número del semanario.

Velilla me dio la venia, engreído de haber recuperado su predominio ante mí. Por supuesto, el homenaje a Antoñita Mercé me importaba una higa, como en general los bailes de castañuelas y faralaes, porque después de haber visto la danza desgarrada de Ana de Pombo, como un Cristo hembra sangrando por todas sus llagas, todos los bailes se me antojaban tipismo barato. Además, ya había encargado a mi negro Gasch que escribiera la crónica; pero deseaba librarme cuanto antes de aquella pareja de mendrugos y, sobre todo, poner a buen recaudo la pella de masilla con el molde de la llave. Antes de partir hacia la Sala Pleyel, encerrado en mi despacho,

comprobé que la impresión de la llave era perfecta, sin deformación alguna, con todos los dientes y guardas —que eran muchos y muy sofisticados en su disposición de hendiduras y protuberancias— nítidamente grabados. Guardé el molde en una arqueta donde también guardaba plumines y tampones secantes y otros útiles de escritura desvencijados, para que allí dentro se secara, y marché dando un paseo hasta la Sala Pleyel, que estaba a tiro de piedra de la avenida Marceau, respirando el aroma menstrual y fertilísimo, como de novia recién estrenada, del mes de mayo. La Sala Pleyel tenía un ambiente más bien desangelado, con apenas media entrada, muy diverso del ambiente apoteósico del estreno de Ana de Pombo, a quien a veces echaba de menos (pese a la aspereza de nuestro último encuentro o desencuentro), con la nostalgia de las vidas no vividas. Pero, aunque el público raleaba en la platea, había entre los asistentes algunos españoles de alto copete, o siquiera de mediano, porque la difunta Antoñita Mercé (que había muerto en su casa de Bayona, después de pegarse un fiestorro, justamente el día del Alzamiento) a nadie comprometía ideológicamente, era una de esas figuras tan ilustres como inanes que cualquiera se podía apropiar, aunque luego no supiese qué hacer con ella, como ocurre con esos cachivaches que se compran en el rastro como si fuesen tesoros y acaban siendo maulas. Y como los rojillos, que en vida habían agasajado y cargado de condecoraciones a La Argentina, no parecían tener demasiado interés en reivindicar su memoria, la Nueva España trataba de sacarle jugo político y encumbrarla en un altarcito de culto restringido y cursi. Así que al homenaje de la Sala Pleyel habían acudido, entre otros, el cónsul Rolland, metido en todos los guisos, del palio al caño y del caño al palio (con estación en la sinagoga judía), y también Gregorio Marañón, que andaba siempre rondando todos los saraos oficiales y todas las misas, para hacerse perdonar sus machadas eugenistas. No faltaba tampoco Daranitas, fardón y un poco jaque, pletórico de vaticinios y faroles:

—¿Y usted qué cree que ha querido sugerir Hitler en su último discurso, cuando señaló que éste sería un año «decisivamente histórico»? —le preguntó Rolland—. ¿Usted cree que por fin va a lanzarse a la conquista de las islas británicas?

—¡Naranjas de la China! —exclamó Daranitas con algo de desdén, como si de repente la derrota siempre postergada de

Inglaterra fuese una futesa que no merecía ni siquiera ser mencionada —. He sabido por un alto funcionario de Vichy, recién regresado de la capital del Reich, que el Führer se trae entre manos la invasión de Rusia.

Marañón se llevó las manos a la cabeza, encastillado en sus morigeraciones:

—¡Pero qué dislate! Correrá la misma suerte que Napoleón —auguró—. Rusia no puede ser vencida, porque, derrotada en el campo, se repliega con sus ejércitos en el interior de su extensión infinita y helada. Y en cambio, cuando vence, se aferra implacablemente al terreno ganado. Rusia, además, prepara a los soldados más sufridos. El ejército alemán será aniquilado.

Aunque nada me hubiese gustado más —como había hecho en ocasiones anteriores— que llevarle la contraria, por el placer de humillarlo en público, esta vez Marañón podía tener razón, porque al ángel con gabardina y bigote se le veía cada vez más arrebatado y fuera de sí en sus arengas, con la gabardina más arrugada y el bigote más desflecado, como les ocurre a los locos. Pero Daranitas seguía creyendo en la invulnerabilidad del Tercer Reich, como yo mismo un año atrás, cuando las divisiones de la Wehrmacht, apolíneas y erguidas como juncos, desfilaban por las calles de París, alegres de cagarse en las ruinas de las democracias masónicas y judaizantes:

—La historia nunca se repite, don Gregorio, no me sea fatalista —pontificó Daranitas, que regaba su discurso de hipérboles y optimismos delirantes—. Alemania dispone de un ejército gigantesco, superior a los ocho millones de hombres, que aguarda apostado en los confines orientales del Reich la orden de penetrar en territorio soviético. La ocupación de Ucrania se consumará en el verano. Y, dueña de las inmensas reservas de Ucrania, Alemania podrá subvenir no solamente sus propias necesidades, sino las del continente entero, con lo que Inglaterra tendrá que tirar la toalla. Prepárense para el descomunal acontecimiento, señores —concluyó, exultante—. ¡Lo que se juega ahora es el destino, presente y futuro, de veinte siglos de civilización!

No se atrevió a empañar su júbilo Marañón, nadador entre dos aguas que siempre sabía guardar la ropa, y mucho menos el cónsul Rolland, que secretamente anhelaba la victoria de los ingleses, inventores de los trajes de raya diplomática que tanto le gustaba lucir.

Habría preferido que al homenaje a La Argentina hubiese acudido también Perico Urraca, que siempre traía noticias frescas de las cancillerías; pero precisamente por aquellos días andaba acompañando al cuñadísimo en alguno de sus viajes relámpago por Europa, que le servían para poner distancia con las marquesas de su barrio, después de ponerlas mirando para Cuenca. Pero en el júbilo de Daranitas me parecía que había un elemento fanático o frenético que me despertaba hastío; y tal vez por ello, en lugar se sentarme a su lado en las butacas reservadas a los afiliados al Sindicato de la Prensa Extranjera, preferí hacerlo en filas más rezagadas, junto al polaquito Gasch, que había venido a la Sala Pleyel con su libreta de notas y acompañado por Pedro Creixams, muy pesaroso tras el varapalo de Rebatet. Creixams había perdido por completo su exuberancia vital y se escurría en la butaca, temeroso de que algún correveidile lo reconociera y lo increpase por pintar cuadros de colores violáceos que recordaban demasiado la «podredumbre judía». Seguía aferrado a su cachimba, pero ya no la chupeteaba placenteramente, sino que la mordía nervioso, castañeteante de vigilias y ansiedades.

—¡Coño, don Pedro Creixams! —lo saludé festivo—. ¡Pero si yo pensaba que jamás traspasabas los límites de Montmartre!

Estaba ojeroso y enflaquecido, con la mirada desenfocada, como si además del marchante hubiese perdido el oremus. Gasch, con su carita de luna fea o vejiga con cistitis, salió compasivamente al paso de mis gracietas:

—Ya te dijo que sólo hacía la excepción para ver actuar a alguna bailarina —murmuró, con ojos humildes que suplicaban clemencia—. Y hoy actúa como maestra de ceremonias en el homenaje a La Argentina la bailarina de sus amores, Nana de Herrera.

Me senté a la vera de Creixams y le palmeé confianzudo las rodillas:

—¿Nana de Herrera, la peruana que se hace pasar por gitana flamenca? —pregunté.

Aunque alicaído, Creixams no dejó pasar la ofensa inferida a la dama de sus pensamientos:

—Jamás se ha hecho pasar por gitana Nana de Herrera —dijo con voz muy débil, como si hablara dentro de una tumba—. Lo que ocurre es que baila las danzas populares andaluzas mejor que cualquier andaluza, paya o gitana, y a la gente le gusta simplificar. Pero Nana

de Herrera está por encima de cualquier simplificación filistea. Y es la mujer con más talento y la más hermosa del mundo.

—Mucho debe de serlo, para que te atrevas a salir de casa, después del repaso que te pegó Rebatet —me ensañé—. Pero sarna con gusto no pica.

Creixams ya no me atendía, porque se había corrido el telón y salía al escenario la maestra de ceremonias. Aunque peruana de nacimiento, Nana de Herrera había pasado su infancia y parte de su adolescencia en España, donde se había familiarizado con la tremolina y el jipío de los tablaos flamencos, que después ella había adaptado en versión adulterada para guiris, paseándose por los escenarios de media Europa, incluidos los países bálticos y escandinavos y hasta las mismísimas repúblicas soviéticas, donde los cosacos se retaban a duelo por disputar sus favores. En medio de sus giras triunfantes, actuando en Hamburgo, Nana de Herrera había conseguido embravecer el bálano de un barón austriaco, veinte años mayor que ella, llamado Raoul Kuffner, que la había cubierto de pieles y de joyas, antes de acompañarla de regreso a París, donde había querido que la retratase la pintora Tamara de Lempicka, cocainómana y bisexual, quien a su vez era también amante de Kuffner (y acabaría casándose con él y llevándoselo consigo a Nueva York, cual perrito faldero). Kuffner seguramente anhelaba, pervertido y babosón, que Nana de Herrera y Lempicka se enzarzaran en algún numerito sáfico, o siquiera en una riña de gatas, pero la pintora, renunciando a montar un pitote, se había conformado con retratar a Nana de Herrera de forma poco favorecedora. Yo había podido contemplar aquel retrato expuesto en alguna galería, antes de que lo vendieran por un precio de ganga (Lempicka y Kuffner habían salido por patas de París, temerosos de derramar su sangre judía), en el que Nana de Herrera comparecía con peineta y mantilla de blonda, con el cuerpo desnudo apenas velado por tules que dejaban entrever unos senos empitonados y unos muslos como penínsulas de carne en su justa sazón, rematados por unas rodillas molletudas y agrestes. Lempicka había retratado a Nana de Herrera en una postura esquiva o contorsionada, como de mojigatería lasciva (si la contradicción es admisible), con los ojos un poco bizqueantes, los labios de un rojo violento y asqueado, los dientes incitadores, las cejas como lombrices oscuras y la nariz embestidora. El retrato había sido pintado, sin embargo, casi quince años atrás; por

lo que imaginé que Nana de Herrera, quien a la sazón actuaba en un cabaré algo grimoso de Montmartre, andaría ya un poco amojamada o ajamonada. Pero me equivocaba.

—Triunfó tan joven que todavía no es vieja —me aclaró Gasch, que era una enciclopedia viviente de todas las artes escénicas—. Apenas ha cumplido treinta y cinco años.

Que, sin embargo, empezaban a ser muchos para conservar las carnes prietas. Pero Nana de Herrera todavía las conservaba; o al menos eso se presentía, bajo el vestido muy ceñido, con ruedo de faralaes, que le empaquetaba el cuerpo, revelando un culo de una alfarería protuberante y sugestiva. También era sugestivo su rostro mestizo, inca o gitano, andaluz o abencerraje, un rostro a la vez agresivo y dulce, como de reina mora muy paseada por los bulevares de París, con un pelo crespo y azabache recogido en un moño y unos ojos de gacela bizca que añadían cachondeo a su mirada. Pero lo mejor era su culo de inmensa manzana reineta.

—No está nada mal la moza, Creixams —deslicé al oído de su admirador, dándole un codazo en las costillas—. No tienes mal ojo, aunque seas pintor judaizante.

—Para mí es la mujer más bella del orbe —musitó Creixams, embelesado—. Llevo muchos años viéndola actuar en los cabarés. Y también pasearse por las calles de Montmartre.

—Pedro y Nana de Herrera son casi vecinos en el barrio —se inmiscuyó Gasch—. Todos los días se cruza con ella y todavía no se ha atrevido a dirigirle la palabra, de lo mucho que le impone.

Imaginé a Creixams volviéndose al paso de Nana de Herrera, hipnotizado por el contoneo de su culo respingón, como un hemisferio sin conquistar, absorto en su temblor.

—Pues ándate con cuidado, Pedrolas, no sea que te ponga una denuncia por merodeador —lo zaherí.

—No me puede denunciar porque jamás la he molestado ni osaría hacerlo —me cortó, hosco—. Coincido con ella en la panadería y en el colmado, pero bajo la cabeza por timidez. Y cuando la veo actuar me confundo con el público, jamás me he atrevido a visitarla en su camerino.

En la oscuridad de la sala los ojos tristes se le llenaban de lágrimas y telarañas.

—Qué lealtad más admirable la tuya, me entran casi ganas de

llorar —me choteé.

Nana de Herrera, por supuesto, se estaba aprovechando de la fama póstuma de Antoñita Mercé, La Argentina, para su lucimiento personal y para el reflotamiento de su carrera artística, que andaba en fase descendente. De los cadáveres se aprovecha, en realidad, todo el mundo, porque se dejan manosear y no protestan nunca, incluso permiten que los llevemos como un agua mansa hasta nuestro molino. El homenaje consistía, básicamente, en una disertación de Nana de Herrera, que tenía ínfulas de conferenciante y nos dio una soberana tabarra contando la vida y milagros de la bailarina difunta, todo ello salpimentado con anécdotas cansinas y presuntamente conmovedoras. Pero, por fortuna, la cháchara se ilustraba con interpretaciones de piano y guitarra del repertorio habitual de Antoñita Mercé, con piezas de los consabidos Falla, Albéniz y Granados, que eran la santísima trinidad o trío de la bencina del andalucismo con ínfulas. Y entonces Nana de Herrera se arrancaba a bailar, imitando a La Argentina, desplegando unos brazos sensuales de ajorcas y jeribeques, morenos de candilejas y remotos soles tropicales, que encalabrinaban al más pintado. A veces, Nana de Herrera se alzaba un poco la falda, entre un revuelo de faralaes, y mostraba las rodillas molletudas y agrestes que había pintado tan carnalmente Tamara de Lempicka; pero no la alzaba tanto como para verle las bragas, así que me quedé con las ganas de comprobar si su culo era tan firme y apoteósico como imaginaba. Quizá Nana de Herrera no tuviese misterio ni tragedia como Ana de Pombo, pero desde luego tenía un revolcón.

—No me extraña que te guste la peruana —reconocí a Creixams, cuando por fin acabó la conferencia, entre los aplausos un poco desnutridos del público—. Es una belleza un poco elemental, pero tumbativa.

—Ya te dije que era una diosa —insistió impertérrito Creixams.

Tras la charla de Nana de Herrera habían apagado las luces, para proyectar una película soporífera que recogía momentos estelares de la vida de Antoñita Mercé, con filmaciones de sus viajes por todo el mundo y de sus actuaciones, todas ellas mostrencas para mi gusto (y, desde luego, no tenía la gracia frutal y cachonda de Nana de Herrera, sino que era más bien menuda y asexuada).

—Yo podría ser tu celestino y conseguir que Nana de Herrera te haga caso —malmetí a Creixams, aprovechando la clandestinidad de

la sala a oscuras.

Se quedó un rato callado, como si la tentación fuese un caramelo y, antes de sucumbir a ella, necesitase chuperretearlo un poco.

—¿Y cómo vas a lograrlo? —me preguntó al fin.

—Puedo resultar muy persuasivo cuando me lo propongo —dije, aunque con él no había podido serlo hasta entonces—. Conozco las teclas que hay que tocar en cada caso.

Era muy placentero ver caer en mis redes a todos los polaquitos, envolviéndolos en una maraña de promesas y golosinas. Creixams todavía se resistía un poco, o sólo se regodeaba en el victimismo:

—Nunca se ha fijado antes en mí. Y ahora que Rebatet me ha convertido en un apestado y me ha abandonado mi marchante se fijará todavía menos.

En la pantalla bailaba la fiambre Antoñita Mercé, que tenía el culo enteco y para más inri caído, a diferencia de Nana de Herrera. Sonreí maliciosamente:

—También eso se puede revertir. Podría conseguir que Rebatet te ponga por las nubes, además de ponerte yo también en el *Arriba* —dije, convencido de que al fin había picado el anzuelo—. Pero, a cambio, tienes que prometerme que asistirás a todos los actos que organicemos en la avenida Marceau, que darás clases en nuestra Escuela de Pintura y participarás en todas nuestras exposiciones. Que serás, en fin, uno de los artistas de cabecera de la Falange.

La Argentinita se reía en la pantalla con una risa de nitrato de plata que anticipaba la calavera, como si hubiese vuelto del otro mundo para burlarse de las debilidades de Creixams.

—¿Y si hago todo eso conseguirás que pueda al fin conocer a mi diosa?

—Como hay Dios —le aseguré—. Bíblicamente, incluso.

Encendieron otra vez las luces, que pillaron al memo de Gasch garrapateando a ciegas e inútilmente sobre la libreta de notas, pues ya había decidido que la crónica de aquel acto la escribiría yo —además de una semblanza encendida en el *Arriba* que derritiese a Nana de Herrera—, para que el estilo pedestre de mi negro no entorpeciese mis planes. El homenaje se remató absurda o necrófilamente con una rifa en la que se vendieron algunas reliquias de La Argentina, entre ellas unas castañuelas con los cordones rojigualdos (seguramente postizos) y una peineta de concha de carey que imaginé llena de liendres, para

sufragar la adquisición de un bajorrelieve conmemorativo que pensaban instalar en el vestíbulo de la Sala Pleyel.

—Mucho mejor sería que rifasen algunas prendas íntimas de Nana de Herrera, ¿no te parece, Creixams? —le pregunté, chocarrero.

Pero Creixams ya estaba dispuesto a soportarme todas las chocarrerías, y hasta a ponerse la camisa azul mahón, con tal de que le consiguiese a Nana de Herrera.

—No se podrían comprar ni con todo el oro del mundo —respondió, con veneración.

Me enterneció su candor. Todo en la vida, hasta las aspiraciones más aparentemente inalcanzables, tiene un precio; y mucho más barato de lo que la gente se imagina.

X

—Picasso, al final, lo que quería era aprovecharse de nosotros. A Viola lo trataba como a un esclavo y a mí me pagaba una miseria por los pastiches, quedándose con casi todo el dinero de las ventas a cambio de firmarlos. Pero la explotación que ambos hemos sufrido nos ha hecho inseparables —se excusó el canario Óscar Domínguez, bamboleando su cabeza acromegálica—. Allá donde yo entre, entra también Viola.

Y Viola, sentado a su vera, sonreía con dientes mellados. Ruanito había citado a los miembros de su cogollito —que completaban Pedro Flores y Honorio García Condoy— en la taberna Los Cuatro Sargentos, frente a las tapias del cementerio de Montparnasse, donde esperaba convencerlos de las ventajas del negocio que llevaba maquinando durante algún tiempo, que sin embargo no quería participar a ningún extraño o advenedizo. Pero al presentarse el canario Domínguez con Viola, sus afanes de discreción y reserva se habían ido al garete, lo que lo había puesto de un humor de perros y lo hacía fumar y echar humo como una coracha. A Ruanito toda la barbilla y el bozo se le habían llenado de costras y se había dejado, para disimularlas, una barba puntiaguda que recordaba más la del aviador y mariscal Italo Balbo que la de un caballero del Greco. La pomada que le había recetado Marañón daba, además, a la barba un tono rojizo y una textura como de estropajo que acentuaba su aspecto de diablejo. En la taberna Los Cuatro Sargentos había un clima de gargajos y cadaverina (el verano calentorro traía aromas del cementerio aledaño).

—Así no se actúa —reprendía Ruano a Domínguez—. Tendrías que haberme avisado y pedido permiso.

Viola, que atendía con incomodidad la disputa, se puso chulángano:

—Oye, que si molesto, yo me largo.

Óscar Domínguez cabeceó, tozudo y amenazante como un ariete:

—Tú te quedas por mis cojones.

—Pero si ni siquiera sabe nada de pintura… —se quejó Ruanito, rabioso y a la vez implorante.

—Ya aprenderá, no te preocupes —insistió Domínguez, con una voz que parecía el mugido de un buey perezoso—. Es más listo que el hambre y tiene el mejor maestro.

No dejó claro si se refería al pintamonas de Picasso (pero Viola no había sido su aprendiz, sino tan sólo su recadero sin derecho a propina) o a él mismo, que tal vez no fuese el pintor más original del mundo, pero que desde luego no tenía parangón como pintor mimético de pacotillas encumbradas por el esnobismo. Tras su encuentro fortuito en el taller de Picasso, Domínguez y Viola habían hecho migas y andaban tratando de establecerse como pareja artística. Para darse un poco de pisto se habían arrimado, además, a un grupo de poetastros surrealistas, crujientes de garrapatas y metáforas botarates, que editaban una revistucha con papeles mal plegados, entre el pasquín y la *plaquette*, entre el panfleto y el librillo de papel de fumar. Nos habían traído a la reunión de la taberna Los Cuatro Sargentos unos ejemplares, infestados de poemas como ladridos y dibujos como garabatos de oligofrénico en plena resaca de anisete. La revistucha la habían bautizado *La main à plume*.

—Y esa pluma del título… ¿es de pájaro o de mariposón? —les pregunté—. Porque seguro que ambas faunas las tenéis bien representadas en el consejo de redacción.

Viola se encrespó un poco, rescatando su voz de trueno afónico:

—Es en alusión al verso de Rimbaud en *Una temporada en el Infierno:* «La mano en la pluma vale tanto como la mano en el arado» —explicó.

Como el papel con el que estaba confeccionada la revistucha era más bien finústico y poco rasposo, me guardé un ejemplar, pensando que no me irritaría demasiado el esfínter.

—O sea, es una apología de la holgazanería —concluí.

Viola parecía a punto de saltar violentamente (se notaba que venía del arroyo, o de las almadías del Ebro, porque tenía estos impulsos pendencieros), pero Domínguez lo contuvo, mucho más calmoso:

—De eso nada —aclaró—. Es una pullita dirigida contra el mariscal Pétain y contra sus consignas agrícolas de regreso al terruño. En *La main à plume* reivindicamos un arte urbano y cosmopolita.

—Un arte revolucionario con todas las consecuencias —apostilló Viola.

Más bien me parecía que la patulea de la revistucha defendía la vagancia y el parasitismo, al más puro estilo de los jovencitos *swing*, que primero habían demostrado ser unos flojos, escaqueándose del campo de batalla o dejando que los alemanes se colaran hasta la cocina y a toro pasado se hacían los valentones, disparando versos averiados. Eran revolucionarios de buhardilla, por no tener ni siquiera salón, que sin embargo no estaban dispuestos a doblar el espinazo para ganarse el pan y se burlaban de quienes tenían los arrestos de empuñar el arado. Ruanito hojeaba su ejemplar de la revistucha con afectado desapego, pero se notaba que la vocación literaria seguía remejiéndolo por dentro, por mucho que tratara de buscar un *métier* alternativo.

—¿Y con qué periodicidad pensáis sacarla? —les preguntó, una vez que se le pasó el berrinche.

—*La main à plume* no tiene periodicidad fija, irá saliendo según nos apetezca o convenga —respondió Viola, con aquella voz desafinada que no le daba ni para revolucionario de sotabanco.

—Así sortearemos más fácilmente la censura de los boches —remachó Domínguez, muy orgulloso.

Como si los alemanes no tuvieran otra cosa que hacer que censurar las ocurrencias exaltadas de una panda de gandules que aspiraban a vivir del cuento. Pero se estaban montando una epopeya rocambolesca de resistencia y clandestinidad (aunque ambos tenían los papeles en regla, y en el caso de Viola con los avales añadidos del cónsul Rolland que yo le había agenciado), donde sus paparruchas y aspavientos cobraban la importancia revulsiva del *Yo acuso* de Zola.

—¿Y cómo financiáis esta bazofia? —les pregunté sin paños calientes—. Porque, aunque dé un poco de grima verla, tendrá sus costes.

—Cada uno pone lo que puede en la bolsa común —dijo Viola muy orgulloso, ignorando mi pulla—. Somos comunistas de estricta observancia.

—Sí, de misa negra diaria y novenas a la momia de Lenin, no te jode —me burlé—. A otro perro con ese hueso, Viola. El óbolo de la viuda, comparado con lo que tú pongas en esa bolsa común, es la fortuna de los Rothschild.

Óscar Domínguez, más contemporizador que Viola, empezó a pegar derrotes con el cabezón:

—Pues yo estoy dispuesto a vender una propiedad que tengo en Canarias, para ayudar a los camaradas de *La main à plume*… Pero necesito encontrar a alguien que me haga allá las gestiones de la venta y publique anuncios en la prensa.

Ruanito, que no estaba dispuesto a dejar escapar ningún negocio, por improbable que pareciera, salió al quite:

—Yo puedo conseguirte a esa persona. ¿Es una propiedad grande?

—Es el panteón familiar, en el cementerio de Tenerife —repuso Domínguez.

—Hombre, pero eso no hay quien te lo compre… —se desmoralizó Ruano.

Domínguez puso cara de sincera incomprensión, que en él era cara de elefante pasmado:

—Alguien habrá, digo yo. Yo no me voy a morir allí, porque no pienso moverme de París, y a alguno puede venirle pintiparado el panteoncito… —dijo, antes de ponerse sentimental—: Aunque tendrán que mandarme en una urna los restos fúnebres de mi abuela antes de instalarse allí.

A Viola le entró entonces el ramalazo lacrimoso, azuzado por la mención de Domínguez:

—¡Ah, las abuelas! —se desgañitó—. ¡No hay persona a la que yo más haya querido que mi abuela! Fue ella la que se encargó de criarme, porque mis padres andaban ambos de picos pardos. Vivía en el piso alto de un edificio; y en el último tramo de la escalera faltaba el pasamanos. Un día le falló el equilibrio y cayó rodando, escaleras abajo… Yo me puse a llorar, pensando que se habría matado… —recordó, con un nudo en la garganta—. Entonces ella se levantó tan pancha y me dijo: «Cada uno baja la escalera como le da la gana». Y, viéndome llorar, me zumbó dos sopapos. Fue mi primer contacto con el surrealismo.

Y las lágrimas se le mezclaban con una risa que más bien parecía un gañido. A Ruanito esta anécdota cafre de la abuela de Viola le hizo mucha gracia; y empezó a mirar al baturro con mejores ojos, pensando tal vez que un gitanazo perito en trapazas como él podría venir de perlas a su negocio, que también era algo surrealista. Habían llegado a

la taberna, entretanto, Pedro Flores, con la frente abollada de chichones (por los sartenazos que le sacudía Anita, su musa bretona) y Honorio García Condoy, con el ceño más atribulado que nunca, tras la debacle de su negocio de mantequilla. Ruanito invitó a todos los miembros del cogollito a una ronda de morapio, pues ya no le quedaba dinero para invitar a champán y licores (o tal vez no los tuviesen en la taberna, y por eso la había escogido). Todos aguardaban expectantes lo que Ruanito quería exponerles, como perros famélicos en espera de la pitanza, o al menos de las sobras del amo.

—En los nueve meses que llevo viviendo en París he observado algunas curiosidades —empezó—. Estamos en el lugar y en el momento idóneos para los negocios fabulosos. Vosotros también lo habréis observado, estoy seguro. Gentes que nunca antes habían desayunado con mantequilla necesitan ahora hacerlo imperiosamente...

—No mientes la soga en casa del ahorcado —lo reconvino Condoy, abandonando su mutismo—. Y yo que pensaba hacerme millonario...

Ruanito tiró de pitillera y ofreció fumeque a su cogollito, que entonces era como ofrecer un tesoro, aunque fuese de picadura. Nos apresuramos a desvalijarlo.

—Todavía estás a tiempo de forrarte, Honorio... —lo engolosinó, antes de proseguir—: Y lo mismo sucede con esos tipos abstemios que antes no probaban los licores y ahora se mueren por pegarse un lingotazo. O con esas mujeres que siempre calzaron mal y ahora quieren zapatos de piel de cocodrilo. ¿Qué les ha sucedido? ¿Es que se han vuelto caprichosos de la noche a la mañana? —preguntó retóricamente, exhalando humo y atusándose la barbita mefistofélica —. Ha sucedido que la incertidumbre de la guerra, el no saber si mañana estaremos vivos, nos genera nuevas necesidades. Superfluas, pero a la vez impostergables.

Flores asomó entre la humareda la cabeza abollada, como de rana a la que le hubiesen brotado cuernos:

—Pues a mí me han entrado unas ganas de joder como si no hubiera un mañana. La pobre Anita ya no da abasto conmigo...

—Pero esa necesidad no sirve para ilustrar la observación de Ruanito —lo amonesté—. Tú las ganas de joder las traes de fábrica,

Flores. Habría servido si, con la guerra, te hubiese dado, por ejemplo, por meterte fraile.

Ruanito se quedó por un instante mirando con curiosidad a Flores, como si considerase incorporarlo a sus indescifrables gatuperios de alcoba, pero enseguida lo desestimó por feo:

—Y he observado algo más —prosiguió cínicamente—. Últimamente, he estado vendiendo unos cuadros que el anterior dueño de mi piso en el barrio de Passy me confió, y me he dado cuenta de la absurda mentalidad de los compradores. Muchos cuadros por los que antes nadie ofrecía ni diez te los quitan ahora de las manos por veinte, si un gancho hace creer al comprador que el vendedor es un noble arruinado y en trance de liquidar sus colecciones. ¿Y esto por qué ocurre? Aparte de que la gente es crédula y avariciosa, ocurre porque el franco está sometido a una inflación pavorosa. Así que la gente que tiene sus ahorros en francos quiere invertirlos en objetos de valor, antes de que la inflación se los meriende. Necesita colocar esos ahorros menguantes en tierras, en joyas, en obras de arte. ¿Entendéis lo que os quiero decir?

Rumiaban sus palabras, un poco lerdos. Condoy se lamentó:

—Lástima que nuestra obra esté tan poco cotizada...

—Por eso mismo debemos vivir de la obra de otros, falsificándola —los ayudó Ruanito a pensar—. Óscar sabe mejor que nadie que las falsificaciones...

—Yo no hago falsificaciones, sino pastiches —lo corrigió Domínguez, molesto.

—Pastiches, por supuesto —se retractó Ruanito—. Óscar sabe mejor que nadie que los pastiches pueden ser un negocio fabuloso, pues tanto el cornudo consentido Éluard como el tratante de ganado Picasso recurrieron a él. Pero ambos son unos explotadores sinvergüenzas que acabaron pagándole una miseria, mientras ellos se forraban; y el pobre Óscar tuvo que aceptarlo, pues de lo contrario se arriesgaba a que lo denunciasen. En el negocio que os propongo, cada uno cobrará según la importancia de su trabajo: vosotros, como los artistas que sois, sin los cuales el negocio sería inviable; Navales como gancho, publicitando vuestros trabajos en la prensa y consiguiéndonos galería donde exponer; yo haciendo el papelón de vendedor supuestamente arruinado y asumiendo el riesgo de que me enchironen (aunque, por supuesto, no soltaría prenda si así ocurriera). ¿Qué os

parece?

Después de trasegarse el morapio habían empezado a salivar, ante la expectativa del enriquecimiento; y se abalanzaban por turnos sobre la pitillera de Ruanito, para emborracharse de humo. Pero aún pusieron alguna objeción:

—Es un negocio pensado sobre todo para Óscar, que es ducho en el oficio —rezongó Flores—. Pero nosotros somos novatos y jamás hemos probado a falsificar nada…

—Pero yo sé que tenéis un talento innato, con tal de que haya alguien que os sepa encauzar —dijo Ruanito, pareciendo que les echaba un piropo, aunque más bien se lo echaba a sí mismo—. Este negocio funcionará porque sé bien cómo distribuir el trabajo. Óscar se encargaría de falsi… de imitar a los pintores más cotizados del momento, porque conoce a la perfección sus estilos y está muy metido en el cotarro vanguardista. —Buscó con la mirada la aquiescencia de Domínguez, que se sujetaba con la mano la mandíbula prognata como si fuera una cornisa—. Y tú, Pedro, te encargarías de falsificar a los maestros de la tradición española: Gutiérrez Solana, Goya… tal vez también Zurbarán y El Greco. Tienes talento suficiente para hacerlo, porque perteneces a esa prosapia españolísima.

Flores se envanecía, batracio y chisgarabís, con las palabras de Ruanito y sacaba pecho como un torero que acaba de cortar orejas y rabo. Condoy se conformó con sacar la cabeza del caparazón, un poco mohíno:

—¿Y yo qué hago? ¿O sólo me quieres para que les ponga a estos dos los pinceles en remojo de aguarrás?

—Tú eres el más importante de los tres, Honorio —lo aduló Ruanito, con ojillos filibusteros—. Falsificando esculturas clásicas no te veo, pero podrías especializarte en arte chino. Imitarías a la perfección las terracotas de la época Ming, que están cotizadísimas, y también las máscaras y los idolillos africanos. El cornudo consentido de Paul Éluard me dijo que todos los catetos quieren tener alguna muestra de arte africano en su casa.

Y se rascó rencoroso la barba rojiza, descascarillándola de las postillas del sarpullido. A Viola lo mirábamos todos entre acusatoria y resignadamente, como se mira ese jarrón al que no encontramos utilidad ni sitio que adjudicarle. Pero Viola todavía guardaba una baza imprevista, como hacen siempre los trapaceros más espabilados:

—Yo, mientras aprendo a pintar, podría intentar aportar algo a vuestra sociedad… —dijo, afectando humildad—. ¿Os podría interesar hacer también negocio con la falsificación de documentos? Entiendo que no dan tanto dinero como las obras de arte, pero también tienen su público…

Ruanito empezó también a salivar, pues sabía mejor que nadie los dinerales que los judíos pagaban, para hacerse con un pasaporte o un visado falsos que les permitieran abandonar Francia; casi tanto como los maleantes en busca y captura que deseaban crearse una identidad de pega, para poder seguir llevando una vida despreocupada.

—¿Y desde cuándo sabes tú falsificar documentos? —le pregunté, un tanto incrédulo.

No tenía ni la más remota idea de hacerlo; pero, después de abandonar la Pensión Senegal por discrepancias artísticas con los huéspedes, Viola se había alojado por una temporada en casa de un afrancesado pintor yanqui llamado Henri Goetz, residente en París desde entreguerras, que había resultado un virtuoso de la falsificación. Goetz colaboraba también en *La main à plume*, cuyos redactores utilizaban su casa como picadero y sede editorial, aunque en sus delirios megalómanos o paranoides prefiriesen caracterizarla como «piso franco» frente a las redadas policiales (pero sólo los perseguían los caseros por impagos y los vecinos a quienes habían logrado sablear). La casa de Goetz estaba a tiro de piedra de Los Cuatro Sargentos; y Ruanito quería conocer de cerca sus apaños. Pero antes disolvió la reunión:

—He alquilado un estudio aquí al lado, en el número 23 de la calle Campagne Première, donde a partir de ahora nos reuniremos, para no levantar sospechas, y adonde debéis llevar las obras que vayáis terminando —anunció, antes de despedirse.

Y acordó reunirlos en su apartamento en menos de un mes, con la excusa de embaularse una paella y la esperanza de que, para entonces, le llevasen materia prima suficiente para poner el negocio en marcha. Los tres miembros del cogollito se dispersaron por las calles de Montparnasse arrimándose a la tapia del cementerio y con las solapas de la chaqueta alzadas peliculeramente, como si ya la Gestapo (o, todavía peor, el SD) les siguiese la pista; pero así iban escribiendo su epopeya embustera de clandestinidad y resistencia al invasor. Viola

nos llevó a Ruanito y a mí a casa del yanqui afrancesado Goetz, que vivía en la plaza Henri Delormel con su mujer, una holandesa entre frisona y tordilla, de familia de mercaderes enriquecidos en Sumatra, con esa cara de acelga hervida que se les pone a los puritanos cuando finalmente reniegan de Dios, después de torearlo durante generaciones. Goetz tenía una cara híbrida de japonés y meridional, con ojos de gato listo y boca de labios gruesos, como de estar todo el día ensalivando estampillas para sus documentos falsificados. Ambos eran pintores y ambos pintaban horrendamente; pero parecían encantadísimos de sus maulas, porque tenían todas las paredes de la casa tapizadas con ellas: la holandesa pintaba acuarelas desvaídas, como de un Miró que se ha quedado anémico; y el yanqui afrancesado unos óleos que eran un recuelo de todas las vanguardias, con formas filiformes u ovaladas de colorines, como protozoos vistos al microscopio, paramecios y amebas del tamaño de melones (o tal vez fuesen treponemas y estreptococos) que bailaban la conga y meneaban los pseudópodos. Viola se encargó de hacer las presentaciones en un francés de zíngaro disléxico; y Ruanito explicó a Goetz la razón de nuestra presencia allí, prometiéndole un reparto equitativo de beneficios, en caso de llegar a un acuerdo. Yo me hice pasar por marchante de arte, para irme aclimatando al papel que pensaba adoptar, cuando expusiéramos las falsificaciones en la galería Castelucho.

—Y dígame, *monsieur* Goetz —pregunté al yanqui—, estos cuadros ¿son ampliaciones de placas microscópicas? ¿Qué enfermedad padece usted? ¿Faringitis, tal vez? ¿O arrastra una sífilis mal curada?

Como les hablaba adrede en español, para fingirme tarugo, el matrimonio no me entendía; y Viola y Ruanito se resistían a traducirme, o me traducían fraudulentamente, convirtiendo mis sarcasmos y burradas en alabanzas superferolíticas. Por fin Goetz, viendo que en la asociación con Ruanito podía ganar el dinero que no le pagaban por sus maulas al óleo, nos hizo pasar a una habitación al fondo de la casa, cuya puerta tenía escondida detrás de un armario. Lo apartó con ayuda de Viola, para dejar el paso expedito.

—*Monsieur* Goetz es muy hábil haciendo certificados y sellos que parecen oficiales —nos introdujo Viola, en un tono reverencial—. Os aseguro que la policía no los distingue.

Goetz esbozaba un gesto pudoroso, como si los elogios lo

abrumasen. Se notaba que era un hombre pusilánime, o con valentía muy reservada, como de crustáceo; y era laborioso, minucioso, correoso como todos los enfermos con mala salud de hierro. En la habitación donde perpetraba sus falsificaciones había una imprenta en miniatura, como de juguete, que quizá en origen había imprimido octavillas o prospectos médicos, y una mesa abarrotada de emulsiones y adminículos esotéricos, entre la cirugía dental y la acupuntura china. Me escarbé deleitosamente una caries con uno de ellos.

—Para estampar las marcas de los sellos oficiales *monsieur* Goetz utiliza el «método de la patata» —nos aleccionaba Viola, mientras su anfitrión ejecutaba sus virguerías sobre la marcha.

Goetz cortaba por la mitad una patata joven y tierna (tenía varias amontonadas en un cestillo) y, humedeciéndola levemente, la aplicaba sobre el sello de un documento de identidad cualquiera. La patata absorbía la tinta de tal modo que luego se podía presionar sobre otro papel, dejando la inscripción del sello perfectamente legible, aunque un poco borrosa. Para imitar el papel timbrado, Goetz empleaba una solución de queso desnatado y *gouaches* muy resultona, aunque tenía el inconveniente —según nos explicó— de descascarillarse a los pocos días. También tenía una mano virtuosa para cambiar las cantidades de los cupones de racionamiento con acuarelas y un pincel finísimo que manejaba con la precisión y delicadeza de un bisturí. Así, convertía los cupones de veinticinco gramos de carne en cupones de cien; pero sus simulacros no podían entrar en contacto con una superficie húmeda, porque la acuarela enseguida se desleía. También dibujaba con pasión de miniaturista los motivos siempre pomposos de los timbres oficiales; y tenía un rimero de cuadernitos en dieciseisavo con tapas de tela que convertía en pasaportes, con mucha paciencia y la ayuda de la imprenta.

—Pero... pero... esto es una maravilla —balbució Ruanito, a quien los ojos le hacían chiribitas—. Indudablemente, ha sido una bendición conocerte, Viola. *Monsieur* Goetz queda nombrado nuestro proveedor oficial, por supuesto.

Goetz asintió, ceremonioso. Con una lupa de relojero incrustada en el ojo, tenía algo de periscopio que sondea las almas de sus interlocutores y adivina sus intenciones ocultas. Acordó con Ruanito las cantidades por cada falsificación, según su grado de complejidad, y ambos convinieron que Viola actuase como mediador en los encargos,

para evitarse que los vieran demasiado juntos. Cuando salimos a la calle, bajo un sol tórrido, Ruanito estaba exultante; y su exultación creció todavía más cuando notó el repentino hervidero de agitación que se palpaba en el vecindario, con gentes haciendo corrillo ante un ejemplar del periódico vespertino que en un instante se había agotado en los quioscos. El ángel con gabardina y bigote acababa de declarar la guerra a la Unión Soviética, anunciando simultáneamente que sus tropas habían penetrado en territorio enemigo. Ruanito elevó al cielo los ojos vidriosos de pecados y dioptrías:

—¡Por fin vamos a tener una guerra como Dios manda! —exclamó—. ¡Por fin Alemania se ha decidido a asumir la causa de su pueblo y la causa de Europa!

XI

«¡Rusia es culpable!», había proclamado Serrano Súñer desde la balconada de Alcalá 44, ante una multitud fervorosa que se había congregado en la plaza del Callao, en un impulso espontáneo, y avanzado hacia la Secretaría General del Movimiento, un bosque semoviente de pancartas y banderas reclamando la derrota del comunismo como exigencia de la Historia (perdón por la mayúscula) y el porvenir de Europa. «¡Rusia es culpable!», había proclamado el cuñadísimo ante un palmeral de brazos en alto, ante una galerna de voces juveniles dispuestas a reanudar la batalla que primero habían librado en el solar patrio y ahora deseaban ardientemente proseguir en las estepas de Rusia, allá donde se esconde el secreto del hielo. «¡Rusia es culpable!», había proclamado Serrano Súñer, engalanado con su uniforme de fantasía más fardón y ceñido, adelgazado por el trajín de marquesas y grandes expresos europeos, no sé si en calidad de Ministro de Asuntos Exteriores o de Presidente de la Junta Política de Falange o de ambas cosas a la vez, como si al fin su ensueño de latinidad hubiese hallado un enemigo a su medida. Por supuesto, el triponcete de Franco no había recogido el guante del cuñadísimo y se había quedado quietecito en su priorato de neutralidad, en su gallegueo de brasero y julepe, en su tedio marital y casto, envidioso de las hazañas a chorro libre del cuñado apolíneo con harén en el barrio de Serrano; y sólo había permitido que la Falange organizase el reclutamiento de una división de voluntarios que combatirían en Rusia a título personal. Pero, con este reclutamiento, al menos se quebraba la dinámica covachuelista que postulaban los falangistas sobrevenidos de pololo y tentetieso. Y volvía a emerger la Falange soñada por el Ausente, una Falange de ángeles con espadas haciendo guardia junto a las jambas de las puertas de un paraíso difícil, erecto, implacable, que se conquistaba derramando la sangre sobre la nieve. Era la última oportunidad para derrotar al nacionalseminarismo capón y hegemónico; pero también era un cebo envenenado que Franco,

africanista cuco y torrado por el sol árido de la continencia, tendía al cuñadísimo casanova y ansioso de protagonizar cantares de gesta.

Camino del cabaré Granada, en la calle Fontaine, donde la peruana Nana de Herrera hacía sus numeritos andaluzoides, me detuve en una ferretería donde, según se pregonaba en su escaparate, duplicaban llaves. El ferretero, que tenía algo de judío emboscado (tal vez un antiguo joyero que hubiera cambiado de *métier*, como Ruanito, para no despertar sospechas), silbó cuando le mostré el molde de masilla seca en el que había grabado el paletón de la llave que custodiaba Solms, muy accidentado de muescas y de guardas y de dientes, como conviene a la cerradura de una caja de caudales, aunque fuese tan modesta como la de la avenida Marceau.

—¿Y no tiene usted la llave original? —me preguntó el ferretero, entre abrumado y suspicaz—: Nos aliviaría mucho el trabajo.

—Evidentemente, si la tuviese se la habría traído —le respondí, un poco exasperado—. Pero se me cayó en una alcantarilla y no pude recuperarla.

El ferretero se incrustó en la cuenca del ojo una lupa de relojero como la que gastaba el yanqui afrancesado Goetz, para estudiar las anfractuosidades del molde:

—Me temo que nos llevará algún tiempo hacerla —sentenció al fin.

—Tómese todo el tiempo que necesite, no me corre ninguna prisa.

Tampoco yo me di ninguna prisa en llegar al cabaré Granada, en el corazón de Montmartre, al que se accedía por callejuelas llenas de ese tipo de gente que no puede llamarse equívoca, porque a nadie pretende equivocar. Las piculinas requerían a los transeúntes, recostadas sobre los edificios, como sirenas esbeltas o manatíes panzudos, pero infaliblemente ruinosas, y los soldados alemanes se mezclaban con los apaches del barrio, examinando la mercancía, y a veces se bajaban la bragueta, más por desesperación que por lujuria, como si fuesen a mear contra una esquina, para que les hiciesen una mamada. La clientela del cabaré Granada —que más parecía taberna que cabaré— no era muy distinta del paisanaje que merodeaba las calles adyacentes, e incluía despistados que acudían al reclamo de la sugestión española del canto y del baile. Había, en medio de la pista, una fuente que pretendía imitar en versión ful las fuentes de la

Alhambra, con chorritos exangües o prostáticos; y las paredes estaban empapeladas con carteles taurinos donde se alternaban toreros como muertos de pie y toros como cucarachas pletóricas de sangre (y, si uno se fijaba, descubría que por los carteles correteaban las cucarachas). Al fondo del cabaré, el mostrador del bar tenía algo de barricada, con un exceso de botellas esbeltas o panzudas, como las sirenas y manatíes de las calles adyacentes, que se juntaban en el cabaré en busca de clientes bizcochables; y, como apenas los había, hacían corro de mujeres decentes, como si la falda se les hubiese desgarrado accidentalmente por culpa de un enganchón, y se contaban los síntomas de las enfermedades venéreas como las amas de casa se cuentan los síntomas de la jaqueca y el reúma. Algunos hombres desperdigados por las mesas se emborrachaban de un vino solitario que tal vez estuviese aguado y después mezclado con tinta, porque a medida que se emborrachaban se les iban poniendo moradas las uñas de los dedos. Todavía no habían empezado las actuaciones; y los cantaores cetrinos —quizá también peruanos disfrazados de andaluces — dormían sobre su guitarra como sobre un ataúd. Los chorritos de la fuente ponían en el local una música mixta de patio moro y mingitorio sucio.

—Quería hablar con Nana de Herrera, soy un periodista español —dije al camarero que atendía el bar.

Y me hizo un gesto con la cabeza, entre burlón y lúbrico —como si no se tragase que yo fuese periodista—, indicándome una puerta medio descoyuntada en los goznes que había al fondo del local. Comunicaba con un patio muy angosto, casi como el hueco de un ascensor que llevase directamente al infierno, o siquiera al purgatorio, y justo enfrente se abría otra puerta que empujé sin miramientos, antes de advertir que era el camerino de Nana de Herrera, en realidad un cuchitril donde el verano fermentaba, alumbrado apenas por una lámpara de acetileno. Las paredes estaban forradas de afiches más o menos sicalípticos y estampas devotas, en amistoso zurriburri; y, sobre afiches y estampas, resaltaban los recortes de las crónicas del homenaje a Antoñita Marcé que yo había publicado en *El Hogar Español* (ocupando sólo un faldón) y en el *Arriba* (a plana entera, a pesar de que las noticias sobre el reclutamiento de la que ya denominaban División Azul acaparaban el periódico). Nana de Herrera, que se estaba maquillando ante un espejuelo leproso, se

volvió sobresaltada:

—Vaya grosería, entrar sin llamar —dijo, hostil—. ¿Qué se le ofrece?

Y adoptó una pose semejante a la del retrato de Tamara de Lempicka, entre intimidada e incitante. Nana de Herrera era una mujer de belleza antigua, de pómulos muy acusados y ojos muy negros y sin embargo llenos de luz, como de animal nictálope.

—Más bien vengo a ofrecerle yo, Nana —declaré, en un tono conciliador que servía por una excusa, mientras le tendía la mano—. Yo escribí esas crónicas que tiene usted clavadas en la pared. Soy Fernando Navales.

Se levantó alborozada del taburete y, desdeñando la circunspecta mano tendida, me estampó un par de besos como filetes de grandes, uno en cada mejilla, con su boca ancha e incendiada de carmín. Noté que tenía algo de bozo, y que el bozo lo tenía algo sudorosillo; pero el roce piloso y húmedo de su piel la tornaba todavía más deseable.

—Nunca nadie me había dedicado palabras tan hermosas —dijo, enseñándome su boca llena de dientes, como un despeñadero cálido—. El artículo del *Arriba* he llegado a aprendérmelo de memoria. ¿Quiere que se lo recite?

—No, no es necesario —la exoneré—. Me alegra mucho saber que le gustó.

Nana de Herrera me invitó a traer una silla de enea que había al fondo del cuchitril y sentarme a su vera, mientras se maquillaba; pero yo preferí quedarme sentado al fondo, para tener una visión de su espalda apenas velada por la combinación, y sobre todo de su culo, como un mapamundi desplegado que casi rasgaba la tela, un culo de museo digno de figurar entre la Venus de Milo y la Venus de Velázquez, de una carne morena y endurecida de tanto zapatear y tanto soportar el dardo de las miradas masculinas. Nana de Herrera se volvió para mirarme, un poco decepcionada de que yo también prefiriera mirarle el culo antes que la cara.

—Y después de leer su artículo en el *Arriba*, me han escrito de Madrid y Barcelona varios representantes de artistas —me informó, enarcando la espalda, para que disfrutase más del panorama—. ¿Querrá creer que, habiendo actuado en medio mundo, todavía no lo he hecho en España?

Era fácilmente comprensible, pues se había especializado en un

flamenco devaluado que sólo engatusaba a los guiris, como esas paellas abominables de los restaurantes españoles en el extranjero, que servidas en España provocarían el linchamiento del cocinero. Pero me hice el sorprendido:

—No me lo puedo creer. Pues ya va siendo hora de romper el maleficio.

Después de todo, en Madrid y Barcelona tampoco hay demasiados puristas del flamenco; y los pocos que hay podían atemperar su crítica, a poco que Nana de Herrera les guiñase un ojo. En el cuchitril que le habían destinado como camerino olía como a queso podre, un hedor ácido y nauseabundo que el calor estabulado hacía todavía más insoportable. Me expliqué aquella peste al reparar en las baldosas mugrientas del suelo, sobre las que de vez en cuando se distinguían, como sellos rezumantes de viscosidad, cucarachas despachurradas. También las había vivitas y coleantes, pululando por doquier.

—¿Usted cree que yo podría triunfar en España? —me preguntó Nana de Herrera, levantándose otra vez del taburete, esta vez con demorada lentitud.

Tenía un cuerpo fluvial y oscuro, como un río recrecido que rompe todas las esclusas y sólo se embalsa en los hondones de la tierra. Bajo la combinación, sus muslos se adivinaban fácilmente navegables; y cada nalga parecía tener una movilidad autónoma, como penínsulas movedizas que anhelan desgajarse del continente que las sostiene.

—No tengo ni la menor duda, Nana —le mentí—. Además, yo acompañaría su gira con artículos encomiásticos.

La luz de acetileno borraba los defectos de su cuerpo, si es que alguno tenía (aparte del vello un poco abundante, que para mí no era defecto). Nana de Herrera lanzó una carcajada voluptuosa y a la vez trágica, que hizo que temblara su vientre bajo el satén, y también sus senos somnolientos.

—Ha venido a cobrarse esos artículos, ¿verdad? —me preguntó, más resignada que ofendida.

Al acercarse a mí, pisaba sin querer o queriendo las cucarachas sobre las baldosas, y sus caparazones al quebrarse parecían aplaudirla. Sentí que la carne se me desperezaba, como un animal que despierta del letargo.

—En cierto modo sí —admití—. Pero no como usted se cree, para mi desgracia.

Había leído en el *Tiberio* de Marañón que, en la creación del resentimiento, juegan un papel importantísimo los motivos de orden sexual. Al parecer, el fracaso sexual tiene un sentido depresivo tan arrasador que se convierte con facilidad en resentimiento. Así que había que reprimirse, para seguir manteniendo el resentimiento en plena forma. Y no era tarea sencilla, porque para entonces mi erección era violenta como una angina de pecho.

—¿Está usted casado? —me preguntó, conmovida de que un hombre pudiera rechazar sus encantos por fidelidad conyugal.

—No, pero un amigo muy querido la tiene a usted encumbrada en un altar, muy merecidamente, y no voy a hacerle esa faena —dije, sin mencionar la faena—. De hecho, me gustaría cobrarle el favor en beneficio de mi amigo.

Aunque era una petición por completo insólita, Nana de Herrera parecía todavía más conmovida, después de que yo hubiera sustituido la falsa fidelidad conyugal por una lealtad amical todavía más falsa. Se había pegado a mí, candente como una tinaja recién sacada del horno del alfarero.

—¿Y quién es ese amigo suyo? Debe usted de quererlo mucho, para hacerle un favor tan grande… —me afligió.

Me subía el hedor de las cucarachas pisoteadas, tratando de aplacar mi calentura. Los pezones de Nana de Herrera eran oscuros como aceitunas y deliciosamente corniveletos. Dejé que me acariciasen a través del satén, como dejamos que nos acaricie la brisa de un deseo imposible.

—Seguro que lo conoce —dije—. Se llama Pedro Creixams, es un pintor catalán que vive muy cerca de su casa. Coincide con usted todas las mañanas en la panadería y en el colmado, y al menos una vez por semana viene aquí, para verla actuar. Es ya cincuentón y fuma en cachimba…

—Ya sé quién dice —me interrumpió—. Llevo años viéndolo, pero jamás me ha dirigido la palabra.

Su boca entreabierta no trataba de ser incitante, sino tan sólo mostrar su pasmo ante la rareza de mi petición; pero resultaba incitante en cualquier caso, sobre todo si uno reparaba en las diminutas perlitas de sudor en el bozo sin depilar.

—Pues la próxima vez le ruego que sea usted la que rompa el hielo —dije—. Háblele un poco, regálele un rato de compañía, ni siquiera le pido que se vaya a la cama con él. Él nunca se atrevería a tomar la iniciativa.

Rió Nana de Herrera otra vez, halagada, echando la cabeza hacia atrás, para mostrarme la arquitectura de su cuello, más románica que gótica, como un templo abierto para todos los cultos.

—¿Y eso, por qué? —preguntó, aunque supiese la respuesta.

—Creixams la venera —dije—. La considera una artista genial.

Puso los brazos en jarras, retadora:

—¿Y usted no?

—Por supuesto que sí —volví a mentir—. ¿Es que no le parecieron suficientes los piropos que le dediqué en el *Arriba*?

Me colocó el nudo de la corbata y después me lo apretó algo más de la cuenta, como si quisiera dejarme sin resuello. Me hablaba muy cerca, para que pudiera oler su aliento, un aliento de balsámica fragua ovárica que borraba el hedor de las cucarachas pisoteadas.

—Me parecerían suficientes si me pidiera acostarme con usted —susurró, entre bromas y veras—. Pero lo que me pide es lo más raro que jamás me hayan pedido en la vida, aunque también sea lo más inocente. ¡Y las rarezas siempre salen más caras!

Me pareció que estaba habituada al regateo; o tal vez lo hiciese por coquetería y por seguir tentándome.

—¿Qué más puedo ofrecerle, Nana?

Me soltó por fin la corbata, como si hubiese resuelto dejarme por imposible, y me hizo una mamola, como se le hace una carantoña al sirviente eunuco.

—Nada más, Fernando, sólo estaba bromeando —dijo, con un gesto algo hastiado—. Con mucho gusto hablaré con su amigo la próxima vez que coincida con él. Sólo le ruego que, si tiene oportunidad, trate de que le traduzcan su artículo del *Arriba* al alemán y se lo publiquen en algún periódico de allí. En mi juventud fui muy feliz viajando por Alemania y actuando en sus ciudades más importantes: Berlín, Hamburgo, Colonia, Francoforte… ¡Cuánto daría por volver! —Su voz se había teñido de repente de una tristeza irremisible—. París se ha convertido en una ratonera para mí. Cada vez tengo que actuar en tugurios peores…

Y el hedor ácido de las cucarachas parecía asfixiarla. Traté de

mitigar su pena y su sentimiento de fracaso, mientras empezaba a maquinar una transacción provechosa para ambos:

—No sea tan pesimista, Nana. Acaba de actuar en la Sala Pleyel…

Esbozó una sonrisa cansada, como si al sonreír le doliese alguna cicatriz de la cara o del alma:

—Aquello fue un homenaje a La Argentina, no una actuación de Nana de Herrera —dijo, con ironía triste—. ¿Se fijó en lo diminuto y esquinado que aparecía mi nombre en los carteles? ¿Y sabe cuántas veces tuve que acostarme con hombres asquerosos para conseguir que me eligieran como maestra de ceremonias? —Hizo una mueca de fatiga, como si fueran incontables—. En París todos cobran en carne.

Como el judío Shylock; pero apenas quedaban judíos en París, y los que quedaban más bien estaban para pagar con su propia sangre que para cobros tan apetitosos. Pero los gabachos, que eran la sentina de la Humanidad (perdón por la mayúscula), se aplicaban entusiasmados a las prácticas más canallescas, así fueran judíos o gentiles.

—Intentaré que la inviten a actuar en Alemania… —aventuré—. Pero en ese caso tendría que hacer algo más que ser simpática con Creixams.

Nana de Herrera me miró con ojos trágicos y expectantes; pero la expectación no tardó en sobreponerse a la tragedia:

—¿Qué tendría que hacer?

Se me había ocurrido el modo de congraciarme con Alisch, después de su fiasco con Vitoliña, proveyéndole de los informes sobre los exiliados españoles que en alguna ocasión me había sugerido que le procurase, y que yo no había llegado a redactar, por falta de tiempo o de ganas. Me alegré de haber reprimido la calentura y mantenido mi resentimiento en vigilia.

—Yo podría conseguir que la contraten para hacer una gira por Alemania… —dije, logrando que la alegría volviese a sus ojos.

—Pero… ¿yo qué tendría que hacer a cambio? —repitió, imperiosa.

En contra de lo que pensaba el cándido Creixams, no se precisaba todo el oro del mundo para comprarla. Se había vuelto a arrimar a mí, y desprendía un calor animal, como de pantera en plena ovulación. Le contesté en un susurro:

—Tendría que intimar algo más con el pintor Creixams y pedir

que le presente a sus amigos catalanes. Tendría que hacer un poco de vida social con ellos, participar en sus reuniones, estar atenta a lo que hablan. Y después, de vuelta a casa, anotarlo todo en una libreta.

—¿Todo, todo? —me preguntó, burlona.

Y me tomó las manos delicadamente, como si quisiera guiarme hasta el paraíso difícil, erecto, implacable, invocado por el Ausente. Se me volvió a desperezar la carne.

—Todo, hasta lo que te parezca más irrelevante —respondí, recurriendo al tuteo falangista—. Y luego me haces llegar esas anotaciones, o nos reunimos una vez a la semana y me lo cuentas todo.

Asintió conforme, sin inquirir siquiera quién sería el destinatario último de sus confidencias. Tal vez Nana de Herrera lo imaginase, tal vez su imaginación no le diese para tanto, o aunque le diese prefiriera mantenerla a oscuras, porque imaginación que no ve, corazón que no siente. Hice ademán de llevar las manos a su culo, cada mano a una de sus nalgas, pero Nana de Herrera se las quitó de encima, como si estuviese sacudiendo una plaga de cucarachas:

—¡Eh, Fernando, qué está haciendo! —fingió escandalizarse—. Eso no se toca, bribón. Tengo que reservarme para su amigo catalán. Ande, ande, usted vaya consiguiéndome esa gira por Alemania, que ya me encargo yo de lo demás.

Y casi me echó a empellones del cuchitril que le habían asignado como camerino. En el patio angosto, la noche que ya se cernía sobre París me ladraba, jadeante y confusa, mientras la sangre me batía en las sienes.

XII

La celebración del quinto aniversario del Alzamiento escenificó mi definitivo divorcio con el sacristán Velilla y su acólito Solms. Mientras ellos se dedicaban a las actividades propias del nacionalseminarismo —la consabida misa oficiada por el padre Abundio, el almuerzo de hermandad con el obreraje de Saint-Denis, la promoción de los campamentos de verano en el Castillo de La Valette, etcétera—, yo me consagré por entero a la inauguración de la Exposición de Pintura y Escultura en los salones remozados de la avenida Marceau (a la que ellos, además, no asistieron, para resaltar la ruptura). La muestra, que llevaba mucho tiempo preparando, reunía aportaciones bisoñas de los alumnos de la Escuela pastoreados por Beltrán Massés —casi todos ellos poco aventajados—, así como de los artistas ya consagrados o en vías de consagración, muchos de ellos exiliados, a quienes había estado camelando y extorsionando durante los últimos meses, que así ligaban definitivamente sus nombres a las actividades de la Falange y, por ende, a la España de Franco, para que no pudieran presumir de detractores del Régimen ante la posteridad. Antes de inaugurar la exposición se reunió el jurado encargado de adjudicar los premios del certamen artístico, sufragados por Beltrán de su propio peculio (el remozamiento de la sala se había llevado todo el presupuesto). A cambio, tuve que incorporar a Beltrán al jurado y prometerle reconocimientos y honores sin tasa —tenía la manía de acaparar medallas, aunque ya no le cupiesen más en la pechera—, que suelen salir más baratos que las remuneraciones y colmar más cumplidamente la vanidad humana (aunque sean honores de pacotilla). Al jurado, que presidía Beltrán como director de la Escuela, incorporé al pasteloso Grau Sala, rehén dócil de mis artimañas, para comprometerlo cada vez más y atarlo en corto, así como al *montmartrois* Creixams, quien, desde que disfrutaba de los favores de la peruana Nana de Herrera, acudía a todos mis requerimientos con solicitud perruna, despreocupado de infringir las fronteras de su

barrio. Para puentear a Velilla, había ofrecido la presidencia honorífica del jurado al embajador Lequerica, que se paseó ante los cuadros y esculturas de los concursantes con la misma displicencia que habría empleado para catar los platos más sosainas de la cocina escandinava.

—A mí es que todos estos cuadros me parecen, con perdón, una soberana mierda —se despachó, mientras deslizaba una mirada pálida sobre las telas—. Y, hablando de mierda, les voy a contar un chiste recientito que me parece la mar de gracioso. Resulta que Churchill y Stalin, después de que Alemania decrete la invasión de Rusia, solicitan entrevistarse con Hitler en terreno neutral; y Hitler, muy refinadamente sádico, los cita en un muladar. Churchill y Stalin comparecen cubiertos de mierda hasta las orejas; en cambio, a Hitler la mierda le llega solamente hasta las rodillas. Churchill y Stalin no alcanzan a comprender cómo el Führer se las arregla para no hundirse en la mierda que apenas les deja abrir la boca, pues es tan bajito como ellos, o incluso más. «Pero… ¿cómo lo consigue? —le preguntan agobiados—. Nosotros a punto de hundirnos y usted apenas está entrampado en la mierda…». Y Hitler, guiñándoles un ojo, les reconoce: «Es que vengo subido sobre los hombros de Mussolini».

Lequerica prorrumpió en una risa trompeteante a la que me sumé con gusto, mientras los panolis Beltrán, Creixams y Grau Sala no osaban adherirse —o sólo lo hacían con risitas medrosas—, porque temían pecar de frívolos en coyuntura tan delicada, con la Wehrmacht adentrándose en territorio ruso, cubierto de campos minados y de ciénagas donde se empantanaban los carros de combate. Aunque parecía evidente que la conquista de Rusia no iba a ser un paseo militar como la invasión de Francia (los rusos no estaban reblandecidos por la democracia), las noticias que llegaban del Este coincidían en resaltar los avances y victorias alemanas, que sin embargo se lograban a costa de grandes esfuerzos, pues los rusos se batían encarnizadamente hasta perecer (a diferencia de los gabachos, que huían conejilmente). Tan encarnizadamente que, según empezaba a rumorearse, los alemanes, en represalia, se dedicaban luego a limpiar el territorio conquistado con fusilamientos masivos, empezando naturalmente por los judíos, que como chivos expiatorios servían lo mismo para un roto que para un descosido. En la inauguración de la exposición, la campaña rusa era la sal y la

pimienta de todos los corros, de todas las habladurías, de todas las expansiones y confidencias, de todos los dimes y diretes. Por entonces nadie, o casi nadie, se detenía a considerar que Stalin había firmado una alianza con el hielo, para que lo asistiese llegado el momento; y todos se dedicaban a celebrar veraniegamente, con mayor o menor recato, la visión preclara del ángel con gabardina y bigote. Daranitas, que llegó con los bolsillos reventones de teletipos de la Propagandastaffel, era el más arrebatadamente optimista:

—Las turbas bolcheviques van a ser aniquiladas por el hierro y por el fuego. Es lo que merecen esas gentes, detritus abyecto de la Humanidad —aseguraba, en un rapto de éxtasis, y sin pedir perdón por la mayúscula—. Alemania es el instrumento de la divina justicia. Ha llegado la hora de la expiación.

Lequerica ponía cara de venial disgusto ante los energumenismos retóricos de Daranitas:

—Y, sin embargo, no debemos olvidar que Stalin tiene a su disposición un ejército inmenso, sometido a disciplina autocrática —dijo, oteando las bandejas de buñuelos que un par de camareros paseaban por la sala, un poco angustiado de que llegasen exhaustas al lugar donde nos hallábamos—. Y un pueblo con voluntad y capacidad de sufrimiento.

—Pero la fuerza bruta nunca ha sustituido a la inteligencia —acoté yo—. Aunque tal vez los rusos no sean tan zotes como los pintan.

Daranitas se indignó:

—¡Muchísimo más! ¡Son asiáticos subhumanos! ¡Son el oprobio de la Humanidad, el estigma de la Civilización!

Empezaba a espumear, como si se hubiera atragantado, así que le di unas palmaditas en la espalda, para que se relajara y dejase de hablar en mayúsculas. El cónsul Rolland, hasta entonces partidario secreto del triunfo inglés (o siquiera de una solución salomónica entre ingleses y alemanes) titubeaba ahora en sus preferencias; pues no hay cebo en el que piquen más gustosamente los conservadores (sobre todo si, además, son católicos *pompier*) que el espantajo del comunismo:

—Quienes combatimos en la guerra de liberación de España no podemos negar nuestra alegría en esta hora —dijo, esbozando una sonrisa caballuna—. Todavía están recientes la sangre derramada por

nuestros hermanos y los estragos causados por los comunistas. Como muy acertadamente ha dicho nuestro amado Ministro, Rusia es culpable.

A Lequerica la sinécdoque del cuñadísimo no le parecía atinada:

—¿Pero es culpable Rusia o el comunismo? Porque me parece un poco de brocha gorda identificar ambas cosas. El comunismo es la bandera roja, la hoz y el martillo, *La Internacional*. Rusia es San Cirilo y San Metodio, la poesía de Pushkin, la música de Chaikovski, los iconos de Rublev… —se detuvo en la enumeración, para no mostrar un entusiasmo incongruente con su irónico escepticismo. Pero no se privó del alarde erudito—: Y luego está aquella profecía lanzada, allá por el siglo XV, por el monje Filoteo, ante los cirios sagrados y la nieve litúrgica de Rusia: «Bizancio es la segunda Roma; la tercera Roma será Moscú. Cuando ésta caiga, ya no habrá más».

La invocación de Moscú como Tercera Roma, justo cuando las divisiones alemanas se proponían cercarlo, cayó en el corrillo como una patada en los cojones. Pero nadie se atrevió a encararse con Lequerica, entre otras razones porque nos dejó a todos por acercarse a las bandejas, donde los buñuelos ya empezaban a ralear. Marañón había permanecido hasta entonces pensativo y atrincherado en su terno (seguía usando terno, pese al calor sofocante, como si la meteorología ni siquiera lo rozase), temeroso de que cualquier juicio que soltara fuese luego utilizado (especialmente por mí) para perjudicarlo ante el cuñadísimo; pero al final se atrevió, a rebufo de Lequerica y sólo con la puntita:

—Lo que me parece evidente es que Stalin va a responder a su manera: hecatombes a mansalva, destrucciones implacables, devastación de fábricas y de campos, hambrunas feroces… No le importará diezmar a su pueblo, con tal de derrotar al enemigo —sentenció, adoptando un tono neutro e impersonal, como se espera de un moderado a machamartillo—. Pero el invierno combate a su favor…

—¡Cuando llegue el invierno ya habrá sido derrotado! —se sulfuró Daranitas, a quien la congestión parecía rejuvenecerlo—. El propio pueblo ruso, esclavizado sangrientamente, acogerá a las tropas alemanas como a libertadores. La máscara del poderío soviético no tardará en caer deshecha; y sus tripas hediondas serán abiertas en canal por el tajo relumbrante y afilado de la espada germana.

El mismo efecto de un tajo (no demasiado relumbrante, sin embargo) hizo entre la multitud la entrada en los salones del capitán Alisch y el agente Rado, que llegaban impecablemente uniformados, aunque no con el habitual uniforme negro de las SS, sino con uno gris perla de paseo, más liviano y estival (aunque con la calaverita enseñando igualmente los dientes en la gorra de plato, para intimidar al personal). Los acompañaba Perico Urraca, que puesto a infundir miedo tampoco era moco de pavo, sobre todo entre los exiliados, que conocían su historial de detenciones. Daranitas, muy ceremonioso, se cuadró al estilo prusiano ante Alisch, y le hizo una reverencia, antes de proclamar pomposo:

—Capitán Alisch, quienes vimos nuestra patria desgarrada por la guerra civil que encendió Rusia y profanados nuestros altares por inspiración del comunismo ateo; quienes lloramos a miles y miles de hermanos nuestros, asesinados en las checas por técnicos del suplicio llegados desde Rusia; quienes sufrimos que todo el oro del Banco de España fuese saqueado por los agentes de Stalin; quienes vimos prolongada nuestra agonía por culpa del armamento soviético y de las Brigadas Internacionales reclutadas por el comunismo internacional, damos hoy gracias al Führer invicto y al Tercer Reich inmortal.

Y alzó el brazo enérgicamente, lanzando un *sieg heil* atronador al que Alisch respondió de forma todavía más atronadora y enérgica; y después de Alisch, Rado (a quien, sin embargo, había molestado la mención a las Brigadas Internacionales, que le recordaban un pasado ahora inconveniente), provocando una catarata de adhesiones trémulas entre los invitados, que ya se veían reclutados para un campo de trabajo si mostraban remolonería o tibieza. Quien no pudo o no quiso ensayar el saludo nazi fue el embajador Lequerica, que después de embaularse un par de buñuelos como si fuesen almendritas tenía ambas manos ocupadas con otros tantos, como si estuviese haciendo acopio de reservas para el invierno, tan favorable a Stalin. Me secreteó, mientras arreciaban los brazos en alto:

—¡Pero qué maravilla de crema pastelera, Navales! Yo estaba dispuesto a afearle que hubiese elegido buñuelos en una fecha tan calurosa y alejada de Todos los Santos, pero es que son una ambrosía...

Y se embauló otro más, el tercero, que no iba a ser sin embargo el postrero, a diferencia de la Tercera Roma. Me halagó infantilmente el

elogio, por venir de un paladar exquisito y un estómago exigente:

—Se los encargué a una repostera del Barrio Latino, la más gorda que encontré, y devotísima de San Honorato —le confié, y no le mentía ni un ápice—. ¡Si hubiese visto con qué brío batía los huevos, con qué garbo iba luego vertiendo la leche y espolvoreando la harina, hasta que la mezcla espesaba! ¡Qué meneo de carnes, qué mecedura de tetamen! ¡Cómo hubiese querido acurrucarme allí y ser acunado hasta quedar dormido! ¡Por no mencionar cómo se manejaba amasando en la artesa, cómo aplanaba luego la masa con el rodillo como si lo sopapease, cómo la salaba —pero sólo una pizquita— con el sudor que se desprendía del molledo de sus brazos garridos!

Y Lequerica hacía gestos de beatitud, mientras yo cargaba las tintas de la descripción, disfrutando de su arrobo. El cuarto buñuelo, en lugar de embaulárselo de golpe, lo fue mordisqueando muy demoradamente, picoteando el relleno de crema como si fuera un pájaro. Urraca me echó un brazo al hombro, descuajeringándose de la risa mientras describía a Lequerica la elaboración de los buñuelos; también él había logrado rescatar alguno de las bandejas diezmadas, y se lo llevaba a la boca de alcancía con reverencia eucarística:

—¡Qué éxito de convocatoria, Fernandito! —ponderó, todavía risueño—. ¿Has conseguido pringar a todos los artistillas que te propusiste?

Oteaba entre el gentío los cuadros que pendían de las paredes, como heraldos de fealdad, a veces chirriante, a veces disfrazada de academicismo.

—A casi todos —precisé discretamente—. Puedes repasar la lista de pipiolos que han caído en mis redes, la tienes en el programa de la exposición. Pero a los que no he pringado para la exposición, todos ellos secuaces del pintamonas Picasso, los he pringado en actividades delictivas que organiza César González-Ruano... —Lo miré con ojos de ternero, para moverlo a la magnanimidad—: Habría que empezar, por cierto, a aliviar el ostracismo a César, por muy enfilado que lo tenga Serrano...

Pensé que Urraca se iba a cerrar en banda, leal a las directrices y ojerizas del cuñadísimo, pero para mi sorpresa accedió a que lo invitase a los sucesivos saraos que se organizaren en la avenida Marceau. Me pareció que detrás de aquella laxitud o benevolencia podía esconderse el principio del declive de Serrano, cuyas hazañas

amatorias dolerían a Franco, siempre de continencia forzosa, como una fístula anal.

—Las aguas bajan muy revueltas en Alcalá 44, no te creas —me confió, con voz de conciliábulo—. A Franco la idea de la División Azul le repatea, porque es tanto como volver a la mitología falangista de banderas victoriosas y guardias bajo los luceros… Por no hablar de los nombramientos y traslados que está promoviendo Serrano… Al Conde de Mayalde lo quitan de la Dirección General de Seguridad y lo mandan de embajador a Berlín, sin ir más lejos. Habiendo sido mi principal valedor durante estos años, ya te puedes imaginar que el ascenso me ha fastidiado. —Y su voz era, en verdad, pesarosa, amén de un poco hastiada de los enjuagues del cuñadísimo, a quien unos pocos meses antes veneraba ardientemente—. Siempre es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer… Y también acaba de nombrar Serrano Delegado Nacional del Servicio Exterior de Falange, así como Jefe del Gabinete Diplomático del Ministerio, a Felipe Ximénez de Sandoval… ¿Tú conoces a este Ximénez con X? Dicen que fue compañero de estudios del Ausente…

En los salones atestados de la avenida Marceau se adunaban las conversaciones, en un guirigay aturdidor que me permitía rajar impunemente, sobre todo después de que Lequerica se hubiese apartado, en busca de más buñuelos.

—Y está a punto de publicar una hagiografía sobre él donde, por supuesto, no me menciona —solté, viperino—. A los modositos y a los mingafrías no les conviene que se sepa que hubo unas «falanges de la sangre» en los años de plomo, haciendo el trabajo que los niños litri repudiaban. Pero, ¿qué se puede esperar de un tipo que escribe su apellido como si estuviera haciendo publicidad de un vino dulce? Tal vez quiera advertirnos que, por el sitio donde amargan los pepinos, tiene dulzuras recónditas…

Urraca se sorprendió de mi malignidad y virulencia, como si tales prendas fuesen en exclusiva suyas:

—¿Quieres decir que este Ximénez…? —preguntó con incredulidad—. Pero, hombre, si combatió en las trincheras de la Ciudad Universitaria…

—Y Leónidas combatió en las Termópilas y tenía el culo como el túnel de Canfranc, no te jode —me exasperé—. Sandoval es maricón redomado y con galones. De hecho, se le atribuyen amores con un

sargento de aviación.

Puede que me estuviese inventando algunas circunstancias, o adornándolas con excesivos faroles, pero cuando uno se pone a calumniar debe hacerlo con convicción. Urraca no salía de su pasmo:

—¿Me permites que lo mencione en mi próximo informe confidencial? No podemos permitir que los puestos de mando se nos llenen de sarasates…

—Por mí, con tal de que no menciones la procedencia del soplo…

El oficio de soplón era el que más me gustaba de cuantos Urraca me requería, porque exige cinismo, crueldad, inteligencia, cierta frigidez incluso (amén de miseria moral, pero tampoco hay que ponerse escrupulosos); un oficio eminentemente intelectual y distante, no exento de dandismo, que dejaba las manos limpias y que, por su impersonalidad y abstracción, encajaba mejor que ningún otro en un hombre resentido como yo. Alisch y Rado, después de recibir los parabienes y felicitaciones efusivas de los asistentes, se juntaron otra vez con Urraca, a rebufo de Daranitas, que nos repartió unos puros priápicos, para celebrar los triunfos en la campaña del Este. Los circuncidamos con sendos mordiscos de machos anticomunistas, antes de que Urraca nos los encendiera con un mechero que parecía un lanzallamas. También para la avenida Foch había empezado a ejercer de soplón, gracias a los informes sobre las reuniones polaquitas que me pasaba Nana de Herrera.

—¡Es admirable el conocimiento de Cataluña que tiene usted! —bromeó Rado, a quien el humo del habano le hacía guiñar el ojo de cristal—. Leyéndolo, uno piensa que se ha llegado a meter en la cama con algún catalán…

Me llevaban los demonios cada vez que pensaba que Creixams se estaba beneficiando a Nana de Herrera, después de habérsela puesto en bandeja yo. Me miré las manos vacías, nostálgicas del culo superlativo de Nana, que no habían llegado a palpar.

—Galicia, en cambio, no se le da tan bien a nuestro amigo —me reprochó Alisch, que no me acababa de perdonar que no hubiese impedido el despegue teatral de María Casares—. Pero se puede también llegar a Galicia a través del cine…

—Ya le he dicho, capitán, que a Vitoliña sólo le interesa triunfar como actriz de teatro —dije, lanzando aros de humo—. Pero me tiene siempre a su disposición para persuadir a la galleguiña, faltaría más.

Rado cruzó conmigo una mirada de connivencia y se ladeó la gorra de plato, para que la calaverita le quedase justo encima del ojo de cristal:

—El visado que nos requirió para Nana de Herrera ya está listo. Y la invitación oficial del Ministerio de Propaganda está al caer —resumió, con una sonrisa que le resaltaba las quemaduras de la piel—. El doctor Goebbels siempre ha disfrutado mucho de la danza flamenca.

O creía disfrutarla, mientras disfrutaba de sucedáneos baratos para turistas sugestionables. Urraca participaba de nuestra conversación en cifra, de sus pullitas simuladas y sobrentendidos, a diferencia del pintor Beltrán, que se había arrimado a nuestro corro, del brazo de la petisa doña Irene Narezo (o aherrojado a ella, como preso en galeras), deseoso siempre de incluirse en la pomada, pero sin entender ni papa. Beltrán, con la casaca de su uniforme de fantasía acribillada de medallas, condecoraciones, cruces, insignias y escarapelas, parecía algo así como un húsar falangista, o un torero entreverado de maestre.

—Qué bárbaro, Beltrán, qué elegancia la suya, qué suntuosidad —lo saludé, ignorando a su esposa o rémora.

Y le manoseaba las condecoraciones, haciéndolas entrechocar musicalmente, como si fuesen caireles.

—Pero ninguna tan importante para mí como el alfiler de corbata que me regaló su difunta Majestad, don Alfonso XIII —me dijo, señalando el trofeo, que como no llevaba corbata había prendido en el cuello de la casaca.

Se lo había regalado el Orejas, coincidiendo con la polémica que se había desatado en Madrid, cuando Beltrán expuso cuadros de marquesas en porreta y en mantilla, como muestra de apoyo, prueba de admiración y gaje de su amistad. A Beltrán todavía le duraba el pesar por la marcha del Orejas al hoyo, aunque no por ello descuidaba el bollo:

—Yo creo que, llegados a este punto, Falange debería honrarme con el cargo de Delegado de Bellas Artes en París —dijo, un tanto incómodo, tal vez azuzado por doña Irene Narezo.

—El éxito de esta exposición se debe principalmente a mi marido —terció ella—. Sin él, no habría Escuela de Bellas Artes, ni se habrían podido pagar los premios.

Doña Irene Narezo llevaba la permanente más escarolada que nunca, como si le hubiese dado por celebrar la invasión de Rusia doblando su apuesta de bigudíes. Le rasqué cariñosamente la coronilla, como si fuese un perrito de pelambre rizosa:

—Por algo hemos reservado al cuadro de su marido el lugar preferente en la sala, doña Irene —dije, zalamero—. Pero estaré encantado de darle también ese nombramiento, si nos lo autorizan desde Madrid. ¿Tendría que llevar aparejada una medallita?

Urraca ponía su risa revirada al fondo, sin intervenir. Beltrán se mostró un poco molesto:

—No es necesario —refunfuñó. Pero enlazó enseguida otra petición—: Precisamente como especialista en condecoraciones se me ha ocurrido que desde la Falange de París podríamos fundar la Orden de los Caballeros de la Raza, que incorporase cada año nuevos miembros. Mismamente yo podría ser el primer condecorado... Incluso me he permitido diseñar un posible boceto de la medalla...

Y se sacó de algún bolsillo de la casaca —aprovechando para librarse momentáneamente del grillete de doña Irene Narezo— una cuartilla en la que había dibujado una cruz octógona, con el águila de San Juan en su centro y una cinta rojigualda.

—Divina, Beltrán, divina —lo despaché—. Se me ocurre que podríamos cobrar a los condecorados, por ejemplo, mil pesetas a cada uno. Así podríamos subvenir más desahogadamente los gastos de la Escuela de Bellas Artes. ¿Qué le parece?

No le agradaba demasiado la idea de apoquinar y se guardó otra vez la cuartilla doblada en el bolsillo, como quien se la envaina. El cuadro aportado por Beltrán a la exposición —una matrona ajamonada a quien el pintor había amojamado por cortesía o porque la diabetes le cegaba la vista y adelgazaba a sus modelos— ocupaba, en efecto, el lugar más privilegiado de la sala, pero era un retrato de su última etapa, desmayado y convencional; así que la admiración y el aplauso del público asistente se los llevaba sobre todo la aportación del escultor Mateo Hernández, que había cedido para la muestra la apabullante escultura de la bañista que yo le había visto rematar, en su jardín de Meudon, tomando como modelo a Ana María Sagi. Mateo Hernández acababa de entrar en los salones, más perdido que una beata en una bacanal (al menos hasta que la beata le coge el gusto), con el barro de los caminos en sus botas aldeanas. Por supuesto, no se

dignó echar ni un somero vistazo a toda la morralla expuesta, fijando su atención tan sólo en su bañista, temeroso de que la atrevida curiosidad de la multitud —que la palpaba como si quisiera comprobar salazmente la firmeza de corvas, pantorrillas y muslos— la desgraciase. Con la excusa de saludarlo, me desprendí de Beltrán y doña Irene Narezo, y de los delirios medallísticos de ambos. Avanzar entre el apretado gentío no era tarea sencilla, si uno no podía exhibir una calaverita en la gorra de plato.

—Qué honor verte por aquí, Mateo —lo saludé, algo sofocado por los arrechuchos—. No pensé que te fueras a dignar.

—Vine a comprar unos pollos para mi osa Paquita y me dije: «Vamos a hacerle una visita a Navales» —se explicó, pesaroso—. Te advierto que estoy al borde de la desesperación...

Y su aire feroz de domador de circo se había en efecto amansado, como si todos los leones se le hubiesen declarado de repente vegetarianos.

—¿Y cómo es eso? —le pregunté alarmado.

A un tío guarro que escarbaba con el dedo en la tierna hendidura del coño de la bañista, Mateo Hernández amagó con darle un sopapo. Y el tío guarro se arrugó de inmediato.

—Cada vez me cuesta más encontrarle pollos a Paquita —se lamentó—. He probado a criarlos en casa, pero es más rápida ella zampándolos que yo criándolos. Así que voy a tener que cambiarle la dieta, porque los cabrones del mercado negro venden los pollos a precio de caviar.

Pensé que su angustia sería un poco retórica, considerando que, según los maledicentes de Montparnasse, escondía lingotes de oro en su jardín (aunque no tantos como Picasso en su armario). Así que me permití tomármelo a chirigota:

—Dicen que la carne de serpiente sabe a pollo, Mateo. Tú que vas tanto al zoológico del Jardin des Plantes puedes proveerte allí. No te digo, en cambio, que te pongas a cazar palomas porque ya la chusma hambrienta las ha aniquilado.

Se vino con nosotros Fabián de Castro, el pintor gitano septuagenario a quien había conocido en casa de Ruanito, para entonces convertido en uno de los alumnos más asiduos de la Escuela de Bellas Artes (no de los más aplicados, sin embargo, porque siempre se quedaba dormido con el pincel en la mano). Llegaba Fabián de

bronce y sueño, como en el verso lorquiano, refulgente de tumbagas y de legañas, pero con el contento de haber ganado inverosímilmente el primer premio del concurso de pintura. Se abrazó a Mateo Hernández como si se derrengara (se conocían desde la mocedad de bohemia y carpanta) y después conmigo, dejando que le besara el boliche de la calva.

—Estoy agradecidísimo al jurado, Navales, agradecidísimo —dijo, con sincera emoción—. Pero mucho más a ti, que eres el que maneja el cotarro.

En realidad, el primer premio se lo debía sobre todo a los pintores del jurado, que habían visto en Fabián de Castro al monstruo pintoresco que no les hacía sombra y a quien podían premiar ladinamente sin temor de que el escalafón se alterase. Esta maniobra de los pintores, hija del cálculo y de la envidia, había hallado además la complicidad de Lequerica, que en cambio había votado al gitano por donaire y porque su estilo pictórico —una ingenua mezcolanza de Gutiérrez Solana y el aduanero Rousseau, o una caricatura de ambos juntos— le había resultado más simpático que el de los otros concursantes, mucho más pretenciosos. Fabián de Castro había presentado un óleo de grandes dimensiones (la burra grande, ande o no ande), abarrotado de vírgenes y santos y monjes zurbaranescos, que tenían la peculiaridad de ser todos gitanos (y los monjes se parecían, además, a Rafael el Gallo).

—Es que no podíamos dejar de premiar un arte tan devoto y tan auténticamente español como el tuyo, Fabián —le dije—. A tu lado, el resto de pintores parecen cronistas, y a veces ni eso.

Fabián de Castro se hinchó de vanidad y empezó a atusarse los tufos de las orejas, por no poderse atusar el flequillo:

—¡Éste es el gran espaldarazo que andaba yo necesitando! —exclamó, exultante—. Ya sabes que yo soy muy severo con mi propia obra, por eso deshago más de lo que termino; y lo que termino tardo mucho en hacerlo…

—Sobre todo porque te gusta echar una cabezadita de vez en cuando, pillín —lo zaherí benignamente—. ¿Has acabado ya el retrato que le estabas haciendo a Ruanito?

Frunció el ceño, contrariado:

—Pues lo habría acabado ya si no se hubiese dejado barba. Pero, desde que se dejó barba, ha dado en decir que es un caballero del

Greco e, inevitablemente, yo he dado en pensar que tal vez yo sea el Greco, puesto que me ha elegido para retratarlo... —dijo, convencido de la metempsicosis—. ¿Tú crees que mi pintura es como la del Greco, Navales?

Después de todo, el gitano Fabián podía ser tan pretencioso como cualquier artistilla, a poco que se le diese pie; en lo que se probaba que la vanidad no hace distingos entre razas.

—Pues ahora que lo dices... —le doré la píldora—. Contigo y con el Greco me pasa lo mismo que con el Greco y el Tintoretto. A simple vista sois muy distintos, pero tenéis un aire de familiaridad tremendo.

Y Fabián de Castro, crédulo y fatuo, se quedó más contento que unas castañuelas en tan ilustre compañía. Abordé luego a Grau Sala, que no se acercaba mucho a los corros de las señoras por temor a cogerse un catarro con el aire de sus abanicos; y también porque, con la calorina de julio, ninguna llevaba pololos ni enaguas, con lo que perdían para él gran parte de su atractivo, incluso como clientas. Siempre que Grau Sala se tropezaba conmigo se convulsionaba un poco, como si lo recorriese un escalofrío.

—Ha sido un honor inmenso contar contigo en el jurado, Grau, y más todavía que hayas aportado un cuadro tuyo a la muestra —empecé adulándolo—. No tiene que ser nada fácil para el maestro colgar sus cuadros con principiantes...

Había elegido yo mismo su cuadro, entre los muchos que producía —Grau Sala aplicaba el método estajanovista, para aprovechar el tirón del ditirambo de Rebatet—, cuidando de que fuera el más cursi de todos, con muchos tules y organdíes en las modelos, que además llevaban gorritos con volantes y sombrillitas. Grau Sala trataba a toda costa de agradarme:

—Para mí no hay mayor alegría que servir a mi patria... grande —dijo. Y me preguntó, intrigado—: ¿No ha venido Rebatet a la inauguración? Pensaba que hoy al fin podría conocerlo y darle las gracias...

Exageré mi contrariedad para mentir:

—A Rebatet le montamos una visita en primicia, para él solo. Quería ver la exposición sin gente, para apreciarla mejor y sacar antes su crítica. —Y le susurré, confianzudo—: No hace falta que te diga que tu cuadro le ha gustado más que ningún otro. Las figuras con sombrillitas le han parecido un hallazgo revolucionario, nunca antes

visto en la historia de la pintura.

Grau Sala dudaba entre la ufanía y el susto, porque nunca terminaba de saber si me burlaba de él o ponderaba su talento. En realidad, Rebatet —que, en unos pocos meses, había asimilado las mañas y las inercias del sobrecogedor con muchos trienios— ni había venido ni pensaba venir a la exposición; y me había pedido con desfachatez que escribiera yo la crítica que luego él publicaría en *Je Suis Partout*, añadiéndole algún estilema propio (lo mismo hacía yo con las crónicas de mi negro Gasch, pero mi estilo no era pedestre). Por supuesto, la crítica sería elogiosísima, aunque esta vez a Grau Sala ni se le nombrase, para disciplinarlo un poco y que no se durmiera en los laureles.

—No te lo quise preguntar durante las deliberaciones del jurado porque, como sabes, soy un hombre muy discreto —me choteé, haciéndome el santito—. Pero en el consulado me dijeron que ya habías vuelto de España. ¿Cómo encontraste a tu mujer y al niño?

Noté que a Grau Sala, tan friolero, le entraban los sofocos; y buscaba a alguna señora que viniese en su auxilio, aunque fuese con abanico, para librarse de mí:

—Coincidió que el niño se puso malísimo, con una fiebre que le hacía delirar. Al principio pensábamos que eran unas anginas, hasta que empezó a echar pus por el oído. ¡Si no se lo hubiesen extraído en ese momento, ahora lo tendríamos con meningitis! —resopló aliviado —. Nunca he pasado tantas angustias. No me aparté de su vera hasta que se le pasó la fiebre...

Lo zamarreé un poco, para que dejara de embadurnarme con sus ternurismos de baja estofa:

—¡Qué padrazo estás hecho, Grau! Pues a partir de ahora lo que tienes que hacer es acordarte de tu hijito enfermo cada vez que se te embravezca el bálano con alguna pindonga. —Y, sin parar de zamarrearlo, le recordé—: Y no olvides que quiero montar una exposición en la galería Castelucho la temporada que viene...

Todavía después del zamarreo su cuerpo se quedó unos segundos sacudiéndose, como si le hubiera dado un telele. De Grau Sala salté a Daniel Sabater, el pintor de las brujas, estrepitoso y cenceño, propenso a la carcajada y a la hipérbole, que explicaba a unas ninfas cremosas como la leche condensada y embellecidas por la colaboración horizontal la génesis del cuadro que había elegido para la exposición.

No era, en esta ocasión, uno de sus consabidos cuadros tétricos, con esqueletos danzantes y monstruos deformes, sino una Santa Teresa un poco descocada que besaba larga y apasionadamente a un Cristo con los estigmas de la Crucifixión, con una entrega que iba un poco más allá del éxtasis y se adentraba en las ciénagas del erotismo malsano. Así se lo habían señalado las ninfas, haciéndose las pudibundas.

—Es que siempre que pinto a Santa Teresa me acuerdo de la hija de un sacristán de una iglesia de Salamanca, que ejerció de modelo para mi primer retrato de la mística —se excusaba o enorgullecía Sabater—. ¡Si supierais las diabluras que hicimos en aquella sacristía!

Y las ninfas hacían dengues y echaban risitas en almoneda, pero las diabluras podían imaginárselas perfectamente, porque eran las mismas que ellas hacían con los oficiales ocupantes en sus despachos (y hasta en los establos del cuartel, si los oficiales eran de caballería). A mí la pintura de Sabater, aunque fuese un poco trasnochada y finisecular, un poco efectista y maniquea, me seguía sin disgustar. Fue Sabater quien me abordó, viéndome solo, aun a riesgo de que algún vivales le madrugase a las ninfas, dejándolo sin sus cremosidades:

—Navales, debes arreglar tu situación con Ana de Pombo —me aconsejó—. No sé lo que ha ocurrido entre vosotros, pero el otro día estuve con ella y, al saber que habías organizado esta exposición y ni siquiera la habías invitado, se me puso a llorar como una Magdalena. Esa mujer está enamorada de ti.

A mí más bien me parecía que Ana de Pombo no podía enamorarse de nadie, porque se había quedado atrapada en la tragedia de su hijo, que era el único hombre o fantasma del que estaba enamorada; y todos los demás hombres o fantasmas, como su dedicación al baile o a la moda, no eran más que distracciones o desahogos en medio de su tragedia. No me importaba ser un desahogo para Ana de Pombo, pero no pensaba perdonarle tan fácilmente que me hubiese echado de su casa en porreta y en el más crudo invierno.

—Lloraría de la rabia por no haber sido invitada, no te preocupes —me hice el castigador—. Me olvidé de hacerlo, no la tengo entre mis prioridades.

Sabater lanzó una risa muy aparente y escandalosa, en el mejor estilo fallero:

—Ya la tendrás, Navales —dijo, señalándome con un índice premonitorio—. La mujer siempre es Eva y Salomé: cuando ella se lo

propone, hasta el diablo la obedece.

Tal vez no le faltara razón, pero yo no iba a convertirme en el pelele de usar y tirar de Ana de Pombo, según sus caprichos y ventoleras, por mucho que me gustara su arte adusto y su cuerpo como una talla gótica. Dejé a Sabater con sus ninfas, que lo requerían bajo la fachada pudibunda, como santateresas o mantis nada religiosas, y me fui acercando hacia la salida, soslayando pelmas con halitosis y morsas enfajadas, hasta juntarme con Carlos Fontseré y Antonio Clavé, que perseveraban como pareja artística en *Je Suis Partout*, aunque se notara cada vez más que Fontseré tenía mucha más gracia y desparpajo que Clavé, cada vez más volcado en hacer carrera, apuntándose a las modas más adventicias y estéticamente incongruentes. Al concurso que acabábamos de fallar, sabiendo que Grau Sala estaba en el jurado, Clavé había presentado —con la esperanza de gustarle al maestro— un cuadro birrioso, con señoritas de polisón y meñique engarabitado que tomaban el té mientras el perrito les ladraba, suplicando que le dejaran lamer la tacita. Pero Grau Sala, espantado de que le hubiese surgido un epígono, había procurado por todos los medios dejar a Clavé sin premio. Mucho menos misericordioso que los otros miembros del jurado, yo me había empeñado en que se le diese a Clavé una mención honorífica sin dotación económica alguna, a sabiendas de que le resultaría más aflictiva que el mero ninguneo. Se le notaba descorazonado, con el bigote copiado de Clark Gable hecho un pingajo y las mejillas amontonadas en el pescuezo:

—Bien que lo siento, Clavé, yo hubiese querido darte el premio gordo, pero Grau dijo que por encima de su cadáver, el muy cabrito —improvisé sobre la marcha.

Fontseré habló con esa brutalidad a la vez noble e hiriente que solía gastarse:

—Ya se lo digo yo: si lo tuyo es subirte al tren que más pita, por lo menos súbete a un tren moderno. ¿Qué sentido tiene ser un epígono de Grau Sala, que a su vez es epígono de los matusalenes del impresionismo?

Y lanzó una risa histriónica. Fontseré no había participado en el concurso, ni tampoco había cedido ninguna obra para la exposición, porque tenía su vanidad y su vileza colmadas publicando en *Je Suis Partout*, donde sus dibujos aparecían entre invectivas antijudías y

proclamas de acendrado fascismo. Le di la razón:

—Un petardo como Grau Sala, que ha encontrado su huequecito entre un público pequeñoburgués y cursilón, no va a dejar que nadie se lo dispute —dije, displicente—. Ponte a imitar a Picasso, Clavé, que ése tiene un público inabarcable de cretinos y no creo que le importe cederte una porción infinitesimal.

—Eso, eso, a imitar a Picasso —se burló Fontseré—. Éramos pocos y parió la abuela.

Intuí que aquellos dos amigos, supuestamente tan apegados como la uña y la carne, acabarían a la greña, porque uno era solapado y arribista, aunque se hiciera el pasmarote, y el otro vivía a salto de mata, sin respetos humanos ni convenciones burguesas, tratando a las novias como si fuesen putas y a las putas como si fuesen novias. Nana de Herrera, a la que por fin había logrado acceder entre los remolinos y avalanchas de tíos guarros que se le arrimaban subrepticiamente para tocarle el culo, era la mujer ideal porque era a la vez novia y puta, llena de cariño cándido y de sensualidad a chorros para Creixams, que no salía de su apoteosis, en compañía de semejante monumento. Participaba en la exposición con un cuadro tan ñoño y tedioso como todos los suyos, aunque sin atisbo de esas tonalidades violáceas que a Rebatet se le habían antojado arbitrariamente resabios de la «podredumbre judía»; pero la gente no se le acercaba para felicitarlo por el cuadro, sino por la compañía. Y a todos les parecía que en la relación había gato encerrado, o siquiera guita suelta, porque no se entendía que una mujer de bandera como Nana de Herrera, que hacía tambalear el sistema solar con apenas contonearse, se hubiese fijado en un cincuentón amarrado como una lapa a Montmartre y a su cachimba. Nana de Herrera consiguió desasirse de los sobones que la asediaban, dejando a Creixams con su cuadro sin misterio, que él, sin embargo, a todo el mundo explicaba para que no le buscaran interpretaciones judaizantes.

—Nadie se cree que estés enamorada de él, Nana —le dije, zumbón y un poco rabioso, porque me había parecido verlos amartelados.

—La gente es idiota y no sabe de la misa la media —me explicó —. Las mujeres como yo, que hemos salido así porque Dios lo quiso, abominamos de los hombres jóvenes y galanos que nos estén todo el tiempo dando la lata, arrimando salchichón. Lo que queremos es un

hombre que nos mime y nos baile el agua y nos deje el coño en paz.

Asentí, un poco atribulado, pues aunque ya no era ni joven ni galano, Nana de Herrera me seguía sin embargo engordando el salchichón, lo que me descartaba por completo como candidato para obtener sus favores en un futuro hipotético.

—Vaya, me dejas con tres palmos de narices, Nana —dije, con tuteo resignado de amigote que nunca podrá ser amiguito.

—Aunque te sorprenda, te debo confesar que me he enamorado de Pedro —añadió—. Es el único hombre que no quiere manosearme ni babarme ni calzarme su salchichón. Y, además, es un sol conmigo: amable, cariñoso, desvelado y cortés. Nunca nadie me había hecho tan feliz.

Me remejían unos celos incongruentes, que tal vez sólo fueran una reacción defensiva de mi incapacidad para captar la psicología femenina, mezclada con la rabia sorda que siempre produce en el hombre preterido que la mujer deseada —aunque sea con un deseo reprimido o resignado al fracaso— prefiera a otros hombres a simple vista insignificantes (desde la perspectiva del hombre preterido, claro está). Por supuesto, la felicidad recién estrenada de Nana de Herrera no hacía sino avivar mi resentimiento ecuménico; y también mi resentimiento provinciano hacia la patulea polaquita.

—Pues la invitación del doctor Goebbels para que vayas de gira a Alemania está a punto de caer... —le dije, disfrazando mi despecho de desapego—. Pero tal vez debamos suspenderla, si ya no vas a pasarme informes sobre los amigos de Creixams...

Nana de Herrera se me encabritó, como si todas sus razas jeroglíficas, hasta entonces aquietadas, se hubiesen puesto en pie de guerra. Y su agitación le añadía un temblor barroco en los senos, que se le querían escapar de la jaula del escote:

—¿A guisa de qué no voy a pasarte informes? Los amigos catalanes de Pedro son tan babosos como la mayoría de los hombres. O todavía más, porque encima te dicen lindezas en esa lengua suya, que no hay Cristo que la entienda. No me remuerde la conciencia en absoluto describirte sus andanzas con pelos y señales, tan inocentes como las de cualquier niño; allá tú lo que luego hagas con lo que te cuento —dijo, sin preocuparse de atemperar el tono de la voz.

Pero el barullo reinante en la sala se tragaba sus palabras; y los hombres que pasaban junto a ella estaban más atentos a su grupa,

contra la que se restregaban disimuladamente. Tampoco estaban atentos al tostón de Creixams, que trataba de explicar su cuadro sin misterio y de alejar las sombras violáceas que se cernían sobre su obra ante quien se dignara escucharlo. Pero, como casi nadie se dignaba y tampoco se le escapaba que a Nana de Herrera la estaban estrujando todos los rijosos de la sala, Creixams vino a reunirse con nosotros. Sostenía entre los labios la cachimba con una alegría nueva, esa alegría inocentona y cordial de los que han visto colmados sus sueños. Enlazó a Nana de Herrera por la cintura, proclamando al mundo que era el dueño de su culo ubérrimo, y me embadurnó con su odiosa gratitud:

—Fernando Navales es el hombre al que más le debo en esta vida, Nana —exultó—. Me curó la manía de estar encerrado siempre en Montmartre y me abrió las puertas del cielo... —Y se dirigió a mí, solemnemente—: No hace falta que te diga que me tienes a tu disposición para lo que desees.

Asentí, procurando que no se me notase la envidia:

—El mayor favor que podéis hacerme es que seáis felices —dije.

—Lo somos hasta extremos inimaginables —se pavoneó Creixams —. Nana ha disipado todos mis miedos y me ha convencido de que debemos hacer toda la vida social que podamos y reunirnos con mis compatriotas. Nana siente una curiosidad inmensa por todo lo que tiene que ver con Cataluña y los catalanes.

Y mientras el panoli de Creixams me confirmaba sin percatarse que Nana de Herrera estaba cumpliendo a rajatabla la misión que le había asignado, ella me miraba con ojos tintineantes, satisfecha de su belleza pasiva y bestial, satisfecha también de su moral relajada y esquizofrénica, que le permitía a un tiempo amar sinceramente a Creixams e informar sobre sus amigos, para así colmar sus anhelos de triunfo. Aquella falta de contrición la tornaba a mis ojos todavía más incitante, como la roña torna más incitante una joya antigua. Me despedí de ambos, antes de que la proximidad de Nana de Herrera, su calor peligroso, me encalabrinase o nublase el juicio; pues a continuación necesitaba obrar con frialdad. Abandoné el salón abarrotado y subí hasta el despacho de Velilla, que a la luz de la tarde tenía un aspecto expoliado y lívido, como de derrota disfrazada de armisticio. Abrí los cajones de su escritorio, hasta dar con el que guardaba la caja de caudales (y también el choricico, que me golpeó

con su vaharada). El barullo de los salones de la planta baja llegaba hasta el despacho de Velilla como un rugido sordo, apenas discernible del zumbido de la sangre en mis sienes. Introduje en la cerradura de la caja la copia de la llave que me acababan de entregar; sentí que le costaba adentrarse en el bombín, vencer sus resistencias pudorosas, sus hímenes de metal y de sombra, pero finalmente las guardas y dientes encontraron acomodo en sus entresijos; y la hice girar tal como había visto hacer a Velilla, tres veces a la derecha y dos a la izquierda, haciendo más fuerza de la que exige una cerradura corriente. Cedió el pestillo y levanté la tapa de la caja, para contemplar los billetes de mil pesetas, con la efigie del Emperador Carlos vencedor en Mühlberg, que me parecieron algo más diezmados, incluso un poco desgastados, como si Velilla todos los días los contase y recontase, con fruición fenicia, o como si ya se hubiesen empleado en parte en las grimosas actividades nacionalseminaristas que Velilla impulsaba. Por un momento estuve tentado de arramblar con el fajo entero; pero me acordé de los bodigos que cierto clérigo de Maqueda guardaba en un arca e hice como el Lazarillo, desmigajando el fajo sólo un poco, apenas tres o cuatro billetes, como quien toma gragea. Así, en lugar de precipitar el escándalo, sumergiría a Velilla en un mar de dudas y zozobras, haciéndole creer que sus cómputos anteriores habían sido erróneos, o que por despiste había extraviado algún billete, pero a la vez induciéndolo a desconfiar de su acólito Solms, que era el único custodio de la llave que abría la caja de caudales. Así, los remordimientos y el miedo a la reprensión de Madrid obligarían a Velilla a guardar silencio, tornándolo más receloso y a la vez desazonado. A quien se desea perder conviene primero sumirlo en el desconcierto, privarlo de sus apoyos y seguridades, acorralarlo en sus ansiedades y angustias.

Volví a cerrar la caja con las vueltas de llave debidas y la guardé en el cajón, junto al choricico que no me privé de desenvolver un poco de su papel de estraza, para barnizar su tripa con un par de gargajos que, una vez secos, enriquecerían de vitaminas la dieta de Velilla. Bajé tranquilamente las escaleras, tan aliviado y contento como si acabase de evacuar las tripas, para reintegrarme al barullo de la sala e ir despidiendo a los invitados a medida que desertaban (terminados los buñuelos, el arte pasteloso se volvía más indigesto), como corresponde a un anfitrión modélico. Al pie de la escalera había un hombrín canijo

y cabizbajo, con algo de macaco que ha sido arrojado del árbol y, después de descalabrarse, no puede disimular su desorientación. Tardé en reconocerlo:

—¡Pepito Zamora! —exclamé, sinceramente sorprendido—. ¿Qué te trae por aquí? Pensé que no querías verme ni en pintura.

El figurinista, después de nuestro último encontronazo en casa de Ana de Pombo, se había jibarizado todavía más, como si lo reconcomiesen la vergüenza y el oprobio. Y parecía dispuesto a humillarse:

—Te pido perdón por la escenita que te monté —murmuró—. Aquella paliza que me disteis antaño en el urinario me dejó traumatizado durante muchos años y… En fin, no tenía sentido andar aireando pecados de juventud. Todos tenemos los nuestros.

Aunque unos dejaban estigmas indelebles y otros podían borrarse como si nada, si las circunstancias ayudaban y la conciencia hibernaba plácidamente.

—Celebro tu cambio de actitud, Pepito —dije, después de descender el último tramo de escaleras—. ¿Y a qué debemos tu visita? Porque un rojazo como tú…

—Aquello fueron veleidades de las que me arrepiento —se apresuró a aclarar—. He conseguido que Ana de Pombo me perdone, y espero que también me perdones tú.

Algunos invitados empezaban ya a desfilar, y tenía que despedirlos un poco al desgaire, porque me interesaba mucho más la palinodia de Pepito Zamora. Además de desmejorado, tenía el traje con remiendos, y muy tazados los cuellos de la camisa; prueba inequívoca —sobre todo en un hombre tan estiloso y repipi— de que estaba atravesando una situación peliaguda, sin contratos a la vista.

—Ya sabes que no soy hombre rencoroso, Pepito —me regodeé, pues nada gusta tanto como perdonar a quien hemos ofendido—. Para mí ese episodio está requeteolvidado. Pero dime, ¿vienes por iniciativa propia o te lo han sugerido?

Pepito Zamora había sido, allá en sus años gloriosos, un hombre caprichoso y mandón, propenso al berrinche. Pero los sinsabores y penurias lo habían vuelto propenso a la sumisión:

—Ana de Pombo me lo pidió… —reconoció a regañadientes, para enseguida tratar de arreglarlo—: Pero yo habría venido igualmente, aunque ella no me lo hubiese pedido.

Su voz era cada vez más claudicante. Era el segundo recado que Ana de Pombo me hacía llegar en apenas un rato, como botellas de náufrago arrojadas al mar donde también manoteaba Pepito Zamora, aunque por razones distintas.

—Estás con el agua al cuello, ¿verdad Pepito? —inquirí, sin paños calientes, mientras Pepito Zamora se derrumbaba y derramaba en un llanto largo, difícil, erizado de sollozos—. No tenías donde caerte muerto, por eso recurriste a Ana de Pombo a la desesperada. Y ella accedió a perdonarte a cambio de que vinieras a pedirme árnica, para ti y para ella.

Asentía profusamente entre los temblores del llanto, sin importarle que los invitados que desfilaban hacia la calle lo sorprendiesen en tan penosa tesitura.

—Tengo que comer, Fernando —gimoteó—. Y sin trabajo ni siquiera puedo recoger los cupones del racionamiento.

Le hice una mamola y le alcé la barbilla, para contemplar su rostro feísimo y sofocado, como de pez que boquea fuera de la pecera. La magnanimidad también puede ser un placer maligno:

—¿Estarías dispuesto a trabajar para nosotros? —le pregunté, y Pepito Zamora volvió a asentir profusamente—. Dile a Ana de Pombo que será la encargada de amenizar con sus danzas el acto de alto copete que organizaremos el Día de la Raza. Y tú, Pepito, te encargarás de los figurines.

Su carita de sapo bardaje no lograba quitarse de encima la pena:

—Será si ella quiere, claro. Ella misma diseña sus ropas...

—Y si no quiere también, porque el que te paga soy yo —dije, en un tono taxativo. Y me saqué del bolsillo uno de los pápiros que acababa de sisar—: Toma, Pepito, mil pesetas por adelantado, que hoy me siento espléndido. Al cambio te van a dar un montón de francos. Pero te prohíbo que digas a nadie que te estoy pagando. Ya sabes lo que reza el consejo evangélico: «No dejes que tu mano izquierda...», etcétera.

Pepito Zamora me tomó la mano con la que le había tendido el billete y me la bañó en lágrimas, mientras me la besaba. Me daba tanto asco como si me lamiese un perro sarnoso, pero la magnanimidad también tiene sus servidumbres.

XIII

—Aquí mismo ocurrió —dijo Gasch con voz desfallecida, y me señaló el velador contiguo—. Ella estaba sentada exactamente en esa silla y yo donde te encuentras tú.

Me había citado con Sebastián Gasch en el café Flore, donde ya otras veces nos habíamos encontrado, por hallarse próximo al chiscón donde languidecía, en la calle Rennes. Su ausencia en la inauguración de la exposición de la avenida Marceau me había preocupado sobremanera (y también fastidiado, pues me había tocado escribir la crónica para *El Hogar Español*, en lugar de limitarme a limpiar de anacolutos la que mi negro me tendría que haber suministrado); sobre todo porque no era la primera ausencia injustificada y sin avisar de Gasch en algún acto que requería cobertura informativa. Y otros actos a los que había asistido últimamente los había despachado con unas crónicas exageradamente grimosas y topiqueras, incluso para una prosa tan pedestre como la suya, como si de repente los espectáculos de baile o los estrenos teatrales, que antes tanto lo exaltaban, de repente le resultasen tediosos y estomagantes. Aunque al principio le había costado mucho sincerarse, probando incluso a invocar achaques fantasmagóricos y padecimientos espectrales (pero se notaba que estaba mintiendo, porque mientras los narraba no lloriqueaba ni hacía pucheros, como en Gasch era costumbre), acabó confesando que se había enamorado de una mujer, y que ese amor estaba resultando terriblemente desdichado, siquiera para los parámetros siempre quejicas y melodramáticos de Gasch.

—Pero, Sebastián, se supone que te ibas a casar con Caridad, la hermana de Grau Sala —lo amonesté—. Entiendo que de vez en cuando necesites desatascar las cañerías, pero para eso están las putas, hombre...

—¿Te crees que me siento orgulloso de lo ocurrido? —gimió—. Yo estaba seguro de que Caridad era la mujer de mi vida, hasta que apareció Lotty...

Lotty era el hipocorístico con que Gasch se refería a la mujer que le había sorbido el seso y convertido en un guiñapo, Charlotte Calmis, que para más inri era judía (en lo que se probaba que el polaquito tenía vocación para el masoquismo). Lotty, como hija de la raza errante, había nacido en Alepo, allá donde Cristo pegó las tres voces, y se había criado en Egipto, antes de venirse a Francia, para casarse con un gabachito peripuesto que la dejaría viuda al poco tiempo, después de que lo movilizaran y los Panzer alemanes le pasasen por encima sin inmutarse. Lotty entonces se había dedicado a la vida bohemia (porque, según Gasch, tenía ínfulas artísticas), o sea, a vaguear y zorrear por los cafés, como era costumbre en la odiosa juventud *swing*, más propensa a la pluma (y a las plumas) que al arado. Lotty, según me la describió Gasch, acababa de cumplir veintiocho años (quince menos que su pánfilo pretendiente) y era una mujer aureolada de misterio, mitad estudiante, mitad buscavidas (la aureola de misterio seguramente la ponía la presbicia de Gasch). Finalmente accedió a mostrarme una foto de aquella Lotty, donde comparecía envuelta en una capa desteñida que le llegaba hasta los tobillos: era una mujer de ojos grandes y lentos, como ensanchados de miopía, pómulos salientes y boca que habría podido ser pizpireta y sensual, si no fuera porque todo su rostro lo invadía una especie de pánico ancestral que delataba sus orígenes. Gasch la había avistado en el café Flore, desgajada de la patulea *swing* con la que solía tratarse, a una hora en que los parroquianos ya habían desertado. Tal vez tuviese las tripas horras, tal vez padeciese algún vahído o alucinación, tal vez su tristeza irremisible lo empujara a este tipo de enamoramientos nacidos de una emoción violenta e inesperada; el caso es que le pareció del todo inconcebible que otra mujer más hermosa pudiera pisar la faz del planeta. Pero enseguida reparó en la desazón que la atenazaba.

—Era una bestezuela acorralada, y me miraba como el náufrago mira una tabla de salvación —dijo Gasch, con símil muy topiquero—. Me levanté y le pedí permiso para sentarme con ella.

Lotty, por supuesto, se lo concedió; y, tras las presentaciones de rigor, pasó a exponerle las razones de su tribulación, tan visible. La habían requerido de prefectura para que presentase una documentación exigida a todos los judíos insensatos que todavía permanecían en París; y Lotty, viuda y sola en la vida (o así se lo había hecho creer al cándido Gasch), quería que los gendarmes

pensasen que estaba casada con un gentil, a ser posible de un país como España, donde no rigiese la legislación racial de moda en la Nueva Europa. El papanatas de Gasch se había prestado a la pantomima, orgulloso de poder pasearse del brazo de una mujer joven y bonita desde el café Flore hasta la prefectura, primero por Saint-Germain-des-Prés y después por el Barrio Latino, para después cruzar juntos el Sena por el puente de San Miguel y recorrer brevemente el muelle del mercado, antes de internarse en el edificio señorial e intimidante como un arrecife donde se estrellaban tantas esperanzas. Enseguida advertí que aquella Lotty era una mujer tremendamente inteligente, tremendamente fría y calculadora, que había envuelto a Gasch en una tupida tela de araña, engolosinando su vanidad. Pero el muy memo no había reparado en su intención secreta, envanecido ante la expectativa de convertirse, siquiera por unas horas, en el paladín de una desvalida doncella.

—Recorrimos pasillos y oficinas, hasta dar con el despacho donde habían citado a Lotty —proseguía Gasch—. A mí me obligaron a permanecer a la puerta, pero al menos vieron que llegaba acompañada. Y que una hora después, cuando por fin la dejaron marchar, su presunto marido seguía esperándola, pacientemente.

Me asaltó una intuición, abrasadora de tan luminosa:

—Esa Lotty no está sola, Sebastián —le advertí—. Estoy seguro de que se ha casado en segundas nupcias o está amancebada con algún tipo que probablemente se dedique a actividades ilícitas. Ese tipo estaría ausente de París en aquel momento, preparando alguna fechoría, y te utilizó como tapadera, para hacer creer a los gendarmes que se hallaba en París, para así desvanecer las sospechas que pudieran caer sobre él, cuando cometiese el crimen que sin duda ha cometido. Probablemente, su maromo tenga algún parecido físico contigo, aunque sea somero.

Gasch parpadeó atónito de mis deducciones dignas de Sherlock Holmes. Parecía un vencejo que se ha posado en el suelo y ya no puede remontar el vuelo, con las alas gráciles de repente convertidas en un lastre.

—No puede ser… —se resistió patéticamente—. Lotty me profesa un afecto sincero, aunque no sea el afecto que yo desearía…

—Lotty te pone la miel en los labios para mantenerte engolosinado, pero a la hora de la verdad se cierra en banda, ¿a que

sí? —lo sonsaqué.

Su cara de niño papón y espantadizo se encogía y arrugaba, en pos de una vejez prematura. Si Lotty hubiese sido una israelita retaca de nariz ganchuda y cabellos oleaginosos, seguramente los polizontes la habrían retenido en prefectura y tal vez enviado a reparar puentes y carreteras o algo todavía peor. Pero Lotty era una joven agraciada y pizpireta; y durante los interrogatorios habría dimitido de esa sombra de pánico ancestral que nublaba su rostro, para camelarse mejor a los gendarmes aficionados al género sicalíptico (del mismo modo que a Gasch, aficionado al melodrama, lo había camelado haciendo pucheritos), hasta conseguir que la dejasen otra vez en libertad, con la obligación de renovar su permiso de residencia en París todas las semanas (y alguno de los gendarmes tendría la esperanza de llevársela al catre). Nada más salir de prefectura, antes de cruzar el puente de San Miguel, Gasch le compró un pomo de violetas en un puesto callejero (no tenía dinero para comprarle rosas), que Lotty agradeció alborozada, llenándolo de besos teatrales (pero sólo en los carrillos pendulones y en la frente que desde entonces no se había vuelto a lavar). Sonrojándose, Gasch miró entonces hacia el suelo y reparó en los zapatos de piel de antílope que calzaba Lotty, que estaban una pizca deformados porque la judía, tan menudita y esbelta, padecía sin embargo de juanetes. Esa nimia y conmovedora imperfección acabó de enamorarlo.

—La invité a cenar, aunque no tenía dinero para semejante dispendio, pero ella declinó la invitación, alegando que había quedado con unos amigos —continuó Gasch—. En cambio, me invitó a que fuera a tomar el té a su casa en Auteuil al día siguiente, y al otro, y al otro…

Lotty, aparentemente melosa, quería estar siempre acompañada por el iluso Gasch, adherida a él como la hiedra al tronco; pero, llegado el momento en que la corteza del tronco se ponía dura, la hiedra se volvía impenetrable y salía por peteneras de las formas más estrafalarias: a veces le proponía jugar una partida de ajedrez; a veces lo mandaba a la botica en busca de algún fármaco, porque le dolía la cabeza o el estómago; a veces le pedía que fuera a la tienda de la esquina a canjear los cupones del racionamiento por comida (sin duda Lotty contaba con cupones falsificados, al estilo de los que confeccionaba Goetz, y prefería, en caso de ser descubierta, que el

canelo de Gasch cargase con el mochuelo). Por supuesto, cuando conversaban, dejaba que el polaquito llorón le contase sus tribulaciones, o que le diese la tabarra con el último espectáculo de danza o función circense que hubiera presenciado, mientras ella mantenía un silencio deliberado y contumaz sobre su pasado (y también sobre su presente, fuera de cuatro banalidades previsibles). A Lotty le interesaba aferrarse a esa amistad disertativa y recadera, evitando que llegase a más, pero Gasch empezó pronto a estropear aquel idilio de mírame y no me toques con sus torpezas de cuarentón encalabrinado, con su devoción encendida, con sus palabras mendicantes de amor, con la ostentación machacona de sus sentimientos, con sus labios ansiosos de besar y sus manos acuciosas de palparle alguna molla, o siquiera de acariciarle los juanetes. Sólo esto último le concedió Lotty, dejando que Gasch le masajeara los pies y los cubriera de ósculos aturullados, mientras ella leía una revista, haciendo la vista gorda si Gasch le daba al manubrio entretanto; pero cuando el manubrio soltaba su lastre, Lotty apartaba repentinamente la revista y se carcajeaba despiadada y fríamente de Gasch, lo vejaba y humillaba y lo sacaba de casa a patadas juanetudas. Más tarde, cuando Gasch llegaba a su chiscón de la calle Rennes, desinflado como una vejiga de pez en dique seco, la portera le decía que Lotty había llamado citándolo otra vez en su casa de Auteuil. Y allá volvía el zascandil de Gasch al día siguiente, con el propósito de fingirse indiferente y castigador, pero en cuanto reparaba en los pies de Lotty embutidos en aquellos zapatos de piel de antílope con protuberancias a la altura del dedo pulgar, su propósito se derretía y Gasch se volvía otra vez manso y servil, para acatar todas sus exigencias, para cumplir sumisamente todos los recados que le encomendaba, para adoptar el papel de criado, con una entrega absoluta de su voluntad, hasta convertirse en un pingajo. Pero, en realidad, Lotty no había tenido que convertirlo, pues Gasch ya lo era, como yo bien sabía; Lotty, simplemente, lo había confrontado teatralmente con su íntima y deplorable realidad humana.

—Llegó un momento en que ya no me dejaba ni masajearle los pies —me reconoció Gasch, consternado—. Cogió entonces afición a la pintura y se pasaba las horas muertas ante el caballete, mientras yo me encargaba de fregarle los platos y barrerle los suelos y demás faenas domésticas.

—Está todo más claro que el agua, Sebastián —me reafirmé en mis sospechas—. La pájara de Lotty primero te cazó, con su trato melifluo y sus juanetes, después fingió curiosidad intelectual por tus aficiones chorlitas y, una vez que te tuvo amarrado, te convirtió en su chacha. Tú, entretanto, le sirves de figurante en sus visitas semanales a la prefectura. Porque, dime una cosa… ¿A que sigue pidiéndote que la acompañes cada vez que tiene cita con los polizontes?

Gasch asintió compungido, con los ojos inundados de desaliento.

—Me cita siempre aquí, en el Flore, o en el café Deux Magots —murmuró—. A veces, cuando llego, está coqueteando con algún jovencito de su edad…

—Natural, andará en busca de rabo de toro —comenté brutalmente—. Para cabestro ya te tiene a ti. Además, ha descubierto que tienes un fondo masoquista adobado de lloros que le gusta alimentar… —Y, tras las jocosidades, me puse serio—: Tienes que untarte de tocino para que no se te acerque más, Sebastián. Tienes que cortar por lo sano con ella, antes de que enfermes definitivamente.

Su aspecto, desde luego, no podía ser más birrioso y desgastado; y lo abrumaba una galbana extenuante que le impedía empuñar la pluma, aunque sólo fuera para escribirme sus gacetillas grimosas. Gimoteó:

—Pero no puedo prescindir de ella, Fernando. Prefiero padecer horriblemente por sus vejaciones y sufrir celos por sus desdenes; prefiero hacer el ridículo y aguantar todas las humillaciones que me inflige, tal vez inconscientemente.

Me enternecía su empeño pueril por mitigar la crueldad de aquella Charlotte Calmis de sus entretelas. Traté de espabilarlo:

—Conscientemente, Sebastián. La mujer es siempre premeditada, mucho más si desciende de las doce tribus.

—Pues prefiero sus humillaciones a andar vagando por las calles como un perro sin amo, ausente e inmensamente solo, con mi obsesión a cuestas y mi tormento de no poder olvidarla nunca…

Había intentado olvidarla mil veces, pero en sus paseos errabundos no hallaba cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la judía. La pastelería donde una vez Lotty se zampó cuatro o cinco pasteles para ahuyentar el hambre (a costa, naturalmente, del bolsillo escuálido de Gasch), el cine donde en cierta ocasión había tratado de tomarle la mano (para llevarse un sofión y

un cachete), el bar moderno con las mesas de sicomoro barnizado donde entraron para tomarse un refresco (a costa también del bolsillo caquéxico de Gasch), el quiosco donde Lotty compraba la prensa (eligiendo siempre las publicaciones más antisemitas, para estar prevenida y anticiparse a la siguiente batida policial o modalidad administrativa de acoso), los puestos de venta al aire libre donde elegía concienzudamente las naranjas y los plátanos que, junto a los pasteles, constituían su única dieta (y como los bolsillos de Gasch ya no guardaban ni un céntimo, la tacaña Lotty se resignaba al fin a pagarlos, rezongando). Cada rincón de París, cada portal, cada establecimiento, cada parque con cada uno de sus bancos y fuentes, le traían el recuerdo innumerable de Lotty, los mil instantes multiplicados infinitamente en los espejos de su memoria insomne. El mundo entero estaba lleno de Lotty, también el aire que respiraba; y si el aire traía efluvios un poco recios, se acordaba además de sus juanetes. Y entonces, fatalmente, tenía que implorarle que le dejase volver a verla; y vuelta la burra al trigo.

—Si al menos tuviera la certeza de que está casada o tiene un amante, yo tal vez, después de sufrir mucho, me curaría —aventuró utópicamente—. Pero esta incertidumbre...

—No te curarías, Sebastián —lo sacudí, para devolverlo a la Tierra—. Puede que ese descubrimiento, incluso, te encalabrinase todavía más. Eres demasiado débil.

Esbozó un gesto de resignación sojuzgada:

—Eso mismo me dice Lotty. También me dice que ella necesita hombres fuertes y dominantes que le exijan mucho. —Su voz era ya un naufragio moral sin esperanza de reflotamiento—. A mí me considera blando, servicial... inane. Ha logrado que el complejo de inferioridad me abrume. Ella es hermosa, joven, cultivada. Yo soy viejo, pusilánime, flojo y barrigudo. Sólo puedo ofrecerle mi admiración rendida. Incluso le he propuesto escribir una reseña de su pintura que podría publicarse en *El Hogar Español*... esta vez con mi firma, excepcionalmente.

Me miraba implorante, desde los sótanos de la abyección.

—Eso ni lo sueñes —dije, cortante—. Ni con tu firma ni con la del Papa. Lo que debes hacer es irte de putas un par de veces a la semana, que ya sabes lo que decían los romanos: *Semen retentum, venenum est.*

Tal vez por ello mismo yo estaba tan envenenado de resentimiento. A Gasch mi propuesta debió de parecerle fantasiosa, considerando que no tenía dinero ni para pagarse el café (como había dejado de proveerme de crónicas negroides, yo le había cerrado el grifo); y en cualquier caso una propuesta indecorosa, pues acostarse con una puta estando enamorado de Lotty le parecía poco menos que un sacrilegio. Entonces le saqué, al modo de un prestidigitador, uno de los pápiros de mil pesetas que le había afanado a Velilla, y mientras le hacía unos pases mágicos restregándoselo por los morros, su rostro se transfiguró, volviéndose más lozano y mofletudo.

—Es todo tuyo si me prometes que te lo gastas en putas, Sebastián —le advertí—. Procurando que sean distintas, no te vayas a encaprichar con una y salgamos de Málaga para entrar en Malagón.

Acordé con él que, además de reanudar la redacción de crónicas (por las que volvería a pagarle la limosnilla que le aseguraba una manutención esmirriada), me elaboraría un estadillo con la contabilidad de sus visitas a los burdeles, con la fecha y la dirección del establecimiento, así como el nombre artístico de la puta escogida para el desahogo.

—Te advierto que luego haré las comprobaciones pertinentes —le advertí—. Y como descubra que has tratado de engañarme, contaré en la avenida Foch que andas protegiendo judías, para que Rado te apriete las tuercas.

El checo Rado, con su cara estragada de quemaduras y su ojito de cristal vigilante, ya se había vuelto popular entre los polaquitos, pues alguno se había llevado alguna somanta de órdago, por andar repartiendo octavillas o tocándole el culo a Nana de Herrera. A Gasch lo invadió un temblor gelatinoso:

—No, Rado no, te lo suplico…

—De ti depende, Sebastián —zanjé el asunto—. Rompe con Lotty de una puñetera vez y Rado no te tocará un pelo, ni tampoco una uña. Y si, para terminar de romper, necesitas más financiación —dije, metiéndole el pápiro en el bolsillo de la chaqueta, sin rozar siquiera el moquero mugriento que le asomaba—, cuenta conmigo, que últimamente me siento espléndido. ¡Ah! Y si lo que te gustan son los juanetes, métete de ayudante en la consulta de un podólogo.

Y, para tratar de curarlo con tratamiento de choque, y también para que me hiciese una crónica para la hoja parroquial de Velilla, lo

llevé (cada recodo del camino recordándole abrumadoramente a Lotty) a la exposición «Le Juif et la France», que habían montado unos gabachos avispadillos y frenéticamente antisemitas, con patrocinio de la Propagandastaffel, en el llamado Palacio Berlitz, un edificio de oficinas al estilo yanqui, que hacía chaflán en el bulevar de los Italianos, al otro lado del río. Precisamente cubriendo la fachada achaflanada, a modo de siniestro crespón, los organizadores habían desplegado un inmenso cartel de resonancias expresionistas con un viejo judío de consabida barba de chivo y rasgos caricaturescos que, en su afán por dominar el mundo, sostenía entre sus garras un globo terráqueo. La intención de la exposición era, por supuesto, retratar a los judíos como sanguijuelas ahítas de sangre, ávidas de oro e inspiradoras del comunismo y demás «ismos» adláteres, concebidos para emponzoñar la pacífica convivencia de los gabachos. Además de un poquito burdos, los organizadores debían de pertenecer a alguna rama turulata de la escuela lombrosiana, porque la exposición se presentaba en paneles tremebundos, con acopio de diagramas, fotografías y caricaturas donde los judíos salían hechos un adefesio, todos narigones y escrofulosos, con ojos de besugo y boca de lamprea, resultado —así se podía leer en los letreros que explicaban aquella galería de los horrores— de «una triple conjunción entre blancos, mongoles y negros, de modo que sus rasgos deben algo a cada una de las tres razas primordiales». Gasch contemplaba la exposición como si asistiese a un espectáculo de *grand-guignol*.

—Tú fíjate qué monstruos, Sebastián —trataba de sugestionarlo—. Tu amada Lotty, bajo su bello aspecto y sus apetitosos juanetes, esconde a una mongola de ojos rasgados y a una negra de cabello rizado. ¡Menudo jaleo de razas!

A Gasch aquellos diagramas esquizoides, donde los judíos aparecían como un *collage* de deformidades y taras repescadas de la patología clínica, le provocaban una mezcla de pavor y pasmo. Se dejaba impresionar como un niño de teta:

—Pero... ¿sólo los judíos tienen mezcla de razas? ¿Nosotros no tenemos también un origen mixto?

Los diagramas fluorescentes emitían un zumbido como de mosca burrera en las salas sombrías. Era como visitar de noche un acuario de peces luminosos.

—Sí, pero nosotros tenemos los rasgos fusionados —lo aleccioné,

siguiendo al dedillo las lucubraciones chifladas que podían leerse en las cartelas—. Los judíos, en cambio, están hechos de remiendos o piezas… Unos labios negroides por aquí, un cabello estoposo mongol por allá, todo encajado a martillazos, como un zurriburri cubista, al estilo de lo que pinta Picasso.

Cada habitación estaba presidida por un cartelón con letras de colores chillones en los que podían leerse pensamientos sapientísimos y superferolíticos: «Los judíos controlan las sociedades secretas», «Los judíos viven del sudor y del trabajo de los demás», «Los judíos practican sacrificios humanos», etcétera; y cada letrero se ilustraba con más diagramas y caricaturas de judíos caracterizados como hidras o vampiros.

—Tú fíjate con qué caterva querías juntarte, Sebastián. Empiezas besando unos juanetes y acabas comiendo niños crudos —lo amedrentaba, haciendo visajes y aspavientos horrendos—. Quién sabe si Lotty no te habrá dado a probar algún higadillo de niño, haciéndote creer que era de pollo…

Las habitaciones tenebrosas y luminiscentes confluían en una gran sala central en la que habían levantado una escultura de escayola de casi diez metros de altura, titulada «Francia liberándose de los judíos», que era la apoteosis del arte *pompier* (pero todavía el sobrecogedor Rebatet no lo había denunciado en *Je Suis Partout*): una joven alta, atractiva y atlética (Francia) sometía bajo sus rodillas a un anciano decrépito y repulsivo (el judío), a punto de arrojarlo al abismo, mientras en brazos sostenía a un bebé risueño y mofletudo. Por supuesto, la joven tenía rasgos arios puros, a diferencia de las franchutes, que además parían menos que las mulas, por no perder la línea. O sea, que además de *pompier*, la escultura era quimérica.

—Tienes que escribirme una crónica exhaustiva y colorista de esta exposición, Sebastián, poniendo toda la carne en el asador —le exigí, sin renunciar al recochineo—. Y si quieres te dejo firmarla con tu nombre, para que puedas presumir ante Lotty…

—No, no, muchas gracias, Fernando —se excusó, reprimiendo un escalofrío—. Mejor será que la firmes tú.

Al salir de la exposición, gravitaba sobre París un cielo inmóvil, de un calor cenagoso; y las calles aplastadas por el bochorno se habían quedado súbitamente desiertas. Intentamos descender al metro, para evitarnos la caminata de regreso, pero todas las bocas estaban

custodiadas por soldados alemanes que requerían la documentación, hurgaban en los bolsos y cacheaban sin miramientos los cuerpos, así fuesen de hombre o de mujer. Al parecer, en los andenes de la estación de Barbés-Rochechouart, un oficial de la Marina alemana había sido abatido a tiros por un comunista de pelo crespo que había logrado escapar, abriéndose paso entre la multitud, tras dejar al oficial exánime nadando en un charco de sangre con sus tropezones de masa encefálica. Era el primer atentado digno de tal nombre que los alemanes sufrían desde que se iniciara la Ocupación; el primero de los muchos que a partir de entonces perpetrarían los comunistas, que mientras Alemania había respetado el pacto Molotov-Ribbentrop habían practicado la mansedumbre a rajatabla, invitando además a los obreros a mantener relaciones fraternas con el ocupante. Pero la invasión de Rusia los había galvanizado en un ejército de las sombras dispuesto a vender cara su piel, que era también —siquiera por delegación— la piel del oso ruso.

—Me temo que los alemanes la han cagado atacando la Tercera Roma —le dije a Gasch, mientras volvíamos a pie por la ciudad desierta—. Los muchachos de Stalin les van a dar para el pelo.

El Sena también se había quedado quieto, para escarnio de Heráclito, y sus aguas tenían el color de la sangre coagulada, como si anunciasen al faraón la ira de Yahvé, que nunca abandona del todo al pueblo elegido, ni siquiera cuando apostata. Gasch tuvo que aferrarse al pretil del puente, para no desmayarse. Los carrillos le temblaban como pellejos colgantes:

—¿Nos darán también para el pelo a nosotros, Fernando? —me preguntó, acongojado—. ¿También a nosotros?

Era un cobardón desaforado. Pero la cobardía es también a veces una forma de clarividencia.

XIV

Tal vez no hubiese llegado todavía el momento en que Moscú se convirtiera en la Tercera Roma, como había profetizado aquel Filoteo citado por Lequerica; pero Stalin contaba con un imperio mayor que el de Constantino que, desde las costas del Adriático hasta el mar de nácar de Corea, profesaba una fe unánime en la victoria, adunada en torno a su zar rojo. Stalin, por lo demás, no era el zoquete siniestro que pretendía la propaganda alemana, divulgando las maledicencias rencorosas de Trotsky y los testimonios terminales de Lenin. Que fuera despiadado y sanguinario no significaba que fuese idiota; pues la perversidad y la lucidez pueden cohabitar en el mismo individuo. Stalin poseía la duplicidad del eslavo, la frialdad del fanático y la astucia del mujik; y, sobre todo ello, contaba con el fermento de la escuela revolucionaria, que sabe agitar y enardecer a los hombres que previamente ha sojuzgado. Pero los alemanes seguían empeñados en presentar a Stalin y a su guardia pretoriana como una patulea de rasputines lerdos, maquinadores de los crímenes más sórdidos y ensañados pero incapaces de diseñar una estrategia bélica digna de tal nombre, incapaces de detener el avance impetuoso de las divisiones Panzer, que sin darse cuenta se estaban metiendo en los dominios del hielo. Ya quedaba menos para que cayera la primera nevada.

—Antes habrá caído Moscú —me aseguró Daranitas, pletórico y rejuvenecido por los teletipos de la campaña rusa que llegaban a la Propagandastaffel—. Y nuestros muchachos de la División Azul se pasearán por las calles de Leningrado, que volverá a llamarse San Petersburgo.

Pero en el área de Leningrado se hallaba una tercera parte de la industria metalúrgica soviética, que Stalin no iba a entregar tan fácilmente, aunque tuviese que sacrificar los seis millones de almas que se aprestaban a resistir el asedio. Stalin sólo necesitaba ganar tiempo, para que el General Invierno acudiera en su auxilio.

—Si tú lo dices, Daranitas… —me escabullí.

—Y lo que yo digo va a misa —se puso farruco—. La suerte de la antigua capital de los zares se ha decidido ya. Deberías hacerme más caso y dejar de abrir los oídos a los latiguillos y consignas de la British Broadcasting Corporation.

En alguna de sus emisiones radiofónicas recientes, De Gaulle acababa de justificar que los ocupantes de Francia fuesen abatidos a tiros; y había advertido que los alemanes que en aquel momento empezaban a caer, víctimas del fusil, el revólver o el puñal de los emboscados, no hacían sino preceder al resto, que perecerían en pavorosa mortandad en los campos de batalla y en sus propias ciudades, cuando pronto fuesen bombardeadas. Yo acababa de instalar en mi piso «arianizado» un aparato de radio que captaba entre interferencias las alocuciones londinenses del generalito altiricón, que galleaba cada vez con mayor desparpajo y tenía una retórica cesárea (aprendida literalmente en Julio César y Marco Aurelio), como si ya se viese de presidente de la Cuarta República. Cada día que pasaba, eran más numerosos los radioescuchas que prendían sus aparatos para atender clandestinamente las exhortaciones gaullinas o gaullescas —a buen seguro, Daranitas se contaba también entre ellos—, aunque luego no las pusieran en práctica, porque el gabacho es por naturaleza pinturero e inoperante como el valentón de Cervantes, muy amigo de calarse el chapeo, requerir la espada y mirar al soslayo, antes de bañarse en un agua de borrajas. Salvo que el gabacho sea comunista, claro; porque entonces obedece las consignas de Stalin como si fuesen designios divinos.

—No hace falta escuchar a los hijos de la Gran Bretaña para saber que los alemanes están empezando a caer en celadas, en París y en provincias, en la zona ocupada y en la zona libre —me defendí, sin demasiado énfasis—. Basta con no cerrar los ojos.

—A esos viles asesinos les van a dar su merecido, no te preocupes —dijo Daranitas con encono—. Y si no deponen pronto las armas, auguro que terminarán pagando justos por pecadores. Pero cuatro asesinos comunistas no valen por una nación. Francia entera abomina de esos crímenes y convive en paz y armonía con los alemanes.

No le faltaba razón. Los atentados todavía esporádicos (aunque con pretensiones crecientes de asiduidad) no habían logrado enturbiar todavía, pese a su estruendo de sangre, la convivencia plácida entre vencidos y vencedores. En el metro, en el tren, en el restaurante, en el

teatro, alemanes y gabachos se codeaban y apretujaban, sentados o de pie, sin que entre ellos brotasen signos de fastidio o malestar (y a veces, si se apretujaban mucho, surgía la colaboración horizontal). Era muy raro que, si un alemán pedía una seña a un transeúnte autóctono, se le respondiese con malos modos; y, en cambio, era habitual que se le atendiese con una deferencia empalagosa (pero el gabacho, además de pinturero e inoperante, es maestro del disimulo).

—Los franchutes tienen la habilidad de arrimarse al árbol de mejor sombra —sentencié, contagiado por el encono de Daranitas—. Pero si este invierno se le cae la hoja al árbol, correrán a cobijarse en otro, aunque tengan que buscarlo en la taiga.

—La taiga va a quedar más pelada tras el paso de las divisiones alemanas que la embajada soviética de la calle Grenelle —aseguró Daranitas, con la fe del carbonero—. Por cierto, supongo que te habrás apuntado a la visita a la embajada que ha organizado el teniente Schultz para los afiliados al Sindicato de la Prensa Extranjera, ¿verdad? Puedes ir con acompañante...

La Propagandastaffel nos había orquestado, en efecto, una visita guiada a la embajada rusa, cuyos ocupantes habían salido disparados en cuanto se anunció la operación Barbarroja, dejando casi intactas sus dependencias, sin tiempo suficiente para destruir los vestigios de sus crímenes. O eso, al menos, se nos hacía creer, si deseábamos seguir recogiendo el sobre reventón de marcos (que, sin embargo, comenzaban a depreciarse); pero yo sospechaba que los alemanes, en los tres meses transcurridos desde entonces, se habrían dedicado a decorar aquellas dependencias con un atrezo truculento que sugestionase a los corresponsales cretinos, quienes a su vez tendrían luego que sugestionar a las masas cretinizadas que leían sus crónicas.

—No me la pierdo ni por todo el oro del mundo. Ya sabes que soy muy aficionado a las aventuras tenebrosas y a las intrigas policiales —dije, procurando que la socarronería no me asomase demasiado, para no escandalizar a Daranitas—. Había pensado en llevar conmigo a César González-Ruano, si no te importa. Habría que empezar a rehabilitarlo, ¿no te parece?

Daranitas, que tenía muy presente el veto del cuñadísimo sobre Ruanito, sabía sin embargo de mis agarraderas entre gentes de su séquito, como Perico Urraca, y le bastó cruzar conmigo una mirada para entender que mi osadía contaba con todas las bendiciones, o

siquiera con algunas (las suficientes para hacerla tolerable).

—Faltaría más —afirmó Daranitas, con esa intuición felina del hombre que sabe recolocarse—. Conste que yo siempre le he tenido mucho cariño a Ruano, que escribe como los ángeles. Es una vergüenza que su firma haya desaparecido de nuestros periódicos.

—Todo se andará, Daranitas, todo se andará —dije, poniendo cara de rasputín de baratillo.

Había que ir creando ambiente para la visita a la embajada soviética, adonde en efecto llegué acompañado por Ruanito, después de comprobar que la vigilancia se había reforzado en todas las estaciones de metro, tanto en los andenes como en los vagones de los trenes, donde nos requirieron la documentación hasta en tres ocasiones (y a muchos viajeros les requisaron el saquito de alubias o el cartón de huevos de estraperlo que llevaban escondido entre las ropas). La embajada soviética había ocupado hasta tres meses antes un edificio destartalado y sombrío, mitad cuartel y mitad palacio, con algo de barco encantado o barracón donde se hacinan los trasgos, como tantos otros edificios del barrio que se extiende entre los Inválidos y el bulevar de Saint Germain. El teniente Schultz nos esperaba en el portón principal, donde se fueron congregando los corresponsales (algunos habían venido con las costillitas de recambio que se habían agenciado en París), todos ellos muy indignados de que los ocupantes no adoptaran medidas drásticas contra los atentados del naciente ejército de las sombras.

—Esas medidas llegarán muy pronto —aseguró Schultz, con benévolo gesto abacial—. Pero primero queremos que los franceses adviertan que las acciones de los terroristas les dañan más a ellos mismos que a nosotros. ¿A qué conduce que nos maten de noche y por la espalda? Únicamente a comprometer la política de colaboración que tan excelentes resultados ha deparado a Francia: liberación de prisioneros, facilidades administrativas... Todo eso se ha ido a pique ya. Y lo que vendrá será mucho peor. La sangre derramada de los inocentes clama justicia...

Y el teniente Schultz lo dejó ahí, aunque los corresponsales y sus querindongas (sobre todo las querindongas, que se relamían ante la expectativa de una venganza ejemplar, como sus antepasadas las *tricoteuses* de la guillotina) lo requirieron en vano con insistencia, para que anticipara en primicia la escabechina que se avecinaba. Pero

Schultz, siempre discreto y circunspecto, nada más añadió, indicando al grupo que pasáramos al interior de la embajada abandonada. En el vestíbulo, frente al arranque de la gran escalera, había un retrato al óleo de Lenin, con los ojos garzos coagulados de crueldad, el cráneo redondito como una bola de cañón, los pómulos salientes, todos los rasgos fisonómicos —o estigmas, según la terminología lombrosiana— de la raza tártara. Ruanito, al reparar en la barbita mefistofélica de Lenin, echó en falta la suya rojiza, que acababa de raparse, una vez derrotado el sarpullido gracias a las pomadas del doctor Marañón. Todavía le quedaban, sin embargo, algunas costras en la barbilla, que con la llegada del otoño se le empezaban a caer, dejándole la piel sonrosadita y genital, muy parecida a la que queda después de una quemadura.

—¿Y estos gachós por qué tenían el retrato de Lenin, y no el de Stalin? —me preguntó Ruanito, guasón—. Por esa regla de tres, en nuestras embajadas podría ponerse el retrato de Su Majestad Alfonso XIII...

—No lo verán tus ojos —dije, con ferocidad de camisa vieja—. El Orejas al hoyo y nosotros al bollo.

Schultz nos mostró un dispositivo muy complejo, simulado en la portería de la embajada, a través del cual el portero podía vigilar, gracias a una hábil combinación de espejos, no sólo a los visitantes que se acercaban al edificio, sino también a los transeúntes que paseaban por la otra acera. A Ruanito el ingenio lo puso cachondo:

—¡Quién tuviera un aparato así, para espiar sin ser visto a las vecinitas que se pasean en bragas por su casa!

—Las vecinitas que se pasean en bragas por su casa, sobre todo si son franchutes, lo que quieren es verte mientras las espías, Ruanito, a ver si te enteras —lo amonesté eutrapélicamente—. Que, para ser tan cochino, parece que has nacido ayer.

Subimos las escaleras y nos condujeron por corredores sombríos, apenas iluminados con tragaluces enrejados por gruesos barrotes de hierro. Las puertas acorazadas de las habitaciones se abrían mediante conmutadores eléctricos; todas ellas evocaban implacables interrogatorios y angustiosos encierros. Sus paredes estaban insonorizadas con corcho, y alquitranadas por dentro y por fuera, para que el sol las recalentara hasta convertirlas en un horno donde los detenidos se recociesen y deshidratasen lentamente. Los suelos

estaban inclinados, o erizados de ladrillos pegados de canto, para dificultar los paseos desasosegados del detenido e impedir su descanso; y en las paredes curvas había pintados motivos geométricos alucinatorios, al estilo de un Paul Klee siniestro, o de un Picasso con resaca de *pippermint* (o sea, un Picasso en plenitud de facultades). Los relojes que colgaban de las paredes adelantaban o atrasaban a voluntad de los carceleros, para alterar los horarios del sueño y de las comidas de los detenidos, para hacer más eternas sus esperas y más acuciantes sus hambres; y no faltaba una legión de metrónomos impertérritos dando la matraca. Daranitas se llevaba las manos a la cabeza, como si le fuesen a reventar las meninges:

—¡Qué monstruos de maldad! —exclamaba—. Estos refinamientos y sibaritismos del espanto no se le ocurrirían ni al doctor Mabuse.

Le resté un poco de épica a la maldad soviética o a la sorna de los atrecistas que hubiesen decorado aquellas habitaciones, tras la espantada de sus inquilinos:

—Bueno, en realidad se le ocurrieron antes a Alfonso Laurencic, el tarado que diseñó las checas de Barcelona, que por cierto era gabacho —le recordé a Daranitas—. Pero a este Laurencic ya lo fusilamos, así que quien haya diseñado estas celdas será algún discípulo suyo, que así honra la memoria de su maestro.

A Schultz no le agradó demasiado mi comentario, a juzgar por su mohín un poco estreñido y tenso. Ruanito puso una nota más jovial e irreverente:

—Pues a mí esta embajada me recuerda las atracciones de feria con las que nos metían miedo de niños —dijo. Y suspiró, evocador—: ¡Pero qué miedos tan placenteros!

Ruanito disfrutaba más que nadie, recobrando aquellos sentimientos de la infancia que creía perdidos, para consternación del teniente Schultz, que había organizado aquella visita con la intención de que los corresponsales saliesen de allí acongojados y dispuestos a propalar a los cuatro vientos las intoxicaciones urdidas por la Propagandastaffel. En otra ala más burocrática de la embajada tampoco faltaban elementos lúgubres o intimidantes: cada armario y cada fichero, revestidos de paredes metálicas, estaban provistos de resortes ocultos y cierres de seguridad mucho más enrevesados que la caja de caudales de Velilla; y había una centralita oculta en un cuarto

de difícil acceso desde la que los agentes secretos escuchaban las conversaciones de su propio embajador. En habitaciones comunicadas aparentemente por una puerta se interponía un muro de cemento provisto de una abertura circular por la que cómodamente podía introducirse un brazo (Schultz así lo hizo, mientras nos explicaba su utilidad). Y en la puerta de la habitación contigua (porque había dos puertas, una a cada lado del muro de cemento) había un orificio mucho más pequeño, concéntrico de la abertura circular en el muro de cemento, para que el brazo armado con una pistola disparase a través de él, sin que la víctima pudiese comprender de dónde procedía el disparo.

—¡Qué delicia! —dijo Ruanito, ajeno al ceño cada vez más mohíno de Schultz—. ¡Es un truco digno de Houdini!

Daranitas me pidió por lo bajinis que tratase de apaciguar a Ruanito, quien a medida que avanzaba la visita se iba despendolando más, en una regresión gozosa a la infancia. Pero yo no estaba muy dispuesto a reprender a Ruanito, porque algo parecido me sucedía a mí, cada vez más fascinado con aquel repertorio de ingenios tétricos, no sé si genuinos o aliñados por la Propagandastaffel. La emisora de radio de la embajada había sido destrozada por los soviéticos antes de escabullirse; pero allí se almacenaba un arsenal de fusiles, ametralladoras, bombas de mano, máscaras antigás e ingente cantidad de munición, suficiente para aguantar meses de asedio o incluso armar un comando de cierta envergadura. En las mansardas del edificio había un laboratorio de productos tóxicos y colecciones de máquinas infernales para perpetrar trepanaciones o abortos, con un instrumental quirúrgico marciano o surrealista, como concebido por un híbrido del Marqués de Sade y Salvador Dalí, con escalpelos de sierra, fórceps dentados y tijeras con brazos como pinzas de langosta. También había adminículos de ciencia ficción, como cigarrillos explosivos, anillos que emitían ondas hertzianas, mecheros que escondían una pistola en miniatura y gafas con rayos X que permitían descubrir armas ocultas debajo de la ropa.

—Y tal vez sirvan también para desnudar a las vecinitas —incité a Ruanito.

Me miró entre crédulo y coñón:

—Hay que reconocer que estos bolcheviques son la caraba.

El teniente Schultz, que estaba aprovisionando a los demás

corresponsales de alfalfa antisoviética, interrumpió su cháchara, para afear sin ambages nuestra murga. Ruanito calló compungido y ambos afectamos prestar una atención de besugos hipnotizados.

—Los agentes del SD encontraron en la mañana del 22 de junio ochenta millones de francos en las maletas de los últimos funcionarios rusos —aseguró el teniente Schultz, provocando las exclamaciones de envidioso estupor de los corresponsales y sus querindongas—. Sin duda, con esa fortuna pagaban a los agentes que se encargaban de cumplir los designios del Kremlin en Francia.

Y los corresponsales crédulos respiraban aliviados de que aquella red de felones se hubiese quedado sin financiación, de tal manera que esos ochenta millones de francos pudieran utilizarse para empresas más nobles, como por ejemplo avituallar los sobres que la Propagandastaffel repartía a fin de mes. El plato fuerte de la visita —que el teniente Schultz había dejado para el final, como el vino más gustoso en las bodas de Caná— fue el descenso hasta los sótanos del edificio, donde se guardaban dos hornos capaces de alcanzar temperaturas elevadísimas en cuestión de segundos que, según aseguraba el teniente Schultz, habían sido empleados como hornos crematorios, no sólo de documentos comprometedores, sino también de disidentes trotskistas y rusos blancos despistadillos. El teniente Schultz abrió muy teatralmente la compuerta de uno de los hornos, haciendo correr cerrojos y girar válvulas.

—Observarán que todavía hay algunos... vestigios entre la ceniza —informó, en un tono funeral—. Una sortija y una dentadura postiza, para ser exactos.

No podían haber elegido vestigios más ridículos e inverosímiles para rematar aquella mojiganga macabra. Pero la sortija y la dentadura postiza (sobre todo la dentadura, que asomaba su sonrisa pavisosa y torrefacta entre las cenizas) impresionaron sobremanera a los corresponsales y sus querindongas, que desfilaron ante la compuerta del horno y se agacharon reverenciosamente, como si allí dentro se guardase el brazo incorrupto de Santa Teresa. Mientras aguardábamos nuestro turno, arranqué a Ruanito una costra de la barbilla que estaba a punto de desprenderse, la envolví en un gargajo bien espeso y, cuando me tocó agacharme para ver la dentadura postiza y la sortija de atrezo, arrojé la albóndiga resultante al interior del horno, para que se rebozase bien de cenizas. Solté un grito de

fingido horror:

—Y no sólo una sortija y una dentadura postiza, teniente —dije, acezando como si acabase de verle una almorrana al diablo—. Ahí dentro hay también… un trozo de víscera… un menudillo o algo así.

Apunté al interior del horno, donde el gargajo tumescente, enjaulado en su rebozo de ceniza, parecía casi palpitar, como una amígdala recién extirpada o una almeja arrancada viva de la concha. El teniente Schultz se agachó y escrutó las cenizas, hasta dar con el borujo viscoso.

—¡Dios santo! —murmuró—. Y aún habrá gente que dude de nuestra palabra y niegue los crímenes de esos salvajes…

Pero escondía las manos, poco dispuesto a extraer la piltrafa que probaba definitivamente que en aquella embajada se habían perpetrado crímenes impronunciables. Tampoco se atrevió a hacerlo Daranitas, a quien se le anegaron los ojos de lágrimas, imaginando con todo lujo de detalles el descuartizamiento de algún inocente que después habría sido chapuceramente incinerado; ni se atrevió tampoco ninguno de los corresponsales del Sindicato de la Prensa Extranjera, ni sus querindongas bullangueras (que ponían ojos golosones mientras examinaban la piltrafa, como si mirasen esa croqueta última que queda en el plato y nadie se atreve a coger, por respetos humanos). Ante la falta de arrojo de los circunstantes, pedí que me abrieran un hueco, para tratar de extraer yo la piltrafa.

—Adelante, Navales —me exhortó Schultz, con esa jeta solemne del oficial que se queda en el parapeto, mientras envía a sus soldados a tomar la posición enemiga, donde los recibirán con fuego graneado.

Metí la mano en el horno y rebocé todavía más de ceniza el gargajo, fingiendo que se me resbalaba. Tenía la consistencia blanda de las cocochas al pilpil de Lequerica; y en uno de los resbalones fingidos lo reventé con la uña, para que asomase entre su viscosidad cenicienta la costra de Ruanito, para entonces reblandecida y sanguinolenta como una branquia. Aparté la mano como si hubiera tocado un clavo ardiendo y me retiré de la compuerta del horno, fingiéndome abrumado por la congoja o por el asco (o por ambas cosas a la vez). La postilla de Ruanito, con su cenefa de moco sanguinolento, completaba junto a la sortija y la dentadura postiza un bodegón formidable.

—Vean, vean con sus propios ojos, queridos amigos, las gestas del

comunismo —dijo Schultz, muy pálido—. Vean lo que Alemania está haciendo por la civilización.

Fueron desfilando otra vez los corresponsales ante la compuerta del horno, medrosos y cabizbajos. Algunos contenían a duras penas las bascas; pero a sus querindongas, tras el paripé de los grititos y los melindres, les brillaban los ojos como ascuas. Sólo Ruanito descubrió el embeleco, pero nada dijo, sino que prorrumpió en execraciones virulentas que remató con el lema del cuñadísimo (olvidando por un instante que era su némesis):

—¡Rusia es culpable!

Y todos los presentes repitieron el lema, en un pentecostés de lenguas, algunos con voz más abrumada y otros más vindicativa, pero todos dispuestos a seguir cobrando el sobre a fin de mes. A buen seguro, muchos de ellos, cuando regresasen a casa y se pusieran a escribir su crónica con el hechizo de la visita ya disipado, llegarían a la conclusión de que la aparición del menudillo en el horno, como la sortija y la dentadura postiza que le servían de guarnición, era en realidad un tinglado maquinado por las mentes retorcidas de la Propagandastaffel. Pero ninguno se atrevería ni siquiera a sugerirlo en su crónica, sino que más bien exagerarían todos el tamaño y estado de descomposición de la piltrafa, en unas olimpiadas del sensacionalismo que, sin duda, dejarían muy contento al teniente Schultz. Concluida la visita, cuando el grupo ya se había disuelto, Ruanito celebró mi superchería con su risita de barítono malogrado por la nicotina:

—¡Qué cuajo tienes, chico! Me has dejado epatado. Pero no se me ocurre un colofón más adecuado a la visita. Ese golpe de efecto tan horripilante no lo superan ni en el cabaré del Infierno. —Suspiró, melancólico del despliegue de truculencias—. ¿Tú crees que el panoli del teniente Schultz se lo tragó?

Por las calles del barrio de Saint-Germain patrullaban soldados alemanes, a veces en parejas, a veces en pelotones más preocupados de la vigilancia que de la formación. A París se le ponía el gesto cada vez más huraño.

—Supongo que pensaría que el gargajo formaba parte del atrezo montado por la Propagandastaffel, por eso me atreví a echar más leña al fuego... —dije, sin darme importancia—. Y también para que comprobases mis habilidades de falsario. Si voy a formar parte de tu cogollito, tengo que demostrar mis aptitudes...

Ruanito me impuso las manos sobre la cabeza, como si me estuviese administrando algún sacramento supernumerario. Tenía las uñas muy renegridas, como si la tinta que había dejado de gastar por dejar de escribir se le juntase en las yemas de los dedos, deseosa de derramarse:

—Quedas nombrado caballero laureado de la Orden Falsaria de Montparnasse —dijo, con una suerte de unción burlesca—. Te ruego que no faltes al próximo capítulo.

—No faltaré, alteza reverendísima —aseguré, reconociéndole la dignidad de Gran Maestre de la Orden—. Aunque no tenga arte, quiero llevarme mi parte.

Otros que no tenían ni arte ni parte estaban a punto de llevarse una descarga de plomo, en venganza por los atentados del ejército de las sombras. Las golondrinas emigraban flechadas, antes de que las espantasen las detonaciones.

XV

Lo había exigido Robert Brasillach desde su tribuna de *Je Suis Partout*, con la cólera característica del hombre bajito: «Nada de piedad con los asesinos de la Patria... ¿A qué esperan para fusilar a los cabecillas comunistas ya encarcelados?». En los soportales de la Kommandantur, plaza de la Ópera, donde diariamente se fijaban los avisos que reglamentaban la vida de los parisinos, imponiéndoles toques de queda cada vez más restrictivos, pejigueras de salubridad pública o reglas de urbanidad que parecían dirigidas a un internado de pupilos díscolos, apareció de repente el bando fatídico. Por cada agresión o atentado que sufriesen las tropas de la guarnición alemana serían fusilados diez rehenes, cinco de ellos militantes comunistas y otros cinco de filiación judía. Los curiosos que se congregaban en torno a los carteles de tinta todavía húmeda que reproducían el bando fatídico en alemán y francés ya no se atrevían —como había sido su costumbre hasta entonces, cada vez que un nuevo bando se hacía público— a rechistar, ya no gesticulaban soliviantados, ni juraban en arameo, ni improvisaban esos comentarios sarcásticos con los que hasta entonces se habían resarcido de su penosa sumisión. Por el contrario, cruzaban medrosos de acera y corrían a refugiarse a sus respectivos hogares, como si por haber posado los ojos sobre aquellos renglones hubieran recibido un boleto en la tómbola macabra que justo entonces se iniciaba. Y mientras caía el sol sobre los tejados, París se transformaba en una ciudad sin habitantes, como las ciudades soñadas que aparecen en los cuadros de la etapa metafísica de Chirico (y también en los pastiches de Óscar Domínguez), con sombras inverosímiles alargándose sobre las plazas repentinamente desiertas y pisadas cuyo eco restallaba en las fachadas como una pelota de frontón.

Caminaba a mis anchas por aquel París petrificado por el miedo, mientras me dirigía al estudio de Ruanito. El cielo se había vuelto de un mármol cárdeno con vetas de sangre, los árboles eran de repente fósiles ateridos, el Sena deslizaba bajo los puentes una lengua de

basalto y las iglesias vaciadas por la apostasía se erigían como acantilados de sombra sobre los tejados. En las floristerías, las flores habían renunciado a su condición vegetal para volverse de trapo; y las *bouquineries* de las márgenes del Sena ofrecían libros de pergamino helado, libros como lápidas de escritura borrosa o indescifrable, mientras Notre Dame se alzaba al fondo, como un silo dispuesto a acoger una cosecha innumerable de cadáveres. A medida que dejaba atrás el río, la ciudad petrificada se volvía aún más funeraria, hasta desembocar en un Montparnasse cavernoso y catacumbal, erizado de farolas y cipreses como estalagmitas de luto. Ruanito se había instalado en aquel barrio en busca de un ambiente sensual a tono con su alma desvelada de fiebre y de vicio, pero iba a tener que respirar desde entonces su aire difunto, su perfume de perpetua noche acechada por la brisa del miedo. En un radio de apenas doscientos o trescientos metros de la calle Campagne Première, donde se hallaba su estudio, vivían todos los miembros de su cogollito: Honorio García Condoy en la calle Boissonade, Pedro Flores en la calle Bocca, Óscar Domínguez en el bulevar Montparnasse, incluso Viola acababa de instalarse allí, en la misma calle Campagne Première, compartiendo chiscón con su novia Edita Hirschova, Tita, la judía de ascendencia checa que desde ese mismo día contaba con más boletos en la tómbola macabra que iba a nutrir los cementerios.

—¡Salve, Navales! Los que van a morir te saludan —me dijo Viola, con su voz de cantaor que no puede cantar, tomándose a chirigota el bando reciente—. Llegamos puntuales a la cita.

Traía de la mano a su novia checa, que era una joven bien plantada, de ojos desconfiados, nariz aguileña y pelo corto y revuelto, muy a lo Gavroche. Tenía las caderas acogedoras y los muslos prietos; pero se le notaba por los andares envarados y dubitativos que era un poco o un mucho cegata. Y, por el tono desgañitado que Viola empleó en las presentaciones, deduje que era también sorda como una tapia.

—A Tita tienes que hablarle a gritos, Navales. Y, además, no ve un burro a tres pasos —me confirmó Viola—. Pero tampoco Monet veía un burro a tres pasos, y a Goya también había que hablarle a gritos. Nadie es perfecto.

A Tita Hirschova, que asimismo pintaba (algo más torpemente que Goya y Monet, sin embargo), le gustaba más la pluma que el arado, como al propio Viola, que la había conocido en el gatuperio o

quilombo de *La main à plume*, donde todos y todas se pasaban los novios y novias, como quienes se pasan una botella para beber del gollete. Según me contó Viola mientras llegábamos al estudio de Ruanito (y Tita lo confirmaba con cabeceos de conformidad, como si lo oyese), se ganaba malamente el sustento pintando retratos a volapié por los cafés; pero como los retratos no eran surrealistas, los capitostes de *La main à plume* la juzgaban muy severamente, con ese fanatismo meningítico que caracterizaba a los acólitos de Breton, que exigían adhesión sin fisuras a los postulados de su movimiento a todo quisque, incluidos los obispos y las verduleras, si no querían ser excomulgados.

—Pero yo a Tita la quiero igualmente, aunque no sea surrealista —concluyó Viola, haciéndole cucamonas.

—Ya, Viola, pero no podemos andar metiendo a nuestras pichurris en el negocio —le reproché—. Las mujeres siempre acaban yéndose de la lengua. Y si encima están de rechupete como Tita pueden provocar rivalidades entre los gallos del corral.

Aunque, desde luego, antes de entrar en rivalidades de corral, yo renunciaba a mi cresta y a mis espolones, aun a riesgo de parecer sarasate. Las retratistas de café no eran mi género literario predilecto, y mucho menos si encima tenían boletos en la tómbola macabra que estaba a punto de empezar. Tita y Viola intercambiaron una mirada amartelada:

—Tita es distinta a todas, porque como ni ve ni oye no se entera de nada —me tranquilizó el baturro—. Además, César está al tanto y me ha dado autorización.

Me exasperaban estas lenidades de Ruanito, que seguramente buscase recambios para sus contubernios de catre, tras el fiasco del poeta excelso y su señora con aliento de arenque, pero no seguí disputando, por no gastar saliva. El estudio de Ruanito daba sobre el pasaje del Infierno, donde Rimbaud había tenido un picadero, para darse y tomar por el culo con Verlaine. En el portal un cartelito solicitaba a los visitantes que se limpiasen los zapatos en el felpudo de la entrada; pero el felpudo, por supuesto, lo habían robado. Se accedía al estudio por una escalera pina y bastante sucia de peldaños desiguales, donde las pantorrillas de Tita se volvían lección de anatomía, haciendo olvidar su sordera y miopía. Llamamos a la puerta con los nudillos, a falta de timbre o aldaba; y salió a abrirnos Ana María Sagi, con el niño Cuco en brazos, dormido como un tronco.

—¡Vaya, más mujeres! —me quejé—. Al final esto va a parecer un gineceo.

Y no disimulé un mohín de contrariedad. Había estado rehuyendo a Ana María Sagi durante los últimos meses, temeroso de que pudiera culparme por el cierre del Centro Social del curita Tarragó, una fechoría de la que, ante cualquier otra persona, no habría tenido reparo alguno en pavonearme; pero no ante ella, que tenía la virtud —o el defecto— de resucitar en mí al hombre compasivo que yo no era, que abominaba ser, que luchaba por reprimir y asfixiar, porque la compasión era incompatible con la misión que Urraca me había asignado, además de un humillante resabio cristiano. Pero aquella Ana María, roja y bollera, me arañaba el corazón que yo creía de pedernal, tal vez porque me había elegido como depositario de sus confidencias más espinosas. Y los corazones arañados de espinas tienen razones que la razón no entiende (y el resentimiento tampoco).

—¿Tanto te molesta, hijo? —se defendió Ana María con donaire —. Ya sabes que César y yo somos amigotes desde nuestros años mozos. Y me paso media vida en su casa, cuidando de Cuco. Era muy complicado mantenerme al margen.

Y me mostró al durmiente Cuco, invitándome a que le estampara un beso en los mofletes. Lo hice a regañadientes, por no desairar a los padres, con la misma prevención y remilgo con que besaba la figura del Niño Jesús en las celebraciones navideñas de la calle Pompe. El niño Cuco era blandito, sonrosadito, con una pelusilla rubia aureolando su cabeza sin remordimientos ni pensamientos turbios; y se bababa un poco mientras dormía.

—¿Verdad que dan ganas de comérselo a bocados? —me preguntó Ana María.

Y me lo mostraba con orgullo de madre verídica, no de niñera adventicia. Quizá mirándose en la inocencia del niño Cuco curase su secreto dolor y lavase las manchas de fango y de sangre con que la había ido salpicando su vida airada. Noté que se agrietaban las murallas de mi resentimiento, que creía inexpugnables; y mi demonio de la perversidad se revolvió rabiosamente contra esa piedad intrusa, mientras Viola y Tita pasaban al estudio, para reunirse con los anfitriones y los demás miembros del cogollito:

—¿Y qué ha sido del curita Tarragó? —pregunté maliciosamente

a Ana María—. He sabido que le ordenaron cerrar su Centro Social…

Ana María me miró con ojos más caritativos que acusadores:

—Le revocaron el permiso injustamente. Algún judas debió de maniobrar por detrás. Mala gente que camina y va apestando la tierra…

Hice como que la cita del Machado de la cáscara amarga ni siquiera me rozaba. El estudio de Ruanito era una pieza única bastante espaciosa, con una cocina a la americana en la que Mary de Navascués trajinaba con una paellera, enmandilada sobre el camisón de noche y con las katiuskas puestas; advertí que tenía la barbilla pelada y sonrosadita, como si acabase de dejar atrás un sarpullido primaveral que acababa en un otoño de postillas caedizas. El estudio estaba decorado con cuadros de diferentes estilos (pero todos hermanados en la pacotilla), así como estatuas y máscaras africanas que Ruanito adquiría en el Mercado de las Pulgas. Había una escalera que conducía al altillo donde se hallaba el único dormitorio; y Ruanito, siempre tentado por los exotismos tremebundos, la había alfombrado con una piel de serpiente gigantesca, por lo menos anaconda o pitón. Ruanito y Mary de Navascués habían convertido un apartamento destartalado en un lugar relativamente confortable, con ese sentido de la simulación y esa glorificación de la baratija tan propios de los marqueses apócrifos que, sin embargo, logran dar el pego de una vida desahogada, incluso medianamente lujosa. Ruanito restó hierro a las incorporaciones mujeriles:

—Un cierto toque femenino le viene de perlas al cogollito, no seas tan gruñón —me reprendió—. Ya sabes que soy muy partidario de rodearme de amigotas. Y Mary me lo permite, a cambio de rodearse ella de amiguitos.

Rieron ambos, muy jacarandosos y comprometidos en la misma causa; aunque Mary de Navascués lo hizo a la vez que lo atizaba teatralmente con la espumadera, para que todo pareciese una chanza grotesca. Viola, entretanto, había sacado de un morral los documentos falsos que le suministraba Goetz, el yanqui afrancesado pintor de amebas y paramecios, y los depositaba con mucho mimo sobre la mesa donde se congregaban los demás miembros del cogollito, que no se atrevían a tocarlos siquiera, como si fuesen mariposas disecadas o hímenes en salazón. Óscar Domínguez se había traído una especie de muleta, con la caña recortada y el estribo donde se apoya el sobaco

adaptado a su barbilla, para apoyar el cabezón modorro. Honorio García Condoy estiraba el pescuezo, como hacen las tortugas al despertarse de la hibernación, en ademán ponderativo, mientras Pedro Flores batía palmas, no se sabía si aplaudiendo la destreza de Goetz o tentando los palos del flamenco.

—Están listos para rellenar con los datos del comprador y pegarles su fotografía —dijo Viola—. Luego la foto hay que sellarla por el procedimiento de la patata, claro, pero eso ya he aprendido a hacerlo.

Viola aprendía muy pronto a hacerlo todo, sobre todo las trapisondas y las golferías. Ruanito ensalzó el trabajo de Goetz:

—Como está casado con una puritana que lo mortifica, el tío ha desarrollado la paciencia del miniaturista. Todos los virtuosismos y virguerías nacen de una privación.

Por eso Ruanito, que no se privaba de ningún vicio, pecaba siempre de chapucero y desmañado. Mary de Navascués traía la paellera cogida de las asas con ambas manos, y pidió que despejáramos la mesa. Viola guardó otra vez los documentos falsificados con la reverencia que se destina a las reliquias, mientras quienes aún no nos habíamos sentado a la mesa buscábamos sitio.

—Ahora que ya tenéis la materia prima, debéis ponerla a la venta cuanto antes —nos urgió Mary de Navascués mientras nos servía la paella, deseosa de comprarse un abrigo de garras de astracán para afrontar el invierno.

La paella no era el plato más recomendable para la cena, y además estaba un poco pedregosa, pero con las restricciones alimentarias que padecíamos los estómagos del cogollito habían ido reuniendo jugos gástricos excedentes, incluso para digerir el arroz crudo.

—De vender los pasaportes se va a encargar ni novia Tita, que conoce a muchos judíos —dijo Viola, dando cuenta de su ración.

—Pues es ahora el momento de hacer el negocio —comentó Ruanito, implacable—. Con el bando de esta tarde, los judíos que todavía queden en París ya saben que tienen que ir poniendo las barbas en remojo.

—Y los caireles ensortijados y grasientos de las sienes también... —añadió Condoy, malicioso.

—¡Antes de que los dejen pelaos! —remachó Flores, con risotada

de resorte.

Ana María Sagi, que comía de pie mientras mecía y arrullaba al niño Cuco, los reconvino, con una sombra de pena:

—Parece mentira que habléis con tanta frivolidad de esa pobre gente —murmuró—. Y tampoco me parece bien que hagáis negocio a costa de su dolor.

Ruanito carraspeó y lanzó al cogollito una mirada de párpados bajos, para que se reportaran:

—Ana María, ten en cuenta que, para los judíos, hacerse con un pasaporte o un visado falsos es una bendición del cielo —dijo, restando hierro a la vileza y dejándola en venial truhanería—. Nosotros ganamos un dinerillo y ellos salvan el pellejo. Aquí nadie pierde.

Pero ella no estaba dispuesta a transigir. Se obstinó:

—Yo de las ventas de los pasaportes no quiero ni un franco. Me conformo con el dinero de los cuadros.

Y me miró fijamente con sus ojos de cierva vulnerada, como si me estuviese dando la última oportunidad, tras la fechoría del curita Tarragó. Me ablandé, imperdonablemente:

—Yo tampoco quiero saber nada de los pasaportes, allá os las compongáis Goetz, Viola y tú —dije, abrumado por su mirada—. Lo que no acabo de entender es por qué tiene que ser Tita la que se encargue de vender el material. Siendo sorda y miope, no se enterará de la misa la media, y los alemanes no tardarán en descubrir el fregao.

Como estaba teniente, me atrevía a hablar de Tita en su presencia en términos expeditivos y poco amables; pero, mientras lo hacía, le sonreía gentilmente, para que pensase que me estaba refiriendo a ella en términos alabanciosos o galantes. Viola sacó la voz áfona como si fuera una navaja de Albacete, codiciosa de sangre contraria:

—Eres un malasombra, Navales. Tita es la intermediaria perfecta. Ningún judío dudaría de una mujer de su raza.

—Y sus minusvalías actuarán en nuestro beneficio —intervino Ruanito—. Nadie sospechará de la inocencia de una muñeca tan hermosa, siendo además sorda y cieguita.

Los tres pintores del cogollito nada decían, sino que embaulaban la paella, primero rebañando el plato, después arramblando las sobras de la paellera y trasegando vino sin descanso, para embriagarse cuanto antes y así poder defender más elocuentemente las

falsificaciones que habían perpetrado, que no eran completamente virtuosas ni virgueras. A mí la paella con sus tropezones me había caído como un tiro en el estómago, que me devolvía los pimientos morrones en reflujo o regurgitación. Con mucho disimulo, los iba escupiendo delicadamente en la servilleta, como si fueran hemoptisis de poeta tuberculoso.

—Y ahora vamos a examinar esos cuadros y esculturas, a ver si pasan la aduana de mi ojo experto —dijo Ruanito, frotándose las manos.

Se había hecho, entretanto, la hora del toque de queda, así que tendríamos que quedarnos todos en el estudio hasta las cinco de la mañana, ahogándonos en azumbres de vino, como los tudescos moscos de los sorbos finos que cantó el poeta. Se distinguía enseguida que había llegado la hora fatal porque varias ventanas que daban al mismo patio que el estudio de Ruanito —un patio con el encanto mortecino y el abandono romántico de una placita de pueblo— se apagaron simultáneamente, como si a todo el vecindario se le hubiesen fundido los plomos. Los gabachos no tienen persianas, prueba inequívoca de que follan poquísimo, aunque den mucho la tabarra con el adulterio en sus novelas.

—¿No nos denunciarán por tener la luz encendida? —preguntó Óscar Domínguez, alzando asustado la barbilla de la muleta.

—Si nos denuncian no nos pasará nada. Fernandito tiene unas agarraderas cojonudas en la avenida Foch —respondió Ruanito, tomándose demasiadas licencias.

Pero las agarraderas me las brindaban los informes sobre las actividades de los polaquitos que me facilitaba Nana de Herrera; y con la gira de actuaciones por Alemania que le había conseguido, en la avenida Foch consideraban sobradamente saldada su deuda conmigo (y, además, me habían cogido tirria, pues creían erróneamente que disfrutaba del culo opulento de la peruana, mientras el capitán Alisch penaba, sin catar a María Casares). Flores fue el primero en mostrarnos su mercancía. Había probado suerte con unos retratos de labriegos solanescos y apóstoles del Greco, que no había pergeñado nada mal en cuanto a composición y colores; pero todos tenían pinta de toreros, con muchos chirlos en la jeta y una apostura cimbreña que resultaba incongruente y en exceso presumidilla en destripaterrones y pescadores de hombres. Así se lo reprochó Ruanito:

—Ten cuidado, Pedro, que ya te pasa lo mismo que al gitanazo de Fabián de Castro. A todos los personajes de tus cuadros les pones cara de Rafael el Gallo.

Flores golpeó rabioso el vaso de vino sobre la mesa, como si le hubieran mentado a la madre huertana:

—No me toques los cojones, que yo no soy de Rafael el Gallo, sino de su hermano Joselito —dijo, con su voz rasposa y desabrida—. ¡Y a Belmonte ojalá lo pille un toro!

—Sosiégate, panocho, que mando venir a tu vaca bretona, para que te zurre la badana —me encaré con él, porque la regurgitación de los pimientos morrones me había puesto un poco agrio.

Y, sobre todo, porque había que cortar en seco las expansiones de aquellos borrachines, no fuera que montasen una pelotera y me tocara interceder por ellos en la avenida Foch, donde inevitablemente pincharía en hueso. Ruanito trataba de contemporizar con Flores:

—Yo creo que algo más te puedes esmerar todavía, Pedro —se atrevió a decirle. Pero, antes de que Flores se enrabietase más, tiró por elevación—: Aunque sigo pensando que deberías intentar falsificar a Goya. Tu fuerte personalidad entronca maravillosamente con el sordo de Fuendetodos.

Que era una manera fina y halagadora de decirle que sus falsificaciones de Solana y el Greco habían resultado fallidas. Pero Flores fallaba, precisamente, porque era pintor de raza; y cuanto más tiene uno metida en la sangre la raza artística, más difícil le resulta salirse de las casillas de su universo creativo. En contra de lo que piensan los ignaros, el artista de auténtica valía tiene un universo creativo chiquito en el que se mueve como Pedro por su casa; y, en cuanto se le obliga a salir de él y adoptar otro que no le corresponde, por amplio y hospitalario que resulte, enseguida se agosta, como el árbol tropical trasplantado a la meseta. Es el artista de medio pelo quien puede cambiar de universo creativo como quien cambia de camisa; porque, estando hueco, puede llenarse de cualquier estilo o tendencia, como el cojín se puede llenar de borra o de plumas, de algodón o de fibra, y con todos los rellenos da igualmente el pego. Flores, aunque artista menor (y no sólo por su estatura chiquita), tenía un universo propio (e igualmente chiquito), pululante de toreros feroces y trágicos, con jeta de delincuentes y cuerpo de bailarina; y cuando probaba a imitar los labriegos de Solana o los apóstoles del

Greco, aunque cambiase las tonalidades de su paleta, el trazo de la pincelada o la composición del cuadro, terminaban pareciendo toreros malencarados y cimbreños. No le ocurría lo mismo a Condoy, que podía adoptar cualquier estilo, con tal de que le permitiera modelar figuras humanas, y más concretamente femeninas, y más concretamente aún opíparas y pechugonas. En aquella ocasión había probado a falsificar estatuillas de la dinastía Ming; pero todas le habían salido con las tetas ubérrimas, como si las hubiese modelado con la nostalgia de las vacas vandeanas que lo habían dejado sin mantequilla.

—¿Y tú crees que las chinas tienen tanta delantera, Honorio? —preguntaba Ruanito, un poco escamado o reticente—. Porque yo, las pocas chinas que he visto me han parecido más bien raquíticas.

Y Condoy hacía un gesto ambiguo, por no molestarse en hablar, o como si quisiera significar que también había chinas orondas y exuberantes (aunque prefiriese no hablar de ellas, para no tener que compartirlas con nadie). Condoy era de esos artistas que no llegan a granar por falta de voluntad, por afición a la alegre vagancia, por camastronería y acedia, que le impedían esforzarse por nada y lo tentaban con el peligro de la complacencia, que es el atolladero donde acaban entrampadas muchas vocaciones artísticas. La complacencia de Condoy eran las ensoñaciones lácteas, la plétora mamaria, la mujer tetácea, tal vez porque añoraba volver al claustro materno y tumbarse allí a la bartola durante nueve meses, para disfrutar luego durante varios años de la lactancia (y quizá por ello mismo vivía como un galápago, siempre metido dentro de su concha).

—No me parecen mal, Honorio, pero yo les rebajaría un poco el busto, que parece que vienen de recoger melones de la huerta —concluyó Ruanito—. Y deberías probar también a hacer escultura africana, que te podría venir como de molde, porque entre las negras son más comunes las ubres pletóricas. Ahí tienes de ejemplo a Jeanne Duval, con la que retozaba mi amado Baudelaire.

—Y las Venus paleolíticas —añadí yo—. Podría falsificarlas maravillosamente y resultarían muy convincentes, porque además de tetudas no tenían apenas rasgos fisonómicos, como las esculturas de Condoy.

Y el escultor me miraba con el ceño arrugado, sin atinar a saber si lo estaba elogiando o denostando. En realidad, quería decir que

Condoy era un primitivo, un eleático que accedía al conocimiento del mundo a través de los sentidos (palpando una teta o paladeando su leche), sin intervención de la inteligencia y renunciando a la comunicación compleja que se entabla a través del rostro, donde se concentran los rasgos humanos. Óscar Domínguez, mientras Ruanito pasaba revista a las obras de los otros miembros del cogollito, se entretenía dando algunos retoques últimos a las suyas (se había traído un estuche muy coqueto, con los adminículos necesarios para una pintura urgente); trabajaba con el cabezón de ogro bueno puesto en cabestrillo, y hacía reposar abúlicamente el codo de su brazo derecho —con el que pintaba— en su mano izquierda, como si estuviese al borde del desmayo o la soñarra. Había traído al estudio de Ruanito una talega con casi una docena de sus pastiches, tanto de Chirico como del pintamonas de Picasso, pero también de otros pintores derivativos o epigonales, como Max Ernst o Tanguy (de este modo, hacía el pastiche del pastiche), todos intercambiables y siempre a rebufo de la moda del momento; como, por lo demás, el propio pintor canario, que era un genio de la mímesis, un virtuoso del remedo, pero también un artista hueco sin universo personal, un Dalí de baratillo que adoptaba universos y estilos ajenos, como rellenos intercambiables para su oquedad aplatanada.

—Impresionante, Óscar, de veras impresionante —sentenciaba Ruanito—. No hay nadie que falsi... que imite como tú.

Pero, para que el canario no se durmiera en los laureles, me atreví a hacerle alguna objeción. Como siempre ocurría a los artistas sin auténtico genio distintivo, pero con dotes descomunales para el sucedáneo, Domínguez acababa por fundir los universos personales de los pintores que copiaba, en amalgama o popurrí, hasta construir un universo híbrido que podía llegar incluso a creer, en un rapto de megalomanía, estilo personal e intransferible. Así le había ocurrido con los dos pastiches picassianos que había llevado aquella noche, en donde se concitaban todos los estilemas del pintamonas malagueño (puntos de vista múltiples, perspectivas invertidas, dislocación de las partes del cuerpo humano y desproporción entre ellas, misoginia feísta y cruel, etcétera), pero contaminados o entreverados de elementos chiriquianos, con perspectivas en diagonal, arquitecturas metafísicas y sombras alargadas como cipreses. Se lo hice notar a Domínguez, que se me enfurruñó:

—También hay que dejar que el imitador sea un poco creativo.

—Eso es un oxímoron, Óscar —lo corregí—. No se puede poner una vela a Dios y otra al diablo. Si imitamos a Picasso, no podemos meterle aderezos de Chirico, porque si no el cuadro parece un zurriburri.

Y Domínguez se quedó pesaroso, como si la cabeza se le hubiese vuelto de plomo. Había colgados de una pared un par de falsos matisses muy modestos y de dimensiones exiguas, pero espléndidamente captados en su simplicidad de formas ondulantes y colores vivos e intensos, con figuras jugando al corro de la patata o sentadas en cuclillas y mirándose el ombligo.

—No me disgustan esas falsificaciones —dije, apuntándolas—. Logran reproducir a la perfección la inanidad del arte de Matisse.

Ana María Sagi, que había subido al altillo para acostar en su cuna al niño Cuco, dormidito como un tronco, se asomó a la escalera, más divertida que enojada:

—Hombre, muchas gracias, me lo tomaré como un elogio, por no tomármelo como un ultraje.

Y bajó del altillo muy ufana, pisando inmaculadamente la piel de serpiente que Ruanito había puesto en la escalera, a guisa de alfombra derramada. La serpiente ni siquiera se atrevía a morderle el calcañar.

—No sabía que tuvieses también maña para las falsificaciones —comenté, con un cierto resabio de reproche.

—Es que todavía hay muchas cosas que no sabes de mí —me replicó, misteriosa.

En realidad, las que sabía —que no eran pocas ni triviales— me las había contado ella misma, que me había elegido a regañadientes como confidente por no tener a ningún otro con quien desahogar su dolor; pero cuando se veía rodeada de gente parecía disfrutar mostrándose esquiva, o siquiera escurridiza. Me entristecía que, para ganarse la vida, o para no perderla del todo, tuviera que emplear su talento en trabajos artísticos vicarios y oficios domésticos, en lugar de dedicarse a escribir poemas como los que me había recitado en el jardín de Mateo Hernández, radiantes de belleza herida. Eran todos ellos, de un modo u otro, artistas fracasados que no habían alcanzado la cima que anhelaban, dispersos en tareas subalternas, hostigados por la necesidad, atrincherados en sus manías o encerrados en un universo personal demasiado angosto o trillado; y, para entonces, ya habían

desmayado todos de alcanzar esa cima, pero se vengaban cada uno a su estilo, aunque todos sin ira ni rencor, dedicando su talento más o menos magullado a la falsificación. Ruanito hizo su donoso escrutinio de las obras que juzgaba dignas de engrosar su colección de marqués arruinado que necesita desprenderse de ella para sobrevivir; y devolvía las descartadas a sus autores, que las recogían con un mohín compungido o airado, según su carácter o según como les hubiesen caído las botellas de vino que se habían trasegado.

—Hay que seguir trabajando sin descanso —los exhortó Ruanito, un poco beodo también—. Aunque tampoco podemos invadir el mercado de obras falsas, porque pondríamos en peligro la cotización de los pintores falsificados.

Mientras aguardaban el levantamiento del toque de queda, Viola y Flores se pusieron a cantar flamenco, entonadísimos por el vino que les calentaba la garganta, el uno con la voz afónica y el otro con la voz desgañitada, mientras Tita daba palmas sordomudas y Condoy seguía el ritmo alargando y encogiendo el pescuezo. Óscar Domínguez, entretanto, abrevaba todos los brebajes que podía, sin hacer ascos a ninguno, juntando los culines que rescataba del fondo de las botellas, para así olvidar su acromegalia y anestesiar los coscorrones que se daba contra las paredes. Todos tenían algo de ángeles tarados a quienes, a medida que se emborrachaban, se les iba quedando pequeño el estudio, hasta golpear con las alas sucias los aparadores donde se guardaba la vajilla, provocando estrepitosos destrozos. Mary de Navascués se había quitado las katiuskas y calzado unas zapatillas en chancleta, para que se le refrescasen los pies resudados; y se había acurrucado junto a Ruanito en el sofá, para que le hiciese caricias y arrumacos con sus uñas de nicotina, como si fuese un gato de Angora. Ana María Sagi, por su parte, se había sentado en el brazo del sillón donde yo permanecía hundido.

—¡Lo que nos vamos a reír cuando algún día los expertos se refieran a nuestras falsificaciones como si fuesen obras maestras! —exclamó, descacharrada de la risa.

Ruanito, que se asfaltaba los pulmones empalmando un cigarrillo tras otro, evocó cierta anécdota:

—Hace unos pocos años, estalló en los medios artísticos el escándalo de un anticuario que había vendido a varios museos de Norteamérica decenas de lienzos de Millet y otros pintores de la

escuela de Barbizon que luego resultaron falsos —dijo—. Se investigó hasta encontrar al pintor que había asimilado tan magistralmente el estilo de aquellos maestros. Y, una vez encontrado, el autor de las falsificaciones se disculpó diciendo que no hallaba otro medio de ganarse la vida, pues le pagaban más generosamente las falsificaciones que la obra original. «Pero ahora ya he conseguido darme a conocer —añadió— y por fin tendré compradores para mis lienzos».

Reímos animadamente los cuatro, mientras el resto del cogollito se tambaleaba o derrumbaba, al fondo del estudio. Sólo Domínguez, bovino y totémico, había ganado la batalla del equilibrio al alcohol, con ayuda de su muleta; y completó la anécdota de Ruanito con un colofón poco risueño:

—Pero aquel pintor se equivocaba. Al poco volvió su nombre otra vez al silencio y se hundió en el olvido. Terminó saltándose la tapa de los sesos.

Se hizo un silencio de velatorio por todos los pobres pintores a quienes nunca sonríe la fortuna, o les sonríe sardónicamente, para brindarles un espejismo de éxito que luego les arrebata. La fortuna se había mostrado esquiva con todos los artistas del cogollito ruanesco, que rodando y rodando habían acabado en la covacha de las falsificaciones, después de renunciar a la cima. Pero ya era demasiado tarde para el ascenso; y a Ruanito, además, le interesaba que se quedaran prisioneros en aquella covacha, rehenes de sus penurias, para que siguieran nutriendo de falsificaciones el negocio que se había propuesto impulsar, al socaire de la devaluación vertiginosa del franco. Mary de Navascués había empezado a ronronear, cosquilleada por las uñas de nosferatu de Ruanito, que quizá confundiese en la placidez de la duermevela con las garras de astracán que le iban a caer de bóbilis bóbilis, si el negocio funcionaba:

—¿Vosotros creéis —preguntó voluptuosamente— que quienes adquieran estas obras falsas, creyendo haber realizado un negocio redondo, tienen luego derecho a sentirse defraudados, si descubren el engaño?

Nos quedamos todos rumiando la respuesta. Yo fui el primero en darla:

—Ningún derecho —dije, implacable—. Por mucho menos dinero de lo que les habrían cobrado Picasso, Matisse o Chirico, podrán creerse dueños de una obra única de sus amados ídolos. Estamos

alimentando sus ilusiones; y las ilusiones también se pagan.

Ana María, cansada de la incómoda postura en el brazo del sillón, o envidiosa de Mary de Navascués, se acurrucó contra mí, como si deseara que le atusara el cabello.

—Además, depende únicamente de ellos seguir alimentando esa ilusión —añadió—. Basta con que no se les apague la fe que tenían en la obra en el momento de adquirirla. Compran una ilusión; si luego poco a poco los recelos y las suspicacias empiezan a rondarlos, deberán ahogarlos sin piedad alguna. —Calló por un instante, recapitulando algún pasadizo de su vida pretérita—: Querer saber es siempre el origen de nuestros sinsabores.

Metí los dedos en su cabello corto, haciendo en él surcos, como si lo estuviese arando, como ya había hecho en otras ocasiones; y me parecía sentir en su cuero cabelludo el bullicio de sus pensamientos, temerosos de salir a la luz, como un río subterráneo. Era dulce acariciarla y sentir el peso de su cuerpo sin sombra de deseo, como un padre hace con su hija. Mary de Navascués todavía hizo una pregunta más:

—¿Y si llega un experto y les desmonta esa ilusión?

—Nuestra felicidad no puede depender de lo que un experto diga... —contestó Ana María, con la voz cada vez más ensimismada—. Nuestra felicidad debe depender de nosotros mismos, del alimento que demos a nuestra ilusión. Si fuese yo la que compra una falsificación, no guardaría ningún rencor contra quien la hizo; a fin de cuentas, los falsificadores, que somos vendedores de ilusiones, somos los más desgraciados. Los compradores creen que lo que les vendemos es original y valioso; sólo nosotros sabemos la penosa verdad.

Y vivir con la verdad a cuestas a veces duele y abruma las espaldas. Le seguí acariciando la cabeza hasta que se quedó dormida, como se habían ido quedando dormidos todos, atufados de humo o de delirios, de fracasos y melancolía. Sólo yo estaba despierto para contemplar el sigiloso amanecer, que se colaba en el patio de vecindad desvelando —casi todas las casas que en aquel edificio se alquilaban eran estudios de artistas— estatuas a medio hacer, o arruinadas por el escoplo del propio escultor, torsos con la gangrena verde de la humedad pegada a las costillas, ingles de Venus y cabezotas de ángeles en batiburrillo, como cadáveres arrojados a una fosa común. Me llené de frío, como si yo también estuviese amputado, gangrenado

y muerto; y me abracé a la durmiente Ana María, para que me reviviese su calor.

XVI

—Camarada Navales, es una alegría comunicarte que el doctor Marañón ha aceptado pronunciar una conferencia para la colonia española, en la Fiesta de la Raza —me dijo Velilla, sacando pecho y trémolo de la garganta.

Me había convocado a su despacho, donde me aguardaba de pie tras el escritorio, en actitud solemne y tribunicia, henchido y erecto como un pavo real que acabase de tragarse una escoba. Tal vez porque le había perdido por completo el respeto (seguía desvalijándole la caja de caudales, siempre en dosis reducidas, sin privarme tampoco de barnizarle el choricico de gargajos), pensaba yo que Velilla estaba por completo resignado a languidecer en tareas subalternas propias del nacionalseminarismo, sosteniendo palios y predicando la justicia social al obreraje de Saint-Denis. Pero Velilla, sabiendo que su autoridad era cada vez más discutida y declinante, sabiendo que una espada de Damocles pendía sobre su calvorota, había resuelto echar los restos en la pugna por el control de la avenida Marceau, vendiendo cara su defenestración. El éxito de la exposición que se acababa de clausurar, donde se habían registrado cifras de visitantes nunca antes concebibles en nuestra sede y se había logrado captar a la patulea de artistillas rojos residentes en París, lo ponía además en el disparadero; pues era público y notorio que aquella actividad la había concebido y organizado el menda, postergando a Velilla, que ni siquiera había aparecido en la concurrida inauguración, a sabiendas de que luego sería la comidilla de todos los capitostes, picatostes y armatostes presentes en el acto. Aquella ausencia tan clamorosa (como la de su acólito Solms) se había interpretado entonces como una rendición sin paliativos y una aceptación tácita de su caída en desgracia (mucha paciencia estaba mostrando el cuñadísimo con el hombre que lo había obligado a cagar en una letrina); pero Velilla se había estado lamiendo las heridas, entretanto, y había logrado recomponer la figura con una ocurrencia en verdad brillante, impropia de su caletre. Sobre todo

porque, además de brillante, era muy arriesgada: Marañón llevaba algún tiempo trabajando en una «historia de las migraciones españolas», dándole bolilla a heterodoxos de todo tipo; y ponerlo a pontificar sobre la Raza podía incitarlo a reivindicar a toda esa ralea (de la cual Marañón se sentía hijo espiritual, aunque hubiese abjurado de boquilla de errores pasados).

—Qué idea tan cojonuda, camarada jefe —dije al fin. Había tardado en reaccionar, porque no me esperaba el golpe—. Me apuesto un ojo de la cara a que ha sido el cónsul Rolland quien te la ha inspirado, al final de alguna de esas misas de la calle Pompe en las que ambos sostenéis el palio.

Velilla parpadeó, perplejo y desarbolado como una virgen necia:

—¿Y eso cómo lo has averiguado? Me pidió que no mencionara sus gestiones...

Rolland seguía con sus enjuagues y manejos consulares, en su empeño por salvar a la estirpe de David de los berrinches alemanes (cada vez más congestivos, a medida que sus avances en Rusia se ralentizaban); y Marañón andaba siempre buscando legajos sefarditas en los archivos, remontando los enmarañados árboles genealógicos de todas las glorias imperiales, para exhumarles algún concuñado o tatarabuelo putativo sospechoso de judaizar en secreto. Ambos eran, cada uno a su manera —gallarda y riesgosa en el caso de Rolland, que actuaba al margen del Palacio de Santa Cruz; solapadita y sinuosa, con mucho alambique de erudiciones pelmas en el caso de Marañón—, paladines o samaritanos de la judiada.

—Es que, aunque ambos lo llevamos casi en secreto, Rolland y yo somos muy amigos y nos hacemos constantemente favores mutuos —respondí, mintiendo sólo a medias.

Velilla hizo un mohín picaruelo, para chincharme:

—Sin embargo, ya lo ves, ha preferido darme a mí la idea —dijo—. Y él se ha encargado de convencer al doctor Marañón, que estaba un poco remiso.

Apenas podía contener la rabia de que el sacristanejo se hubiese apuntado aquel tanto. Desde hacía casi tres meses, coincidiendo aproximadamente con la inauguración de la Exposición, me había dejado arrastrar por la desidia, descuidando mis obligaciones en la avenida Marceau y consagrándome a otras devociones más gustosas o rentables, desde las falsificaciones del cogollito ruanesco (que

avanzaban viento en popa, aunque todavía no se hubiesen presentado en sociedad) hasta las visitas recurrentes a la avenida Foch (donde informaba sobre los tejemanejes inanes de los conciliábulos polaquitos que me cotilleaba Nana de Herrera, a punto ya de iniciar su gira estelar por Alemania, donde no habían visto un culo tan superlativo desde tiempos de las valquirias). Del *Arriba* me reclamaban cada vez más crónicas y reportajes, tantos que mi estilazo se empezaba a resentir, obligado a darle a la manivela de hacer churros; y la Propagandastaffel nos abrumaba con «actividades paralelas» como la visita a la embajada soviética, que eran en realidad tinglados urdidos para la intoxicación periodística (pero tinglados con los que había que transigir, para coger a fin de mes el sobre con el sueldecito en marcos). Aunque mis devociones y obligaciones fuesen muchas, no podía sin embargo perdonarme el descuido.

—Ya he recibido la felicitación del camarada Ximénez de Sandoval, nuestro flamante Delegado Jefe —se pavoneó Velilla—. Y no se te escapa que Ximénez de Sandoval goza de la mayor privanza ante Serrano.

No se me escapaba nada y mi rabia no hacía sino crecer, como una tumefacción o un chancro. Pero, mientras daba con el modo de neutralizar el tanto que se había apuntado Velilla, no descuidé la calumnia, que algo siempre queda:

—Pues Serrano debería andarse con mucho ojito con sus privanzas —dije—, no sea que alguna quiera auscultarlo por detrás.

—No digas burradas, camarada Navales —me censuró Velilla, poniendo cara de ojete mustio—. Bien sé que sobre nuestro Delegado Jefe han empezado a circular bulos repulsivos, propalados sin duda por algún hijo de mala madre de cabeza calenturienta. Pero no debemos contribuir a su divulgación, ni siquiera en broma.

Sin embargo, aunque tal vez hijo de mala madre, yo siempre había mantenido la cabeza fría, que es la mejor manera de concebir ideas calenturientas. Fingí allanarme:

—Por supuesto, camarada jefe. —Y, tras una pausa modosita, lo azucé—: Pero habiendo conseguido una conferencia del doctor Marañón, debemos organizar una Fiesta de la Raza por todo lo alto, en un teatro de tronío, e invitando no sólo a la colonia española, sino a todo gerifalte civil o eclesiástico, diplomático o militar residente en París, incluidos los jefes de los partidos nazi y fascista.

A Velilla lo desconcertaba mi entusiasmo (sin duda, había imaginado que la noticia me desmoronaría), que en realidad también me desconcertaba a mí. Pero, aceptando que el fichaje de Marañón estaba consumado, no me restaba otra salida sino tratar de vampirizar su brillo, poniendo a su rebufo las actividades más bien esmirriadas que yo había programado con desgana; y también conseguir que a la conferencia de Marañón viniesen los andobas más racistas y antisemitas de París, desde el argentino Lesca y todo su séquito de *Je Suis Partout* hasta los archipámpanos nazis, con la esperanza de que Marañón soltase alguna inconveniencia o relajase las cautelas, deslizando algún comentario que los cancerberos de las purezas arias pudieran considerar inaceptable.

—Por... por supuesto, camarada Navales —convino Velilla, rascándose la nariz con saña—. Pero no sé si tendré tiempo suficiente para...

—El camarada Solms te lo monta todo en un periquete, ya lo verás —dije aviesamente, en la esperanza de que mis ratoneos y sisas en la caja de caudales hubiesen empezado a dar resultados.

—Es que... tengo a Solms un poco en barbecho —titubeó Velilla, creyéndose que sus palabras me resultarían crípticas—. Prefiero dejarlo ahora a su aire, hasta que se resuelva un... asunto importante que me preocupa.

Así que el sacristanejo ya sospechaba que su monaguillo se estaba bebiendo el aceite de las lámparas; y no quería dejar a su alcance las vinajeras, no fuera a pegarles también un tiento, arrebatándole la gloria que Velilla creía merecer en exclusiva. La fecundidad de mis perfidias me ponía más cachondo que el culo de Nana de Herrera.

—Pues si tienes a Solms en barbecho y tú no te ves con fuerzas para conseguir un teatro de tronío y unos invitados de postín, yo me ofrezco para ayudarte de mil amores —dije, con fingida magnanimidad que sólo los liberales de pezuña negra como Marañón saben esgrimir en el momento preciso—. Y no me pienso colgar ninguna medalla. Te hago de mamporrero y las flores las recoges tú. Creo que te lo mereces, es de completa justicia, camarada jefe. La incorporación del doctor Marañón a la Fiesta de la Raza es un acontecimiento del carajo, y sólo tú debes llevarte los honores. Yo me conformo con el realce de los actos poco lustrosos que había programado.

Y puse una cara (una careta, en realidad) tan compungida que el muy palomo picó el anzuelo, confiándome la preparación y aderezo del acontecimiento. Me avergonzaba un poco haber calificado de poco lustroso el espectáculo de danza que Ana de Pombo estaba preparando con Pepito Zamora, a quien seguía financiando con los pápiros birlados de la caja de caudales de Velilla (los pápiros que Velilla creía que Solms le estaba birlando, según lo planeado). Pero, ciertamente, ese espectáculo de danza que yo había concebido como atracción principal de la Fiesta de la Raza pasaba a convertirse en número telonero de la cháchara enmarañada. Aparte del espectáculo de danza de Ana de Pombo, con quien seguía sin hablarme (aunque los recados que me hacía llegar a través de Pepito Zamora fuesen cada vez más implorantes), había organizado una rifa en la que, en lugar de bragas o peinetas de folclórica, pensaba sortear el cartel conmemorativo de la Fiesta de la Raza, que había encargado a Beltrán Massés. El cartel, por cierto, había resultado una birria aplastante, prueba inequívoca de que Beltrán había entrado en barrena como pintor y dejado de producir testosterona, al encontrarse cada mañana en la cama con doña Irene Narezo y sus bigudíes. Había propuesto a Beltrán que me pintase una de aquellas mujeres despampanantes de su etapa sicalíptica, mitad moras y mitad cristianas, mitad gitanas y mitad hiperbóreas, mitad putas y mitad marquesas, para que se notase que la raza hispánica era mestiza y folladora; pero el muy panoli me vino con un cartel grimoso del Cid Campeador, con toda su loriga puesta, de la cabeza a los pies, el yelmo torcido y la tizona a modo de cachava sobre la que apoyaba ambas manos, con la misma indolencia derrotada con que Óscar Domínguez apoyaba el cabezón acromegálico sobre una muleta.

—¿Pero qué puta mierda es ésta, Beltrán? —me encabroné—. Le pedí una maja con remango y me trae un Cid desgarbado que más bien parece una versión desmejorada de don Mendo.

Beltrán, desde que lo habíamos nombrado oficialmente Delegado de Bellas Artes en París (cargo por completo suntuario y absurdo), venía siempre a la avenida Marceau con la camisa azul mahón y la guerrera negra del uniforme de la Falange (de la que hacía colgar sus medallitas y alamares), aunque luego se permitía algún relajo en los pantalones, que podían ser hípicos, o incluso bombachos, si se levantaba con añoranzas de Mariuca, la niña cantora de Saint-Denis, a

quien no se atrevía a retratar, por temor de que doña Irene Narezo se pusiera celosa (pero el cabrón del abuelito, entretanto, le seguía sacando la guita).

—Es que no me atreví a pintar una maja, por temor al escándalo —se excusó.

—Diga mejor por temor a la bronca de doña Irene, Beltrán —lo corregí—. Por lo menos podía haberse buscado una Dalila que, aunque le matase la inspiración, le resucitase otras cosas...

Y Beltrán callaba, sin atreverse siquiera a defender la cagarruta del cartel, al que además había incorporado una inscripción mongoloide («El alma del Cid debe llegarte, América») que rodeaba el globo terráqueo, mientras el águila de San Juan albergaba entre sus alas al Cid macilento y desgarbado.

—Irene siempre busca mi bien... —balbució.

—Doña Irene lo que busca es que gane usted mucha plata, aunque sea a costa de convertirlo en un pintor convencional —lo corté, enojado—. No le rechazo el bodrio porque no queda tiempo para encargar el cartel a otro pintor.

Le entró una llorera que le hacía tintinear las medallitas y alamares de sus órdenes del Santo Sepulcro y del Halcón Maltés. Pero tampoco me quedaba tiempo para consolar al pobre carcamal, que lloraba como eunuco la pérdida del genio artístico que no había sabido defender como hombre. Y es que el tiempo apremiaba, si deseaba conseguir el teatro de tronío que le había prometido a Velilla, mechado además con las altas torres y bajos torreznos que debían contarse entre el público. Para lograr ambas cosas por la vía rápida recurrí a la avenida Foch, donde Alisch me hizo prometer que a cambio le organizaría una cena con María Casares, de quien seguía guardando estampitas en la cartera, no sé si para rezarle o rendirle tributos de incienso; y yo se lo prometí (a la fuerza ahorcan), pidiéndole un poco de tiempo para urdir una estrategia de aproximación que no la espantase. Alisch accedió a mi petición; y por su parte, en menos de horas veinticuatro, me consiguió para el 12 de octubre el colosal Teatro de los Campos Elíseos, joya del *art decó* con casi dos mil localidades que había acogido el estreno mundial de los *ballets* de Stravinsky y las convulsiones culares de Josephine Baker, los arpegios virtuosos de Rubinstein y los pestiños dramáticos de Paul Claudel, alternando siempre en su programación música sinfónica y

music-hall, vodevil y teatro griego, danza clásica y cancán moderno (quiero decir sin enaguas de volantes almidonados, enseñando el chichi sin veladuras). Hice pasar de inmediato a Pepito Zamora por la avenida Marceau, para informarlo de los cambios sobrevenidos, que restaban algo de protagonismo al espectáculo que estaba preparando con Ana de Pombo, a cambio de ofrecerlo en un escenario sin parangón, superior incluso a la Sala Pleyel.

—Un «marco incomparable», Pepito, que dicen los cursis como tú —lo zaherí—. Pero estarás de acuerdo en que, lo mismo para Ana que para ti, el Teatro de los Campos Elíseos es, como su propio nombre indica, alcanzar el cielo.

Aunque todavía sojuzgado y humildísimo, rescatado del arroyo por mi magnanimidad y los pápiros que le pasaba bajo cuerda, Pepito Zamora se atrevía ya a ponerme pegas:

—El problema, Fernando, es que Ana de Pombo quiere hacer un espectáculo intimista y familiar. Para adaptarlo al Teatro de los Campos Elíseos habría que cambiar el concepto…

—Pues lo cambiáis cagando leches —lo corté, adoptando un tono de voz conclusivo, agresivo, incluso chulángano, como de matasiete que se dedica a apalizar maricones en los urinarios.

Pepito Zamora tembló de miedo, recordando los viejos tiempos:

—Ana no sé si podrá asimilar tan rápido…

—Cagando leches —repetí, y me arrimé a Pepito, para que notara que sabía embestir y de matasiete tenía algo más que la voz—. No quiero volver a repetirlo. A Ana de Pombo le dices de mi parte que más duro que cambiar de la noche a la mañana un espectáculo es tener que pasearse en porreta por las calles de París en Nochevieja.

Y antes de que se le ocurriera plantear alguna objeción más (o, todavía peor, obsequiarme con sus servilismos de bujarrona vieja), le deslicé un pápiro de mil pesetas (otro más, después de los que ya le había dado durante los últimos meses, como prenda de perdón y generosidad) que, sin duda, Velilla no tardaría en echar en falta, ahora que ya había notado que le estaban madrugando los dineros.

—Se agradece de veras, Fernando —dijo, poniendo carita de chupete arrugado—. Seguro que Ana de Pombo estará encantadísima de hacer esas reformas en su espectáculo, con tal de tenerte contento.

—Algo más tendrá que hacer, de cintura para abajo, para tenerme contento. Pero eso ya se lo contaré a ella, que es la interesada

—dije, con insinuada brutalidad.

Turbado y confuso, Pepito Zamora desvió la mirada. Insistió en su ridículo celestineo:

—Nos esmeraremos al máximo, Fernando. Ana de Pombo me ha pedido que te diga que baila sólo para ti, que el resto del público no le importa... Y que lo hace gratis por la Causa.

Pepito hizo una especie de gárgara palatal, para que se notase la C mayúscula. Lo miré con ojos de hielo, como venidos de la taiga donde los rusos estaban esperando a los pipiolos de la Werhmacht:

—Dile que también tendrá que hacer gratis otras cosas. Pero eso lo dejaremos para más adelante; para celebrar la Nochevieja, por ejemplo —dije, y ablandé un poco el gesto, antes de que Pepito Zamora se hiciese pipí encima—. Por el momento, encárgate de que adapte un poco el tono de su espectáculo, metiéndole *glamour*, *follie*... en fin, un poco de pluma y lentejuela, que de eso sabes tú mucho.

Me regocijaba imaginar el engendro resultante de cruzar el arte trágico de Ana de Pombo —carne en ascuas y alma en vilo— con el arte frivolón y revistero de Pepito Zamora, que siempre había trabajado con vedetes cárnicas y efebos comedores de nardos. Me regocijaba que el arte desgarrado de Ana de Pombo se degradara en parodia trivial, en aspaviento pinturero, en purrela andaluzoide, como al señorito perdis y desalmado le gusta ver a la criada que antaño desnató convertida en una suripanta culebreante de varices. Para abarrotar el Teatro de los Campos Elíseos con la grisalla humana de la colonia española no hubo que hacer demasiados esfuerzos; pues, después del éxito de la exposición, hasta sus elementos más refractarios y levantiscos entendían que había que subirse al carro de los triunfadores. Y, además, Velilla se trajo de Saint-Denis a toda la patulea menestral y proletaria pretendidamente evangelizada en los principios del Movimiento, que venía al Teatro de los Campos Elíseos hedionda de sudor rancio y pachulí de verbena, y con la tartera en la talega. Apilada en el gallinero (o paraíso, como dicen cínicamente los franchutes), quedaba al menos lejos de los palcos de mandamases y mandamenos que logré recolectar, con ayuda de la avenida Foch, de tal modo que no los atufara con sus efluvios. Había palcos para los cántaros y botijos del cuerpo diplomático, apopléjicos de entorchados y bicornios; había palcos para los jerarcas de los partidos nazi y fascista, gesticulantes de monóculos y saludos romanos; había palcos

para los mandos militares de la guarnición alemana, otoñales de hojas de roble y canas sobrevenidas (les habían aflorado de súbito, desde que eran diana de los atentados); había palcos para los periodistas *collabos* de mayor relumbrón —con la camada de *Je Suis Partout* al frente— y los sobrecogedores de la Propagandastaffel (pero a sus querindongas las había mandado al gallinero, para que las magrearan un poco los obreros de Saint-Denis); y había, por supuesto, un palco para mis benefactores de la avenida Foch, abroquelados de calaveritas y de runas, que sonreían a la platea, cuyas filas principales asigné a los artistillas que habían participado en las actividades de la avenida Marceau, para que quedasen señalados —estigmatizados, quiero decir— a los ojos de los renuentes y refractarios que se amontonaban en el gallinero, como piojos en costura. Pero como entre los artistillas claudicantes, acompañando a la legación polaquita, se contaba Nana de Herrera, todas las miradas —lo mismo las gallináceas del paraíso que las galleantes de los palcos— se congregaban en la música callada de sus esferas, al menos hasta que la peruana se sentó en su butaca de una puñetera vez y dejó de calentar al personal. El Teatro de los Campos Elíseos semejaba, en fin, un trasatlántico hasta la bandera, con sus camarotes de lujo y sus bodegas de cochambre, pero con cubiertas donde los pasajeros más pudientes y más menesterosos se citan, eufóricos y promiscuos, en un clima de falsa camaradería.

—¡Qué apoteosis, camarada Navales, qué apoteosis! —se pasmaba el sacristán Velilla, desde el palco de la Falange, el más esquinado de todos, en consideración a nuestros invitados ilustres—. Menuda diferencia con los saraos de medio pelo que me organizaba Solms.

Al misacantano Solms, por cierto, lo había mandado también al gallinero, con el recuelo y el refrito de Saint-Denis, para que la crónica que escribiese del acto para la prensa del Movimiento le saliera transida de entraña popular. Y Solms estaba que trinaba, desconcertado por su inopinada postergación, que no acertaba a explicarse.

—Cada uno hace lo que puede según sus capacidades, camarada jefe —dije, sacando pecho.

También lo sacaba Beltrán Massés, heráldico y petimetre, que esta vez había venido disfrazado con el uniforme blanco de caballero de la Orden del Santo Sepulcro, con la cruz de Godofredo de Bouillon

esmaltada en rojo, banda de raso azul celeste y sobrecuello de gorguera, como una bandeja sobre la que reposase su cabeza, en ofrenda a una Salomé beata.

—Está usted hecho un pimpollo, Beltrán —me cachondeé—. Pero, ¿dónde ha dejado a doña Irene?

—A la pobre le ha dado un cólico miserere esta misma noche y no puede estar con nosotros —refunfuñó, contrariado—. Pero nos acompaña espiritualmente.

—¡Qué contrariedad tan inoportuna! —me lamenté risueño—. Pero le están bien empleados los retortijones, por haberle obligado a pintar ese cartel tan poco lucido.

Y Beltrán probaba a quejarse, pero los quejidos se le quedaban ahogados entre los rizos de la gorguera. Velilla saludaba desmayadamente a las personalidades de los palcos aledaños, que lo confundían con un acomodador. Sólo Daranitas, desde el palco del Sindicato de la Prensa Extranjera, le devolvía el saludo, aunque con cierta displicencia, como si saludara al tendero de la esquina.

—Ahora lo que hace falta es que los periodistas se hagan eco del acto, para que se enteren en Madrid de nuestro éxito —me comentó Velilla, aplastado por su poquedad.

—Se van a hacer eco, camarada jefe, como hay Dios —le aseguré —. Ya me encargo yo de eso.

Además de traer al rebaño de la Propagandastaffel apacentado por Daranitas y a los muchachos de *Je Suis Partout* (cada vez peor avenidos entre sí, pero hermanados en su furor antisemita), había conseguido, a modo de guinda envenenada del pastel, que viniera el famoso locutor radiofónico Jean Hérold-Paquis, que se había comprometido a grabar en disco la conferencia de Gregorio Marañón y a entrevistarlo posteriormente, para emitir ambos truños en su popular programa de Radio París. Paquis, rubiasco y asténico, de apariencia feble y hasta pasmada, se metamorfoseaba sin embargo ante los micrófonos cada noche, y lanzaba unas soflamas casi epilépticas, de un fanatismo en hervor que remataba invariablemente con un apóstrofe o desiderátum que enardecía a su audiencia germanófila: «¡Inglaterra, como Cartago, será destruida!». Por supuesto, Paquis veía judíos hasta en la sopa; y el mariscal Pétain se le antojaba una tierna abuelita, de tan pusilánime y contemporizador. Con los espumarajos que Paquis soltaba en cada una de sus

alocuciones radiofónicas, se podrían haber sulfatado las estepas rusas y las campiñas inglesas, asegurando la mortandad de sus orugas y cínifes. Antes de subir a nuestro palco, Perico Urraca se entretenía departiendo con Paquis, que se había traído desde su estudio en Radio París un montón de artilugios y cachivaches, amén de kilómetros de cable y transformadores eléctricos con capacidad para alumbrar un velódromo o una plaza de toros; y toda aquella parafernalia la estaban instalando media docena de operarios en la orquesta del teatro, entre horrísonas pruebas acústicas que provocaban dentera y desprendimiento de tímpanos. Pero a Urraca estas pruebas horrísonas le parecían música celestial o cosquillas angelicales, a juzgar por la sonrisa beatífica que dibujaban sus labios cada vez que los operarios atronaban la sala, obligando a la concurrencia a taparse los oídos. No descuidó la ocasión de solicitar una firma dedicada a Paquis, dando pie a otros panolis de la colonia española, que formaron de inmediato una cola ante el exaltado locutor.

—¡Menudo bombazo, Fernandito! —me felicitó Urraca, al entrar en el palco, enarbolando exultante su trofeo autógrafo, como si fuesen las bragas de Arletty—. ¡No se consigue todos los días que Paquis, el rey de las ondas, te dedique su programa! En Alcalá 44 van a levitar, cuando lo sepan.

—Pues preocúpate de que lo sepan cuanto antes, Perico —lo espoleé—. Y también en el Palacio de Santa Cruz. Hay que conseguir que Serrano olvide aquel desafortunado incidente del baño y devuelva su confianza a nuestro camarada jefe.

Velilla enrojeció de pudor monjil, recordando la cagalera del cuñadísimo que lo había puesto en un brete (y para entonces seguro que atribuía el incidente, como las sisas de la caja de caudales, a su monaguillo Solms). Urraca me miró con retranca y suspicacia, incrédulo de mi impostada lealtad a Velilla, pero todavía incapaz de descifrar mi propósito, demasiado retorcido (incluso para él) y también demasiado incierto y arriesgado (incluso para mí). Pues toda mi maquinación dependía de que Gregorio Marañón, en su afán de lucimiento oratorio, acabara metido en un marañal y soltando alguna cagadita que infringiese su zorrería equidistante, su equívoco nadar entre dos aguas, e indignase a la caterva que había logrado reunir en los palcos, poco receptiva al floreo liberal y el compadreo israelita. Si Marañón se enmarañaba, además, la cagadita iba a quedar grabada en

los discos de Paquis.

—¿Habéis pedido al doctor Marañón el texto de su discurso, por si hubiera que... hacerle algún retoque? —preguntó Urraca, escamón.

Me hice el desentendido, cargando el mochuelo a Velilla:

—El camarada jefe se habrá encargado de la censura previa, descuida —dije, seguro de que Velilla la habría pasado por alto—. Por muy ilustre que sea el conferenciante, antes de todo está la doctrina de la Falange y la posición de España en el futuro orden europeo.

Y miramos ambos a Velilla, buscando su aquiescencia. Pero Velilla caracoleó:

—Comprenderéis que, con la admiración, el cariño y el respeto que todos profesamos al doctor Marañón, no iba a pedirle su discurso... —dijo, y a medida que hablaba se le empalidecía la voz—. Vamos, sería un disparate pensar que el doctor Marañón... Y como tengo un trabajo loco que apenas me da respiro...

Urraca lo miraba sin pestañear, insistente como un berbiquí:

—Pero al menos le pedirías a Solms que le echase un vistazo, ¿no?

Velilla se quedó atrapado en sus titubeos, incapaz todavía de lanzar contra Solms la acusación redonda que le rondaba el pensamiento, desde que había advertido las sisas en la caja de caudales. En su auxilio vino el cónsul Rolland, que vestía la casaca diplomática de paño azul con la desenvoltura de un lord inglés:

—Feliz día de la Hispanidad a todos los presentes —saludó, evitando la designación oficial de la fiesta heredada de la República, que ofendía su filosemitismo—. Ante todo, debo excusar la ausencia de Su Excelencia, el embajador Lequerica, que a su pesar ha tenido que quedarse en Vichy, organizando la recepción preceptiva y el posterior banquete... Ya saben que nadie quiere perderse sus delicias gastronómicas. Pero está espiritualmente con nosotros, hoy más que nunca, y muy apenado por no poder escuchar al doctor Marañón.

Más apenado estaba yo, por no poder embaularme sus añoradas cocochas al pilpil, convenientemente meneadas por su cocinera de carnes temblonas.

—Dios quiera que no le dé un cólico miserere, como a doña Irene Narezo, que también nos acompaña espiritualmente —dije, sarcástico.

Y así propicié que Urraca y el cónsul Rolland se interesaran por las oclusiones intestinales de la señora de Beltrán, que no se marchaba

al santo sepulcro ni a tiros, aunque por lo menos nos concedía una tregua. Rolland se ofreció a facilitar a Beltrán un drástico de fabricación británica que, al parecer, era mano de santo (pero, siendo británico el remedio, el santo podría salir hereje con un poco de suerte). Velilla buscó protección consular:

—¿Conoce usted el discurso del doctor Marañón, don Bernardo? —preguntó, medroso—. Dada su intimidad con él, seguro que se lo ha leído en primicia...

Rolland se pasó la mano por los bordados de la casaca, como si los desempolvara campechanamente:

—No me gusta hacer uso de esas prebendas, Velilla —dijo, despreocupado—. A los genios hay que dejarlos sueltos, para que se explayen a su gusto. Pero me lo contó a grandes rasgos. Ya puede imaginar que es de una finura y de una agudeza fuera de lo común...

—De eso no me cabe ninguna duda —dijo Velilla, aliviado.

Y le hizo un mohín de reproche a Urraca, que había osado dudar de la finura y agudeza del conferenciante. Por un momento, me asaltó el temor de que Marañón no se metiese en un marañal y todas mis maquinaciones se fuesen al traste, quedando el casi depuesto Velilla rehabilitado ante el cuñadísimo y más pincho que un choricico.

—Todo va a ir sobre ruedas, camarada jefe —dije, procurando que no me asomase el colmillito en la sonrisa hipocritona.

Pero la velada de la Fiesta de la Raza, antes de ofrecernos su plato fuerte, se inició con los entremeses a cargo de Ana de Pombo, a quien yo no había querido visitar en el camerino, pese a las súplicas y requisitorias de Pepito Zamora, que había estado merodeándome a la entrada del teatro, muy metido en su papel de correveidile. Seguía teniendo la misma estampa de galga heráldica, las mismas carnes de cecina y la misma mirada de cierva en celo que me habían sorbido el seso; pero su danza había extraviado por completo el fuego místico que antaño la alumbraba, sus movimientos en el escenario carecían de aquella aureola trágica que antaño la galvanizaba por entero, como a un Cristo hembra de Velázquez, y toda su actuación resultaba estereotipada e inane, como si de repente hubiera superado el trauma del hijo torturado y fusilado por los rojos, allá en la bahía de Santander, y se hubiese convertido en una bailarina del montón que recurría a las tretas y efectismos vacuos que tanto gustan a los turistas. Se movía por el escenario con un sensualismo delicuescente, como si

tratara de imitar a las gitanas apócrifas de los tugurios de Montmartre al estilo de Nana de Herrera; pero la impresión que daba compitiendo en un terreno que no era el suyo (al menos a alguien como yo, que la había conocido en la cima de su arte litúrgico) era la misma que hubiese producido una talla de Magdalena penitente enfundada en un vestido de lamé y con los labios pintados de carmín. Se notaba en sus jeribeques y contoneos la asesoría nefasta de Pepito Zamora, también en la elección de vestuario *art déco*, muy moderno cuando Pepito Zamora estaba en la cima del estrellato y Antonio de Hoyos y Vinent le percutía el recto, pero para entonces completamente *demodé,* entre la delicuescencia y el alcanfor. Ana de Pombo no perdía ocasión de enseñar muslamen (pero a sus muslos de liebre estofada no le favorecían estos alardes baratos), de resaltar el talle y abanicarse el busto, como si pretendiera que sus senos breves (los senos que yo había adunado, bajo la catarata del borgoña) se hubiesen vuelto de repente opulentos y blandulones. Había, además, desalojado de su repertorio las piezas más ásperas y sequizas, donde su cuerpo se hacía delgada llama y sagrada ofrenda coronada de espinas, para enfangarse en jotas y bulerías propias de la sección de coros y danzas de la Sección Femenina, con mucha guarnición de taconeo, como de zambra del Sacromonte, que el público cateto (o sea, el público) acompañaba entusiasmado con sus palmas. Y, para rematar el desastre, terminó bailando una versión grimosilla del *Himno nacional,* embutida en un vestido de tela rojigualda con la cola recogida que levantó de sus asientos en un rapto de patriotismo a los obreros de Saint-Denis, a la postre menos rojos que sentimentales. Mientras la aplaudía en pie toda la concurrencia, en nuestro palco afloraron lágrimas de emoción dulzarrona, con Velilla ejerciendo de madre superiora:

—Es que oigo el himno de España y se me ponen los pelos como escarpias —se justificó, con la voz velada por un sollozo.

Pero, siendo calvorota a machamartillo, sólo se le ponían de punta los pelos que le salían por las orejas de lechuga mustia, a modo de matojo. Ana de Pombo se inclinaba, agradecida por la ovación cerrada, y soltaba la cola de su vestido a modo de capote, para desplegar el águila de San Juan que llevaba estampada, con las columnas de Hércules, la cartela del «Una Grande Libre» y toda la pesca. La ovación alcanzó entonces cúspides de delirio, lo mismo entre el obreraje de Saint-Denis que entre los capitostes, picatostes y

armatostes de los palcos, y el pedrisco de piropos facilones se volvió atronador. Ana de Pombo invitó entonces a Pepito Zamora a salir a escena, haciéndolo copartícipe de su gloria de saldo; y el figurinista lo hizo con andares de rana tullida, como un hijo pródigo que vuelve al redil, completamente arrepentido de veleidades republicanas o anarcoides, para fundirse con Ana de Pombo en un abrazo o pantomima de reconciliación nacional. Advertí que Ana de Pombo elevaba los ojos a los palcos, buscándome a tientas entre los uniformes abigarrados que la aclamaban; pero, por supuesto, no me encontró, porque yo no deseaba encontrarla en la cúspide del éxito, aunque fuera un éxito devaluado como el que acababa de obtener.

—Anda, Beltrán, apresúrate a rifar tu cartel, antes de que la gente salga en estampida a aliviar la vejiga —acucié a nuestro Delegado de Bellas Artes, que estaba demasiado torpón para darse prisa.

Cuando quiso llegar al escenario y los flechillas encargados de transportar el cartel en un caballete concluyeron sus maniobras, la mayoría del público ya había abandonado la sala, como siempre sucede en los intermedios de las funciones teatrales. Y los pocos que se habían quedado quietos en sus butacas aprovecharon para pegar la hebra, expectantes ante la conferencia marañona, o bien —si acampaban en el gallinero— para abrir las tarteras e improvisar allí mismo una merendola. Así que el pobre Beltrán ni siquiera pudo entregar su deslucido cartel al agraciado en la rifa, que andaría zascandileando por el vestíbulo del teatro, o haciendo chacota con los amigotes, a costa del dontancredo con uniforme sepulcral y jerosolimitano que balbucía palabras ininteligibles, allá a lo lejos. Se cerró finalmente el telón; y, mientras volvían a sus asientos las vejigas aliviadas, los flechillas se encargaron de engalanar el escenario con colgaduras y estandartes falangistas, un busto muy pizpireto del Caudillo y una tribuna ornada con el yugo y las flechas. Yo mismo me había preocupado de diseñar la decoración; y había pedido a los flechillas que hicieran guardia de honor, muy tiesos y brazo en alto, a Marañón, para que se sintiera bien abrigadito.

—Ha llegado la hora de la verdad, camarada jefe —le susurré a Velilla, que había empezado a comerse las uñas, hecho un manojo de nervios.

Volvió a abrirse el telón, ante el silencio expectante de la concurrencia, que saludó la entrada ceremoniosa del conferenciante

con aplausos más bien ralos y remolones (sobre todo en comparación con los que antes había dispensado a Ana de Pombo), porque para entonces Marañón se había convertido en bandera encontrada entre los elementos de la colonia española: algunos no le perdonaban que hubiese entonado la palinodia, después de su etapa de preboste republicano; y otros seguían albergando reticencias contra él, porque en su palinodia había siempre un tufillo de marrano o converso a regañadientes que no acababa de convencer. Al español le gustan las posiciones netas, de apóstata o de converso, pero siempre netas, porque el español es fanático por la gracia de Dios, fanático de palo y tentetieso; y con tipos como Marañón, sinuosos y suavones, se exaspera y cortocircuita. Marañón, además, tenía una apostura profesoral, siempre vestida de terno; y eso también jode. Desplegó sus papeles sobre la tribuna de yugo y flechas y carraspeó con gran prosopopeya, antes de empezar. Y lo hizo modosa y ortodoxamente, aunque sin pronunciamientos netos, muy en su estilo:

—En tiempos turbados, y en un continente donde se está fraguando, en el tablero gigantesco de la guerra, el porvenir inmediato de la Humanidad, debemos volver los ojos con más afán que nunca a cuanto tiene valor permanente y eterno, a lo que nos liga con un deber inmodificable a nuestro destino. Y uno de esos deberes inmodificables es el de la Raza.

Velilla me miró con ojillos bulliciosos de alegría, porque la música le sonaba bien; y, sobre todo, porque sonaba bien a los gerifaltes nazis, que asentían aprobatoriamente, lanzando destellos con sus monóculos y sus calaveritas.

—Observad que, al hablar de la Raza, surge enseguida la palabra «deber» —prosiguió Marañón, muy circunspecto—. Lo único que vemos claro entre la tempestad de hoy es que ha terminado la edad de los derechos del hombre y empieza la de sus deberes. Entre otras razones, porque los únicos derechos legítimos son los que nacen del deber. Y la Raza, ¿qué es, sino un deber más, y de los más altos?

Los gerifaltes nazis se irguieron de sus asientos, arios y empalmadísimos, para aplaudir enfervorizados al orador. Y a sus aplausos se sumaron los demás palcos, que interpretaban aquellas palabras como un espaldarazo a las redadas y fusilamientos de judíos. Velilla no cabía de gozo en el balandrán; y me hincaba el codo para que yo también aplaudiese, pero el aplauso me salió desmayado,

porque tenía el alma en los zancajos, viendo que la conferencia de Marañón no iba por los derroteros que me convenían. Pero yo sabía que Marañón era amigo de caracoleos retóricos que captasen la benevolencia del público; y que, entre los caracoleos, terminaba enseñando tarde o temprano la patita. Tampoco en aquella ocasión me iba a defraudar:

—Pero… —dijo, poniendo mucho énfasis en la conjunción adversativa— para nosotros la Raza no es, como dicen las definiciones de los sabios, la casta, ni la calidad del origen, ni el linaje. En los ranchos de los indios de Bolivia, o entre la multitud pintoresca de las calles de Tetuán (es decir, entre gentes de las que, con un criterio naturalista, me separa una honda diferencia), yo me he sentido dentro de mi Raza. Porque mi instinto me decía que me unían a aquellos hombres raíces profundas, hundidas en la remota Historia; y ante ellas nada importaba el color de la piel ni las medidas craneales.

A los gerifaltes nazis se les bajó el suflé ario, horrorizados ante el popurrí racial que propugnaba Marañón, y cuchicheaban entre sí, en la esperanza de que aquella expansión no tuviera continuidad y sólo fuese un desahogo propio de la mentalidad hispánica, tan propensa al calentón ecuménico. En el palco de los gabanes de cuero, Alisch frunció el hocico de comadreja, mientras el ojo de cristal de Rado sonreía sardónico.

—Lo que realmente crea el sentimiento de la Raza está en el idioma, en la lengua —afirmó Marañón, que no desmayaba ante la frialdad creciente que se respiraba en los palcos—. Y es que la lengua no es sólo la expresión del alma, sino en gran parte el alma misma. Y por eso el lazo más fuerte que nos puede unir o la sima más profunda para separarnos es el idioma. «En el principio era el Verbo», recordaba a todas horas don Miguel de Unamuno. Es decir, la palabra está antes que las cosas. En la palabra, en el Verbo, en la lengua, está vivo el espíritu de la Raza.

En aquel birlibirloque unamuniano que convertía el Verbo divino en espíritu palabrero de la Raza ya había un salto teológico un poco presuntuoso que a los gerifaltes nazis pasó inadvertido; pero no les pasó inadvertida la exaltación de la lengua como aglutinante de la raza. Había llegado el momento de meter cizaña:

—Pues si el espíritu de la raza está en la lengua —me atreví a murmurar—, los judíos que hablen alemán dejan de ser judíos y se

vuelven arios, ¿no?

Lancé la reflexión al aire, para que cayera como lluvia ácida sobre la calvorota de Velilla, que había empezado a sudar sangre y lanzaba miradas desesperadas a izquierda y derecha, tropezándose por doquier con rostros de palo, hieráticos de rabia contenida, que en los pueblos arios tiene visos de estreñimiento o dolor de almorranas. Marañón, después de enseñar la patita, se creía que todo el monte es orégano y empezaba a compadrear con los rojos presentes en la sala:

—Además, yo sé que muchos de los que me escuchan son españoles que sufren de la desventura de estar aquí contra su voluntad —dijo, haciendo un pucherito solidario—. A esos españoles que de momento han perdido su patria nada puede alegrarles tanto como oír el elogio de lo que no se puede perder nunca de la patria, lo que nadie nos puede quitar, lo mejor y lo más profundo de ella, lo que está por encima de los obstáculos y de las pasiones civiles, nuestra alma que es nuestro Verbo. Y la expresión auténtica de nuestra Raza.

Y entonces, como un rugido de hordas que despiertan, el obreraje del gallinero prorrumpió en vítores y bravos, porque Marañón les reconocía su condición de españoles condenados a un éxodo forzoso. Contemplé con fruición los rostros consternados de los circunstantes, incluso de los más marañeros, como el cónsul Rolland, que se llevaba las manos a la cabeza, como si le hubiese sobrevenido una migraña. En los palcos contiguos, los rostros de palo se habían vuelto lívidos, con sus jaspeaduras de un verde pútrido, premonitorio del vómito. El jerarca máximo del partido nazi en París se levantó de su asiento, se quitó el monóculo de un zarpazo y habló en un francés metálico, con temblor de carrillos y convulsiones de papada:

—No hemos venido aquí a escuchar insolencias. Nosotros no retenemos a nadie en contra de su voluntad, mucho menos a estos españoles piojosos.

Y abandonó el palco, seguido de su comitiva, que enseguida se engrosó, con prontitud coreográfica, con los gabanes de cuero de la avenida Foch, con los uniformes *feldgrau* de la Wehrmacht, con algunos cántaros y botijos del cuerpo diplomático. Permanecieron en sus palcos los sobrecogedores de la Propagandastaffel y la camada de *Je Suis Partout*, pero entre gesticulaciones de escándalo y protestas camorristas, enfrentándose al obreraje del gallinero. Y en la platea el regocijo y enfado se entreveraban en un potaje que acababa

resolviéndose en estupor. Yo estaba crepitante de gozo y a punto de ponerme a levitar; pero me fingí también estupefacto, mientras veía encogerse a Velilla en su asiento, como si una tribu de jíbaros lo hubiese puesto en salmuera.

—Pues nos ha salido rana el doctor Marañón, camarada jefe —dije, ahogando una carcajada—. Pero, claro, si no te preocupaste de leer su discurso con antelación…

Marañón, entretanto, seguía desgranando inconveniencias, en volandas de las ovaciones que le dispensaban a cada poco los españoles del exilio «en contra de su voluntad», tan apretadas que acallaban la desbandada y tremolina de los palcos. Después de hacer un elogio muy cursi del español de América, «que estremece las fibras más finas de la emoción racial», se embarcó en un panegírico solapado de los heterodoxos y renegados de nuestro Siglo de Oro, desde Juan de Valdés hasta Antonio Pérez, a los que calificó para guardarse las espaldas de «pésimos españoles en lo político», antes de exaltarlos como «rebosantes de amor por la lengua, que es nuestra mayor gloria y la razón de nuestra inmortalidad». Y para que Felipe II se revolviera en su pudridero de El Escorial, apostilló con mucho garbo:

—Antonio Pérez sirvió a su Raza, aunque desirviera a su Rey.

El derrumbe de Velilla era ya irreparable; y yo, en lugar de recoger sus migajas, me dedicaba a desmigajarlas todavía más, con acotaciones jocosas al conferenciante:

—¡Olé tus cojones, que hubiese dicho el Orejas!

Tampoco se recató Marañón de elogiar, siempre con esa maña enmarañada de quienes tiran la piedra y esconden la mano, la «traducción de los libros santos» perpetrada por Casiodoro de Reina, «una joya que nos hace perdonar en él todo lo demás».

—Apaga y vámonos —acoté yo—. Ahora también los herejes de pata negra han servido a la Raza. Pues ya me dirás para qué los hemos estado combatiendo durante siglos, camarada jefe.

Beltrán se golpeó la cruz de Godofredo del pecho, hasta casi hacerla sangrar, y tomó la senda de los otros tránsfugas de los palcos, pasando por encima de los añicos de Velilla, que sollozaba sin recato, anticipándose a la somanta que le iba a caer, cuando llegasen los ecos del escándalo a Alcalá 44. Y Marañón, que hacía oídos sordos a su llanto, mostraba en cambio un oído finísimo a los plañidos de todos los «emigrados» españoles, con parada y fonda en toda la patulea

afrancesada y liberal decimonónica, de Moratín a Espronceda, pasando por Meléndez Valdés, Silvela, Martínez de la Rosa y hasta el canónigo Llorente, que todos tenían cabida en su olla podrida.

—¿Por qué emigraron estos hombres? —se preguntaba, el muy tunante—. ¡Qué nos importa ya! Las causas eran unas veces unas, otras veces las contrarias, el dolor el mismo. Dentro de poco, el tiempo inexorable se habrá llevado también el recuerdo de nuestras luchas. Y queda sólo de ellos su amor al alma eterna de la Raza, de la que sus creaciones son piedras miliares.

Urraca, que hasta ese momento había permanecido cabizbajo y meditativo, con el puño apretado contra la boca como si estuviera posando para Rodin, alzó al fin la cara desencajada y de una grisura cineraria. De la boca de hucha le salía una espumilla hirviente:

—Nuestras luchas que se lleva el tiempo inexorable… Y las creaciones de la Antiespaña convertidas en piedras miliares. ¡Caramba, vaya panorama!

Y se volvía hacia el cónsul Rolland, esperando que se pronunciase con firmeza. Pero al cónsul Rolland la casaca bordada se le había vuelto hábito de estameña y el sombrero bicorne caperuza de fraile capuchino, y guardaba un silencio atribulado y penitente. Marañón cargó todavía más la suerte con una loa a los hijos de la diáspora, por cuya salvación Rolland estaba comprometiendo su prestigio:

—¡Y cómo no recordar a esos otros expatriados de los que nos separa la Raza, pero a los que nos une el fervor del idioma común, que ellos han mantenido y propagado por todos los rincones del mundo, desde hace más de cuatrocientos años! —exclamó, quejumbroso—. Hablo, claro está, de los sefarditas. El orgullo de hablar español ahogaba en ellos el resentimiento de haber sido expulsados de España…

La camada de *Je Suis Partout*, que había aguantado hasta entonces entre convulsiones y retortijones, se levantó como un solo hombre, dejando solo a su patrono, Charles Lesca, que aquel día se había apretado la pajarita más que nunca, para que no se le torciese; y que, para entonces, parecía un ahorcado, esperando volverse carroña. También Daranitas se incorporó de su asiento, poseído de santa ira, con los puños en actitud pugilística, como si quisiera liarse a puñetazos con Marañón y con todos sus sefarditas orgullosos de hablar español, que después de cuatro siglos era ya español macarrónico y

chapurreado. Y, a falta de sefarditas, se lió a manotazos con los sobrecogedores del Sindicato de la Prensa Extranjera, que estaban un poco amodorrados:

—¡Vámonos, compañeros! No podemos seguir escuchando tantas vilezas.

Y se fueron, obedientes como recua de mulas, adonde se repartieran sobres. Todas las deserciones de los palcos provocaban reacciones de alborozo en el obreraje de Saint-Denis, que ya no se sabía si aclamaba a Marañón o a la lucha de clases. Pero con la retirada de los últimos palquistas su aclamación se hizo ensordecedora; y Marañón engoló todavía más la voz hacia el final de su discurso. No contento con aliñar su guiso con tropezones de herejes, judíos, renegados y demás ralea, metió también en la olla podrida a los separatistas:

—Las emigraciones, en fin, han sido fecundas para el auge y brillo del idioma castellano y, por tanto, de la Raza, que también comprende otros idiomas y dialectos ibéricos. Como el catalán y el vasco, que son como el alma íntima de los dos pueblos más laboriosos y eficaces de España, cuyos habitantes quisiéramos ver derramados por todas las demás comarcas peninsulares, para bien de todos, en un ímpetu de regionalismo centrífugo y creador.

Me entró la risa floja (pero la disimulé de una tos convulsiva) ante tal alud de sandeces en reata, mientras los rojos aplaudían frenéticamente al emboscado que soltaba todas las ideas ponzoñosas que a ellos no les dejaban soltar por las bravas. Siendo importante el cacao mental de Marañón, todavía impresionaba más su querencia adulona e irrefrenable hacia toda la chusma de la cáscara amarga, hacia todas las formas de heterodoxia ponzoñosa que pudieran contribuir a la descomposición de aquello que pretendidamente defendía. Sin duda, el pensamiento marañudo demostraba que el liberalismo es una enfermedad incurable y un sueño de la razón que produce monstruos; pero todavía resultaba más patológico el empeño nacionalseminarista por encumbrar al personaje, similar al empeño de aquel fraile de la conseja, que decía «Todo es bueno para el convento» y llevaba una puta al hombro. Velilla estaba hecho fosfatina; y en los rostros de los circunstantes gravitaba una pesadumbre funeral.

—Y lo peor de todo es que ha quedado grabado —comenté, hurgando deleitosamente en la herida—. Y esta noche lo emitirá

Paquis en la radio, seguro que elige los pasajes más escabrosos. Ya no tiene sentido llorar sobre la leche derramada, camarada jefe, pero tendrías que haber revisado el discursito de Marañón antes del acto.

La voz de Velilla, o sus añicos, parecía venir de ultratumba:

—¿Y quién podría imaginárselo? —preguntó, implorante—. Se suponía que Marañón había abjurado de sus pasados errores, que su adhesión a la doctrina de la Falange era plena…

—Pues ya ves que no —lo corté, haciéndome el compungido—. La cabra liberal siempre tira al monte. Y encima ahora lo va a entrevistar Paquis, así que soltará todavía más sapos y culebras por esa boquita.

El Teatro de los Campos Elíseos se vaciaba muy lentamente, entre las chirigotas de los rojillos, más contentos que unas castañuelas, y las murmuraciones de los perplejos. Velilla se azoró:

—No podemos dejar que lo entrevisten. Hay que evitarlo como sea, camarada Navales.

Y se volvió, con los ojos abultados por el espanto y la desesperación, hacia Urraca y Rolland, en busca de apoyos. Rolland seguía en sus penitencias, echándose ceniza sobre el hábito de estameña, y no levantó la vista; Urraca, en cambio, se sacó del magín una posible solución:

—Habría que buscarle un sustituto, porque Paquis ha reservado un hueco en su programa a la entrevista —dijo, con la habilidad resolutiva del hombre habituado a improvisar toda suerte de apaños —. Podríamos excusar a Marañón, diciendo que ha quedado rendido después de su discurso, y proponerle en su lugar a otra persona ilustre que, de paso, contrarreste las burradas que ha soltado Marañón. El argentino Lesca, por ejemplo.

Urraca hizo un gesto con la barbilla hacia el palco donde todavía Charles Lesca se abismaba en pensamientos tortuosos, mientras la pajarita lo estrangulaba, preguntándose tal vez si tenía algún sentido seguir defendiendo a gallegos otarios, que daban tribuna a pelotudos de la concha de la lora como el doctorcito Marañas.

—Lesca ha sido campeón de nuestra Causa en Francia, dando gallardamente la cara cuando todos denigraban el glorioso Movimiento —me sumé a la moción de Urraca—. Desde luego, sería la persona idónea para maquillar un poco el estropicio.

El sacristán Velilla ya parecía ver el cielo abierto, o siquiera algo

menos anubarrado. Pero entonces el cónsul Rolland alzó la cabeza caballar, muy pálida y con los ollares hinchados, como si le hubiese dado una lipotimia:

—Me opongo a que hable Lesca en un programa dedicado a la Hispanidad —dijo, poniéndose campanudo—. Acaba de publicar en su panfleto un artículo en el que pone a caer de un burro a los Estados Unidos. Su presencia en el programa de Paquis se interpretaría como un espaldarazo a sus posiciones, incompatibles con la neutralidad que preconiza nuestro Generalísimo. Por no hablar de sus repugnantes diatribas antisemitas... Lo siento, señores, pero no puedo permitir que Lesca sea entrevistado para ese programa.

Las palabras de Rolland cayeron sobre Velilla como un martillo pilón, acabándolo de rematar; y, por supuesto, ni Urraca ni yo osamos discutirlas. Lesca había debido detectar la animosidad de Rolland, o tal vez tuviera oído de tísico, porque se escabulló furtivamente de su palco.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó Urraca, apretando los dientes, para no delatar la aversión que le despertaba Rolland.

—Si a ustedes no les parece mal, podríamos proponer a Paquis que me entreviste a mí —respondió Rolland, con más resignación que afán de protagonismo—. Yo trataría de quitar hierro a los deslices del doctor Marañón, que además no son malintencionados, sino tan sólo imprudentes. Pero lo que ahora más nos conviene es un poco de prudencia diplomática. También me encargaré yo de interceder por usted, Velilla, ante quien haga falta, si lo llaman a capítulo. ¿Estamos de acuerdo?

Velilla asintió lloroso, y quiso besar la mano de su valedor, que no se lo permitió, en atención a las muchas veces que habían sostenido palio en las celebraciones de la calle Pompe, hermanados en el meapilismo. El cónsul Rolland nos miró inquisitivo a Urraca y a mí, buscando nuestra aquiescencia. Urraca se la otorgó, un poco a regañadientes; yo sin reparo ni pega alguna, encantadísimo de cómo se habían desarrollado los acontecimientos aquella tarde, tan favorable para mis intereses. Sonreí enternecido ante el gesto de Rolland, que había tomado entre sus brazos samaritanos a Velilla y trataba de reconfortarlo como habría reconfortado antes a tantos judíos perseguidos; y decidí que por fin había llegado el momento de hacer llegar a Urraca el anónimo que había escrito un año atrás en la

Underwood de Velilla, detallando las artimañas de Rolland para salvar judíos. Urraca se iba a poner de uñas.

XVII

—Fue una ignominia el discursito de Marañón y creo que hicimos un gran servicio a la patria silenciándolo —dijo Daranitas, a quien casi dos meses después duraba todavía el enfado—. Si el día de mañana alguien busca en la prensa española o mundial una crónica sobre aquella conferencia indigna, no la hallará. Nadie sabrá en el futuro lo que ocurrió en el Teatro de los Campos Elíseos. Pero quienes tuvimos la desgracia de estar allí lo sabemos perfectamente. Y lo que allí ocurrió fue una provocación indecente, aparte de suicida. No me entra en la cabeza que en la Falange seáis tan panolis. Tenemos que estar a muerte con los alemanes, no podemos andar tocándoles los cojones con que si la raza es la lengua o si la raza son pollas en vinagre —se exaltó, poniéndose casi de puntillas, mientras aporreaba un ejemplar del último número de *Je Suis Partout*—. ¿Has leído la entrevista que acaban de hacerle a Serrano los chicos de Lesca?

Se le notaba algo demacrado al cuñadísimo en las fotos, algo menos gatuna la mirada y algo más encanecido el cabello, como si las marquesas de su barrio le exigieran demasiadas prestaciones o se hubiese vuelto a pegar otro atracón de ostras portuguesas. Pero conservaba el brío de su lengua racial para brindar titulares rimbombantes: «Yo pienso que toda Europa se salvará o se hundirá con el Eje». Apenas unos meses atrás, al cuñadísimo ni siquiera se le habría planteado la disyuntiva.

—Pues me parece una sinécdoque un poco abusiva, la verdad —comenté con sorna que Daranitas, siempre tan impulsivo, no llegó a captar—. En realidad, cuando se refiere a Europa habla de sí mismo. Si el Eje se debilita, Franco no vacilará en hundir a Serrano, no lo dudes.

En las reuniones semanales del Lido que la Propagandastaffel organizaba para aleccionarnos, el teniente Schultz se esforzaba por amplificar los éxitos de la campaña rusa, recordándonos que la mayor parte de las ricas tierras ucranianas estaban en manos del Reich, que

Kiev, Odessa y Jarkov habían sido rescatadas del yugo soviético y limpiadas de elementos subversivos (o sea, de partisanos y de judíos), que el número de bajas y de prisioneros rusos era ingente… pero Moscú y Leningrado seguían sin caer. Y detrás de Moscú y Leningrado veinte millones de kilómetros cuadrados de inmensidades heladas, desde donde los rusos preparaban la contraofensiva, armados hasta los dientes con las armas que fabricaban en la lejanía recóndita de los centros industriales de Siberia. Al ángel con gabardina y bigote se le empezaba a poner cara de Bonaparte.

—Tú siempre tan poco optimista, Fernandito —me reprochó Daranitas—. Pero, volviendo a aquella infausta Fiesta de la Raza, quien estuvo formidable fue Ana de Pombo. Lástima que el cabrón de Marañón nos amargase el buen sabor de boca que nos habían dejado sus danzas.

Me abstraje en los reflejos del agua de la playa artificial sobre el techo, como musarañas culebreantes.

—Formidable de veras —comenté, por proseguir con la sorna—. No entiendo cómo no la han contratado todavía como instructora de coros y danzas en la Sección Femenina.

—¡Y hay que ver el aprecio que te tiene! —prosiguió Daranitas, impermeable a mis bromas—. El otro día me convidó a un *vernissage* en su casa, donde exponía obras de su marido uruguayo, un tal Caparro o Capurro, del que al parecer se había separado, pero con el que se acaba de reconciliar. Estaba cariñosísima con él, yo diría que un poco empalagosa incluso, como si quisiera que lo fuésemos pregonando por ahí… ¡Sólo dejaba de hacerle mimitos para preguntarme por ti!

Me conmovían los desesperados esfuerzos de Ana de Pombo por reclamar mi atención, que no renunciaban ni siquiera a utilizar como señuelo y acicate de mis celos al marido repudiado y después acogido otra vez, como troncho de berza arrojado a la basura que se acaba rescatando para la cazuela, cuando el hambre aprieta. Daranitas me contó que, por contaminación de la conferencia de Marañón, los alemanes habían extendido su veto a Ana de Pombo, que no conseguía que ninguna sala de pedigrí la contratase como bailarina, después del fiasco de la Fiesta de la Raza (siempre pagan justos por pecadores). También me contó Daranitas que Ana de Pombo había decidido abandonar la dirección de la casa de modas Paquin, que en su día

había llegado a contar con más de treinta talleres; pero las penurias de la guerra la habían ido dejando sin clientela. Como la dirección de la Casa Paquin era la principal vía de ingresos de Ana de Pombo y lo que le permitía mantener su opulento tren de vida, sospeché que las vacas flacas ya empezaban a ramonear en su casa de la calle Saint-Simon (y tal vez por ello había readmitido al Capurro o capado uruguayo, que al menos le garantizaba su sueldo de diplomático).

—Pero no te creas que esté pensando en la retirada —proseguía Daranitas, tan renuente a reconocer las derrotas de Ana de Pombo como las del Tercer Reich—. Ha decidido abrir su propia firma de modas en un palacete de la calle Quentin-Bauchart. Sus colecciones serán muy exclusivas, para un restringido círculo de amigas y fieles, sin los sofocos y la agobiante responsabilidad de dirigir un gigante con los pies de barro como Paquin.

Pero toda aquella verborrea justificativa que Daranitas me trasladaba tenía la música escondida del derrumbe, o siquiera de sus primeros avisos. Interrumpió su cháchara la llegada al club de prensa del Lido del teniente Schultz, que traía una cara más grave u hosca que de costumbre, con la mirada turbia y los cañones de la barba asomándole en los mofletes. Con una frialdad casi robótica nos anunció que los japoneses, después de sufrir pacientemente mil agresiones en el Pacífico, habían bombardeado una base naval en Hawái.

—Éramos pocos y parió la abuela —comenté por lo bajinis, esta vez con una sorna más elemental, para que Daranitas me entendiera.

Todavía el ángel con gabardina y bigote no había declarado la guerra a los Estados Unidos, aunque se esperaba que lo hiciese en los próximos días, por lealtad hacia su aliado asiático. Pero, entretanto, Roosevelt había mandado detener a los corresponsales alemanes residentes en Washington, confiscando además todas sus propiedades. El teniente Schultz leía en su francés urticante una declaración minuciosa y aburrida como un acta notarial, en la que se relataban las arbitrariedades y desafueros padecidos por los corresponsales alemanes. Y concluido el relato, sin un gesto estridente, sin animosidad ni vehemencia, dijo:

—Ruego a los corresponsales norteamericanos que se encuentran aquí que abandonen de inmediato el local y vuelvan cuanto antes a sus respectivos domicilios. Allí deben esperar nuevas órdenes.

A la sobriedad de Schultz respondieron los cuatro corresponsales yanquis del Sindicato de la Prensa Extranjera con pucheritos de contrariedad y consternación; pues a nadie le amarga recibir un sobre reventón de marcos a fin de mes. Se alzaron de sus asientos, a la vez que Schultz del suyo; y quitándose el guante de la mano derecha (en el Lido no había calefacción y el frío arreciaba), el teniente estrechó las cuatro manos sobrecogedoras, que luego fueron mendigando un apretón a los compañeros de oficio y sobresueldos. Todos ponían caritas de pena en la despedida y derramaban incluso alguna lagrimita de cocodrilo.

—No entiendo a qué viene tanta pamema —comenté con Daranitas—. Con un poco de suerte, ahora que se largan los yanquis, tocaremos a un poco más a fin de mes.

Pero a Daranitas mi comentario debió de parecerle demasiado descarnado, porque me frunció el ceño, emocionado por la escena; aunque no tanto como el misacantano Solms, que estrechaba las manos de los sobrecogedores yanquis con unción suavona, como si fuesen gatitos necesitados de caricias. Cuando al fin acabó el paripé de las despedidas, los sobrecogedores corrieron a felicitar al teniente Schultz, por el temple y la gentileza que había mostrado con los yanquis (a quienes tal vez ya estuviesen esperando en sus casas los del gabán de cuero negro, para darles masculillo). Daranas fue, por supuesto, el más ferviente y retoricón de todos:

—Dime cómo te portas con tu adversario y te diré quién eres —empezó, parafraseando un refrán español que Schultz no conocería, de tal modo que la frase le parecería más lapidaria e inteligente de lo que en realidad era—. De este modo, sabré si el reino de tu victoria será brutal y efímero, o si la hegemonía de tu fuerza será perdurable y luminosamente fecunda. Veinte siglos de civilización cristiana se compendian en el respeto piadoso que ha mostrado usted hacia esos compañeros, teniente Schultz. Hoy se ha probado otra vez que la raza no es la lengua, como ha dicho cierto majadero recientemente. La raza es el espíritu cristiano; y nadie se muestra tan denodadamente racial como Alemania.

Todos los sobrecogedores del Sindicato aplaudieron el desbarre de Daranitas hasta casi despellejarse las manos. Por un momento, pensé que tal vez estuviese preparando su candidatura a la presidencia del Sindicato; y así se lo comenté descaradamente y, siquiera por una

vez, sin sorna alguna.

—Eso sería miel sobre hojuelas —me reconoció Daranitas en un aparte, sin molestarse en disimular sus ambiciones—. Pero la razón fundamental que me ha movido a soltar esa prédica era mostrar mi rechazo a las palabras de Marañón. Y tú harías bien en imitarme, pues trabajando con Velilla tienes más posibilidades de verte salpicado. Como afirma Serrano, nuestro destino está ligado al del Eje, que no perdonará a los traidores. Ya verás, ya verás como a Marañón todos le harán el vacío.

Se engañaba Daranitas, como siempre les ocurre a los hombres de pensamiento demasiado rectilíneo, poco atentos a las anfractuosidades de la vida. Sobre la conferencia pronunciada por Marañón el Día de la Raza se había en efecto corrido un tupido velo de silencio, no sólo porque Daranitas hubiese acordado con los sobrecogedores de la Propagandastaffel su ninguneo unánime, sino sobre todo porque el cónsul Rolland no había informado al Palacio de Santa Cruz ni tampoco a Lequerica del disgusto provocado a las autoridades alemanas presentes en el acto, ni de los desafueros y heterodoxias con que Marañón había salpimentado su texto. Marañón, por su parte, había recolectado algunos desdenes y desapegos entre los elementos más intransigentes de la colonia española, pero también adhesiones entre quienes percibían la necesidad imperiosa de poner cierta distancia con el Eje —desde luego en cuestiones raciales, pero también en estrategias políticas—, para no condenarse con él. Monárquicos, conservadores, democristianos, liberales, todas esas tribus tibias y reptantes que se habían adherido al Movimiento, como lorzas de grasa a la cintura, no soportaban que los emparentasen con el ángel con gabardina y bigote (y transigían a duras penas con la Falange); y veían en personajes como Marañón, rescatados o redimidos de la cochambre republicana, algo así como una legitimación de sus posiciones. De este modo revelaban una oscura patología o complejo psicológico: buscaban legitimidad en gentes a las que antes habían combatido, en donde volvía a probarse el carácter acomodaticio, cipayo, genuflexo de las derechas, que como había dicho el Ausente, siempre abren la puerta de casa a quienes sólo quieren entrar para desalojarlos, a veces con sangre, a veces con vilipendio. Así que de Marañón querían hacer una especie de nuevo Menéndez Pelayo, siendo exactamente su antípoda, incluso después de que les hubiese enseñado la patita hasta

el arranque de la nalga, como acababa de hacer en la Fiesta de la Raza. Y le montaron una comida de despedida (que era también de desagravio) cuando Marañón anunció que abandonaba por unas semanas París, instalándose en Portugal, adonde esperaba que no hubiesen llegado los ecos de su conferencia. Además, mientras preparaba la marcha a Portugal, su hija primogénita, que a la sazón estaba viviendo en San Sebastián, se había puesto gravemente enferma de unas fiebres tifoideas; y Marañón había solicitado a Serrano, apelando a su caridad cristiana, que lo dejase parar siquiera un par de días en España, para visitarla. Como el cuñadísimo había finalmente cedido, se interpretaba que Marañón no había caído en desgracia ni siquiera en los círculos falangistas, donde ciertamente se había procurado echar tierra sobre lo sucedido en el Teatro de los Campos Elíseos. De la organización de la comida en homenaje a Marañón se había encargado el cónsul Rolland, que así terminaba de delatar sus simpatías; y había confirmado su presencia —aunque se sabía que el restaurante elegido por Rolland era de medio pelo, o decididamente alopécico, incluso— el embajador Lequerica, que no perdía ocasión de escapar de Vichy siempre que podía. Entre el grupo selecto de invitados (que no lo éramos, pues teníamos que pagar a escote) nos contábamos Perico Urraca y yo mismo; pues a Rolland no le convenía contarnos entre sus detractores, no nos diera por airear el pitote de la Fiesta de la Raza. Por supuesto, ambos aceptamos sumarnos a la comida encantadísimos e hipocritísimos, aunque Marañón nos cayese como una patada en el hígado y deseáramos que se contagiase de las fiebres tifoideas de su hija. Por mi parte, me remejía además una curiosidad malsana e incontenible, por saber cómo habría recibido Urraca el anónimo que le había mandado, relatándole las hazañas del cónsul Rolland.

—¡Qué alegría volver a verte, Perico! —lo saludé a la puerta del restaurante donde se nos había citado, con los abrazos efusivos y el palmeteo en los omóplatos que siempre acompañaban nuestros encuentros.

Pero aquel día se notaba a Urraca menos brioso en sus efusiones, menos risueño y despreocupado en medio de un mundo que se derrumba. Apenas unos días antes, un israelita había sido detenido en la frontera española con documentación falsa; y había declarado que se la había proporcionado Urraca, a cambio de importantes cantidades

de divisas y joyas de valor. Por supuesto, la noticia no había trascendido, ni trascendería; pero en una de mis últimas visitas a la avenida Foch, donde semanalmente informaba sobre las actividades de los polaquitos maternalmente apacentados por Nana de Herrera, Alisch y Rado habían tratado de sonsacarme. Que Perico Urraca tuviese montado un negocio para la evacuación de judíos venía de perillas a mi propósito de desprestigio y defenestración del cónsul Rolland, que también evacuaba judíos pero lo hacía gratis, en flagrante competencia desleal. Había enviado a Urraca el anónimo donde se desvelaban los tejemanejes de Rolland en el momento idóneo.

—Pero te veo el gesto disgustado, cosa impropia en ti —lo azucé—. ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

En lugar de acercarnos al restaurante donde nos habían convocado para el homenaje íntimo a Marañón, nos metimos por una calle adyacente y más angosta que descendía hasta las Tullerías. Además de su jovialidad, Urraca había perdido la confianza liviana y frívola en sus superiores, que siempre le habían dejado campar por sus fueros y mangonear a placer.

—*Nos* ha ocurrido una desgracia, Fernandito, *nos* ha ocurrido —respondió al fin, poniendo un énfasis teatral en el pronombre—. Ya viste cómo reaccionó Rolland cuando le propusimos que Lesca sustituyese a Marañón en el programa de Paquis. ¿Y por qué crees que reaccionó así?

—Pues supongo que es hombre timorato... —dije, haciéndome el cándido.

—¡Ni timorato ni leches! —se cabreó Urraca, también teatralmente—. Un agente de los judíos, eso es lo que es, que les brinda amparo y organiza su salida de Francia. Lo sé de muy buena tinta.

La tinta era la propia de las cintas de la Underwood de Velilla, que tampoco era de una calidad óptima, aunque desde luego dejase una impresión bastante decente y perfectamente legible (otra cosa distinta es que los moldes de algunas letras bailasen un poco, o estuviesen gastados de más, pero esta peculiaridad los hacía más reconocibles). Urraca me contó todo lo que yo ya sabía (todo lo que yo le había contado en el anónimo): las artimañas de Rolland para burlar la legislación alemana en materia racial, su expedición de

visados y certificados firmados por él mismo sin autorización del Palacio de Santa Cruz, etcétera. También me relató algún episodio sobre el que yo no tenía noticia:

—En una redada reciente hasta veinte judíos españoles fueron internados en Drancy. ¿Querrás creer que Rolland removió Roma con Santiago hasta que logró sacarlos y devolverlos a todos a España? —preguntó, con lógica indignación, pues eran veinte palomos que se le habían escapado, sin posibilidad de desvalijarlos a cambio de un visado falso—. Habló con las autoridades alemanas, aduciendo que los hebreos no habían cometido ningún delito. Y cuando le respondieron que no había mayor delito que la raza a la que pertenecían... el cabrón de Rolland esgrimió unos certificados de bautismo falsos, seguramente aliñados por los claretianos de la calle Pompe. Pero, claro, los alemanes no podían poner en tela de juicio unos documentos avalados por un diplomático español; y, estando bautizados, los judíos dejaban de serlo para la legislación española, así que los tuvieron que soltar, y ahora ya están en España, tan pichis. El cabrón de Rolland va a convertir España en una nueva Sión, invadida por mangantes y trotamundos de perfil ganchudo.

Traté de mostrarme contagiado por su enojo de forma convincente:

—Tanto traje inglés y tanto sostener el palio en misa acaban haciendo del hombre más íntegro una babosa... Y encima esos curánganos dándole cobertura. ¡Al final van a tener razón los rojos que les daban matarile! —exclamé. Pero me morigeré, pues tampoco convenía exagerar—: ¿Y tú qué piensas hacer?

—Ya he puesto los manejos de Rolland en conocimiento de Serrano, que por supuesto desaprueba su conducta, en especial que falsifique documentos o que expida visados a sefarditas que no son nacionales de pleno derecho, sino sólo casados con españolas. Pero, chico... —resopló Urraca, abrumado por las lenidades del nacionalseminarismo—. Ya sabes cómo es Serrano... Piensa que, mientras se hagan esas trampas por un bien mayor, tal vez convenga hacer la vista gorda, siquiera por un tiempo.

Siempre la supervivencia de los mandatos cristianos incrustada en la conciencia de aquellos pazguatos, como un estigma indeleble. Me permití deslizar a Urraca una ocurrencia venenosita:

—¿Y por qué no se lo cuentas a Alisch, para que él, a su vez, se lo

cuente al embajador Abetz? Si los alemanes empiezan a presionar a través de los conductos diplomáticos, en el Palacio de Santa Cruz terminarán destituyendo a Rolland, aunque sólo sea por miedo a desatar la ira de Wotan…

Se quedó Urraca pensativo, mientras volvía la vivacidad a sus ojillos y la sonrisa a sus labios batracios:

—¡Menuda idea más cojonuda me acabas de dar! —exclamó eufórico—. Pero tendré que arreglármelas para no decirle quién me ha informado sobre los manejos de Rolland, porque tampoco nos conviene que gane puntos ante los alemanes.

Me fingí un poco desentendido:

—¿Y quién demonios te ha informado?

Urraca echó a rodar su risa de hucha reventona de monedas:

—No te lo vas a creer. Ha sido Velilla, a través de un anónimo. ¡Menuda rata está hecho!

—¡Velilla! Me cuesta mucho creerlo —dije, mostrando un pasmo postizo—. Pero, ¡hombre!, si conserva su puesto gracias a que Rolland no informó desfavorablemente sobre la conferencia de Marañón… Y, además, los dos son muy meapilas, cada uno a su estilo, y sostienen juntos el palio en la calle Pompe. No se denuncia a un tipo con el que haces pareja artística el día del Corpus, ¿no te parece?

—¡Ya te dije que Velilla es una rata! —se reafirmó Urraca, lanzando otra carcajada todavía más tintineante—. Pero resulta que el cabrón de Rolland está utilizando el vagón reservado a la Falange en los trenes que trasladan repatriados a España, para camuflar a los judíos que salva. ¡Los disfraza de falangistas, el muy bellaco! Y, claro, si se descubriera el embolado, a quien se le cae el pelo es a Velilla, pues como bien sabes el servicio de repatriación tiene sus oficinas en la avenida Marceau —me explicó, mientras yo ponía cara de caerme del guindo. Y añadió cínicamente—: Por lo demás, ya se sabe que un favor jamás se perdona. A Velilla, Rolland le hizo un favor inmenso en la Fiesta de la Raza; tan inmenso que el puesto de Velilla depende ahora exclusivamente de la benevolencia de Rolland, que puede imponerle a cambio faenas tan ingratas como la de la evacuación de los judíos disfrazados con la camisa azul mahón. Así que, cargándose a Rolland, Velilla se queda liberado de sus compromisos con el hombre que lo ha favorecido. ¡Ya ves el sacristán cómo se las gasta!

Hice un mohín de apabullado estupor que me quedó muy

convincente:

—Si es como dices, Velilla es un monstruo de maldad... Aunque, desde luego, yo no pongo la mano en el fuego por él —dije, pero todavía aparenté cierta resistencia—: ¿Tienes pruebas fehacientes de que el anónimo es suyo?

Urraca esbozó una sonrisita petulante:

—¡Fernandito, coño, que estás hablando con un profesional! Me conozco los tipos de la máquina de escribir de Velilla como si los hubiese parido: sé qué letras le bailan, cuáles quedan más y menos marcadas sobre el papel... No he tenido más que confrontar el anónimo con las decenas de cartas que tengo suyas. —Y, al volver a reírse, se palmeó los muslos, celebrando la ingenuidad o el desaseo de Velilla—: Y el tío guarro hasta dejó en el papel una marca de grasa del choricico que seguramente tendría sobre la mesa mientras escribía el anónimo. No era la primera vez que dejaba esa señal grasienta y rojiza en sus cartas... Pero, claro, qué se puede esperar de un tiparraco que puso a Serrano a cagar en un puto muladar...

—Calla, calla, no me lo recuerdes, que se me revuelven las tripas —dije, sellando la conversación sobre el asunto, de vuelta ya al restaurante.

Ambos nos habíamos quedado muy satisfechos: Urraca podría deshacerse de Rolland, si sabía mover sus hilos con paciencia y habilidad en la avenida Foch, acabando con su competencia desleal; y yo había hecho pagar a Rolland sus bonhomías de caballero cristiano, que habían permitido a Marañón irse de rositas, cargando además el mochuelo de la delación anónima sobre Velilla, cuya posición ante Urraca quedaba todavía más frágil y expuesta. El restaurante elegido para homenajear a Marañón en vísperas de su marcha a Portugal, muy modesto y de batalla, en la calle Argenteuil, lo regentaban unos maquetos que se hacían pasar por euscaldunes de pedigrí, pero bastaba ver la paella con vocación de engrudo que servían para comprender que eran euscaldunes de pega. Lequerica, que estaba sentado en el centro de la mesa, enfrente de Marañón y Rolland, miraba consternado la bazofia amarillenta, y la hurgaba con el tenedor como si hurgase las heces de un enfermo de beriberi. Su perfil ornitológico se volvía casi quelonio, de la pereza que le daba aquel rancho.

—Pero, hijo —interpeló lastimero al camarero, que era un vasco

de Úbeda o Peñafiel, por lo menos—, ¿de veras ni siquiera me podéis poner un poco de bacalao? ¿Dónde se ha visto un restaurante vasco en el que sirvan paella y no tengan bacalao?

—Es que las restricciones de la guerra nos han dejado sin provisión, caballero —se excusó el camarero, que no había reconocido a Lequerica, tal vez porque no había venido con el abrigo de solapas como orejones y doble botonadura dorada que se había mandado hacer, cuando lo nombraron Jefe de Falange en Francia.

—Más restricciones hubo en Bilbao, en el sitio de 1835, con Zumalacárregui a las puertas, y jamás faltó el bacalao en tabernas tan malas como ésta —se quejó Lequerica, nostálgico del Bocho y de la carlistada. Y cuando el camarero se marchó, encogiéndose de hombros, contó una fábula o anécdota muy sabrosa—: Aquel milagro ocurrió, según cuenta la leyenda, porque un comerciante llamado Gurtubay pidió a Noruega 100 o 120 balas de bacalao; y los noruegos, que deben de ser gente muy limitada a juzgar por su gastronomía, confundieron la «o» con un cero, y mandaron más de un millón de balas, que en un principio Gurtubay pensó que serían su ruina; pero con el Sitio, logró venderlas todas y hacerse millonario, pues la gente no tenía otra cosa que llevarse a la boca. Y de ahí viene que los bilbaínos sepamos cocinar el bacalao de mil maneras, desde la más simple a la más sofisticada. Pero una cosa es la comida simple y otra esta paella, que no creo que sirvan ni a los presos de Drancy...

Y su voz, entre el clarín y el clarinete, se volvía silbato afónico, de tan apesadumbrada. Urraca se sentó a la derecha de Lequerica, que le había guardado la silla, y yo a la vera de Urraca, para no perder ripio de la conversación que entablaran con Marañón, muy tartufo y aureolado de santidad laica, con el sempiterno terno (la cacofonía aquí es aliteración) que extrañamente le quedaba un poco flojo, sin duda por las desazones y angustias de las últimas semanas, que lo habían hecho enflaquecer. Cuando me vio sentado frente a él, Marañón no logró disimular un escalofrío.

—Seguro que don Gregorio se alegra en el fondo de que no tengan bacalao —dije, en un tono festivo—. Ya va a tener ocasión en Portugal de resarcirse y empapuzarse de bacalao... ¿Y qué lo lleva a tierras lusas, don Gregorio?

Marañón me miraba con prevención acorralada, seguro de que la intención de mi pregunta era aviesa, pero sin hallar el modo de

averiguar su propósito:

—Un cambio de aires me vendrá bien, mientras se tranquilizan las aguas —respondió finalmente, sin comprometerse—. Y, de camino a Portugal, aprovecharé también para visitar a mi hija enferma en San Sebastián.

—¡Albricias, don Gregorio! —exclamé con una exultación que contrastaba con su tristeza adusta—. Por fin se le deja pisar suelo español. Así se hace justicia con el gran rapsoda de nuestra raza. ¡Qué discurso tan cautivador el suyo, tan lleno de enseñanzas edificantes! Yo no podía imaginar que en la raza española hubiese tantos herejes, masones y judíos, todos ellos más importantes que Cervantes, Velázquez y San Ignacio, a quienes por el contrario usted no nombró en ningún momento; pero nunca se acuesta uno sin saber algo nuevo, jolines.

Urraca templó gaitas con su mejor sonrisa de alfil:

—Hombre, hay que tener en cuenta que el discurso iba dirigido a emigrados, de ahí que don Gregorio les hablara de españoles que tuvieron que liar el petate...

—Claro, claro, olvidaba ese detalle —sonreí yo también, como si reconociese mi intemperancia—. Lástima que, con las limitaciones de tiempo, don Gregorio no pudiera referirse también a los exiliados carlistas, ni a los exiliados partidarios del Archiduque Carlos. Pero, sin duda, son mucho menos importantes que la caterva liberal y sefardita...

Y le hice un gesto a Urraca, significando que ya me había desahogado y prometía no importunar más a Marañón, quien sin embargo permaneció en guardia durante toda la comida, sin probar apenas la paella palúdica y gelatinosa que, al enfriarse, adquiría irisaciones de vómito. Lequerica alivió un poco la tensión, poniéndose paradójicamente de mi parte:

—De todas maneras, Gregorio, creo que deberías evitar hacer elogios desaforados de los judíos, dados los tiempos que corren. Varios mandamases tudescos me han hecho llegar sus protestas por la conferencia que, por desgracia, me perdí.

Se rascó las aletas de la nariz, como si se las afilara, por recuperar su perfil ornitológico. Marañón hizo un puchero atribulado, muy a tono con su tartufería:

—Puedo pasarte el texto cuando quieras, y comprobarás que fui

muy moderado y respetuoso...

—No me cabe la menor duda —aseguró Lequerica, quizá porque estaba colmado de dudas mayores—. Pero corren tiempos recios y los alemanes se han vuelto muy susceptibles, desde que los tirotean en las calles. Las protestas de los mandamases voy a meterlas en un cajón, para que críen polvo, después de responderlas con muy buenas palabras, por supuesto; pero no creo que deba repetirse una situación similar. Tampoco creo que debas seguir trabajando en esa ambiciosa historia de las emigraciones españolas de la que me hablaste. Mucho más recomendable me parecería que cogieras a un emigrado que te guste y escribas una biografía sobre él, sin meterte en mayores berenjenales.

Lequerica lo miró con ojos que eran a la vez irónicos y amonestadores, de tal modo que la amonestación resultaba liviana y la ironía grave. Era un genio de la diplomacia, amén de tener un paladar exquisito.

—Seguiré tu consejo, ya sabes que no me gusta echar leña al fuego —aceptó Marañón, que sin embargo todavía quiso metérsela doblada a Lequerica—: ¿Luis Vives, por ejemplo, te parece un personaje adecuado?

—Me lo parece con tal de que no des la tabarra con sus orígenes judíos, pillastre —aclaró Lequerica, recuperando la voz de clarín—. Y hablando de judíos, me han contado un chiste buenísimo. Un parisino le cuenta a un amigo recién llegado de provincias que a las nueve de la noche del día anterior un judío había disparado en el metro a un oficial alemán; y que, según se rumoreaba, lo había abierto después en canal y le había comido el corazón a mordiscos. El amigo provinciano se burla de la credulidad del parisino, que porfía, asegurando que sus fuentes son fidedignas. A lo que el provinciano responde: «Tus fuentes son falsas por tres razones. Primera, los judíos no comen carne de cerdo; segunda, los alemanes no tienen corazón; y tercera, a las nueve de la noche todo el mundo está escuchando la BBC».

Nos cruzamos miradas un poco medrosas, pero finalmente todos reímos, algunos más comedidamente que otros. Urraca y yo fuimos, por supuesto, los más estruendosos, para que no se nos tomara por germanófilos, entre tanto monárquico y liberal. La risa del cónsul Rolland tenía algo de relincho cortés, muy acorde con su fisonomía:

—¡Eres la caraba, José Félix! —comentó—. Le pides al doctor

Marañón que no hable ni escriba sobre los judíos, mucho menos elogiosamente, y tú te despachas con unos chistes que, si llegaran a oídos de la Kommandantur, te podrían costar el puesto...

Lequerica cimbreó su dedo índice, de nuevo entre irónico y amonestador:

—¡Ah, pero yo sólo cuento estos chistes a los amigos! O bien a personas que, no siendo amigas, les conviene callar, no sea que yo cuente algo mucho peor sobre ellas —dijo, burlón, y se rió de la desazón que nos había causado esta precisión última—. En fin, ya que la comida en este restaurante de vascos apócrifos es una calamidad, por lo menos brindemos por Gregorio, que por primera vez en cinco largos años se dispone a pisar suelo español, y más concretamente suelo vasco, que es todavía más bendito.

Sirvió en nuestras copas un morapio de jarra que, desde luego, no era borgoña; pero tenía sustancia y aspereza (tal vez estuviese mezclado con tinta de calamar o tinta para estilográfica), porque dejaba manchada la lengua, como si hubiésemos lamido un tizón. A Marañón el vino lo ponía llorón y pelmazo:

—Apenas nos dejan dormir un par de noches en España, José Félix —se lamentó—. Una la pasaremos con mi hija en San Sebastián, la otra en nuestro añorado cigarral de Toledo. Pero el veto sigue activo. Y, a estas alturas, ya no puede considerarse mera opinión de una persona más o menos malhumorada o arbitraria, sino expresión del modo de pensar de una camarilla, no sé si grande o pequeña, pero suficientemente fuerte como para imponer su criterio. —Bajó la testuz y crispó los puños, como si le costara mantener la circunspección—. Y mucho me temo que no lo variarán jamás. Nadie ha hecho más que yo por lograrlo.

Nadie, al menos, lo había hecho tan farisaicamente, fingiendo una conversión de fachada que, de puertas adentro, no se había producido, como la conferencia de la Fiesta de la Raza había demostrado. Y, puesto que la conversión marañosa era falsa, había que impedir que le levantaran el veto como fuera.

—Las gentes cambian de criterio —dijo Lequerica, un tanto crípticamente—. Y, todavía más, el mundo cambia de gentes. Quienes hoy parecen salvados, mañana están hundidos. Pierden su influencia de la noche a la mañana y desaparecen del mapa.

Se hizo un silencio jeroglífico, que cada cual empleó para

descifrar a su gusto las palabras de Lequerica, alusivas seguramente al titular de la entrevista que acababan de hacer al cuñadísimo en *Je Suis Partout*. Marañón se distraía acuchillando el hule a cuadritos rojos y blancos que cubría la mesa, a guisa de mantel, mil veces acuchillado antes por otros comensales pesarosos o escaldados de la paella infame que servían aquellos vascos apócrifos.

—Y luego tengo, además, el problema económico —murmuró Marañón, con victimismo de hidalgo pobre—. Nosotros estamos montados en París con modesto desahogo y nada más, pero con un presupuesto que depende de mis ingresos profesionales y literarios. Con las dificultades de la guerra, estos ingresos han disminuido considerablemente. Tengo que reducir gastos y aumentar ingresos; pero esto resulta por completo imposible en París. Y no quiero dar impresión de descenso.

Aquella mezcla de patetismo y altanería de Marañón, como de hombre que sabe que quien no llora no mama, pero a la vez quiere hacerlo subidito en el pedestal, sin inclinar el espinazo ni doblar la rodilla, sin ofrecer signos de debilidad o declive, me sublevaba. Decidí que había que impedir su regreso a España como fuera, antes de que se convirtiera definitivamente en el Menéndez Pelayo de la derechuza burguesa y pancista, cara al sol que más calienta, impasible el ademán y viviendo al pelo como un sultán.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó el cónsul Rolland.

Se notaba que, si por Rolland fuera, Marañón ya estaría desfilando por Madrid en silla gestatoria. Para desaguar el resentimiento que me desbordaba por las glándulas lacrimales me puse yo también a acuchillar el hule de la mesa, pero más encarnizadamente que Marañón, como si lo estuviese acuchillando a él mismo.

—Estoy considerando muy seriamente instalarme en Portugal —dijo—. Por eso he decidido pasar las Navidades allí, para otear el panorama.

Urraca intervino contemporizador:

—Tenga un poco de paciencia, don Gregorio. El ministro Serrano no lo piensa dejar en la estacada. Pero usted también tiene que ayudarnos y ayudarse, evitando afirmaciones como las que hizo en su conferencia...

Marañón oía las reconvenciones como quien oye llover, más

permeable a los agasajos que a los rapapolvos (pero siempre disfrazando su vanidad de humildades impostadas). Advertí que la mención al cuñadísimo había agriado un poco el gesto bonancible de Lequerica. Según se afirmaba en los mentideros, Serrano tenía recelos de Lequerica, por considerarlo demasiado frívolo y *bon vivant*; no se había atrevido a apartarlo de su cargo, pero procuraba desacreditarlo suavemente ante el cuñado triponcete, recordándole sus veleidades literarias juveniles y sus pretensiones intelectuales. El Caudillo, como todo general africanista que se precie, detestaba a los intelectuales, sobre todo cuando se ponían jeroglíficos, como en aquella comida había resuelto ponerse Lequerica:

—Acabo de leer una biografía muy instructiva sobre un ministro de Luis XV hoy olvidado, el abate Bernis —comenzó, con esa suerte de cáustica candidez que constituía el rasgo más definitorio de su carácter—. Bernis había impulsado con *madame* de Pompadour el cambio de alianzas de Francia, acercándola a Austria y enfrentándola a Prusia. Pero se sucedieron las derrotas, y Bernis empezó a temer por la prolongación de una contienda de cuyos resultados no esperaba nada bueno. —Miró fijamente al desconcertado Marañón—. ¿Me sigues?

Era normal que a Marañón le costase un poco entender la intención de Lequerica, pues no había mencionado a Cervantes en su discursito sobre la Raza, ocupado en vindicar herejes recónditos y sefarditas esotéricos. Pero Cervantes nos enseña que la historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. Y también madre de la verdad; porque, a la postre, la verdad histórica no es lo que sucedió, sino la narración que *a posteriori* se elabora en torno a lo sucedido.

—Creo que empiezo a entender… —dijo al fin Marañón, que era más lento que el desarrollo de una berza.

Lequerica asintió, aliviado y risueño:

—La salud del pobre Bernis se fue debilitando, como consecuencia de su pesimismo y falta de confianza —prosiguió—. Acudió entonces a *madame* de Pompadour, para que le pidiera a Luis XV que lo liberase de la pesada carga de los Asuntos Exteriores. «No veo ante mis ojos más que un porvenir espantoso, porque será preciso romper los tratados que yo mismo he hecho», se lamentaba. Bernis

pensaba que Luis XV, en agradecimiento a los servicios prestados, le concedería un ministerio sin cartera, pero se equivocaba de medio a medio. Luis XV y su favorita no sólo prescribieron su dimisión de Asuntos Exteriores, también lo excluyeron del Consejo; y una carta del soberano ordenó a Bernis retirarse a sus posesiones de inmediato.

A falta de una comida decente, Lequerica se relamía, anticipando la defenestración del cuñadísimo, de quien sin duda aquel abate Bernis era prefiguración o trasunto. Pero Lequerica, muy cuco, no quería que nadie pudiese acusarlo de conspirar contra Serrano, cuyo puesto ambicionaba.

—¿Y ése fue el fin de la carrera de Bernis? —preguntó Marañón, algo incómodo.

Se debatía entre el despecho y la lealtad hacia el amigo que lo había ayudado a salvar el pellejo en el Madrid rojo pero que, siendo Ministro y Presidente de la Junta Política de Falange, no tenía bemoles para imponer su retorno. Lequerica añadió displicente un colofón malévolo a la historia:

—Bueno, diez años más tarde, Luis XV nombraría a Bernis, a modo de limosna o premio de consolación tardío, embajador en Roma. Allí Bernis pasaría los últimos años de una vida muy larga. No tengo sus *Memorias* a mano, pero creo recordar que el aventurero y asaltacamas Casanova tuvo un encuentro con el embajador Bernis, por entonces cardenal, y se quedó asustado del ambiente de desviación sexual imperante en la pequeña corte de la embajada, sometida al mal ejemplo de su jefe. —Hizo una pausa, para comprobar que su insinuación no había resultado demasiado injuriosa a las tragaderas de sus oyentes—. Pero no lo tomen ustedes al pie de la letra, no quiero calumniar... a este eminente difunto.

En cambio, no le preocupaba tanto calumniar tácitamente al cuñadísimo, insinuando que en su pequeña corte también reinaba la desviación sexual. Me congratulé de que mis insidias contra Ximénez de Sandoval, el biógrafo apasionado del Ausente que ni siquiera se había dignado citarme, empezaran a rendir fruto.

—El eminente difunto sin duda se lo agradece —aseguró Marañón, algo más tranquilo—. Sólo espero que quien suceda a Bernis no sea de la camarilla enemiga.

Lequerica volvió a llenarnos las copas de morapio, para que nuestras lenguas se amoratasen o ennegreciesen todavía más, como

merecen los cotillas y maledicentes:

—Seguro que será alguien que ni se salve ni se hunda porque otros se hundan o se salven. Alguien que sepa mantenerse a flote como un corcho —dijo.

Y brindó por ese ministro de corcho cuyo nombre no quiso aventurar, para que nadie pudiera tacharlo de narcisista. Marañón se sumó sin remilgos al brindis, pues, aunque tardo para descifrar parlamentos en clave, era celerísimo para interpretar los vaivenes de la Historia (perdón por la mayúscula) y arrimarse al bando que más le convenía; o incluso a varios bandos a la vez, en un ejercicio de bilocación sólo al alcance de los santones laicos. En algún pasaje de su *Tiberio*, Marañón sostiene que el resentido casi nunca manifiesta a quienes lo rodean su acidez interior. De ahí que su disimulo e hipocresía acaben desembocando en la escritura de anónimos, que no son hijos de la floración repentina del odio, ni del ansia de venganza, ni siquiera de la roedora envidia, sino de la mano paciente del resentimiento. Mientras me sumaba al brindis, decidí que había llegado el momento de enfangar anónimamente el prestigio de Marañón.

XVIII

Si ya a partir de las diez de la noche la visión de un París sin traje de luces —sin lámparas encendidas en las casas, sin faros en los automóviles, sin iluminación en los cafés y en los escaparates— resultaba acongojante, las nuevas medidas decretadas por la Kommandantur en vísperas de Navidad, ante el creciente número de atentados sufridos por la guarnición alemana, hicieron de la capital una ciudad casi inhabitable. A las cinco y media, treinta minutos antes del nuevo toque de queda, se cerraban las tiendas y la gente se apiñaba ante las bocas de metro para tomar el último tren, y en un cuarto de hora sólo se veía en las calles a unos pocos rezagados que miraban angustiados el reloj: padres ansiosos esperando que sus hijos acabaran la clase particular; novios cornudos esperando que la novia saliese de la oficina donde toreaba otras reses; trapicheadores con un saquito de alubias o un cartón de huevos escondido en el abrigo esperando al primavera dispuesto a pagárselos con el oro de sus muelas picadas... Y a las seis, con el cielo crepuscular, las calles se quedaban sin un alma viviente, como si hubiesen sonado las siete trompetas del Apocalipsis, con las estaciones de metro candadas y los escaparates de las tiendas con la persiana echada, con todas las ventanas de los edificios como bostezos de noche y las terrazas de los cafés como naufragios de secano; y por encima de todo, un silencio compacto, tétrico, sin fisuras, como si los árboles sin hojas y sin pájaros hubiesen extendido su ramaje, a modo de enredadera, por todas las calles, como si de repente París fuese una de esas ciudades —Pompeya o Herculano— desaparecidas en plena actividad y exhumadas siglos más tarde por los arqueólogos. Y sobre esa estampa congelada caía una noche que, cada noche, parecía definitiva.

Sólo algún reloj remoto perturbaba el silencio universal. Pero este castigo del adelanto del toque de queda sólo lo era para los ociosos y los crápulas; para mí más bien supuso un premio. Podía abandonar temprano la sede de la avenida Marceau, abreviando las horas de

indeseada convivencia con el sacristán Velilla y el misacantano Solms (que, de estar a partir un piñón, habían pasado a hacer partición malhumorada, a falta todavía de que se declarasen abiertamente las hostilidades); podía encerrarme en mi casa de la calle d'Idalie, que todavía me permitía caldear con carbón (aunque cada vez menos espléndidamente, porque los sobres de la Propagandastaffel se volvían más magros y esporádicos), y dedicarme a escribir mis crónicas del *Arriba*, sin perturbaciones ni urgencias de ninguna clase, sabiendo que ningún pelmazo interrumpiría mi labor, que ningún pedigüeño me vendría con sus requilorios y sablazos, que ninguna amante preterida me exigiría el cumplimiento del débito adulterino. Así, en las tardes de aquel invierno, gracias a la bendita Kommandantur (o a los benditos comunistas que diezmaban a los ocupantes), escribí desaforadamente, convirtiéndome en la firma más ubicua del *Arriba*, donde ya se habían rendido definitivamente a mi escritura caudalosa, a mi estilazo entre lírico y cruel, entre esperpéntico y modernista, entre el cisne negro y el buitre leonado, que al principio los acojonaba un poco —porque la reciedumbre falangista se había rendido ante las blandenguerías del nacionalseminarismo—, pero que había acabado subyugándolos, porque los aprovechateguis y chupópteros de la Nueva España necesitaban, en medio de sus dengues de meapilas, una prosa carnívora y bella como un pecado mortal que los fustigara cada día y les escupiera en la jeta, para hacerles creer que no eran unos blandos y unos vendidos.

Escribir anónimos me resultaba, en cambio, mucho más enojoso, porque me exigía renunciar a mi estilo fluvial e inalcanzable y adoptar el tono neutro de cualquier pelagatos o pinchaúvas, de cualquiera de esos velillas que andan por el mundo, ensuciándolo con su mediocridad. Y más difícil aún me resultaba imitar el estilo de Marañón; o, dicho más exactamente, de un Marañón al que de repente, atufado de fados y vino de oporto, le da la ventolera y se pone a despotricar del Caudillo en un periódico portugués. Porque, para impedir que a Marañón le levantaran el veto, le devolvieran la cátedra y le permitieran residir de nuevo en España, había urdido escribir un artículo que imitase su prosa campanuda y zamacuca, su prosa jaspeadita de erudiciones judaizantes y torpedos liberaloides disfrazados de sentido común y tópico burgués, su prosa pomposa, rigurosa y minuciosa, tan característica de los grafómanos que no son

escritores auténticos. Una prosa así es más difícil de imitar que ninguna otra, porque en su llaneza aparentemente tópica, en su retórica aparentemente simple, se enmarañan muchas intenciones solapadas, muchos venenos invisibles, muchas alevosías disfrazadas de santurronería laica, muchas enmarañadas marañerías (que, además, no estaban exentas de penetración psicológica, y aun de psicología de masas). Y, además, en mi imitación de Marañón tenía que rescatar al republicano desdeñoso de los caballeritos monárquicos, de los católicos entregados a sus fetichismos primitivos, de los generalotes tiránicos; o sea, al Marañón auténtico, ahora disfrazado de cautelas, que había enseñado la patita en el Teatro de los Campos Elíseos. Y que en mi pastiche marañero se atrevía por fin a quedarse en porreta, incluso a blandir sus partes pudendas retadoramente:

> Una vez más, como en nuestro vapuleado don Quijote, la razón se recobrará a punto de morir. Hoy más que nunca, España se quiebra y agrieta. La gangrena de nuestra desgraciada patria es irremediable. Voces obcecadas e inconscientes ganaron el ánimo de un hombre sin escrúpulos, ambicioso y cuya ansia de poder le lleva a considerar a todo un pueblo como reata de legionarios atentos a la consigna del mando. ¡Triste destino el de España, siempre yugulado por espadones providenciales y pisaverdes funestos, cuando no verdes azules! Ya es tarde. Nuestra Guerra Civil no tardará en reproducirse; mejor dicho, lo que tarde la derrota de Alemania, que no se hará esperar mucho. Se pretendió luchar contra el comunismo y se luchó para favorecerle; se pretende su extirpación y se le prepara la más propicia y triunfal de las apoteosis. ¡Pobre España nuestra! En manos ineptas de camisas descamisadas, de flechas sin arco y sometidas al yugo no simbólico, sino efectivo, de reses elegidas… Y aquí nuestro dolor de español se une al dolor de padre. ¡Cuánta inconsciencia! ¡Cuánta dolorosa necedad suicida!

Confesaré que acabó divirtiéndome imitar el estilo marañoso, pero sustituyendo sus cautelas suavonas por osadías despendoladas, propias de un Marañón hipotético que, entre *saudades* portuguesas,

desiste definitivamente de volver a España, harto de una espera que amenaza con dejarlo calvo para siempre, y decide quemar gallarda y temerariamente todas sus naves. Y al despotrique contra el Caudillo y el Movimiento, «baldón de ignominia para España», añadí también algunas ralladuras de bilis dirigidas contra el Ausente —«aquel pobre aturdido irresponsable de ideas prestadas»—, así como contra los porteadores de su catafalco nómada —«cuyos restos se transportaban, con feria de escarnio, desde Alicante a El Escorial, para pábulo y mofa de lo que debía ser respeto a la muerte»—, de tal modo que el guiso quedara todavía más indigesto y ni siquiera pudiera ser paladeado por los camisas viejas asqueados con los cerdeos democristianos del triponcete Franco. Y como escribí el anónimo con el runrún de fondo de la British Broadcasting Corporation, que magnificaba las derrotas alemanas en la misma proporción que Paquis la debacle inglesa, espolvoreé también mi marañal con pasajes agoreros más negros que el morapio del restaurante vasco apócrifo:

> La suerte está echada. Cerrad los ojos a la necia propaganda de castillos en el aire y abridlos a esos datos y cifras de cuya certitud ya tienen noticia los gobernadores que desgobiernan España, arrastrándola a la ruina más espantosa. Los copos de tropas alemanas en Rusia ascienden hasta la fecha a 376.000 hombres, sin contar los muertos y heridos que se calculan en 200.000, los aparatos destruidos y las víctimas de la aviación. Casi todo el norte y noroeste de Alemania está destruido; y el hambre, el tifus, el escorbuto y la gangrena sárnica diezman las poblaciones de un modo vertiginoso.
>
> Ya se sabe desde Inglaterra y Francia hasta Portugal que los rusos cuentan para las operaciones de primavera con un ejército equipado de refresco de siete millones de hombres; y a este ejército se le llama en Moscú «las fuerzas punitivas y de ocupación del último Reich alemán». En las fábricas inglesas y norteamericanas se trabaja, mientras en las germanas faltan brazos y material y se multiplica el sabotaje. No nos engañemos ni nos hagamos ilusiones. Hace muy pocos días, en nuestra presencia, el embajador de la Gran Bretaña en Lisboa dijo al representante de España, don Nicolás Franco, muy cortés y

fríamente, estas palabras: «Lo habéis querido, señores. Ahora ateneos a las consecuencias».

Me encantó esa ocurrencia final, como un esguince o interferencia personalísima tras el acopio de propaganda aliada, que le daba a mi pastiche un perfume de autenticidad, tan congruente además con el espíritu marañero, que siempre gustaba de erigirse en protagonista y captar el pálpito de la Historia (perdón por la mayúscula), metido fatuamente en el mismísimo cogollo donde se están cociendo los grandes trastornos planetarios, a la vez que las tormentas íntimas de la conciencia humana. Había encontrado, entre los periódicos atrasados que recibíamos en la avenida Marceau, un diario lisboeta, *O Século*, de tendencia liberal conservadora, que utilizaba exactamente los mismos tipos que utilizábamos en la avenida Marceau para imprimir la hoja parroquial de Velilla. Así que, después de traducir laboriosamente al portugués el pastiche de un Marañón echado al monte, me pegué un madrugón inhóspito, para componerlo en la linotipia de la avenida Marceau con el nombre al pie de Gregorio Marañón en mayúsculas y con el filetito arriba indicando el nombre del diario y la fecha. A continuación, lo imprimí una docena de veces en un pliego de papel de periódico, en cuyo reverso estampé otro texto en portugués, tomado de un ejemplar atrasado del propio *O Século* en el que se hablaba de cualquier asunto lisboeta municipal y espeso. Luego dejé secar las doce falsificaciones, las recorté un poco chapuceramente, fingiendo desmaño o premiosidad, y las introduje en sendos sobres, en los que escribí con letras de molde la dirección de doce personas relevantes de la colonia española —lo mismo adictos a la Nueva España que exiliados con ascendente y predicamento—, en cuyas manos el artículo apócrifo de Marañón cayese como una bomba y, a la vez, prendiese la mecha incontenible del chismorreo. No se me ocurrió fecha más idónea para el envío de los sobres que la Nochebuena, cuando los ángeles traen a la tierra la paz a los hombres que ama el Señor, dejando a los desamados a merced de la difamación, el oprobio y las reyertas navajeras.

La siembra estaba concluida; para recoger la cosecha habría que esperar pacientemente a que los envíos alcanzasen a sus destinatarios y cundiesen en volandas de la maledicencia, que es una levadura

infalible. Por aquellas fechas recibí algunas felicitaciones y maldiciones navideñas, que cumplidamente respondí; también una contrita y algo farragosa carta de Ana de Pombo, quien al fin se decidía a pedirme árnica personalmente, después de haberla pedido en vano a través de personas interpuestas, mostrándome su pesar y arrepentimiento por su conducta pasada, que justificaba aduciendo que el dolor por la muerte de su hijo, todavía no suficientemente digerido ni llorado por entonces, la había trastornado por completo. Ana de Pombo me agradecía que, pese a su reacción desaforada e irracional tras el chapuzón vinoso en su bodega, yo hubiese tenido la deferencia de proponerla en la celebración del Día de la Raza como telonera de su «admirado don Gregorio Marañón» (que tal vez lo fuese algo menos cuando recibiese en su buzón el apócrifo artículo de *O Século*, pues la había incluido entre los destinatarios de mi tramoya). Me agradecía el gesto, que calificaba cándidamente de magnánimo, y también que no le guardase rencor (aquí su candor se volvía sandez, propia de quien desconoce los tiempos de cocción del resentimiento), aunque todavía no hubiese accedido a recibirla, ni a tener un encuentro con ella, ni siquiera a dirigirle una palabra; formas comprensibles y leves de resquemor, comparadas con la magnitud de su «ofensa monstruosa», que deseaba expiar convenientemente, pidiéndome perdón en persona y asumiendo la justa penitencia que yo deseara imponerle. Y me invitaba a asistir a su más inminente actuación, que tendría lugar, en sesión matinal, en el Circo Amar, en un festival de beneficencia organizado en sufragio de los carniceros de París, que languidecían (aunque no más que sus clientes) sin mercancía que ofrecer, porque casi toda la carne que para entonces llegaba a la capital la acaparaban los especuladores del mercado negro. Que Ana de Pombo actuase en festivales benéficos, y en lugares tan incongruentes con la naturaleza de su arte (si es que, digerido el dolor que antaño la abrasaba, su arte seguía mereciendo tal nombre) como un circo de los arrabales, me probaba definitivamente que había empezado a deslizarse por el tobogán de la decadencia, que sólo admite una dirección descendente con desembocadura en las simas del fracaso. Ahí era, en ese tobogán sin freno ni marcha atrás, y no en la cúspide del aplauso, donde yo quería encontrar a Ana de Pombo, para imponerle la penitencia que merecía (la penitencia que ella misma me demandaba). Y como el cochambroso festival en beneficio de los

carniceros de París se celebraba exactamente un año después de la rutilante apoteosis de Ana de Pombo en la Sala Pleyel, pensé que aceptar su invitación constituía un preámbulo muy pertinente a esa penitencia merecida y demandada.

El Circo Amar había instalado su carpa en los arrabales de París, en una explanada entre Argenteuil y Saint-Denis, con la escuálida esperanza de reclutar su clientela entre el obreraje de las fábricas y talleres que se repartían por ambos municipios. Alquilé un velo-taxi para trasladarme hasta aquellos andurriales, en la mañana gélida que había convertido las calles de París, siempre esmaltadas por las humedades del Sena, en pistas de patinaje no precisamente artístico; y después de mil patinazos y algún que otro amago de vuelco, el derrengado velo-taxista me dejó ante la carpa remendona, de colores igualados por la mugre. Le rogué que me aguardase un rato, pagándole por anticipado una cantidad que ya muy pocos podíamos apoquinar en París; y me interné en la carpa, donde acababa de comenzar el festival. En las gradas movibles se congregaba un público no demasiado numeroso, formado por apaches y chulánganos de barrio, por putillas vivarachas y *demi-vierges* que se dejaban magrear sórdidamente por sus novios o clientes fingiendo que sólo les estaban haciendo cosquillas, por tenderos belitres a quienes sus esposas de doble papada y rímel en el orzuelo vigilaban muy estrechamente (no fuera que el culo de alguna amazona les alegrara el pajarito), por obreros de Saint-Denis también vigilados por sus mujeres extenuadas de partos y frondosas de bozo, que se olían que todo el interés circense de sus maridos se concentraba en el perineo de las trapecistas, allá donde el maillot se convertía en una minuciosa lección de anatomía íntima; y junto a esta caterva, una chiquillería ruidosa o absorta, según lo que ocurriese en la pista, entre la que distinguí a Mariuca, la niña asturiana y traviesa que había despertado en Beltrán Massés nostalgias dormidas y castas ensoñaciones. Pero la niña se iba haciendo mayor, se iba convirtiendo en un esbozo sutil de mujer, en un anticipo esbelto de mujer sin bozos ni papadas, sin partos ni orzuelos, que cada vez costaba más mirar castamente, sobre todo porque con la tensión que le provocaban las piruetas de los trapecistas se llevaba el bajo de la falda a la boca, para mordisquearlo nerviosa o expectante, dejando al aire sus muslos glabros y bien alimentados (gracias a la asignación mensual de Beltrán), sus rodillas

como un archipiélago de adorables costras y arañazos, sus pantorrillas de carne eucarística y calcetín caído que me hubiese gustado cubrir de besos, si su abuelito no hubiese estado unas filas más atrás, venteando a los primos dispuestos a sufragarle la vejez, a cambio de hacerle unos arrumacos a la niña.

—Anda, Mariuca, bájate la falda y deja de provocar al personal, no seas tan traviesa —la amonesté, antes de sentarme a su lado.

Y Mariuca obedeció a regañadientes, dejando sin embargo que la falda no le cubriese las rodillas ni el arranque de los muslos, para mi mortificación. Pero ella no reparaba en mi mortificación, tal vez porque no era consciente de su atractivo todavía germinal y por ello mismo mucho más hechizante, porque todavía no tenía conciencia de la avería irreparable que había expulsado del Paraíso a sus primeros padres. Y, a falta de esa conciencia, podía contemplar arrobada las atracciones que se sucedían en la pista (mucho menos atractivas que ella) como si fuesen un repertorio de maravillas que mis ojos sucios y añosos ya no podían disfrutar, porque estaban velados por la savia del fruto del árbol prohibido. Y mientras veía a la niña Mariuca disfrutando del espectáculo como si viviese en un perpetuo capítulo segundo del Génesis, con ojos recién nacidos capaces de admirarlo todo, capaces de inquirirlo todo con curiosidad y asombro, mis ojos sucios y añosos se humedecieron extrañamente, como si las lágrimas que derramaron Adán y Eva cuando la espada flamígera les apuntaba el camino del destierro se me hubiesen filtrado en la córnea, remontando el río de las eras humanas.

—Cuánta envidia me das, Mariuca —murmuré—. Cómo me gustaría ser como tú.

Y Mariuca me sonrió con sus ojos luminosos como el trigo, antes de enfrascarse en el número del augusto y el excéntrico, con sus chalecos raídos y sus andares de rana, sus maquillajes de cejas desquiciadas y sus sonrisas como rodajas de sandía, que la hacían reír a carcajadas, enseñando unos dientes muy blancos, muy alineados, muy dientes. También los enseñó, pero esta vez para mostrar su susto, cuando después de los payasos salió un domador intrépido que, como Adán, llamaba a los leones por su nombre y metía la cabeza entre sus fauces tan ricamente, como si quisiera contarles las caries o rasparles el sarro; pero los leones eran tan flacos y matalones que parecían de trapo. No lo eran, sin embargo; porque algunos soltaron, mientras

espantaban moscas con el rabo, zurullos que adquirieron prestigio de croquetas al rebozarse en la arena mezclada de serrín de la pista. Cuando el domador se retiró con sus leones sonó un redoble de tambores y la orquesta menesterosa del circo (en la que sólo se oían trompetas y clarines) atacó chapuceramente los compases de un pasodoble español; y a continuación salió el maestro de ceremonias, vestido con una levita roja con tantos remiendos y tanta mugre como la carpa del circo, que anunció con gran prosopopeya a Ana de Pombo, asignándole un historial de triunfos cosmopolitas completamente falsos y una «juventud racial de la Andalucía misteriosa» que acaso sonase un poco disparatada en una pasiega cuarentona.

—¿Te gusta también el baile, Mariuca? —pregunté a la niña, que seguía absorta el trasiego de la pista.

Esta vez me miró con ojos donde se mecía el trigo, ondulante de una brisa como de oro tostado.

—Me gusta mucho, pero no voy a bailar ahora porque tendría que levantarme la falda —me respondió, muy vivaracha.

Más resignada que vivaracha me pareció Ana de Pombo durante su actuación, que tuvo que renunciar al taconeo porque los regidores del circo ni siquiera dispusieron un tablao sobre la arena de la pista, ni tampoco le retiraron los zurullos rebozaditos de arena de los leones, que procuraba sortear en sus movimientos, con desigual suerte. Bailó primero un pasodoble taurino (o la versión garrafal interpretada por la menesterosa orquesta del circo) que había popularizado en Francia la difunta Antoñita Mercé; y después unas sevillanas grimosas, con mucho repiqueteo de castañuelas que sonaban a carraca de Carracuca, perdidas entre la trompetería estridente. Ana de Pombo se había hecho para la ocasión un traje inspirado en la estética circense, con tachuelas o lentejuelas refulgentes, con un ruedo de los colores del arcoíris y un vuelo tan amplio que a veces, en medio de un giro, se enrataba con él, haciéndola moverse patosamente, como si calzase almadreñas (y además tenía que esquivar los zurullos de los leones). Era una parodia chusca de la Ana de Pombo que había debutado en la Sala Pleyel, de una vulgaridad patética y desangelada que, después de haberla visto en la cima de su talento, provocaba la misma impresión que asistir a una charlotada tras haber visto torear a Belmonte. Y de repente sus brazos fibrosos y sus muslos prietos, como de talla de

madera estofada, se habían vuelto pellejudos y granulosos, como muslos y alas de un pollo palúdico que amarillea, después de que le hayan arrancado todas las plumas, por hacerlo morir de frío. La impresión era todavía más penosa si después de contemplar aquellas carnes repentinamente flácidas reparaba uno en la carne vibrante y tensa de la niña Mariuca, que se estaba mordisqueando otra vez la falda.

—¿Y esa señora baila tan bien como dicen? —me preguntó la niña, un poco escamada.

—Bailó mejor que nadie —le respondí, más apenado de lo que hubiese deseado mi resentimiento—. Bailó como los ángeles, o como los demonios; pero unos y otros la abandonaron.

Todavía me quedé un poco más al lado de la niña Mariuca, después de que Ana de Pombo abandonase la pista entre aplausos y abucheos desganados, por intentar reponerme de aquella insidiosa pena que amenazaba con malograr mi resentimiento, que tal vez lo hubiese malogrado ya para siempre. En la pista evolucionaban media docena de hermanos saltimbanquis, seguramente hijos de mil leches, que extendieron de nuevo el jolgorio entre las gradas con sus piruetas burlescas, acompañados de una música de fanfarria. Sólo Mariuca se mantenía seria en las gradas, con el trigal de los ojos velado por la niebla, ajena a las piruetas de los saltimbanquis. De repente se volvió hacia mí y me habló otra vez; seguía viviendo en el Génesis, pero se había mudado al capítulo tercero, y sus palabras eran ofidias:

—Yo tengo todos los ángeles y demonios que esa señora ya no tiene. Y soy mucho más joven que ella.

Y me enseñó de nuevo sus dientes blanquísimos, que se habían vuelto todos incisivos, todos aguzados, todos dispuestos a hincarse en su presa. Como alma que ahuyenta el diablo (como alma que el diablo no quiere soltar), abandoné las gradas y respiré el aire difunto de la mañana, un aire de hielo y de tundra quizá venido de las regiones donde las divisiones alemanas estaban encontrando la muerte; y que me dolía en la garganta como metralla candente. La explanada donde se erigía la carpa del Circo Amar estaba tapizada de una nieve andrajosa que crujía bajo mis pies como la quitina de mil caparazones, como si una multitud de insectos diminutos se me rindiera a cada paso. El cielo estaba altísimo y de un color como de panza de burro con hidropesía; y el sol, entre las brumas, era una herida mal cerrada,

supurando una luz infestada de microbios.

—Ven, Fernando, estoy aquí, esperándote —escuché la voz de Ana de Pombo.

Me aguardaba al fondo de un pasillo que formaban las jaulas de las fieras del circo, alineadas a izquierda y derecha, exhalando todas el olor acre y dulcísimo de la cochambre, de las pulgas, de las bostas arqueológicas o recentales, de la paja que se pudre y la carne que tiembla aterida. Empezó a caer una leve aguanieve, litúrgica como un hisopo.

—Espero no haberte hecho esperar demasiado —dije, todavía sobrecogido por las palabras ofidias de la niña Mariuca.

Había en las jaulas jirafas acuclilladas sobre el suelo, como avergonzadas de su cuello fisgón, que les había servido para otear el jardín del Edén y espiar el pecado de Adán y Eva. Había chimpancés reunidos en un corro silencioso que se tapaban pudorosamente el rostro, como asistentes a un velatorio que prefieren esconder las lágrimas. Había elefantes que bamboleaban la trompa a izquierda y derecha mientras barritaban, como si quisieran imitar el movimiento del badajo de una campana. Había cebras a las que se les estaba borrando el pelaje, como si ya disfrutaran del tercer grado penitenciario, y también los leones piorreicos y cagones que acababa de ver en la pista, de melenas que se mesaban a puñados, implorando a las cebras vecinas que les cediesen las rayas de su pelaje, para ascender a tigres. Y, mientras caminaba medroso entre sus jaulas, me aturdían con el pentecostés de sus lamentos.

—Nunca esperas demasiado cuando estás en el circo —me dijo Ana de Pombo, con una sonrisa melancólica—. El circo siempre me recuerda al Paraíso terrenal, aunque esté tan magullado como este Circo Amar, y me despierta la nostalgia de la inocencia perdida. Me gusta pasearme al lado de los animales, como hicieron Adán y Eva, y respirar sus olores, escuchar sus idiomas y figurarme que los entiendo.

Como yo mismo, Ana de Pombo tenía nostalgia de aquella paradisíaca felicidad anterior a la hoja de parra, cuando todavía era posible que pacieran juntos el león y el cordero y se acurrucaran el uno junto al otro, para dormir la siesta. Ana de Pombo se arrebujaba en un abrigo de garras de astracán que le quedaba algo estrecho y algo corto (tal vez fuera un descarte de la Casa Paquin, que se había llevado como finiquito, al abandonar la dirección). Me dieron frío sus

pantorrillas desnudas y gallináceas, que no se había molestado en proteger con unas medias.

—Pero no olvides que todo paraíso tiene su serpiente, querida Ana —dije yo.

Se arrojó a mis brazos, implorante y trémula como una de aquellas novias antiguas que se mantenían vírgenes hasta el tálamo y tenían miedo a perder mucha sangre con el primer desgarro. Rodeé su espalda, como un arpa de costillas que han extraviado su tañido.

—Te he echado mucho de menos, Fernando —sollozó—. Perdóname por el daño que te hice. Yo fui loca y ya soy cuerda; fui una mujer devorada por el dolor y abrasada por el encono, y ahora he recuperado la paz.

Pero, al sobreponerse al dolor y curarse del encono causado por el asesinato vil de su hijo, al recuperar esa paz que me traía en ofrenda (como si esa paz interesase a mi alma en llamas), había extraviado el ángel o el demonio de su arte trágico, convirtiéndose en una parodia de sí misma.

—Preferiría que siguieses loca, aunque me volvieses a echar de tu casa, desnudo y empapado en vino, con tal de volverte a ver bailar como bailabas antes —dije, sin temor a ofenderla.

Asintió, humilde y humillada, dejándome sus lágrimas en la pechera del abrigo, como una profesión de fe.

—Me ha abandonado el duende del arte, tienes razón —confesó sin ambages—. Pero disfruto de la vida de gracia. He aprendido a perdonar a los asesinos de mi hijo, y a quienes los jaleaban. Y perdonándolos, he hecho mi mejor obra de arte. Me siento rejuvenecida y lavada por dentro, más niña y más pura que nunca.

Y, sin embargo, nunca había parecido tan joven como cuando estaba inundada de dolor, de muerte, también de odio. Era, paradójicamente, al encontrar la paz, al sanarse interiormente, cuando aquella juventud tal vez postiza, tal vez nutrida y recompensada por el mal, se había marchitado, a la vez que su arte. Tendemos a pensar que el arte es un don divino, que la inspiración desciende del cielo; pero también puede ser un don sinuoso y sibilante, concedido a cambio de nuestra perdición.

—¿Tan niña y tan pura como para volver al Paraíso? —le pregunté—. Me temo que no podría acompañarte, me detendrían en la entrada.

También el resentimiento que había alimentado contra Ana de Pombo se detenía extrañamente mientras la mantenía abrazada y sentía la fragilidad aterida de su cuerpo, como un pájaro que se ha caído del nido. La aparté de mí, antes de sucumbir a la insidiosa piedad, antes de que la tentación del bien calcinase también dentro de mí el duende del arte.

—Tú también puedes sanarte, Fernando —me susurró—. Aunque tal vez no vuelvas a escribir tan brillantemente como lo haces ahora.

Los animales de las jaulas habían amainado su pentecostés de lenguas, hasta convertirse en un sanedrín silencioso que aguardaba mi beneplácito, envolviéndome con su paz. Pero de aquel silencio plácido emergió un sonido sibilante que se infiltraba en mi sangre y retumbaba en mis cavernas más íntimas, allá donde se agazapaba el cáncer de mi alma. Al bajar la vista al suelo, me pareció que la tierra andrajosa de nieve se llenaba de culebras y sanguijuelas, lombrices y babosas, un cónclave de faunas reptantes y viscosas como las que había visto en el cabaré del Infierno, trepando por mi cuerpo como una yedra.

—¿Y qué debo hacer para sanarme? —pregunté, con una voz que sonó angustiada.

Alcé la vista, pero Ana de Pombo ya no estaba ante mí, se había transformado en la niña Mariuca, que sin embargo vestía el mismo abrigo de garras de astracán de Ana de Pombo, y abría sus faldones para mostrarme su cuerpo desnudo y glabro, como un trigal mecido suavemente por la brisa, con los dientes feroces y la flor cálida del sexo como una amapola de pétalos intactos. Cerré los ojos para poder escuchar a Ana de Pombo:

—Perdonar, eso es lo que debes hacer, Fernando —dijo sin vacilación—. El perdón es la mejor obra de arte que podemos completar en esta vida. Pero hace falta mucho valor para acometerla. Y más todavía para concluirla. Por eso conviene empezar por cosas pequeñas.

—¿Como por ejemplo? —pregunté, perentorio.

Ana de Pombo resopló abrumada, como si la hubiese invitado a penetrar en un desván donde se amontonaban demasiados pecados, algunos todavía sangrantes, otros amojamados y casi fósiles. Su voz me llegaba lejanísima, casi extraviada entre el sonido sibilante que me llenaba de ruido la cabeza:

—No soy yo quién para entrar en tu conciencia, Fernando —dijo—. Cualquier persona de la que puedas recibir y a la que puedas brindar perdón te ayudará a iniciar esa obra de arte… Pienso, por ejemplo, en Pepito Zamora. Me consta que él ha perdonado sinceramente el daño que le hiciste en el pasado. Tú se lo podrías agradecer dándole trabajo, te aseguro que lo necesita.

Fue oír el nombre de Pepito Zamora y el resentimiento volvió a hervirme en la sangre, sin necesidad de que ninguna serpiente me susurrase al oído. Abrí los ojos y volví a ver a Ana de Pombo, cuarentona y gastada, en paz consigo misma.

—Pepito Zamora es un apio, como decíamos antes; una mariquita loca —me defendí de aquella paz indeseada—. Y su arte es trivial y devaluado, te equivocas trabajando con él.

En sus jaulas las fieras volvían a comportarse como tales, asomando entre los barrotes las garras, hozando ansiosas entre la paja en busca de la comida que en el circo les racaneaban, embistiendo o sacudiendo las paredes, en un concierto horrísono de rugidos, barritos, aullidos, relinchos y vagidos. El Paraíso había quedado abolido, allá en la noche de los tiempos; o al menos yo había sido expulsado de sus lindes.

—No todos podemos ser genios, y tal vez sea mejor así, porque no siempre la genialidad, o lo que el mundo entiende por genialidad, nace del bien —me replicó Ana de Pombo, con una voz manchada por la decepción, pues advertía por mi actitud y mi tono que no había cedido a sus pretensiones—. En cambio, todos podemos elegir el bien, si nos lo proponemos.

La herida por la que sangraba la luz en el cielo altísimo se había cerrado, y arreciaba la aguanieve, que al descender sobre el suelo formaba una película de hielo sutilísima, casi tan sutil como baba de caracol, pero mucho más resbaladiza.

—Prometo meditar tus palabras, Ana —dije, sin demasiada convicción—. Pero, por lo que me cuentas, elegir el bien es demasiado cansado.

Le ofrecí volver conmigo a París en el velo-taxi que todavía me estaba aguardando, pero Ana de Pombo declinó mi ofrecimiento y se quedó sola entre las jaulas de los animales, como una novia antigua que se queda en el andén, mientras su novio parte en un tren que lo llevará muy lejos de ella, hacia regiones de olvido. Mientras el velo-

taxi me llevaba por calles glaciales y desiertas donde patinaban a cada poco las ruedas sentí la ausencia de Ana de Pombo como el manco siente el brazo que le han amputado.

CONTINUARÁ…

Nota del autor

Mil ojos esconde la noche es una novela de mil seiscientas páginas que se publica en dos entregas y abarca los cuatro años de dominación alemana sobre Francia, durante la Segunda Guerra Mundial. Fue escrita íntegramente de puño y letra de su autor, que la concluyó con la yema del pulgar reventada y el dedo corazón con la falange distal torcida y un callo del tamaño de un garbanzo. Pero estas deformaciones que surgen en los dedos, cuando uno escribe a mano como un galeote, son la herida de guerra más honrosa que nos llevaremos a la tumba (y tal vez, incluso, a la resurrección de la carne, pues debería computar como signo de martirio).

No es lo mismo escribir a mano sobre el papel, empuñando el bolígrafo, que hacerlo sobre una pantallita, mediante el suave tecleo en un ordenador. Cuando uno escribe a mano, las palabras palpitan y exultan, vibran y ligan, se maridan y fecundan de otra manera más intensa; de una manera que algunos tal vez notarán, leyendo *Mil ojos esconde la noche*. Pero lo malo de escribir a mano es que después hay que teclear lo escrito, porque en las imprentas ya se han jubilado los impresores que antaño descifraban (y a veces mejoraban) los manuscritos de nuestros clásicos. De la transcripción de esta novela, como de tantas otras anteriores, se ha encargado mi abnegado padre, que puede considerarse legítimamente su autor consorte, además de monstruo de la naturaleza, pues tecleó esta novela después de teclear *El derecho a soñar*, mi ciclópea biografía de Ana María Martínez Sagi, que tampoco es moco de pavo.

Este primer volumen de *Mil ojos esconde la noche* fue escrito casi al completo en Albania, como bien sabe mi amada esposa y sin embargo novia María Cárcaba, que estaba allí para aguantarme. También el resto de mi familia, con mi madre y mi hermana a la cabeza, me recogió con un badil, cuando estaba hecho migas. No puedo olvidarme de Xavier Juncosa, buzo máximo de archivos franceses, que me trajo de Vincennes muchos papeles delatores de las

actividades de algunos personajes de esta novela. Ni de Amanda Herold-Marne, autora de la tesis doctoral *L'identité artistique à l'épreuve: les artistes espagnols à Paris et l'engagement à partir de la Guerre Civile*, con quien intercambié descubrimientos y yacimientos documentales durante los últimos años. También Miguel Pardeza quiso ayudarme siempre, aunque las cosas que le pedía resultaron siempre imposibles (pero la intención es la que cuenta). Y Antonia Salom me abrió las puertas de su casa, con invencible generosidad, para mostrarme los archivos del gran Federico Beltrán Massés.

Aunque *Mil ojos esconde la noche* sea una novela alucinada y esperpéntica (o precisamente por serlo), guarda en sus entretelas muchas más verdades recónditas y nunca antes alumbradas de las que parece, gracias sobre todo a la documentación (en algunos casos muy íntima o secreta) hallada entre legajos polvorientos. No en vano frecuenté los Archivos Nacionales franceses, el Archivo de la Prefectura de Policía de París, el Archivo de la Biblioteca Nacional de Francia, el Archivo General de la Administración, el Arxiu Nacional de Catalunya, las colecciones epistolares de la Biblioteca de Catalunya, el Arxiu Comarcal del Vallès Occidental, el Arxiu Comarcal del Pla de l'Estany, el Arxiu Històric Municipal de Sitges y el Archivo de la Fundación Ortega-Marañón. Siempre atendido diligentemente por sus archiveras (y archiveros), me traje a casa tesoros preciosos e inopinados que me han alumbrado extraordinariamente en la comprensión de las vicisitudes de la magullada colonia de artistas, periodistas y escritores españoles en París, durante los años turbios de la Ocupación alemana. También la lectura exhaustiva del semanario *El Hogar Español* me brindo muchas pistas y amenos paisajes narrativos.

Debemos resaltar igualmente nuestros débitos con las memorias y recuerdos de aquellos años de César González-Ruano, María Casares, Ana de Pombo, Carles Fontserè, Sebastià Gasch, Pedro Urraca y Pedro Flores. Y con las biografías dedicadas a algunos de los personajes de esta novela escritas por José Carlos Guerra Cabrera (Óscar Domínguez), Javier Lacruz Navas (Manuel Viola), María Jesús Cava Mesa (José Félix de Lequerica) José Antonio Lisbona (Bernardo Rolland), Rosa Sala Rose y Plàcid García-Planas (César González-Ruano), José Luis Majada (Mateo Hernández), Jacques Lambert (Nana de Herrera) o Francisco Pérez Gutiérrez (Gregorio Marañón). Sobre Pablo Picasso hemos leído todas las biografías, hagiografías y

demonografías habidas y por haber, hasta formarnos una opinión de tan afamado e infame personaje. Munidos de una profusa documentación, nos hemos permitido sin embargo ciertas licencias —muchas menos de las que pudiera parecer—, en bien de las soluciones novelescas que exigía *Mil ojos esconde la noche*. Así, por ejemplo, hemos convertido al asendereado Sebastià Gasch en negro de Fernando Navales; o hemos trasladado la colaboración de Carles Fontserè y Antoni Clavé en el semanario colaboracionista *La Gerbe* al semanario también colaboracionista *Je Suis Partout*. También hemos anticipado un poco la salida del semanario *El Hogar Español* y tomado algunas muy veniales libertades cronológicas.

Pero mucho más habitual en *Mil ojos esconde la noche* es la fidelidad escrupulosa a los acontecimientos, bajo los afeites barrocos y esperpénticos. Y hasta podemos presumir de incluir en nuestra novela muchas realidades históricas que hasta la fecha no habían sido desempolvadas. Así, por ejemplo, alumbramos algunos episodios de la vida de Gregorio Marañón que sus estudiosos habían ocultado abnegadamente, como la conferencia que pronunció durante la celebración en París del Día de la Raza de 1941, o la campaña de difamación que sufrió en el gozne de los años 1941 y 1942, mediante la falsificación de un artículo que nunca escribió ni publicó en el diario *O Século*. Es lo que tiene trabajar en los archivos, esa pejiguera despreciada por tantos sedicentes investigadores.

Espero, querido lector, que hayas disfrutado de esta segunda salida del malvado, delirante y enternecedor Fernando Navales, hijo del estéril y mal cultivado ingenio mío, quien ya fuera protagonista y narrador de *Las máscaras del héroe*. Y que no te pierdas la conclusión de sus proezas parisinas, que se publicarán pronto en la entrega final de *Mil ojos esconde la noche*, titulada *Cárcel de tinieblas*. Si Dios me da salud y valor (y mis dedos reventados de galeote de la escritura se reponen), tal vez algún día me decida a escribir la porción de sus aventuras que todavía no hemos contado, entre 1936 y 1940, aunque nadie las quiera leer. Pero ya hemos señalado en alguna ocasión que no escribimos para la generación presente, sino para quienes ya se han muerto y para quienes todavía no han nacido; entre quienes por supuesto te cuento, querido lector, *mon semblable, mon frère*.

Madrid, marzo de 2024

1. La ciudad sin luz

Juan Manuel de Prada

Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024
ISBN: 978-84-670-7387-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

[image]